

BERNARD CORNWELL

EL FUERTE

Capturar, matar o destruir



Lectulandia

Un fuerte y un asedio. Dos flotas enfrentadas. Casacas rojas y revolucionarios. El nacimiento de una nación entre la sangre y el dolor y la heroicidad y la locura. Pocas imágenes militares son más estremecedoras que la de un fuerte sitiado que debe —contra toda lógica y a toda costa— resistir.

Bernard Cornwell se embarca en una de sus más extraordinarias novelas, al relatar la célebre Expedición Penobscot del verano de 1779 en tierras americanas. Incluso si John Moore, el héroe de la Guerra de la Independencia sí, el de la campaña y derrota en La Coruña no hubiera estado allí, este hecho de armas ocuparía un lugar de honor en la historia militar, pues fue el peor desastre naval que jamás sufrió Estados Unidos antes de Pearl Harbor.

Con la ocupación de Majabigwaduce, los británicos pretendían establecer una base naval que sirviera de refugio a los lealistas que huían de la persecución de los revolucionarios de las colonias americanas. Pero el gobierno de Massachusetts decidió entonces «capturar, matar o destruir» a los invasores, y para eso puso en marcha la mayor flota jamás reunida por los llamados «rebeldes». Aunque hay dudas acerca del número de embarcaciones que zarparon hacia el río Penobscot (quizás una treintena), fue la mayor flota reunida por los americanos durante la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, y aun así una decena de barcos británicos al mando de *sir* George Collier consiguió destrozarla y capturar a más de 3000 hombres. Sin embargo, antes de la llegada de Collier, el fuerte construido por los casacas rojas fue objeto de un inútil bombardeo constante que Cornwell ha convertido en una de sus novelas más intensas, coloristas y emocionantes.

Lectulandia

Bernard Cornwell

El fuerte

ePub r1.0

xico_weno 03.01.16

Título original: *The fort*
Bernard Cornwell, 2010
Traducción: Carlos Valdés García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El fuerte
está dedicado, con gran admiración, al
coronel John Wessmiller
del ejército de los EE UU (retirado
que habría sabido qué hacer).

Una voz en la oscuridad, un golpe en la puerta, ¡y una palabra cuyo eco para siempre resonará! Pues, nacido en la revuelta noche del Pasado, a través de toda nuestra historia, hasta el final, en momentos de oscuridad y peligro y necesidad, la gente despertará y atenderá para oír los raudos cascos de aquel corcel y el mensaje de medianoche de Paul Revere.

HENRY LONGFELLOW, La cabalgada de Paul Revere.

Despacio y apenados lo tumbamos, Del campo de su fama fresco y ensangrentado; No grabamos línea ni levantamos piedra alguna, sino que lo dejamos solo con su gloria.

CHARLES WOLFE, El entierro de *sir* John Moore después de La Coruña.

Una nota sobre nombres y términos

En 1779 no existía el Estado de Maine, que entonces era la provincia oriental de Massachusetts. Los nombres de algunos lugares también han cambiado. Majabigwaduce se llama ahora Castine, Townsend es Bucks Harbor y Falmouth es Portland (Maine). La plantación de Buck (Plantación Número Uno para ser exactos) es Bucksport, Orphan Island es Verona Island, Long Island (en el río Penobscot) ahora es Islesboro Island, Wasaumkeag Point es ahora Cape Jellison y hoy en día Cross Island se llama Nautilus Island.

En la novela se alude con frecuencia a «buques», «balandras», «veleros» y «goletas». Todos ellos son, por supuesto, barcos, pero hablando con propiedad un buque era una nave grande, con aparejo de cruz y tres mástiles, parecido a una fragata (piensen en la *Constitution* del Servicio Marítimo de América) o a un navío de línea (como el *Victory*). Hoy en día pensamos en una balandra como en un barco de vela de un solo mástil, pero en 1779 se refería a una nave de tres mástiles menor que un buque y que se distinguía por tener una cubierta principal corrida (es decir, sin castillo de popa). Las balandras, como los buques, empleaban el aparejo de cruz (lo que quiere decir que llevaban velas rectangulares colgadas de vergas transversales). Un velero o un bergantín también eran grandes embarcaciones con aparejo de cruz, pero con sólo dos mástiles. Las goletas, como los veleros, llevaban dos mástiles, pero se propulsaban con aparejo proa-popa que, cuando era izado, recorría la línea central de la nave en lugar de atravesarla. Había variaciones, como las balandras con aparejo de bergantín, pero en la bahía de Penobscot en 1779 sólo había buques, balandras, veleros y goletas. Con excepción de la *Felicity*, todos los nombres de las embarcaciones son históricos.

La mayoría de los personajes de la novela existieron. Los únicos nombres ficticios son los de aquellos personajes cuyos apellidos comienzan por F (con la excepción del capitán Thomas Farnham, de la Marina Real), y los nombres de los soldados británicos y oficiales fuera de servicio (con la excepción del sargento Lawrence, de la Artillería Real).

INTRODUCCIÓN

Extracto de una carta del Consejo de Massachusetts al brigadier general Solomon Lovell, 2 de julio de 1779:

Para todas sus operaciones consultará usted con el Comandante de la flota, pues la Fuerza Naval cooperará con las tropas a su mando en su Esfuerzo por Capturar, Matar o Destruir la fuerza completa del Enemigo en mar y tierra. Y, pues hay buenas razones para creer que algunos de los Prohombres de Majorbagaduce solicitaron al enemigo que acudiera allí y tomara posesión, pondrá usted especial cuidado en no permitir que ninguno de ellos escape, evitando así que perseveren en sus malas acciones [...] Le encomendamos al Ser Supremo, a quien rezamos Sinceramente para que los preserve sanos y salvos a usted y a las Fuerzas bajo su Mando, & los Devuelva Coronados con la Victoria y sus Laureles.

De una postdata al diario del doctor John Calef, 1780, referida a Majabigwaduce:

A este nuevo país recurrieron los lealistas con sus familias [...] y encontraron asilo de la tiranía del Congreso y sus recaudadores [...] y allí continúan con plena esperanza y gratas expectativas de pronto volver a disfrutar las libertades y privilegios que mejor les garantizaría la [...] Constitución Británica.

Carta del capitán Henry Mowat, de la Marina Real, a Jonathan Buck, escrita a bordo de la *HMS Albany*, en el río Penobscot, el 15 de junio de 1779:

Señor, entendiendo que está usted a la cabeza del Regimiento los Engañosos Asuntos del Rey en este Río y sus partes adyacentes y que viene comisionado por el Coronel por influencia de un cuerpo de hombres denominado el Congreso General de los Estados Unidos de América, es por tanto mi deber requerir su presencia sin más pérdida de tiempo ante el general McLean y el oficial al mando de los buques del Rey, ahora a bordo de la *Blonde*, amarrada cerca de Majorbigwaduce, con un inventario de la Gente bajo su mando.

CAPÍTULO I

No soplaba mucho viento, así que los buques se deslizaban calmosos río arriba. Eran diez en total, cinco buques de guerra que escoltaban a otros cinco de transporte, y la subida de la marea hacía más para impulsarlos hacia el norte que la caprichosa brisa intermitente. La lluvia había cesado, pero las nubes se mantenían grises, bajas y funestas. El agua goteaba con monotonía de velas y aparejos.

Poco se podía ver desde los buques, aunque todas las bordas estaban atestadas de hombres observando las orillas del río, que se apartaban formando un gran lago tierra adentro. Las colinas alrededor del lago eran bajas y estaban cubiertas de árboles, mientras que la ribera era una maraña de riachuelos, puntas, islas arboladas y playitas pedregosas. Aquí y allá, entre los árboles, había claros donde se apilaban troncos o quizás alguna cabaña de madera se levantaba junto a un pequeño campo de maíz. El humo se elevaba desde aquellos claros y algunos de los hombres de a bordo se preguntaban si los fuegos que veían a lo lejos serían señales para advertir al territorio de la llegada de la flota. Las únicas personas que vieron fueron un hombre y un chico que pescaban desde una pequeña chalupa. El chico, que se llamaba William Hutchings, saludó entusiasmado a los buques, pero su tío escupió.

—Ahí llegan los diablos —dijo.

Los diablos estaban en su mayoría en silencio. A bordo del buque de guerra mayor, una fragata de treinta y dos cañones llamada *Blonde*, un diablo con casaca azul y bicornio con cubierta engrasada bajó su catalejo.

—En mi opinión —dijo—, esto se parece a Escocia.

—Sí, es cierto —contestó con prudencia su acompañante, un diablo de casaca roja—, un parecido sí tiene.

—Aunque más boscoso que Escocia, ¿no?

—Bastante más boscoso —convino el segundo hombre.

—Pero, aun así, es como la costa oeste de Escocia, ¿no le parece?

—Diferente no es —asintió el segundo diablo. De sesenta y dos años, era bajo y tenía un rostro perspicaz y curtido por la intemperie. Un rostro amable con brillantes ojillos azules. Elevaba unos cuarenta años siendo soldado y en ese tiempo había sobrevivido a una veintena de duras batallas que le habían dejado el brazo derecho casi inútil, una leve cojera y una opinión poco severa acerca de la pecaminosa humanidad. Se llamaba Francis McLean y era brigadier general, escocés, oficial al mando del 82.º regimiento de infantería de su majestad, gobernador de Halifax, y ahora, al menos según los dictados del rey de Inglaterra, mandatario de todo lo que se veía desde el alcázar de la *Blonde*. Había pasado trece días a bordo de la fragata, el tiempo que había tardado ésta en navegar desde Halifax, en Nueva Escocia, y le preocupaba que la duración del viaje pudiera traerle mala suerte. Se preguntó si no hubiera sido mejor hacerlo en catorce días y tocó con disimulo la batayola de madera. Un barco calcinado yacía en la orilla este. Antaño fue un recio buque capaz de cruzar

un océano, pero ahora era un esqueleto de madera chamuscada medio inundado por la crecida de la marea que hacía avanzar río arriba a la *Blonde*.

—Entonces, ¿a qué distancia estamos de mar abierto? —preguntó al capitán de uniforme azul de la *Blonde*.

—A veintiséis millas náuticas —respondió eficiente el capitán Andrew Barkley —, y allí —señaló por la proa de estribor sobre el escobén con forma de cabeza de león del que pendía una de las anclas de la fragata— está su nuevo hogar.

McLean cogió la lente del capitán y, usando su torpe brazo derecho a modo de soporte para los tubos, orientó el catalejo hacia delante. Por un momento los leves movimientos del buque pudieron con él y todo lo que fue capaz de distinguir fue un borrón de nubes grises, tierra oscura y agua revuelta, pero cuando recuperó el equilibrio vio que el río Penobscot se ensanchaba para formar el gran lago que el capitán Barkley llamaba bahía de Penobscot. McLean pensó que la bahía era en realidad una gran ría, por lo que sabía de estudiar las cartas de navegación de Barkley, con unos doce kilómetros de este a oeste y casi cinco kilómetros de norte a sur. Un puerto se abría en la orilla este de la bahía. La bocana del puerto estaba bordeada por rocas, mientras que en su lado norte había una colina coronada por árboles. En la ladera sur de esa colina se asentaba un poblado; cerca de una veintena de casas de madera y establos se levantaban entre sembrados de maíz, huertos y pilas de leña. Unas pocas barcas de pesca estaban ancladas en el puerto junto a un pequeño velero que, según supuso McLean, era un barco mercante.

—Así que eso es Majabigwaduce —dijo en voz baja.

—¡Aseguren las gavias! —gritó el capitán—. Ordene a la flota que se ponga al paio. ¡Tendrá que encargarse de llamar a un práctico, señor Fennel!

—¡Sí, sí, señor!

De pronto la fragata era un bullicio de hombres que corrían para arriar las velas.

—Eso es Majabigwaduce —dijo Barkley en un tono que sugería que el nombre era tan risible como el lugar.

—¡Cañón número uno! —gritó el teniente Fennel, provocando que otro barullo de hombres corriera hacia el cañón de estribor.

—¿Tiene alguna idea —preguntó McLean al capitán— de lo que significa Majabigwaduce?

—¿Lo que significa?

—¿El nombre significa algo?

—Ni idea, ni idea —respondió Barkley, aparentemente irritado por la pregunta—. ¡Ahora, señor Fennel!

El cañón, cargado y atacado pero sin proyectil, fue disparado. El retroceso fue leve, pero el sonido del cañón pareció inmensamente atronador y la nube de humo envolvió media cubierta de la *Blonde*. El cañonazo se apagó, después su eco rebotó desde la playa antes de apagarse por segunda vez.

—Ahora descubriremos algo, ¿no es cierto? —dijo Barkley.

—¿Cómo es eso? —inquirió McLean.

—Si son leales, capitán, si son leales. Si ya han sido infectados por la rebelión, a duras penas nos proporcionarán un práctico, ¿no cree?

—Supongo que no —respondió McLean, aunque sospechaba que un práctico desleal prestaría buen servicio a su causa rebelde guiando a la *HMS Monde* hacia una roca. Había multitud de ellas rompiendo la superficie de la bahía. En una, a menos de cincuenta pasos de la regala de babor de la fragata, un cormorán extendía sus oscuras alas a secar.

Aguardaron. El cañón había sido disparado, señal acostumbrada para solicitar un práctico, pero la humareda impedía a todos los que estaban a bordo ver si había respuesta del asentamiento de Majabigwaduce. Los cinco barcos de transporte, cuatro balandras y una fragata, se deslizaban río arriba con la marea. El sonido más ruidoso era el gruñir, resollar y salpicar de la bomba de a bordo de una de las balandras, la *HMS North*. El agua gorgoteaba y salía a chorros rítmicamente de una espita de madera de olmo insertada en su casco mientras los marineros drenaban la sentina.

—Tendrían que haberla convertido en leña —dijo el capitán Barkley con acritud.

—¿No la pueden reforzar? —preguntó McLean.

—Tiene las cuadernas podridas. Es un coladero —explicó Barkley, zanjando el asunto.

Pequeñas olas golpeaban el casco de la *Blonde*, y la enseña azul de su popa se mecía lentamente con las ráfagas de viento. Seguía sin aparecer ningún bote, así que Barkley ordenó disparar la señal por segunda vez. El sonido levantó eco y volvió a extinguirse, y justo cuando Barkley estaba planteándose conducir la flotilla hasta el puerto sin ayuda de ningún práctico, un marinero dio una voz desde lo alto del trinquete.

—¡Se acerca un bote, señor!

Cuando se disipó el humo de la pólvora, los hombres de a bordo de la *Blonde* vieron una pequeña chalupa que salía virando desde el puerto. La brisa del suroeste era tan leve que las velas de color castaño apenas impulsaban la nave hacia delante contra la marea, así que un joven tiraba de dos largos remos. En cuanto llegó a la amplia bahía, subió a bordo los remos y ciñó con fuerza las velas para que así la chalupa se aproximara lentamente a la flotilla. Había una chica sentada al timón que gobernó la pequeña embarcación hacia el flanco de estribor de la *Blonde*, donde el joven saltó con destreza a los escalones de embarque que conducían a la entrada de obras muertas. Alto y rubio, tenía las manos callosas y ennegrecidas por el manejo de jarcias embreadas y redes de pesca. Vestía unos calzones sencillos y una chaqueta de lona, y llevaba toscas botas y un sombrero de punto. Subió a cubierta y desde allí gritó a la chica.

—¡Cuida bien de ella, Beth!

—¡Dejen de mirar como pasmarotes, cabezas de chorlito! —bramó el contramaestre a los marineros, que miraban cómo la chica rubia usaba un remo para

apartar su pequeña nave del casco de la fragata—. ¿Eres tú el práctico? —preguntó el contramaestre al joven.

—James Fletcher —se presentó el joven—, y supongo que lo soy, pero de todas formas no necesitan ustedes práctico. —Sonrió mientras caminaba hacia los oficiales, en la popa de la *Blonde*—. Caballeros, ¿alguno de ustedes tiene tabaco? —preguntó mientras subía por la escalerilla al castillo de popa.

Fue recompensado con el silencio hasta que el general McLean buscó en un bolsillo y sacó una corta pipa de barro que ya tenía la cazoleta llena de tabaco.

—¿Está bien así? —preguntó el general.

—Así está perfecto —respondió Fletcher agradecido, sacó el tabaco de la cazoleta y se lo metió en la boca. Le devolvió la pipa vacía al general—. Llevamos dos meses sin tabaco —dijo para explicarse y después saludó a Barkley con familiaridad—. No hay peligros de verdad en Bagaduce, capitán, siempre y cuando se mantenga alejado de la Cabeza de Dyce, ¿la ve? —Señaló el acantilado con tres picos en el lado norte de la entrada al puerto—. Ahí hay rocas. Y hay más rocas cerca de Cross Island al otro lado. Manténgase en el canal central y estará tan sano como salvo.

—¿Bagaduce? —preguntó el general McLean.

—Así es como lo llamamos, su señoría. Bagaduce. Más fácil para la lengua que Majabigwaduce. —El práctico sonrió, luego escupió el jugo del tabaco, que salpicó las tablas, pulidas con arenisca, de la *Blonde*. El silencio inundó el alcázar mientras los oficiales miraban la oscura mancha.

—Majabigwaduce —McLean rompió el silencio—, ¿quiere decir algo?

—Gran bahía con grandes mareas —dijo Fletcher—, o eso decía siempre mi padre. Es un nombre indio, así que puede querer decir cualquier cosa. —El joven repasó de un vistazo la cubierta de la fragata con evidente aprecio—. Un día de júbilo éste —observó con cordialidad.

—¿De júbilo? —preguntó el general McLean.

—Phoebe Perkins está en estado. Todos pensábamos que a estas alturas el bebé ya habría salido, pero no es así. ¡Y será una niña!

—¿Y sabe usted eso? —preguntó el general McLean, de buen humor.

—Phoebe ya ha tenido seis criaturas y hasta la última ha sido niña. Debería disparar otro cañonazo, capitán, ¡así con el susto se le saldrá la nueva!

—¡Señor Fennel! —gritó el capitán Barkley a través de una bocina—. Haga el favor de cazar la escota.

La *Blonde* ganó velocidad.

—Entre al puerto —le dijo Barkley al timonel, y así la *Blonde*, la *North*, el *Albany*, la *Nautilus*, la *Hope* y las cinco naves de transporte que escoltaban se aproximaron a Majabigwaduce. Llegaron sanas y salvas a puerto y echaron anclas allí. Era el 17 de junio de 1779 y, por primera vez desde que habían zarpado de Boston, en marzo de 1779, los británicos habían regresado a Massachusetts.

*

A unos trescientos kilómetros hacia el oeste y un poco hacia el sur de donde los diablos habían atracado, el brigadier general Peleg Wadsworth hacía formar a su batallón en el campo comunal de la ciudad. Sólo había diecisiete hombres presentes, y ni uno solo de ellos podría calificarse como correcto. El más joven, Alexander, tenía cinco años, mientras que las mayores eran las gemelas Fowler, Rebecca y Dorcas, de doce años, y todos miraban con cara seria al brigadier, de treinta y un años.

—Lo que quiero que hagáis —explicaba el general— es marchar hacia delante en columna de a uno. Cuando dé la voz de mando, os detenéis. ¿Cuál es la voz de mando, Jared?

Jared, que tenía nueve años, lo pensó durante un segundo.

—¿Alto?

—Muy bien, Jared. La siguiente orden después de ésa será «Preparados para formar fila», ¡y vosotros no haréis nada! —El brigadier clavó una mirada severa en sus diminutas tropas que habían formado una columna de marcha de cara al norte—. ¿Entendido? ¡No hagáis nada! Entonces voy a gritar que las compañías uno, dos, tres y cuatro giren hacia la izquierda. Esas compañías. —Y aquí el general recorrió la fila indicando qué niños formaban las cuatro compañías destacadas— son el ala izquierda. ¿Tú qué eres, Jared?

—El ala izquierda —contestó Jared agitando los brazos.

—¡Excelente! Y vosotros —el general siguió recorriendo el resto de la fila— sois las compañías cinco, seis, siete y ocho, el ala derecha, y os giraréis hacia la derecha. Entonces daré la orden de mirar al frente y os volveréis. Después nos volveremos en contramarcha. ¿Alexander? Tú eres el alférez, así que tú no te mueves.

—Quiero matar a un casaca roja, papi —suplicó Alexander.

—Tú no te mueves, Alexander —insistió el padre del alférez, y después repitió todo lo que había dicho.

Alexander portaba un palo largo que, dadas las circunstancias, sustituía a la bandera americana. Ahora apuntó a la iglesia y simuló disparar a los casacas rojas, por lo que tuvo que ser empujado de vuelta a la columna donde todos y cada uno estuvieron de acuerdo en que comprendían lo que su antiguo maestro quería que hicieran.

—Ahora, recordad que cuando yo ordene contramarcha —les animó Peleg Wadsworth— vosotros marcháis en la dirección hacia la que estáis mirando, pero ¡os giráis como la aguja de un reloj! Quiero ver cómo giráis sin problemas. ¿Estáis todos preparados?

Un pequeño gentío se había reunido para mirar y dar consejos. A un hombre, un ministro que estaba de visita, le asombraba ver a niños tan pequeños recibiendo

instrucción militar y había reprendido por eso al general Wadsworth, pero el brigadier había asegurado a aquel hombre de Dios que no eran los niños los que estaban siendo instruidos, sino él mismo. Quería entender con precisión cómo una columna de compañías se desplegaba en una fila de regimiento que pudiese acribillar a un enemigo con el fuego de sus mosquetes. No era fácil hacer avanzar a las tropas en fila, porque inevitablemente una larga hilera de hombres se desordena y pierde su cohesión, por lo que para evitarlo los hombres debían avanzar en compañías, una detrás de otra, pero una columna de estas características era muy vulnerable al fuego de cañón y a menudo incapaz de usar la mayoría de sus mosquetes, así que el arte de la maniobra consistía en avanzar en columna y desplegarse rápidamente en una línea. Wadsworth quería dominar la maniobra, pero como era un general de la Milicia de Massachusetts y la milicia estaba en su mayor parte en sus granjas o en sus talleres, Wadsworth estaba empleando niños. La compañía destacada, que solía comprender tres filas de treinta o más hombres cada una, estaba hoy compuesta por Rebecca Fowler, de doce años, y su primo de nueve años, Jared, ambos niños brillantes y, según esperaba Wadsworth, capaces de servir de ejemplo a los demás niños. La maniobra que estaba intentando era difícil. El batallón marcharía en columna hacia el enemigo y después haría un alto. Las compañías destacadas girarían hacia un lado, las compañías de retaguardia se volverían hacia el lado opuesto, y entonces cada parte de la columna avanzaría en contramarcha pivotando tranquilamente sobre la bandera hasta recibir la voz de alto. Eso dejaría a las cuatro primeras compañías de espaldas al enemigo y Wadsworth necesitaría ordenar a esos ocho niños que dieran la vuelta, punto en el que todo el formidable batallón estaría preparado para abrir fuego contra el enemigo. Wadsworth había visto a los regimientos británicos realizar una maniobra parecida en Long Island y había admirado a regañadientes su precisión, al ver con sus ojos la celeridad con la que habían transformado una columna en una larga hilera que descargó un torrente de mosquetazos sobre las fuerzas americanas.

—¿Estamos listos? —volvió a preguntar Wadsworth. Si podía explicarles el sistema a los niños, enseñárselo a la milicia del estado tendría que resultar bastante fácil—. ¡Marcha al frente!

Los niños marchaban sorprendentemente bien, aunque Alexander daba saltitos para intentar acompasar su ritmo al de sus compañeros.

—¡Batallón! —gritó Wadsworth—. ¡Alto!

Se detuvieron. Hasta entonces todo iba bien.

—¡Batallón! ¡Prepárense para formar filas! ¡No os mováis aún! —Hizo una pausa momentánea—. ¡El ala izquierda girará a la izquierda! ¡El ala derecha girará a la derecha cuando dé la voz de mando! ¡Batallón! ¡Al frente!

Rebecca giró a la derecha en lugar de a la izquierda, y entonces el batallón se arremolinó en un momento de confusión antes de que uno empezara a tirar del pelo de otro y Alexander se pusiera a gritar «bum» mientras disparaba a imaginarios casacas rojas que avanzaban desde el camposanto comunal.

—Contramarcha, ¡adelante! —gritó Wadsworth, y los niños giraron en diferentes direcciones; a estas alturas, pensó desesperado el general, las tropas británicas ya habrían machacado con dos descargas carniceras a su regimiento. Quizá, pensó Wadsworth, emplear a los niños de la escuela donde había enseñado antes de convertirse en soldado no era el mejor método para desarrollar su dominio de las tácticas de infantería—. Formen filas —gritó.

—La manera de hacerlo —expuso un hombre con muletas desde el gentío— es compañía por compañía. Es más lento, general, pero poco a poco hila la vieja el copo.

—¡No, no, no! —Alguien más se entrometió—. La primera compañía gira hacia el marcador derecho para avanzar un paso a la izquierda y un paso adelante, y él se convierte en el marcador izquierdo, levanta la mano y el resto forma sobre él. O ella, en su regimiento, general.

—Es mejor compañía por compañía —insistió el hombre lisiado—, así es como lo hicimos en Germantown.

—Pero en Germantown perdisteis... —apuntó el segundo hombre.

Johnny Fiske fingió recibir un disparo, se tambaleó con dramatismo y cayó, y Peleg Wadsworth, a quien resultaba difícil pensar en sí mismo como en un general, decidió que no había conseguido explicar la maniobra de manera correcta. Se preguntaba si alguna vez necesitaría dominar las complejidades de las maniobras de infantería. Los franceses se habían unido a la lucha de América por la libertad y habían enviado un ejército a través del Atlántico; ahora la guerra se estaba librando en los estados del sur, muy lejos de Massachusetts.

—¿Está ganada la guerra?

Una voz interrumpió sus pensamientos y al volverse vio a su esposa, Elizabeth, con su hija Zilpha, de un año, en los brazos.

—Mucho me parece —dijo Peleg Wadsworth— que los niños han matado hasta al último casaca roja de América.

—Alabado sea Dios por eso —exclamó Elizabeth, indulgente.

Elizabeth tenía veintiséis años, cinco años menos que su marido, y estaba otra vez en estado. Alexander era el mayor, después venía Charles, de tres años, y la pequeña Zilpha, que miraba solemnemente y con los ojos muy abiertos a su padre. Elizabeth era casi tan alta como su marido, que ahora volvía a meter una libreta y un lápiz en el bolsillo de su uniforme. Tenía buen aspecto en uniforme, pensó ella, aunque el gabán azul *con* vueltas blancas, con su elegante cola abotonada, necesitaba cuanto antes algún que otro parche, pero no había tela azul disponible, ni siquiera en Boston, al menos no al precio que Peleg y Elizabeth Wadsworth podían permitirse. A Elizabeth le divertía en secreto la intensa expresión preocupada de su marido. Era un buen hombre, pensó con orgullo, tan honrado como largo era el día y todos sus vecinos confiaban en él. No le vendría mal un corte de pelo, aunque sus rizos oscuros y un tanto despeinados daban a su flaco rostro un atractivo aspecto libertino.

—Lamento interrumpir la guerra —dijo Elizabeth—, pero tienes visita. —Movi

la cabeza hacia su casa, donde un hombre de uniforme estaba atando su caballo al poste.

El visitante era delgado y su rostro redondo, con anteojos; le resultaba familiar a Wadsworth, pero no podía identificar al hombre que, una vez bien amarrado su caballo, sacó un papel del bolsillo de su gabán y cruzó el soleado campo comunal. Su uniforme era marrón claro con vueltas blancas. Un sable colgaba de unas tiras de cuero desde su cinto.

—General Wadsworth —dijo al acercarse—, me alegra verlo con salud, señor —añadió, y por un instante Wadsworth se esforzó en su intento de poner un nombre a aquel rostro; entonces, como una bendición, el nombre llegó.

—Capitán Todd —dijo, ocultando su alivio.

—Mayor Todd ahora, señor.

—Le felicito, mayor.

—Me han asignado como ayudante del general Ward —explicó Todd—, que le envía esto. —Le tendió el papel a Wadsworth. Era una sola hoja, plegada y sellada, con el nombre del general Artemas Ward escrito en letras de pata de araña bajo el sello.

El mayor Todd miró con gesto duro a los chicos. Aún formados en una hilera irregular, le devolvieron la mirada, intrigados por el sable curvo de su cintura.

—Descansen —les ordenó Todd; después sonrió a Wadsworth—. Los recluta muy jóvenes, general.

Wadsworth, un poco avergonzado por haber sido descubierto instruyendo a niños, no contestó. Había roto el sello del papel y ahora leía el breve mensaje. El general Artemas Ward presentaba sus saludos al brigadier general Wadsworth y lamentaba informarle de que se habían presentado cargos contra el teniente coronel Paul Revere, oficial al mando del Regimiento de Artillería de Massachusetts; en concreto, porque había estado cobrando las raciones y las pagas de treinta hombres que no existían, y ahora el general Ward solicitaba a Wadsworth que hiciera averiguaciones sobre el fundamento de semejante acusación.

Wadsworth leyó el mensaje una segunda vez, después despidió a los niños e indicó a Todd que caminara con él hacia el camposanto.

—¿Está bien el general Ward? —preguntó cortés. Artemas Ward estaba al mando de la Milicia de Massachusetts.

—Está bastante bien —respondió Todd—, aparte de unos dolores en las piernas.

—Se hace viejo —dijo Wadsworth, y durante un rato los dos hombres intercambiaron las noticias de rigor sobre nacimientos, bodas, enfermedades y muertes, todos los pequeños cambios de una comunidad. Se habían detenido a la sombra de un olmo y poco después Wadsworth hizo un gesto con la carta—. Me resulta extraño —dijo muy prudente— que un mayor traiga un mensaje tan trivial.

—¿Trivial? —preguntó Todd fríamente—. Estamos hablando de malversación, general.

—Lo que, de ser cierto, habrá sido registrado en las actas de la asamblea. ¿Se necesita que un general inspeccione los libros? Eso puede hacerlo un procurador.

—Ya lo ha hecho un procurador —dijo Todd en tono tenso—, pero el nombre de un procurador en el informe oficial no reviste ninguna importancia.

Wadsworth notó la tensión.

—¿Y ustedes buscan importancia? —preguntó.

—El general Ward querría que este asunto se investigara a conciencia —respondió con firmeza Todd—, y usted es el general ayudante de la Milicia, por lo tanto responsable de la buena disciplina de las tropas.

Wadsworth parpadeó ante lo que consideraba un recordatorio impertinente e innecesario de sus obligaciones, pero dejó pasar la insolencia sin censurarla. Todd tenía reputación de ser un hombre riguroso y diligente, pero Wadsworth también recordaba el rumor de que el mayor William Todd y el teniente coronel Paul Revere sentían una fuerte antipatía el uno por el otro. Todd había servido en artillería con Revere, pero había renunciado como protesta por la desorganización del regimiento. Wadsworth sospechaba que Todd estaba usando su nueva posición para atacar a su viejo enemigo, y a Wadsworth eso no le gustaba.

—El coronel Revere —habló en tono suave, aunque provocativo a propósito— goza de la reputación de ser un magnífico y ferviente patriota.

—Es un hombre deshonesto —sentenció Todd con vehemencia.

—Si en las guerras sólo lucharan los honestos —replicó Wadsworth—, ¿acaso tendríamos entonces paz perpetua?

—¿Conoce usted al coronel Revere, señor? —preguntó Todd.

—No puedo decir que seamos más que conocidos —respondió Wadsworth.

Todd asintió, como si fuera ésa la respuesta adecuada.

—Su reputación, general —dijo—, es intachable. Si demuestra que ha habido malversación, entonces no habrá un solo hombre en Massachusetts que rebata tal veredicto.

Wadsworth volvió a mirar el mensaje.

—¿Por sólo treinta hombres? —preguntó con recelo—. ¿Ha cabalgado usted desde Boston por un asunto tan insignificante?

—No es mucha distancia a caballo —dijo Todd a la defensiva—, y tengo un asunto en Plymouth, así que lo conveniente era tratarlo con usted.

—Entonces, si tiene usted un asunto, mayor —dijo Wadsworth—, no lo entretendré.

La cortesía exigía que al menos le ofreciera a Todd algún refrigerio y Wadsworth era un hombre cortés, pero estaba enfadado porque lo implicaran en algo que, tenía sólidas sospechas de ello, no era sino producto de una enemistad personal.

—Se habla —comentó Todd cuando los dos hombres cruzaron de nuevo el campo comunal— de un ataque a Canadá.

—Siempre se habla de un ataque a Canadá —replicó Wadsworth con cierta

aspereza.

—Si se produce un ataque semejante —dijo Todd—, querríamos tener al mando de nuestra artillería al mejor hombre disponible.

—Asumo —dijo Wadsworth— que querríamos eso tanto si marchamos sobre Canadá como si no.

—Necesitamos a un hombre con integridad —insistió Todd.

—Necesitamos a un hombre que sepa disparar —dijo Wadsworth bruscamente, y se preguntó si Todd aspiraría a comandar él mismo el regimiento de artillería, pero no dijo nada más.

Su esposa estaba esperando junto al poste de los caballos con un vaso de agua que Todd aceptó agradecido antes de cabalgar en dirección sur hacia Plymouth. Wadsworth entró en la casa y mostró la carta a Elizabeth.

—Me temo que es cuestión de política, querida —dijo—, política.

—¿Y eso es malo?

—Es enrevesado —dijo Wadsworth—. El coronel Revere es un hombre de bandos.

—¿Bandos?

—El coronel Revere es entusiasta —explicó Wadsworth cuidadosamente—, y con su entusiasmo se gana tanto enemigos como amigos. Sospecho que el mayor Todd formuló la acusación. Es una cuestión de envidia.

—Entonces, ¿crees que la acusación es infundada?

—No tengo una opinión formada —contestó Wadsworth—, y apreciaría mucho seguir en esa ignorancia. —Volvió a tomar la carta y la leyó de nuevo.

—Sigue siendo una fechoría —dijo Elizabeth con gesto severo.

—¿Una falsa acusación? ¿Un error del procurador? En cualquier caso, me involucra con un bando y no me gustan los bandos. Si demuestro la fechoría, entonces me convierto en enemigo de medio Boston y me gano la enemistad de todos los francmasones. Por eso preferiría mantenerme en la ignorancia.

—¿Vas a ignorar esto? —preguntó Elizabeth.

—Tengo que cumplir con mi deber, querida —respondió Wadsworth. Siempre había cumplido con su deber y lo hacía bien. Como estudiante en Harvard, como maestro de escuela, como capitán en la tropa de la ciudad de Lexington, como edecán del general Washington en el Ejército Continental y ahora como brigadier de la milicia.

Pero había veces, pensó, en que su propio bando era mucho más difícil que el británico. Dobló la carta y se dispuso a cenar.

*

Majabigwaduce era un promontorio, casi una isla, con forma de yunque. De este a oeste tenía poco menos de tres kilómetros de largo, y de norte a sur apenas más de

kilómetro y medio de ancho, y la cresta de su rocoso montículo ascendía desde el este hasta el oeste, donde acababa en un abrupto acantilado, alto y arbolado, con vistas a la amplia bahía de Penobscot. El asentamiento se extendía por la cara sur de la cresta, donde ahora descansaba anclada en el puerto la flotilla británica. Era un pueblo de casas pequeñas, establos y cobertizos. Las casas más pequeñas eran simples cabañas de troncos, pero había viviendas más sólidas de dos plantas, de viguerías recubiertas con tablas de cedro que al pálido sol del día parecían de plata. Aún no había iglesia.

La cresta que se veía por encima del pueblo estaba cubierta de abetos, aunque hacia el oeste, donde la tierra era más alta, había espléndidos arces, hayas y abedules. Los robles crecían junto al agua. Gran parte de las tierras alrededor del asentamiento habían sido desbrozadas y sembradas con maíz, y ahora las hachas se hincaban en los abetos, pues los casacas rojas habían empezado a despejar la cresta por encima del pueblo.

Habían llegado setecientos soldados a Majabigwaduce. Cuatrocientos cincuenta eran *highlanders* vestidos con *kilt* del 74.º, otros doscientos eran escoceses de las tierras bajas del 82.º, mientras que los cincuenta restantes eran zapadores, ingenieros y artilleros. La flota que los había traído se había dispersado, la *Blonde* había seguido rumbo a Nueva York y sólo habían quedado atrás tres barcos de transporte vacíos y tres pequeñas balandras de guerra cuyos mástiles dominaban ahora el puerto de Majabigwaduce. La playa estaba llena de suministros descargados y un nuevo camino, marcado en la tierra, ascendía ahora recto por la larga pendiente desde el agua de la orilla hasta la cima de la cresta. El brigadier McLean subía por esa cuesta, caminando con la ayuda de una retorcida vara de espino y acompañado por un civil.

—Somos una fuerza pequeña, doctor Calafa —explicó McLean—, pero puede confiar en que cumpliremos con nuestro deber.

—Calef —dijo Calef.

—¿Discúlpeme?

—Mi nombre, general, se pronuncia «Calef».

—Le ruego que me perdone, doctor —dijo McLean, inclinando la cabeza.

El doctor Calef era un hombre rechoncho un par de años más joven que McLean. Llevaba un sombrero de copa baja sobre una peluca que no se empolvaba hacía semanas y enmarcaba una cara rotunda caracterizada por una mandíbula recia. Se había presentado él mismo a McLean, ofreciéndole consejo, ayuda profesional y cualquier otro apoyo que pudiera prestarle.

—Confío en que estén ustedes aquí para quedarse, ¿no es así? —preguntó el doctor.

—Sin ninguna duda, señor, sin ninguna duda —respondió McLean clavando su vara en la delgada capa de tierra del suelo—. Oh, queremos quedarnos, ya lo creo.

—¿Para hacer qué? —preguntó Calef cortante.

—Permítame ahora que eche un vistazo. —McLean permaneció en silencio, observando cómo dos hombres se apartaban de un árbol a medio talar que se venía

abajo, lentamente al principio, después cayó con una explosión de ramas quebradas, pinaza y polvo—. Mi obligación principal, doctor —prosiguió—, es evitar que los rebeldes utilicen la bahía como puerto seguro para sus corsarios. Esos piratas han acabado por convertirse en una molestia.

Aquello era decir poco. Los rebeldes americanos controlaban toda la línea de costa entre Canadá y Nueva York, a excepción de la asediada plaza fuerte británica de Newport, en Rhode Island, y los barcos mercantes británicos que hacían tan largo viaje corrían siempre riesgos por culpa de los corsarios rebeldes, bien armados y muy veloces. Al ocupar Majabigwaduce, los británicos dominarían la bahía de Penobscot y así arrebatrían a los rebeldes su excelente fondeadero, que se convertiría en base de la Marina Real británica.

—Al mismo tiempo —continuó McLean—, se me ha ordenado detener cualquier ataque rebelde contra Canadá y, en tercer lugar, doctor, voy a fomentar el comercio aquí.

—Madera para mástiles —gruñó Calef.

—Sobre todo madera para mástiles —asintió McLean—, y en cuarto lugar, vamos a colonizar esta región.

—¿Colonizarla?

—Para la Corona, doctor, para la Corona. —McLean sonrió y señaló el paisaje con su vara de espino—. Contemple, doctor Calef, la provincia de Nueva Irlanda de Su Majestad.

—¿Nueva Irlanda? —preguntó Calef.

—Desde la frontera de Canadá hasta ciento treinta kilómetros hacia el sur —dijo McLean—, todo es Nueva Irlanda.

—Confiemos en que no resulte ser tan papista como la vieja Irlanda —replicó Calef amargado.

—Estoy seguro de que será bien temerosa de Dios —dijo McLean con tacto. El general había servido muchos años en Portugal y no compartía el desagrado de sus compatriotas por los católicos, pero era lo bastante buen soldado como para saber cuándo no había que luchar—. ¿Qué le trajo a usted a Nueva Irlanda, doctor? —preguntó, cambiando de tema.

—Fui expulsado de Boston por los malditos rebeldes —explicó con enojo Calef.

—¿Y eligió usted venir aquí? —preguntó McLean, incapaz de esconder su sorpresa por el hecho de que el doctor hubiera escapado desde Boston a aquel páramo neblinoso.

—¿A qué otro sitio podía llevar a mi familia? —preguntó a su vez Calef, aún enfadado—. Por Dios, general, ¿es que no hay un gobierno legítimo de aquí a Nueva York! ¡Excepto en denominación, las colonias ya son independientes en todo! ¡En Boston esos desgraciados tienen una administración, una legislatura, funcionarios del Estado, una judicatura! ¿Por qué? ¿Por qué se permite esto?

—¿Y no podría haberse mudado a Nueva York? —sugirió McLean, pasando por

alto la indignada pregunta de Calef—. ¿O a Halifax?

—Soy un hombre de Massachusetts —dijo Calef—, y confío en que algún día regresaré a Boston, pero a un Boston limpio de rebelión.

—También yo rezo porque así sea —asintió McLean—. Dígame, doctor, ¿llegó a buen término el parto de esa mujer?

El doctor Calef pestañeó, pues la pregunta le pilló desprevenido.

—¿Esa mujer? Oh, se refiere a la esposa de Joseph Perkins. Sí, dio a luz sin percance. Una niña sana.

—Otra niña, ¿eh? —dijo McLean, y se volvió para mirar fijamente la ancha bahía más allá de la entrada del puerto—. Gran bahía con grandes mareas —susurró con voz tenue, entonces vio la incompreensión del doctor—. Me dijeron que ése era el significado de Majabigwaduce —explicó.

Calef frunció el ceño y después hizo un gesto despreocupado como si el asunto fuese irrelevante.

—No tengo ni idea de qué significa el nombre, general. Tendrá que preguntárselo a los salvajes. Es el nombre que le pusieron ellos al lugar.

—Bien, pues ahora todo es Nueva Irlanda —dijo McLean, y luego se llevó la mano al sombrero—. Buenos días, doctor, estoy seguro de que tendremos ocasión de volver a charlar. Le estoy muy agradecido por su apoyo, muy agradecido, pero tendrá que perdonarme, el deber me llama.

Calef vio cómo el general subía cojeando por la colina y después lo llamó.

—¡General McLean!

—¿Señor? —McLean se volvió.

—No creerán ustedes que los rebeldes van a permitirles quedarse aquí, ¿verdad?

McLean pareció evaluar la pregunta por unos instantes, casi como si nunca hubiese pensado antes en eso.

—Más bien me inclino a pensar que no —dijo gentilmente.

—Vendrán a por ustedes —le advirtió Calef—. Tan pronto como sepan que están ustedes aquí, general, vendrán a por ustedes.

—¿Sabe usted? —dijo McLean—. Me da la impresión de que vendrán. —Tocó su sombrero otra vez—. Buenos días, doctor. Me alegra saber lo de la señora Perkins.

—Maldita señora Perkins —gruñó el doctor, pero en voz tan baja que el general no lo oyó; después dio la vuelta y miró hacia el sur bahía abajo, pasado Long Island, donde el río desaparecía en su camino hacia mar abierto, y se preguntó cuánto pasaría hasta que apareciera una flota rebelde por aquel canal. La flota aparecería, de eso estaba seguro. Boston sabría de la presencia de McLean y Boston querría dejar aquel lugar limpio de casacas rojas. Y Calef conocía Boston. Había sido miembro de la Asamblea General allí, legislador de Massachusetts, pero era además un testarudo lealista que había sido expulsado de su casa después de que los británicos dejaran Boston. Ahora vivía aquí, en Majabigwaduce, y los rebeldes vendrían a por él otra vez. Lo sabía, temía su llegada, y temía que un general que se preocupaba por una

mujer y su criatura fuese un hombre demasiado blando para hacer el trabajo necesario.

—Mátelos a todos —refunfuñó para sí mismo—. Sin más, mátelos a todos.

*

Seis días después de que el brigadier general Wadsworth hiciera desfilas a los niños y después de que el brigadier general McLean llegara navegando al acogedor puerto de Majabigwaduce, un capitán recorría el alcázar de su buque, la fragata *Warren*, de la Marina Continental. Era una templada mañana en Boston. Había niebla sobre las islas del puerto y el viento húmedo del suroeste traía la promesa de una tarde de truenos.

—¿Barómetro? —preguntó el capitán bruscamente.

—Bajando, señor —contestó un guardiamarina.

—Como imaginaba —dijo el capitán Dudley Saltonstall—, como imaginaba.

Caminó de babor a estribor y de estribor a babor bajo la vela cangreja, pulcramente plegada sobre su larga botavara. Su rostro de mentón alargado quedaba a la sombra del pico delantero de su bicornio, y desde debajo unos ojos oscuros miraron de pronto entre los numerosos barcos anclados a su tripulación, que, aunque escasa de personal, pululaba por la cubierta de la fragata y sus bandas entre los aparejos, para darle al barco su fregado matinal. Saltonstall acababa de ser destinado a la *Warren* y estaba empeñado en que el barco estuviese impecable.

—Como imaginaba —volvió a decir Saltonstall.

El guardiamarina, esperando respetuoso junto al emplazamiento de artillería de popa a babor, apoyaba una pierna contra la cureña del cañón sin decir nada. El viento era lo bastante fuerte como para sacudir la *Warren* en los cabos de su ancla y moverla con el ligero oleaje que relumbraba blanco en todo el puerto. Sobre la *Warren*, igual que sobre las dos embarcaciones próximas que también pertenecían a la Marina Continental, ondeaba una bandera con franjas rojas y blancas en la que había una serpiente sobre las palabras «No me pises». En muchos de los otros barcos del atestado puerto ondeaba la nueva bandera de los Estados Unidos, con barras y estrellas, pero dos elegantes veleros, ambos armados con catorce cañones de seis libras y anclados cerca de la *Warren*, portaban la bandera de la Marina de Massachusetts, que mostraba un pino verde en un campo blanco y llevaba la inscripción «Un recurso al Cielo».

—Un recurso a la estupidez —rezongó Saltonstall.

—¿Perdón, señor? —preguntó nervioso el guardiamarina.

—Si nuestra causa es justa, señor Coningsby, ¿para qué necesitamos recurrir al cielo? Mejor será recurrir a la fuerza, a la justicia, a la razón.

—Oh, sí, señor —dijo el guardiamarina, inquieto por el hábito del capitán de no mirar a la persona con la que hablaba.

—¡Recurso al cielo! —se mofó Saltonstall, mirando la ofensiva bandera por encima del hombro del guardiamarina—. En la guerra, señor Coningsby, uno haría mejor recurriendo al infierno.

Las insignias de otras embarcaciones eran incluso más pintorescas. Un barco de bajo calado, con los mástiles muy inclinados a popa y las troneras pintadas de negro, llevaba una serpiente enroscada como blasón de su insignia, mientras que en una segunda ondeaban la calavera y las tibias cruzadas y una tercera mostraba al rey Jorge de Inglaterra perdiendo su corona frente a un yanqui de aspecto jovial que enarbolaba una maza claveteada. Al capitán Saltonstall le desagradaban aquellas banderas caseras. Daban impresión de negligencia. Otra decena de barcos tenían banderas británicas, pero todas ellas ondeaban bajo los colores americanos para demostrar que habían sido capturadas, y el capitán Saltonstall también rechazaba eso. No se trataba de que los mercaderes británicos hubiesen sido capturados, que por supuesto era algo bueno, ni que las banderas proclamaran tales victorias, porque también eso era deseable, sino más bien que ahora se suponía que los barcos capturados eran de propiedad privada. No propiedad de los Estados Unidos, sino de los corsarios como el de la balandra de bajo calado y mástiles inclinados decorada con la serpiente de cascabel.

—Son piratas, señor Coningsby —gruñó Saltonstall.

—Ya, ya, señor —replicó el guardiamarina Fanning. El guardiamarina Coningsby había muerto de las fiebres una semana antes, pero todos los nerviosos intentos de Fanning por corregir a su capitán habían fracasado y acabó por abandonar toda esperanza de que lo llamara por su propio nombre.

Saltonstall siguió despotricando contra los corsarios.

—¿Cómo vamos a encontrar una tripulación decente con la atracción de la piratería? —se quejó Saltonstall—. ¡Dígamelo usted, señor Coningsby!

—No lo sé, señor.

—No podemos, señor Coningsby, no podemos —dijo Saltonstall, estremeciéndose por la injusticia de la ley.

Lo cierto era que los corsarios eran piratas patrióticos tan fieros en batalla como los lobos, pero luchaban por la ganancia personal y eso hacía que fuera imposible para un buque de guerra de la Marina Continental, como era la *Warren*, encontrar una buena tripulación. ¿Qué joven de Boston serviría a su país por unos peniques cuando podía unirse a un corsario y compartir una parte del botín? ¡No era de extrañar que la *Warren* anduviera corta de personal! Con sus treinta y dos cañones, era una fragata tan buena como cualquier otra del litoral americano, pero Saltonstall sólo disponía de hombres suficientes para disparar la mitad de sus armas, mientras que los corsarios contaban todos con tripulaciones completas.

—¡Es una abominación, señor Coningsby!

—Sí, sí, señor —convino el guardiamarina Fanning.

—¡Mire eso! —Saltonstall detuvo sus pasos para señalar con un dedo al *Ariadne*,

un jugoso buque mercante británico que había sido capturado por un corsario—. ¿Sabe lo que transportaba, señor Coningsby?

—¿Nogal negro de Nueva York para Londres, señor?

—¡Y llevaba seis cañones, señor Coningsby! ¡Cañones de nueve libras! Seis de éstos. ¡Cañones de nueve libras, de los buenos y largos! ¡Recién salidos del molde! Me enfurece, señor Coningsby, me enfurece de verdad.

—Sí, señor.

—Esos cañones serán fundidos para hacer baratijas. ¡Baratijas! Me enfurece, maldita sea, sí, me enfurece.

El capitán Saltonstall se llevó su furia a la barandilla de estribor, donde se detuvo a observar un pequeño cúter que se acercaba desde el norte. Primero sus velas oscuras parecían un parche en la niebla, después tomaron forma y se definieron como una embarcación de un solo mástil y unos doce metros de eslora. No era un barco de pesca, era demasiado estrecho para tal faena, pero en su regala había clavados varios escálamos, prueba de que podía embarcar una docena de remeros y así bogar los días de calma chicha; Saltonstall lo reconoció como uno de los raudos barcos mensajeros que empleaba el gobierno de Massachusetts. En mitad de la cubierta había un hombre con las manos colocadas a modo de bocina gritando, era evidente, sus noticias a las embarcaciones amarradas entre las que avanzaba el cúter.

A Saltonstall le hubiera encantado saber qué gritaba aquel hombre, pero consideraba impropio de su dignidad como capitán de la Marina Continental hacer preguntas vulgares, así que se dio la vuelta justo cuando una goleta, con su regala llena de troneras, pasaba junto a la *Warren*. Era una goleta corsaria de casco negro, con el nombre de *King-Killer* destacado en color blanco en medio del casco. Sus velas mugrientas estaban bien tensadas para impulsarla en su camino de salida del puerto. Con su docena de cañones en cubierta, suficientes para obligar a la mayoría de buques mercantes británicos a una apresurada rendición, había sido construida para ser veloz y así poder escapar de cualquier nave de guerra de la Marina Británica. Los hombres se abigarraban en cubierta mientras en la verga de su sobremesana flameaba una bandera azul con la palabra LIBERTAD bordada con letras blancas. Saltonstall esperó a que arriaran la bandera a modo de saludo a su propia insignia, pero cuando la negra goleta pasó no dio ninguna señal de reconocimiento. Un hombre en el pasamano de borda a popa miró a Saltonstall, después escupió en el mar y el capitán de la *Warren* se ofendió al tomarlo como un insulto. Vio cómo la nave se alejaba hacia la niebla. La *King-Killer* salía a cazar al otro lado de la bahía, hacia el norte, bordeando el gancho de Cape Cod e internándose después en el Atlántico, donde los cargados mercantes británicos avanzaban pesados en sus rutas hacia el oeste desde Halifax a Nueva York.

—Baratijas —rezongó Saltonstall.

Una gabarra abierta de mástil recortado, pintada de blanco con una línea blanca a lo largo de su borda, salió del muelle de Castle Island. Una docena de hombres se

encargaban de los remos, tirando con fuerza contra las pequeñas olas, y la visión de la gabarra hizo que el capitán Saltonstall buscara su reloj en un bolsillo. Abrió la tapa y vio que eran las ocho y diez de la mañana. La gabarra llegaba con precisa puntualidad y dentro de una hora la vería regresar de Boston, esta vez llevando al comandante en jefe de la guarnición de Castle Island, pues el hombre prefería dormir en la ciudad. A Saltonstall le gustaba la gabarra de Castle Island. Estaba pintada con pulcritud, y su tripulación, si bien no llevaba un verdadero uniforme, vestía camisas azules a juego. Había en todo ello un intento de orden, de disciplina, de decoro.

El capitán reanudó su paseo, de babor a estribor, de estribor a babor.

La *King-Killer* se había desvanecido en la niebla.

La gabarra de Castle Island estaba soltando el ancla. La campana de una iglesia empezaba a repicar.

El puerto de Boston en la templada mañana del 23 de junio de 1779.

*

El oficial pagador del 82.º Regimiento de infantería de Su Majestad avanzaba hacia el oeste por la cresta de Majabigwaduce. A sus espaldas se oía el sonido de las hachas golpeando árboles y a su alrededor todo era niebla. Una niebla densa. Todas las mañanas desde que la flotilla había llegado había niebla.

—Ya despejará —dijo el pagador con buen ánimo.

—Sí, señor —contestó desganado el sargento McClure.

El sargento comandaba un piquete de seis hombres del 82.º de infantería, regimiento del duque de Hamilton que era conocido como «los Hamilton». McClure, de treinta años, era con mucho el mayor de sus hombres y doce años mayor que el pagador, el teniente que conducía al piquete a paso rápido y entusiasta. Sus órdenes eran establecer un puesto de guardia en las cumbres del oeste de la península, desde donde se podía vigilar la bahía de Penobscot en toda su amplitud. Si algún enemigo iba a acercarse, la ruta más probable era por la bahía. Ahora el piquete estaba entrando en una espesa zona boscosa, empequeñecido por altos y oscuros árboles amortajados por la niebla.

—Señor, el brigadier —se atrevió a decir el sargento McClure— informó que quizás hubiera rebeldes por aquí.

—¡Tonterías! ¡Aquí no hay rebeldes! Han huido todos, sargento.

—Si usted lo dice, señor.

—Lo digo yo, sí —dijo el joven oficial, entusiasmado, pero después se detuvo de repente y señaló la maleza—. ¡Allí!

—¿Un rebelde, señor? —preguntó diligente McClure, pues no veía nada digno de interés entre los pinos.

—¿Es un zorzal?

—Ah —McClure vio lo que llamaba la atención del pagador y miró con más

detenimiento—, es un pájaro, señor.

—Por extraño que parezca, sargento, ya lo había advertido —dijo el teniente con alegría—. Observe su pecho, sargento.

El sargento McClure observó obediente el pecho del pájaro.

—¿Es rojo, señor?

—Rojo, así es. Le felicito, sargento. ¿Y eso no le trae recuerdos del petirrojo de nuestra patria? Pero este granujilla es más grande, ¡mucho más grande! Un tipo apuesto, ¿verdad?

—¿Quiere que le pegue un tiro, señor? —preguntó McClure.

—No, sargento, sólo quiero que admire su plumaje. El zorzal viste la capa roja de su majestad, ¿no lo consideraría usted un presagio de buena suerte?

—Oh, sí, señor, claro que sí.

—Noto que a usted, sargento, le falta brío. —El teniente, de dieciocho años, sonrió para demostrar que no hablaba en serio. Era un muchacho alto, un buen palmo más alto que el fornido sargento, y tenía un semblante redondo, afanoso e inquieto, de sonrisa tan rápida como el rayo y ojos perspicaces y observadores. Su gabán estaba confeccionado en caro tejido escarlata, con vueltas negras, y brillaba por los botones, de los que se rumoreaba que eran de oro de la mejor calidad. El teniente John Moore no era rico, era hijo de un doctor, pero todo el mundo sabía que era amigo del joven duque y se decía que el duque era más rico que los siguientes diez hombres más ricos de toda Escocia; y un amigo rico, como también todo el mundo sabía, era lo mejor después de ser rico. El duque de Hamilton era tan rico que había pagado todos los gastos de reclutamiento del 82.º Regimiento de infantería, les había comprado uniformes, mosquetes y bayonetas, y corría el rumor de que su excelencia probablemente podía permitirse reclutar otros diez regimientos como aquél sin notar siquiera el gasto—. Adelante —dijo Moore—, adelante, ¡siempre adelante!

Los seis soldados, todos de las tierras bajas de Escocia, no se movieron. Se quedaron mirando fijamente al teniente Moore como si fuera una extraña especie de algún remoto país pagano.

—¡Adelante! —gritó otra vez Moore, avanzando una vez más a zancadas entre los árboles.

La niebla amortiguaba el áspero sonido de las hachas que llegaba desde el lugar donde los hombres del brigadier McLean estaban despejando la cresta para que el fuerte planificado tuviera amplios campos de tiro. El piquete del 82.º, mientras tanto, ascendía por una suave pendiente que después desembocaba en una extensa planicie plagada de oscuros y raquíuticos abetos. Moore se adelantó pisando la maleza, después volvió a detenerse en seco.

—Allí —dijo señalando—. *Thalassa, Thalassa.*

—¿Una zagala? ¿Dónde? —preguntó McClure.

—¿Es que no ha leído usted la *Anábasis* de Jenofonte, sargento? —preguntó Moore fingiendo escandalizarse.

—¿Es la parte que viene después del *Levítico*, señor?

Moore sonrió.

—*Thalassa*, sargento, *Thalassa* —dijo en burlón reproche— era el grito de los diez mil cuando por fin, después de su larga marcha y después de sus tremendos suplicios, llegaron al mar. ¡Eso es lo que significa! ¡El mar! ¡El mar! Y lo gritaron con alegría porque vieron su salvación en las suaves ondulaciones de su seno.

—Su seno, señor —repitió McClure como el eco, bajando la mirada hacia el imprevisto y abrupto cantil cubierto de árboles, para ver el frío mar entre el follaje y la niebla en movimiento—. No me parece un seno de los buenos, señor.

—Será cruzando el agua, sargento, desde su guarida en las negras tierras de Boston, como vendrá el enemigo. Llegarán a centenares y a millares, merodearán como las siniestras hordas de Madián, ¡caerán sobre nosotros como el asirio!

—No, señor, si esta niebla sigue así —dijo McClure—, esos cabrones se perderán, señor.

Por primera vez, Moore no replicó. Miraba hacia la parte baja del cantil. No llegaba a ser un acantilado, pero nadie podría escalarlo con facilidad. Un atacante tendría que ascender unos cincuenta metros agarrándose a los desgarrados arbolillos, y un hombre que emplea sus manos para no caer no puede usar su mosquete. La playa, apenas visible, era estrecha y pedregosa.

—Pero ¿van a venir esos cabrones, señor? —preguntó McClure.

—No podemos saberlo —respondió Moore distraído.

—Pero ¿el brigadier cree que sí, señor? —insistió McClure en tono ansioso.

Los soldados escuchaban, mirando nerviosos al chaparro sargento y al alto oficial.

—Tenemos que asumir, sargento —empezó a responder Moore despreocupadamente—, que esas malhadadas criaturas se ofenderán por nuestra presencia. Nosotros les hacemos la vida difícil. Al establecernos en esta tierra de leche agria y miel amarga, impedimos a sus corsarios el uso de los fondeaderos que requieren para sus viles depredaciones. Somos una china en sus zapatos, somos incómodos, somos un desafío a su tranquilidad.

McClure frunció el ceño y se rascó la frente.

—Entonces, ¿me está diciendo que esos cabrones vendrán, señor?

—Tengo la condenada esperanza de que así sea —sentenció Moore con repentina vehemencia.

—Pues por aquí no será, señor —adujo McClure con seguridad—. Es demasiado empinado.

—Querrán pisar tierra en algún sitio a tiro de los cañones de sus barcos —dijo Moore.

—¿Cañones, señor?

—Grandes tubos de metal que escupen bolas, sargento.

—Oh, gracias, señor. Sólo preguntaba, señor —dijo McClure sonriendo.

Moore intentó evitar una sonrisa sin conseguirlo.

—Nos coserán a cañonazos, sargento, no le quepa duda de eso. Yo no dudo de que los buques podrían asolar este declive a cañonazos, pero ¿treparían sus hombres por aquí para meterse en el fuego de nuestros mosquetes? Incluso si así fuera, esperemos que desembarquen aquí. Ninguna tropa podría subir esta pendiente si nosotros estamos esperando arriba, ¿no cree? Por Dios, sargento, ¡haremos una buena escabechina con esos malditos rebeldes!

—Sí que la haremos, señor —dijo McClure lealmente, aunque en dieciséis años de servicio se había acostumbrado a los jóvenes y vanidosos oficiales que tenían más confianza que experiencia. El teniente John Moore, decidió el sargento, era uno más, y aun así a McClure le gustaba.

El pagador poseía una autoridad desenfadada, cosa extraña en un hombre tan joven, y tenía fama de ser un oficial justo que se preocupaba por sus tropas. Sin embargo, pensó McClure, John Moore tendría que aprender a ser sensato o moriría joven.

—Los masacraremos —decía Moore entusiasta, y después tendió la mano—. Su mosquete, sargento.

McClure tendió al oficial su mosquete y observó mientras Moore dejaba una guinea en el suelo.

—El soldado que sea capaz de disparar más rápido que yo será recompensado con esta guinea —propuso Moore—. Su blanco es ese árbol medio podrido que se curva sobre la pendiente, ¿lo ven?

—Apuntad al árbol muerto y torcido —explicó McClure a los soldados—. ¿Señor?

—¿Sargento?

—¿No alarmará al campamento el ruido de los mosquetes, señor?

—Ya avisé al brigadier de que dispararíamos. Sargento, su cartuchera, si me hace el favor.

—Velocidad, muchachos —animó McClure a sus hombres—. ¡A sacarle la pasta al oficial!

—Carguen y ceben sus armas —dijo Moore—. Propongo que sean cinco disparos. Si alguno de ustedes llega al quinto antes que yo, se llevan ustedes la guinea. Imaginen, señores, que una horda de rebeldes malolientes está subiendo por el cantil; después, hagan el trabajo del rey y envíen a esos malnacidos al infierno.

Los mosquetes ya estaban cebados; atacaron pólvora, relleno y bala en los cañones, amartillaron los pies de gato y cerraron los rastrillos. Los chasquidos de los pedernales al ser amartillados produjeron un extraño sonido en la mañana neblinosa.

—Caballeros del 82.º —preguntó Moore con pompa—, ¿están preparados?

—Estos cabrones están preparados, señor —dijo McClure.

—¡Listos! —ordenó Moore—. ¡Fuego!

Siete mosquetes tosieron, escupiendo un apestoso humo de pólvora mucho más espeso que la niebla arremolinada. El humo se mantuvo en el aire mientras unos

pájaros volaban entre la espesura y unas gaviotas chillaban desde el agua. A través del eco de los disparos, McClure oyó las balas rompiendo ramas y rebotando en las piedras de la playa de abajo. Los hombres estaban mordiendo sus siguientes cartuchos, pero el teniente Moore ya se había adelantado. Había cebado el mosquete y, con el rastrillo ya cerrado, ahora apoyó la pesada culata en el suelo y vertió dentro la pólvora. Metió el cartucho de papel y la bala en el cañón, sacó la baqueta, la empujó con fuerza dentro del cañón, la sacó con el chirrido de la fricción de metal contra metal, después la clavó entre la hierba, se llevó el arma al hombro, amartilló y disparó.

Nadie había derrotado aún al teniente John Moore. El mayor Dunlop había cronometrado una vez a Moore y, sin poder creerlo, había anunciado que el teniente había hecho cinco disparos en sesenta segundos. La mayoría de hombres conseguía disparar tres veces en un minuto con un mosquete limpio, y unos cuantos podían hacer cuatro disparos, pero el hijo del doctor, amigo de un duque, era capaz de disparar cinco veces. Moore se había instruido en mosquetes con un prusiano y, siendo aún un niño, había practicado y practicado, perfeccionando una destreza esencial para un soldado, y tan seguro estaba de su habilidad que, mientras cargaba los últimos dos disparos, ni siquiera se molestó en mirar el arma prestada, sino que en vez de eso sonrió sarcástico al sargento McClure.

—¡Cinco! —anunció Moore, con un pitido en los oídos por las explosiones—. ¿Me ha superado alguien, sargento?

—No, señor. El soldado Neill consiguió hacer tres disparos, señor, el resto, sólo dos.

—Pues mi guinea está a salvo —dijo Moore, tomándola del suelo.

—Pero ¿lo estamos nosotros? —murmuró McClure.

—¿Cómo dice, sargento?

McClure miró cantil abajo. El humo estaba disipándose y pudo ver que el árbol inclinado, a unos treinta pasos de ellos, no había recibido el impacto de ninguna bala.

—Nosotros somos muy pocos —dijo—, y aquí estamos todos solos y hay muchos rebeldes.

—Así tenemos más para matar —dijo Moore—. Montaremos un puesto de guardia aquí hasta que la niebla se disipe, sargento, y después buscaremos un lugar más ventajoso.

—Sí, señor.

El piquete ya tenía destino; su tarea era vigilar la llegada de un enemigo. Ese enemigo llegaría, había asegurado el brigadier a sus oficiales. McLean estaba seguro de eso. Así que hizo talar árboles y determinó dónde debía estar el fuerte.

Para defender la tierra del rey de los enemigos del rey.

Extracto de una carta del Consejo de Massachusetts a la Junta de la Marina

Continental de Boston, 30 de junio de 1779:

Caballeros: La Asamblea General de este Estado ha decretado organizar una Expedición a Penobscot para Desplazar al Enemigo de los Estados Unidos que en los últimos tiempos entró Allí de quien se dice está cometiendo Hostilidades contra la Buena Gente de este Estado [...] fortificándose en Baggobagadoos, y pues los respalda una Considerable Fuerza Naval, para Ejecutar nuestro Designio, será conveniente enviar allí, para ayuda de nuestra Operación por Tierra una Fuerza Naval Superior. Por todo lo antedicho [...] escribimos a ustedes [...] requiriendo su ayuda a nuestros Designios, sumando la Fuerza Naval de este Estado, ahora, con toda la Celeridad Posible en su preparación, para una expedición a Penobscot: la Fragata Continental ahora en este Puerto, y las otras embarcaciones Continentales aquí atracadas.

Extractos de la Orden de Leva dirigida a los sheriffs de Massachusetts, 3 de julio de 1779:

Por la presente se le autoriza y Ordena tomar a su cargo la Asistencia que juzgue usted apropiada, hágase de inmediato y reclute a todo Marinero capaz, o Navegante que encuentre usted en su Distrito [...] para servir a bordo de cualquiera de las Embarcaciones al Servicio de este Estado para ser empleados en la propuesta expedición a Penobscot [...] Queda Usted por la presente Autorizado a subir a bordo y registrar cualquier Barco o Embarcación o abrir y registrar cualquier Vivienda u otra edificación en la que sospeche que alguno de tales Marineros o Navegantes esté escondido.

Extracto de una carta enviada por el brigadier general Charles Cushing al Consejo del Estado de Massachusetts, 19 de junio de 1779:

He Emitido órdenes para los oficiales de mi Brigada requiriéndoles que recluten hombres afectos. Informo a sus Excelencias de que en este momento no parece haber posibilidad de conseguir un solo hombre pues la Recompensa ofrecida es inadecuada según Estimación del pueblo.

CAPÍTULO II

El teniente coronel Paul Revere permanecía en pie en el patio del Arsenal de Boston. Vestía un gabán de uniforme azul claro con vueltas marrones, calzones blancos de gamuza y botas de caña alta, y llevaba un sable de abordaje colgando del ancho cinto marrón. Su sombrero de ala ancha estaba confeccionado con fieltro y ensombrecía un rostro amplio y tenaz que su estado reflexivo arrugaba.

—Sí, señor —respondió el muchacho, de doce años, hijo de Josiah Flint, quien dirigía el arsenal desde su silla de respaldo alto y bien acolchada, que había sido arrastrada desde su oficina y colocada al lado de la mesa de caballetes donde el muchacho escribía su lista. A Flint le gustaba sentarse en el patio cuando el tiempo lo permitía para no quitar ojo de las idas y venidas dentro de sus dominios.

—Cadenas de arrastre —dijo Revere—, lanadas, gatos, cepillos, ¿voy demasiado deprisa?

—Cepillos —murmuró el chico, mojando su pluma en el tintero.

—Hace calor hoy —refunfuñó Josiah Flint desde las profundidades de su silla.

—Es verano —replicó Revere—. Tiene que hacer calor. Pisones, muchacho, y sacatrapos. Rejos, tapabocas, botafuegos, viseras. ¿He olvidado algo, señor Flint?

—Punzones de cebado, coronel.

—Punzones de cebado, muchacho.

—Punzones de cebado —repitió el chico, terminando la lista.

—Y tengo algo más en la punta de la lengua —dijo Flint con el ceño fruncido; permaneció meditabundo un rato antes de sacudir la cabeza—. No será importante.

—Rebusca entre los suministros de tu papá, muchacho —ordenó Revere—, y haz montones con todas esas cosas. Necesitamos saber cuántas tenemos de cada una. Anota cuántas hay y después me lo dices. Hala, vete.

—Y cubos —añadió apresuradamente Josiah Flint.

—¡Y cubos! —gritó Revere al chico—. ¡De los que no gotean! —Se sentó en la silla vacía del chico y miró cómo Josiah Flint mordía un muslo de pollo. Flint era un hombre inmenso, la panza se le desbordaba por encima del cinturón y parecía decidido a engordar todavía más, porque cada vez que Revere visitaba el arsenal encontraba a su amigo comiendo. Tenía delante un plato de pan de maíz, rábanos y pollo que señaló con un gesto vago, como si invitara al coronel Revere a compartirlo.

—¿Aún no ha recibido órdenes, coronel? —preguntó Flint. Una bala le había destrozado la nariz en Saratoga minutos antes de que un cañonazo le arrancara la pierna derecha. Ya no podía respirar por la nariz, así que su respiración tenía que pasar a través de la comida a medio masticar de su boca. El resultado era un sonido de resuello—. Deberían haberle dado ya sus órdenes, coronel.

—No saben si están meando o vomitando, señor Flint —replicó Revere—, pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras se deciden. ¡Los cañones tienen que estar a punto!

—No hay nadie mejor que usted, coronel —dijo Josiah Flint, mientras se sacaba un pedacito de rábano de entre los dientes delanteros.

—Pero no fui a Harvard, ¿verdad? —preguntó Revere con una risa forzada—. Si hablara latín, señor Flint, a estas alturas ya sería general.

—*Hic, haec, hoc* —bromeó Flint a través de una boca llena de pan.

—Me lo esperaba —dijo Revere. Sacó una copia doblada del *Boston Intelligencer* de su bolsillo y la extendió sobre la mesa; después sacó sus lentes para leer. No le gustaba llevarlas puestas porque sospechaba que le daban un aspecto poco militar, pero necesitaba los anteojos para leer el relato de la incursión británica en el este de Massachusetts—. Quién iba a creerse esto —dijo—. ¡Esos cabrones de casacas rojas de nuevo en Nueva Inglaterra!

—No por mucho tiempo, coronel.

—Eso espero —dijo Revere.

El gobierno de Massachusetts, al saber que los británicos habían desembarcado a sus hombres en Majabigwaduce, había decidido enviar una expedición al río Penobscot, para lo cual estaban reuniendo una flota; enviaban órdenes a la milicia y convocaban a los oficiales.

—Bien, bien —dijo Revere con los ojos puestos en el periódico—. ¡Parece que ahora los españoles han declarado la guerra a los británicos!

—España igual que Francia —sentenció Flint—. Ahora los casacas ensangrentadas no durarán mucho.

—Recemos para que duren lo suficiente como para que tengamos la oportunidad de enfrentarnos a ellos en Maja... —Revere se detuvo—. Majabigwaduce. Me pregunto qué significará ese nombre.

—Alguna chorrada de indios —farfulló Flint—. Lugar donde rata almizclera mear sus patas traseras, probablemente.

—Probablemente —dijo Revere con frialdad. Se quitó los anteojos y observó dos grúas que esperaban para levantar el tubo de un cañón de un carro podrido por la humedad—. ¿Le han enviado una requisición por el cañón, señor Flint?

—Sólo por quinientos mosquetes, coronel, para alquilárselos a dólar la pieza a la milicia.

—¡Alquilados!

—Alquilados —confirmó Flint.

—Si tienen que matar a los británicos —dijo Revere—, el dinero no tiene nada que ver con esto.

—El dinero siempre tiene que ver —dijo Flint—. Hay seis nuevos cañones británicos de nueve libras en el patio de Appleby, pero no podemos tocarlos. Van a ser subastados.

—El Consejo debería comprarlos —opinó Revere.

—El Consejo no tiene dinero —le informó Flint, royendo un muslo de pollo hasta el hueso—, no se acuña moneda suficiente para pagar las soldadas, contratar a los

reclutas, conseguir suministros y comprar cañones. Tendrán que arreglárselas con los cañones que tenemos.

—Eso es lo que harán —dijo Revere a regañadientes.

—¡Y espero que el Consejo tenga el sentido de poner esos cañones bajo su mando, coronel!

Revere no respondió nada a eso, se limitó a mirar las grúas. Tenía una sonrisa encantadora que templaba los corazones de los hombres, pero ahora no estaba sonriendo. Estaba enfurecido.

Estaba enfurecido porque el Consejo había designado a los comandantes de la expedición que iba a sacar a los británicos de Majabigwaduce, pero por el momento no se había nombrado a ningún hombre para dirigir la artillería y Revere sabía que los cañones serían necesarios. Sabía también que él era el hombre más indicado para comandar esos cañones, de hecho era el oficial al mando del regimiento de artillería del estado de la bahía Massachusetts, aunque el Consejo se había abstenido deliberadamente de enviarle cualquier orden.

—Se lo encargarán a usted, coronel —le tranquilizó el leal Flint—, ¡tienen que hacerlo!

—No si el mayor Todd se sale con la suya —dijo Revere amargado.

—Supongo que habrá ido a Harvard —aventuró Flint—, *hic, haec, hoc*.

—A Harvard o a Yale, probablemente —asintió Revere—, ¡y quiere comandar la artillería como si fuera la oficina de un contable! ¡Listas y regulaciones! Ya se lo dije: primero convierta a los hombres en artilleros, luego aplaste a los británicos y después de eso escriba sus listas, pero no me hizo caso. Siempre estaba diciendo que yo era un desorganizado, pero conozco mis cañones, señor Flint, conozco mis cañones. Hay técnica en la artillería, arte, y no todo el mundo tiene el tacto necesario. En el caso de la artillería, no se trata de aprenderla en los manuales. Es un arte.

—Tiene usted mucha razón —resolló Flint a través de su boca llena.

—Pero dejaré listos sus cañones —aseguró Revere—, para que quienquiera que los comande reciba las cosas bien a punto. Tal vez no haya suficientes listas, señor Flint. —Soltó una risilla al decirlo—, pero tendrán cañones buenos y preparados. ¡De dieciocho libras y más! ¡Asesinos de casacas rojas! Cañones para masacrar al inglés, porque ellos tendrán cañones. Me encargaré de que así sea.

Flint dejó de masticar para dejar escapar un regüeldo, y después frunció el ceño.

—¿Está seguro de que quiere ir a Maja, pase lo que pase?

—¡Por supuesto que estoy seguro!

Flint dio unas palmaditas a su barriga, luego se metió dos rábanos en la boca.

—No es un lugar acogedor, coronel.

—¿Qué quiere decir con eso, Josiah?

—¿En el noreste? —preguntó Flint—. En el noreste no habrá más que mosquitos y lluvia, y tendrá que dormir bajo un árbol. —Temía que no le dieran el mando de la expedición de artillería a su amigo y de aquella manera torpe intentaba darle un poco

de consuelo—. ¡Y usted ya no es tan joven, coronel!

—¡Cuarenta y cinco años no es ser viejo! —protestó Revere.

—Es edad suficiente para ser juicioso —dijo Flint—, y para apreciar una buena cama con una mujer en ella.

—Una buena cama, señor Flint, es la que está junto a mis cañones. ¡Junto a mis cañones que apuntan a los ingleses! Lo único que pido es una oportunidad de servir a mi país.

Revere había intentado unirse a la lucha desde el comienzo de la rebelión, pero sus peticiones al Ejército Continental habían sido desoídas por razones que Revere sólo podía sospechar y nunca había confirmado. Se decía que el general Washington quería hombres de noble linaje y honor, y ese rumor sólo había servido para incrementar el resentimiento de Revere. La Milicia de Massachusetts no era tan exigente, aunque hasta entonces el servicio de Revere había transcurrido sin incidentes. Era cierto que había ido a Newport a intentar expulsar a los británicos, pero aquella campaña había terminado en fracaso antes de que llegaran Revere y sus cañones, así que le habían obligado a comandar la guarnición de Castle Island y sus oraciones para que llegara una flota británica no habían obtenido respuesta. Paul Revere, que odiaba a los británicos con una pasión que podía hacer que su cuerpo se estremeciera de pura vehemencia, aún no había matado a un solo casaca roja.

—¿Ha oído el toque de trompeta, coronel? —preguntó Flint respetuoso.

—He oído el toque de trompeta —asintió Revere.

Un centinela abrió la puerta de la armería y un hombre con el uniforme azul desvaído del Ejército Continental pasó de la calle al patio. Era alto, apuesto y unos años más joven que Revere, que lo recibió con un saludo receloso.

—¿Coronel Revere? —preguntó el recién llegado.

—A sus órdenes, mi general.

—Soy Peleg Wadsworth.

—Sé quién es usted, general —dijo Revere, sonriendo y apretando la mano que le tendía aquél. Se dio cuenta de que Wadsworth no le devolvía la sonrisa—. Espero que me traiga buenas noticias del Consejo, general.

—Querría hablar con usted, coronel —dijo Wadsworth—, sólo unas palabras. — El brigadier miró al monstruoso Josiah Flint en su silla acolchada—. En privado —añadió con seriedad.

El toque de trompeta tendría que esperar.

*

El capitán Henry Mowat estaba en la playa de Majabigwaduce. Era un hombre chaparro de rostro rubicundo, ahora ensombrecido por el largo pico de su bicornio. Su gabán naval era azul marino con vueltas de un tono más claro, manchado todo de blanco por el salitre. Entrado ya en su cuarentena y marino de toda la vida,

permanecía en pie con las piernas bien separadas, como si estuviera guardando el equilibrio en el alcázar. Llevaba su oscura cabellera empolvada y un leve rastro del polvo había caído por la espalda de su uniforme. Miraba con atención las chalupas que esperaban junto a su barco, la *Albany*.

—¿Por qué demonios tardan tanto tiempo? —gruñó.

Su acompañante, el doctor John Calef, no tenía ni idea de qué estaba causando la demora a bordo de la *Albany*, así que no pudo darle ninguna respuesta.

—¿No han recibido información de Boston? —preguntó a Mowat.

—No necesitamos información —respondió Mowat bruscamente. Era el oficial naval de mayor rango en Majabigwaduce y, al igual que el brigadier McLean, escocés; pero, mientras que el brigadier era complaciente y afable, era proverbial la franqueza de Mowat. Jugueteeó con el cordón de su espada—. Esos cabrones vendrán, doctor, recuerde mis palabras, esos cabrones vendrán. Vendrán como acuden las moscas a una boñiga.

Calef pensó que comparar la presencia británica en Majabigwaduce con una boñiga era una elección poco afortunada, pero no hizo ningún comentario.

—¿En gran número? —preguntó.

—Puede que sean unos condenados rebeldes, pero no son unos malditos estúpidos. Desde luego que vendrán en gran número. —Mowat seguía mirando aún hacia el barco anclado; después formó una bocina con las manos—. ¡Señor Farraby! —gritó por encima del agua—, ¿qué demonios está pasando?

—¡Preparamos una nueva eslinga, señor! —Fue la respuesta.

—¿Cuántos cañones van a desembarcar ustedes? —inquirió el doctor.

—Tantos como quiera McLean —dijo Mowat.

Sus tres balandras de guerra estaban ancladas a proa y popa para formar una línea cruzando la boca del muelle, con sus bandas de estribor hacia la entrada para recibir cualquier nave rebelde que osara aventurarse por allí. Aquellos costados daban pena. La *North*, la más cercana a la playa de Majabigwaduce, lucía veinte cañones, diez a cada lado, mientras que la *Albany*, en el centro, y la *Nautilus*, artillaban cada una nueve cañones en sus bandas. Una nave enemiga podía ser recibida por veintiocho cañones, aunque ninguno de ellos dispararía una bala de más de nueve libras, y la última información que Mowat había recibido de Boston indicaba que había una fragata rebelde en aquel puerto, una fragata de treinta y dos cañones, la mayoría de los cuales sería mucho mayor que su pequeña batería.

Y la fragata rebelde *Warren* contaría con el apoyo de los corsarios de Massachusetts, cuyos barcos, en su mayoría, estarían tan fuertemente armados como sus propias balandras de guerra.

—Habrà lucha —masculló Mowat con acritud—, una lucha encarnizada.

Era evidente que la nueva eslinga ya estaba preparada porque el tubo de un cañón de nueve libras estaba siendo levantado de la cubierta de la *Albany* y depositado con cuidado en una de las chalupas que esperaban. Cerca de una tonelada de metal

colgaba del penol, suspendida sobre las cabezas de los marineros que esperaban en la pequeña barca de debajo. Mowat estaba orientando sus costados de babor hacia la orilla para que así los cañones pudiesen proteger el fuerte que McLean estaba construyendo en las alturas de Majabigwaduce.

—Si abandonan ustedes sus cañones de babor —preguntó Calef en tono de perplejidad—, ¿qué pasará si el enemigo logra pasar su barrera?

—En ese caso, señor, somos hombres muertos —respondió Mowat cortante.

Vio cómo la línea de flotación de la chalupa bajaba peligrosamente en las aguas revueltas al recibir el peso del tubo del cañón. La cureña sería transportada a tierra en otra embarcación y, al igual que el cañón, sería transportada colina arriba hasta el lugar del fuerte por una de las dos recuas de bueyes requisadas de la granja Hutchings.

—¡Hombres muertos! —repitió Mowat, casi con júbilo—, pero para matarnos, doctor, primero deben franquear nuestra barrera, y yo no tengo intención de permitirselo.

Calef se sintió aliviado por la beligerancia de Mowat.

El capitán de marina escocés era famoso en Massachusetts, o quizás infame era una expresión más acertada, pero para todos los lealistas, como Calef, Mowat era un héroe que inspiraba confianza. Había sido capturado por los civiles rebeldes que se hacían llamar Hijos de la Libertad, mientras caminaba por la orilla en Falmouth. Su liberación había sido negociada por los ciudadanos notables de aquella orgullosa ciudad portuaria, y las condiciones de la liberación de Mowat fueron que él mismo se entregase al día siguiente de forma que la legalidad de su arresto pudiera ser establecida por abogados, pero, en lugar de hacer eso, Mowat había regresado con una flotilla que bombardeó la ciudad del alba al anochecer; cuando de la mayoría de las casas no quedaban más que cascotes, envió grupos a incendiar las ruinas. Dos tercios de Falmouth habían sido destruidos para enviar el mensaje de que el capitán Mowat no era un hombre con el que se pudiera bromear.

Calef frunció ligeramente el entrecejo cuando el brigadier McLean y dos jóvenes oficiales aparecieron caminando por la pedregosa playa hacia Mowat. Calef aún tenía sus dudas sobre el brigadier escocés, pues temía que fuese demasiado discreto en sus modales, pero era evidente que el capitán Mowat no compartía tal recelo, pues sonreía de oreja a oreja mientras veía a McLean acercándose.

—No habrá venido a atosigarme, McLean —dijo con jocosa severidad—, ¡ya vienen sus preciados cañones!

—Nunca lo he dudado, Mowat, nunca lo he dudado —replicó McLean—, ni por un momento. —Se llevó la mano al sombrero para saludar al doctor Calef y después se volvió hacia Mowat—. ¿Cómo están sus buenos muchachos esta mañana, Mowat?

—¡Están trabajando, McLean, trabajando!

McLean hizo un gesto a sus dos acompañantes.

—Doctor, permítame presentarle al teniente Campbell del 74.º —McLean dio

tiempo a Campbell, que vestía un *kilt* oscuro, para que saludase al doctor con una leve inclinación de cabeza—, y el pagador Moore, del 82.º. —John Moore ofreció un saludo más elegante, Calef se quitó el sombrero en respuesta y McLean se volvió para mirar las tres balandras con las chalupas rozando sus bandas—. Todas sus chalupas están ocupadas, ¿eh, Mowat?

—Están ocupadas, sí, y así tienen que estar, demonios. La inactividad excita al diablo.

—Bien dicho —asintió Calef.

—Y aquí venía yo buscando un momento de inactividad —dijo McLean alegremente.

—¿Necesita un bote? —preguntó Mowat.

—No voy a apartar a sus marineros de sus responsabilidades —respondió el brigadier; después apartó la vista de Mowat para observar el lugar donde un muchacho y una muchacha tiraban de un pesado bote de remos hacia la creciente marea—. ¿No es ése el joven que nos guió para entrar en el puerto?

El doctor Calef se volvió.

—James Fletcher —dijo en tono serio.

—¿Es leal? —preguntó McLean.

—Es un condenado cabeza de chorlito —explicó Calef, y después añadió de mala gana—: pero su padre fue un hombre leal.

—Pues de tal palo, tal astilla, espero —dijo McLean, y se giró hacia Moore—. John, pregúntele al señor Fletcher si puede concedernos una hora. —Estaba claro que Fletcher y su hermana planeaban remar hasta su barca de pesca, la *Felicity*, anclada en aguas más profundas—. Dígale que desearía ver Majabigwaduce desde el río y que le pagaré por su tiempo.

Moore marchó a cumplir la orden y McLean observó cómo otro tubo de cañón era levantado desde la cubierta de la *Albany*. Barcos más pequeños transportaban otros suministros a tierra; cartuchos y carne salada, barriles de ron y proyectiles, borra y baquetas, toda la parafernalia de la guerra era arrastrada o transportada hasta donde su fuerte aún era poco más que un cuadro desbrozado en la hierba tierna de lo alto de la cresta. John Nutting, americano lealista e ingeniero que había viajado a Gran Bretaña para impulsar la ocupación de Majabigwaduce, estaba trazando el plano de la fortificación en el terreno clareado. El fuerte sería bastante sencillo, apenas un cuadrado de terraplenes de barro con bastiones en forma de diamante en sus cuatro esquinas. Cada uno de los muros tendría ochenta metros de largo y delante habría un foso de paredes empinadas, pero hasta un fuerte tan simple requería escalones de fuego y aspilleras, y necesitaba polvorines de mampostería para mantener seca la munición y un pozo lo bastante profundo como para proporcionar agua en abundancia. De momento los soldados se alojaban en tiendas, pero McLean quería que el fuerte protegiera ese vulnerable campamento. Quería muros altos, muros gruesos, muros controlados por sus hombres y tachonados por cañones, porque sabía

que el viento suroeste les traería algo más que olor a salitre y marisco. Traería a los rebeldes, todo un enjambre de ellos, y el aire apestaría a humo de pólvora, boñigas y sangre.

—El hijo de Phoebe Perkins contrajo una fiebre la noche pasada —dijo Calef sin rodeos.

—Confío en que vivirá, ¿no? —preguntó McLean.

—Será lo que Dios quiera —dijo Calef, en un tono que sugería que quizá Dios no estaba por la labor—. La han llamado Temperance.

—¡Temperance! Por Dios, pobre cría, pobre cría. Rezaré por ella —exclamó McLean, «y rezaré también por nosotros», pensó, pero no lo dijo.

Porque los rebeldes se acercaban.

*

Peleg Wadsworth se sentía incómodo al entrar con el teniente coronel Revere en la sombría vastedad de uno de los almacenes de la armería, entre cuyas vigas los gorriones alborotaban por encima de cajones de mosquetes, balas de lona y montones de barriles con flejes de hierro. Lo cierto era que Wadsworth superaba a Revere en rango, pero era casi quince años más joven que el coronel y se sentía un tanto inepto en presencia de un hombre de capacidad tan evidente. Revere tenía renombre como grabador, como platero y como herrero, y así lo mostraban sus manos, fuertes y con marcas de quemaduras, las manos de un hombre que podía fabricar y reparar, las manos de un hombre práctico. Peleg Wadsworth había sido profesor, y uno bueno, pero había conocido las burlas de los padres de sus alumnos, que consideraban que el futuro de sus hijos no estaba en la gramática ni en las fracciones, sino en el dominio de herramientas y el trabajo del metal, la madera o la piedra. Wadsworth podía entender latín y griego, y conocía a fondo las obras de Shakespeare y Montaigne, pero al enfrentarse a una silla rota se sentía incapaz. Sabía que Revere era justo lo contrario. Si le dieran una silla rota a Revere, él la arreglaría competentemente para que, como él mismo, fuese fuerte, robusta y fiable.

¿O acaso no era fiable? Ésa era la cuestión que había traído a Wadsworth a aquella armería, y deseaba que nunca le hubieran encargado a él semejante cometido. Notó un nudo en la lengua cuando Revere se detuvo y se volvió hacia él en el centro del almacén, pero en ese momento un ruido desde detrás de una pila de mosquetes rotos ofreció a Wadsworth una bienvenida distracción.

—¿No estamos solos? —preguntó.

—Son ratas, general —dijo Revere con gesto divertido—, ratas. Les gusta la grasa de los cartuchos, les gusta mucho.

—Creía que los cartuchos se guardaban en el almacén público.

—Aquí se almacenan bastantes para impermeabilizarlos, general, y a las ratas les gustan. Como aquí son ellas el enemigo, las llamamos casacas rojas.

—¿Y los gatos no acaban con ellas?

—Tenemos gatos, general, pero ésta es una contienda encarnizada. Buenos gatos americanos y *terriers* patriotas contra sucias ratas británicas —dijo Revere—. Supongo que deseará comprobar el tren de artillería, general.

—Estoy seguro de que está todo en orden.

—Oh, sí, puede confiar en eso. Por el momento, general, tenemos dos cañones de dieciocho libras, tres de nueve libras, un obús y otros cuatro pequeños.

—¿Obuses pequeños?

—Cañones de cuatro libras, general, y yo no los emplearía en cazar ratas. Necesitan algo más contundente, como los cuatro libras franceses. Si tiene usted influencia, general, y estoy seguro de que la tiene, pida a la Junta de Guerra que ceda más cañones de dieciocho libras.

Wadsworth asintió.

—Tomaré nota de eso —prometió.

—Tienen ustedes sus cañones listos, general, se lo aseguro —dijo Revere—, con todas sus armas auxiliares, pólvora y proyectiles. Este último par de días apenas he visto Castle Island para poder poner a punto el tren de artillería.

—Ah, ya, Castle Island —dijo Wadsworth.

Le sacaba una cabeza a Revere, lo que le daba una excusa para no mirar al coronel a los ojos, aunque era consciente de que Revere lo miraba fijamente a propósito como si desafiara a Wadsworth a que le diera malas noticias.

—¿Está usted al mando de Castle Island? —preguntó Wadsworth, no tanto porque necesitara confirmación como porque estaba desesperado por decir algo.

—No necesitaba venir usted aquí para descubrir eso —respondió Revere divertido—, pero, sí, general, estoy al mando del Regimiento de Artillería de Massachusetts, y como la mayoría de nuestros cañones están desplegados en la isla, también tengo el mando allí. ¿Y usted, general, estará al mando en Majajuce?

—¿Majajuce? —dijo Wadsworth, y después se dio cuenta de que Revere se refería a Majabigwaduce—. Soy el segundo al mando —continuó—, con el general Lovell.

—Y hay ratas británicas en Majajuce —aventuró Revere.

—Por lo que sabemos hasta el momento —dijo Wadsworth—, han desembarcado al menos un millar de hombres y cuentan con tres balandras de guerra. No es una fuerza excesiva, pero tampoco es como para reírse de ella.

—Reírse —dijo Revere, como si le hiciese gracia la palabra—. Pero para librar Massachusetts de esas ratas, general, necesitarán cañones.

—Así es.

—Y los cañones necesitarán un oficial al mando —añadió mordaz Revere.

—Sí, por supuesto —dijo Wadsworth.

Todos los nombramientos de oficiales veteranos para la expedición que se estaba preparando a toda prisa para expulsar a los británicos de Majabigwaduce ya se habían

hecho. Solomon Lovell comandaría las fuerzas de tierra, el comandante Dudley Saltonstall, de la fragata continental *Warren*, se encargaría del mando naval, y Wadsworth sería el adjunto de Lovell. Las tropas, reclutadas entre las milicias de los condados de York, Cumberland y Lincoln, tenían ya sus oficiales al mando, mientras que el edecán, el intendente general, el cirujano general y los mayores de brigada habían recibido todos sus órdenes, y ahora sólo faltaba por designar el comandante del tren de artillería.

—Las armas necesitarán un oficial al mando —insistió Revere a Wadsworth—, y yo estoy al mando del Regimiento de Artillería.

Wadsworth miró un gato de color canela que se lamía encima de un tonel.

—Dudo que alguien niegue —dijo con cautela— que es usted el hombre mejor cualificado para comandar la artillería en Majabigwaduce.

—Entonces, ¿debo esperar carta de la Junta de Guerra? —sugirió Revere.

—Si es que yo quedo satisfecho —dijo Wadsworth, armándose de valor para sacar el asunto que le había llevado a la armería.

—¿Satisfecho acerca de qué, general? —preguntó Revere, que seguía mirando a Wadsworth a la cara.

Peleg Wadsworth hizo un esfuerzo y miró aquellos firmes ojos castaños.

—Se ha presentado una queja —dijo— referida a las demandas de raciones de Castle Island, sobre el excedente, coronel...

—¡Excedente! —interrumpió Revere, no enfadado, sino en un tono que sugería que la palabra le divertía. Sonrió y Wadsworth se dio cuenta de pronto de que congeniaba con aquel hombre—. Dígame, general —prosiguió Revere—, ¿cuántas tropas llevarán ustedes a Majabigwaduce?

—No podemos estar seguros —dijo Wadsworth—, pero esperamos llevar una fuerza de infantería de al menos quince centenas de hombres.

—¿Y ya han ordenado raciones para tantos?

—Por supuesto.

—Y si sólo se presentan a servicio catorce centenas de hombres, general, ¿qué harán ustedes con las raciones excedentes?

—Serán inventariadas —respondió Wadsworth—, por supuesto.

—¡Esto es la guerra! —exclamó Revere enérgico—. Guerra y sangre, fuego y hierro, muerte y daño, ¡y un hombre no puede inventarlo todo en una guerra! Escribiré todas las listas que deseen cuando acabe la guerra.

Wadsworth frunció el ceño. No había duda de que estaban en guerra, pero la guarnición de Castle Island, así como el propio teniente coronel Revere, aún no habían disparado un solo tiro contra el enemigo.

—Se aduce, coronel —dijo Wadsworth con firmeza— que su guarnición estaba formada por un número determinado de hombres pero las demandas de raciones incluían sistemáticamente a treinta artilleros inexistentes.

Revere mostró una sonrisa transigente, indicando que ya había oído todo aquello

antes.

—Sistemáticamente —dijo en tono burlón—, sistemáticamente, ¿eh? Las palabras largas no matan enemigos, general.

—Otra palabra larga —repuso Wadsworth— es malversación.

Ahora ya se había pronunciado la acusación. La palabra quedó colgada en el aire lleno de polvo. Se alegaba que Revere había solicitado raciones extra que después había vendido para conseguir ganancias personales, aunque Wadsworth no expuso los detalles de la acusación. No necesitaba hacerlo. El coronel Revere miró a Wadsworth a la cara, después sacudió la cabeza entristecido. Se volvió y caminó despacio hacia un cañón de nueve libras que había al fondo del almacén. El arma había sido capturada en Saratoga y ahora Revere acarició su largo tubo con su hábil mano de anchos dedos.

—Durante años, general —empezó a explicar con calma—, he perseguido y promovido la causa de la libertad. —Estaba mirando el monograma real en la culata del cañón—. Cuando usted estaba estudiando sus libros, general, yo cabalgaba a Filadelfia y a Nueva York para extender la idea de la libertad. Me arriesgué a la captura y al presidio por la libertad. Tiré té desde el puerto de Boston y galopé para advertir a Lexington cuando los británicos empezaron esta guerra. Allí fue donde nos conocimos, general, en Lexington.

—Lo recuerdo... —intervino Wadsworth.

—Y arriesgué el bienestar de mi querida esposa —prosiguió Revere, encendido— y el bienestar de mis niños para servir a una causa que amo, general. —Se volvió y miró a Wadsworth, de pie en la zona iluminada por la luz del sol que entraba por la puerta abierta—. He sido un patriota, general, y he demostrado mi patriotismo...

—Nadie está sugiriendo que...

—¡Sí, sí están haciéndolo, general! —exclamó Revere con una repentina pasión—. ¡Están sugiriendo que soy un hombre deshonesto! ¡Que soy capaz de robar a la causa a la que he dedicado mi vida! Es el mayor Todd, ¿no es cierto?

—No tengo libertad para revelar...

—No es necesario que lo haga —dijo Revere iracundo—. Es el mayor Todd. No le gusto, general, y lo lamento, ¡y lamento que el mayor Todd no sepa de qué está hablando! Me dijeron, general, que iban a enviarme a treinta hombres de la milicia del condado de Barnstable para su instrucción en artillería y yo solicité las raciones correspondientes, y después el mayor Fellows, por sus propias razones, general, por sus propias y buenas razones, retuvo a esos hombres; y yo ya he explicado todo esto, pero el mayor Todd no es un hombre que atiende a razones, general.

—El mayor Todd es un hombre diligente —sentenció con severidad Wadsworth— y no estoy diciendo con ello que fuera él quien presentó la queja, simplemente que es un oficial muy eficiente y honesto.

—Un hombre de Harvard, ¿no es eso? —preguntó Revere secamente.

Wadsworth frunció el ceño.

—No veo que eso pueda ser relevante, coronel.

—No lo dudo, pero el mayor Todd aún malinterpreta la situación, general —dijo Revere. Se quedó callado, y por unos instantes parecía que su indignación iba a estallar con la violencia del trueno, pero en vez de eso sonrió—. No es malversación, general —prosiguió más calmado—, y no pongo en duda mi negligencia al no poner al día los libros, pero todos cometemos errores. Me concentré en mantener los cañones a punto, general, ¡a punto! —Caminó hacia Wadsworth, hablando en voz baja—. Lo único que he pedido, general, es una oportunidad para luchar por mi país. De luchar por la causa que amo. De luchar por el futuro de mis queridos hijos. ¿Tiene usted hijos, general?

—Sí.

—Yo también. Mis queridos hijos... ¿Y cree usted que arriesgaría el nombre de mi familia, su reputación y la causa que amo por treinta hogazas de pan? ¿O por treinta monedas de plata?

Como maestro, Wadsworth había aprendido a juzgar a sus alumnos por su comportamiento. Los chicos, según había descubierto, raras veces miraban a los ojos de la autoridad cuando mentían. Las chicas eran más difíciles de entender, pero los chicos, cuando mentían, casi siempre parecían estar incómodos. Sus miradas no se quedaban quietas, pero la mirada de Revere se mantenía firme, su rostro serio y Wadsworth sintió una gran oleada de alivio. Metió una mano en el gabán de su uniforme y sacó un papel, doblado y sellado.

—Esperaba que su explicación fuera satisfactoria, coronel, en mi corazón esperaba eso. Y lo ha sido. —Sonrió y le tendió el papel a Revere.

Los ojos de Revere centellearon cuando tomó la orden. Rompió el sello y desdobló el papel para descubrir una carta de puño de John Avery, subsecretario del Consejo de Estado, refrendada por el general Solomon Lovell. La carta nombraba al teniente coronel Paul Revere comandante del tren de artillería que iba a acompañar a la expedición a Majabigwaduce, donde se le ordenaba que hiciera todo lo que estuviera en su poder para «capturar, matar o destruir a toda la fuerza del enemigo». Revere leyó el nombramiento por segunda vez, después se secó la mejilla.

—General —dijo, y su voz sonó entrecortada—, esto es todo lo que yo deseo.

—Eso me agrada, coronel —repuso Wadsworth afable—. Recibirá usted órdenes más adelante, pero puedo decirle lo esencial ahora. Sus cañones deben ser transportados al Long Wharf y quedar dispuestos para ser embarcados, y debe retirar del almacén público toda la pólvora que precise.

—Eso tiene que autorizarlo Shubael Hewes —dijo Revere, distraído, leyendo todavía la orden.

—¿Shubael Hewes?

—El *sheriff* adjunto, general, pero no se preocupe, conozco a Shubael. —Revere plegó la orden cuidadosamente, después se frotó los ojos y suspiró—. Vamos a capturarlos, matarlos y destruirlos, general. Vamos a hacer que esos malnacidos

casacas rojas deseen no haber zarpado nunca de Inglaterra.

—Los expulsaremos, sin ninguna duda —convino Wadsworth sonriendo.

—Haremos algo más que expulsar a esos monstruos —dijo Revere vengativo—, ¡los masacraremos! Ya los que no matemos, general, les haremos marchar a través de la ciudad una y otra vez para que la gente tenga la posibilidad de hacerles saber lo bienvenidos que son en Massachusetts.

Wadsworth le ofreció la mano.

—Espero ansioso servir con usted, coronel.

—Y yo espero ansioso compartir la victoria con usted, general —dijo Revere, apretando la mano que le tendía.

Revere vio cómo Wadsworth se marchaba; después, con la carta aún en la mano, como si fuera el santo Grial, volvió al patio donde Josiah Flint estaba mezclando en un plato mantequilla con puré de nabos.

—Me voy a la guerra, Josiah —anunció Revere con seriedad.

—Yo ya fui —replicó Flint—, y nunca pasé más hambre en toda mi vida.

—Estaba esperando esto —dijo Revere.

—No habrá nabos de Nantucket allí donde va —insistió Flint—. No sé por qué saben mejor, pero juro por mi alma que nada puede superar el nabo de Nantucket. ¿Cree usted que será por el aire salino?

—¡Al mando de la artillería del estado!

—¿Ha viajado alguna vez al sureste? Ése no es un lugar cristiano, coronel. Lo único que hay es niebla y moscas, niebla y moscas, y la niebla te destempla y las moscas te pican como el mismísimo diablo.

—Me voy a la guerra. ¡Es lo que siempre he querido! ¡Una oportunidad, Josiah!

—La cara de Revere estaba radiante. Dio una vuelta triunfal y después golpeó la mesa con el puño—. ¡Me voy a la guerra!

El teniente coronel Paul Revere había oído la trompeta y se iba a la guerra.

*

La barca de James Fletcher dio una sacudida contra la marea creciente, impulsada por un apropiado viento del suroeste que empujó la *Felicity* río arriba pasada la alta escarpadura de Majabigwaduce. La *Felicity* era una nave pequeña, de sólo siete metros y medio de eslora, con un grueso mástil del que pendía una desteñida vela cangreja roja enganchada en un alto garfio. El sol centelleaba gracioso en las olitas de la bahía de Penobscot, pero detrás de la *Felicity* un espeso banco de niebla ocultaba a la vista el distante océano. El brigadier McLean, repantingado sobre un montón de redes embreadas en la panza de la embarcación, quería ver Majabigwaduce tal como la vería el enemigo por primera vez desde el agua. Quería ponerse en la piel de su oponente y decidir cómo atacaría él la península si fuera un rebelde. Miraba fijamente hacia la orilla, y una vez más declaró cuánto le recordaba aquel paisaje al de la costa

oeste de Escocia.

—¿No está usted de acuerdo, señor Moore? —preguntó al teniente John Moore, que era uno de los dos jóvenes suboficiales a los que se había ordenado acompañar al brigadier.

—No es muy diferente, señor —respondió Moore, aunque distraído, como si intentara sólo ser cortés en lugar de dar una respuesta meditada.

—Aquí hay más árboles, desde luego —dijo el brigadier.

—Eso sí, señor, eso sí —convino Moore, sin prestar aún demasiada atención a los comentarios de su oficial superior. En realidad, estaba observando a la hermana de James Fletcher, Bethany, que sujetaba la barra del timón de la *Felicity* con su mano derecha.

McLean suspiró. Moore le agradaba mucho, pues consideraba al joven una gran promesa, pero también entendía que todo joven preferiría posar sus ojos en Bethany Fletcher antes que darle conversación educadamente a un oficial veterano. Resultaba extraño encontrar una belleza como la de aquella chica en tan remoto lugar. Su cabello era oro pálido y enmarcaba un rostro bronceado por el sol al que daba fuerza una fina nariz. Sus ojos azules eran confiados y simpáticos, pero el rasgo que la hacía tan bella, que podría haber iluminado la noche más oscura, era su sonrisa. Era una sonrisa extraordinaria, amplia y generosa, que había encandilado a John Moore y a su acompañante, el teniente Campbell, que también miraba boquiabierto a Bethany, como si nunca antes hubiese visto a una mujer. Campbell sujetaba su oscuro *kilt* mientras el viento se lo levantaba de los muslos.

—Y aquí los monstruos marinos son extraordinarios —continuó McLean—, como los dragones, ¿no le parece, John? ¿Dragones rosas con puntos verdes?

—Así es, señor —dijo Moore; después dio un respingo al darse cuenta, demasiado tarde, de que el brigadier estaba burlándose de él. Tuvo el elegante gesto de mostrarse avergonzado—. Lo siento, señor.

James Fletcher soltó una carcajada.

—Aquí no hay dragones, general.

McLean sonrió. Miró hacia la niebla lejana.

—¿Tienen mucha niebla aquí, señor Fletcher?

—Tenemos niebla en primavera, general, y niebla en verano, y después llega la niebla de otoño y, después de ésa, la nieve, que normalmente no vemos porque la oculta la niebla —explicó Fletcher con una sonrisa tan grande como la de su hermana—. Niebla y más niebla.

—¿Y aun así le gusta vivir aquí? —preguntó McLean educadamente.

—Esto es la tierra de Dios, general —contestó Fletcher entusiasmado—, y Dios la esconde de los impíos envolviéndola en niebla.

—¿Y a usted, señorita Fletcher? —preguntó McLean a Bethany—, ¿le gusta vivir en Majabigwaduce?

—Me gusta bastante, señor —respondió ella sonriendo.

—No navegue demasiado cerca de la orilla, señorita Fletcher —la advirtió McLean con severidad—. Nunca me perdonaría si alguna persona desafecta quisiera disparar a nuestros uniformes y le acertara a usted.

McLean había intentado convencer a Bethany para que no les acompañara en el reconocimiento, pero tampoco lo había intentado con mucho entusiasmo, reconociendo que la compañía de una chica hermosa era un deleite poco común.

James Fletcher restó importancia a su temor.

—Nadie le dispararía a la *Felicity* —dijo confiado—, y además, la mayoría de la gente de por aquí es leal a su majestad.

—¿Igual que usted, señor Fletcher? —preguntó el teniente John Moore, lanzándole una clara indirecta.

James no contestó y el brigadier vio la oscilación de sus ojos hacia su hermana. Después, James sonrió de oreja a oreja.

—No tengo ningún problema con el rey —dijo—. Él me deja en paz y yo lo dejo en paz a él, y así las cosas nos van bastante bien a los dos.

—Entonces, ¿hará usted el juramento? —preguntó McLean, y vio la seriedad con que Beth miró a su hermano.

—No tengo otra elección, señor, ¿verdad? No, desde luego, si quiero pescar y ganarme la vida.

El brigadier McLean había hecho público un anuncio en el territorio de alrededor de Majabigwaduce asegurando a sus habitantes que, si eran leales a su majestad y hacían el juramento, no tendrían nada que temer de sus fuerzas; pero si cualquier hombre rechazaba el juramento, el anuncio prometía malos tiempos para él y su familia.

—En realidad sí tiene elección —dijo McLean.

—Fuimos educados para amar al rey, señor —replicó James.

—Me alegro de oír eso —dijo McLean. Fijó la mirada en los oscuros bosques—. Según tengo entendido —prosiguió el brigadier—, las autoridades de Boston han estado reclutando hombres, ¿no?

—Eso han hecho —asintió James.

—Sin embargo, usted no ha sido reclutado, ¿verdad?

—Oh, lo intentaron —dijo James con desdén—, pero sienten desconfianza por esta parte de Massachusetts.

—¿Desconfianza?

—Aquí no hay mucha simpatía por la rebelión, general.

—Pero aquí hay gente que no simpatiza con el rey, ¿no es cierto? —preguntó McLean.

—Unos pocos —respondió James—, pero es que hay gente que nunca está contenta.

—Mucha de la gente de aquí huyó desde Boston —intervino Bethany—, y todos son lealistas.

—¿Cuando los británicos se fueron, señorita Fletcher? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí, señor. Como el doctor Calef. No tenía ningún deseo de quedarse en una ciudad gobernada por la rebelión, señor.

—¿También ustedes llegaron así? —preguntó John Moore.

—Oh, no —dijo James—, nuestra familia lleva aquí desde que Dios hizo el mundo.

—¿Sus padres viven en Majabigwaduce? —preguntó el brigadier.

—Padre está en el cementerio —explicó James—, que Dios le conceda descanso.

—Lo siento —dijo McLean.

—Y madre estaría mejor muerta —continuó James.

—¡James! —le reprochó Bethany.

—Lisiada, encamada y muda —repuso James. Hacía seis años, explicó, cuando Bethany tenía doce años y James catorce, su madre, ya viuda, fue corneada por el toro que estaba llevando a los pastos. Más tarde, dos años después, sufrió un ataque que la había dejado balbuciente y confundida.

—La vida es dura con nosotros —dijo McLean. Se fijó en una casa de troncos levantada cerca de la orilla del río y vio la inmensa pila de leña amontonada contra uno de los muros exteriores—. Y debe de ser duro —prosiguió— empezar una nueva vida en una tierra salvaje si uno está acostumbrado a una ciudad como Boston.

—¿En una tierra salvaje, general? —preguntó James, divertido.

—Es duro para la gente de Boston que vino aquí, señor —dijo Bethany más pragmática.

—Tienen que aprender a pescar, general —dijo James—, o a cultivar o a cortar leña.

—¿Tienen ustedes muchos cultivos? —preguntó McLean.

—Centeno, avena y patatas —contestó Bethany—, y maíz, señor.

—También pueden cazar, general —añadió James—. ¡Nuestro papá vivió decentemente de la caza! Castores, martas, hurones...

—Una vez cazó un armiño —dijo Bethany con orgullo.

—Seguro que ese trozo de pellejo está ahora alrededor del cuello de alguna dama elegante en Londres, general —aseguró James—. Después está la madera para mástiles —siguió diciendo—. No hay mucha en Majabigwaduce, pero sí río arriba, y cualquiera puede aprender a cortar y desbistar un árbol. ¡Y hay un montón de aserraderos! Pues tiene que haber unos treinta aserraderos entre aquí y el nacimiento del río. Cualquiera puede hacer cuadernas o duelas o tablones o postes, ¡lo que le dé la gana!

—¿Comercia usted con madera? —se interesó McLean.

—Yo pesco, general, y pobre del hombre que no pueda mantener a su familia con vida gracias a la pesca.

—¿Qué pesca usted?

—Bacalao, general, y mero, liba, merluza, anguila, platija, abadejo, raya, caballa, salmón, pinchagua. ¡Tenemos tanto pescado que no sabemos qué hacer con él! ¡Y es todo bueno para comer! Es lo que le ha dado a Beth esa piel tan bonita, ¡todo ese pescado!

Bethany le dedicó a su hermano una mirada cariñosa.

—Eres bobo, James —le dijo.

—¿No está usted casada, señorita Fletcher? —preguntó el general.

—No, señor.

—Nuestra Beth estuvo prometida, general —explicó James—, a un hombre extraordinariamente bueno. Capitán de una goleta. Iban a casarse esta primavera.

McLean miró educadamente a la chica.

—¿Iban a casarse?

—Él desapareció en el mar, señor —dijo Bethany.

—Estaba pescando en los bajíos —explicó James—. Lo atrapó una tempestad del noreste, general, y las del noreste han sacado a más de un buen hombre de este mundo para llevárselo al siguiente.

—Lo lamento.

—Ya encontrará a otro —dijo James sin tacto ninguno—. No es que sea la chica más fea del mundo. —Sonrió—. ¿O sí?

El brigadier volvió a mirar hacia la orilla. A veces se permitía el pequeño lujo de imaginar que no llegaría ningún enemigo para atacarle, pero sabía que eso era poco probable. La pequeña fuerza de McLean era ahora la única presencia británica entre la frontera canadiense y Rhode Island, y seguramente los rebeldes querrían eliminar esa presencia. Vendrían. Señaló hacia el sur.

—¿Podríamos volver ya?

Mientras Bethany guiaba la *Felicity* hacia el viento, su hermano tensó el foque, la trinquetilla y la vela principal para que la barquilla se inclinara al entrar en la rápida brisa, y fuertes ráfagas de salpicaduras cayeron sobre las casacas rojas de los tres oficiales. McLean volvió a mirar hacia el alto acantilado occidental de Majabigwaduce, que se cernía sobre el ancho río.

—Si ustedes estuvieran al mando aquí —preguntó a sus dos tenientes—, ¿cómo defenderían el lugar?

El teniente Campbell, joven desganado de nariz prominente y una nuez igual de llamativa, tragó nervioso y no dijo nada, mientras que el joven Moore se limitó a recostarse sobre las redes amontonadas como si se dispusiera a echarse una siesta.

—Vamos, vamos —reprendió el brigadier a aquellos dos—, díganme lo que harían.

—Pero ¿eso no depende de lo que haga el enemigo, señor? —preguntó Moore con pereza.

—Pues supongamos que llegan con diez barcos o más y, no sé, quince centenares de hombres.

Moore cerró los ojos mientras el teniente Campbell intentaba aparentar entusiasmo.

—Ponemos nuestros cañones sobre el acantilado, señor —ofreció como respuesta, indicando con un gesto las alturas que dominaban el río y la entrada al puerto.

—Pero la bahía es muy ancha —objetó McLean—, así que el enemigo podría rebasarnos por la orilla más alejada y desembarcar corriente arriba por encima de nosotros. Después cruzan ese paso —señaló hacia el estrecho istmo de tierra baja que conectaba Majabigwaduce con tierra firme—, y nos atacarían desde tierra adentro.

Campbell arrugó la frente y se mordió un labio mientras sopesaba aquella sugerencia.

—Pues ponemos cañones también allí, señor —sugirió—, y quizás otro fortín.

McLean asintió alentador.

—¿Duerme, señor Moore?

Moore sonrió, pero no abrió los ojos.

—Wer alies verteidigt, verteidigt nichts —*dijo*.

—Creo que *der alte Fritz* pensó en eso mucho antes que usted, señor Moore —respondió McLean, y después sonrió a Bethany—. Nuestro pagador alardea, señorita Fletcher, citando a Federico el Grande. Aunque tiene bastante razón, el que lo defiende todo no defiende nada. Entonces —el brigadier volvió a mirar a Moore—, ¿qué defendería usted aquí en Majabigwaduce?

—Defendería, señor, aquello que el enemigo desea conseguir.

—¿Y eso es?

—El muelle, señor.

—Entonces, ¿permitiría que el enemigo desembarcara sus tropas en ese paso de tierra? —preguntó McLean. El paseo de reconocimiento del brigadier le había convencido de que probablemente los rebeldes desembarcarían al norte de Majabigwaduce. Quizás intentarían entrar al puerto abriéndose camino entre las goletas de Mowat para desembarcar sus tropas en la playa situada a los pies del fuerte, pero McLean intuía que, si estuviese al mando de los rebeldes, elegiría desembarcar en la playa amplia y baja del istmo. Al hacerlo así, el enemigo le cortaría el acceso tierra adentro y podría asaltar sus murallas sin exponerse a los cañonazos de las naves de la Marina Real. Había una pequeña posibilidad de que pudieran atreverse a atacar el acantilado para ganar el terreno elevado de la península, pero la pendiente del desnivel era demasiado abrupta. Suspiró por dentro. No podría defenderlo todo porque, como había dicho el gran Federico, al defenderlo todo un hombre no defiende nada.

—Desembarcarán en algún sitio, señor —respondió Moore a la pregunta del brigadier—, y poca cosa podemos hacer para evitar que pisen tierra; nada si es que vienen con fuerzas suficientes. Pero ¿para qué desembarcan, señor?

—Dígame usted.

—Para capturar el muelle, señor, porque es lo que tiene valor en este sitio.

—No está usted lejos del reino de los cielos, señor Moore —dijo McLean—, ellos quieren el muelle y vendrán a por él, pero esperemos que no vengan demasiado pronto.

—Cuanto antes vengan, señor —replicó Moore—, antes podremos acabar con ellos.

—Primero quisiera terminar el fuerte —explicó McLean.

El fuerte, que había decidido llamar Fort George, apenas estaba empezado. El suelo era poco espeso, rocoso y difícil de trabajar, y la cresta estaba tan poblada de árboles que en una semana de duro trabajo sólo habían despejado terreno suficiente para el patio. McLean sabía que si el enemigo llegaba demasiado pronto, tendría poco que hacer aparte de disparar un par de salvas desafiantes y después bajar la bandera.

—¿Es usted un hombre piadoso, señor Moore? —preguntó McLean.

—Sí, lo soy, señor.

—Pues rece para que el enemigo se demore —dijo McLean fervoroso; luego miró a James Fletcher—. Señor Fletcher, ¿haría el favor de llevarnos de vuelta a la playa?

—De mil amores, general —dijo James con alegría.

—Y rece por nosotros, señor Fletcher.

—No estoy seguro de que el buen Dios me escuche, señor.

—¡James! —reprendió Bethany a su hermano.

James sonrió.

—¿Aquí necesitan oraciones para protegerse, general?

McLean se calló unos instantes, después encogió los hombros.

—Depende, señor Fletcher, de la fortaleza del enemigo, pero me gustaría tener el doble de hombres y dos veces el número de barcos que tenemos para sentirme seguro.

—A lo mejor no vienen, señor —aventuró Fletcher—. Esos tipos de Boston nunca prestan mucha atención a lo que pasa por aquí.

El viento traía retazos de niebla mientras la *Felicity* pasaba junto a las tres balandras de guerra que protegían la entrada al puerto. James Fletcher se dio cuenta de que las tres naves estaban ancladas a proa y a popa para que no pudieran moverse con las mareas o el viento, y de que así cada balandra mantenía su costado dirigido hacia la entrada al puerto. Del lado de babor de la nave más cercana a tierra, la *North*, salían dos chorros de agua intermitentes y James podía oír el ruido de las bombas de madera de olmo cuando los hombres accionaban sus largas manivelas. Raras veces se detenían aquellas bombas, lo que indicaba que la *North* no era una buena embarcación, aunque sus cañones serían sin duda eficientes para ayudar a proteger la bocana del puerto; para proteger aún más esa entrada, los marines reales de casacas rojas estaban levantando la poco espesa tierra y las rocas de Cross Island, que bordeaba el lado sur del canal. Fletcher comprendió que los marines estaban preparando el terreno para instalar allí una batería. Detrás de las tres balandras y formando una segunda línea delante del puerto, estaban tres de los barcos de transporte que habían llevado a los casacas rojas a Majabigwaduce. Aquellos

transportes no estaban armados, pero sólo con su tamaño ya eran un formidable obstáculo para cualquier nave que intentara rebasar las balandras.

McLean tendió a Fletcher un paquete de tabaco envuelto en hule y uno de los dólares de plata españoles que eran moneda común, en pago por el uso de su embarcación.

—Vamos, señor Moore —dijo cortante, justo cuando el pagador le ofrecía su brazo a Bethany para ayudarla a bajar a la accidentada playa—. ¡Tenemos trabajo que hacer!

*

También James Fletcher tenía trabajo que hacer. Aún quedaba verano por delante, pero había que preparar el montón de leña para el invierno y aquella tarde estuvo partiendo troncos delante de su casa. Trabajó hasta bien entrado el crepúsculo, descargando el hacha con fuerza para transformar los troncos en madera aprovechable.

—Tú estás pensando, James. —Bethany había salido de la casa y estaba observándolo. Llevaba un delantal encima de su vestido gris.

—¿Y eso es malo?

—Siempre trabajas en exceso cuando estás pensando —dijo ella. Se sentó en un banco delante de la casa—. Madre está durmiendo.

—Bien —dijo James.

Dejó el hacha hincada en un tocón y se sentó junto a su hermana en el banco desde el que se veía el puerto.

El cielo estaba púrpura y negro, el agua brillaba en evanescentes ondas de plata alrededor de los barcos anclados; trémulas luces de fanales se reflejaban en las pequeñas olas. Desde lo alto de la cresta, donde los casacas rojas se alojaban en dos campamentos de tiendas, llegó el sonido de una corneta. Un piquete de seis hombres vigilaba los cañones y la munición que habían dejado en la playa por encima de la línea de mareas.

—A ese joven oficial le gustas —dijo James.

Bethany sonrió, pero no dijo nada.

—Son unos tipos bastante agradables —añadió James.

—Me gusta el general —confesó Bethany.

—Es un hombre decente, o eso parece —dijo James.

—¿Qué le pasaría en el brazo?

—Son soldados, Beth. Los soldados sufren heridas.

—Y matan.

—Sí.

Se quedaron sentados en amistoso silencio durante un rato, mientras la oscuridad se cernía poco a poco sobre el río, sobre el puerto y sobre el acantilado.

—Entonces, ¿vas a firmar el juramento? —preguntó Bethany un poco después.

—No creo que tenga muchas otras opciones —respondió James en tono desolado.

—Pero ¿lo firmarás?

James se quitó una hebra de tabaco de entre los dientes.

—Padre habría querido que lo firmara.

—No estoy segura de que padre pensara mucho en eso —dijo Bethany—. Aquí nunca tuvimos gobierno, ni real ni rebelde.

—Él quería al rey —repuso James—. Odiaba a los franceses y quería al rey. —Suspiró—. Tenemos que ganarnos la vida, Beth. Si no hago el juramento nos quitarán la *Felicity*, y ¿qué haremos entonces? No puedo permitírselo. —Un perro aulló en algún lugar del pueblo y James esperó a que el sonido se apagara del todo—. McLean me cae bastante bien —prosiguió—, pero... —Dejó que el pensamiento se desvaneciera en la oscuridad.

—¿Pero? —preguntó Bethany.

Su hermano se encogió de hombros y no le dio respuesta. Beth aplastó un mosquito de una palmada.

—«Elegid hoy a quién queréis servir —citó—: si a los dioses a los que sirvió vuestro padre del otro lado del río, o...» —dejó incompleto el versículo de la Biblia.

—Hay demasiado resentimiento —dijo James.

—¿Y pensaste que pasaría de largo sin tocarnos?

—Eso esperaba. De todas formas, ¿quién puede querer algo de Bagaduce?

Bethany sonrió.

—Los holandeses estuvieron aquí, los franceses levantaron aquí un fuerte, parece que todo el mundo quiere algo de nosotros.

—Pero es nuestro hogar, Beth. Nosotros construimos este lugar, es nuestro... —James se detuvo. No estaba seguro de poder expresar lo que tenía en la mente—. ¿Sabes que el coronel Buck se marchó?

Buck era el comandante local de la Milicia de Massachusetts y había huido hacia el norte por el río Penobscot cuando llegaron los británicos.

—Algo he oído contar —dijo Bethany.

—Y John Lymburner y sus amigos van diciendo por ahí que menudo cobarde es Buck, ¡y eso es una tontería! Todo esto es sólo resentimiento, Beth.

—Entonces, ¿lo vas a pasar por alto? —preguntó ella—. ¿Te limitarás a firmar el juramento y fingirás que no ha sucedido?

James bajó la mirada a sus manos.

—¿Tú qué crees que debería hacer?

—Ya sabes lo que pienso —dijo Bethany con voz firme.

—Sólo porque tu amiguito era un maldito rebelde —replicó James sonriendo. Miró los reflejos centelleantes que arrojaban las linternas de a bordo de las tres balandras—. Lo que yo quiero, Beth, es que todos ellos nos dejen en paz.

—No lo harán —sentenció ella.

James asintió.

—No, no lo harán, así que voy a escribir una carta, Beth —dijo—, y tú se la puedes llevar a John Brewer río arriba. Él sabrá cómo hacer que llegue a Boston.

Bethany quedó en silencio por unos instantes, después frunció el ceño.

—¿Y el juramento? ¿Vas a firmarlo?

—Cruzaremos ese puente cuando nos llegue el momento —dijo él—. No lo sé, Beth; sinceramente, no lo sé.

James escribió la carta en una página en blanco que arrancó de la Biblia familiar. Escribió con sencillez, contando lo que había visto en Majabigwaduce y su puerto. Contó cuántos cañones había montados en las balandras y dónde estaban levantando terraplenes los británicos, cuántos soldados creía que habían llegado al pueblo y cuántos cañones habían sido desembarcados en la playa. Usó la otra cara del papel para dibujar un tosco mapa de la península en el que marcó la posición del fuerte y el lugar donde estaban fondeadas las tres balandras de guerra. Señaló la batería de Cross Island, después le dio la vuelta a la hoja y firmó la carta con su nombre, mordiéndose el labio mientras escribía con letra torpe.

—Quizá no deberías poner tu nombre en ella —dijo Bethany.

James selló el papel doblado con la cera de una vela.

—Probablemente los soldados no se interesen por ti, Beth, por eso deberías llevar tú la carta, pero si lo hacen, y si encuentran la carta, no quiero que te echen la culpa a ti. Di que no sabías lo que decía y deja que me castiguen a mí.

—Así que ahora eres un rebelde.

James dudó, y después asintió.

—Sí —respondió—, supongo que lo soy.

—Bien —dijo Bethany.

El sonido de una flauta salía de una casa colina arriba. Las luces aún titilaban sobre el agua del puerto y la noche oscura llegó a Majabigwaduce.

Extractos de una carta de los Ediles de Newburyport, Massachusetts, a la Corte General de Massachusetts, 12 de julio de 1779:

El viernes pasado, un tal James Collins, habitante de Penobscot, al volver a casa desde Boston atravesó esta Ciudad [...] tras examinarlo consideramos que ha sido Enemigo de los Estados Unidos de América [...] y que inmediatamente después de que la flota británica llegara a Penobscot este tal Collins [...] compró un Pasaje de Kennebeck a Boston [...] a donde llegó el pasado jueves, y tal y como entendemos se hizo con toda la información posible relacionada con los movimientos de nuestra flota y ejército... sospechamos que sea un Espía y por tanto lo hemos puesto a buen recaudo en el Presidio de esta Ciudad.

Orden dirigida a la Junta de Guerra de Massachusetts, 3 de julio de 1779:

Por la presente se ordena que la Junta de Guerra se apreste a procurar trescientos cincuenta Barriles de Harina, ciento dieciséis Barriles de Cerdo, ciento sesenta Barriles de Ternera, veinticuatro Fanegas de Arroz, trescientos cincuenta Celemines de Guisantes, quinientos cincuenta Galones de Melaza, dos mil ciento setenta libras de Jabón y setecientas sesenta y ocho libras de velas aun siendo una Cantidad deficiente [...] a bordo de los Transportes para la prevista Expedición a Penobscot.

CAPÍTULO III

El domingo 18 de julio de 1779, Peleg Wadsworth estaba en misa en Christ Church, en Salem Street, donde era párroco el reverendo Stephen Lewis, quien hasta hacía dos años había sido capellán del ejército británico. El párroco había sido capturado con el resto del derrotado ejército británico en Saratoga, aunque durante su cautiverio había cambiado su filiación política y había prestado juramento de lealtad a los Estados Unidos de América, lo que explicaba que su congregación de aquel domingo de verano hubiera crecido con ciudadanos intrigados por saber cómo sería su prédica cuando su país de adopción estaba a punto de enviar una expedición contra sus antiguos camaradas. El reverendo Lewis escogió su texto del Libro de Daniel. Contó la historia de Sidraq, Misak y Abednego, los tres hombres que habían sido arrojados al horno del rey Nabucodonosor y que, por la gracia salvadora de Dios, habían sobrevivido a las llamas. Durante una hora o más Wadsworth estuvo preguntándose en qué podía ser relevante la sagrada escritura para los preparativos militares que obsesionaban a todo Boston, y si algún resto de su antigua lealtad hacía que el párroco le resultara ambiguo, pero entonces el reverendo Lewis pasó a su peroración final. Contó que los hombres del rey se habían reunido para asistir a la ejecución y en vez de eso vieron que «el fuego no tenía poder».

—¡Los hombres del rey —repetía con vehemencia el párroco— vieron que «el fuego no tenía poder»! ¡Hay una promesa de Dios en los veintisiete versículos del tercer capítulo de Daniel! ¡El fuego encendido por los hombres del rey no tenía poder! —El reverendo Lewis miró fijamente a los ojos de Wadsworth mientras repetía las últimas tres palabras—. ¡No tenía poder! —Y Wadsworth pensó en los casacas rojas que esperaban en Majabigwaduce y rezó para que su fuego realmente no tuviese poder. Pensó en los barcos que permanecían anclados en el puerto de Boston, pensó en la milicia que se estaba reuniendo en Townsend, donde los barcos se encontrarían con las tropas, y rezó otra vez para que el fuego del enemigo resultara impotente.

Después del servicio, Wadsworth estrechó la mano a una multitud y recibió los mejores deseos de gran parte de la congregación, pero no salió de la iglesia. Esperó bajo el altillo del órgano hasta que se quedó solo, y después volvió hacia el altar, abrió uno de los bancos al azar y se arrodilló sobre un reclinatorio recién tapizado con la bandera de los Estados Unidos. Alrededor de la bandera estaban bordadas las palabras «Dios vela por nosotros» y Wadsworth rezó para que aquello fuera cierto, y rezó para que Dios velara por su familia, cuyos miembros nombró uno a uno: Elizabeth, su amada esposa, y después Alexander, Charles y Zilpha. Rezó para que la campaña contra los británicos de Majabigwaduce fuese breve y triunfal. Breve porque el siguiente niño de Elizabeth llegaría en cinco o seis semanas y temía por ella y quería estar con ella cuando naciese el bebé. Rezó por los hombres que llevaría a la batalla. Pronunció su oración, las palabras convertidas en murmullos apenas audibles,

pero todas y cada una distinguibles y fervorosas en su espíritu. «La causa es justa — le dijo a Dios—, y los hombres deben morir por ella», y rogó a Dios que recibiese a esos hombres en su nueva casa celestial, y rezó por las mujeres que enviudarían y los niños que quedarían huérfanos.

—Y si te place, Dios —dijo en un tono ligeramente más elevado—, no permitas que Elizabeth enviude y permite que mis hijos crezcan con un padre en su casa. —Se preguntó cuántas oraciones más como aquella se estarían ofreciendo aquella mañana de domingo.

—General Wadsworth, ¿señor? —Una voz indecisa sonó detrás de él.

Al volverse, Wadsworth vio a un joven alto y delgado con una casaca verde oscura de uniforme cerrada con un cinturón blanco. El joven parecía ansioso, preocupado quizá por haber interrumpido las devociones de Wadsworth. Su cabello moreno estaba recogido en una cola de caballo corta y gruesa. Por un momento Wadsworth supuso que aquel hombre había sido enviado con órdenes para él, pero después el recuerdo de un chico mucho más joven llenó su mente y su memoria le permitió reconocer a aquel hombre.

—¡William Dennis! —exclamó Wadsworth con verdadero placer. Hizo un par de sumas en su cabeza y se dio cuenta de que ahora Dennis debía de tener diecinueve años—. ¡Hace ya ocho años de la última vez que nos vimos!

—Tenía esperanzas de que me reconociera, señor —confesó Dennis, complacido.

—¡Por supuesto que le recuerdo! —Wadsworth se levantó del banco para estrechar la mano del joven—. ¡Y le recuerdo bien!

—Oí que estaba usted aquí, señor —dijo Dennis—, así que me tomé la libertad de venir a buscarle.

—¡Pues me alegro!

—Y ahora es usted general, señor.

—Un saltito para un maestro de escuela, ¿verdad? —dijo Wadsworth con ironía—. ¿Y usted?

—Soy teniente de los Marines Continentales, señor.

—Le felicito.

—Y me han destinado a Penobscot, señor, igual que a usted.

—¿Está usted a bordo de la *Warren*?

—Sí, señor, pero destinado al *Vengeance*. —El *Vengeance* era un navío con patente de corso de veinte cañones.

—Entonces, compartiremos la victoria —dijo Wadsworth. Se apartó del banco e hizo un gesto hacia la calle—. ¿Me acompaña a pasear hasta el puerto?

—Por supuesto, señor.

—Supongo que habrá asistido al servicio, ¿verdad?

—El reverendo Frobisher predicaba hoy en West Church —dijo Dennis—, y quería escucharlo.

—No parece estar usted impresionado —repuso Wadsworth divertido.

—Elegió un texto del Sermón de la Montaña —explico Dennis—: «Él hace salir el sol sobre los malos y sobre los buenos, y hace llover sobre justos y malvados».

—¡Ah! —dijo Wadsworth haciendo un mohín—. ¿Quería decir que Dios no está de nuestra parte? Si es así, suena desalentador.

—Nos estaba asegurando, señor, que las verdades reveladas de nuestra fe no pueden depender del resultado de una batalla, una campaña o incluso una guerra. Dijo que no podemos conocer la voluntad de Dios, señor, excepto por esa parte que ilumina nuestra conciencia.

—Supongo que eso es cierto —concedió Wadsworth.

—Y dice que la guerra es cosa del diablo, señor.

—Eso, desde luego, es cierto —convino Wadsworth mientras salían de la iglesia —, pero no parece un sermón apropiado para una ciudad que está a punto de enviar a sus hombres a la guerra, ¿no?

Cerró la puerta de la iglesia y vio que las rachas de llovizna que enviaba el viento mientras él subía la colina desde el puerto se habían detenido y en el cielo las nubes altas se estaban apartando. Caminó con Dennis hacia el agua, preguntándose cuándo partiría la flota. El comodoro Saltonstall había dado la orden de zarpar el jueves pasado, pero pospuso la partida porque el viento había arreciado hasta convertirse en un temporal lo bastante fuerte como para romper los aparejos de los barcos. Pero la gran flota debía zarpar pronto. Iría hacia el este, hacia el enemigo, hacia los asuntos del diablo.

Miró a Dennis. Se había convertido en un joven apuesto. Su casaca verde oscuro llevaba vueltas blancas y sus blancos calzones, ribetes verdes. Llevaba una espada recta en una vaina de cuero adornada con hojas de roble plateadas.

—Nunca he entendido —dijo Wadsworth— por qué visten de verde los marines. ¿No sería el azul más, bueno, más marino?

—Me han dicho que la única tela disponible en Filadelfia, señor, era verde.

—¡Ah! Nunca se me había ocurrido eso. ¿Cómo están sus padres?

—Muy bien, señor, gracias —respondió Dennis con entusiasmo—. Les encantará saber que nos hemos visto.

—Presénteles mis respetos —dijo Wadsworth. Él le había enseñado a William Dennis a leer y a escribir, le había enseñado gramática tanto en latín como en inglés, pero después la familia se había mudado a Connecticut y Wadsworth había perdido el contacto. Con todo, recordaba bien a William. Había sido un chico brillante, atento y travieso, pero nunca malévolo—. Le golpeé una vez, ¿verdad? —preguntó.

—Dos, señor —contestó Dennis haciendo una mueca—, y me merecía ambos castigos.

—Nunca fue algo que me gustara —dijo Wadsworth.

—Pero era necesario.

—Oh, sí, claro que sí.

Su conversación era constantemente interrumpida por hombres que querían

estrecharles la mano y desearles que triunfaran contra los británicos.

—Envíelos al infierno, general —dijo un hombre, y su deseo tuvo eco en todos los que los abordaban.

Wadsworth sonrió, dio apretones a las manos que se ofrecían y por fin escapó de los admiradores entrando en El Racimo de Uvas, una taberna cercana al Long Wharf.

—Creo que Dios nos perdonará por cruzar el umbral de una taberna en día de misa —dijo.

—Hoy en día es lo más parecido a los cuarteles generales del ejército —bromeó Dennis.

La taberna estaba repleta de hombres uniformados, muchos de los cuales estaban reunidos cerca de la pared donde estaban colgados unos carteles; tantos, que unos se superponían a otros. Unos ofrecían recompensas a hombres que quisieran servir a bordo de naves corsarias, otros habían sido puestos allí por el personal de Solomon Lovell.

—¡Esta noche tenemos que dormir a bordo de los barcos! —gritó un hombre, antes de ver a Wadsworth—. ¿Es porque vamos a zarpar mañana, general?

—Eso espero —respondió Wadsworth—, pero asegúrense de estar todos a bordo al anochecer.

—¿Puedo llevármela a ella? —preguntó el hombre. Tenía el brazo puesto en los hombros de una de las furcias de la taberna, una bonita joven pelirroja que parecía estar ya borracha.

Wadsworth simuló no haber oído la pregunta y llevó a Dennis a una mesa vacía al fondo del local, que hervía con las conversaciones, la esperanza y el optimismo. Un Nombre corpulento con un chaquetón marinero desteñido por el salitre se levantó y golpeó una mesa con el puño. Levantó un pichel cuando el cuarto quedó en silencio.

—¡Por la victoria en Bagaduce! —gritó—. ¡Por la muerte de los *tories* y por el día en que paseemos por Boston con el cabezón de Jorge clavado en la punta de una bayoneta!

—Se espera mucho de nosotros —dijo Wadsworth cuando terminaron los vítores.

—Puede que el rey Jorge no nos obsequie con su cabeza —dijo Dennis riéndose—, pero estoy seguro de que no defraudaremos las otras expectativas. —Esperó mientras Wadsworth pedía un guiso de ostras y cerveza—. ¿Sabía usted que la gente está comprando participaciones en la expedición?

—¿Participaciones?

—Los dueños de las naves corsarias, señor, están vendiendo ya el botín que esperan conseguir. Supongo que usted no habrá invertido, ¿verdad?

—Nunca fui un especulador —respondió Wadsworth—. ¿Cómo funciona eso?

—Bueno, pues el capitán Thomas, del *Vengeance*, señor, espera capturar setecientos kilos de botín y está ofreciendo cien participaciones con esa esperanza por siete kilos cada una.

—¡Dios mío! ¿Y qué sucede si no captura esos setecientos kilos de material?

—Entonces los especuladores pierden, señor.

—Supongo que tienen que perder, sí. ¿Y la gente está comprando las participaciones?

—¡Mucha gente! Creo que las participaciones del *Vengeance* han subido ya a veintidós libras cada una.

—En qué mundo vivimos —exclamó Wadsworth con buen humor—. Dígame —empujó la jarra de cerveza hacia Dennis—, ¿qué estaba haciendo antes de unirse a los marines?

—Estaba estudiando, señor.

—¿Harvard?

—Yale.

—Eso es que no le pegué bastante ni con fuerza suficiente —bromeó Wadsworth. Dennis soltó una carcajada.

—Mi vocación es el derecho.

—Noble vocación.

—Eso espero, señor. Cuando los británicos sean derrotados, volveré a mis estudios.

—Veo que lo lleva consigo —dijo Wadsworth, indicando un bulto con forma de libro en un bolsillo de la casaca del teniente—, ¿o son las escrituras?

—Beccaria, señor —contestó Dennis, sacando el libro de su bolsillo—. Lo estoy leyendo por gusto, ¿o debería decir para ilustrarme?

—Ambas cosas, espero. He oído hablar de él —dijo Wadsworth—, y tengo muchas ganas de leerlo.

—¿Me permitirá prestarle el libro cuando haya terminado de leerlo?

—Sería muy amable de su parte —aceptó Wadsworth. Abrió el libro *De los delitos y las penas*, de Cesare Beccaria, recién traducido del italiano, vio las minuciosas notas manuscritas en los márgenes de casi todas las páginas y pensó en lo penoso que era que un joven excelente como Dennis tuviese que ir a la guerra. Entonces pensó que, aunque la lluvia cayese por igual sobre los justos y sobre los pecadores, era inconcebible que Dios permitiese que hombres decentes que luchaban por una noble causa perdieran. Aquél fue un pensamiento reconfortante—. ¿No tiene unas ideas extrañas este Beccaria? —preguntó.

—Considera la ejecución judicial tan nociva como inefectiva, señor.

—¿De verdad?

—Argumenta todo el asunto de manera convincente, señor.

—¡Y bien que lo necesita!

Comieron y después caminaron los pocos pasos que los separaban del puerto, donde las arboladuras de los barcos formaban un bosque. Wadsworth buscó la balandra que debía transportarlo hasta la batalla, pero no pudo encontrar la *Sally* entre la maraña de cascós y mástiles y velámenes. Una gaviota chilló sobre sus cabezas, un perro corrió por el muelle con la cabeza de un bacalao en la boca y un mendigo sin

piernas se arrastró hacia él.

—Herido en Saratoga, señor —explicó el mendigo, y Wadsworth le dio un chelín.

—¿Puedo pedir un bote para usted, señor? —preguntó Dennis.

—Se lo agradecería mucho.

Peleg Wadsworth miró la flota y recordó sus oraciones de la mañana. Había mucha confianza en Boston, mucha esperanza y muchas expectativas, pero la guerra, lo sabía por experiencia, era en verdad un asunto del diablo.

Y era hora de ir a la guerra.

*

—Esto no es correcto —dijo el doctor Calef.

El brigadier McLean, de pie junto al doctor, no hizo caso de la protesta.

—¡Esto no es correcto! —exclamó en voz más alta Calef.

—Es necesario —replicó el brigadier McLean, en un tono lo bastante áspero como para sobresaltar al doctor.

Aquel domingo por la mañana las tropas habían asistido a un servicio religioso al aire libre, y las voces escocesas habían cantado vigorosas entre el viento borrascoso con rachas de lluvia que veteaban el puerto. El reverendo Campbell, capellán del 82.º, empleó para su prédica un texto de Isaías: «Ese día, el Señor castigará con su dura y grande y fuerte espada a Leviatán», un texto que McLean consideró relevante, aunque se preguntaba si tendría una espada lo bastante dura y grande y fuerte como para castigar a las tropas que sabía que vendrían a expulsarlo. Ahora la lluvia caía a un ritmo más constante, empapando la cima de la cresta donde se estaba construyendo el fuerte y donde los dos regimientos estaban formados en un cuadrado vacío.

—Estos hombres son novatos en la guerra —explicó McLean a Calef—, y la mayoría de ellos no ha visto nunca una batalla, así que necesitan aprender las consecuencias de la desobediencia.

Caminó hacia el centro del cuadrado donde se había levantado una cruz de san Andrés. Un joven, desnudo de cintura para arriba, estaba atado a la cruz con la espalda descubierta al viento y a la lluvia. Un sargento puso una tira de cuero doblada entre los dientes del joven.

—Muerde esto, muchacho, y acepta tu castigo como un hombre.

McLean levantó la voz para que todos los soldados pudieran oírle.

—El soldado Macintosh intentó desertar. Al hacerlo, rompió su promesa para con su rey, su país y Dios. Por todo esto será castigado, igual que será castigado cualquier hombre que intente seguir su ejemplo.

—No me importa que sea castigado —dijo Calef cuando el brigadier se reunió con él—, pero ¿tiene que ser el día del Señor? ¿No podría esperar hasta mañana?

—No —contestó McLean—, no puede esperar. —Hizo un gesto al sargento—.

Cumpla con su deber.

Dos tamborileros se encargarían de azotarle mientras un tercero tocaba redobles con su tambor. El soldado Macintosh había sido atrapado cuando intentaba escabullirse a través del terreno bajo y pantanoso que unía Majabigwaduce con el continente. Era la única ruta para que un hombre saliese de la península, a menos que robara un bote o, si no tuviese más remedio, atravesara el puerto a nado, y McLean había destacado un piquete en una arboleda vecina a ese paso. Habían traído de vuelta a Macintosh y había sido sentenciado a doscientos latigazos, el castigo más severo que McLean había impuesto en su vida, pero al tener tan pocos hombres como tenía, necesitaba impedir que otros desertaran.

La desertión era un problema. La mayoría de los hombres estaban satisfechos, pero siempre había unos pocos que se planteaban la promesa de una mejor existencia en el vasto territorio de Norteamérica. La vida aquí era mucho más fácil que en las tierras altas de Escocia; Macintosh lo había intentado y ahora iba a ser castigado por ello.

—¡Uno! —gritó el sargento.

—Con fuerza —dijo McLean a los dos tamborileros—, que no están aquí para hacerle cosquillas.

—¡Dos!

McLean dejó vagar su mente mientras los látigos de cuero surcaban la espalda del hombre. Había asistido a muchos castigos físicos en sus años de servicio y también había ordenado ejecuciones, porque latigazos y ejecuciones servían para reforzar el deber. Vio que muchos soldados apartaban la mirada de la escena, así que la pena probablemente estuviera funcionando. McLean no disfrutaba con las formaciones de castigo, como nadie que estuviera en su sano juicio, pero eran inevitables y, con suerte, Macintosh pasaría a ser un soldado decente.

«¿Y contra qué Leviatán —se preguntaba McLean— tendrá que luchar Macintosh?». Una goleta capitaneada por un lealista había aparecido en Majabigwaduce una semana atrás con un informe que decía que los rebeldes de Boston estaban reuniendo una flota y un ejército.

—Nos contaron que ya había cuarenta barcos o más de camino hacia aquí, señor —le había dicho el capitán de la goleta—, y están reuniendo más de tres mil hombres.

Aquello podía ser cierto o no. El capitán de la goleta no había visitado Boston, sólo había oído el rumor en Nantucket, y los rumores, eso lo sabía bien McLean, podían convertir una compañía en un batallón y un batallón en un ejército. Aun así, McLean había tomado la información con la seriedad suficiente como para enviar la goleta hacia el sur con un despacho para *sir* Henry Clinton en Nueva York. El despacho sólo explicaba que McLean no tardaría en ser atacado pronto y no podría mantener su posición sin refuerzos. ¿Por qué, se preguntaba, le habían dado tan pocos hombres y barcos? Si la Corona quería conservar esta porción de tierra, ¿por qué no enviaba una fuerza apropiada para defenderla?

—¡Treinta y ocho! —gritó el sargento.

Ya había sangre en la espalda de Macintosh, sangre diluida por la lluvia, pero con todo sangre suficiente como para correr y oscurecer la cintura de su *kilt*.

—¡Treinta y nueve! —gritó el sargento—. ¡Y dadle fuerte!

A McLean le molestaba el tiempo que la formación de castigo estaba robando a sus preparativos. Sabía que disponía de poco tiempo y faltaba mucho para que el fuerte estuviera terminado. La trinchera en torno a los cuatro muros tenía poco más de medio metro de profundidad y los propios terraplenes no eran mucho más altos. Era un proyecto de fuerte, un patético fortín, y necesitaba tanto hombres como tiempo. Había ofrecido jornales a cualquier civil dispuesto a trabajar y, cuando se presentaron hombres insuficientes, envió unas patrullas para reclutar más a la fuerza.

—¡Sesenta y uno! —gritó el sargento.

Ahora Macintosh estaba gimoteando, pero la mordaza de cuero ahogaba el sonido. Apoyó todo su peso sobre un pie y la sangre chapoteó en el zapato para desbordarse después por el empeine.

—No aguantará mucho más —gruñó Calef. El doctor reemplazaba al cirujano del batallón, que había caído enfermo de una fiebre.

—¡Continúen! —ordenó McLean.

—¿Quiere matarlo?

—Quiero que el batallón —respondió McLean— tenga más miedo del látigo que del enemigo.

—¡Sesenta y dos! —gritó el sargento.

—Dígame —McLean se volvió de repente hacia el doctor—, ¿por qué se ha extendido el rumor de que planeo ahorcar a cualquier civil que apoye la rebelión?

Calef pareció incomodarse. Se estremeció cuando el hombre azotado volvió a gimotear, y después miró desafiante al general.

—Para convencer a los desafectos de que abandonen la región, por supuesto. No querrá usted rebeldes al acecho en los bosques de los alrededores.

—¡Tampoco quiero tener reputación de verdugo! No hemos venido aquí a perseguir a la gente, sino a persuadirla de que vuelva a ser leal. Le estaría agradecido, doctor, si se propagara un rumor opuesto. Que no tengo intención de ahorcar a ningún hombre, sea rebelde o no.

—¡Por la sangre de Dios, hombre! ¡Puede verse el hueso! —protestó el doctor, ignorando las críticas de McLean. Los gimoteos se habían transformado en gemidos. McLean notó que ahora los tamborileros estaban empleándose con menos fuerza, no porque les estuvieran fallando los brazos, sino por piedad, pero ni él ni el sargento les reprendieron.

McLean detuvo el castigo al centésimo latigazo.

—Corte las ataduras, sargento —ordenó—, y llévelo a casa del doctor. —Se apartó de aquel desastre sanguinolento de la cruz—. ¡Cualquiera de ustedes que siga el ejemplo de Macintosh será el siguiente en esta cruz! Ahora, envíen a los hombres a

cumplir con sus deberes.

Los civiles que se habían presentado voluntarios o habían sido reclutados para trabajos forzados arrastraron los pies colina arriba. Un hombre, alto y enjuto, con el cabello oscuro y revuelto y ojos enfurecidos, se abrió camino entre los edecanes de McLean para enfrentarse al general.

—¡Será usted castigado por esto! —dijo el hombre en un gruñido.

—¿Por qué? —inquirió McLean.

—¡Por trabajar el día del Señor! —replicó el hombre. Se encaró con McLean—. Nunca en mi vida he trabajado un domingo, ¡nunca! ¡Me obliga a ser un pecador!

McLean contuvo su furia. Una docena de hombres o más se habían detenido y observaban al hombre enjuto, y McLean sospechó que se unirían a la protesta y se negarían a profanar un domingo con el trabajo si él cedía.

—Y, ¿por qué no trabaja usted en domingo, señor? —preguntó McLean.

—Es el día del Señor y se nos ha ordenado que lo respetemos como sagrado. —El hombre apuntó con un dedo hacia el brigadier, deteniéndolo justo antes de que golpeará el pecho de McLean—. ¡Es un mandamiento de Dios!

—Y Cristo ordenó que dieran al César lo que es del César —replicó McLean—, y hoy el César les ordena que levanten un terraplén. Pero hoy le complaceré a usted, señor, le complaceré no pagándole. El trabajo es una labor pagada, pero hoy me ofrecerá usted su ayuda, que es, señor mío, un acto cristiano.

—No haré... —empezó a decir el hombre.

—¡Teniente Moore! —McLean levantó su vara de espino para llamar al teniente, aunque el gesto parecía una amenaza y el hombre dio un paso atrás—. ¡Traiga de vuelta a los tamborileros! —gritó McLean—. ¡Necesito que azoten a otro hombre! —Se volvió para mirar fijamente al hombre—. O bien me ayuda, señor —dijo tranquilamente—, o tendré que azotarle.

El hombretón echó un vistazo a la vacía cruz de san Andrés.

—Rezaré por su destrucción —prometió, pero el fuego había desaparecido de su voz.

Le lanzó a McLean una última mirada desafiante y luego dio la vuelta.

Los civiles trabajaron. Levantaron la empalizada del fuerte casi medio metro más amontonando troncos sobre el reducido terraplén. Unos hombres cortaban más árboles, ampliando el campo de tiro, mientras otros utilizaban picos y palas para cavar un pozo en el bastión noreste del fuerte. McLean ordenó que desbastaran y quitaran la corteza a un largo tronco de abeto, y después un marinero de la *Albany* clavó una pequeña polea en el lado más fino del tronco y pasó una cuerda larga por su llanta. Cavaron un profundo agujero en el bastión suroeste y el tronco de abeto fue levantado a modo de asta para una bandera. Los soldados llenaron el agujero de piedras y, cuando vieron que el asta quedaba bien firme, McLean ordenó que se izara la bandera de la Unión hacia el húmedo cielo.

—Llamaremos a este lugar... —Se detuvo mientras el viento hacía flamear la

bandera y la extendía a la luz del nublado día—, Fort George —concluyó McLean cauteloso, como si estuviera probando el nombre. Le gustó—. Fort George —anunció con firmeza y se quitó el sombrero—. ¡Dios salve al rey!

Los *highlanders* del 74.º empezaron a levantar un terraplén más pequeño, una plataforma de artillería, que construyeron más cerca de la orilla y de cara a la bocana del puerto. El suelo era más blando cerca de la playa y enseguida habían formado una media luna de tierra que reforzaron con rocas y troncos. Partieron otros troncos para construir plataformas para la batería que estaría encarada hacia la boca del puerto. Una batería similar se estaba construyendo en Cross Island para que, si un barco enemigo se atrevía a entrar en la boca del puerto, tuviera que hacer frente al fuego de las tres embarcaciones del capitán Mowat y al de la artillería de los emplazamientos a ambos lados de la entrada.

La lluvia amainó y la niebla cubrió todo el tramo del ancho río. La nueva bandera ondeaba brillante sobre Majabigwaduce, pero ¿por cuánto tiempo, se preguntaba McLean, por cuánto tiempo?

*

El lunes amaneció con buen tiempo en Boston. El viento soplaba desde el suroeste y el cielo estaba despejado.

—El barómetro sube —anunció el comodoro Saltonstall al general Solomon Lovell, a bordo de la fragata continental *Warren*—. Tenemos que zarpar, general.

—Y que Dios nos conceda una buena travesía y un retorno triunfal —respondió Lovell.

—Amén —dijo Saltonstall a regañadientes, y después dio órdenes de hacer las señales para indicar a la flota que levantara anclas y siguiera al buque insignia en su salida del puerto.

Solomon Lovell, de casi cincuenta años, era más alto que el comodoro. El general era granjero, legislador y patriota, y en Massachusetts se consideraba que Solomon Lovell había sido bautizado con un nombre apropiado, pues tenía reputación de ser un hombre sabio, juicioso y sensato. Sus vecinos de Weymouth lo habían elegido para la Asamblea de Boston, donde era muy apreciado porque, en una caótica legislatura, Lovell se mostraba siempre conciliador. Por el incombustible optimismo que poseía, creía en que la franqueza y la voluntad al juzgar el punto de vista de otro hombre traería prosperidad mutua, mientras que su altura y su fuerte constitución, esta última ganada con años de trabajo duro en su granja, aumentaban la impresión de que se podía confiar en él sin reparos. De rostro alargado y mandíbula firme, sus ojos, sin embargo, se fruncían fácilmente cuando se divertía. Su espesa cabellera oscura encanecía en las sienes, dándole una apariencia de lo más distinguida, así que no resultaba sorprendente que sus compañeros legisladores hubieran considerado adecuado conceder a Solomon Lovell un alto rango en la Milicia de Massachusetts.

Reconocían así que se podía confiar en Lovell. Unos pocos descontentos refunfuñaban que su experiencia militar era casi nula, pero los seguidores de Lovell, y había muchos, creían que él era el hombre más apropiado para llevar a buen puerto aquella tarea. Conseguía que se hicieran las cosas. Y su falta de experiencia era compensada por su ayudante, Peleg Wadsworth, que había luchado bajo las órdenes del general Washington, y por el comodoro Saltonstall, el comandante naval, oficial con aún más experiencia. A Lovell nunca le faltarían consejos expertos con los que afirmar su sólido juicio.

El grueso cabo del ancla subía a bordo pulgada a pulgada. Los marineros del cabrestante cantaban mientras lo iban girando una y otra vez.

—¡Aquí hay una maroma! —Gritaba un contramaestre.

—¡Para colgar al Papa si asoma! —Respondían los hombres.

—¡Y un cacho de queso!

—¡Pues ahoguémoslo con eso!

Lovell sonrió compartiendo la broma y después se acercó al antepecho de popa, desde donde miró a la flota maravillado de que Massachusetts hubiese reunido tantas naves en tan poco tiempo. La más cercana a la *Warren* era un velero, el *Diligent*, que había sido capturado a la Marina Real Británica, y más allá había una balandra, la *Providence*, que era la que lo había capturado; ambas naves tenían doce cañones y pertenecían a la Marina Continental. Anclados detrás de ellos, y con la bandera del pino de la Marina de Massachusetts izada, había dos veleros, el *Tyrannicide* y el *Hazard*, y un bergantín, el *Active*. Los tres estaban armados con catorce cañones y, al igual que la *Warren*, tenían ya una tripulación completa porque la Corte General y la Junta de Guerra habían permitido a las patrullas de enrolamiento reclutar marineros a la fuerza en las tabernas de Boston y en los barcos mercantes del puerto.

La *Warren*, con sus cañones de dieciocho y doce libras, era la nave más poderosa de la flota, pero los siguientes siete barcos podían igualar y superar todos la capacidad de fuego de cualquiera de las tres balandras británicas, que, según la información que les habían facilitado, estaban esperándoles en Majabigwaduce. Aquellos siete navíos eran todos corsarios. El *Hector* y el *Hunter* llevaban dieciocho cañones cada uno, mientras que el *Charming Sally*, el *General Putnam*, el *Black Prince*, el *Monmouth* y el *Vengeance* contaban cada uno con veinte cañones. También había corsarios más pequeños, como el *Sky Rocket*, con dieciséis cañones. En total, dieciocho naves de guerra zarpaban hacia Majabigwaduce y entre todas las embarcaciones sumaban más de trescientos cañones, mientras los veintiún barcos de transporte llevaban a los hombres, los suministros, las armas... y las fervientes esperanzas de Massachusetts. Lovell estaba orgulloso de su estado. Había compensado las deficiencias en los suministros y ahora los barcos llevaban comida suficiente para alimentar a dieciséis centenares de hombres durante dos meses. ¡Había cinco toneladas y media sólo de harina! ¡Cinco toneladas y media!

Mientras pensaba en los extraordinarios esfuerzos que se habían hecho para

aprovisionar la expedición, Lovell fue dándose cuenta de que los hombres de otros barcos gritaban hacia la *Warren*. El ancla aún no había sido izada, pero el contramaestre ordenó a los marineros que dejaran de cantar y detuvieran su tarea. Al parecer, la flota no zarparía finalmente. El comodoro Saltonstall, que había permanecido cerca del timón de la fragata, se volvió y caminó en dirección a Lovell.

—Parece ser —dijo el comodoro con gesto de fastidio— que el comandante de su artillería no está a bordo de esta nave.

—Tiene que estar —dijo Lovell.

—¿Tiene?

—Las órdenes eran claras. Los oficiales ya tenían que estar a bordo anoche.

—El *Samuel* informa de que el coronel Revere no está a bordo. Así que, ¿qué hacemos, general?

Lovell quedó sorprendido por la pregunta. Pensaba que le estaban transmitiendo información, no que le pidieran tomar una decisión. Miró por encima del agua relumbrante por el sol como si el distante *Samuel*, un velero que transportaba la artillería de la expedición, pudiera sugerirle una respuesta.

—¿Y bien? —insistió Saltonstall—. ¿Zarpamos sin él y sus oficiales?

—¿Sus oficiales? —preguntó Lovell.

—Parece ser —Saltonstall se regodeaba al dar malas noticias— que el coronel Revere permitió a sus oficiales pasar la última noche en tierra.

—¿En tierra? —preguntó Lovell, atónito; después volvió a mirar al distante velero—. Necesitamos al coronel Revere —dijo.

—¿De veras? —preguntó Saltonstall en tono sarcástico.

—¡Es un buen oficial! —exclamó Lovell entusiasmado—. Fue uno de los hombres que cabalgó para advertir a Concord y a Lexington. Los envió el doctor Warren, que Dios dé descanso a su alma, y este barco lleva el nombre del doctor Warren, ¿no es así?

—Ah, ¿sí? —preguntó Saltonstall, sin prestar mucha atención.

—Un patriota muy grande, el doctor Warren —dijo Lovell muy sentido.

—¿Y cómo influye eso en la ausencia del coronel Revere? —preguntó astutamente Saltonstall.

—Pues... —empezó a decir Lovell, y se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué podía contestar, así que se enderezó y cuadró los hombros—. Esperaremos —anunció con firmeza.

—¡Esperaremos! —gritó Saltonstall a sus oficiales. Empezó a caminar otra vez por el alcázar, de estribor a babor y de babor a estribor, lanzando de vez en cuando una malévol miranda a Lovell como si el general fuera responsable personal del oficial desaparecido.

A Lovell le incomodaba la hostilidad del comodoro, así que se volvió para mirar otra vez la flota. Muchos barcos habían recogido sus gavias y los hombres, puestos a cuatro patas en cubierta, plegaban las lonas.

—¿General Lovell? —Una nueva voz le hizo perder la concentración y Lovell se volvió para ver a un alto oficial de marina cuya repentina presencia hizo que el general diese un involuntario paso atrás. Había una intensidad y una ferocidad tales en el semblante del oficial, que hacían que su rostro fuese formidable. Sólo con ver a aquel hombre uno quedaba impresionado. Era más alto incluso que Lovell, que no era un hombre bajo, y sus amplios hombros tensaban la tela verde de la casaca de su uniforme. Sujetaba su sombrero con respeto, dejando al aire su cabello negro, muy corto en la mayor parte de su cabeza, pero se lo había dejado largo por detrás para poder recogerlo en una coleta que había endurecido con alquitrán—. Me llamo Welch, señor —se presentó con una voz lo bastante profunda como para igualar la dureza de su rostro—, capitán John Welch, de los Marines Continentales.

—Encantado de conocerlo, capitán Welch —dijo Lovell, y aquello era cierto. Si un hombre tuviese que zarpar hacia una batalla, rezaría por tener a un hombre como Welch de su lado. La empuñadura del sable de Welch estaba desgastada por el uso y, al igual que su dueño, parecía fabricada para un uso eficiente de pura violencia.

—He hablado con el comodoro, señor —explicó Welch con mucha formalidad—, y él da su consentimiento para que mis hombres estén a su disposición cuando no sean requeridos para tareas navales.

—Es muy alentador —dijo Lovell.

—Doscientos veintisiete hombres, señor, listos para el servicio. Buenos hombres, señor.

—No lo dudo.

—Bien instruidos —continuó Welch con su imperturbable mirada fija en los ojos de Lovell—, y bien disciplinados.

—Un muy valioso añadido a nuestra fuerza —dijo Lovell, que no estaba seguro de qué más podía decir.

—Quiero luchar, señor —insistió Welch, como si sospechara que Lovell no emplearía a sus hombres.

—Confío en que llegará la oportunidad —dijo Lovell con inquietud.

—Eso espero, señor —replicó Welch y después, por fin, apartó su mirada del general e hizo un gesto hacia un barco de aspecto espléndido, el *General Putnam*, uno de los cuatro navíos corsarios que habían sido requisados por la Marina de Massachusetts porque sus dueños se habían negado a prestar voluntariamente sus naves. El *General Putnam* portaba veinte cañones, todos ellos de nueve libras, y estaba considerado como uno de los más poderosos navíos de la costa de Nueva Inglaterra—. Pusimos a una veintena de hombres a bordo del *Putnam*, señor —anunció Welch—, y los comanda el capitán Carnes. ¿Lo conoce, señor?

—Conozco a John Carnes —respondió Lovell—, que capitanea el *Hector*.

—Éste es su hermano, señor, y es un oficial de primera. Sirvió con el general Washington como capitán de artillería.

—Excelente posición —dijo Lovell—, pero ¿la dejó por la infantería de marina?

—El capitán Carnes prefiere ver a los hombres de cerca cuando los mata, señor —explicó Welch sin alterar su tono de voz—, pero conoce bien la artillería, señor. Es un artillero muy competente.

Lovell comprendió de inmediato que Saltonstall había enviado a Welch con la noticia, para sugerir implícitamente que podían dejar en tierra al coronel Revere y reemplazarlo por el capitán Carnes, y el general se enojó por semejante sugerencia.

—Necesitamos al coronel Revere y a sus oficiales —dijo.

—Nunca sugerí otra cosa, señor —replicó Welch—, sólo digo que el capitán Carnes tiene una experiencia que podría resultarle útil.

Lovell se sintió extremadamente incómodo. Sintió que Welch tenía poca fe en la milicia y estaba intentando endurecer a la fuerza de Lovell con el profesionalismo de sus hombres, pero Lovell había decidido que Massachusetts debía llevarse el crédito de la expulsión de los británicos.

—Estoy seguro de que el coronel Revere conoce bien su responsabilidad —dijo Lovell con rotundidad.

Welch no replicó a eso, pero miró fijamente a Lovell, que volvió a sentirse desconcertado por la intensidad de aquella mirada.

—Desde luego, cualquier consejo que el capitán Carnes tenga a bien... —añadió Lovell, y dejó que su voz se apagara.

—Sólo quería que supiera que disponemos de un hombre de artillería en los marines, señor —dijo Welch, luego dio un paso atrás y ofreció un saludo a Lovell.

—Gracias, capitán —dijo Lovell, y se sintió aliviado cuando el imponente oficial se alejó.

Pasaron los minutos. Los relojes de las iglesias de Boston dieron la hora, los cuartos y otra vez la hora en punto. El mayor William Todd, uno de los dos comandantes de brigada de la expedición, llevó una taza de té al general.

—Recién hecho en la cocina, señor.

—Gracias.

—Son las hojas capturadas por el velero *King-Killer*, señor —explicó Todd, bebiendo su propio té.

—Qué gentileza la del enemigo al suministrarnos té —dijo Lovell con ligereza.

—Sí que lo es, señor —convino Todd, y añadió, después de una pausa—: Así que el señor Revere nos está retrasando.

Lovell conocía la antipatía existente entre Todd y Revere e hizo todo lo que pudo para calmar lo que quiera que tuviese en mente el capitán. Todd era un buen hombre, meticulado y trabajador, pero un tanto inflexible.

—Estoy seguro de que el teniente coronel Revere tiene una muy buena causa para estar ausente —dijo con firmeza.

—Siempre la tiene —repuso Todd—. En todo el tiempo que comandó Castle Island, dudo que pasara una sola noche allí. Al coronel Revere, señor, le gusta la comodidad del lecho conyugal.

—¿Y no nos gusta a todos?

Todd se sacudió una mota de pelusa del gabán azul de su uniforme.

—Le dijo al general Wadsworth que había solicitado raciones para los hombres del mayor Fellows.

—Estoy seguro de que tendría una razón para ello.

—Fellows murió de fiebre el pasado agosto.

Entonces Todd dio un paso atrás como deferencia al comodoro, que se acercaba.

Saltonstall volvía a mirar a Lovell con el ceño fruncido desde debajo del pico de su bicornio.

—Si su condenado camarada no va a venir —dijo Saltonstall—, quizá se nos podría permitir que siguiéramos adelante sin él con esta maldita guerra.

—Estoy seguro de que el coronel Revere estará aquí muy pronto —dijo Lovell conciliador—, o bien recibiremos noticias tuyas. Se ha enviado un mensajero a tierra, comodoro.

Saltonstall rezongó y se alejó de allí. El mayor Todd frunció el ceño ante la retirada del comodoro.

—Ha salido al lado materno de su familia, creo yo. Los Saltonstall suelen ser gente mucho más amable.

Una señal desde el *Diligent* salvó a Lovell de responder. El coronel Revere, al parecer, había sido avistado. Él y otros tres oficiales llegaban a bordo de la elegante gabarra pintada de blanco que prestaba servicio en Castle Island, y sobre las bancadas de la gabarra, en la que bogaba una docena de hombres con camisa azul, se apilaba el equipaje. El coronel Revere estaba sentado justo delante del equipaje y, cuando la gabarra se acercó a la *Warren* de camino al *Samuel*, Revere saludó con la mano a Lovell.

—¡Que Dios nos guíe, general! —gritó.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó Lovell cortante.

—¡Una última noche con la familia, general! —gritó alegremente Revere, y el resto ya no pudieron oírlo.

—¿Una última noche con la familia? —preguntó Todd con asombro.

—Debe de haber malinterpretado mis órdenes —dijo Lovell abochornado.

—Creo que descubrirá usted, señor —prosiguió Todd—, que el coronel Revere malinterpreta todas las órdenes que no son de su agrado.

—Es un patriota, mayor —le reprendió Lovell—, ¡un excelente patriota!

Aún tardaron más tiempo en subir el equipaje del excelente patriota a bordo del navío, y después hubo que preparar la gabarra para el viaje. Al parecer el coronel Revere quería que la gabarra de Castle Island fuera parte de su equipaje, porque los remos fueron amarrados a las bancadas y después la embarcación fue atada con una sirga al *Samuel*. Justo cuando el sol alcanzaba su cénit, la flota quedó por fin preparada. Los cabrestantes chirriaron de nuevo, las grandes anclas quedaron alotadas y, con sus velas brillando al sol veraniego, el poderío de Massachusetts zarpó del

puerto de Boston.

Para capturar, matar o destruir.

*

El teniente John Moore estaba sentado a horcajadas sobre un taburete, con las piernas separadas a ambos lados de un barril de pólvora vacío que hacía las veces de mesa. Una tienda lo protegía del viento tempestuoso del oeste que escupía con fuerza gotas de lluvia sobre la lona amarillenta. La tarea de pagador del 82.^o Regimiento aburría a Moore, aún a pesar de que del trabajo pormenorizado se encargaba el cabo Brown, que había sido administrativo en una contaduría de Leith antes de emborracharse una mañana y presentarse como voluntario para el ejército. Moore pasaba las páginas del libro de cuentas en el que se registraban las soldadas del regimiento.

—¿Por qué se le han descontado cuatro peniques por semana al soldado raso Neill? —preguntó Moore al cabo.

—Porque extravió su equipo para lustrar las botas, señor.

—Pero ese equipo no puede costar tanto, ¿no?

—Es un material caro, señor —respondió el cabo Brown.

—Está claro. Debería comprar algo de ese material y revendérselo al regimiento.

—Al mayor Fraser no le gustaría, señor, porque es su hermano quien se encarga ahora de eso.

Moore suspiró y pasó otra de las rígidas hojas del grueso libro de gastos. Se suponía que tenía que comprobar las cifras, pero sabía que el cabo Brown habría hecho un trabajo minucioso, así que terminó mirando entre las portezuelas abiertas de la tienda hacia el terraplén al oeste de Fort George, donde unos artilleros estaban levantando una plataforma para uno de sus cañones. El terraplén sólo llegaba a la altura de la cintura, aunque el foso de delante ahora estaba lleno de estacas, más impresionantes a la vista que para sortearlas. Más allá del terraplén había una amplia franja de terreno despejado tachonada de tocones de pino. Ese terreno ascendía suavemente hasta el cantil, donde la arboleda aún era espesa y las volutas de niebla vagaban entre las oscuras ramas. El cabo Brown vio hacia dónde miraba Moore.

—¿Puedo preguntarle algo, señor?

—Cualquier cosa que se le ocurra, Brown.

El cabo movió la cabeza en dirección al arbolado cantil que estaba a poco menos de un kilómetro del fuerte.

—¿Por qué el brigadier no levantó ahí el fuerte, señor?

—¿Si hubiera estado usted al mando aquí lo hubiera hecho, cabo?

—Es la zona más elevada del terreno, señor. ¿No es ahí donde construiría usted el fuerte?

Moore frunció el ceño, no porque le disgustara la pregunta, que, según pensaba,

era una cuestión eminentemente sensata, sino porque no sabía cómo formular la respuesta. Para Moore estaba claro por qué McLean había elegido una posición más baja. Tenía que ver con el punto de encuentro de los cañones de los barcos y los del fuerte, con conseguir el mejor resultado de un trabajo difícil, pero aunque conocía la respuesta, no sabía bien cómo expresarla.

—Desde aquí —dijo—, nuestros cañones controlan tanto la entrada al puerto como el propio puerto. Suponga que estamos todos en ese terreno elevado. El enemigo podría ganarnos la delantera, tomar el puerto y el pueblo, y después dejar que nos muriésemos de hambre.

—Pero si esos cabrones toman esa elevación, señor... —dijo Brown en tono dubitativo, dejando su reflexión sin concluir.

—Si esos cabrones se apoderan de esa elevación, cabo —respondió Moore—, después emplazarán cañones ahí y dispararán contra el fuerte. —Ése era el riesgo que McLean había asumido. Le había dado al enemigo la oportunidad de tomar el terreno más elevado, pero sólo para poder así hacer mejor su trabajo, que era defender el puerto—. No tenemos hombres suficientes para defender el cantil —prosiguió Moore—, pero no creo que vayan a desembarcar a sus hombres allí. Es demasiado abrupto.

Sin embargo, los rebeldes desembarcarían en algún sitio. Inclinandose hacia delante desde su improvisado asiento, Moore podía distinguir las tres balandras de guerra ancladas en una línea que atravesaba la bocana del puerto. El general McLean había sugerido que el enemigo podría intentar atacar esa línea, romperla y después desembarcar a sus hombres en la playa de debajo del fuerte, y Moore intentaba imaginar lo que sería una lucha semejante. Intentó convertir los jirones de niebla en humo de pólvora, pero su imaginación fracasaba. A sus dieciocho años, John Moore nunca había experimentado una batalla y todos los días se preguntaba cuál sería su reacción ante el olor de la pólvora y los gritos de los heridos y el caos.

—Se acerca una dama, señor —advirtió el cabo Brown a Moore.

—¿Una dama? —preguntó Moore, saliendo de su ensoñación, y después vio que Bethany Fletcher se estaba acercando a la tienda. Se levantó y salió agachándose por entre las portezuelas de la tienda para saludarla, pero la visión de su rostro le ató la lengua, así que se limitó a quedarse allí, desmañado, con el sombrero en la mano y sonriendo.

—Teniente Moore —dijo Bethany, deteniéndose a sólo un paso de él.

—Señorita Fletcher —consiguió decir Moore—; como siempre, es un placer —inclinó la cabeza.

—Me pidieron que le entregara esto, señor. —Bethany le tendió un trozo de papel.

El papel era una factura por maíz y pescado que James Fletcher había vendido al oficial de intendencia.

—¡Cuatro chelines! —exclamó Moore.

—El intendente me aseguró que usted me pagaría, señor —dijo Bethany.

—Si así lo ordena el señor Reidhead, entonces le pagaré. Y será un placer pagarle, señorita Fletcher —dijo Moore. Volvió a mirar la factura—. ¡Debe de haber sido una cantidad excepcional de maíz y pescado! ¡Por valor de cuatro chelines!

Bethany se molestó.

—Fue el señor Reidhead quien estableció el precio, señor.

—Oh, no estoy diciendo que la suma sea excesiva —dijo Moore, ruborizándose. Si perdía la compostura al estar delante de una chica, pensó, ¿qué ocurriría cuando estuviera frente al enemigo?—. ¡Cabo Brown!

—¿Señor?

—¡Cuatro chelines para la dama!

—Al momento, señor —dijo Brown saliendo de la tienda, aunque en vez de sacar las monedas salió con un martillo y un cincel que llevó hasta un bloque de madera cercano. Llevaba un dólar de plata que colocó sobre la madera, después situó cuidadosamente el filo del cincel para hacer un solo corte radial en la moneda. El martillo golpeó y la moneda saltó desde la punta del cincel—. Señor, es una locura cortar una moneda en cinco partes —refunfuñó Brown, mientras volvía a colocar el dólar—. ¿Por qué no podemos sacar cuatro partes que valgan un chelín y tres peniques cada una?

—¿Es más fácil cortar una moneda en cuatro partes que en cinco? —preguntó Moore.

—Desde luego que sí, señor. Para cortarla en cuatro se necesita un cincel de hoja ancha y dos cortes —gruñó Brown, y después marcó con el martillo otro corte en el dólar, seccionando una cuña de plata que deslizó por la superficie del bloque de corte hacia Bethany—. Ahí tiene, señorita, un chelín.

Bethany cogió el fragmento de bordes afilados.

—¿Es así como pagan a los soldados? —preguntó a Moore.

—Oh, no, señorita —contestó el cabo Brown—. A nosotros nos retribuyen con pagarés.

—Dele a la señorita Fletcher el resto de la moneda —sugirió Moore—, así ella tendrá sus cuatro chelines y usted no necesitará cortar más. —Había escasez de moneda, así que el brigadier había decretado que cada dólar de piala valía cinco chelines—. ¡Dejen de mirar! —gritó de repente Moore a los artilleros que habían detenido su trabajo para admirar a Beth Fletcher.

Moore recogió el maltrecho dólar y se lo entregó a Bethany.

—Aquí tiene, señorita Fletcher, sus honorarios.

—Gracias, señor. —Bethany volvió a poner el pedazo de un chelín sobre el bloque—. Entonces, ¿cuántos pagarés tiene que escribir cada semana? —preguntó.

—¿Cuántos? —Por un momento, Moore quedó sorprendido ante la pregunta—. Oh, no repartimos los pagarés físicamente, señorita Fletcher, sino que registramos en el libro de cuentas cuántas soldadas se deben. El metálico se guarda para asuntos más importantes, como pagarle a usted por el maíz y el pescado.

—Y deben de necesitar un montón de maíz y pescado para dos regimientos completos —dijo ella—. ¿Cuánto es eso? ¿Dos mil hombres?

—Ojalá fuéramos tan numerosos —respondió Moore con una sonrisa—. En realidad, señorita Fletcher, el 74.º lo forman sólo cuatrocientos cuarenta hombres y nosotros, los Hamilton, contamos con apenas la mitad de eso. ¡Y justo ahora hemos oído decir que los rebeldes están preparando una flota y un ejército para atacarnos!

—¿Y cree usted que eso será verdad? —preguntó Bethany.

—Puede que la flota ya esté en camino.

Bethany miró más allá de las tres balandras hacia donde los retazos de niebla cruzaban el ancho río Penobscot.

—Rezo, señor —dijo—, porque no haya lucha.

—Pues yo rezo por lo contrario —replicó Moore.

—¿De verdad? —Bethany parecía sorprendida. Se volvió para mirar al joven teniente como si nunca antes hubiera reparado en él—. ¿Quiere que haya una batalla?

—Ser soldado es la profesión que elegí, señorita Fletcher —dijo Moore, y se sintió un mentiroso al decirlo—, y la batalla es el fuego en el que se templan los soldados.

—El mundo sería un lugar mejor sin ese fuego —sentenció Bethany.

—Cierto, no hay duda —dijo Moore—, pero no fuimos nosotros quienes golpeamos el eslabón y el pedernal, señorita Fletcher. Lo hicieron los rebeldes, ellos encendieron el fuego y es nuestra tarea extinguir las llamas. —Bethany permaneció en silencio y Moore pensó que había sonado pomposo—. Usted y su hermano deberían venir a casa del doctor Calef esta tarde —propuso.

—¿Deberíamos ir, señor? —preguntó Bethany, volviendo a mirar a Moore.

—Hay música en el jardín cuando el tiempo lo permite, y baile.

—Yo no bailo, señor —dijo Bethany.

—Oh, son los oficiales los que bailan —explicó Moore apresuradamente—, la danza del sable. —Hizo un esfuerzo para no imitar los pasos del baile—. Sería usted muy bienvenida —añadió.

—Gracias, señor —dijo Bethany; después se metió en el bolsillo el dólar machacado y se volvió para marcharse.

—¡Señorita Fletcher! —gritó Moore detrás de ella.

Ella se giró.

—¿Señor?

A Moore no se le ocurrió nada más que decir; de hecho, por un momento estuvo sorprendido de haberla llamado. Ella estaba mirándolo, a la espera.

—Gracias por los suministros —consiguió decir él.

—Son negocios, teniente —dijo Bethany con tono inexpresivo.

—Aun así, gracias —insistió Moore, confundido.

—¿Eso quiere decir que también les vendería a los yanquis, señorita? —preguntó risueño el cabo Brown.

—También podríamos venderles a ellos —dijo Beth, y Moore no supo distinguir si estaba tomándoles el pelo o no. Ella lo miró, le dedicó una media sonrisa y se alejó.

—Una nena de belleza poco común —dijo el cabo Brown.

—¿Eso cree? —preguntó Moore sin sonar muy convincente. Miraba fijamente cuesta abajo, al lugar donde las casas del poblado se extendían a lo largo de la orilla del puerto. Intentó imaginarse a los hombres luchando allí, hileras de hombres disparando ráfagas con sus mosquetes, los cañones haciendo retumbar el cielo con su estruendo, el puerto lleno de barcos medio hundidos, y pensó en lo triste que sería morir en medio de ese caos sin siquiera haber tomado en brazos a una chica como Bethany.

—¿Hemos terminado con los libros de cuentas, señor? —preguntó Brown.

—Hemos terminado con los libros de cuentas —respondió Moore.

Se preguntaba si era un soldado de verdad. Se preguntaba si tendría el coraje de afrontar la batalla. Buscó a Bethany con la mirada y se sintió perdido.

*

—Reticencia, señor, reticencia. Flagrante reticencia. —El coronel Jonathan Mitchell, que comandaba la milicia del condado de Cumberland, miraba furioso al brigadier general Peleg Wadsworth como si todo fuese culpa suya—. Reticencia culpable.

—Pero ¿no reclutaron ustedes? —preguntó Wadsworth.

—Pues claro que reclutamos, demonios. ¡Tuvimos que reclutar! La mitad de esos cabrones desganados son reclutas. No conseguimos voluntarios, sólo excusas de lloricas, así que declaramos la ley marcial, señor, envié tropas a cada municipio y acorralé a esos mierdas, pero huyeron y se escondieron demasiados, señor. Son reticentes, se lo digo de verdad, ¡reticentes!

Dos días había tardado la flota en navegar hasta Townsend, donde se había ordenado que se reuniera la milicia. El general Lovell y el brigadier general Wadsworth esperaban unos quince centenares de hombres, pero había algo menos de novecientos esperando para embarcar.

—Ochocientos noventa y cuatro, señor, para ser exactos —informaba Marston, secretario de Lovell, a su superior.

—Por Dios santo —exclamó Lovell.

—¿Es demasiado tarde para solicitar un batallón continental? —sugirió Wadsworth.

—Impensable —respondió Lovell al momento.

El Estado de Massachusetts se había declarado capacitado para expulsar a los británicos por sí mismo, y la Corte General no miraría con buenos ojos una petición de ayuda a las tropas del general Washington. La Corte, de hecho, se habría mostrado reacia a aceptar la ayuda del comodoro Saltonstall si no hubiera sido porque la

Warren era evidentemente una espléndida nave de guerra e ignorar su presencia en aguas de Massachusetts hubiera resultado una perversidad.

—Ya tenemos a los hombres del comodoro —apuntó Lovell—, y estoy seguro de que el comodoro accederá de buena gana a destinarlos a prestar servicio en tierra en Majabigwaduce.

—Vamos a necesitarlos —dijo Wadsworth. Él mismo había pasado revista a los tres batallones de la milicia y le había consternado lo que había visto. Había hombres aptos, jóvenes y entusiastas, pero la gran mayoría eran o bien demasiado viejos, o bien demasiado jóvenes o bien estaban demasiado enfermos. En la formación vio incluso a un hombre con muletas.

—Usted no puede luchar —le había dicho Wadsworth a aquel hombre.

—Eso es lo que les dije a los soldados cuando vinieron a por nosotros —dijo el hombre. Estaba demacrado, y tenía la barba gris y el cabello revuelto.

—Pues vuélvase a casa —le dijo Wadsworth.

—¿Y cómo?

—De la misma forma en que llego aquí —le había dicho Wadsworth, a quien la desesperación volvía irritable. Un par de pasos adelante en la fila encontró a un chico de cabello ensortijado y mejillas que nunca había tocado una navaja—. ¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó Wadsworth.

—Israel, señor.

—¿Israel qué más?

—Trask, señor.

—¿Cuántos años tienes, Israel Trask?

—Quince, señor —respondió el chico, intentando permanecer bien firme. Su voz era aún la de un niño y Wadsworth calculó que tendría catorce recién cumplidos—. Llevo tres años en el ejército, señor —dijo Trask.

—¿Tres años? —preguntó Wadsworth con incredulidad.

—Como pífano de infantería, señor —explicó Trask. Llevaba colgado a la espalda un saco de arpillera y por la boca del saco asomaba una fina flauta de madera.

—¿Abandonaste la infantería? —preguntó Wadsworth con gesto divertido.

—Me hicieron prisionero, señor —confesó Trask, evidentemente ofendido por la pregunta—, y me intercambiaron. Y aquí estoy, señor, listo para luchar contra esos cabrones sifilíticos otra vez.

Si un chico hubiera usado ese lenguaje en la clase de Wadsworth, habría recibido una azotaina, pero aquéllos eran tiempos extraños, así que Wadsworth se limitó a dar una palmadita en el hombro al muchacho antes de seguir recorriendo la larga formación. Algunos lo miraban con resentimiento y supuso que eran los hombres que la milicia había reclutado a la fuerza. Quizás unos dos tercios de los hombres parecían lo bastante sanos y jóvenes como para luchar, pero el resto eran ejemplares lamentables.

—Pensé que había reclutado a mil hombres sólo en el condado de Cumberland —

comentó Wadsworth al coronel Mitchell.

—Ja —dijo Mitchell.

—¿Ja? —respondió fríamente Wadsworth.

—El Ejército Continental se lleva a nuestros mejores hombres. Encontramos una docena de reclutas decentes y los continentales se llevan a seis y los otros seis salen corriendo para unirse a los corsarios. —Mitchell se metió un pellizco de tabaco en la boca—. Por Dios que desearía que tuviéramos mil hombres, pero Boston no envía sus soldadas y no tenemos raciones. Y todavía hay zonas donde no podemos reclutar.

—¿Zonas lealistas?

—Zonas lealistas —asintió Mitchell con seriedad.

Wadsworth había seguido recorriendo la fila, pues le llamó la atención un hombre tuerto que padecía algún tipo de afección nerviosa que hacía que sus músculos faciales temblaran. El hombre sonrió y Wadsworth sintió un escalofrío.

—¿Está en sus cabales? —le preguntó al coronel Mitchell.

—Lo bastante como para disparar hacia delante —dijo Mitchell en tono agrio.

—¡Pero si la mitad ni siquiera tienen mosquetes!

La flota había traído quinientos mosquetes de la Armería de Boston que serían alquilados a la milicia. La mayoría de los hombres sabía al menos cómo usarlos, porque en aquellos condados orientales se suponía que los hombres cazaban su propia comida y despellejaban sus presas para hacerse la ropa. Vestían jubones y pantalones y zapatos de piel de venado, y llevaban morrales y bolsas de piel de venado. Wadsworth les pasó revista a todos y calculó que tendría suerte si, como mucho, quinientos de aquellos hombres resultaban ser útiles; después le pidió un caballo al párroco y les dirigió un discurso desde la silla de montar.

—¡Los británicos han invadido Massachusetts! —gritó—. ¡Al parecer nos menosprecian, porque han enviado pocos hombres y pocos barcos! Creen que no tenemos fuerza para expulsarlos, ¡pero vamos a demostrarles que los hombres de Massachusetts defienden su tierra! ¡Embarcaremos en nuestra flota! —Señaló los mástiles que asomaban por encima de los tejados del sur—. ¡Y vamos a combatirlos, vamos a derrotarlos y vamos a expulsarlos! ¡Volverán ustedes a sus casas con laureles en las sienes! —No era el más alentador de los discursos, pensó Wadsworth, pero se sintió animado cuando los hombres vitorearon. Los gritos tardaron en arrancar y al principio fueron débiles, pero después las filas en formación se entusiasmaron.

El párroco, un hombre cordial unos diez años mayor que Wadsworth, ayudó al brigadier a bajar de la silla.

—Confío en que tendrán laureles para tantas sienes —bromeó el párroco—, aunque la mayoría preferiría un filete de vaca que llevarse al estómago.

—Confío en que también conseguirán eso —dijo Wadsworth.

El reverendo Jonathan Murray tomó las riendas del caballo y se lo llevó hacia su casa.

—Tal vez no parezcan impresionantes, general, ¡pero son hombres de bien!

—¿Estos que necesitaron que los reclutaran a la fuerza? —inquirió Wadsworth tajante.

—Sólo unos pocos —respondió Murray—. Se preocupan por sus familias y sus cosechas. Llévelos a Majabigwaduce y servirán de muy buena voluntad.

—¿Los ciegos, los mancos y los cojos?

—Esos hombres fueron lo bastante buenos para nuestro Señor —dijo Murray, que evidentemente hablaba en serio—. ¿Y qué si hay unos pocos que están medio ciegos? Un hombre solo necesita un ojo para apuntar su mosquete.

*

El general Lovell se había alojado en la amplia casa del párroco y, aquella tarde, convocó a todos los oficiales veteranos de la expedición. Murray poseía una magnífica mesa redonda de madera de arce, en torno a la cual solía dirigir estudios de las escrituras, pero que aquella noche sirvió para acomodar a los comandantes navales y de tierra. Quienes no pudieron encontrar silla permanecieron en pie en los extremos de la habitación, que iluminaban ocho velas en candeleros de peltre agrupadas en el centro de la mesa. Las polillas revoloteaban alrededor de las llamas. El general Lovell había ocupado la silla de respaldo alto del párroco y dio unos suaves golpecitos en la mesa para reclamar silencio.

—Ésta es la primera vez que nos reunimos todos —empezó Lovell—. Es probable que todos ustedes se conozcan entre sí, pero permítanme que haga las presentaciones.

Rodeó la mesa nombrando primero a Wadsworth, después al comodoro Saltonstall y a los tres coroneles de los regimientos de la milicia. El mayor Jeremiah Hill, edecán general de la expedición, inclinó solemne la cabeza cuando su nombre fue pronunciado, como hicieron los dos mayores de brigada, William Todd y Gawen Brown. El coronel Tyler, intendente, estaba sentado junto al doctor Eliphalet Downer, cirujano general.

—Espero que no requiramos los servicios del doctor Downer —dijo Lovell con una sonrisa, y después señaló a los hombres que permanecían en pie a los lados de la habitación.

El capitán John Welch, de los Marines Continentales, observaba al lado del capitán Hoysteed Hacker, de la Marina Continental, quien comandaba la *Providence*, mientras que el capitán Philip Brown comandaba el *Diligent*. Seis capitanes corsarios habían acudido a la casa y Lovell los presentó a todos, y luego sonrió al teniente coronel Revere, que estaba de pie junto a la puerta.

—Y en último lugar, pero no por ello de menor importancia, nuestro comandante del tren de artillería, el coronel Revere.

—¡Cuyos servicios —dijo Revere— espero que requieran!

Unas risas apagadas resonaron en la habitación, aunque Wadsworth advirtió un

gesto de profundo disgusto en el rostro de Todd. El mayor miró desde detrás de sus anteojos a Revere, y después evitó a conciencia volver a mirar a su enemigo.

—He solicitado al reverendo Murray que también asista a este consejo —continuó Lovell cuando las risitas terminaron— y ahora le pido que abra nuestra sesión con unas palabras de oración.

Los hombres juntaron sus manos e inclinaron sus cabezas mientras Murray suplicaba a Dios Todopoderoso que derramara sus bendiciones sobre los hombres y los barcos ahora reunidos en Townsend. Wadsworth había inclinado la cabeza, pero echó un vistazo por el rabillo del ojo a Revere, que, advirtió, no sólo no había inclinado su cabeza, sino que además estaba mirando con gesto torvo hacia Todd. Wadsworth volvió a cerrar los ojos.

—Concede a estos hombres parte de tu fuerza, Señor —rogó el reverendo Murray—, y haz que estos guerreros regresen sanos y victoriosos junto a sus esposas y sus hijos y sus familias. Lo suplicamos todos en tu sagrado nombre, oh, Señor. Amén.

—Amén —repitieron como el eco los oficiales allí reunidos.

—Gracias, reverendo —dijo Lovell con una alegre sonrisa. Tomó aliento y recorrió la habitación de un vistazo. Después expuso la razón por la que se habían reunido—. Los británicos han desembarcado en Majabigwaduce, como ustedes saben, y nuestras órdenes son capturarlos, matarlos o destruirlos. Mayor Todd, ¿sería usted tan amable de contarnos lo que sabemos sobre el estado del enemigo?

William Todd, reflejando en sus anteojos la luz de las velas, rebuscó entre sus papeles.

—Hemos recibido información de patriotas de la región de Penobscot —explicó con su voz seca—. En particular del coronel Buck, pero también de otros. Sabemos con certeza que ha desembarcado una fuerza considerable del enemigo, que la protegen tres balandras de guerra y que son comandados por el brigadier general Francis McLean —Todd estudió los rostros serios de alrededor de la mesa—. McLean —continuó— es un soldado experto. La mayor parte de su servicio lo hizo bajo la bandera de Portugal.

—¿Es un mercenario? —preguntó el comodoro Saltonstall con un tono cargado de menosprecio.

—Entiendo que fue destinado al servicio de Portugal por el rey de Inglaterra —respondió Todd—, así que no, no es un mercenario. Últimamente ha sido gobernador de Halifax y ahora se le han confiado las fuerzas de Majabigwaduce. La impresión que tengo de él —Todd se recostó en la silla como para sugerir que ahora estaba especulando— es que es un viejo al que pusieron a vegetar en Halifax y cuyos buenos tiempos quizás hayan quedado atrás. —Se encogió de hombros para expresar incertidumbre—. Dirige dos regimientos, ninguno de los cuales ha prestado servicio recientemente. De hecho, su propio regimiento acaba de ser reclutado y por lo tanto es del todo inexperto. La composición básica de un regimiento británico es de un millar de hombres, pero raras veces su número real excede los ochocientos, así que

un cálculo razonable sugiere que nuestro enemigo está compuesto por quince o dieciséis centenares de hombres de infantería con apoyo de artillería y, por supuesto, los marines reales y las tripulaciones de las tres embarcaciones. —Todd desenrolló una enorme hoja de papel en la que estaba dibujado un burdo mapa de Majabigwaduce y, cuando los hombres se inclinaron hacia delante para ver el plano, les mostró dónde estaban situadas las defensas. Comenzó por el fuerte, señalado con un recuadro—. Hacia el miércoles —dijo—, la empalizada era aún lo bastante baja como para que un hombre pudiera saltarla. Los trabajos avanzan despacio, según hemos oído —indicó las tres balandras que formaban una barrera justo al entrar en la boca del puerto—. Sus costados están orientados hacia la bahía de Penobscot y cuentan con apoyo de baterías en tierra firme. Hay una de esas baterías aquí —señaló Cross Island—, y otra en esta península de aquí. Esas dos baterías enfilarán hacia la entrada del puerto.

—¿Ninguna en la Cabeza de Dyce? —preguntó Hoysteed Hacker.

—¿La Cabeza de Dyce? —preguntó Lovell, y Hacker, que se conocía la costa al dedillo, apuntó hacia el lado sur del puerto y explicó que la entrada estaba dominada por un alto cantil que llevaba el nombre de Cabeza de Dyce.

—Si recuerdo correctamente —continuó Hacker—, ese terreno es el más alto de toda la península.

—No se nos ha informado de ninguna batería en la Cabeza de Dyce —dijo Todd precavido.

—Entonces, ¿han renunciado al terreno elevado? —preguntó Wadsworth incrédulo.

—Nuestra información tiene ya algunos días —advirtió Todd.

—Ese terreno elevado —dijo Lovell sin estar seguro— sería un espléndido emplazamiento para nuestra artillería.

—Oh, desde luego —convino Wadsworth, y Lovell pareció quedarse más tranquilo.

—Mis cañones estarán preparados —dijo Revere en tono beligerante.

Lovell sonrió a Revere.

—Quizá sería usted tan amable de contar a nuestros coroneles de milicia qué apoyo de artillería puede ofrecerles.

Revere se enderezó y William Todd se quedó mirando fijamente la superficie de la mesa.

—Tengo seis cañones de dieciocho libras —empezó Revere con voz grave— con cuatrocientas rondas de artillería para cada uno. Son auténticos asesinos, señores, y me atrevería a decir que más pesados que cualquier cañón con el que nos esperen los británicos. Tengo dos de nueve libras, con trescientas rondas cada uno, y un par de obuses de cinco pulgadas y media con cien rondas cada uno. —John Welch miró sorprendido al oírlo, y después arrugó el entrecejo. Empezó a decir algo, pero refrenó sus palabras antes de que se volvieran ininteligibles.

—¿Tiene algo que decir, capitán? —interrumpió Wadsworth a Revere.

El alto marine de uniforme verde oscuro aún tenía el ceño fruncido.

—Si yo estuviera bombardeando un fuerte, general —dijo—, querría más obuses. Lanzamos las bombas por encima de la empalizada y matamos a esos cabrones en el interior. Obuses y morteros. ¿Tenemos morteros?

—¿Tenemos morteros? —Wadsworth dirigió la pregunta a Revere.

Revere parecía ofendido.

—Los de dieciocho libras derribarán sus empalizadas como las trompetas de Jericó —dijo—, y para acabar —miró a Lovell con cierta indignación, como si le hubiera ofendido que el general permitiese aquella interrupción—, tenemos cuatro cañones de cuatro libras, dos de los cuales son de metal francés e igualan a cualquiera de seis pulgadas.

El coronel Samuel McCobb, que dirigía la milicia del condado de Lincoln, levantó la mano.

—Podemos ofrecer un cañón de doce libras para tierra —propuso.

—Es muy generoso —dijo Lovell, y después declaró abierto el debate, aunque en realidad no se había decidido nada aquella tarde.

Durante cerca de dos horas los hombres hicieron sugerencias y Lovell las recibió todas con gratitud, pero no dio su opinión sobre ninguna. El comodoro Saltonstall estuvo de acuerdo en que había que destruir las tres balandras británicas para que así su escuadrón pudiese entrar en el puerto y orientar sus costados para bombardear el fuerte, pero rehusó hacer sugerencias sobre cómo podría hacerse.

—Debemos evaluar sus defensas —insistió el comodoro con grandilocuencia—. Estoy seguro de que todos ustedes sabrán apreciar el buen juicio de llevar a cabo un reconocimiento concienzudo —habló con condescendencia, como si estar tratando con una simple milicia ofendiera a su dignidad de oficial continental.

—Todos apreciamos el buen juicio de un reconocimiento concienzudo —concedió Lovell, y sonrió benévolo a toda la concurrencia—. Pasaré revista a la milicia por la mañana —dijo—, y después embarcaremos. Cuando alcancemos el río Penobscot descubriremos a qué obstáculos nos enfrentamos, pero tengo confianza en que los superaremos. Les doy las gracias, caballeros, les doy las gracias a todos. —Y con eso la junta de guerra se dio por terminada.

Algunos hombres se reunieron en la oscuridad del exterior de la casa parroquial.

—¿Ellos tienen quince o dieciséis centenares de hombres —refunfuñó un oficial de la milicia— y nosotros sólo tenemos novecientos?

—También tienen ustedes a los marines —le espetó el capitán Welch desde las sombras, pero entonces, antes de que nadie pudiera responder, se oyó un disparo de mosquete. Los perros comenzaron a ladrar. Los oficiales agarraron sus espadas y corrieron hacia las luces de Main Street, donde los hombres estaban gritando, pero ya no sonaron más disparos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Lovell cuando la conmoción se tranquilizó.

—Un hombre del condado de Lincoln —dijo Wadsworth.

—¿Disparó su mosquete por accidente?

—Y se ha volado los dedos del pie izquierdo.

—Vaya por Dios, pobre hombre.

—Lo ha hecho adrede, señor. Para librarse del servicio.

Así que ahora embarcaría hacia el este un hombre menos, y demasiados de los que quedaban eran niños, lisiados o ancianos. Pero estaban los marines. Gracias a Dios, pensó, Wadsworth, estaban los marines.

De una carta de John Brewer, escrita en 1779 y publicada en el *Hangar Whig and Courier*, 13 de agosto de 1846:

Entonces le dije al Comodoro que [...] yo pensaba que mientras el viento soplara debía continuar navegando, silenciar las dos [sic] naves y la batería de seis cañones, y desembarcar las tropas cubriéndolas con su propio fuego, y en media hora hacerlo todo suyo. En respuesta a lo cual levantó su afilado mentón, y dijo, «¡Parece que usted se las sabe todas sobre este maldito asunto! ¡No voy a arriesgar mis embarcaciones en ese condenado agujero!».

Extractos de una carta de John Preble al honorable Jeremiah Powell, Presidente de la Junta del Consejo de Estado de la Bahía de Massachusetts, 24 de julio de 1779:

He estado al Mando de los Indios cinco Semanas ahora hay allí unos sesenta guerreros ansiosos en su mayor parte por Guerrear y a la espera de Ordenes para marchar y asistir a sus Hermanos los Americanos. El Inemigo no púo ahumentar más su disgusto que viñendo a su Río o cerca de él para fotrificar ellos me han declarado que Viertirán Toda gota de su Sangre en defensa de su Tierra parecen cada vez más Coscientes de las dilabólicas intenciones del Enemigo y la Juesticia de nuestra Cuasa [...] Este momento la Flota aparece a la Vista lo que da univesal Alegría a Soldados Blancos y Negros Todos están Anziosos y desiosos de acción y yo puedo contar a su Honorable que aquí en mi pasaje en una Canoa de corroteza la gente de Naskeeg y la larga playa hacia arriba estaban Listos [...] para luchar por nosotros aunque ellos han hecho el Juramento de Fidelidad del bando Británico.

CAPÍTULO IV

La flota zarpó hacia el este, llevada por un viento fresco del suroeste, aunque los corsarios y los barcos de la marina, los más rápidos, tuvieron que apocar las velas para así no dejar atrás las pesadas embarcaciones de transporte. Sólo les llevó un día de navegación alcanzar el río Penobscot, aunque fue un largo día, del alba hasta el ocaso, que se animó cuando vieron una extraña vela hacia el sur. El comodoro Saltonstall ordenó que el *Hazard* y el *Diligent*, ambos bergantines y de rápida navegación, investigaran al desconocido. Saltonstall permaneció cerca de la costa mientras los dos veleros soltaban trapo y navegaban veloces hacia el sur, dejando que la flota se acercara a hurtadillas costa arriba pasando junto a cabos rocosos en los que el gran mar se rompía en espuma blanca. Cada poco tiempo un ruido sordo retumbaba a través de un barco cuando su proa chocaba con algún tronco errante que había bajado flotando por alguno de los ríos y había escapado de los leñadores de la desembocadura.

Éste era el primer viaje del comodoro Saltonstall a bordo de la *Warren* y, preocupado por su estabilidad, ordenó que se desplazara lastre hacia delante para mejorar su rendimiento. Dos veces ordenó que soltaran vela y dejó que la fragata corriera a toda velocidad entre la flota.

—¿Cómo va? —preguntó al timonel durante la segunda carrera y después de que el guardiamarina Fanning hubiese supervisado el desplazamiento de otra media tonelada de lastre desde popa.

—Ya no se encabrita tanto, señor. Creo que la ha domado.

—¡Siete nudos y el ancho de una mano! —gritó el marinero que lanzaba una sonda desde la baranda de popa.

Los hombres de las naves de transporte vitorearon ante la imponente visión de la fragata navegando a toda vela entre el resto de la flota.

—Tendríamos que haberla sometido a barlovento —dijo Saltonstall fatigado—, pero me atrevería a decir que va a necesitar que volvamos a mover lastre antes de estar cerca.

—Me atrevería a decir lo mismo, señor —reconoció el timonel. Era un hombre mayor, con el torso en forma de barril y largo pelo blanco recogido en una trenza que le llegaba a la cintura. Sus antebrazos desnudos estaban cubiertos de tatuajes de toscas anclas y coronas, prueba de que en el pasado había servido en la Marina Británica. Soltó la rueda del timón, que giró en el sentido de las agujas del reloj, y después la detuvo y la giró lentamente—. ¿Lo ve, señor? Le tiene querencia.

—Igual que yo —dijo Saltonstall—, pero podemos hacerlo mejor. ¡Señor Coningsby! ¡Otros doscientos de peso hacia delante! ¡A toda prisa!

—Ahora mismo, señor —respondió el guardiamarina Fanning.

El *Hazard* y el *Diligent* se reunieron con la flota al final de la tarde. El *Diligent* redujo paño mientras se situaba a sotavento de la *Warren* y presentaba su informe

sobre la extraña vela que se había divisado hacia el sur.

—¡Era el *General Glover*, que zarpaba desde Marblehead, señor! —informó el capitán Philip Brown a Saltonstall—. ¡Un carguero, señor, con tabaco, ron y madera para Francia!

—¡Vuelvan a su posición! —gritó en respuesta Saltonstall, y vigiló mientras el velero iba quedando a popa.

El capitán Brown, recién asignado a su puesto, había sido teniente primero de la balandra *Providence* cuando ésta había capturado al *Diligent*, de la Marina Real, y su barco tenía aún las marcas de la batalla. La antigua nave de Brown, la *Providence*, con su casco igualmente forrado con madera nueva, navegaba ahora a la cabeza de la flota de Saltonstall, ondeando la bandera de la marina rebelde con la serpiente y las barras.

A la flota, que ya resultaba impresionante, se unieron tres navíos más que habían zarpado directamente hacia Townsend, así que ahora navegaban hacia el este cuarenta y dos naves, la mitad de ellas buques de guerra. El brigadier general Lovell, que miraba los velámenes desplegados desde el alcázar de la balandra *Sally*, estaba orgulloso de que su estado, su país, de hecho, pudiese reunir semejante número de embarcaciones. La *Warren* era la más grande, pero una docena de los otros buques de guerra eran casi tan formidables como la fragata. El *Hampden*, que llevaba veintidós cañones y por lo tanto era el segundo navío más poderoso de la flota, había sido enviado por el estado de New Hampshire y cuando arribó a Townsend disparó una salva con sus cañones de nueve libras, haciendo retumbar el aire con la percusión de su alborozo.

—Me gustaría que pudiéramos encontrarnos ahora con uno de los barcos del rey Jorge —dijo Solomon Lovell—. ¡Por mi vida que íbamos a darle un buen meneo!

—Sí que lo haríamos, por la Gracia de Dios, ¡y lo haremos! —afirmó de buena gana el reverendo Jonathan Murray.

A Peleg Wadsworth le había sorprendido un tanto que el párroco de Townsend hubiera sido invitado a unirse a la expedición, pero era evidente que Murray y Lovell congeniaban, así que ahora el clérigo, que había aparecido a bordo de la *Sally* con una brazada de pistolas metidas en el cinturón, era el capellán de la expedición. Lovell había insistido en que zarparan de Townsend en la balandra *Sally* en vez de a bordo de la fragata mayor de Saltonstall.

—Es mejor que estemos con los hombres, ¿no cree? —había preguntado el brigadier a Wadsworth.

—Desde luego, señor —accedió Wadsworth, aunque personalmente sospechaba que a Solomon Lovell se le indigestaba la presencia del comodoro Saltonstall. Lovell era un hombre gregario mientras que Saltonstall era reservado hasta el punto de resultar maleducado—. Aunque los hombres me preocupan, señor —añadió Wadsworth.

—¡Que le preocupan! —respondió jovial Lovell—. ¿Y por qué será eso? —Había

pedido prestado el catalejo del capitán Carver y estaba mirando hacia el mar en la dirección de Monhegan Island.

Wadsworth dudaba, no quería introducir una nota de pesimismo en una mañana de sol brillante y viento perfecto.

—Esperábamos quince o dieciséis centenares de hombres, señor, y tenemos menos de novecientos. Y muchos de ellos son de dudosa utilidad.

Sujetando su sombrero de ala ancha, el reverendo Murray hizo un gesto como si sugiriese que las inquietudes de Wadsworth estaban fuera de lugar.

—Deje que le cuente algo que he aprendido —dijo el reverendo—. En todo emprendimiento, general Wadsworth, dondequiera que se reúnan los hombres para acometer el buen propósito de Dios, hay siempre unos pocos hombres, sólo unos pocos, ¡que hacen el trabajo! El resto se limita a observar.

—Tenemos bastantes hombres —dijo Lovell mientras plegaba el catalejo y se giraba hacia Wadsworth—, lo que no quiere decir que no me gustaría tener más, pero tenemos bastantes. Tenemos bastantes naves y ¡Dios está de nuestra parte!

—Amén —añadió el reverendo Murray—, ¡y lo tenemos a usted, general! —Se inclinó delante de Lovell.

—Oh, es usted demasiado amable —exclamó Lovell, ruborizándose.

—Dios, en su infinita sabiduría, elige sus instrumentos —dijo Murray efusivamente, inclinándose una segunda vez ante Lovell.

—Y Dios, de eso estoy seguro, enviará más hombres para que se unan a nosotros —continuó Lovell, atorado—. Tengo la seguridad de que en la región de Penobscot hay fervientes patriotas y no me cabe duda de que servirán a nuestra causa. Y los indios enviarán guerreros. Recuerde mis palabras, Wadsworth, barreremos a los casacas rojas, ¡los barreremos!

—Aun así, desearía contar con más hombres —dijo Wadsworth sin inmutarse.

—Yo desearía lo mismo —dijo Lovell con fervor—, ¡pero debemos arreglárnoslas con lo que el buen Dios nos proporcione y recordar que somos americanos!

—Amén a eso —zanjó el asunto el reverendo Murray—, y otra vez amén.

La media cubierta de la *Sally* estaba repleta de barcasas de fondo plano requisadas en el puerto de Boston. Todas las naves de transporte llevaban cargamentos similares. Aquellos botes de bajo calado eran para desembarcar a las tropas, y Wadsworth miró ahora a aquellos hombres de la milicia que, a su vez, miraban la costa desde babor. Largas volutas de humo se elevaban misteriosas desde las oscuras colinas arboladas y Wadsworth tuvo el inquietante presentimiento de que aquellas columnas eran señales de humo. ¿Acaso estaría la costa infestada de lealistas que estaban avisando a los británicos de que los americanos se acercaban?

—El capitán Carver ha estado refunfuñándome. —Lovell se inmiscuyó en los pensamientos de Wadsworth. Nathaniel Carver era el capitán de la *Sally*—. ¡Se estaba quejando de que el Estado hubiese requisado tantos transportes!

—Habíamos previsto más hombres —dijo Wadsworth.

—Y yo le pregunté —prosiguió emocionado Lovell—, ¿cómo espera transportar a los prisioneros británicos hasta Boston sin embarcaciones adecuadas? ¡No ha podido responder a eso!

—Quince centenares de prisioneros —dijo el reverendo Murray con una risita—. ¡Son unas cuantas bocas que alimentar!

—¡Oh, yo creo que más de quince! —exclamó Lovell confiado—. El mayor Todd estaba haciendo conjeturas, simples conjeturas. ¡No creo que el enemigo haya enviado menos de dos mil hombres! Tendremos que apretar a esos dos mil prisioneros en todos los transportes que tenemos, pero Carver garantiza que las escotillas de cubierta se pueden atrancar. ¡Mi madre! Menudo regreso a Boston vamos a tener, ¿eh, Wadsworth?

—Rezo porque llegue ese día, señor —dijo Wadsworth. ¿De verdad tenían los británicos quince centenares de hombres?, se preguntó, y si los tenían, ¿qué razón podía tener Lovell para su optimismo?

—¡Es una verdadera lástima que no tengamos una banda! —dijo Lovell—. ¡Podríamos montar un desfile! —Como político que era, Lovell ya estaba imaginando las mieles del éxito: el gentío vitoreando, los agradecimientos de la Corte General y un desfile como los triunfos de la antigua Roma, donde se hacía marchar al enemigo capturado entre las burlas de la gente—. ¡Y creo —continuó el brigadier, acercándose a Wadsworth— que McLean ha traído a la mayoría de la guarnición de Halifax a Majabigwaduce!

—Estoy seguro de que no han dejado Halifax desprotegido, señor —dijo Wadsworth.

—¡Pero sí poco defendido! —replicó Lovell en tono afectuoso—. ¡Madre mía, Wadsworth, quizá deberíamos plantearnos una incursión en Halifax!

—Sospecho que el general Ward y el general Court querrían discutir primero ese asunto, señor —dijo secamente Wadsworth.

—Artemas es un hombre bueno y valiente, pero tenemos que pensar en el futuro, Wadsworth. Una vez hayamos derrotado a McLean, ¿qué nos impide atacar a los británicos en cualquier otro sitio?

—¿La Marina Real, señor? —sugirió Wadsworth con una media sonrisa.

—¡Entonces construiremos más barcos! ¡Más barcos! —Ahora Lovell era imparable, pues imaginaba que su victoria en Majabigwaduce se extendía hasta la captura de Nueva Escocia y, quién sabe, ¿quizá de todo Canadá?—. ¿Es que la *Warren* no le parece excelente? —exclamó—. ¡Mírela! ¿Acaso hay algún barco mejor en el mar?

*

Con el crepúsculo, la flota viró hacia la vasta desembocadura del río Penobscot,

donde anclaron frente a las Fox Islands; todos excepto el *Hazard* y el *Tyrannicide*, a los que se ordenó un reconocimiento río arriba. Los dos pequeños veleros, ambos de la marina de Massachusetts, navegaron lentamente hacia el norte, aprovechando la suave luz del atardecer para intentar acercarse a Majabigwaduce, a veintiséis millas náuticas desde el mar abierto.

El comodoro Saltonstall no quitó ojo de los dos veleros hasta que la creciente oscuridad ocultó sus velas, y después tomó su cena en el alcázar, bajo un cielo brillante por las estrellas. Su tripulación lo dejó tranquilo hasta que una alta figura se acercó al comodoro.

—¿Una frasca de vino, señor?

—Capitán Welch —Saltonstall dio la bienvenida al oficial—, con mucho gusto.

Los dos oficiales se acercaron al coronamiento de la *Warren*. Un violín sonaba en la cubierta del castillo del *Pallas*, el que estaba fondeado más cerca de la fragata. Durante un rato, ni el comodoro ni el marine dijeron nada, se limitaron a escuchar la música y el leve sonido de las olas acariciando el casco.

—Y bien —Saltonstall rompió el amistoso silencio—, ¿qué piensa usted?

—Creo que lo mismo que usted, señor —dijo Welch con su voz profunda.

El comodoro soltó un bufido.

—Boston tendría que haber exigido un regimiento continental.

—Estoy de acuerdo, señor.

—¡Pero quieren que Massachusetts se lleve todo el reconocimiento! Ésa es su idea, Welch. Recuerde lo que le digo. A nosotros no nos darán ni las gracias.

—Pero nosotros haremos el trabajo, señor.

—¡Oh, tendremos que hacerlo! —exclamó Saltonstall. En el breve desempeño de su mando, el comodoro ya se había ganado la reputación de ser una persona difícil y avasalladora, pero había entablado amistad con el marine. Saltonstall reconocía en él a un alma gemela, un hombre que pugnaba por hacer que sus hombres sacasen lo mejor de sí mismos—. Tendremos que hacer su trabajo —prosiguió Saltonstall—, si es que se puede hacer algo... —Quedó en silencio ofreciéndole a Welch una oportunidad para hacer un comentario, pero éste no dijo nada—. ¿Se puede hacer algo? —le provocó Saltonstall.

Welch permaneció en silencio unos instantes y después asintió.

—Tenemos a los marines, señor, y me atrevo a decir que cada marine vale por dos enemigos. Tendríamos que encontrar a quinientos milicianos que puedan luchar. Con eso bastaría, señor, si puede encargarse usted de sus barcos.

—Tres balandras de guerra —dijo Saltonstall en un tono que no dejaba traslucir ni confianza ni pesimismo respecto a la perspectiva de destruir el escuadrón de la Marina Real.

—Mis hombres lucharán —insistió Welch—, y por Cristo que lucharán como desalmados. Son buenos hombres, señor, bien instruidos.

—Eso ya lo sé —dijo Saltonstall—, pero por Dios que no dejaré que Lovell los

aparte a un lado. Sólo lucharán ustedes en tierra con mi permiso.

—Descuide, señor.

—Y si reciben órdenes que no tienen sentido, remítamelas a mí, ¿lo ha entendido?

—Perfectamente, señor.

—Es un granjero —dijo Saltonstall con desprecio—, no un soldado, sino un condenado granjero.

*

A bordo de la *Sally*, en el atestado camarote del capitán, el granjero estaba removiendo una taza de té aderezada con ron. Lovell compartía la mesa con su secretario, John Marston, y con Wadsworth y el reverendo Murray, que parecía haber sido ascendido a edecán sénior.

—Deberíamos alcanzar Majabigwaduce mañana —dijo Lovell, mirando uno y otro rostro a la débil luz de la linterna que colgaba de un bao—, y supongo que el comodoro impedirá que los barcos enemigos abandonen el puerto y nos obstaculicen así el camino, en cuyo caso tendremos que desembarcar inmediatamente, ¿no les parece?

—Si es que eso es posible —dijo Wadsworth precavido.

—¡Hay que tener esperanzas! —exclamó Lovell. Soñaba con el desfile de la victoria en Boston y el agradecimiento de toda la asamblea legislativa, pero unas pequeñas dudas se arrastraron por su mente cuando miró el tosco mapa de la península de Majabigwaduce, extendido sobre la mesa donde aún estaban los restos de la cena. El cocinero de la *Sally* le había servido un delicado guiso de pescado con pan recién hecho—. Necesitaremos anclar lejos de la orilla y echar las gabarras al agua —dijo Lovell, distraído; después usó un trozo de corteza de pan de maíz para dar golpecitos sobre el cantil del extremo oeste de la península—. ¿Cómo puede ser que McLean haya dejado sin proteger esta elevación?

—Seguramente sin fortificar, si es que los informes son ciertos —añadió Wadsworth.

—Entonces deberíamos aceptar su invitación, ¿no creen?

Wadsworth asintió con cautela.

—Sabremos más mañana, señor —dijo.

—Quiero estar preparado —explicó Lovell. Volvió a golpetear el mapa—. No podemos dejar que nuestros camaradas holgazaneen mientras el comodoro destruye los barcos enemigos. Debemos desembarcar a los hombres con rapidez.

Lovell miró el mapa como si pudiera darle alguna solución para los problemas del día siguiente. ¿Por qué McLean no habría situado su fuerte en lo alto del cantil? ¿Es que había alguna trampa? Si a Lovell se le hubiese dado la tarea de defender la península, estaba seguro de que habría construido una fortaleza en la entrada del puerto, en lo alto del punto del terreno que dominara tanto la amplia bahía como el

puerto, pero ¿por qué no lo había hecho McLean? Y McLean era un soldado profesional, se recordó Lovell a sí mismo, entonces, ¿qué sabía McLean que Lovell no supiese? Sintió un estremecimiento de nerviosismo en su interior, y después se relajó al recordar que no estaba solo frente a su responsabilidad. El comodoro Saltonstall era el comandante naval, y los barcos de Saltonstall superaban en tal número al enemigo que seguramente ninguna experiencia, por mucha que fuera, podría corregir ese desequilibrio.

—Debemos creer —prosiguió Lovell— que nuestros enemigos padecen un exceso de confianza.

—Son británicos —dijo el reverendo Murray mostrando se de acuerdo—, y «delante de la ruina está el orgullo y antes de la caída, la presunción». Proverbios, dieciocho —añadió como ayuda—, versículo dieciséis.

—Sabias palabras —se animó Lovell—, ¡y de hecho nos subestiman! —El general estaba mirando el mapa en busca del optimismo que había iluminado su mañana.

—Pagarán cara su arrogancia —dijo Murray, y levantó su reverendísima mano—. «¿Qué es lo que estáis haciendo? ¿Os rebelaréis acaso contra el rey? Entonces les respondí y dije ante ellos: El Dios del Cielo hará que prosperemos» —sonrió benigno—. Palabras del profeta Nehemías, general.

—Él hará que prosperemos —repitió Lovell como un eco—, y quizá quiera usted dirigir nuestra oración, reverendo.

—Con mucho gusto. —Los hombres inclinaron sus cabezas mientras el reverendo Murray rogaba para que Dios les concediera una rápida victoria—. Que las fuerzas de la rectitud glorifiquen tu nombre, oh, Señor —suplicó el reverendo Murray—, y que mostremos magnanimidad en el triunfo que tus palabras nos han prometido. Pedimos todo esto en tu sagrado nombre, amén.

—Amén —dijo Lovell fervoroso, con los ojos bien cerrados—, y amén.

*

—Amén —murmuró el brigadier McLean en respuesta a la bendición de antes de cenar.

Había sido invitado a casa del doctor Calef, a menos de doscientos metros al este de Fort George. Aquel nombre, pensó con arrepentimiento, era un nombre demasiado grande para un fuerte que apenas era defendible. El capitán Mowat había enviado ciento ochenta marineros fornidos para que ayudaran en el trabajo, pero aun así la empalizada apenas le llegaba a la cintura y sólo habían emplazado dos cañones en los bastiones de las esquinas.

—Así que esos desgraciados ya están aquí, ¿no? —inquirió Calef.

—Eso hemos oído, doctor, eso hemos oído —respondió McLean. La noticia de la llegada de la flota enemiga había llegado de la boca del río, traída por un pescador

que huyó a tanta velocidad de los rebeldes que había sido incapaz de contar los barcos y sólo podía decir que había un tremendo montón de ellos—. Al parecer han enviado una flota considerable —comentó McLean, y después dio las gracias a la esposa del doctor, que le había pasado un plato de judías.

Tres velas iluminaban la mesa, un óvalo primorosamente lustrado de reluciente nogal. La mayor parte de los muebles del doctor habían llegado de su hogar en Boston y allí resultaban extraños, como si el contenido de una mansión de Edimburgo hubiera sido trasladado a una granjita de las Hébridas.

—¿Vendrán esta noche? —inquirió nerviosa la señora Calef.

—Estoy seguro de que nadie puede navegar por el río en la oscuridad —dijo McLean—, así que no, señora, no vendrán esta noche.

—Pero estarán aquí mañana —afirmó Calef.

—Eso espero.

—¿Con muchas tropas? —preguntó Calef.

—Eso dijo el informante, doctor, aunque no ha podido dar ningún detalle específico —McLean dio un respingo al morder una piedrecita escondida en el pan de maíz—. Un pan magnífico, señora —observó.

—Fuimos maltratados en Boston —dijo Calef.

—Lamento oír eso.

—Insultaban a mi esposa por la calle.

McLean sabía lo que Calef tenía en mente, que si los rebeldes llegaban a tomar Majabigwaduce, entonces la persecución contra los lealistas volvería a empezar.

—Lo siento mucho, doctor.

—Me atrevo a decir —insistió Calef— que si los rebeldes me encontraran, general, me encarcelarían. —El doctor no hacía más que jugar con su comida, mientras su esposa lo observaba ansiosa.

—Entonces, debo hacer todo lo que esté en mi mano —dijo McLean— para alejarlo a usted del encarcelamiento y a su esposa de los insultos.

—Macháquelos —gruñó Calef, enojado.

—Le aseguro, doctor, que ésa es nuestra intención —dijo McLean, y después sonrió a la esposa de Calef—. Estas judías son magníficas, señora.

Después de aquello, la mayor parte del tiempo comieron en silencio. McLean deseaba poder ofrecer una mayor seguridad a los lealistas de Majabigwaduce, pero la llegada de la flota rebelde seguramente anunciaba una derrota inminente. Era cierto que habían levantado tres baterías para cubrir la entrada al puerto. Había una en Cross Island, la gran batería de la Media Luna abajo, en la playa, y una tercera, mucho más pequeña, encima del alto cantil que daba a la boca del puerto, pero ninguna de esas baterías estaba fortificada. Había emplazamientos para cañones que estaban allí para disparar a los barcos enemigos, pero ni uno solo de sus parapetos podría resistir el ataque de una infantería decidida. No habían tenido tiempo para más, y ahora el enemigo ya estaba aquí.

Muchos años antes, cuando luchaba por los holandeses, McLean había sido capturado por los franceses y le habían hecho prisionero. Aquello no había sido desagradable. Los franceses habían sido generosos y le trataron con cortesía. Se preguntó cómo se comportarían los americanos y sintió temor, mientras se comía las duras judías medio crudas, porque estaba a punto de averiguarlo.

Al día siguiente.

*

El teniente de marines Downs, del *Tyrannicide*, desembarcó a sus hombres en la más septentrional de las Fox Islands.

Estaba totalmente oscuro cuando su chalupa varó en una playa pedregosa bajo las negras siluetas de media docena de casas construidas en terreno más alto. Brillaban débiles luces tras los postigos y cerca de las puertas, y cuando los marines arrastraron su embarcación playa adentro, sonó una voz en la oscuridad.

—¿Quién va?

—¡Los Marines Reales de Su Majestad! —respondió Downs. Las Fox Islands tenían fama de ser lealistas y Downs no quería que ni uno solo de sus hombres muriera o fuese herido por los disparos nocturnos de algún malévolo *tory*—. ¡La flota de relevo para Majabigwaduce!

—¿Y qué buscan aquí? —gritó la voz, aún recelosa.

—Agua dulce y noticias, ¡y unas cuantas mujeres también serían bienvenidas!

Sonaron pasos sobre los guijarros y un hombre alto salió de las sombras. Llevaba el mosquete colgado al hombro cuando vio a la docena de hombres a los lados de la chalupa. Ya había visto sus correaes blancos, pero en la oscuridad de la noche no podía distinguir que sus gabanes eran verdes y no rojos.

—Extraña hora para ir a buscar agua —se limitó a decir.

—Buscamos agua y noticias —dijo Downs, risueño—. ¿El general McLean está todavía en Majabigwaduce?

—Nadie le ha obligado a marcharse aún.

—¿Lo ha visto usted?

—Ayer estuve allí.

—Entonces, señor, me hará el honor de acompañarme al barco —le pidió Downs. Sus marines, como los del *Hazard*, habían sido enviados en busca de hombres que hubiesen visto las fortificaciones de McLean.

El isleño dio un paso atrás.

—¿De qué barco son ustedes? —preguntó, pues aún sospechaba.

—Cójnalo —ordenó Downs, y dos de sus marines acorralaron al hombre, le quitaron su mosquete y volvieron a la chalupa llevándolo a rastras—. No haga ni un ruido —advirtió el teniente Downs al hombre—, o le aplastaremos el cráneo como si fuera una cáscara de huevo.

—Cabrones —rezongó el hombre; luego lanzó un gruñido cuando un marine le dio un puñetazo en el estómago.

—Somos patriotas —le corrigió Downs y, dejando dos hombres para vigilar al prisionero, fue a buscar más lealistas que pudieran contarle a la expedición qué le esperaba río arriba.

*

Con el alba llegó una densa bruma en la que el teniente John Moore se internó con veinte hombres para ir a la pequeña batería que McLean había emplazado en lo alto del cantil de Majabigwaduce. La batería contaba con tres cañones de seis libras montados sobre afustes y atendidos por marineros de la *HMS North*. Al mando estaba un guardiamarina que a Moore, de dieciocho años, le pareció no mayor de doce o trece años.

—Tengo quince años, señor —respondió el guardiamarina a la pregunta de Moore —, y llevo tres años en la Marina, señor.

—Soy John Moore —se presentó Moore.

—Pearce Fenistone, señor, y es un honor conocerlo.

La batería de Fenistone no estaba fortificada, era sólo un emplazamiento de artillería. Se había despejado un espacio entre los árboles, una porción de terreno nivelado, y se había colocado una plataforma de troncos desbastados para apoyar las cureñas. Habían dejado intactos a propósito cuatro árboles y los artilleros usaban sus troncos como anclaje para los bragueros y los palanquines de los cañones. El cañón de un barco quedaba sujeto por el braguero, que estaba amarrado al casco y evitaba que el arma retrocediera por cubierta, mientras que los palanquines se usaban para volver a situar el cañón en posición, y los hombres de Fenistone estaban utilizando los troncos de los árboles para dominar sus bestias.

—Esto controla el retroceso, señor —explicó Fenistone cuando Moore alabó el ingenioso dispositivo—, aunque nos damos una ducha de pinaza cada vez que disparamos.

La batería no tenía parapeto y su polvorín era un simple hoyo superficial excavado detrás de la improvisada plataforma. Encima de dos rejas estaban apiladas las balas y a su lado había algo parecido a aros de juguete hechos de lana.

—Son aros de borra, señor —explicó Fenistone.

—¿Aros de borra?

—Los cañones apuntan hacia abajo, señor, y los aros de borra mantienen las balas dentro del ánima. Haríamos el idiota si cargáramos y las balas salieran rodando antes de disparar. Es lo más vergonzoso que puede ocurrir.

La batería había sido situada sobre la bocana del puerto en vez de en el borde occidental del cantil. Los cañones de seis libras, que habían sido tomados del lado de babor de la *North*, eran demasiado ligeros como para resultar muy efectivos a larga

distancia, pero si los barcos del enemigo intentaban entrar en el puerto, se verían obligados a navegar bajo los tres cañones, que podrían disparar justo sobre sus cubiertas.

—Me hubiera gustado tener mayores calibres, señor —dijo Fenistone, melancólico.

—Y una fortificación apropiada para defender sus cañones.

—¿En caso de que su infantería ataque? —preguntó Fenistone—. Bueno, luchar contra la infantería no es asunto nuestro, señor, eso es cosa de ustedes. —El guardiamarina sonrió. Para tener quince años, pensó Moore, Fenistone estaba maravillosamente seguro de sí mismo—. El capitán Mowat nos dio órdenes estrictas sobre lo que tenemos que hacer si somos atacados por tierra, señor continuó.

—¿Y cuáles son esas órdenes?

—Clavar los cañones y correr como almas que lleva el diablo, señor —respondió Fenistone con una mueca—, y llevar a los artilleros de vuelta a la *North*, señor —enfaticó su explicación aplastando un mosquito con la palma de la mano.

Moore bajó la mirada hacia los barcos de Mowat, que estaban coronados por la niebla. Las tres balandras parecían bastante imponentes en su posición, aunque sabía que su armamento era ligero comparado con el de la mayoría de los navíos de guerra. Detrás de ellas, en una línea paralela, estaban los tres barcos de transporte, que parecían mucho más grandes y más amenazadores, pero en realidad eran cascos indefensos y sólo estaban allí para actuar como obstáculo en caso de que el enemigo consiguiera traspasar la primera línea de Mowat.

—¿Van a llegar hoy, señor? —preguntó Fenistone nervioso.

—Eso creemos —respondió Moore.

—Les daremos una cálida bienvenida británica, señor.

—De eso estoy seguro —dijo Moore con una sonrisa; después hizo señas a sus hombres para que dejaran de mirar como pasmarotes los cañones navales y lo siguieran hacia el oeste por entre los árboles.

Se detuvo al borde del cantil. Ante él estaba el ancho río Penobscot bajo la decreciente mortaja de niebla. Moore miró hacia el sur, pero no pudo ver nada en movimiento en aquella remota blancura.

—Así que llegan hoy, ¿señor? —preguntó el sargento McClure.

—Eso tenemos que asumir.

—¿Y cuál es nuestra tarea, señor?

—Apostarse aquí, sargento, por si esas sabandijas intentan desembarcar.

Moore miró la empinada pendiente y pensó que los rebeldes serían unos imbéciles si intentaran desembarcar en la angosta playa de guijarros que había al pie del cantil. Imaginó que pisarían tierra más al norte, quizá más allá del paso, y deseó que los hubieran ubicado en el istmo. Habría lucha y él nunca había luchado; una parte de él temía ese bautismo y otra parte ansiaba experimentarlo.

—Demostrarían ser unos cabrones tarados si intentaran desembarcar aquí, señor

—dijo McClure, que estaba junto a Moore y miraba la escabrosa pendiente.

—Esperemos que sean unos cabrones tarados.

—Tumbaremos fácilmente a esos mierdas, señor.

—Si es que somos suficientes.

—Eso es verdad, señor.

La niebla se iba disipando a medida que el viento arreciaba. El teniente Moore se había situado en el extremo suroeste de la península, en la Cabeza de Dyce, y según iba subiendo él solo, más y más hombres se acercaban a aquel punto aventajado para intentar ver al enemigo. Por el estrecho camino entre los abetos llegaba el brigadier McLean, cojeando con su bastón, a la cabeza de otros siete oficiales casacas rojas que miraban todos hacia el sur. El río resplandecía hermoso bajo el sol estival. Llegaron aún más oficiales, y con ellos venían civiles como el doctor Calef, que se mantuvo cerca del brigadier e intentó charlar con él. El capitán Mowat estaba allí con otros dos oficiales navales, todos ellos con largos catalejos, aunque no había nada que ver. El río estaba vacío.

—Olvidé preguntárselo anoche —dijo McLean a Calef—. ¿Qué tal Temperance?

—¿Temperance? —preguntó Calef sorprendido, y después recordó—. Ah, se está recuperando. Si un bebé sobrevive a un día de fiebre, suele recuperarse por completo. Vivirá.

—Me alegro —dijo McLean—. Pocas cosas causan más angustia que un crío enfermo.

—¿Tiene usted hijos, general?

—Nunca me casé —respondió McLean; después se levantó el sombrero, pues llegaban más habitantes al cantil con el coronel Goldthwait. Goldthwait era americano y lealista, un criador de caballos que se había ganado su rango en la antigua Milicia Real. Temía que cualquier fuerza rebelde entrara en el río y persiguiera a los lealistas, así que había llevado a su familia a vivir bajo la protección de los hombres de McLean. Sus dos hijas le habían acompañado al cantil, junto con Bethany Fletcher y las hijas gemelas de Aaron Bank, y la presencia de tantas jovencitas atrajo a los jóvenes oficiales escoceses.

El teniente Moore se armó de valor para acercarse a Bethany. Se quitó el sombrero y la saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Su hermano no está por aquí? —preguntó.

—Salió a pescar, teniente —mintió Bethany.

—Pero ¿no estaba prohibido abandonar la península? —inquirió Moore.

—Buenos días, señorita Fletcher —saludó alegremente el brigadier McLean.

—Buenos días, general —correspondió Bethany, e iluminó la mañana del brigadier con su sonrisa más deslumbrante. Se sentía desmañada. Su vestido de hilo verde pálido estaba remendado con vulgar tela marrón y su gorro picudo estaba pasado de moda. Las hijas de Goldthwait lucían preciosos vestidos de algodón estampado que habrían comprado en Boston antes de que los británicos se retiraran

de la ciudad. Los oficiales británicos, pensó Beth, debían de considerarla muy poco agraciada.

Thomas Goldthwait, un hombre alto y de buen ver vestido con la descolorida casaca roja de la antigua milicia, se llevó a McLean aparte.

—Quisiera tener unas palabras con usted, general —solicitó Goldthwait. Su voz sonó avergonzada.

—Estoy a su servicio, señor —respondió McLean.

Goldthwait miró hacia el sur durante un breve instante.

—Tengo tres hijos —dijo por fin, mirando aún hacia el sur—, y cuando llegaron ustedes, general, les hice tomar una decisión.

McLean asintió.

—¿«Elegid hoy a quién queréis servir»? —Adivinó, citando las Escrituras.

—Sí —confirmó Goldthwait. Sacó una caja de rapé del bolsillo y jugueteó con su tapa—. Lamento que Joseph y Benjamin —prosiguió— eligieran unirse a los rebeldes. —Por fin miró directamente a los ojos a McLean—. No era ése mi deseo, general, pero quería que lo supiera. No fui yo quien les sugirió esa desafección y le aseguro que no somos una familia que intente montar dos caballos al mismo tiempo —se calló de pronto y encogió los hombros.

—Si yo tuviera un hijo —dijo McLean—, querría que tuviese las mismas lealtades que yo, coronel, pero también rezaría para que pudiese pensar por sí mismo. Le aseguro que no pensaremos mal de usted por el error de sus hijos.

—Gracias —dijo Goldthwait.

—No hablemos más de esto —zanjó la conversación McLean; después se volvió de pronto cuando el capitán Mowat gritó que se veían unas gavias.

Durante un rato nadie habló. No había nada útil que decir.

El enemigo había llegado, la primera prueba de ello era una masa de gavias que asomaba entre los restos de la niebla sobre un cabo, pero poco a poco, sin detenerse, la flota apareció en el canal junto a Long Island y ninguno de los hombres o mujeres que estaban mirando podía sentir otra cosa que no fuera temor a la vista de tantas velas, tantos cascos oscuros, tantos barcos.

—Es una Armada —rompió finalmente el silencio el coronel Goldthwait.

—Madre de Dios —murmuró McLean. Miró fijamente cómo la masa de barcos hacía lentos progresos con la suave brisa—. Con todo, es una gallarda visión.

—¿Gallarda, señor? —preguntó Bethany.

—No se ven con frecuencia tantos navíos juntos. Debería recordar esto, señorita Fletcher, como una visión para describir a sus hijos. —La miró sonriendo, y después se volvió hacia los tres oficiales navales—. ¡Capitán Mowat! ¿Han determinado ya su número?

—Aún no —respondió cortante Mowat. Estaba observando a través de un catalejo apoyado en la espalda de un casaca roja.

La flota enemiga había permanecido en apretada formación, como si eso les

franqueara los traicioneros salientes que había bajo las aguas al este de Long Island, pero ahora los navíos se estaban separando y navegaban a toda vela hacia la bahía al oeste de la península. Las naves de guerra, más rápidas que los transportes, se pusieron a la cabeza y Mowat estaba haciendo pequeños ajustes en el catalejo mientras intentaba diferenciar las embarcaciones, tarea dificultada por los árboles que obstaculizaban parte de su campo de visión. Pasó bastante tiempo observando a la *Warren*, contando sus troneras e intentando calcular el número de hombres visibles en su cubierta para averiguar si estaba bien tripulada. Rezongó para no comprometerse cuando terminó su inspección, y luego orientó la lente hacia la izquierda para contar los barcos de transporte. —Por lo que puedo ver, general— dijo por fin—, tienen veinte transportes. Quizá veintiuno.

—Por Dios todopoderoso —exclamó McLean—, ¿y cuántas naves de guerra?

—Más o menos las mismas —respondió Mowat.

—Sí que vienen en gran número —dijo McLean, en voz baja—. ¿Veinte transportes dice, Mowat?

—Quizá veintiuno.

—Es hora de hacer cuentas, pagador —dijo McLean al teniente Moore—. ¿Cuántos hombres llevaba cada uno de nuestros transportes?

—La mayoría de los hombres vinieron en cuatro de nuestros transportes, señor —respondió Moore—, así que, ¿doscientos en cada uno?

—¿Y multiplicando eso por veinte?

Hubo una pausa mientras todos los oficiales que lo habían oído intentaban hacer el cálculo mentalmente.

—Cuatro mil, señor —respondió Moore al fin.

—Veo que aprendió la misma aritmética que yo, señor Moore —dijo McLean sonriendo.

—Por Dios —un oficial *highlander* miraba asombrado el tamaño de la flota que se aproximaba—, ¿en tantos barcos? ¡Bien pueden tener cinco mil hombres!

McLean sacudió la cabeza.

—Sin la ayuda de nuestro Señor y Salvador —dijo el brigadier—, creo que tendrán problemas para alimentar a tantos.

—Algunos de sus barcos son más pequeños que los nuestros —observó Mowat.

—¿Y cuál es su conclusión, Mowat? —preguntó McLean.

—Entre tres y cuatro mil hombres —contestó Mowat tajante—. Que, de todas formas, ya son bastantes. Y esos cabrones tienen cerca de trescientos cañones a bordo.

—Veo que estaremos ocupados —dijo McLean a la ligera.

—Con su permiso, general —Mowat había terminado su inspección y plegó el catalejo—, regresaré a la *Albany*.

—Permítame desearle un día de gozo, Mowat —dijo McLean.

—Deje que le desee lo mismo a usted, McLean —replicó Mowat.

Los tres oficiales navales se fueron para volver a sus barcos. McLean permaneció sobre el cantil, mirando al enemigo, que cada vez estaba más cerca, sin decir mucho. Una burda pero efectiva norma de la guerra decía que un atacante necesitaba superar en número a un defensor por tres hombres a uno si quería llevar a buen término el ataque a un fuerte, pero Fort George estaba aún inacabado. Los bastiones eran tan bajos que un hombre podía saltar por encima de ellos. Las plataformas de artillería apenas se habían empezado a levantar. Un millar de rebeldes tomarían fácilmente el fuerte y, por el tamaño de la flota que entraba en la bahía, era evidente que debían de haber traído al menos dos o tres mil hombres.

—Tendremos que emplearnos a fondo —dijo por fin McLean a nadie en concreto, y después sonrió—. ¡Alférez Campbell! —gritó con brusquedad—. ¡Venga aquí!

Seis oficiales vestidos con *kilt* respondieron y Bethany quedó estupefacta.

—Tenemos exceso de Campbell —bromeó Moore.

—El 74.º tiene cuarenta y tres oficiales —explicó McLean de manera más práctica—, y provienen de Argyle, señorita Fletcher, que es un lugar habitado por multitud de Campbell. Veintitrés de los cuarenta y tres oficiales se apellidan Campbell. Grite ese nombre delante de la hilera de tiendas, señorita Fletcher, y puede que provoque un caos. —El brigadier sabía que todo lealista que estuviera observando desde el cabo presentía un desastre inminente y estaba determinado a demostrarles su confianza—. Me viene a la mente —dijo a los seis oficiales con *kilt*— que *sir* Walter Raleigh jugaba a los bolos mientras se acercaba la Armada. Podemos igualar a aquel inglés en despreocupación, ¿no les parece?

—¿Jugando a los bolos, señor? —preguntó uno de los Campbell.

—Prefiero las espadas a los bolos —propuso McLean, y desenvainó su espada escocesa. Su lisiado brazo derecho hacía difícil desenvainar y tuvo que usar su mano izquierda para ayudarse a sacar la hoja de su vaina. Se agachó y dejó su espada sobre la hierba.

Otras once espadas fueron colocadas en el suelo. No había músicos en la Cabeza de Dyce, así que el brigadier marcó el ritmo con palmadas y los seis alféreces empezaron a bailar alrededor de las hojas dispuestas en cruz. Algunos de los otros oficiales del 74.º cantaban al dar palmadas. Cantaban en gaélico y McLean se unió a ellos sonriendo.

Bethany dio palmadas con los demás espectadores. Los alféreces bailaban con sus pies cerca de las espadas, pero sin tocarlas nunca. La canción en gaélico terminó, McLean indicó que la desafiante danza de la espada podía darse por concluida y los juveniles oficiales rieron cuando su audiencia aplaudió y las espadas fueron recuperadas.

—A sus puestos, caballeros —ordenó McLean a sus oficiales—. Damas y caballeros... —Miró a los civiles—, no puedo predecir lo que sucederá ahora, pero si permanecen en sus hogares confío en que serán tratados con la cortesía adecuada.

No confiaba en absoluto en eso, pero ¿qué otra cosa podía decirles? Se volvió

para echar un último vistazo a la flota. Una salpicadura y el correr de un cable sonaron claramente al otro lado del agua cuando el primer barco soltó su ancla. Sus velas, liberadas ahora del empuje del viento, flamearon salvajemente hasta que los hombres cazaron la lona en las largas vergas. Un destello de luz desde la cubierta de popa relumbró cegadora en los ojos de McLean y éste supo que un rebelde estaba examinando la playa con un catalejo. Dio media vuelta para regresar a su fuerte inacabado.

*

James Fletcher había pasado la noche en la playa oriental de Penobscot, con la *Felicity* a salvo en una ensenada. Vio cómo aparecía la flota de Massachusetts desde el sur y esperó hasta que los barcos casi hubieron alcanzado Majabigwaduce antes de salir remando de su fondeadero. Después el viento hinchó su vela mayor y pudo subir los remos a bordo y tomar velocidad en dirección al lugar donde la flota estaba anclada. Los transportes habían seguido más hacia el norte, anclando al oeste del cantil de la península e, igual que los buques de guerra, bien lejos del alcance de cualquier cañón que los británicos pudiesen tener en la costa.

Fletcher se dirigió hacia la mayor de las naves de guerra, intuyendo que sería la embarcación del comandante, pero mucho antes de que alcanzara la *Warren* fue interceptado por una embarcación de guardia tripulada por una docena de remeros y cuatro marines de casacas verdes. Le lucieron señas desde lejos, así que viró la *Felicity* hacia el viento y esperó a que la chalupa le alcanzara.

—Tengo noticias para el general —le gritó al oficial de marines.

—Tendrá que ver al comodoro —insistió el marine, y señaló hacia la *Warren*. Los marineros de la fragata cazaron la boza que les lanzó Fletcher, y después éste dejó caer la cangreja y trepó por el costado de la fragata.

Permaneció en cubierta, donde apareció un joven y nervioso guardiamarina para escoltarle.

—El comodoro está ocupado, señor Fletcher —explicó.

—No lo dudo.

—Pero querrá verlo a usted.

—¡Eso espero! —exclamó ufano James.

Los barcos de guerra rebeldes habían anclado justo al oeste de la bocana del puerto, que estaba ocupado por las tres balandras del capitán Mowat. Las balandras, ancladas a proa y a popa para mantener su estribor orientado hacia la bahía, tenían sus troneras abiertas y ondeaban la enseña azul a popa, mientras que en cada mástil, tres en cada balandra, ondeaba la bandera británica. Dos chorros blancos manaban rítmicamente del flanco de la *Northy* Fletcher sonrió.

—Nunca dejan de achicarla.

—¿Achicarla?

—A la *North* —James la señaló—. La balandra más cercana a la Cabeza de Dyce, ¿ve? Supongo que las ratas han roído toda la carena.

El alférez Fanning miró con respeto la nave enemiga.

—¿Será que es una nave vieja? —aventuró.

—Vieja y podrida —dijo James—, con que un par de cañonazos atraviesen su casco se convertirá en leña.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Fanning.

—Desde siempre.

El comodoro Saltonstall salió por la puerta de su camarote seguido por un hombre al que James Fletcher conocía bien. John Brewer era capitán en la milicia local, aunque había tal escasez de reclutas que tenía pocos hombres a sus órdenes. El capitán Brewer había sido el destinatario del mapa y la carta de James Fletcher, y Brewer sonrió al verlo.

—¡Bienvenido sea, joven Fletcher! —Brewer señaló con un gesto al comodoro—. Éste es el capitán Saltonstall. Me atrevería a decir que el joven James tiene noticias para usted, señor.

—Así es, señor —dijo James con ilusión.

Saltonstall no parecía impresionado. Miró una vez a James Fletcher, después se volvió hacia la regala de babor, donde permaneció un largo rato estudiando las naves de Mowat a través de un catalejo.

—¡Señor Conigsby! —Soltó de repente.

—¿Señor? —respondió el guardiamarina Fanning.

—¡Los chicotes del palanquín número cuatro parecen una noche de bodas de serpientes! Encárguese.

—Sí, señor.

El capitán Brewer, hombre jovial que vestía de andar por casa y llevaba colgado en la cintura un viejo y ancho sable de abordaje, sonrió abiertamente a Fletcher mientras Saltonstall seguía inspeccionando los tres barcos que guardaban la boca del puerto.

—¿Cómo se llama? —inquirió bruscamente el comodoro.

James Fletcher decidió que la cuestión iba dirigida a él.

—James Fletcher, señor. Vivo en Bagaduce.

—Pues venga aquí, James Fletcher de Bagaduce —ordenó Saltonstall, y James se colocó al lado del comodoro y, como él, miró hacia el oeste.

A la izquierda podía ver el cantil densamente arbolado que ocultaba el fuerte del campo de visión del comodoro. Después estaban las tres balandras con su fuerza combinada de veintiocho cañones y, justo al sur de éstas, los cañones de Cross Island.

—Vive usted aquí —dijo Saltonstall en un tono que sugería lástima ante semejante destino—, y veo que hay tres balandras y una batería. ¿Estoy pasando algo por alto?

—Otra batería en la Cabeza de Dyce, señor —dijo James, al tiempo que señalaba.

—¡Tal y como le dije, señor! —añadió Brewer alegremente.

Saltonstall pasó por alto el comentario del capitán de la milicia.

—¿De qué calibre?

—Yo sólo vi que llevaran allí tres pequeños cañones, señor —respondió James.

—Probablemente de seis libras —dijo Brewer.

—Pero abrirán fuego contra nosotros en cuanto nos acerquemos a la boca del puerto —observó Saltonstall.

—Creo que para eso están allí arriba, señor —convino James—, y hay otra batería en la orilla del puerto.

—Así que tres baterías y tres balandras —recapituló Saltonstall, plegando el catalejo y volviéndose para mirar a Fletcher. Al parecer no le gustaba lo que veía—. ¿Qué calado tiene el puerto?

—¿Cuál es el de ustedes, señor?

—Tres metros y medio —dijo Saltonstall. Aún estaba hablando con James, pero ahora fijó su mirada detrás de él, en la escalerilla del castillo de popa.

—Hay calado más que suficiente para ustedes, señor —dijo James con su acostumbrada alegría.

—¿Y la marea?

—Entre cuatro y cinco metros y medio, suficiente —respondió James—, pero hasta con marea baja puede pasar. —Señaló la *Nautilus*; de las naves de Mowat, la que estaba más al sur—. Puede rebasarla, señor, con unos tres metros de espacio, y una vez que esté dentro ya no tiene que preocuparse de nada más.

—¿Rebasarla? —preguntó Saltonstall en tono de burla.

—Hay espacio suficiente, señor.

—Y sin ninguna batería en cien pasos a la redonda, ¿verdad? —preguntó Saltonstall bruscamente, refiriéndose a los cañones de Cross Island. Se podían ver los cañones y detrás de ellos estaban las tiendas de los artilleros y una bandera británica ondeaba en lo alto de un mástil impío visado—. Y una vez que esté dentro —prosiguió—, ¿cómo demonios hago para salir?

—¿Salir? —preguntó James, desconcertado por el evidente rechazo hacia él que demostraba sentir el comodoro.

—Sigo su consejo —dijo Saltonstall con sarcasmo— y entro navegando en Majabigwaduce, pero una vez allí estoy a tiro de los cañones de su fuerte, ¿no es así? E incapaz de salir.

—¿Incapaz, señor? —preguntó James, nervioso por el impecable Saltonstall.

—¡En el nombre de Dios, cabeza de chorlito! —le espetó Saltonstall—. Cualquiera imbécil puede entrar en ese puerto, pero ¿cómo demonios se sale después? ¡Respóndame a eso!

—No necesita salir, señor —dijo James.

El comodoro tenía razón, por supuesto. Si bien sería fácil aprovechar el viento imperante para entrar en el puerto, sería un asunto enrevesado salir de allí dando

bordadas, especialmente bajo el fuego de los cañones del fuerte.

—Oh, por el amor de Dios —se lamentó Saltonstall—, ¿entonces se supone que tengo que quedarme allí, verdad, dejando que las baterías de la costa reduzcan mi barco a astillas?

—Dios no lo quiera, señor, no. Puede subir navegando por el río Bagaduce —dijo James—. Es de aguas profundas, señor, y está bien alejado del alcance de sus cañones.

—Con la marea baja debe de haber unos nueve metros de calado río arriba —apuntó Brewer.

—O seis, que lo mismo da —apostilló James.

—Parece que sabe usted mucho de este puñetero asunto. —Saltonstall se volvió hacia el capitán Brewer.

—Vivo aquí —dijo Brewer.

—No voy a arriesgar mi barco en ese condenado agujero —anunció Saltonstall con firmeza, y después volvió a darse la vuelta para observar las defensas.

—¿Qué condenado agujero, comodoro? —interrumpió una voz enérgica.

Saltonstall se volvió para mirar a Peleg Wadsworth, que acababa de llegar a bordo de la fragata.

—Buenos días, general —gruñó el comodoro.

El brigadier Wadsworth parecía contento. Sus preocupaciones sobre la aptitud de la milicia se habían disipado en cuanto vio las defensas británicas, visibles desde la cubierta de la *Sally* desde que empezó a navegar hacia el norte. Wadsworth había estudiado con su catalejo el fuerte construido más arriba del poblado y había visto que los muros eran lastimosamente bajos, lo que confirmaba los informes de que los terraplenes no estaban terminados. Dos hombres de la zona, que habían traído a bordo los marines del *Tyrannicide*, habían confirmado también que a las obras de McLean les faltaba mucho para quedar completadas y que los cañones del fuerte aún no habían sido emplazados.

—Dios ha sido generoso con nosotros —dijo Wadsworth— y los británicos no están preparados —sonrió a Fletcher—. Hola, joven, ¿es su barco ese que está amarrado a estribor?

—Sí, señor.

—Parece una embarcación muy bien cuidada —dijo Wadsworth, y después se acercó al comodoro—. El general Lovell está decidido a lanzar un ataque esta tarde —informó a Saltonstall.

Saltonstall volvió a rezongar.

—Y le rogamos que nos brinde el favor de sus marines, señor.

Saltonstall refunfuñó por tercera vez y, tras una pausa, dijo en voz alta:

—¡Capitán Welch!

El alto marine se acercó desde el otro lado de la cubierta.

—¿Señor?

—¿Qué tipo de ataque, general? —inquirió Saltonstall.

—Un asalto directo al cantil —respondió Saltonstall confiado.

—Hay una batería de cañones sobre ese cantil —advirtió Saltonstall, luego hizo un gesto despreocupado hacia Fletcher y el capitán Brewer—, ellos lo saben.

—Probablemente de seis libras —dijo el capitán Brewer—, pero apuntados hacia el sur.

—Los cañones apuntan a la boca del puerto, señor —explicó James—. No están dirigidos hacia la bahía —añadió.

—Entonces la artillería no nos molestará —dijo alegremente Wadsworth.

Hizo una pausa como si esperara que el comodoro estuviera de acuerdo, pero Saltonstall se quedó mirando más allá del brigadier y su cara larga sugería de algún modo que tenía mejores cosas que hacer que preocuparse por los problemas de Wadsworth.

—Si sus marines asumen la posición de honor en la formación —sugirió Wadsworth.

El comodoro miró a Welch.

—¿Y bien?

—Será un honor, señor —respondió Welch.

Saltonstall accedió.

—Entonces puede contar con mis marines, Wadsworth —accedió—. ¡Pero cuide bien de ellos! —Evidentemente aquello era una broma, porque el comodoro dejó escapar después una breve risotada.

—Le estoy muy agradecido —dijo Wadsworth de todo corazón—, y el general Lovell me pidió que le preguntara, comodoro, si planea usted atacar sus naves —Wadsworth hizo la pregunta con sumo tacto.

—¿Quiere que sea por las dos bandas, Wadsworth? —preguntó el comodoro con agresividad—. ¿Quiere que mis marines ataquen por tierra, pero me priva de su servicio en un ataque a los barcos del enemigo? ¿Qué es lo que quiere, tierra o mar?

—Quiero que triunfe la causa de la libertad —respondió Wadsworth, a sabiendas de que sonaba pomposo.

Sin embargo, sus palabras parecieron tapar la boca al comodoro, que dio un respingo y después volvió a mirar las tres balandras enemigas.

—Son el corcho en ese cuello de botella —dijo—. Como corcho no parecen gran cosa, pensará usted, pero ese maldito cuello de botella es muy estrecho. Puedo destruir sus barcos, Wadsworth, pero ¿a qué precio, eh? ¡Dígamelo! ¿A qué precio? ¿La mitad de nuestra flota?

El capitán Brewer y James Fletcher habían retrocedido por respeto, como para dejar tranquilos a los dos oficiales con su discusión, mientras que el capitán Welch se mantenía ceñudo junto al comodoro. Sólo Wadsworth parecía sentirse a gusto. Sonreía.

—¿Tanto daño pueden hacer tres barcos? —preguntó a Saltonstall.

—No esos malditos barcos, sino su maldito fuerte y sus malditas baterías —replicó Saltonstall—. Entro ahí navegando, Wadsworth, y mi flota queda bajo los cañones de su fuerte. Nos machacarán, hombre, nos machacarán.

—En el fuerte aún no han montado... —empezó a decir el capitán Brewer.

—¡Ya sé que tienen pocos cañones! —Saltonstall se volvió enfurecido hacia Brewer—, pero eso era ayer. ¿Cuántos más tendrán hoy? ¿Acaso lo sabemos? ¡No, señor! Y una vez dentro de ese maldito cuello de botella, no puedo salir a menos que sea con el reflujo de la marea y un viento del este. Y no —miró con acritud a James Fletcher—, no me entra en la cabeza subir con mi barco por un río donde el enemigo puede haber emplazado sus cañones de campo. Entonces, general —se giró de nuevo hacia Peleg Wadsworth—, ¿querría explicar usted a la Junta Naval la pérdida de otra fragata continental más?

—Lo que quiero, comodoro —Wadsworth aún hablaba de forma comedida y respetuosa—, es que los marines enemigos estén a bordo de sus barcos y no esperándonos en tierra.

—Ah, eso es otra cosa —dijo Saltonstall a regañadientes—. Usted quiere que me enfrente a sus barcos. Muy bien. Pero no voy a meter mi flota en ese condenado agujero, ¿me ha entendido? Nos enfrentaremos a ellos sin entrar en el puerto.

—Estoy seguro de que sólo la amenaza bastará para mantener a los marines enemigos donde queremos que estén —dijo Wadsworth.

—¿Ha acotado ya esa carta náutica para mí? —Saltonstall se refería al capitán Brewer.

—Aún no, señor.

—Pues hágalo. Muy bien, Wadsworth, yo atacaré los barcos para ustedes.

Wadsworth dio un paso atrás, con la sensación de haber pasado una vela encendida por encima de un barril de pólvora abierto arrojándose para sobrevivir sin causar una explosión. Sonrió a James Fletcher.

—¿Puedo asumir que está usted familiarizado con Majabigwaduce, joven? —preguntó.

—¿Con Bagaduce, señor? Sí, señor.

—Entonces, hágame el honor de acompañarme. ¿También usted, capitán Welch? Tenemos que preparar las órdenes.

La *Felicity* se quedó amarrada a la *Warren* mientras James Fletcher remaba con Wadsworth y Welch hacia la *Sally*, que, por el momento, hacía las veces de cuartel general del ejército. Wadsworth estudió a James Fletcher y le cayó bien.

—Entonces, señor Fletcher —preguntó—, ¿por qué está usted aquí?

—Para luchar, señor.

—¡Es usted un buen mozo!

El sol relumbraba en el agua, centelleaba. La expedición había llegado a Majabigwaduce e iría directa a la batalla.

*

El brigadier McLean había ordenado que todos los civiles permanecieran en sus casas porque si llegaban los rebeldes no quería bajas innecesarias. Ahora estaba delante del almacén alargado que había sido construido dentro de la empalizada medio levantada de Fort George. Los preciosos suministros de la guarnición estaban dentro del largo edificio de madera, todos excepto la munición de la artillería, que estaba enterrada en fosas recubiertas de piedra justo detrás de los inacabados terraplenes. La bandera de la Unión ondeaba ruidosa sobre el bastión más cercano a la entrada.

—Parece que se está levantando viento.

—Eso creo, señor.

—Un viento para empujar a nuestros enemigos dentro del puerto —dijo McLean.

—¿Señor? —Moore sonó lastimero.

—Sé lo que desea usted, John —repuso McLean comprensivo.

—Por favor, señor.

McLean se detuvo mientras un sargento gritaba a un recluta que apagase su maldita pipa. No se permitía fumar dentro de Fort George porque los improvisados polvorines no estaban aún bien acabados, y las cargas de pólvora sólo estaban protegidas de las chispas y el tiempo por lonas de sobrejuanete.

—Es usted nuestro pagador, teniente —dijo McLean tomándole el pelo—. Y ahora no puedo permitirme perder a un buen pagador, ¿no cree?

—Soy un soldado, señor —asentó Moore con testarudez.

McLean sonrió, y al final accedió.

—Llévese a veinte hombres. Y también al sargento McClure. Informe al capitán Campbell, quiero decir Archibald Campbell. Y, ¿John?

John Moore, que de esta manera recibía permiso para unirse a los piquetes del cantil, volvió su alegre rostro hacia el brigadier.

—¿Señor?

—El duque no me dará las gracias si usted muere. Tenga cuidado.

—Soy inmortal, señor —dijo Moore entusiasmado—, y gracias, señor.

Moore corrió y McLean dio media vuelta para saludar al mayor Dunlop, el oficial del 82.º que había reemplazado a McLean en el mando del batallón desde que éste tenía mayores responsabilidades. El viento era lo bastante fuerte como para volarle el bicornio de la cabeza al mayor Dunlop.

—Estoy enviando a Moore a que se una a los piquetes del cantil, Dunlop —informó McLean mientras un centinela corría tras el sombrero errante—. Espero que no tenga usted ninguna objeción.

—Ninguna en absoluto —respondió Dunlop—, pero dudo mucho que vaya a ver nada de acción allí arriba.

—También yo lo dudo, pero así el cachorrillo se mantendrá feliz.

—Eso sí —convino Dunlop, y los dos hombres hablaron durante un rato antes de que el brigadier se encaminara al solitario cañón de doce libras que ocupaba el bastión suroeste de Fort George.

Los hombres uniformados de azul de la Artillería Real se pusieron firmes cuando el general se acercó, pero con un gesto de la mano éste les ordenó que descansaran. Su cañón estaba dirigido hacia la bocana del puerto y apuntaba más arriba que los cañones de la batería de la Media Luna, emplazada en la orilla. McLean miró por encima de los barcos de Mowat hacia donde podía vislumbrar un puñado de los barcos de guerra enemigos, aunque desde tan lejos la mayor parte de la flota enemiga quedaba oculta por el cantil.

—¿Vendrán hoy, señor? —preguntó un sargento de artillería.

—¿Cómo se llama, sargento?

—Lawrence, señor.

—Bien, sargento Lawrence, me temo que no puedo decirle qué hará el enemigo, pero si yo estuviera en su pellejo, le aseguro que sí lanzaría hoy un ataque.

Lawrence, un hombre de rostro ancho y unos treinta años, dio unos golpecitos al cascabel de su largo cañón.

—Les daremos un buen recibimiento inglés, señor.

—Y un buen recibimiento escocés también —añadió McLean a modo de reproche.

—Eso también, señor —respondió tenazmente Lawrence.

El brigadier caminó hacia el norte a lo largo del terraplén. Como defensa daba lástima, pues apenas llegaba a la cintura de un hombre y sólo estaba protegido por dos cañones y por la hilera de estacas de dentro del superficial foso. McLean ya había hecho sus disposiciones, pero era demasiado viejo y tenía demasiada experiencia como para engañarse a sí mismo. El enemigo había acudido en gran número. Le superaban en barcos y en hombres. Calculaba que sólo había dos lugares por los que podrían desembarcar. O bien se abrían camino batallando hacia el puerto y desembarcaban en la playa más cercana, o bien dejaban a sus hombres en la orilla del paso. Sin duda las compañías que había enviado a ambos lugares dejarían una buena impresión de sí mismas, pero al final se verían forzadas a retroceder a Fort George, y entonces los rebeldes avanzarían contra los patéticos terraplenes y su cañón los recibiría, aunque ¿qué podían hacer dos cañones contra tres mil hombres o más?

—Será lo que Dios quiera —dijo McLean. Calculaba que hacia el anochecer ya sería prisionero. Si tenía suerte.

*

El teniente coronel Paul Revere estaba sentado en una esquina del atestado camarote de popa. Dominaba el espacio una estufa de hierro fundido apagada, alrededor de la cual estaban reunidos todos los oficiales veteranos de la expedición. El capitán Welch, cuyos marines se unirían a la milicia para el ataque, también estaba

presente. El general Lovell estaba de pie sobre los ladrillos que rodeaban la estufa, pero los baos del camarote eran tan bajos que se veía obligado a permanecer encogido. Un viento refrescante zarandeó la balandra, haciendo que cabeceara sobre el ancla. Lovell abrió la reunión.

—El general Wadsworth tiene buenas noticias.

Wadsworth, más alto incluso que Lovell, no se puso de pie, sino que permaneció sentado sobre un baúl de marinero.

—Cuarenta y un indios de Penobscot se nos han unido —dijo—. El enemigo intenta sublevar a la tribu con *wampum*^[1] y promesas, pero ellos han decidido luchar por la libertad.

—Alabado sea el Señor —añadió el reverendo Jonathan Murray.

—Y vendrán más indios, de eso estoy seguro —continuó Wadsworth—; y son hombres fuertes.

—Son malditos salvajes —murmuró alguien desde la esquina más oscura del camarote.

Wadsworth pasó por alto ese comentario y señaló al apuesto joven que estaba acucillado al extremo del camarote.

—El señor Fletcher estuvo ayer mismo en Majabigwaduce. Dice que al fuerte le falta mucho para estar terminado y que las fuerzas del enemigo son de menos de mil hombres.

—Alabado sea Dios —apostilló el reverendo.

—¡Así que esta tarde —tomó la palabra Lovell—, el comodoro Saltonstall atacará los barcos enemigos! —No explicó que el comodoro se había negado a entrar con su escuadrón en el puerto, pues prefería bombardear las balandras con fuego de largo alcance—. Rezamos por el éxito de la marina —continuó Lovell—, ¡pero no les dejaremos toda la lucha a ellos! Vamos a ir a tierra, caballeros. ¡Atacaremos al enemigo con entusiasmo! —El efecto de la agresiva mirada que acompañó aquellas palabras quedó muy rebajado por la encorvada postura del general—. El capitán Welch desembarcará por la derecha, conduciendo a sus marines.

—Que Dios los bendiga —dijo el reverendo.

—El coronel McCobb destacará dos compañías para apoyar a los marines —prosiguió Lovell—, mientras que el resto de este espléndido regimiento atacará por el centro.

Samuel McCobb, que estaba al mando de la milicia del condado de Lincoln, asintió. Tenía un rostro flaco y curtido en el que destacaban unos ojos muy azules y un bigote muy blanco. Estudió al capitán Welch y al parecer fue de su agrado.

—Los hombres del condado de Cumberland atacarán por la izquierda —añadió Lovell—, bajo el mando del coronel Mitchell. El coronel Davis asignará los barcos para transportar a cada grupo, ¿no es así, coronel?

—Las órdenes están escritas —dijo tajante el coronel Davis. Era uno de los edecanes de Lovell, responsable del enlace con los patrones civiles de los transportes.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó un hombre de edad parecida a la de Wadsworth. Vestía con ropa casera de gamuza y tenía un rostro duro y entusiasta bronceado por el sol—. No dejará usted a los hombres del condado de York fuera del juego, ¿verdad, señor?

—Ah, mayor Littlefield. —Lovell reconoció al hombre.

—Los nuestros están ansiosos por atacar, señor, y no estarán muy contentos si se quedan a bordo de los barcos —insistió Littlefield.

—Depende de las barcas y las chalupas —replicó Lovell—. No tenemos suficientes para desembarcar a todos los hombres juntos, así que las barcas regresarán después a por la milicia del condado de York.

—Así que asegúrese de que sus hombres estén listos —le advirtió el coronel Davis.

—¡Y ustedes asegúrense de dejarnos algo de combate! —exclamó Daniel Littlefield, con gesto decepcionado.

—¿No tenemos suficientes chalupas para desembarcar? —Revere habló por primera vez. Parecía incrédulo—. ¿No hay barcas suficientes?

—Ni de cerca —dijo bruscamente Davis—; así que desembarcaremos los hombres que podamos, y después las embarcaciones volverán a por los demás.

—¿Y qué pasa con mis cañones? —preguntó Revere.

—El general Wadsworth comandará el ataque —respondió Lovell—, así que, ¿quizá pueda usted contestar al coronel Revere?

Wadsworth sonrió al indignado Revere.

—Tengo la esperanza, coronel, de que sus cañones no serán necesarios.

—¡Que no serán necesarios! ¡No los he traído todo el camino hasta aquí para que sirvan sólo de lastre!

—Si nuestra información es correcta —empezó Wadsworth en tono conciliador—, confío en que capturaremos el cantil y después avanzaremos directamente hacia el fuerte.

—Y a toda prisa —insistió Welch.

—¿A toda prisa? —preguntó Lovell.

—Cuánto más deprisa, mayor será la sorpresa —dijo Welch—. Es como en el boxeo —explicó—. Le asestamos un fuerte golpe al enemigo y después volvemos a golpearle cuando está aturdido. Luego le golpeamos otra vez. Lo mantenemos aturdido y sin equilibrio, y seguimos golpeando.

—Nuestra esperanza —intervino de nuevo Wadsworth— es avanzar a tal velocidad que invadamos el fuerte antes de que el enemigo se recomponga.

—Amén a eso —dijo el reverendo Murray.

—Pero si el fuerte no se captura de inmediato —Wadsworth volvía a dirigirse a Revere—, entonces sus cañones sí serán desembarcados.

—Y todo cañón que capturemos —insistió Revere— pertenece al Estado de Massachusetts. ¿No es así?

El capitán Welch dio un respingo al oír aquello, pero no dijo nada.

—Por supuesto —convino Lovell—. ¡De hecho, todo lo que capturemos pertenecerá al gran Estado de Massachusetts! —dijo sonriendo a la asamblea.

—Yo creo, señor —añadió tranquilamente John Marston, secretario del general—, que el Consejo decretó que todo botín que hagan los corsarios será considerado de su exclusiva propiedad.

—¡Por supuesto, por supuesto! —dijo Lovell, desconcertado—. Pero estoy seguro de que habrá botín más que suficiente para satisfacer a sus inversores. —Se volvió hacia el reverendo Murray—. ¿Capellán? ¿Una palabras de oración antes de que nos dispersemos?

—Antes de su oración —interrumpió el capitán Welch—, una última cosa. —Miró con dureza a los hombres que comandaban la milicia—. Habrá estruendo y humo y confusión. Habrá sangre y alaridos. Habrá caos e inseguridad. Así que hagan que sus hombres calen las bayonetas. No van a derrotar a esos cabrones a base de disparos, pero el acero afilado hará que se caguen de miedo. Calen las bayonetas y carguen directos contra el enemigo. Griten mientras cargan y, créanme, ellos saldrán corriendo —se detuvo, clavando sus gélidos ojos en todos y cada uno de los comandantes de la milicia, quienes, excepto el mayor Daniel Littlefield, que asentía entusiasmado, parecían estar intimidados en cierto modo por las funestas palabras del marine—. Utilicen acero afilado y coraje rotundo —gruño Welch—. Y venceremos —dejó caer las últimas dos palabras despacio, claramente y con un marcado énfasis.

El camarote permaneció en silencio mientras los hombres reflexionaban sobre las palabras del marine. Entonces el reverendo Murray carraspeó.

—Caballeros —dijo—, inclinemos nuestras cabezas —hizo una pausa—. Oh, Señor —continuó—, tú que prometiste cubrirnos con tus alas poderosas, protégenos ahora mientras marchamos... —fue interrumpido por el retumbar de un cañonazo. El sonido fue repentino y estruendoso. El eco del cañón rebotó en el cantil y después la tarde quedó desgarrada por los disparos, por un cañonazo tras otro y por un eco tras otro, y el resto de la oración transcurrió en silencio mientras los hombres corrían por la cubierta para ver cómo los buques de guerra del comodoro Saltonstall lanzaban su primer ataque.

Del juramento exigido por el brigadier general Francis McLean a los habitantes de los alrededores del río Penobscot, julio de 1779:

Ante el más grande y sagrado Dios y con sinceridad de Propósito, prometo y juro muy solemnemente mi verdadera Lealtad e incondicional sometimiento a su muy sagrada Majestad Jorge Rey Tercero de Gran Bretaña Francia e Irlanda, y de las Colonias de Norte América, Ahora falsamente denominadas Estados Unidos de América...

De la proclamación de los habitantes de la región de Penobscot, hecha pública por el brigadier general Solomon Lovell, 29 de julio de 1779:

Por la presente garantizo a los habitantes de Penobscot y el Territorio adyacente, que si son encontrados carentes de todas las virtudes de buenos Ciudadanos [...] al convertirse en los primeros en desertar de la causa de la Libertad de la Virtud y de Dios... deben esperar ser también los primeros en experimentar el justo resentimiento de su injuriado y traicionado País, con el castigo apropiado que su traición merece.

Extracto de una carta del coronel John Frost, de la Milicia de Massachusetts, al Consejo de Massachusetts, 20 de julio de 1779:

Solicito permiso para informar a sus Señorías de que Al convocar Oficiales del tercer Regimiento de Brigada para mi sorpresa hallé que no había ningún Oficial en el antedicho Regimiento [...] que tuviera un Cargo Adecuado la razón es que todos los Oficiales del antedicho Regimiento fueron Nombrados en el año de 1776 a la Manera de Jorge Rey Tercero y el Coronel Tristrum Jordan formó entonces el antedicho Regimiento pero no tomó las precauciones apropiadas para que los Nombramientos fuesen modificados de conformidad con la Ley de este Estado [...] agradecería Indicaciones por parte de sus Señorías sobre este Asunto y quedaré a la espera de Órdenes de sus Señorías.

CAPÍTULO V

El *Tyrannicide*, que enarbolaba la bandera del pino de la Marina de Massachusetts, fue el primer navío de guerra en enfrentarse al enemigo. Llegó desde el oeste, avanzando con viento fresco hacia la angosta entrada del puerto. Los hombres que observaban desde la orilla tuvieron la impresión de que estaba decidido a forzar esa entrada atravesando el pequeño espacio que había entre la *Nautilus* y la batería de Cross Island, pero después viró a babor dirigiéndose de esta manera hacia el norte, en paralelo a las balandras británicas. Su primer cañón de estribor inauguró la batalla. El *Tyrannicide* iba armado con cañones de seis libras, siete en cada costado, y su primer cañonazo inundó el velero con una densa humareda. La bala golpeó el agua a unos noventa metros de la *Nautilus*, rebotó formando una pequeña ola, rebotó una segunda vez y después se hundió justo cuando toda la línea británica desaparecía tras su propio humo, al aceptar las naves del capitán Mowat el desafío. El *Hampden*, un gran navío de New Hampshire, fue el siguiente que entró en acción y sus cañones de nueve libras soltaron una andanada contra la humareda británica. Lo único que el capitán Salter del *Hampden* podía ver de las tres balandras enemigas eran sus mástiles asomando por encima de la nube de humo.

—¡Destrócenlos, muchachos! —gritó con entusiasmo a sus artilleros.

El viento era lo bastante fuerte como para disipar el humo rápidamente. Titus Salter observaba mientras la *North* reaparecía entre la humareda, y entonces otra cuchillada de brillantes llamas resplandeció en una de las troneras de las balandras británicas y él pudo oír incluso el impacto cuando el proyectil alcanzó al *Tyrannicide*, que estaba delante. Después su vista quedó oscurecida de nuevo por el humo gris y acre de su propia artillería.

—¡Recarguen! —ordenó un hombre.

El *Hampden* salió de la nube de humo y el capitán Salter formó una bocina con las manos y voceó:

—¡Alto el fuego! ¡Alto! —Una bala británica pasó silbando cerca de sus cabezas, abriendo un agujero en la mesana del *Hampden*—. ¡Alto el fuego, maldita sea! —gritó enfadado Salter.

Un velero había aparecido de repente por la aleta de estribor del *Hampden*. Era una embarcación mucho más pequeña, armada con catorce cañones de seis libras, y su patrón, en vez de seguir al barco de New Hampshire, estaba adelantándolo y colocando así su nave entre los cañones del *Hampden* y las balandras británicas.

—Maldito idiota —refunfuñó Salter—. ¡Esperen hasta que se quite de en medio! —gritó a sus artilleros.

El velero, sobre el que ondeaba la insignia del pino de la Marina de Massachusetts, era el *Hazard*, y su capitán estaba vomitando por el mareo, así que era su primer teniente, George Little, quien estaba al mando. Haciendo caso omiso del *Hampden*, sólo se preocupaba de llevar su barco lo más cerca posible del enemigo y

bombardear después las balandras con los siete cañones de su costado. Deseaba que el comodoro hubiese ordenado el ataque de manera adecuada, un ataque directo a la boca del puerto, pero si le habían ordenado que se limitara a cañonear, entonces quería que sus armas causaran verdadero daño.

—¡Maten a esos cabronazos! —Gritaba a sus artilleros. Little tenía poco más de veinte años y era un pescador convertido en oficial de marina, un hombre apasionado, un patriota, y ordenó que desfogaran las velas para que el viento escapase de ellas y el *Hazard* aminorase su avance en el agua, dando así a sus artilleros una superficie más estable—. ¡Disparen, bribones!

Miró la humareda que envolvía la *Nautilus* y vio que se iluminó con un brillo rojizo cuando uno de sus cañones disparaba. La bala golpeó al *Hazard* por debajo de la línea de flotación, sacudiendo el casco. El barco volvió a estremecerse cuando sus cañones dispararon y el ruido pareció enseñorearse de todo.

—¿Dónde demonios está la *Warren*? —protestó Little.

—La están reservando, señor —contestó el timonel.

—¿Para qué?

El timonel se encogió de hombros. Los artilleros del cañón más cercano estaban desembarazando el ánima y por el fogón salía propulsado un chorro de vapor que a Little le recordó a la exhalación de las ballenas.

—¡Cubran ese fogón! —ordenó. La ráfaga de aire que provocaba cada arremetida de la lanada podía encender fácilmente los residuos de pólvora y, con la explosión, clavarle el atacador en las tripas al artillero—. ¡Utilice su dedil, hombre —le gruñó al artillero—, y tape el fogón cuando desembarace el ánima!

Miró con aprobación mientras se introducía y se atacaba eficientemente la carga y luego se metía la bala en el cañón recién desembarazado, y después se rectificaban los palanquines y el cañón volvía a su sitio. Las ruedas rechinaron en la cubierta, la tripulación se apartó, el artillero tocó con su botafuego el junco relleno de pólvora y el cañón eructó su furia y su humo. Little estaba seguro de haber oído el satisfactorio crujido del proyectil al hacer blanco en el enemigo.

—¡Así se hace, muchachos! —gritó—. ¡Ése es el único mensaje que entienden esos malnacidos! ¡Mátenlos! —No podía estarse quieto. Cambiaba su peso de un pie al otro, nervioso, como si toda su energía se viese frustrada por su incapacidad de acercarse más al odiado enemigo.

El capitán Salter volvió a situar al *Hazard* delante del *Hampden*. A primeras horas de la tarde, el comodoro había recorrido la flota anclada a bordo de la veloz goleta *Rover* para gritar sus órdenes a los capitanes que se enfrentarían a los británicos. «Apunten a las cadenas de las anclas», había ordenado, y Salter estaba haciéndolo lo mejor que podía para obedecer. Sus cañones estaban siendo cargados con balas encadenadas diseñadas para destruir aparejos y, aunque dudaba de la puntería de sus artilleros por el humo que envolvía la tarde, Salter entendió lo que pretendía lograr Saltonstall. Las tres balandras británicas estaban sujetas a proa y a popa por anclas a

las que habían amarrado unas bozas, y tensando o aflojando las bozas podían ajustar sus cascos según el viento o la corriente y así mantener su alineamiento a modo de muralla que cruzaba la bocana del puerto. Si se pudiera seccionar una boza o el cabo de un ancla, uno de los barcos enemigos se movería como una puerta al abrirse, dejando un inmenso agujero por el que un barco rebelde podría pasar para barrer a su paso las balandras.

La bala encadenada estaba formada por dos mitades de una bola de cañón unidas por una cadena gruesa. Cuando salió disparada, hizo un repentino sonido como de suspiro, parecido al de una guadaña. Las dos mitades encadenadas giraban mientras volaban, pero se desvanecieron en la humareda y Salter, concentrado en mirar los mástiles, no vio señal ninguna de que el cortante proyectil hubiese seccionado ningún cabo. Por el contrario, los artilleros británicos devolvían el fuego enseguida, manteniendo la nube de humo constantemente alrededor de sus cascos, y más fuego, fuego más pesado, caía sobre el *Hampden* desde la batería de Cross Island. El alto cantil de la península también se cubrió de humo amarillo grisáceo cuando la pequeña batería de la Cabeza de Dyce se unió al combate.

La marea estaba subiendo, empujando los barcos cada vez más cerca de la boca del puerto, y Salter ordenó ceñir las velas para que el *Hampden* consiguiera alejarse de cualquier peligro que pudiera impulsarlo a tierra. El pequeño velero continental *Diligent*, con sus tres raquíuticos cañones, se deslizó dentro de la nube de humo dejada por el *Hampden* y de su pequeña banda brotó un cañonazo en dirección al enemigo. El *Hazard*, dándose cuenta de que corría el mismo peligro de embarrancar, había cobrado impulso y ahora avanzaba cerca de la popa de Salter.

—¿Dónde demonios está la *Warren*? —le gritó el teniente Little a Salter.

—¡Aún está anclada! —respondió Salter.

—¡Tiene cañones de dieciocho libras! ¿Por qué demonios no está machacando a...?

Salter no oyó las últimas palabras porque una bala de seis libras, disparada desde la Cabeza de Dyce, cayó sobre su cubierta y arrancó largas astillas antes de desaparecer atravesando el casco por babor. Por un milagro no hubo heridos. Dos naves más se internaban ahora en el humo tras el *Diligent*, con sus cañones escupiendo fuego y hierro hacia las balandras del rey. El ruido era constante, una incesante percusión que castigaba los oídos. El teniente Little aún estaba gritando, pero el *Hazard* se alejaba ya y Salter no podía oírlo debido al ruido que retumbaba en el cielo. Una bala pasó silbando por encima de su cabeza y Salter, mirando hacia arriba, se sorprendió al ver un segundo agujero en su mesana. Otro cañonazo impactó en el casco, sacudiendo el gran navío, y él, que esperaba oír algún grito, quedó aliviado cuando no se oyó ninguno. La bullente humareda que ocultaba las tres balandras británicas se encendía cada poco tiempo por los disparos, de forma que la nube gris brillaba por un instante, se apagaba y después volvía a brillar. Destello tras destello, incansables, se iluminaban a lo largo de la línea de fuego, fundiéndose a

veces en un rojo más fulgurante cuando dos o tres, o incluso cuatro llamaradas se encendían al mismo tiempo, y Salter no pudo evitar reconocer la destreza que había tras la frecuencia de los resplandores. Aquellos artilleros eran veloces. Mowat, pensó con seriedad, había instruido bien a sus hombres.

—Esperemos que esos cabrones se queden sin munición —dijo sin hablar con nadie en particular, y entonces, mientras su barco viraba al oeste bajo la Cabeza de Dyce, al mirar hacia arriba vio a los casacas rojas entre los árboles del alto cantil. Una nubecilla de humo apareció allí arriba y Salter supuso que habían disparado un mosquete contra su barco, pero no tenía ni idea de dónde habría ido a parar la bala. Otras dos masas de humo salieron de entre los árboles y después el *Hampden* ya estaba en aguas abiertas, navegando veloz hacia los transportes anclados; Salter viró entonces el barco para que el *Hampden* volviese a atacar.

El carpintero del *Hazard*, con los pantalones empapados hasta la cintura, apareció por la escotilla de popa.

—Tenemos un agujero justo debajo de la línea de flotación —informó al teniente Little.

—¿Es malo?

—Bastante feo. Rompió un par de tracas. Calculo que necesitaré las dos bombas de achique.

—Póngalas en marcha —ordenó Little.

—También mató una rata —añadió el carpintero, que evidentemente se estaba divirtiendo.

—¡Póngalas en marcha! —le gritó Little al hombre—. Vamos a lanzar otra andanada. ¡Doble proyectil en los cañones! —Gritó esta última orden hacia la cubierta y después volvió su rostro enojado al timonel—. ¡Esta vez quiero llegar más cerca!

—Hay rocas a la entrada —advirtió el timonel.

—¡He dicho más cerca!

—Sí, sí, señor, que sea más cerca, señor —dijo el timonel. Prefería no discutir del mismo modo que prefería no llevar el barco más cerca de Cross Island de lo que ya había estado. Se metió un pellizco de tabaco en la boca y giró la rueda del timón para conducir la nave de vuelta hacia el sur.

Un cañonazo británico pasó por delante del foque del *Hazard*, rebotó levantando una pequeña ola y finalmente cayó al agua entre salpicaduras y se hundió a unos doscientos pasos del lugar donde estaba anclada la *Warren*.

*

El teniente John Moore observaba desde lo alto de la Cabeza de Dyce. Tenía la impresión de que la batalla avanzaba muy despacio. Soplaba el viento, pero los barcos parecían arrastrarse lentamente sobre las aguas cubiertas por la humareda. Los

cañones escupían hinchadas nubes de humo a través de las cuales se movían las grandes naves con gracia señorial. El ruido era aterrador. En algún momento, treinta o cuarenta cañones fueron disparados a la vez y su detonación se contrajo en un atronador estruendo más perturbador y prolongado que cualquier trueno. Las llamas hicieron que la humareda relumbrara por un instante y Moore se vio de repente asediado por el pensamiento de que el propio infierno tenía que ser similar a aquello, aunque, a pesar de todo el ruido y la furia, parecía haber pocos daños en ambos bandos. Las tres naves de Mowat seguían inmóviles, sin que sus costados hubieran sido dañados por el fuego enemigo, mientras que los barcos americanos navegaban a sus anchas entre las salpicaduras de los cañonazos británicos. Algunas balas hicieron blanco; Moore oía claramente el estrépito de la madera al astillarse, aunque no vio ninguna evidencia de daño y sobre las pulidas cubiertas de los navíos enemigos no aparecía ni un rastro de sangre.

Un navío enemigo, mayor que el resto, pasó cerca de la Cabeza de Dyce y Moore permitió que sus hombres descargaran sus mosquetes sobre el enemigo, aunque sabía que la distancia era excesiva y sus posibilidades de alcanzar otra cosa que no fuera el agua eran casi nulas. Vio claramente a un hombre en la cubierta de popa del barco que miraba hacia el cantil y Moore tuvo el absurdo impulso de saludarle con la mano. Se contuvo. Una súbita ráfaga de viento se llevó el humo que ocultaba las tres balandras de la Marina Real y Moore no pudo ver daños en sus cascos, mientras que sus mástiles seguían en pie y sus banderas aún ondeaban. Un cañón disparó desde la *Albany* y, justo antes de que la humareda volviese a ocultar el barco, Moore vio que el agua de delante de la tronera se aplastaba y salía proyectada hacia delante con la forma de un abanico.

Nueve barcos enemigos seguían atacando la línea de Mowat, aunque, para sorpresa de Moore, ninguno intentaba romper esa línea. En vez de hacerlo, navegaban en círculos y, por turnos, disparaban andanadas desde sus costados contra las balandras. Justo detrás de las balandras de Mowat, y anclados en una línea similar, estaban los tres grandes barcos de transporte que habían ayudado a transportar a los hombres de McLean hasta Majabigwaduce. Sus tripulaciones se inclinaban sobre las regatas y observaban el humo de los cañonazos. Un cañonazo enemigo, que pasó entre las balandras, hizo blanco en los transportes cuyo trabajo era esperar y ver si algún navío americano conseguía atravesar la línea de Mowat, para después intentar bloquearlo; sin embargo, ningún enemigo parecía tener ganas de navegar en línea recta hacia la boca del puerto.

*

El teniente George Little quería entrar en el puerto, pero sus órdenes eran permanecer al oeste de la entrada, así que hizo virar en círculo al *Hazard*, cuyas velas sonaron como cañonazos con el viraje, y después llevó la pequeña nave directa hacia

Cross Island. Un cañonazo, disparado desde la batería de la isla, pasó silbando sobre cubierta, casi rozando al timonel.

—Cuánta pólvora malgastada —gruñó Little—. Manténgala firme.

—Hay salientes de roca delante, señor.

—Malditos sean los salientes y usted y los británicos. ¡Le digo que se acerque!

El timonel giró la rueda del timón de todas formas, intentando guiar el *Hazard* hacia el norte para que su costado pudiese escupir hierro y desafío sobre las balandras británicas, pero Little agarró la rueda y la devolvió a su posición.

—¡Que se acerque!

—Madre del Amor Hermoso —dijo el timonel, soltando el timón.

Otro cañonazo, a juzgar por su sonido uno pesado, alcanzó la proa del *Hazard*, y entonces el barco se estremeció y se oyó un sonido chirriante, como si su casco hubiese chocado con una roca sumergida. Little hizo una mueca, luego giró el timón y el *Hazard* vaciló. El ruido chirriante seguía llegando desde muy abajo, pero entonces la nave dio un bandazo y se afianzó en su nuevo curso.

—¡Pongan las bombas de achique en marcha! —gritó Little—. ¡Y artilleros! ¡Apunten bien! —Los cañones dispararon reculando contra sus bragueros y se levantó una humareda, y un proyectil británico golpeó las cabillas de popa que sujetaban el palo de mesana y las astilló. Little no dejaba de gritar a sus artilleros que cargaran.

*

Desde lo alto del cantil, Moore observaba el combate. Por un momento pensó que el capitán del *Hazard* pretendía embestir contra la *Nautilus*, pero después vio cómo viraba para internarse en la humareda dejada por los cañones del *Black Prince*, un gran barco corsario. El *Hazard* seguía disparando balas y metralla.

—Qué bravo el barquito —exclamó Moore.

—Pues si llega a acercarse más, ya estarían vendiendo el casco para hacer leña, señor —dijo el sargento McClure.

Moore observó cómo el *Hazard* recorría la línea de Mowat. Vio cómo un cañonazo alcanzaba su casco, pero su ritmo de disparo no disminuyó en ningún momento. Viró hacia el oeste bajo la Cabeza de Dyce y Moore vio cómo sus artilleros volvían a recargar.

—Es valiente como un perro ratonero —dijo.

—Sólo que nosotros no somos ratas, señor, ¿no cree?

—No somos ratas, sargento —convino Moore, divertido.

Justo detrás del piquete, los pequeños cañones de Pearce Fenistone dispararon, sus balas castigaron los barcos enemigos y su humo inundó la arboleda. Él ya estaba bajando por el oeste y volvía la humareda resplandeciente.

—Viene el capitán Campbell, señor —advirtió McClure a Moore con un

murmullo.

Moore se volvió para ver la alta figura del capitán Archibald Campbell, que vestía un *kilt*, acercándose desde el norte. Campbell, *highlander* del 74.º, estaba al mando de todos los piquetes del cantil.

—Moore —saludó al teniente—, creo que los yanquis planean causarnos alguna molestia.

—Para eso han venido, señor —replicó alegremente Moore.

Campbell guiñó un ojo al joven, como si sospechara que se estaba burlando de él. Dio un respingo cuando el cañón más cercano reculaba, elevando su estruendoso sonido entre los árboles. Los bragueros de los tres cañones habían sido asegurados a los pinos y cada disparo provocaba una lluvia de agujas y piñas.

—Venga a ver —ordenó Campbell, y Moore siguió al desgarrado *highlander* por la cumbre del cantil hasta llegar a un sitio en el que un hueco entre los árboles ofrecía una vista más amplia de la bahía.

Los barcos de transporte del enemigo estaban anclados en la bahía, surcada ahora por las blancas olas que levantaba el fuerte viento. El grupo de barcos se mantenía bien apartado del campo de tiro de cualquier cañón que McLean hubiera emplazado en terreno elevado.

—¿Lo ve? —Campbell señaló la flota y Moore, protegiéndose con la mano los ojos de la luz del sol poniente, vio chalupas abigarradas contra los cascos de los transportes.

Moore se sacó un pequeño catalejo del bolsillo y lo desplegó. Tardó un momento en enfocar la lente; después vio hombres con uniformes verdes saltando a una de las chalupas.

—Creo —dijo, observando aún el panorama— que planean hacernos una visita.

—Yo no tengo lente —se quejó Campbell.

Moore entendió la indirecta y le ofreció el catalejo al capitán, que tardó un siglo en ajustar las lentes. Campbell, igual que Moore, vio que los hombres iban llenando los pequeños botes. Vio, además, que llevaban mosquetes.

—¿Cree usted que nos atacarán? —preguntó, aparentemente sorprendido por semejante idea.

—Creo que será mejor suponer que sí —sugirió Moore.

Era posible que los hombres sólo estuvieran siendo redistribuidos entre los barcos de transporte, pero ¿por qué iban a hacerlo en ese preciso momento? Parecía mucho más probable que los americanos estuviesen planeando un desembarco.

—Traiga aquí a sus muchachos —ordenó Campbell.

Las naves de guerra americanas aún estaban disparando a las balandras de Mowat, aunque ahora sus cañonazos parecían desgastados y ninguno, ni siquiera el *Hazard*, se aventuraba cerca de la boca del puerto. Dos de los barcos atacantes ya habían salido del alcance de los cañones y habían soltado anclas. Moore reunió a sus hombres con el resto de los piquetes de Campbell, al tiempo que las chalupas dejaban

la protección de los cascos de los transportes y avanzaban hacia la orilla. Ahora el sol estaba muy bajo y deslumbraba a los casacas rojas situados entre los árboles del cantil.

—¡Se acercan! —El capitán Campbell parecía asombrado.

—¿Están cargados los mosquetes de los soldados, sargento? —preguntó Moore a McClure.

—Sí, señor.

—Dejen los mosquetes sin amartillar —ordenó Moore. No quería desperdiciar balas porque algún descuidado apretara el gatillo accidentalmente.

—¡Alférez Campbell, John Campbell! —gritó el capitán Campbell—. ¡Corra hasta el fuerte y dígame al brigadier que esas sabandijas vienen hacia aquí!

El alférez se marchó y Moore observó las chalupas que se acercaban, pues se dio cuenta de que tenían dificultades con el creciente viento. Las olas de la bahía eran cortas y fuertes, y golpeaban con ímpetu contra los grandes botes de remos, salpicando a remeros y a pasajeros.

—McLean haría bien en enviarnos refuerzos —dijo Campbell nervioso.

—Podemos deshacernos de esos tipos —respondió Moore, sorprendido por la confianza que sentía.

Había unos ochenta casacas rojas sobre el cantil, y el enemigo, supuso, llegaba al menos a los doscientos hombres; pero esos doscientos tenían que trepar cantil arriba y los primeros quince o veinte metros eran tan empinados que ningún hombre podría trepar y usar el mosquete al mismo tiempo. Después de eso, la pendiente se suavizaba bastante, pero seguía siendo abrupta y desde allí los casacas rojas, situados en la cima, podrían disparar sobre los hombres que se esforzaran por subir. Una última andanada de cañonazos resonó desde el sur, el estruendo levantó un breve eco y Moore, sin pedir órdenes a Campbell, bajó unos pasos por la pendiente de más arriba hasta un lugar desde el que podía ver a los atacantes con mayor claridad.

—Esperaremos a los refuerzos del brigadier —anunció Campbell en tono de reproche.

—Por supuesto, señor —dijo Moore, disimulando su desprecio por el alto *highlander*.

Campbell había enviado al alférez de vuelta al fuerte, pero era un trayecto de más de un kilómetro, gran parte de él entre marañas de arbustos, y los refuerzos de McLean tendrían que hacer el mismo camino de regreso. Para cuando llegaran, haría tiempo que los yanquis habrían desembarcado. Si querían detener a los americanos, los hombres de Campbell tendrían que hacer su trabajo, pero Moore percibía el nerviosismo de su comandante.

—Traiga a los hombres aquí abajo, sargento —ordenó a McClure, ignorando a Archibald Campbell, que le preguntó con tono lastimero qué creía que estaba haciendo, y a continuación condujo a McClure y a los otros Hamilton hacia el norte por el reborde del cantil. Estaban en el punto en el que terminaba la parte superior y

más accesible de la pendiente, justo encima de la zona más abrupta de la cuesta, y Moore desplegó a sus hombres para que estuvieran directamente sobre la playa hacia la que bogaban los americanos. De repente se sentía ansioso. Llevaba mucho tiempo soñando con una batalla y ahora era inminente, aunque no se parecía en nada a sus sueños. En ellos, estaba en un amplio campo abierto y el enemigo se acercaba en prietas filas bajo sus estandartes, y la caballería iba a los flancos, y había bandas tocando y Moore había imaginado muchas veces que sobrevivía a las ráfagas hasta que ordenaba a sus propios hombres que devolvieran los disparos; ahora, en vez de eso, estaba gateando entre arbustos y vigilando a una flotilla de grandes chalupas que remaba con tesón hacia la orilla.

Ahora los botes estaban cerca, a no más de un centenar de pasos de la angosta playa donde las breves olas se rompían en espuma. Se oyó entonces un cañonazo. Moore vio cómo una nube de humo aparecía en medio de uno de los barcos de transporte y cayó en la cuenta de que había sido un cañón pequeño a bordo de aquella nave. La bala atravesó ruidosa los árboles del cantil, haciendo que los pájaros salieran volando hacia el cielo del ocaso, y Moore pensó que aquel único disparo debía de presagiar un bombardeo, pero no se dispararon más cañones. En vez de eso, dos banderas aparecieron en el penol del barco y las chalupas levantaron sus remos de golpe. Las chalupas se mecieron en las aguas turbulentas y después empezaron a virar. Estaban dando la vuelta.

—Que Dios los condene —exclamó Moore. Vio cómo las chalupas viraban torpemente y se dio cuenta de que los americanos habían abandonado sus planes—. Les dispararemos una descarga —ordenó a McClure. La distancia era excesiva, pero Moore hervía en su interior por la frustración—. ¡Fuego! —gritó al sargento.

Los Hamilton amartillaron sus mosquetes, apuntaron y dispararon una descarga irregular. El sonido de los mosquetes rebotó desigual en los árboles. Moore, de pie a un lado, estaba seguro de haber visto cómo un hombre del bote de remos más cercano era arrojado hacia atrás con violencia.

—¡Alto el fuego! —ordenó Campbell enfurecido desde la cima.

—Le dimos a un hombre —le dijo Moore a McClure.

—¿Que le dimos? —El sargento parecía incrédulo.

—Un rebelde menos, sargento —dijo Moore—. Que Dios condene sus almas desleales.

El viento se llevó el humo de los mosquetes y el sol, que por un momento un retazo de nube había oscurecido justo encima de la orilla oeste de la bahía, de repente volvió todo brillante y cegador. Se hizo el silencio, excepto por el correr del viento y el sonido de las olas al romper.

*

Se oyó una ovación al ponerse el sol. El brigadier McLean había llevado a sus

oficiales a la orilla y por la playa hasta un lugar justo detrás de la batería de la Media Luna, y allí, donde podían ser oídos fácilmente desde las tres balandras de la Marina Real, les saludó. A ojos de McLean, que había observado la escena desde los terraplenes inacabados de Fort George, daba la impresión de que los americanos habían intentado entrar en el puerto pero habían sido rechazados por los cañones de Mowat, así que quería agradecerse a la marina. Sus oficiales se colocaron frente a los barcos, levantaron sus sombreros y McLean les dirigió en tres sentidas ovaciones.

La bandera de la Unión aún ondeaba sobre Fort George.

*

—Un indio llamado John —dijo Wadsworth.

—¿Cómo es eso? ¿Quién? —El general Lovell estaba susurrándole a su secretario y no captó las palabras de su ayudante.

—El hombre que murió, señor. Era un indio llamado John.

—Y había cuarenta —añadió un hombre desde el extremo del camarote.

—No era uno de los nuestros, entonces —dijo Saltonstall.

—Un hombre valiente —observó Wadsworth, frunciendo el ceño tras oír ambos comentarios.

El indio había sido alcanzado por una bala de mosquete la tarde anterior, justo después de que las chalupas de asalto dieran la vuelta desde la playa. Unos mosquetes habían disparado una corta descarga desde los bosques de encima del cantil y, pese a que la distancia hacía inviable cualquier esperanza de acierto, la bala británica había golpeado al indio en el pecho, matándolo en cuestión de segundos. Wadsworth, a bordo de la *Sally*, había visto cómo subían a bordo los supervivientes, con los gabanes salpicados con sangre de John.

—Pero ¿por qué abandonamos el desembarco de anoche? —preguntó Saltonstall en tono desabrido.

El comodoro había inclinado su silla hacia atrás, de manera que parecía estar mirando a los oficiales del ejército por encima de su nariz.

—El viento era demasiado fuerte —explicó Lovell—, y llegamos a la conclusión de que tendríamos dificultades para que las barcas volvieran a los transportes para embarcar a la segunda división.

Los líderes de la expedición se habían reunido para una junta de guerra en el camarote del comodoro a bordo de la *Warren*. Veintiún hombres se apretujaban alrededor de la mesa, doce de ellos capitanes de los buques de guerra, mientras que el resto eran mayores o coroneles de la milicia. Era lunes por la mañana, el viento había amainado, no había niebla y, sobre la bahía de Penobscot, el cielo era límpido.

—La cuestión —Lovell abrió el acto golpeando la mesa del comodoro con uno de sus largos dedos— es si deberíamos emplear hoy toda nuestra fuerza contra el enemigo.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó el capitán Hallet, al mando del bergantín *Active*, de la Marina de Massachusetts.

—Si los barcos atacasen las embarcaciones enemigas —sugirió tímidamente Lovell— y nosotros desembarcásemos a los hombres, creo que Dios haría prosperar nuestra empresa.

—Seguro que sí —asentó con confianza el reverendo Murray.

—¿Quiere usted que yo entre en el puerto? —preguntó Saltonstall, alarmado.

—¿Es eso necesario para destruir los barcos enemigos? —replicó Lovell con una pregunta.

—Permítame que le recuerde —el comodoro dejó que su silla cayera detrás de él con un golpe sordo— que el enemigo presenta una línea de cañones apoyada por baterías y bajo la artillería de una fortaleza. Meter barcos en ese condenado agujero sin un reconocimiento previo sería el culmen mismo de la locura.

—De la locura en la batalla —murmuró alguien desde la parte de atrás del camarote, y Saltonstall clavó sus ojos en los oficiales que estaban allí pero no hizo ningún comentario.

—¿Está sugiriendo usted, quizá, que no hemos hecho suficiente reconocimiento? —Lovell seguía limitándose a formular preguntas.

—Eso mismo —respondió Saltonstall sin inmutarse.

—Sin embargo, sabemos dónde están situados los cañones del enemigo —adujo Wadsworth, también sin inmutarse.

Saltonstall miró fijamente al brigadier más joven.

—Yo meto mi flota en ese condenado agujero —dijo— y quedo atrapado por sus malditos barcos, y lo único que consiguen ustedes es una desgraciado catástrofe, quizás un incendio, y mientras tanto el condenado enemigo sigue cañoneándonos desde sus baterías de tierra. ¿Querrá explicar usted a la Junta de Marina que perdí una valiosa fragata a instancias de la Milicia de Massachusetts?

—Dios cuidará de usted —aseguró el reverendo Murray al comodoro.

—¡Dios, señor mío, no se ocupa de mis cañones! —le espetó Saltonstall al clérigo—. ¡Desearía que fuera Dios mismo, pero en su lugar tengo a una tripulación de hombres apurados! ¡Y la mitad de esos cabrones ni siquiera han visto cómo se dispara un cañón!

—No nos sulfuremos —interrumpió Lovell a toda prisa.

—¿Ayudaría en algo que la batería de Cross Island quedara eliminada, comodoro? —preguntó Wadsworth.

—Su eliminación es esencial —respondió Saltonstall.

Lovell miró impotente a Wadsworth, que empezaba a pensar en las tropas que podía emplear para atacar la isla, pero el capitán Welch intervino.

—Nosotros podemos hacerlo, señor —dijo.

Lovell sonrió aliviado.

—Entonces, parece que tenemos un plan de acción, caballeros —sentenció, y así

era.

Tardaron una hora en discutir los detalles, pero cuando esa hora transcurrió ya se había decidido que el capitán Welch se llevaría a doscientos marines para atacar la batería británica de Cross Island y, mientras esa operación se llevaba a cabo, los buques de guerra se enfrentarían de nuevo a las tres balandras para impedir que sus cañones pudiesen disparar contra los hombres de Welch. Al mismo tiempo, y para impedir que los británicos enviaran refuerzos al sur a través del puerto, el general Lovell lanzaría otro ataque contra la península. Lovell sometió el plan a la aprobación del consejo y fue recompensado con el consentimiento general.

—Tengo confianza —concluyó Lovell con satisfacción—, una confianza suprema, en que Dios Todopoderoso hará que lluevan bendiciones sobre los esfuerzos de este día.

—Amén —dijo el reverendo Murray—, y amén.

*

Poco después del alba el capitán Michael Fielding salió en busca del general McLean. El general estaba sentado al sol, frente al gran cobertizo que se acababa de terminar en el interior del fuerte. Un ayudante estaba afeitando a McLean, que sonrió apesadumbrado a Fielding.

—Es difícil afeitarse con una mano derecha inútil —explicó el general.

—Levante la barbilla, señor —dijo el ayudante, y la conversación se interrumpió durante un rato mientras la navaja rozaba el cuello del general.

—¿Qué tiene en mente, capitán? —preguntó McLean cuando el ayudante enjuagaba la navaja.

—Un *abatis*, señor.

—Cosa excelente para tener en mente —dijo McLean de buen humor; después volvió a quedarse en silencio mientras el ayudante le limpiaba la cara con una toalla.

—Gracias, Laird —dijo mientras éste le retiraba el peinador del cuello—. ¿Ha desayunado, capitán?

—Apenas unas migajas, señor.

McLean sonrió.

—Me han dicho que las gallinas han empezado a poner. No podemos tenerlos a ustedes muñéndose de hambre. ¿Laird? Sea un buen tipo y mire a ver si Graham puede hacer aparecer unos huevos escalfados.

—Ya voy, señor. —El ayudante recogió su escudilla, su toalla, su navaja y su suavizador—. ¿También café, señor?

—Le ascenderé a coronel si consigue encontrarme café, Laird.

—Ya me ascendió ayer a general, señor —dijo Laird sonriendo.

—¿Lo hice? Pues haga méritos para conservar un cargo tan elevado.

—Haré todo lo que esté en mi mano, señor.

McLean llevó a Fielding hasta el terraplén occidental del fuerte, que estaba orientado hacia el alto y boscoso cantil. Era ridículo llamarlo terraplén, pues todavía no estaba acabado y cualquier hombre en forma podría saltarlo con facilidad. El foso que había delante era poco profundo y las afiladas estacas de su lecho difícilmente retrasarían al enemigo más allá de un momento. Los hombres de McLean habían empezado a trabajar al amanecer para levantar más la empalizada, pero el general sabía que necesitaría otra semana de trabajo ininterrumpido sólo para hacer los terraplenes tan altos como para detener un ataque. Usó su vara para ayudarse a subir por la pila de troncos y tierra apisonada que formaba el terraplén y miró hacia el puerto, más allá de la flotilla de Mowat, donde los buques de guerra enemigos estaban anclados en la bahía.

—No hay niebla esta mañana, capitán.

—No, nada de niebla, señor.

—Dios nos sonrío, ¿eh?

—Es que Dios es inglés, señor, ¿lo recuerda? —sugirió Fielding con una sonrisa.

El capitán Michael Fielding, artillero de uniforme azul, también era inglés. Tenía treinta años, el cabello claro, los ojos azules y su elegancia resultaba deslumbrante; tanto, que daba la impresión de estar bien lejos, en algún salón de Londres, en vez de en medio de las agrestes tierras americanas. Era la personificación del tipo de inglés que McLean aborrecía por instinto. Resultaba además lánguido en exceso, demasiado arrogante y más apuesto de lo necesario, aunque para sorpresa de McLean el capitán Fielding también era eficiente, servicial e ingenioso. Tenía a su mando a cincuenta artilleros y comandaba un extraño surtido de cañones: de seis libras, de nueve libras y de doce libras, algunos montados en arcones, un par de ellos en cureñas de campaña y el resto sobre afustes. Los cañones habían sido reunidos a duras penas en los depósitos de Halifax para formar baterías improvisadas, así que, como pensaba McLean, todo en aquella expedición era improvisado. No tenía suficientes hombres, barcos ni cañones.

—Sí —dijo McLean melancólico—, me parece bien lo del *abatis*.

—¿Podría prestarme cuarenta hombres, señor? —sugirió Fielding.

McLean pensó en la petición. Tenía casi doscientos hombres repartidos en una línea de piquetes que vigilaba aquellos lugares donde los yanquis podrían intentar bajar a tierra. Consideraba que el acercamiento enemigo al cantil de la tarde anterior sólo había sido un farol. Querían que pensara que atacarían la península por el extremo oeste, pero estaba seguro de que elegirían o bien el puerto o bien el paso, y el paso era con mucho el punto de desembarco más probable. Aunque tenía que vigilar todos los posibles lugares de desembarco, y los piquetes que controlaban la orilla ocupaban a casi un tercio de sus hombres. El resto estaba trabajando en ahondar el pozo del fuerte y levantar sus empalizadas, pero si accedía a la petición de Fielding, tendría que prescindir de algunos de aquellos hombres, lo que supondría un progreso más lento de los vitales terraplenes. Con todo, el *abatis* era una buena idea.

—¿Cuarenta hombres serán suficientes?

—También necesitamos un buey con arrieros, señor.

—Bien, los tendrá —dijo McLean, pero sus arrieros estaban ocupados acarreando material desde la playa del puerto, donde seguían apilados la mayoría de los cañones de Fielding.

McLean miró los bastiones gemelos que flanqueaban la cortina oeste de la empalizada del fuerte. Hasta ahora sólo tenía montados dos cañones, lo que como defensa resultaba miserable. Sería bastante fácil traer cañones al fuerte, pero la empalizada alcanzaba justo la altura en que esos cañones necesitarían plataformas, y las plataformas necesitaban tiempo y hombres.

—¿Dónde situaría usted el *abatis*? —preguntó.

Fielding indicó hacia el oeste.

—Yo cubriría esa vía de aproximación, señor, y el flanco norte.

—Sí —accedió McLean.

Un *abatis* en curva alrededor del oeste y el norte del fuerte obstaculizaría cualquier ataque yanqui desde el cantil o desde el paso.

—Mucha de la madera necesaria ya está cortada, señor —explicó Fielding, intentando persuadir a McLean.

—Así es, así es —dijo McLean distraído. Hizo un gesto al inglés para que se apartaran de la empalizada y cruzaron el foso para que así no los oyesen las partidas de fajina que colocaban troncos sobre el terraplén—. Permítame que sea franco con usted, capitán —dijo McLean, con gravedad.

—Por supuesto, señor.

—Hay miles de esos granujas rebeldes. Si vienen, capitán, y sin duda vendrán, debo suponer que nos atacarán dos mil o tres mil hombres. ¿Sabe lo que eso significa?

Fielding se quedó en silencio un par de segundos, después asintió.

—Lo sé, señor.

—Yo ya he visto suficiente guerra —se quejó McLean, pesaroso.

—¿Quiere decir, señor, que no podemos resistir frente a tres mil hombres?

—Oh, resistir podemos, capitán. Podemos hacerles algo de pupa, desde luego, pero ¿podemos derrotarlos? —McLean se volvió e hizo un gesto hacia la empalizada a medio acabar—. Si ese terraplén tuviese tres metros de altura, yo podría morir de viejo dentro del fuerte, y si tuviéramos una docena de cañones ya montados, me atrevería a decir que podríamos derrotar incluso a diez mil hombres. Pero ¿y si vienen hoy? ¿O mañana?

—Nos machacarán, señor.

—Sí, eso es. Y no es ningún cobarde el que está hablándole, capitán.

Fielding sonrió.

—Nadie, señor, puede acusar al general McLean de cobardía.

—Se lo agradezco, capitán —dijo McLean y después se volvió hacia el oeste para

mirar hacia el terreno elevado.

La cresta ascendía con suavidad, tachonada por los tocones de los árboles caídos.

—Sólo estoy siendo sincero con usted, capitán —prosiguió tras un breve silencio—. El enemigo va a venir y nosotros vamos a resistir, pero no quiero que haya aquí una masacre. Ya lo he visto otras veces. He visto hombres enfurecerse hasta la ira y los he visto masacrando a una guarnición, y no he venido aquí para conducir a jóvenes escoceses a una tumba prematura.

—Lo entiendo, señor —dijo Fielding.

—Espero que así sea. —McLean se volvió para mirar hacia el norte, donde el terreno despejado se extendía hasta los bosques que ocultaban el ancho paso. Por allí era por donde pensaba que aparecería su enemigo—. Cumplamos con nuestro deber, capitán —dijo—, pero no lucharé hasta el último hombre si no veo una oportunidad de derrotar a esos sinvergüenzas. Bastantes madres escocesas han perdido ya a sus hijos —hizo una pausa, luego sonrió al oficial de artillería—. Pero tampoco me rendiré fácilmente, así que esto es lo que vamos a hacer. Levante su *abatis*.

Empiece por el lado norte, capitán. ¿De cuánta cañonería montada en arcones dispone?

—Tres de nueve libras, señor.

—Emplácelos justo delante del fuerte en la esquina noreste. ¿Tiene metralla?

—En abundancia, señor, y el capitán Mowat ha enviado botes de metralla.

—Eso es bueno. Así que, si el enemigo viene desde el norte, que es lo que yo creo que hará, puede darles una cálida bienvenida.

—¿Y si vienen de esta dirección, señor? —preguntó Fielding, señalando el alto cantil del oeste.

—Perderemos nuestra apuesta —admitió McLean.

Tenía la esperanza de haber juzgado bien al alto inglés. Un estúpido habría juzgado aquella conversación como inspirada por la cobardía, incluso por una cobardía traicionera, pero McLean consideraba que Fielding era lo bastante sutil y sensato como para entender lo que él acababa de decirle. El brigadier Francis McLean ya había visto guerras suficientes para saber cuándo no tenía sentido luchar, y no quería centenares de muertes innecesarias sobre su conciencia, aunque tampoco estaba dispuesto a servirles la victoria en bandeja a los rebeldes. Lucharía, cumpliría con su deber y dejaría de combatir cuando viera que la derrota era inevitable.

McLean regresó hacia el fuerte y entonces, de repente, recordó un asunto que necesitaba airear.

—¿No habrán estado sus bribones robando patatas del jardín del doctor Calef, verdad? —preguntó.

—No que yo sepa, señor.

—Bien, pues alguien lo ha hecho, ¡y el doctor no está precisamente contento!

—¿No es un poco pronto para las patatas, señor?

—¡Eso no los detendrá! Y sin duda esas patatas sabrán bastante bien, así que diga

a sus muchachos que azotaré al próximo hombre que sea sorprendido robando las patatas del doctor. Es más, o cualquier otra verdura. Demontres, me desesperan estos soldados. Podría hacerles marchar por el cielo y robarían hasta la última arpa. — McLean hizo un gesto hacia el fuerte—. Ahora, veamos si esos huevos están ya a punto.

Existía una posibilidad, pensó McLean, sólo una remota posibilidad, de que un ataque rebelde pudiera ser repelido y la propuesta del *abatis* de Fielding la incrementaría un ápice. Un *abatis* era sólo un obstáculo de madera en bruto, una línea de ramas grandes y troncos sin desbastar. El *abatis* no podría detener un asalto, pero retrasaría el ataque enemigo; mientras los hombres buscaban un camino para sortear el embrollo de maderas, y mientras los yanquis se amontonaban tras la maraña de ramas, los cañones de Fielding podrían destrozarlos con metralla como si fueran enormes disparos de mosquete. McLean emplazaría los tres cañones de nueve libras en su flanco derecho para que así, cuando el enemigo rodeara el *abatis* por el espacio abierto, avanzara directo hacia el fuego de los cañones, y unos soldados rasos, sin experiencia bélica, se acobardarían por tal concentración de fuego de artillería. Quizá, y sólo quizá, el *abatis* diera a los cañones el tiempo suficiente para convencer al enemigo de que no le convenía proseguir su ataque. Era una mínima posibilidad, pero si los yanquis llegaban por el oeste, desde el cantil, McLean calculaba que no tendrían ninguna oportunidad en absoluto. No tenía la artillería necesaria, así que se limitaría a recibirlos con disparos de los dos cañones emplazados en los terraplenes del oeste y después se rendiría a lo inevitable.

Laird tenía los huevos escalfados esperando sobre una mesa colocada al aire libre.

—Y tienen ustedes patatas fritas, señor —anunció alegremente.

—¿Patatas, Laird?

—Patatitas nuevas, señor, frescas como margaritas. Y café, señor.

—Es usted un pillastre, Laird, un maldito pillastre sin escrúpulos.

—Sí, señor, lo soy, señor; y gracias, señor.

McLean se sentó a tomar su desayuno. Levantó la vista hacia la bandera que ondeaba brillante bajo la nueva luz del día y se preguntó qué bandera ondearía cuando se pusiera el sol.

—Tenemos que hacerlo lo mejor que podamos —le dijo a Fielding—, y eso es todo lo que podemos hacer. Lo mejor que podamos.

*

La infantería de marina atacaría la batería británica de Cross Island, lo que significaba que el general Wadsworth no podría contar con ella en el ataque contra el cantil.

—En realidad, eso no es significativo —había declarado Solomon Lovell—. Estoy seguro de que los infantes de marina son unos tipos excelentes —le había dicho

a Wadsworth—, ¡pero somos nosotros, los hombres de Massachusetts, los que debemos hacer el trabajo! Y podemos hacer ese trabajo, ¡por mi alma que podemos!

—Bajo su inspirado liderazgo, general —se entrometió el reverendo Murray.

—Bajo el liderazgo de Dios —había dicho Lovell en tono de reproche.

—El buen Dios escoge bien sus instrumentos —apostilló Murray.

—Así que ésta será una victoria sólo para la milicia —le había dicho Lovell a Wadsworth.

Y Wadsworth pensó que quizá Lovell tuviese razón. Sintió esa misma esperanza estando de pie en la cubierta de popa de la balandra *Bethaiah*, mientras escuchaba la arenga del mayor Daniel Littlefield a los hombres de la milicia del condado de York.

—¡Esos casacas rojas son sólo críos! —dijo Littlefield a sus hombres—. Y no están instruidos para luchar como nosotros lo hacemos. ¿Recuerdan todas esas tardes en el campo de maniobras? Algunos de ustedes se quejaban de eso, preferirían haber estado bebiendo la cerveza de pino de Ichibod Flanders, pero ya me lo agradecerán cuando estemos en tierra. ¡Ustedes están preparados! ¡Y son mejores que cualquier maldito casaca roja! Ellos no son ingeniosos como ustedes, no disparan tan recto como ustedes ¡y están asustados! ¡Recuerden eso! Son críos asustados a mucha distancia de su casa. —Littlefield sonrió a sus hombres y después señaló a un gigante barbudo que estaba agachado en la fila delantera de las tropas allí reunidas—. Isaac Whitney, contésteme a esto. ¿Por qué visten de rojo los soldados británicos?

Whitney frunció el ceño.

—¿Quizá para que no se vea la sangre?

—¡No! —gritó Littlefield—. ¡Visten de rojo para convertirse en blancos fáciles! —Los hombres rieron—. Todos ustedes son buenos tiradores —continuó Littlefield—, y hoy disparan por la libertad, por sus hogares, por sus esposas, por sus novias, ¡y para que así ninguno de nosotros tenga que vivir bajo una tiranía extranjera!

—Amén a eso —gritó un hombre.

—¡No más impuestos! —añadió otro hombre.

—¡Amén a eso! —dijo Littlefield.

El capitán del condado de York irradiaba confianza, y Wadsworth, observando y escuchando, se sintió inmensamente esperanzado. La milicia andaba corta de fuerzas y muchos de sus hombres tenían la barba gris o apenas eran hombres, pero Daniel Littlefield estaba animándolos.

—Vamos a ir a tierra —prosiguió Littlefield— y tenemos que subir por esa pendiente tan empinada. ¿Lo ven, muchachos? —Señaló el cantil—. Será una subida bastante dura, pero estarán entre los árboles. Los casacas rojas no podrán verlos entre los árboles. Dispararán, claro está, pero no estarán apuntando, así que ustedes limítense a trepar, muchachos. Si no saben hacia dónde ir, síganme. Yo subiré en línea recta y arriba dispararé a algunos de esos críos de rojo para que caigan de vuelta al océano. Y recuerden —hizo una pausa, mientras miraba con seriedad a sus hombres de uno en uno—, ¡recuerden! Ellos están mucho más asustados de ustedes

que ustedes de ellos. Oh, ya sé que parecen muy finos y elegantes cuando desfilan, pero es cuando ustedes están en el bosque y los cañones empiezan a hablar cuando un soldado se gana su paga, y nosotros somos mejores soldados. ¿Oyen eso? ¡Somos mejores soldados y vamos a patear sus reales traseros desde hoy hasta el Día del Juicio! —Los hombres aclamaron aquella sensiblería.

Littlefield esperó a que terminaran los vítores.

—Ahora, muchachos, vayan a limpiar sus armas, engrasen sus martillos y afilen sus bayonetas. Tenemos un gran trabajo de Dios por hacer.

—Excelente discurso —felicitó Wadsworth al mayor.

Littlefield sonrió.

—Un discurso sincero, señor.

—Nunca lo he dudado.

—Esos casacas rojas sólo son críos asustados —dijo Littlefield, mirando hacia el cantil, donde, supuso, la infantería británica estaría esperando entre los árboles—. Sobrevaloramos al enemigo, señor. Pensamos que, como visten uniformes rojos, deben de ser ogros; pero sólo son críos. Marchan con mucha prestancia y saben cómo formar una hilera bien recta, ¡pero eso no los convierte en soldados! Los derrotaremos. Creo que estuvo usted en Lexington, ¿verdad?

—Sí, estuve allí.

—¡Entonces vio correr a los casacas rojas!

—Los vi retirándose, sí.

—Bueno, no digo que no tengan disciplina, señor, pero aun así ustedes les hicieron retroceder. No están preparados para este tipo de lucha. Están formados para luchar en grandes batallas a campo abierto, no para ser masacrados entre la maleza, así que no debe tener dudas, señor. Venceremos.

El mayor tenía razón, pensó Wadsworth, los casacas rojas estaban entrenados para combatir en grandes batallas donde los hombres tenían que permanecer a la intemperie e intercambiar ráfagas de fuego de mosquete. Wadsworth había visto eso en Long Island y había admirado de mala gana la férrea disciplina del enemigo, pero ¿aquí?

¿Aquí, entre los oscuros árboles de Majabigwaduce? Seguramente el miedo haría estragos en esa disciplina.

La batería británica de lo alto del cantil escupía ruido y humo. Desde la *Bethaiah* era invisible, porque los casacas rojas la habían orientado hacia el sur para disparar sobre la entrada al puerto en vez de apuntar hacia el oeste, hacia los transportes anclados. Los cañones estaban disparando contra el *Hampden*, que de nuevo descargaba sus cañonazos sobre las balandras británicas. El *Tyrannicide* y el *Black Prince* avanzaban detrás del barco de New Hampshire, y su trabajo era distraer a los británicos y mantener a los marines reales a bordo de las balandras. Wadsworth se preguntó si los cañones de lo alto de la Cabeza de Dyce estarían bien protegidos.

—Su tarea —le dijo a Littlefield— es simplemente amenazar al enemigo. ¿Lo ha

entendido?

—Una demostración para disuadir al enemigo de enviar refuerzos a Cross Island, ¿no es así, señor?

—Exactamente.

—Pero ¿y si se nos presenta una oportunidad? —preguntó Littlefield con una sonrisa.

—Desde luego, sería una bendición para el comodoro si pudiésemos destruir esos cañones —respondió Wadsworth, indicando con un gesto la niebla de humo de pólvora que persistía alrededor del cantil.

—No puedo prometer nada, señor —dijo Littlefield—, pero considero que mis hombres se sentirán más felices con la buena tierra de Dios bajo sus pies. Déjeme que huelga al enemigo, señor. Si son pocos, haremos que sean unos pocos menos.

—Pero sin riesgos innecesarios, mayor —le advirtió Wadsworth con severidad—. Desembarcaremos más tropas mañana. ¡No quiero perderle a usted esta tarde!

—¡Oh, no me perderá! —exclamó Littlefield con rostro risueño—. Mi intención es ver al último casaca roja marchándose de América, y le ayudaré a recorrer su camino con un golpe de mi bota en su trasero. —Se volvió hacia sus hombres—. ¡Bien, granujas! ¡A los botes! ¡Tenemos casacas rojas que matar!

—Tenga cuidado, mayor —dijo Wadsworth, y de inmediato se arrepintió de sus palabras, porque a sus oídos habían sonado poco convincentes.

—No se preocupe, señor —respondió Littlefield—, ¡vamos a ganar!
Wadsworth le creyó.

*

Aquella tarde, mientras las naves americanas se acercaban a la boca del puerto y abrían fuego contra las tres embarcaciones británicas, el capitán de infantería de marina Welch estaba a bordo de la balandra continental *Providence*, que guiaba a los dos barcos de la Marina de Massachusetts, el *Pallas* y el *Defence*. El viento soplaba ligero y las tres pequeñas embarcaciones avanzaban a remo.

—Lo llamamos viento de fresno blanco —explicó Hoysteed Hacker, capitán de la *Providence*, a Welch.

Los remos de fresno eran monstruosamente largos y de incómodo manejo, pero la tripulación del barco se empleaba con entusiasmo para llevar la balandra hacia el sur, a contracorriente de la marea. Estuvieron bogando hacia el canal que fluía al sur de Cross Island.

—Hay un escollo justo en el puñetero centro del canal —dijo Hacker—, y nadie sabe a cuánta profundidad. Pero la marea nos ayudará una vez que estemos dentro.

Welch asintió, pero permaneció en silencio. Estaba mirando otra vez hacia el norte. Los barcos americanos volvían a descargar sus cañonazos contra las tres balandras británicas, que ahora devolvían el fuego, envolviendo sus cascos en una

humareda grisácea. El lado norte de Cross Island, desde donde las baterías británicas cañoneaban a los americanos, también estaba velado por el humo. Más hacia el norte, Welch podía ver las barcas alejándose de las naves de transporte. Bien. Los británicos debían de saber por qué la *Providence*, el *Pallas* y el *Defence* se estaban acercando a Cross Island, pero no se atrevían a enviar refuerzos por el puerto; no mientras un ataque más serio amenazaba el cantil.

—Desembarcaremos enseguida —gruñó Welch a sus hombres, al tiempo que los remeros hacían virar la balandra hacia el angosto canal—, así que calemos las bayonetas y ¡a marcha forzada! ¿Me han entendido? ¡A marcha forzada!

Justo en ese momento, un sonido chirriante subió desde el casco de la *Providence* y la balandra dio una sacudida y se detuvo en un instante.

—Una roca —explicó lacónico Hoysteed Hacker.

Así que alrededor de unos doscientos infantes de marina no podían salir a marcha forzada porque tenían que esperar a que la marea elevara el casco de la *Providence* por encima del escollo. Welch estaba a punto de estallar. Quería matar, quería luchar y, en vez de eso, estaba varado en el canal y lo único que ahora podía ver era la joroba boscosa de Cross Island con el humo que decoloraba el cielo en lo alto. El sonido de los cañonazos era incesante, como un trueno continuo, y de vez en cuando, en medio de aquel diabólico redoble, oía el crujido de un proyectil haciendo blanco en madera. Welch estaba inquieto. Imaginaba casacas rojas transportados por el puerto, pero la *Providence* seguía sin poder avanzar.

—¡Maldita sea! —estalló Welch.

—La marea ya está subiendo —dijo Hoysteed Hacker. Era un hombre grande, igual de alto que Welch, de hombros tan anchos que casi reventaban las costuras de su uniforme naval. Tenía un rostro duro, con espesas cejas y mandíbula marcada, y una fea cicatriz en la mejilla izquierda. La cicatriz se la había causado una pica de abordaje esgrimida por un marinero británico a bordo del *Diligent*, bergantín que Hacker había capturado. Ahora aquel marinero estaba muerto, destripado por el pesado sable de Hacker, y el *Diligent* estaba fondeado en la bahía de Penobscot bajo la insignia de la Marina Continental. Así que Hoysteed Hacker no iba a sentirse intimidado por la impaciencia de Welch—. No se puede meter prisa a la marea —sentenció.

—¡Por el Amor de Dios! ¿Cuánto tiempo más?

—El que sea necesario.

Tuvieron que esperar media hora más, pero por fin la quilla de la *Providence* se zafó de la roca hundida y la balandra siguió su camino hacia una pequeña cala pedregosa. Su proa tocó tierra y quedó allí retenida por el suave viento. Las dos embarcaciones más pequeñas vararon a ambos lados y los infantes saltaron al agua y vadearon hasta la orilla, llevando las cajas de cartuchos y los mosquetes sobre sus cabezas. Welch comandaba una compañía mientras el capitán Davis, que aún vestía la casaca azul del Ejército Continental en lugar del uniforme verde, dirigía a la otra.

—Adelante —ordenó Welch.

Los marines calaron sus bayonetas. Los árboles amortiguaban el sonido de los cañones de la batería, a menos de trescientos metros hacia el norte. Los británicos no habían destacado ningún centinela en la parte sur de la isla, pero Welch sabía que habrían visto los mástiles sobresaliendo por encima de los árboles y supuso que estarían moviendo algún cañón para enfrentarse al esperado ataque.

—¡Dense prisa! —gritó Welch mientras dirigía el avance.

Doscientos veinte infantes se internaron entre los árboles. Avanzaban en un orden tosco, con las bayonetas brillando al sol poniente que refulgía entre los densos pinos. Subieron por la pendiente de la isla, coronaron la cima y allí, ante ellos y apenas visible entre los muchos troncos, estaba el pequeño campamento de la playa.

Había cuatro tiendas, el asta de una bandera y la batería, donde se veía a los casacas rojas y a los casacas azules, y Welch, al ver de cerca al enemigo, sintió que la furia del combate crecía en su interior, una furia alimentada por su odio a los británicos. Ningún cañón apuntaba hacia él. El maldito enemigo aún estaba disparando a los barcos americanos. ¡Les enseñaría a matar americanos! Deslizó su sable de abordaje fuera de la vaina, lanzó un grito de guerra y encabezó la carga colina abajo.

Veintidós hombres de artillería manejaban los cañones y veinte marines reales los protegían. Oyeron los gritos de los infantes enemigos, vieron la luz del sol reflejándose en los largos sables y los artilleros salieron corriendo. Tenían chalupas en la playa cerca de la batería y abandonaron los cañones, lo abandonaron todo y corrieron hasta sus botes. Sacaron las tres barcas a empujones de los guijarros y saltaron a bordo justo cuando los americanos salían de entre los árboles. Una barca fue más lenta. Ya estaba a flote, pero cuando los dos hombres que habían tirado de su proa se apoyaron en la borda, la barca volvió a encallar. Un sargento de artilleros saltó fuera y volvió a tirar del bote, y una voz dio un grito de aviso cuando un infante de marina se internó corriendo en las aguas poco profundas. El sargento volvió a tirar de la proa del bote, pero alguien agarró su casaca y tiró de él hacia la playa. La chalupa flotó libremente y sus remeros cieron desesperados, virando y dirigiendo la embarcación hacia la *Nautilus*, la balandra británica más cercana. Los soldados de uniforme verde disparaban a los remeros. Las balas de mosquete se incrustaban en la borda, un remero soltó su guión para llevarse una mano al brazo, que de repente brillaba enrojecido por la sangre; después otra descarga de mosquetes fue disparada desde el castillo de proa de la *Nautilus* y las balas pasaron silbando sobre las cabezas de los infantes de marina.

El sargento de artillería lanzó un puñetazo contra Welch, que bloqueó su puño con la mano izquierda y, enfurecido, dio una estocada con su sable en el pescuezo del sargento. La hoja se hincó en la carne, Welch la empujó aún más y la sangre brotó como un surtidor. Welch seguía gritando. La sangre le nublabla la vista cuando agarró el cabello del hombre herido y tiró de él contra la hoja recién afilada, y más sangre

seguía manando, ahora a chorros; el sargento de artillería hacía un ruido gorgoteante de ahogo y Welch, con su casaca verde oscurecida por las salpicaduras de sangre británica, jadeaba mientras intentaba hundir la hoja todavía más. La corriente diluía la sangre y después el sargento cayó y el agua poco profunda se nubló por un momento alrededor de su cuerpo convulsionado. Welch apoyó una bota en el rostro del hombre y lo empujó hacia abajo. Mantuvo así al moribundo hasta que el cuerpo quedó inmóvil.

Más mosquetes disparaban desde la *Nautilus*, aunque los infantes de marina reales del castillo de proa de la balandra estaban apuntando a una distancia excesiva y ninguno de los americanos de la playa de Cross Island fue alcanzado. El costado de la *Nautilus* miraba hacia el oeste y no se podía desplazar ningún cañón para apuntar a la playa, por eso los marines reales disparaban con sus mosquetes.

—¡A la batería! —gritó el capitán Davis.

La batería capturada apuntaba al noroeste y un pequeño montículo de tierra rocosa la protegía de la *Nautilus*, así que los rebeldes estaban bastante seguros tras sus bajos parapetos. Descubrieron cuatro cañones en el emplazamiento. Dos aún tenían los tubos demasiado calientes tras disparar a los barcos americanos como para poder tocarlos, pero el otro par aún tenía que ser montado sobre sus cureñas, que estaban abandonadas junto a una tosca fosa excavada a modo de improvisado polvorín. El capitán Davis dejó la marca de un dedo sobre el monograma real de uno de los cañones desmontados y pensó en lo amable que era el rey Jorge al proporcionar cañones para la causa de la libertad.

Los hombres saquearon las tiendas. Había mantas, cuchillos con cachas de hueso, un fragmento de espejo y, en una caja de nogal, tres navajas de afeitar con mango de marfil. Había una Biblia, evidentemente muy usada, dos paquetes de naipes y un juego de dados no menos usados y también de marfil; así como un barril abierto de cerdo en salazón, una caja de galletas marineras y dos pequeñas frascas de ron. Junto a los cañones estaban las mazas y las puntas de hierro que tendrían que haber sido empleadas para inutilizar los cañones, pero la velocidad del ataque había hecho correr a los británicos antes de que pudieran clavar los cañones.

La bandera británica aún estaba ondeando. Welch la arrió y, por primera vez aquel día, mostró una sonrisa en su rostro manchado de sangre. Dobló la bandera cuidadosamente y después hizo un gesto a uno de sus sargentos.

—Llévese este trapo a la *Providence* —ordenó—, y pídale al capitán Hacker que nos preste un bote y su tripulación. Él ya espera que se lo pida. Después llévele la bandera al general Lovell.

—¿Al general Lovell? —preguntó el sargento, sorprendido—. ¿No al comodoro, señor? —El comandante de los marines era el comodoro Saltonstall, no el brigadier.

—Llévesela al general Lovell —repitió Welch—. Esa bandera —señaló por encima del promontorio de tierra y rocas donde, a la luz del atardecer, se veía la bandera que ondeaba sobre Fort George—, ésa es la que pertenecerá a los marines. —

Bajó la mirada a los pliegues de la tela desteñida por el sol que tenía en sus grandes manos; después, con un estremecimiento, escupió sobre la bandera—. Dígale al general Lovell que es un obsequio. —Puso la bandera en las manos del sargento—. ¿Lo ha entendido? Dígale que es un obsequio de la infantería de marina.

Welch consideraba que el puñetero brigadier general Solomon Lovell necesitaba aprender quién iba a ganar esta campaña. No la milicia de Lovell, sino la infantería de marina. Los marines, los mejores, los ganadores. Y Welch los guiaría hasta la victoria.

De una petición firmada por treinta y dos oficiales pertenecientes a los buques de guerra americanos de la bahía de Penobscot y enviada al comodoro Saltonstall, 27 de julio de 1779:

Al Ilustrísimo Comodoro y Comandante en Jefe de la Flota [...] nosotros, sus solicitantes, fuertemente Convencidos de la importancia de la Expedición, y fervientemente deseosos de prestar a nuestro País todo el Servicio en nuestro poder solicitaríamos a su Excelencia que los más raudos Esfuerzos sean empleados para Conseguir el designio a nosotros encomendado. Creemos que las Demoras en el Caso presente son extremadamente peligrosas: pues nuestros Enemigos se Fortalecen cada día y así se Refuerzan... No hay ánimo de Aconsejar por nuestra parte, ni de Censurar Sus pasadas Conductas, Sino que sólo intentamos expresar nuestro deseo de mejorar la presente Oportunidad de entrar Inmediatamente en el Puerto, y Atacar los Barcos Enemigos.

Del diario del sargento William Lawrence, Artillería Real, 13 de julio de 1779:

La noche es considerada por nuestro enemigo el momento más Favorable para arrasar Campamentos [...] y Nadie está tan preparado para aprovechar esa Ventaja como los súbditos de su Majestad ahora en Rebelión, quienes en campo Abierto tiemblan ante un soldado británico.

Del libro de órdenes del general Lovell, 24 de julio de 1779, cuartel general a bordo del transporte Sally:

Los Oficiales tendrán cuidado de que todo hombre esté completamente Equipado con Armas y Munición y de que tengan qué beber en sus Cantimploras y un Bocado para sus Morrales [...] el General se congratula de que haya una Oportunidad de obtener los más completos Esfuerzos de todo Oficial y Soldado no sólo para mantener, sino para añadir nuevo Lustre a la Fama de la Milicia de Massachusetts.

CAPÍTULO VI

La luz del día se apagaba. El cielo del oeste brillaba enrojecido y su luz era reflejada en refulgentes y cambiantes ondas por toda la bahía. Los barcos rebeldes habían estado disparando contra las tres balandras británicas, pero, al igual que el día anterior, ninguna había intentado perforar la línea de Mowat y entrar así en el puerto. Disparaban a distancia, apuntando a la nube de humo que se enrojecía en algunos puntos, a la humareda que envolvía las naves del rey y de la que sobresalían los mástiles.

Se oyó una ovación en los barcos rebeldes cuando vieron que la bandera se arriaba en Cross Island. Todos los hombres sabían lo que eso significaba. Los británicos habían perdido la batería al sur de la entrada del puerto y ahora los americanos podrían emplazar allí su propia batería, una batería que estaría cerca de la línea de Mowat y podría cañonear sus tres barcos sin piedad. El baluarte al sur del puerto, Cross Island, había sido capturado y, mientras el sol se teñía de fuego escarlata hacia el oeste y los barcos rebeldes seguían descargando sus cañonazos sobre las distantes balandras, la milicia del mayor Daniel Littlefield estaba siendo transportada hacia el baluarte norte.

Ese baluarte era la Cabeza de Dyce, el alto cantil rocoso sobre el cual los casacas rojas esperaban y desde donde la batería de cañones de seis libras disparaba sobre los barcos atacantes. La tarde estaba tan calmada que el humo de los cañones permanecía entre los árboles; de hecho, apenas había brisa para mover las naves americanas que eructaban fuego, palanquetas, balas encadenadas y balas rasas sobre las tres balandras de Mowat, pero un capricho de aquel vientecillo, un repentino movimiento del aire veraniego, duró lo bastante como para retirar el humo de la *Albany*, situada justo en el centro de la línea de Mowat, y el capitán escocés, de pie en su cubierta de popa, vio las barcas alejándose de los transportes americanos y dirigiéndose hacia el cantil.

—¡Señor Frobisher! —gritó Mowat.

El primer teniente de la *Albany*, que estaba supervisando los cañones de estribor, se volvió hacia el capitán.

—¿Señor?

Un proyectil pasó silbando sobre sus cabezas. Palanqueta o bala encadenada, dedujo Mowat por el sonido. Los rebeldes parecían haber estado apuntando sobre todo a sus jarcias, pero su cañonería era pobre y ninguna de las balandras había sufrido daños significativos. Un par de obenques y drizas se habían partido y los cascos estaban arañados, pero las balandras no habían perdido ni hombres ni armas.

—Chalupas aproximándose a la orilla —gritó Mowat a Frobisher—, ¿las ve?

—¡Sí, señor, las veo!

Frobisher dio unos golpecitos en el hombro de un capitán de artillería. El artillero era un hombre de mediana edad de larga cabellera gris recogida en una trenza. Llevaba una bufanda envuelta alrededor de las orejas. Miró hacia donde Frobisher

apuntaba y asintió para mostrar que entendía lo que se quería de él. Su cañón, uno de nueve libras, ya estaba cargado con un proyectil.

—¡Arma en posición! —ordenó, y sus hombres agarraron el palanquín y tiraron del cañón para que la boca del tubo asomara por la tronera. Gritó a sus hombres, ensordecidos por los cañonazos, que giraran la pesada cureña, cosa que hicieron con largos pies de cabra que arañaron la pulimentada cubierta de Mowat.

—No se crea que vamos a alcanzar a esos cabrones —le dijo el capitán de artillería a Frobisher—, pero podemos mojarlos.

Ya no podían ver las barcas de remos de los rebeldes porque el viento caprichoso había cesado y una espesa y cáustica humareda estaba envolviendo de nuevo a la *Albany*, pero calculó que a grandes rasgos su cañón estaba apuntado en la dirección correcta. El capitán introdujo un fino punzón por el oído del cañón para perforar la tela del cartucho de pólvora de la recámara; después deslizó una mecha formada por una caña rellena con pólvora finamente molida en el orificio que había hecho.

—¡Apártense, cabrones! —gritó, y acercó el botafuego a la mecha.

El cañón hizo añicos el aire de la tarde con su estruendo. Una humareda, densa como niebla londinense, se hinchó apestándolo todo. Una llamarada perforó el humo, encendiéndolo y desvaneciéndose al momento. El arma reculó, haciendo chirriar las ruedas de la cureña hasta que las cuerdas del braguero quedaron tensas como barras para controlar el retroceso.

—¡Lanada! —gritó el capitán de artilleros, tapando el oído con su pulgar protegido por un dedil de cuero.

—Envíeles otra bola a esas barcas —grito Frobisher por encima del ruido de los cañones—, y después vuelva a apuntar a sus barcos.

—¡Eso está hecho, señor!

Los cañones habían estado disparando a los barcos americanos que maniobraban a casi una milla hacia el oeste. Las chalupas estaban más o menos a la misma distancia, así que el capitán no había necesitado cambiar la levísima inclinación del arma. Había empleado una carga de treinta y seis libras y un kilo y pico de pólvora, y la bala rasa salió por la boca del cañón a una velocidad de casi trescientos metros por segundo. La bala perdió parte de su velocidad al cubrir esa distancia antes de alcanzar el agua, pero habían pasado menos de cinco segundos cuando el proyectil golpeó el agua, levantando una ola, rebotó hacia delante a poca altura y después, dejando un rastro de salpicaduras, cayó a plomo justo en medio de la chalupa del mayor Littlefield.

Al general Wadsworth, que observaba desde la *Bethaiah*, le dio la impresión de que la barca que iba en cabeza, simplemente, se desintegraba. Tracas de madera volaron por los aires, un hombre se elevó dando vueltas, hubo una explosión de agua blanca y después no quedó nada más que remos flotando, pedazos de madera astillada y hombres pugnando por permanecer a flote. Las otras chalupas acudieron al rescate, y estaban sacando a los náufragos del agua cuando un segundo cañonazo se hundió

cerca de allí entre salpicaduras y sin causar daño.

Por ahora las barcas habían dejado de avanzar hacia el cantil. Wadsworth esperaba que llegaran a tierra y después regresaran a por más hombres; de hecho, había planeado ir él mismo a tierra firme con ese segundo grupo, pero ahora las barcas de remos estaban dando la vuelta y volvían hacia los transportes.

—Espero que Littlefield no esté herido —dijo Wadsworth.

—Se necesita algo más que un cañonazo para tumbar al mayor, señor —comentó alegremente James Fletcher. Fletcher formaba parte ahora del personal de Wadsworth como ayudante no oficial y guía local.

—Asumiré que Littlefield decidió no desembarcar —dijo Wadsworth.

—Es difícil luchar cuando estás mojado como una rata ahogada, señor.

—Cierto —convino con una sonrisa Wadsworth; después se consoló pensando que la amenaza al cantil parecía haber conseguido su propósito, que era evitar que los británicos enviaran refuerzos o una fuerza de contraataque a Cross Island.

La luz se desvanecía deprisa. Hacia el este el cielo ya estaba oscuro, aunque todavía no se veían estrellas, y los cañonazos murieron con el día. Los buques de guerra americanos regresaron lentamente a su fondeadero mientras los hombres de Mowat, indemnes tras el duelo de la tarde, aseguraban sus cañones. Wadsworth se inclinó por encima de una tronera de la *Bethaiah* y bajó la vista hacia las ensombrecidas chalupas que se aproximaban a la balandra.

—¡Mayor Littlefield! —saludó—. ¡Mayor Littlefield! —gritó de nuevo.

—Se ahogó, señor —respondió una voz.

—¿Cómo dice?

—Él y otros dos hombres, señor. Desaparecieron, señor.

—Oh, Dios mío —exclamó Wadsworth.

En la orilla, al borde del cantil, se veía un fuego entre los árboles. Quizás alguien estaba preparando té o cocinando la cena.

Y el mayor Littlefield estaba muerto.

*

—Es trágico —comentó el general Lovell cuando Wadsworth le dio la noticia de la muerte de Daniel Littlefield, aunque Wadsworth no estaba totalmente seguro de que su oficial superior hubiese escuchado lo que le había dicho. Lovell estaba examinando una bandera británica que había traído a bordo de la *Sally* un achaparrado sargento de infantería de marina—. ¿No le parece espléndida? —exclamó Lovell—. Creo que se la regalaremos a la Corte General. ¡El primer trofeo, Wadsworth!

—El primero de los muchos que sin duda su excelencia enviará a Boston —comentó el reverendo Jonathan Murray.

—Es un obsequio de la infantería de marina —añadió impasible el sargento.

—Ya lo ha dicho usted, ya lo ha dicho —dijo Lovell con un deje de irritación; luego sonrió—, y debe transmitirle al capitán Welch mi más sincera gratitud. —Eché un vistazo a la mesa cubierta de papeles—. Levante esos documentos un segundo, Marston —ordenó a su secretario, y cuando la mesa quedó vacía de papel, tintero y plumas, desplegó la bandera bajo las lámparas, que oscilaban ligeramente—. ¡Caramba! —Lovell dio un paso atrás y admiró el trofeo—. ¡Esto quedará impresionante en Faneuil Hall!

—Debería pensar en enviársela a la esposa del mayor Littlefield —propuso Wadsworth.

—¿A su esposa? —preguntó Lovell, evidentemente sorprendido por la sugerencia—. ¿Y para qué podría querer ella una bandera?

—¿Como recuerdo de la gallardía de su marido?

—Oh, escríbale usted —dijo Lovell— asegurándole que el mayor Littlefield murió por la causa de la libertad, pero no veo por qué iba a necesitar ella una bandera enemiga. No lo veo, de verdad. Esto tiene que ir a Boston. —Se volvió hacia el sargento de marines—. ¡Gracias, amigo mío, gracias! Me aseguraré de que el comodoro sepa de mi satisfacción.

Lovell había convocado a su familia militar. John Marston, el secretario, estaba escribiendo en el libro de órdenes y Wadsworth hojeaba la lista de turnos de la milicia, mientras el teniente coronel Davis, oficial de enlace con los barcos de transporte, hacía recuento de las embarcaciones pequeñas disponibles para desembarcar. El reverendo Murray se encargaba de las sonrisas, al tiempo que el mayor Todd estaba limpiando una pistola con un retazo de franela.

—¿Envió usted mis órdenes al regimiento de artillería? —preguntó Lovell a Todd.

—Sí, señor —respondió Todd, antes de soplar sobre el martillo de la pistola para eliminar una mota de polvo.

—¿Entiende el coronel Revere que necesitamos apresurarnos?

—Le aclaré con vehemencia esa necesidad, señor —dijo Todd *con* paciencia. Se había ordenado al teniente coronel Revere que llevase sus cañones a la recién capturada Cross Island, que ahora sería defendida por una guarnición de marineros de la *Providence* y el *Pallas* bajo el mando de Hoysteed Hacker.

—¿Estarán los cañones del coronel Revere activos al amanecer? —preguntó Lovell.

—No veo por qué no iba a estarlo —respondió Wadsworth.

—Con eso nos desharemos de los barcos enemigos —dijo Lovell entusiasmado— y así se abrirá ante nosotros el camino hacia nuestro éxito. ¡Ah, Filmer! ¡Gracias!

Filmer, un sirviente, había traído la cena (panceta, judías y pan de maíz), que Lovell y sus acompañantes comieron en la mesa donde la bandera capturada sirvió de práctica servilleta para las manos grasientas del general.

—¿Han vuelto los marines a sus barcos? —preguntó Lovell.

—Ya han vuelto, señor —contestó Wadsworth.

—Aunque supongo que tendremos que volver a suplicarle al comodoro para poder emplearlos otra vez —dijo Lovell con resignación.

—Son formidables —observó Wadsworth.

Lovell hizo un gesto travieso, una media sonrisilla en su rostro habitualmente solemne.

—¿Han oído que los oficiales navales le enviaron una carta al comodoro? ¡Demontres! ¡Le reprenden por no haber entrado en el puerto! ¿Pueden creerse algo semejante?

—La carta demuestra una entrega admirable, señor —dijo Wadsworth sin cambiar su tono de voz.

—¡Y a él le habrá avergonzado! —exclamó Lovell, claramente encantado con ese pensamiento—. Pobre hombre —añadió diligente—, aunque quizás ese reproche le sirva de acicate para hacer un mayor esfuerzo, ¿no creen?

—Recemos para que así sea —intervino el reverendo Murray.

—Recemos para que no lo vuelva más obstinado en sus asuntos —replicó Wadsworth—, sobre todo porque necesitaremos a sus marines cuando ataquemos en serio.

—Supongo que sí los necesitaremos —dijo Lovell desganado—, si el comodoro está de acuerdo, por supuesto.

—Eso significaría usar una docena de chalupas para desembarcar a todos sus infantes —observó Davis—, y ya andamos escasos de barcas.

—No me gusta la idea de desembarcar poco a poco —dijo Lovell, que, era evidente, fantaseaba con la perspectiva de atacar sin la infantería de marina y conseguir así toda la gloria del triunfo para la milicia.

—¿Y por qué no usamos una de las goletas pequeñas? —sugirió Wadsworth—. He visto mover algunas a remos. Estoy seguro de que podríamos llevar una bien cerca de la costa, y una goleta podría transportar al menos un centenar de hombres.

Davis se planteó aquella solución y después asintió.

—La *Rachel* no tiene demasiado calado —propuso.

—Y necesitamos a los marines —dijo Wadsworth, a modo de indirecta irónica.

—Sí, supongo que sí —admitió Lovell—. Bien, pues solicitaremos su asistencia —hizo una pausa mientras daba golpecitos con su cuchillo contra el plato de peltre—. Cuando capturemos el fuerte —dijo al tiempo que cavilaba—, no quiero que ningún casaca roja escape hacia el norte por el istmo. ¿Deberíamos emplazar una fuerza al norte de allí? ¿Una tropa para bloquearlo?

—¿Y si usamos a los indios? —sugirió el mayor Todd, y sus anteojos reflejaron la luz de las lámparas—. Los británicos les tienen miedo a nuestros salvajes.

—Son demasiado valiosos como atacantes —dijo Wadsworth precipitadamente—. Los quiero en las fuerzas de asalto.

—Valiosos, quizá cuando están sobrios —repuso el mayor Todd, con un visible

escalofrío—, pero se han embriagado otra vez esta mañana.

—¿Los indios? —preguntó Lovell—. ¿Estaban borrachos?

—Perdidos, señor. Los hombres de la milicia les dieron ron para divertirse.

—El diablo está entre nosotros —sentenció Murray en tono siniestro— y debe ser extirpado.

—Desde luego, capellán —dijo Lovell y miró a Marston—, así que añada una nueva a las órdenes de esta noche. Ningún hombre proporcionará ron a los indios. Y, claro está, añada una mención lamentando la muerte del mayor... —Se detuvo.

—Littlefield —apuntó Wadsworth.

—Littlefield —prosiguió Lovell, como si no hubiese habido pausa—. Pobre Littlefield. Provenía de Gales, ¿verdad? Un lugar precioso. ¿Sus hombres podrían bloquear el istmo? Oh, y, Marston, haga alguna mención a los marines, ¿quiere? Debemos hacer elogios cuando esté justificado, en especial si vamos a necesitar hacer uso de ellos otra vez. —Rebañó la grasa de su plato con un trozo de pan y justo se lo estaba metiendo en la boca cuando sonó un golpazo en la puerta del camarote. Antes de que nadie pudiese responder, la puerta se abrió de par en par dejando ver a un indignado teniente coronel Revere, que se acercó hasta el extremo de la mesa y miró fijamente a Lovell, quien, con la boca llena, sólo pudo recibirlo con un jovial movimiento de la mano.

—Usted ordenó que yo fuera a la orilla con los cañones —espetó Revere a modo de acusación.

—Eso hice, sí —consiguió decir Lovell con la boca llena—, eso hice. ¿Ya están emplazados?

—Usted no puede pretender que yo vaya a tierra —dijo Revere con evidente indignación. Dedicó a su enemigo, el mayor Todd, una mirada glacial, después volvió a mirar al general.

Lovell devolvió la mirada desconcertado al comandante de su tren de artillería.

—Necesitamos cañones en Cross Island —explicó por fin—, y una nueva batería. Su tarea, sin duda, es emplazarlos allí.

—Tengo obligaciones —replicó Revere con contundencia.

—Sí, coronel, claro que las tiene —dijo Lovell.

—Su obligación es establecer una batería en la isla —insistió Wadsworth, tajante.

—No puedo estar en todas partes —declaró Revere a Lovell, desdeñando a Wadsworth—, eso no es posible.

—Creo que mis órdenes hablan por sí mismas —dijo el general—, y exijo que lleve las armas necesarias a tierra.

—Y yo le digo que tengo obligaciones —protestó Revere.

—Mi querido coronel —empezó Lovell, reclinándose contra el respaldo de su silla—, quiero una batería en Cross Island.

—¡Y tendrá una! —exclamó Revere sin ceder—. ¡Pero no es trabajo de un coronel limpiar el terreno, excavar los polvorines o talar árboles para despejar el

campo de tiro!

—No, no, por supuesto que no —convino Lovell, acobardándose ante la ira de Revere.

—Sí es trabajo de un coronel establecer y comandar una batería —dijo Wadsworth.

—¡Tendrán su batería! —le espetó Revere.

—Entonces estaré satisfecho —dijo Lovell en tono conciliador.

Revere miró al general por un breve instante y después, con una leve inclinación de cabeza, se dio la vuelta y salió. Lovell escuchó sus pisotones al subir la escalerilla, y luego dejó escapar un largo suspiro.

—¿Qué habrá provocado semejante escena? —preguntó.

—No sabría decirlo —respondió Wadsworth, tan estupefacto como Lovell.

—Ese hombre es un alborotador —dijo Todd con acritud, lanzando una mirada acusadora a Wadsworth, responsable de haber facilitado el nombramiento de Revere para comandar la artillería.

—Es un malentendido, estoy seguro —dijo Lovell—, ¿es un buen hombre! ¿Acaso no cabalgó hasta Lexington para avisarles a ustedes? —Hizo la pregunta a Wadsworth.

—Él y por lo menos otros veinte —contestó Todd, antes de que Wadsworth pudiera responder—, ¿y quién creen que fue el jinete que no consiguió llegar a Concord? El señor Revere —resaltó el «señor» con malicia— fue capturado por los británicos.

—Yo recuerdo que Revere nos avisó de que los militares se acercaban —dijo Wadsworth—, él y William Dawes.

—¿Revere fue capturado por los británicos? —preguntó Lovell—. Oh, pobre hombre.

—Nuestros enemigos le dejaron marchar, señor —dijo Todd—, pero conservó su caballo, lo que demuestra un buen precio por el valor del señor Revere.

—Oh, venga, venga ya —reprendió Lovell a su mayor de brigada—. ¿Por qué le disgusta tanto?

Todd se quitó sus anteojos y los limpió con el borde de la bandera.

—Para mí, señor —dijo, y el tono de su voz indicaba que se había tomado la pregunta del general con mucha seriedad—, la esencia del éxito militar reside en la organización y la cooperación.

—¡Usted es el hombre más organizado que conozco! —interrumpió Lovell.

—Gracias, señor. Pero al coronel Revere, señor, le molesta estar bajo mando. Cree, me parece a mí, que es él quien debería estar al mando. Él seguirá su propio camino, señor, y nosotros seguiremos el nuestro, y no recibiremos ni cooperación ni organización por su parte. —Todd volvió a colocar cuidadosamente sus anteojos sobre sus orejas—. He servido con él, señor, en artillería, y siempre había desgaste, irritación y conflicto.

—Es eficiente —dijo Lovell un poco inseguro, y después añadió con más vigor —: todo el mundo me asegura que es eficiente.

—Para sus propios intereses, sí —replicó Todd.

—Y conoce sus cañones —afirmó Wadsworth.

Todd miró a Wadsworth e hizo una pausa antes de proseguir.

—Eso espero, señor.

—¡Es un patriota! —exclamó Lovell intentando zanjar el tema—. ¡Nadie lo puede negar! Ahora, señores, vuelvan a sus puestos.

La luna estaba llena y su luz era un rumor de plata sobre toda la bahía. La marea bajaba llevándose las aguas del Penobscot hacia el amplio Atlántico, mientras en Cross Island los rebeldes estaban excavando un nuevo emplazamiento para los cañones que castigarían a los barcos de Mowat.

Y sobre el cantil, los piquetes de casacas rojas aguardaban.

*

El general McLean había estado profundamente agradecido a los dos días de tregua que le habían concedido los rebeldes. La flota enemiga había llegado el domingo, ahora era el final de la tarde del martes y Fort George aún no había sufrido ataque alguno, lo que le había dado la oportunidad de emplazar dos cañones más y de levantar el parapeto otro medio metro. Sabía demasiado bien lo vulnerable que era su posición. Se había resignado a ello. Lo había hecho lo mejor que había podido.

Aquella noche estaba a la puerta de Fort George, que no era nada más que una barricada de arbustos que se encargaban de apartar los dos centinelas. Miraba hacia el sur, admirando el reflejo de la luna en las aguas del puerto. Era una lástima que los artilleros hubieran tenido que abandonar su batería en Cross Island, pero McLean siempre había sabido que aquella posición era indefendible. *Wer alles verteidigt, verteidigt nichts*. Levantar esa batería había consumido hombres y tiempo que podían haber sido mejor empleados en reforzar Fort George, pero McLean no se arrepentía de ello. La batería había hecho su trabajo, evitando que los barcos americanos entraran en el puerto y ganándoles así esos dos últimos días, pero ahora, supuso McLean, los barcos rebeldes lanzarían su ataque y con ellos vendría la infantería rebelde.

—Parece usted meditabundo, señor —dijo el teniente Moore al reunirse con el general en la puerta.

—¿Usted no tendría que estar durmiendo?

—Y estoy durmiendo, señor. Esto no es más que un sueño.

McLean sonrió.

—¿Cuándo entra de servicio?

—Dentro de otras dos horas, señor.

—Entonces podría hacerme compañía —sugirió el general, y empezó a caminar

hacia el este—. ¿Ha oído que el enemigo volvió a aproximarse al cantil?

—Me lo contó el mayor Dunlop, señor.

—Y se retiraron otra vez —dijo McLean—, lo que me hace pensar que están intentando engañarnos.

—¿O que les faltan agallas para lanzar un ataque, señor?

McLean hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Nunca subestime a un enemigo, teniente. Trate a todo adversario como si él tuviera los naipes ganadores, y así después, cuando su mano quede clara, no se llevará usted una desagradable sorpresa. Pienso que nuestro enemigo quiere que creamos que atacará el cantil, y de ese modo nos obliga a desplegar tropas allí, cuando en realidad planea desembarcar en cualquier otro sitio.

—Pues envíeme a cualquier otro sitio, señor.

—Permanecerá usted en el cantil —dijo McLean con seriedad.

El general había decidido reforzar la línea de piquetes que vigilaba el norte en dirección al istmo pantanoso que unía Majabigwaduce a tierra firme, pues aún creía que sería el lugar de aproximación más probable del enemigo. Esa línea de piquete tendría que retrasar a los rebeldes y la maraña del *abatis* los entretendría un poco más de tiempo, pero era inevitable que rompieran ambas defensas y cargaran contra el fuerte.

—Si el enemigo desembarca en el paso —le dijo a Moore—, tendré que reposicionar su piquete y defenderá usted el fuerte.

—Sí, señor —aceptó Moore, resignado. Temía la batalla y, al mismo tiempo, la deseaba. Si la batalla más importante del día siguiente, si es que llegaba a haberla, iba a ser en el paso, Moore quería estar allí, pero sabía que no haría cambiar de opinión a McLean, así que ni lo intentó.

Los dos hombres, el uno tan joven y el otro veterano de Flandes y Portugal, recorrieron el camino al norte del maizal de Hatch. Luz de lámparas iluminaba brillante las ventanas de la casa del doctor Calef, su destino. El doctor debió de ver que se acercaban bajo la luz de la luna, porque abrió su puerta antes de que McLean pudiese llamar.

—Tengo la casa llena de mujeres —fue el malhumorado saludo que les dio el doctor.

—Unos hombres tienen más suerte que otros —dijo McLean—. Buenas tardes tenga usted, doctor.

—Creo que hay té —propuso Calef—, ¿o quizás algo más fuerte?

—Un té sería estupendo —aceptó McLean.

Una docena de mujeres estaba reunida en la cocina. La esposa del doctor estaba allí, al igual que las dos hijas del coronel Goldthwait, las chicas Banks y Bethany Fletcher. Estaban sentadas en sillas y banquetas alrededor de la gran mesa, que estaba cubierta con retazos de tela. Era evidente que la reunión de tarde llegaba a su fin, porque las mujeres estaban metiendo sus labores en sus bolsas.

—¿Reunión de costura? —preguntó McLean.

—La guerra no interrumpe el trabajo de las mujeres, general —respondió la señora Calef.

—Nada lo hace —repuso McLean. Al parecer las mujeres habían estado cosiendo y remendando ropa para los niños, y McLean recordó a su propia madre reuniéndose en un grupo parecido todas las semanas. Las mujeres hablaban, se contaban historias y a veces cantaban mientras zurcían y bordaban—. Me alegro de que estén todas ustedes aquí —dijo McLean—, porque he venido a avisar al buen doctor de que esperamos un ataque rebelde para mañana. Ah, gracias. —Esto último iba dirigido a la sirvienta, que le había traído una taza de té.

—¿Está seguro de que será mañana? —preguntó el doctor Calef.

—No puedo hablar por el enemigo —respondió McLean—, pero si yo estuviera en su lugar, vendría mañana. —En realidad, si McLean hubiese estado en el lugar del enemigo, ya habría atacado—. Quería decirles —prosiguió— que en caso de ataque deben permanecer dentro de casa. —Miró los ansiosos rostros iluminados por la lámpara—. Siempre existe la tentación de ser testigo de una lucha, pero en la confusión, señoras, un rostro vislumbrado entre el humo puede ser confundido con un enemigo. No tengo razones para creer que los rebeldes deseen capturar ninguna de sus casas, así que deberían estar seguras entre sus cuatro paredes.

—¿No estaríamos más seguros dentro del fuerte? —preguntó el doctor Calef.

—Es el último lugar en el que deberían estar —dijo McLean cortante—. Por favor, permanezcan todos ustedes en sus casas. ¡Este té es excelente!

—Si los rebeldes... —empezó a decir la señora Calef, pero se pensó mejor lo que estaba a punto de decir.

—¿Si los rebeldes capturan el fuerte? —sugirió amablemente McLean.

—Encontrarán todos esos juramentos firmados —dijo la señora Calef.

—Y se vengarán —añadió Jane Goldthwait, a quien todo el mundo llamaba «Chiquita» por una razón olvidada hacía ya tiempo.

—Señor Moore —McLean miró al joven teniente—, si llega a parecer probable que el fuerte caiga, será usted el responsable de quemar esos juramentos.

—Preferiría estar en los terraplenes matando enemigos, señor.

—De eso estoy seguro —añadió McLean—, pero primero destruirá usted los juramentos. Y es una orden, teniente.

—Sí, señor —dijo Moore con voz escarmentada.

Cerca de seiscientas personas de la zona habían acudido a Majabigwaduce para firmar el juramento de lealtad al rey Jorge, y Chiquita Goldthwait tenía razón, los rebeldes querrían vengarse de esas personas. Decenas de familias que vivían cerca del río ya habían sido expulsadas de sus casas y de las cercanías de Boston, y ahora se enfrentaban a otro desalojo más. McLean sonrió.

—Pero no empecemos a construir la casa por el tejado, señoras. El fuerte aún no ha caído y puedo asegurarles que haremos todo lo que esté en nuestras manos para

rechazar al enemigo.

Aquello no era cierto. McLean no tenía intención de resistir hasta que cayese el último hombre. Una defensa semejante sería heroica, pero también un absoluto despilfarro.

—Aquí hay hombres que de buena gana se unirían a ustedes en la defensa —dijo el doctor Calef.

—Se lo agradezco —replicó McLean—, pero un acto como ése expondría a sus familias a la ira del enemigo y preferiría que eso no ocurriera. Por favor, permanezcan todos ustedes en sus casas.

El general se quedó hasta terminar el té, después Moore y él se marcharon. Permanecieron un momento en el jardín del doctor y contemplaron el resplandor de la luna sobre el puerto.

—Creo que mañana habrá niebla —aventuró McLean.

—El aire está templado —dijo Moore.

McLean se hizo a un lado cuando un grupo de mujeres salió de la casa e inclinó la cabeza a su paso. Las chicas Banks, jóvenes ambas, regresaban a la casa paterna en la parte oeste del pueblo, bajo el fuerte, mientras que Bethany Fletcher iba a bajar directamente la colina hasta la casa de su hermano.

—No he visto a su hermano últimamente, señorita Fletcher —le dijo McLean.

—Salió a pescar, señor —explicó Bethany.

—¿Y aún no ha regresado? —preguntó Moore.

—A veces está fuera una semana —dijo Bethany aturullada.

—Señor Moore —dijo McLean—, ¿tiene usted tiempo para escoltar a la señorita Fletcher hasta su casa antes de incorporarse al servicio?

—Sí, señor.

—Pues le ruego que lo haga.

—No corro peligro, señor —dijo Bethany.

—Concédame este capricho de viejo, señorita Fletcher —bromeó el general, y después inclinó la cabeza—. Le deseo que pase una buena noche.

Moore y Bethany bajaron por la colina en silencio. La casita no estaba lejos. Se detuvieron junto a un montón de leña, sintiéndose incómodos ambos.

—Gracias —dijo Bethany.

—Un placer, señorita Fletcher —respondió Moore, y no se movió.

—¿Qué ocurrirá mañana? —preguntó Bethany.

—Puede que nada.

—¿No atacarán los rebeldes?

—Creo que deberían —dijo Moore—, pero es decisión suya. Deberían atacar pronto.

—¿Deberían? —preguntó Bethany. La luz de la luna brillaba como plata en sus ojos.

—Hemos pedido refuerzos —añadió Moore—, aunque no sé si enviarán alguno.

—Pero si atacan —insistió Bethany—, ¿habrá una batalla?

—Es por eso por lo que estamos aquí —explicó Moore, y sintió que el corazón le daba un vuelco sólo de pensar que al día siguiente descubriría lo que era en realidad ser soldado, o quizá la sensación era causada por mirar los ojos de Bethany a la luz de la luna. Quería decirle algo, pero se sentía confuso y notaba un nudo en la lengua.

—Tengo que entrar —dijo ella—. Molly Hatch está ocupándose de mi madre.

—¿Su madre no está mejor?

—Nunca estará mejor —respondió Bethany—. Buenas noches, teniente.

—A su servicio, señorita Fletcher —dijo Moore, inclinándose ante ella, pero cuando se enderezó ella ya se había ido.

Moore fue entonces a buscar a sus hombres, que tenían que encargarse del piquete de Cabeza de Dyce.

*

Amaneció entre la niebla, aunque desde la nueva batería de Cross Island los barcos británicos se veían con claridad. El más cercano, la *Nautilus*, estaba ahora a sólo cuatrocientos metros de los grandes cañones que habían llevado a tierra los hombres de Revere. Esos hombres habían trabajado toda la noche y lo habían hecho bien. Habían despejado un sendero entre los árboles de Cross Island y por él habían arrastrado un par de cañones de dieciocho libras, uno de doce y un obús de cinco pulgadas y media hasta la parte más alta de la isla, donde el suelo rocoso formaba una perfecta plataforma de artillería. Habían derribado más árboles para abrir un campo de fuego para los cañones y, al alba, el capitán Hoysteed Hacker, que había armado con mosquetes a sus marineros para que protegieran a los artilleros, observaba desde allí las tres balandras británicas. La más alejada, la *North*, era una silueta gris en la densa niebla y quedaba oculta en gran parte por las formas de las otras dos balandras, pero la más cercana, la *Nautilus*, aún era claramente visible. Su mascarón de proa mostraba un marinero con el pecho descubierto cuya rubia cabellera estaba entreverada de algas.

—¿No se supone que tendríamos que reducir a astillas ese barco? —preguntó Hacker al oficial de artillería.

Los artilleros permanecían junto a sus formidables armas, pero ninguno parecía estar cargando o apuntando los cañones.

—Nos falta borra —explicó el teniente Philip Marett, primo del coronel Revere y oficial al mando de la batería.

—¿Que les falta qué?

Marett pareció avergonzarse.

—Parece que nos faltan aros de borra, señor.

—Y las balas rasas también son de calibre incorrecto —añadió en tono grave un sargento.

Hacker no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Las balas? ¿De calibre incorrecto?

El sargento se lo demostró levantando una bala rasa e introduciéndola en el ánima de uno de los dos cañones de dieciocho libras. Uno de sus hombres atacó la carga, empujando la bala hacia la recámara del largo cañón, que, como estaba montado en el punto más alto de Cross Island, estaba inclinado ligeramente hacia abajo para apuntar a la proa de la *Nautilus*. El artillero extrajo el atacador y dio un paso atrás. Hacker oyó un ligero ruido en el cañón. El retumbar de metal sobre metal fue aumentando mientras la bola rodaba lentamente ánima abajo y después caía ridículamente desde la boca del cañón y, con un ruido sordo, quedaba sobre la pinaza que alfombraba el suelo.

—Ay, Dios —exclamó con desánimo Hacker.

—Debió de haber una confusión en Boston —dijo Marett impotente. Señaló hacia una cuidada pirámide de balas rasas—. Al parecer son para cañones de doce libras —prosiguió—, e incluso aunque pudiéramos calzarlas con borra, la fricción del viento las haría casi inútiles. —La fricción del viento era el diminuto espacio que quedaba entre un proyectil y el ánima del cañón. Todos los cañones la sufrían, pero si el hueco era demasiado grande, gran parte de la propulsión del arma se perdería por los bordes de la bala.

—¿Ha llamado al coronel Revere?

Los ojos de Marett recorrieron a toda prisa el claro como si buscara un lugar donde esconderse.

—Estoy seguro de que hay munición para dieciocho libras a bordo del *Samuel*, señor —fue su evasiva respuesta.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo Hacker enfurecido—. ¡Tardaremos dos horas en subirla desde el río!

El *Samuel* estaba anclado muy hacia el norte, a bastante distancia de la playa al sur de Cross Island.

—Podríamos abrir fuego con el de doce libras —sugirió Marett.

—¿Tiene borra para ése?

—Podríamos usar hierba.

—Oh, por el amor de Dios, hagamos las cosas con propiedad —dijo Hacker, y entonces tuvo una repentina inspiración—. La *Warren* tiene cañones de dieciocho libras, ¿no es así?

—No lo sé, señor.

—Sí los tiene, ¡y está muchísimo más cerca que el *Samuel*! Les pediremos munición a ellos.

La inspiración de Hoysteed Hacker resultó ser muy oportuna. El comodoro Saltonstall resopló con sarcasmo al oír la solicitud de munición, pero accedió, y el capitán Welch fue enviado al *General Putnam* y ordenó que el capitán Thomas Carnes reuniera una partida de hombres para transportar a tierra la borra y los

proyectiles necesarios. Antes de unirse a la infantería de marina, Carnes había servido en el Regimiento de Artillería del coronel Gridley y después comandó una batería de la Artillería de Nueva Jersey del Ejército Continental. Hombre risueño y lleno de energía, se frotó las manos de placer cuando vio lo cerca de los cañones que estaba la *Nautilus*.

—Podemos usar la munición de doce libras en los cañones de dieciocho —propuso.

—¿Podemos? —preguntó Marett.

—Con doble proyectil —dijo Carnes—. Cargue una bala de dieciocho libras encima del cartucho y encaje otra de doce encima. ¡Vamos a hacer astillas el barco más cercano, muchachos! —Observó a los artilleros de Massachusetts, todos contagiados ahora con el energético entusiasmo de Carnes, mientras cargaban y situaban el cañón—. Apunten un poco más alto —dijo.

—¿Más alto? —preguntó Marett—. ¿Quiere usted que apuntemos a los mástiles?

—Un cañón frío siempre dispara por lo bajo —explicó Carnes—, pero cuando se va calentando ya es más exacto. Disminuya su elevación después de tres disparos y bájelo un grado más de lo que considere necesario. No sé por qué, pero las balas rasas siempre se elevan desde el cañón. Es sólo una pizca, pero si lo compensa, será más certero y más duro cuando los cañones estén calientes.

El sol ya brillaba deslumbrante entre la niebla cuando, por fin, la batería abrió fuego. Los dos grandes cañones de dieciocho libras eran los destructores de navíos y Carnes los empleó para disparar contra el casco de la *Nautilus*, mientras el de doce libras disparaba palanquetas a sus jarcias y el obús descargaba sus proyectiles por encima de la primera balandra para hacer estragos en las cubiertas de la *North* y la *Albany*.

Los cañones retrocedían con fuerza sobre el terreno rocoso. Era necesario realinearlos tras cada disparo, y cada descarga llenaba el espacio entre los árboles caídos con un espeso humo de pólvora que permanecía flotando en el aire. El humo iba espesando tanto la niebla que apuntar resultaba imposible hasta que no se aclaraba la vista y esa necesidad disminuía el ritmo de disparos, pero Carnes oyó el satisfactorio crujido de los proyectiles golpeando madera. Los británicos no podían devolver el fuego. La *Nautilus* no disponía de cañones de cubierta y su costado con nueve cañones estaba orientado al oeste para prevenir acercamientos al puerto. El capitán Tom Farnham, al mando de la *Nautilus*, podía haber hecho virar su barco en redondo para orientarlo hacia Cross Island, pero entonces Mowat habría perdido un tercio de los cañones que protegían el canal, así que la balandra tuvo que aguantar.

El comodoro, satisfecho con que la batería entrara por fin en acción, envió la orden de que Carnes y su puñado de marines regresaran a sus barcos, pero antes de marcharse Carnes empleó un pequeño catalejo para estudiar la *Nautilus* y vio los agujeros abiertos en su proa.

—¡Le está atizando fuerte, capitán! —le dijo a Marett—. ¡Recuerde! ¡Apunte por

lo bajo a esta distancia y a mediodía habrá hundido a esa zorra! ¡Que tenga buen día, señor! —Este último saludo iba dirigido al brigadier general Lovell, que había acudido para ver en acción la nueva batería.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! —Lovell sonreía a los artilleros—. ¡Caramba, le están dando una buena tunda a ese barco, amigos! —Tomó prestado el catalejo de Carnes—. ¡Madre mía, le han arrancado ustedes un brazo a ese feo mascarón! ¡Bien hecho! ¡Sigán así y lo hundirán enseguida!

La *Nautilus* seguía a flote una hora antes de mediodía, cuando el coronel Revere se presentó con munición de dieciocho libras proveniente del *Samuel*. Llegó en la elegante gabarra pintada de blanco que pertenecía a la guarnición de Castle Island y que él mismo había requisado para la expedición. Revere ordenó a los marineros de la *Providence* que llevaran las balas rasas hasta la batería, y después subió la colina a grandes zancadas para encontrarse con el general Lovell plantado aún junto a los cañones. La niebla se había levantado y el general miraba por una lente que apoyaba en la espalda de un artillero.

—¡Coronel! —saludó alegremente a Revere—. ¡Ya veo que les estamos arreando con fuerza!

—¿Qué demonios quería decir con que la munición estaba equivocada?

Revere no hizo caso de Lovell y miró desafiante al capitán Marett, que señaló las balas de doce libras y empezó una vacilante explicación de sus dificultades, pero Revere lo apartó a un lado.

—Si trae usted la munición equivocada —dijo—, entonces la culpa es suya.

Miró cómo los artilleros volvían a colocar en posición uno de los inmensos cañones de dieciocho libras. El artillero inclinó el cañón y después usó una maza de mango largo para meter una cuña bajo el braguero. La cuña levantó ligeramente la trasera del cañón, bajando así la boca de éste, y el artillero, satisfecho con el ángulo, indicó a sus compañeros que recargaran el cañón.

—Deben de estar sufriendo, coronel —dijo Lovell entusiasmado—. ¡Puedo ver daños clarísimos en su casco!

—¿Qué está haciendo? —Revere continuaba ignorando a Lovell, pues estaba vuelto hacia Marett. El coronel había estudiado detenidamente el cañón y no le gustó lo que vio—. ¿Es que está usted disparando al agua, capitán? ¿Qué sentido tiene disparar al agua?

—El capitán Carnes... —empezó a decir Marett.

—¿El capitán Carnes? ¿Es que acaso es oficial de este regimiento? ¡Sargento! Quiero que levanten el cañón. Afloje la cuña del braguero dos grados. Buenos días, general —saludó por fin a Lovell.

—He venido a felicitar a los artilleros —dijo Lovell.

—Sólo estamos cumpliendo nuestro deber, general —replicó Revere con brío, y volvió a agacharse detrás del cañón en cuanto el sargento hubo aflojado la cuña—. ¡Mucho mejor!

—¿Confío en que asistirá a la junta de guerra de esta tarde? —dijo Lovell.

—Allí estaré, general. ¿A qué están esperando? —Esto último iba dirigido a los artilleros—. ¡Envíenles a esos malditos una dosis de hierro!

El sargento ya había perforado el cartucho de pólvora con un punzón y ahora estaba insertando la mecha.

—¡Apártense! —gritó, y después, satisfecho de que el espacio de detrás del cañón estuviese despejado, tocó la mecha con el botafuego.

Hubo un siseo, una nubecilla de humo salió por el oído y entonces el cañón rugió y una humareda se extendió por el cielo alrededor de la batería. El cañón retrocedió con un brinco y sus ruedas botaron sobre el suelo de piedra.

*

El proyectil voló hacia la cubierta de la *Nautilus* y por muy poco no alcanzó sus mástiles, aunque pasó lo bastante cerca como para despedazar un pedestal para picas de abordaje en la base del palo mayor, antes de quedar enterrado sin más daños en la playa de la península. Un marinero de la balandra se retorció y cayó, agarrándose la garganta, y el capitán Farnham vio sangre allí donde una astilla del mango de una pica había ensartado el cuello del hombre.

—Llévenlo abajo —ordenó.

El ayudante del cirujano intentó retirar la astilla, pero el hombre empezó a tener convulsiones antes de que pudiera extraerla. La sangre corría por la oscura cubierta inferior, los ojos del hombre se abrieron de par en par mirando inexpresivos hacia la cubierta de arriba y entonces, haciendo un burbujeante sonido de ahogo, manó más sangre de su garganta y de su boca. Tuvo otra convulsión y después se quedó quieto. Muerto, era el primer hombre que fallecía a bordo de la balandra. El propio cirujano había sido herido en el muslo por un cortante pedazo de madera que había desprendido del casco uno de los anteriores disparos. Había seis hombres en la enfermería, todos ellos heridos de forma similar por astillas. El cirujano y su ayudante estaban extrayendo los fragmentos de madera y vendando las heridas, y mientras tanto esperaban que el temido martillazo del siguiente disparo alcanzara el casco. El carpintero del barco martillaba cuñas y masilla en las tracas dañadas, y las bombas del barco traqueteaban constantemente mientras los hombres intentaban detener la subida del agua en la sentina.

—Me parece —dijo el capitán Farnham después de que otro proyectil de un dieciocho libras pasara silbando justo por encima de su cubierta— que han aumentado su ángulo de tiro. Ahora están intentando desarbolarnos.

—Mejor eso que reventarnos el casco, señor —observó su teniente primero.

—Desde luego —convino Farnham con evidente alivio—, sí, desde luego. —Apuntó con su catalejo más allá del puerto y vio, con más alivio todavía, que los buques de guerra rebeldes no daban señales de prepararse para otro ataque.

—¡Señas desde la *Albany*, señor! —gritó un guardiamarina—. ¡Prepárense para mover el barco, señor!

—No me sorprende en absoluto, ¿no cree? —dijo Farnham.

La batería del coronel Revere en Cross Island había empezado el día en estado de confusión, pero ahora había triunfado en una sola ambición. Las tres balandras británicas que bloqueaban la entrada al puerto estaban siendo alejadas hacia el este.

Y la puerta a Majabigwadu ce había quedado abierta.

*

El general McLean estaba en la Cabeza de Dyce, mirando hacia la batería enemiga de Cross Island. No podía ver ninguno de los cañones rebeldes porque su humo ocultaba el claro que habían despejado los rebeldes en el punto más alto de la isla, pero reconoció el daño causado a sus defensas. Aunque nunca hubiera podido destacar hombres suficientes para desplegar una guarnición adecuada en Cross Island. Su caída había sido inevitable.

—Los condenados yanquis lo han hecho bien —dijo de mala gana.

—Y a un lento ritmo de disparo —apuntó el capitán Michael Fielding.

Aunque los artilleros rebeldes eran ligeramente más lentos que los hombres de la Artillería Real de Fielding, habían logrado desbloquear el puerto. El capitán Mowat había enviado a tierra a un joven teniente, que descubrió a McLean en el alto cantil.

—El capitán lamenta tener que alejar las balandras de los cañones enemigos, señor.

—Sí, pero tiene que hacerlo —accedió McLean—, tiene que hacerlo.

—Propone formar una nueva línea en el centro del puerto, señor.

—Dele al capitán Mowat mis mejores deseos —dijo McLean—, y agradézcale la información.

Las tres balandras y su apoyo de barcos de transporte ya se estaban moviendo lentamente hacia el este. El capitán Mowat había marcado la nueva zona de anclaje con unas boyas fabricadas con barriles vacíos y McLean pudo ver que su nueva posición no era tan formidable como la anterior. Ahora los barcos formarían una línea más hacia el este de la entrada del puerto, ya no servirían de tapón para el cuello de botella, sino que estarían dentro de la botella, en su mitad, y su retirada seguramente serviría de invitación a un ataque de la flota enemiga. Era una lástima, pensó McLean, pero entendía que Mowat no tenía más elección que retirarse, ahora que los rebeldes dominaban Cross Island.

El brigadier había ido al cantil para ver si los cañones de doce libras de Fielding podían desplegarse para descargar sobre la nueva batería rebelde de Cross Island. Los pequeños cañones de seis libras ya estaban disparando contra la posición rebelde desde allí, pero eran demasiado enclenques y además la nueva batería enemiga estaba en el centro de la isla y disparaba por un corredor de árboles talados que apuntaba

hacia el norte. Los cañones no eran visibles desde la Cabeza de Dyce, al noroeste de la batería enemiga, y los tres cañones del guardiamarina Fenistone estaban disparando sus pequeñas balas contra los árboles de Cross Island, con la esperanza optimista de alcanzar cualquier cosa que quedara oculta por la humareda y el follaje.

—No estoy seguro de que estemos consiguiendo algo con estos cañones de doce libras, señor —dijo Fielding—, aparte de destrozar un poco más esos árboles.

McLean asintió, después dio un par de pasos hacia el oeste para ver los barcos enemigos. Le sorprendía que los americanos no hubiesen hecho ningún movimiento para atacarles. Esperaba que los buques de guerra rebeldes estuvieran ya en la entrada al puerto, sumando sus disparos a la nueva batería, y que la infantería rebelde ya estuviera atacándole, pero la flota fondeada esperaba plácidamente al sol. Podía ver la ropa colgada a secar en cuerdas tendidas entre los mástiles de los barcos de transporte.

—Mi inquietud —le dijo a Fielding— es que si colocamos los de doce libras aquí, no tendremos tiempo de retirarlos cuando ataque el enemigo.

—No, sin recuas de caballos —convino Fielding— no podremos.

—Echo de menos mis caballos —dijo McLean con dulzura. Se quitó el bicornio y examinó compungido la banda de cuero de su interior, que se estaba despegando. Su cabello blanco se alborotó con un repentino soplo del viento—. Bien —dijo—, me atrevo a decir que podemos permitirnos perder un trío de cañones de seis libras, pero no toleraría la pérdida de ninguno de los de doce. —McLean se volvió y observó el humo que envolvía Cross Island, después volvió a ponerse el sombrero cuidadosamente—. Deje los de doce en el fuerte —decidió—, y gracias, capitán. —Dio media vuelta al oír un fuerte ruido de pasos entre los árboles. El teniente Caffrae, un Hamilton, corría hacia el general—. Más malas noticias, sospecho —dijo.

Caffrae, un joven ágil y brioso, jadeaba cuando se detuvo delante de McLean.

—Los rebeldes han desembarcado hombres al norte del paso, señor.

—¡Ya lo han hecho! ¿Están avanzando?

Caffrae negó con la cabeza.

—Vimos unos sesenta hombres en barcas, señor. Desembarcaron fuera de nuestra vista, pero están entre los árboles más allá del marjal.

—¿Sólo sesenta hombres?

—Eso es todo lo que vimos, señor.

—¿El mayor Dunlop está informado?

—Él me envió a decírselo, señor.

—El diablo se mueve de maneras misteriosas —dijo McLean—. ¿Estará intentando que miremos hacia el norte mientras él ataca por aquí? ¿O será la avanzadilla de su verdadero ataque? —Sonrió al fatigado Caffrae, a quien consideraba uno de sus mejores oficiales jóvenes—. Tendremos que esperar para saberlo, pero el ataque no tardará en llegar. Bueno, voy a volver al fuerte, y usted, Caffrae, irá a decirle al mayor Dunlop que reforzaré su piquete del paso.

A bordo de las balandras, los marineros estaban listos para echar anclas en su nueva posición. Los cañones de Cross Island seguían disparando contra la *Nautilus*, a bordo de la cual los hombres sangraban y morían. Al norte del istmo, los rebeldes empezaban a levantar un terraplén desde donde un cañón podría cortar la ruta de escape para los casacas rojas desde Majabigwaduce. Era martes, 27 de julio, y el anillo alrededor de Fort George se iba apretando.

*

—¡Creo que puedo decir con gran confianza —empezó Lovell dirigiéndose a la junta de guerra en el camarote del comodoro a bordo de la *Warren*— que hemos logrado cosas espléndidas! ¡Cosas nobles! —Ahora más que nunca, el general se estaba comportando como un abuelito, sonriendo a los hombres que se apiñaban alrededor de la mesa y a los lados del camarote—. Ahora debemos seguir consiguiendo nuestros designios más grandes. ¡Debemos capturar, matar y destruir al tirano!

Por unos instantes, el consejo se entregó a la placentera contemplación de la captura de Cross Island, victoria que con seguridad presagiaría un triunfo aún mayor en la zona norte del puerto. Felicitaron a los marines en la persona del capitán Welch, que no dijo nada, se limitó a permanecer en pie tras la silla de Saltonstall con aspecto sombrío. El comodoro, también en silencio, parecía aburrirse. Una o dos veces inclinó la cabeza cuando Lovell le dirigía una pregunta, pero la mayor parte del tiempo aparentaba desinterés hacia los asuntos que se trataban. Tampoco parecía estar desconcertado en lo más mínimo por la petición que le habían enviado treinta y dos oficiales de los buques de guerra rebeldes solicitando con todo respeto al comodoro que destruyera o capturara sin mayor dilación las tres balandras británicas. La carta había sido redactada en términos más que corteses, pero no había cortesía suficiente para ocultar que la petición era una amarga crítica al liderazgo de Saltonstall. Casi todos los hombres que habían firmado aquella carta estaban en el camarote, pero Saltonstall ni siquiera les dirigió una mirada.

—¿Puedo asumir, caballeros, que estamos de acuerdo en que debemos lanzar nuestro ataque enseguida? —preguntó Lovell.

Hubo murmullos de aprobación.

—Esta noche, que sea esta noche —sugirió contundente George Little, primer teniente del *Hazard*.

—Si esperamos demasiado —intervino el coronel Jonathan Mitchell, comandante de la milicia del condado de Cumberland—, habrán terminado su condenado fuerte. Cuanto antes atacemos, antes volveremos a casa.

—Si esperamos demasiado —advirtió George Little—, verán cómo llegan río arriba los refuerzos británicos —señaló las amplias ventanas de popa del camarote. La corriente de la marea había hecho girar a la *Warren* en torno a su ancla y ahora las

ventanas miraban hacia el suroeste. El sol se estaba poniendo por allí, barnizando las aguas de la bahía de Penobscot en cambiantes tonos de rojo y oro.

—No anticipemos cosas semejantes —dijo Lovell.

Wadsworth pensaba que merecía la pena anticipar aquellas cosas, especialmente si servía para acelerar el trabajo que se traían entre manos.

—Yo sugeriría, señor —dijo en tono calmado—, que lanzáramos nuestro ataque esta noche.

—¡Esta noche! —Lovell miró a su ayudante con los ojos desorbitados.

—Tenemos luna llena —añadió Wadsworth—, y con un poco de suerte el enemigo no estará atento. Sí, señor, esta noche.

Un murmullo de conformidad resonó por todo el camarote.

—¿Y cuántos hombres podría dedicar usted a ese ataque? —preguntó una voz áspera, y Wadsworth vio que había sido el teniente coronel Revere quien había hecho la pregunta.

Wadsworth sintió que la pregunta era impertinente. No era asunto de Revere saber cuántos hombres de infantería podían ser desembarcados, pero a Lovell no parecía preocuparle la brusca pregunta.

—Podemos desembarcar ochocientos hombres —respondió el general, y Revere asintió como si estuviera satisfecho con la respuesta.

—¿Cuántos hombres puede poner en tierra el tren de artillería? —preguntó Wadsworth.

Revere dio un respingo como si la pregunta le ofendiera.

—Ochenta hombres, sin incluir oficiales —dijo con resentimiento.

—Confío en que esta vez la munición será la adecuada para los cañones. —A Wadsworth le sorprendió bastante el tono de desafío de su propia voz.

Revere parecía haber recibido un bofetón. Miró a Wadsworth, su boca se abrió y se cerró, y después se puso en pie como si estuviera a punto de soltar una respuesta malintencionada, pero el coronel Mitchell intervino a tiempo.

—Volviendo al tema que nos ocupa —dijo—, ¿cuántos hombres puede reunir el enemigo?

William Todd, que también estaba molesto por la intervención de Revere, estuvo a punto de mencionar sus altas estimaciones habituales, pero Peleg Wadsworth le hizo callar con un gesto.

—He hablado largo y tendido con el joven Fletcher —empezó Wadsworth— y su información no se basa en conjeturas ni en datos estimados, sino que proviene directamente del pagador enemigo. —Hizo una pausa y echó un vistazo alrededor de la mesa—. Estoy convencido de que los regimientos del enemigo no pueden reunir más de setecientos hombres de infantería.

Alguien lanzó un leve silbido de sorpresa. Otros no parecían tan convencidos.

—¿Confía usted en que ése es su número? —preguntó escéptico el mayor Todd.

—Tengo total confianza —dijo Wadsworth con firmeza.

—También poseen artillería —advirtió Lovell.

—Y tienen a los Marines Reales —intervino un capitán de navío desde un extremo del camarote.

—Nosotros tenemos mejores marines —insistió Welch.

El comodoro Saltonstall se revolvió en su silla mientras recorría la mesa con mirada de desinterés, como si estuviese ligeramente sorprendido de encontrarse en semejante compañía.

—Cederemos doscientos veintisiete marines a la milicia —anunció.

—Eso es espléndido —dijo Lovell, tratando de levantar el ánimo del consejo—, ¡espléndido de verdad! —Se recostó en su silla, plantó sus puños bien separados sobre la mesa y sonrió abiertamente a sus acompañantes—. Entonces, caballeros, ¡tenemos una moción! Y la moción es que atacaremos esta noche con todas nuestras fuerzas de tierra. Permítanme someter la propuesta a la votación del consejo, y ¿podría sugerir que intentáramos resolverlo por aclamación? Entonces, caballeros, la moción es: ¿consideran la fuerza de que disponemos suficiente para atacar al enemigo?

Nadie respondió. Estaban todos demasiado atónitos. Incluso Saltonstall, a quien en apariencia no le importaba en absoluto la discusión en su camarote, miraba ahora con los ojos muy abiertos a Lovell. Por un momento Wadsworth sintió la tentación de pensar que el general estaba atreviéndose a hacer una broma patosa, pero a tenor de su expresión Lovell estaba hablando en serio. Realmente, esperaba que todos los oficiales presentes votaran acerca de la moción como si aquello fuese una reunión de la Asamblea General. El silencio se alargó y sólo lo rompieron los pasos de los vigías en la cubierta.

—A favor, sí —consiguió decir Wadsworth, y sus palabras rompieron la sorpresa en el camarote de forma que un coro de voces aprobó la moción.

—¿Alguien se opone? —preguntó Lovell—. ¿Nadie? ¡Bien! Gana el sí —miró a su secretario, John Marston—. Haga constar en actas que la moción que propone que poseemos fuerza suficiente para lanzar el ataque ha sido aprobada unánimemente por aclamación. —Sonrió a los oficiales reunidos, luego miró con gesto interrogante a Saltonstall—. ¿Comodoro? ¿Apoyará nuestro ataque con alguna acción naval?

Saltonstall miró a Lovell con un rostro inexpresivo que, sin embargo, conseguía sugerir que el comodoro pensaba que el general era un memo descerebrado.

—Por un lado —Saltonstall rompió por fin el embarazoso silencio—, quiere usted que mis marines tomen parte de su ataque, y por el otro, ¿pretende usted que yo ataque los barcos enemigos sin mis marines?

—Yo, bueno... —empezó a decir Lovell con torpeza.

—¿Bueno? —interrumpió Saltonstall en tono áspero—. ¿Quiere a los marines o no?

—Agradecería su asistencia —respondió Lovell con voz débil.

—Entonces nos enfrentaremos al enemigo con fuego de artillería —anunció

Saltonstall altivo.

Hubo murmullos de protesta entre los oficiales que habían firmado la carta de crítica al comodoro, pero el ruido se difuminó bajo la mirada burlona de Saltonstall. Ahora todo lo que restaba era decidir dónde y cuándo atacar, y nadie puso objeciones a la propuesta de Wadsworth de asaltar de nuevo el cantil, pero esta vez atacando a la luz de la luna.

—Atacaremos a medianoche —dijo Wadsworth—, y asaltaremos directamente el cantil.

Para desesperación de Wadsworth, Lovell insistió en presentar la hora y el lugar como mociones para que las votara el Consejo, pero nadie votó contra ninguna, aunque el coronel Mitchell observó tímidamente que hacerlo a medianoche les daría poco tiempo para hacer los preparativos necesarios.

—No habrá tiempo como el presente —dijo Wadsworth.

—¿Espera usted que ataque sus barcos de noche? —Saltonstall volvió a introducir la discusión—. ¿Quiere que mis barcos fondeen a oscuras?

—¿Podría atacar al alba, quizá? —sugirió Lovell y fue recompensado con un breve asentimiento.

Terminó el consejo y los hombres regresaron a sus barcos mientras la brillante luna ascendía entre las estrellas. Los rebeldes habían votado unánimemente lanzar su ataque, obligar al enemigo a batallar y, con la buena ayuda de Dios, conseguir una gran victoria.

*

La niebla llegó poco a poco la mañana del miércoles 28 de julio de 1779. Al principio era una neblina que se espesaba imperceptiblemente para envolver la luna difuminada por las nubes con un aura brillante. La marea se rizaba entre las naves ancladas. La medianoche había llegado y había pasado, y el ataque aún no se había producido. El *Hunter* y el *Sky Rocket*, dos barcos corsarios que dispararían hacia las alturas del acantilado mientras los rebeldes desembarcaban, tuvieron que remontar el río a remo antes de fondear cerca de la orilla y ambos llegaron tarde. Algunos de los barcos de transporte tenían demasiadas chalupas o barcas, y otros demasiado pocas, y hubo que deshacer el entuerto.

Pasaba el tiempo y Peleg Wadsworth se inquietaba. Éste era el ataque que debía triunfar, el ataque para capturar el cantil y avanzar para asaltar el fuerte. Para esto era para lo que la flota había acudido a la bahía de Penobscot, pero llegó la una y después pasó, después las dos, luego las tres... y las tropas seguían sin estar preparadas. Un capitán de milicia propuso que se abandonara la operación porque la incipiente niebla empaparía la pólvora de las cazoletas de los mosquetes, idea que Wadsworth rechazó con un enojo que le sorprendió.

—Si no pueden dispararles, capitán —le espetó—, golpéenlos hasta matarlos con

las culatas de sus mosquetes. —El capitán lo miró con expresión de agravio—. Para eso es para lo que han venido aquí, ¿no es cierto? —preguntó Wadsworth—, para matar al enemigo.

James Fletcher, que estaba al lado de Wadsworth, sonrió. El único uniforme que llevaba era una bandolera blanca de la que colgaba una cartuchera, pero la mayoría de milicianos vestían de manera similar. Sólo los marines y algunos oficiales de la milicia vestían uniformes reconocibles. El corazón de James latía desbocado. Estaba nervioso. Su trabajo era mostrar a los atacantes donde estaban los senderos que ascendían el cantil, pero justo ahora el cantil no era más que una pared ensombrecida por la luna. No se veía allí luz ninguna.

Las barcas chocaban y se sacudían junto a los barcos de transporte, esperando para llevar a tierra a los soldados, mientras en la cubierta los hombres afilaban cuchillos y bayonetas y revisaban obsesivamente que los pedernales de sus mosquetes estuvieran sujetos con firmeza en sus pies de gato. Wadsworth y Fletcher estaban a bordo de la balandra *Centurion* desde donde iban a embarcar con los infantes de marina de Welch. Vestidos con sus casacas de color verde oscuro, estos marines esperaban pacientes en la media cubierta de la *Centurion*. Entre ellos estaba un muchacho al que Wadsworth recordaba de Townsend. El chico sonrió al general, que intentaba recordar desesperadamente el nombre del muchacho.

—Israel, ¿verdad? —preguntó Wadsworth cuando de repente el nombre le vino a la mente.

—Ahora marine pífano Trask, señor —respondió el muchacho con su voz infantil.

—¡Te has unido a los marines! —exclamó Wadsworth sonriendo. Al chico le habían dado un uniforme con la casaca verde oscura adaptada a su diminuta talla, y de su cintura colgaba una espada-bayoneta. Le faltaba el cuello de cuero distintivo de los marines y en su lugar llevaba una pañoleta negra bien apretada alrededor de su escuálido cuello.

—Raptamos a este granujilla, general —explicó un marine en la oscuridad.

—Pues asegúrense de cuidar de él —dijo Wadsworth—, y tú toca bien, Israel Trask.

Un bote de remos chocó con el costado de la *Centurion* y un frenético teniente de milicia asomó por encima de la regala con un mensaje del coronel McCobb.

—Lo siento, señor, pero aún tardará un poco y el coronel dice que lo lamenta, señor.

—¡Maldita sea! —Wadsworth no pudo evitar decirlo.

—Aún no hay botes suficientes, señor —explicó el teniente.

—Pues usen los botes que tengan —dijo Wadsworth—, y envíelos de vuelta a recoger a los demás hombres. ¡Avíseme cuando estén listos!

—Sí, señor.

El teniente, avergonzado, regresó a su embarcación.

El capitán Welch apareció junto a Wadsworth y preguntó con tono divertido:

—¿Y luego dicen que siempre están preparados?

A Wadsworth le desconcertó que el adusto capitán de marines hubiese hablado. La presencia de Welch era tan tétrica, tan fiera, que su acostumbrado silencio era bienvenido, aunque en la oscuridad su voz había sonado bastante afable.

—¿Sus hombres tienen comida? —preguntó Wadsworth. Era una pregunta innecesaria, pero el alto marine le ponía nervioso.

—Tienen sus raciones —respondió Welch, que seguía sonando divertido.

El general Lovell había ordenado que todo hombre debía llevar «una ración a tierra para aliviar el hambre», y Wadsworth había pasado la orden diligentemente, aunque sospechaba que el hambre sería el menor de sus problemas.

—¿Alguna vez ha estado en Inglaterra, general? —preguntó Welch de pronto.

—No, no. Nunca.

—Bonito lugar, en algunas partes.

—¿La ha visitado?

Welch asintió.

—No lo había planeado. Nuestro barco fue capturado y me llevaron allí como prisionero.

—¿Fue intercambiado?

Welch sonrió, y sus blancos dientes brillaron en la oscuridad.

—Demonios, no. Me largué de la prisión y fui caminando hasta el maldito Bristol. Me enrolé como marinero de cubierta en un mercante que zarpaba para Nueva York. Y llegué a casa.

—¿Y nadie sospechó de usted?

—Ni un alma. Mendigué y robé comida. Conocí a una viuda que me dio de comer —sonrió al recordarlo—. Me alegro de haber visto ese lugar, pero no volvería por nada.

—Me gustaría ver Oxford algún día —dijo Wadsworth, melancólico—, y puede que Londres.

—Construiremos Oxford y Londres aquí —sentenció Welch.

Wadsworth se preguntó si el Welch lacónico de costumbre estaba ahora parlanchín debido a los nervios, y entonces, con un sobresalto, se dio cuenta de que el marine estaba hablando porque había adivinado el propio nerviosismo de Wadsworth. El general estudió el oscuro cantil que, en la creciente neblina, silueteaba un pálido brillo del cielo del este, apenas una insinuación gris en el negro imperante.

—Se acerca el alba —dijo Wadsworth.

Entonces, de repente, ya no hubo más demoras. El coronel McCobb y la milicia del condado de Lincoln estaban preparados, así que los hombres saltaron a las barcas y Wadsworth tomó su lugar en la popa de la chalupa. Los rostros de los marines eran grises con aquella luz pálida, pero a Wadsworth le tranquilizaba lo resolutos, determinados y aterradores que parecían. Sus bayonetas estaban caladas. Los

marineros de la *Centurion* vitorearon en voz baja cuando las barcas se separaron del transporte.

Una aclamación más fuerte sonó a bordo del *Sky Rocket*, y después Wadsworth oyó claramente al capitán William Burke gritando a su tripulación:

—¡Por Dios y por América! ¡Fuego!

El *Sky Rocket* partió el alba en dos con los ocho cañones de su costado. Las llamaradas aparecieron y se elevaron, el humo se extendió sobre el agua y los primeros proyectiles alcanzaron la orilla.

Llegaban los rebeldes.

Extracto de una carta enviada por el Consejo de Massachusetts al brigadier general Solomon Lovell, 23 de julio de 1779:

Es Orden del Consejo [...] que apremie usted sus Operaciones con todo el Vigor posible y alcance los objetivos de la Expedición antes de que cualquier refuerzo pudiere llegar al enemigo en Penobscot. También aquí se informa y muchos así lo creen que un navío de Cuarenta Cañones y la Fragata Delaware zarparon de Sandy Hook con la Décimo Sexta Corriente y Pusieron rumbo al Este; su destino no es conocido.

Extracto de una Orden del Consejo del Estado de la Bahía de Massachusetts, 27 de julio de 1779:

Por la presente se ordena que la Junta de Guerra se apreste a suministrar a los dos Indios de la Tribu Penobscot, ahora en la ciudad de Boston, Dos Sombreros, uno de ellos con cinta, dos Mantas y dos Camisas.

Extracto de las órdenes del día del brigadier general Solomon Lovell, Majabigwaduce, 27 de julio de 1779:

A todos los Oficiales y Soldados del Ejército se les prohíbe dar o vender ron a los Indios, excepto a aquellos que estén directamente bajo su mando, bajo pena de la mayor de las injurias [...] Se urge a los Oficiales a que presten especial Atención para que los hombres no derrochen su Munición y que mantengan sus Armas en buen Estado.

CAPÍTULO VII

Los primeros cañonazos destrozaron los árboles, con explosiones de ramas, agujas de pino y hojas. Los pájaros piaron y volaron hacia el alba. Los rebeldes estaban usando balas encadenadas y palanquetas que giraban como remolinos y cortaban las ramas o levantaban puñados de tierra y esquirlas de piedra cuando golpeaban la superficie del cantil.

—Que Dios nos ampare —dijo el capitán Archibald Campbell.

Campbell era el *highlander* al mando de los piquetes del cantil y miraba aterrorizado los grupos de chalupas que empezaban a emerger ahora de la niebla, bogando hacia su posición. En medio, impulsada torpemente por hombres que blandían remos muy largos, una goleta avanzaba hacia la playa con su cubierta plagada de hombres. Dos navíos de guerra enemigos, de momento sólo oscuras siluetas entre el humo y la niebla, habían fondeado cerca de la orilla y ahora estaban disparando contra el cantil. El *Hunter* tenía nueve cañones de cuatro libras apuntados hacia los casacas rojas, mientras que el *Sky Rocket* tenía ocho cañones pequeños en su costado, pero aunque los cañones eran pequeños sus destructores proyectiles alcanzaban sus objetivos con una brutalidad que nublaba la mente.

Campbell parecía estar congelado. Tenía ochenta hombres a sus órdenes, la mayoría de ellos desperdigados por la pared del cantil, allí donde la abrupta cuesta cedía terreno a una pendiente más suave.

—¿Ordeno a los hombres que se tumben, señor? —sugirió un sargento.

—Sí —dijo Campbell, casi sin darse cuenta de que estaba hablando.

Los cañones de los barcos disparaban a intervalos más irregulares ahora que los artilleros más rápidos superaban a los más lentos. Cada cañonazo era un golpe atronador para los oídos e iluminaba el cantil con un repentino fogonazo de luz que era suavizado casi al instante por la humareda de la pólvora. Campbell estaba temblando. Tenía el estómago revuelto y la boca seca, y su pierna derecha se agitaba incontrolable. ¡Llegaban centenares de rebeldes! El mar, desdibujado por la niebla, estaba oscuro por la sombra al pie del cantil, pero podía distinguir el relumbrar de las palas de los remos bajo la humareda y vio la gris luz del día reflejándose en las bayonetas. Ramitas, pedazos de corteza, hojas, piñas y pinaza llovían sobre el piquete mientras los disparos diezmaban los pinos del cantil. Una bala encadenada hizo astillas un tronco podrido. Los *highlanders* más cercanos a Campbell miraban nerviosos a su oficial.

—¿Informamos al general McLean, señor? —sugirió estoicamente el sargento.

—Adelante —ordenó Campbell con un balbuceo—, sí, adelante, ¡adelante!

El sargento se volvió y una palanqueta le alcanzó en el cuello. Cortó su trenza empolvada, le separó la cabeza del cuerpo y, bajo el resplandor gris y la oscuridad del alba, el surtidor de sangre fue extraordinariamente brillante, como gotas de rubí a las que diera más brillo la luz del sol tamizada por la niebla que se filtraba entre los

árboles del este. Un chorro de sangre manó hacia arriba y pareció levantar la cabeza, que se volvió de tal forma que el sargento parecía mirar a Campbell como un reproche, y éste dejó escapar un gritito de terror y después se inclinó hacia delante y vomitó. La cabeza, empapada en sangre, cayó a tierra y rodó unos pasos cuesta abajo. Otra bala encadenada pasó girando sobre sus cabezas, despedazando ramas. Los pájaros chirriaban. Un casaca roja disparó su mosquete hacia la humareda de los cañones y la niebla.

—¡Alto el fuego! —gritó Campbell con voz destemplada—. ¡Alto el fuego! ¡Esperen hasta que lleguen a la playa! —Escupió. Tenía la boca agria y su mano derecha temblaba. Había sangre en su casaca y vómito en sus zapatos. El cuerpo decapitado del sargento aún se estremecía, pero por fin se quedó quieto.

—¡En el nombre de Dios! ¿Por qué no disparan? —se preguntó en voz alta el teniente John Moore, apostado a la izquierda del escocés. Comandaba a veintidós Hamilton destacados en la Cabeza de Dyce donde la pendiente era más abrupta. Su piquete estaba desplegado directamente entre las barcas que se acercaban y la pequeña batería británica de lo alto del cantil, y Moore estaba decidido a proteger esa batería. Observó cómo se aproximaba el enemigo y también se observó a sí mismo con su ojo crítico interior. Una bala encadenada enemiga se incrustó en un árbol a menos de cinco pasos y astillas de su corteza cayeron sobre Moore como si fuesen granizo del diablo; sabía que debería sentirse aterrado, pero, con total sinceridad, no sentía ese miedo. Sentía aprensión, sí, pues ningún hombre quiere morir o ser herido, pero en vez de un miedo paralizante, Moore experimentaba un júbilo creciente. «Dejen que esos cabrones se acerquen», pensaba, y después se dio cuenta de que su autoexamen le consumía tanto que estaba de pie en silenciosa contemplación mientras sus hombres lo miraban en busca de apoyo. Obligándose a caminar despacio por el borde del cantil, desenvainó su espada y golpeó con su esbelta hoja los espesos matorrales—. Qué amable el enemigo al cortarnos los árboles —dijo—. Así ha mejorado la vista, ¿no creen?

—Esos cabrones quieren cortar más que los árboles —masculló el soldado Neill.

—No sé si ha notado usted algo, señor —añadió tranquilamente el sargento McClure.

—Cuéntemelo, sargento. Ilumine mi mañana.

McClure señaló las barcas que se acercaban, más claras cuando salían de la niebla espesada por la humareda.

—Esos cabrones, señor, llevan uniforme. Creo que envían a sus mejores hombres contra nosotros. Mientras los rufianes de allí arriba —señaló hacia las barcas que estaban más hacia el norte— llevan ropas viejas. Parecen una pandilla de vagabundos.

Moore miró hacia el oeste, luego miró hacia las barcas del norte.

—Tiene usted razón, sargento —dijo. En las embarcaciones más cercanas pudo ver las doleras blancas sobre los uniformes verde oscuro de los marines y dedujo que

los uniformes pertenecían al regimiento del Ejército Continental del general Washington—. Envían a sus mejores tropas justo aquí —dijo en voz alta— y no se les puede echar la culpa.

—¿No se puede?

—Se han levantado en armas contra el más formidable regimiento del Ejército Británico —exclamó Moore lleno de entusiasmo.

—Oh, ya, el grupo de veintidós que formamos —dijo McClure.

—Si supieran a lo que se enfrentan —prosiguió Moore—, darían la vuelta en redondo y se marcharían remando.

—¿Da su permiso para que se lo hagamos saber, señor? —preguntó McClure, atónito por la bravuconería del joven oficial.

—Mejor matémoslos, sargento —dijo Moore, aunque sus palabras se perdieron cuando una bala encadenada pasó ruidosa destrozando ramas por encima de sus cabezas para duchar al piquete con piñas y agujas.

—¡No disparen aún! —gritó el capitán Archibald Campbell, desde el centro del cantil—. ¡Esperen hasta que estén en la playa!

—Maldito idiota —dijo Moore, y entonces, con su espada desenvainada y bajo las andanadas de los barcos rebeldes, recorrió el cantil y vio que los enemigos estaban más cerca. La batalla, pensó, había llegado a él por fin y en sus dieciocho años John Moore nunca se había sentido más vivo.

*

Wadsworth se estremeció cuando los remos levantaron salpicaduras de agua que le acertaron en el rostro. Quizá fuera julio, pero el aire era frío y el agua estaba más fría aún. Temblaba bajo su casaca del Ejército Continental y rogó porque ninguno de los marines tomara ese temblor por miedo. El capitán Welch, a su lado, parecía totalmente despreocupado, como si la chalupa sólo estuviera llevándolo a cumplir algún recado trivial. Israel Trask, el pífano, sonreía en la proa, donde estaba retorcido para mirar el cantil en el que no aparecía ningún enemigo. La pared ascendía unos sesenta metros desde la playa, y gran parte de esa pendiente era casi perpendicular, pero parecía mucho más alta por la niebla. Caían árboles bajo los impactos de palanquetas y balas encadenadas, y había pájaros volando en círculos sobre la parte superior, pero Wadsworth no podía ver casacas rojas ni las nubes de humo que delataban el fuego de los mosquetes. La niebla se filtraba entre las ramas más altas. Ahora las barcas que iban en cabeza estaban dentro del campo de disparo de un mosquete, pero seguía sin haber disparos enemigos.

—Tú te quedas en la playa, chico —le dijo Welch a Israel Trask.

—¿No puedo...? —empezó a decir el muchacho.

—Te quedas en la playa —volvió a decirle Welch, y después lanzó una mirada maliciosa a Wadsworth— con el general.

—¿Eso es una orden? —preguntó Wadsworth divertido.

—Su trabajo es enviar las barcas de vuelta a por más hombres, y llevar a esos hombres donde sean necesarios —dijo Welch, en apariencia sin perturbarse mientras le decía a Wadsworth lo que debería hacer—. Nuestro trabajo es matar a cualquier cabronazo que nos encontremos en lo alto de la pendiente.

—Si es que hay alguno allí —dijo Wadsworth.

La chalupa casi estaba en la playa, donde pequeñas olas rompían débilmente, y el enemigo seguía aún sin ofrecer resistencia.

—Tal vez se hayan dormido —dijo Welch—, puede ser.

Entonces, cuando la proa de la barca varó entre los guijarros, la pared del cantil estalló con estruendo y humo. Wadsworth vio una llamarada en lo alto, oyó las balas de mosquete pasar silbando, vio salpicar el agua allí donde alcanzaban el agua y después oyó a los marines gritando mientras saltaban a tierra. Otras barcas vararon en la angosta playa, que enseguida se llenó de hombres con uniformes verdes en busca de un camino para subir el cantil. Un marine reculó tambaleándose y su bandolera blanca se tiñó de sangre repentinamente. Cayó de rodillas entre las suaves olas y tosió con violencia, escupiendo más sangre oscura con cada tos.

James Fletcher, con su mosquete descolgado, había corrido hasta un enorme peñasco de granito que casi bloqueaba la playa.

—¡Hay un camino por aquí! —gritó.

—¡Ya lo han oído! —bramó Welch—. ¡Sígueme! ¡Vamos, bellacos!

—Empieza a tocar, chico —le dijo Wadsworth a Israel Trask—. ¡Tócanos una buena melodía!

Los marines se esforzaban por subir la pendiente, que era lo bastante empinada como para obligarles a colgarse sus mosquetes y emplear ambas manos para tirar de sí mismos agarrándose en plantones o en rocas. La bala de un mosquete golpeó una piedra y rebotó hacia arriba pasando sobre la cabeza de Wadsworth. Un marine cayó de espaldas con la cara convertida en una máscara roja. Una bala se había incrustado en su pómulo y ahora la carne de su mejilla colgaba sobre el cuello de cuero de su uniforme. Wadsworth podía ver los dientes de aquel hombre a través de la herida irregular, pero el marine se recuperó y siguió trepando, haciendo un ruido extraño mientras una andanada pasaba silbando por encima para convertir un alerce en astillas. Wadsworth oyó una voz clara gritando a los hombres que apuntaran bajo y, con un escalofrío, se dio cuenta de que debía de estar oyendo a un oficial enemigo. Sacó su pistola y apuntó a lo alto de la pendiente, pero no pudo ver su objetivo, sólo nubecillas grisáceas indicando que el enemigo estaba a medio camino de la pared del cantil. Gritó a las tripulaciones de las barcas que regresaran a los transportes donde esperaban más hombres, después recorrió la playa hacia el norte, haciendo crujir bajo sus botas el pequeño montón de algas secas y pequeños desechos que marcaban el límite de la marea alta. Encontró a una docena de milicianos agachados bajo un saliente de roca y les ordenó que subieran la pendiente. Lo miraron como si

estuvieran atontados, y luego uno de ellos asintió y salió corriendo de su refugio, y los demás le siguieron.

Más barcas vararon en la orilla y más hombres saltaron sobre las regalas. Todo el espacio de la estrecha playa del cantil estaba ahora lleno de hombres que corrían hacia los árboles y empezaban a trepar, y los cañones del *Hunter* y el *Sky Rocket* seguían atronando y retumbando y haciendo restallar el aire con sus despiadados proyectiles. El ruido de los cañones y los mosquetes ensordecía la nebulosa playa, pero Israel Trask tocaba un contrapunto a la percusión de las armas. Hacía sonar la desenfadada *Marcha de los bribones* y permanecía a descubierto en la playa, donde, mientras tocaba, miraba con los ojos muy abiertos cantil arriba. Wadsworth agarró al chico por el cuello de la casaca, provocando un repentino hipo en la música, y tiró de él hacia el lado del vasto peñasco que daba al mar.

—Quédate aquí, Israel —ordenó Wadsworth, considerando que el chico estaría más seguro en aquel refugio de granito.

Un cuerpo pasó flotando boca abajo justo al lado de la roca. El hombre vestía una casaca de gamuza y un agujero en la espalda de la prenda mostraba el lugar por donde la bala asesina había abandonado el cuerpo. El cadáver reflató con las pequeñas olas y después volvía a ser tragado. Se movía hacia arriba y hacia abajo sin pausa. El muerto era Benjamin Goldthwait, que había escogido abandonar las lealtades de su padre y luchar por los rebeldes.

Un capitán de milicia había alcanzado la cima del peñasco y estaba animando a gritos a sus hombres para que subieran hasta lo alto. El enemigo debía de haberlo visto, porque las balas crepitaban sobre la piedra.

—¡Suba usted por el cantil! —gritó Wadsworth al capitán, y justo entonces una bala alcanzó al oficial de milicia en el vientre y su grito se convirtió en un gruñido mientras se doblaba sobre sí mismo y la sangre empapaba sus pantalones. Cayó lentamente hacia atrás y de pronto la sangre describió un arco por encima de él. Resbaló por un costado del peñasco y cayó con un ruido sordo al agua justo al lado del cadáver de Ben Goldthwait. Los ojos de Israel Trask se abrieron de par en par.

—No te preocupes por los cuerpos, chico —dijo Wadsworth—. Tú sigue tocando.

James Fletcher, a quien se había ordenado que permaneciese cerca de Wadsworth, vadeó las pequeñas olas para sacar al oficial herido del agua, pero en cuanto lo agarró por los hombros un chorro de sangre salpicó a James en la cara y el capitán herido se retorció por el intenso dolor.

—¡Ustedes! —Wadsworth se dirigía a unos marineros que estaban a punto de volver remando a los transportes—. ¡Llévense a ese hombre herido con ustedes! ¡Hay un cirujano en el *Hunter*! Llévenlo allí.

—Creo que está muerto —dijo James, estremeciéndose por la sangre que había salpicado su rostro y ahora se extendía por las olas.

—¡Venga aquí, Fletcher —dijo Wadsworth—, venga!

Siguió el camino junto al peñasco. A su izquierda, la milicia se esforzaba entre los

densos matorrales que cubrían el cantil, pero Wadsworth notó que los marines, a su derecha, habían llegado mucho más arriba en la pendiente. El sendero subía ladeado hacia el sur por la pared del cantil. En realidad no era un sendero, sino más bien una borrosa pista interrumpida por raíces, maleza y árboles caídos, y Wadsworth tuvo que usar sus manos para ayudarse en las partes más difíciles. El sendero zigzagueaba de vuelta hacia el norte y, en el giro, un infante de marina herido estaba atándose una franja de tela alrededor de su muslo herido y un poco más abajo yacía otro marine como si estuviera dormido, con la boca abierta, pero sin señal ninguna de herida. Wadsworth sintió una punzada al mirar el rostro de aquel joven; tan apuesto, tan desperdiciado.

—Está muerto, señor —dijo el marine herido.

Una bala de mosquete impactó en un árbol justo al lado de Wadsworth, abriendo una marca de madera fresca. Siguió trepando cuesta arriba. Podía oír las cercanas descargas de mosquete más arriba, y oyó a Welch vociferando sus órdenes por encima del estruendo. Los marines seguían avanzando, pero ahora la pendiente había disminuido, dejando sus manos libres para usar los mosquetes. Un grito resonó entre los árboles y se apagó bruscamente.

—¡No permitan que esos cabrones mantengan sus posiciones! —gritó Welch—. ¡Están huyendo! ¡Oblíguenles a escapar!

—¡Adelante, Fletcher! —gritó Wadsworth. De repente se sentía entusiasmado. La fragancia de la victoria se imponía al hedor de huevos podridos del humo de pólvora. Vio a un casaca roja entre los árboles que había a su izquierda; apuntó su pistola y apretó el gatillo, y aunque dudaba de su puntería a tanta distancia, sintió un salvaje deleite al disparar contra los enemigos de su país. James Fletcher disparó su mosquete cuesta arriba y el retroceso casi le hizo caer rodando por la pista—. ¡Continúen! —gritó Wadsworth.

Desembarcaban más milicianos y ellos también sentían que estaban ganando aquel combate y se lanzaban a subir la pared con renovado entusiasmo. Ahora había mosquetes disparando por todo el cantil, tanto americanos como británicos, y los disparos estaban llenando la arboleda con balas y humo, pero Wadsworth tenía la impresión de que el fuego más pesado provenía de los americanos. Los hombres se gritaban unos a otros, dándose ánimos y alborotando con placer al ver que los casacas rojas se retiraban cada vez más arriba.

—¡Oblíguenlos a moverse! —Gritaba Wadsworth. «Dios mío —pensó—, ¡pero si estamos ganando!».

Un miliciano llevó la bandera americana a tierra y su visión inspiró a Wadsworth.

—¡Adelante! —gritó a un grupo de hombres de la milicia del condado de Lincoln, y prosiguió su ascenso. Un disparo pasó lo bastante cerca de su mejilla como para que el viento que movía empujara su cabeza hacia un lado, pero Wadsworth se sentía indestructible.

A su derecha podía ver una tosca línea de marines, cuyas bayonetas brillaban

mientras subían por la fácil pendiente superior del cantil, y a su izquierda el bosque estaba lleno de milicianos con sus casacas de gamuza. Oyó los distantes gritos de guerra de los indios a la izquierda de los americanos, y entonces se impuso el sonido de la milicia para inundar la arboleda con el espeluznante y agudo grito. El fuego rebelde era mucho más denso que el de los mosquetes del enemigo. Los dos barcos de guerra habían dejado de disparar, pues ahora sus costados eran más peligrosos para los de su propio bando que para el enemigo, pero el sonido de los mosquetes americanos era incesante. El borde del cantil estaba siendo acribillado por los balazos y a cada instante los atacantes llegaban más alto.

La *Rachel*, una de las goletas de transporte más pequeñas, había avanzado a remos hasta la orilla. Su proa tocó el pedregoso fondo y más atacantes saltaron a la playa. Traían la bandera de la Milicia de Massachusetts.

—¡Vamos, suban! —Israel Trask dejó de tocar para gritarles—. ¡Se van a perder la lucha! ¡Suban!

Los hombres le obedecieron, subiendo en tromba por la pista para reforzar a los atacantes. Wadsworth se dio cuenta de que ya estaba cerca de la cima y pensó que podría concentrar allí a los atacantes y hacer que avanzaran por la cresta de Majabigwaduce hasta llevarlos al propio fuerte. Sabía que el fuerte no estaba concluido, sabía que tenía escasez de cañones y, con unos hombres tan excelentes y con semejante ímpetu, ¿por qué no iban a terminar el trabajo antes de que el sol evaporase la niebla?

—¡Adelante! —gritó—. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

Oyó un cañonazo con un sonido mucho más profundo y retumbante que el de cualquier mosquete, y por un momento temió que los británicos hubiesen emplazado artillería en la cima del cantil, pero después vio el humo proyectándose hacia el sur y entendió que la pequeña batería enemiga de la Cabeza de Dyce debía de estar disparando aún contra Cross Island. Entonces ningún peligro vendría de esos cañones y gritó a los marines que el cañonazo no iba dirigido a ellos.

—¡Sigán adelante! —gritó, y continuó trepando entre el barullo de marines y milicianos. Un hombre que vestía una túnica casera estaba apoyado en un tronco caído y jadeaba sin aliento—. ¿Está usted herido? —le preguntó Wadsworth, y el hombre negó con un movimiento de cabeza—. ¡Pues siga adelante! —le dijo Wadsworth—. ¡Ya no estamos lejos!

Había un cuerpo caído obstaculizando el camino de Wadsworth y éste vio, casi sin poder creerlo, que era el cadáver de un casaca roja. El soldado muerto vestía un *kilt* oscuro y sus manos estaban cerradas en apretados puños y las moscas pululaban por la carnicería que antes había sido su pecho. Entonces Wadsworth alcanzó la cima. Los hombres vitoreaban, los británicos salieron corriendo, las banderas americanas fueron llevadas arriba y Wadsworth se sentía triunfante.

Habían tomado el cantil, los casacas rojas habían sido derrotados y el camino hacia el fuerte quedaba expedito.

*

De pronto, el teniente John Moore cayó en la cuenta de que lo inconcebible estaba sucediendo, los rebeldes se estaban imponiendo en aquella lucha. La certeza era horrible, irrefutable, sobrecogedora, y su respuesta fue redoblar sus esfuerzos para rechazarlos. Sus hombres habían estado disparando desde lo alto de la abrupta pendiente del cantil y, al principio, cuando sus enemigos de uniforme verde aún se esforzaban en el tramo más empinado de su ascenso, Moore había visto que sus disparos empujaban hacia atrás a sus asaltantes. Esos atacantes habían estado siguiendo una pista tosca y sin nivelar que subía el cantil zigzagueando y los hombres de Moore podían derribarlos con sus disparos, aunque en la sombría oscuridad era difícil ver a los atacantes.

—¡Fuego! —gritó Moore, y después se dio cuenta de que no era necesario.

Sus hombres estaban disparando tan rápido como podían recargar, y por todo el cantil los casacas rojas descargaban sus balas sobre la maraña de árboles. Por unos momentos Moore había pensado que estaban ganando, pero hubo partidas de atacantes que, al alcanzar terreno menos abrupto, habían empezado a devolver el fuego. El cantil crepitaba con un fuego de mosquete continuo, el humo envolvía las ramas y las pesadas balas atravesaban árboles y carne.

El capitán Archibald Campbell, desconcertado por el número de atacantes, gritó a sus hombres que se retiraran.

—¿Ha oído eso, señor? —preguntó el sargento McClure a Moore.

Intentó comprender el sentido de lo que había sucedido, pero el ruido y la humareda se lo impedían. Lo único de lo que estaba seguro era de que detrás de él, en la pendiente, había hombres uniformados y la obligación de Moore era devolverlos al mar, así que permaneció en la parte superior del cantil mientras el resto del piquete de Campbell se retiraba a la cima.

—¡Sigán disparando! —le dijo a McClure.

—Jesús, María y José —exclamó McClure, y disparó su mosquete sobre un grupo de atacantes.

La respuesta fue una descarga de mosquetes desde abajo, sus llamaradas ascendiendo entre la humareda, y el soldado McPhail, de apenas diecisiete años, lanzó un sonido animal y dejó caer su arma. Un fragmento de costilla, sorprendentemente blanco a la luz del amanecer, asomaba a través de su casaca roja, y sus pantalones de piel de venado fueron tiñéndose de rojo mientras caía de rodillas y volvía a lamentarse.

—No podemos quedarnos aquí, señor —gritó McClure a Moore sobre el estrépito de los mosquetes.

—¡Retrocedan! —concedió Moore—. ¡Ahora despacio! ¡Sigán disparando!

Se agachó junto a McPhail, cuyos dientes castañeteaban. Después el muchacho se estremeció convulso y se quedó quieto, y Moore comprendió que McPhail había

muerto.

—A su derecha, señor —advirtió McClure, y Moore sintió un segundo de pánico cuando vio a unos rebeldes que trepaban a su lado entre los espesos matorrales. Dos ardillas saltaron por encima de su cabeza—. Es hora de mover el culo hacia arriba, señor —dijo McClure.

—¡Retirada! —ordenó Moore a sus hombres—. ¡Pero despacio! ¡No dejen de dispararles!

Moore envainó su espada, desabrochó el cinturón de McPhail con su cartuchera y se llevó el cinturón, la cartuchera y el mosquete en su camino hacia arriba. Los marines del norte lo habían visto y sus balas silbaban a su alrededor, pero después se giraron para atacar a los hombres de retaguardia del capitán Campbell, y esa distracción le dio a Moore el tiempo necesario para subir a toda prisa los últimos metros hasta la cima del cantil, desde donde gritó a sus hombres que formaran una línea y mantuvieran la posición. Unas agujas de pino le habían caído por el cogote y estaban atrapadas en el cuello de su casaca. Le molestaban. No podía ver a los hombres del capitán Campbell y parecía que su pequeño piquete era la única presencia británica que quedaba sobre el cantil, pero justo entonces un teniente de artillería, con su uniforme azul, llegó corriendo desde el este.

El teniente, uno de los hombres del capitán Fielding, estaba al mando de los tres pequeños cañones emplazados justo detrás de la Cabeza de Dyce. Los artilleros habían reemplazado a las tripulaciones navales, dejando que los marineros regresaran a sus embarcaciones, que esperaban un ataque de la flota enemiga. El teniente de artillería, un joven no mayor que Moore, se detuvo al lado del piquete.

—¿Qué sucede?

—Un ataque —respondió Moore con brutal sencillez. Había enganchado el cinturón del muerto en el suyo y ahora revolvía en la cartuchera para agarrar un cartucho, pero McClure le distrajo.

—Deberíamos retirarnos, señor —declaró el sargento.

—¡Nos quedaremos aquí y seguiremos disparando! —insistió Moore. Sus Hamilton eran ahora una sola línea en lo alto del cantil. Detrás de ellos había un pequeño claro y luego unos pocos pinos más allá de los cuales los tres cañones seguían disparando por encima del puerto hacia la batería rebelde de Cross Island.

—¿Debería llevarme los cañones? —preguntó el teniente de artillería.

—¿Puede dispararlos cuesta abajo? —preguntó Moore.

—¿Por el cantil?

—¡Contra ellos! —dijo Moore con impaciencia, señalando el lugar donde los atacantes de uniforme verde eran visibles por un momento entre la maleza en sombras.

—No.

Una descarga de mosquetes estalló a la derecha de Moore. Dos de sus hombres cayeron y otro soltó su mosquete para llevarse la mano al hombro. Uno de los

hombres caídos se retorció de dolor mientras su sangre se extendía por la tierra. Empezó a lanzar gritos agudos y el resto de los hombres retrocedieron horrorizados. Hubo más disparos provenientes de los árboles y un tercer hombre cayó, de rodillas, con su muslo derecho destrozado por una bala. Ahora la pequeña línea de Moore había sido diezmada y, lo que era peor, los hombres empezaban a recular. Sus rostros estaban pálidos y sus ojos parpadeaban por el miedo.

—¿Van a dejarme aquí? —les gritó Moore—. ¿Los Hamilton me van a dejar solo? ¡Vuelvan aquí! ¡Compórtense como soldados! —A Moore le sorprendió bastante el tono confiado de su voz, y quedó aún más sorprendido cuando el piquete le obedeció. El miedo había hecho presa de ellos y ese miedo había estado a un solo latido de convertirse en pánico, pero la voz de Moore los había controlado—. ¡Fuego! —gritó, señalando hacia la humareda de pólvora que mostraba desde dónde había sido disparada la destructiva ráfaga del enemigo. Intentaba ver al enemigo que había hecho la descarga, pero las casacas verdes de los marines se fundían con los árboles. Los hombres de Moore dispararon y las pesadas culatas de sus mosquetes retrocedieron contra sus hombros doloridos.

—¡Tenemos que llevarnos los cañones! —dijo el teniente de artillería.

—¡Pues háganlo! —le espetó Moore, y le dio la espalda.

Las baquetas de sus hombres raspaban las ánimas costrosas por la pólvora mientras recargaban.

Un balazo alcanzó al teniente de artillería en la zona lumbar y éste se estremeció.

—No —dijo, más por sorpresa que protestando—, ¡no! —Sus botas revolviéron la mohosa hojarasca—. No —volvió a decir, y llegó otra descarga, esta vez desde el norte. Moore comprendió que corría el peligro de quedar aislado del fuerte.

—Ayúdeme —dijo el teniente de artillería.

—¡Sargento! —gritó Moore.

—Tenemos que irnos, señor —insistió el sargento McClure—, somos los últimos que quedamos aquí.

De pronto el teniente de artillería arqueó su espalda y dio un alarido. Otro de los hombres de Moore estaba en el suelo y la sangre empapaba sus desteñidos pantalones de piel de venado.

—¡Tenemos que retroceder, señor! —gritó McClure enfurecido.

—Retírense hacia los árboles —ordenó McClure a sus hombres—, ¡paso ligero, ar!

Retrocedió con ellos, deteniéndolos otra vez cuando alcanzaron el grupo de pinos. Ahora tenían los cañones justo detrás, y delante estaba el claro donde yacían muertos y agonizantes, más allá del cual estaba reuniéndose el enemigo.

—¡Fuego! —gritó Moore con voz ronca.

La niebla era ahora mucho menos densa y el sol la iluminaba de tal forma que el humo de los mosquetes parecía ascender en un resplandeciente vapor.

—Tenemos que marcharnos, señor —le urgió McClure—, hay que volver al

fuerte, señor.

—Vendrán refuerzos —dijo Moore, y una bala de mosquete alcanzó al sargento McClure en la boca, destrozándole los dientes, perforando su garganta y dañándole la columna. El sargento se derrumbó sin hacer ruido. Su sangre salpicó los pantalones inmaculados de John Moore—. ¡Fuego! —gritó Moore, aunque podía haber llorado por la frustración. Estaba en su primera batalla y la estaba perdiendo, pero no se rendiría. Seguramente el brigadier enviaría más hombres, así que John Moore, aún con el mosquete del soldado muerto en su mano, mantuvo su incierta posición.

Y más y más rebeldes subían por el cantil.

*

El capitán Welch se sentía frustrado. Quería marchar sobre el enemigo. Quería aterrorizarlo, matarlo y conquistarlo. Sabía que comandaba a los mejores soldados y, si podía llevarlos hasta el enemigo, sus marines de casacas verdes atravesarían las filas rojas con demoledora eficacia. Sólo necesitaba acercarse más al enemigo, hacerle retroceder aterrorizado y después continuar el avance hasta el fuerte, y todos los condenados casacas rojas que hubiese dentro caerían en manos de los marines.

La pendiente le había frustrado. Era abrupta y el enemigo, al retirarse lentamente, continuó sus mortificantes disparos contra sus hombres, disparos que los infantes de marina apenas podían devolver la mayor parte del tiempo. Disparaban hacia arriba cuando podían, pero el enemigo quedaba medio oculto por los árboles, por la sombra y por la niebla mezclada con humo; demasiadas balas de los mosquetes eran desviadas por ramas o, simplemente, se perdían en el aire.

—¡Sigán avanzando! —Gritaba Welch. Cuanto más arriba llegaban más fácil se volvía la pendiente, pero hasta que no alcanzaron terreno más favorable buenos hombres murieron o fueron heridos, alcanzados por los disparos que llovían sin pausa desde arriba, y cada disparo enfurecía más a Welch y aumentaba su determinación. Más que ver, sintió que sólo se enfrentaba a un pequeño grupo de hombres. Disparaban todo el tiempo, pero al ser pocos su fuego era limitado.

—¡Teniente Dennis! ¡Sargento Sykes! —gritó Welch—. ¡Lleven a sus hombres por la izquierda! —Rebasaría a aquellos cabrones por el flanco.

—¡Sí, señor! —bramó Sykes en respuesta.

Welch podía oír los cañones disparando por encima de él, pero no caían cerca ni balas rasas ni botes de metralla, sólo las malditas balas de mosquete. Se agarró a una rama de abeto y se impulsó para seguir subiendo, y entonces un proyectil alcanzó el tronco del abeto y lanzó una lluvia de astillas sobre su rostro; pero ahora estaba en terreno más fácil, así que gritó a los hombres que lo seguían que se reunieran con él. Ya podía ver al enemigo, podía ver que era un pequeño grupo de hombres vestidos con casacas rojas de vueltas negras que retrocedían obstinados por una franja de terreno despejado.

—¡Mátenlos! —ordenó a sus hombres, y los mosquetes de los marines escupieron humo y ruido, y cuando la humareda se aclaró Welch pudo ver que había hecho daño al enemigo.

Había hombres en el suelo, pero los demás aún mantenían su posición y seguían disparando, y Welch oyó que su oficial les gritaba órdenes. Ese oficial le enfurecía. Era una delicada y elegante figura con un gabán que, incluso en aquel nebuloso amanecer, parecía de costosa confección. Los botones tenían el brillo del oro, en la garganta del oficial se veían adornos de pasamanería, sus calzones eran de un blanco níveo y sus botas de caña alta relucían. «Un cachorrillo —pensó Welch desdeñoso—, un ramillete de privilegios, un objetivo». Durante su cautiverio, Welch había conocido a un puñado de altaneros britanos y éstos habían marcado a fuego en su alma el odio por los de su raza. Eran hombres así los que habían hecho que los americanos fuesen unos don nadie, los que habían pensado que podrían tratar con prepotencia a una raza despreciada y los que ahora iban a recibir una sangrienta lección.

—Maten al oficial —dijo a sus hombres, y los mosquetes de los marines dispararon otra descarga.

Los hombres mordían los cartuchos, se despellejaban los nudillos contra las bayonetas caladas al atacar los cañones de sus armas con las baquetas, amartillaban los percutores, disparaban otra vez, pero aun así el maldito cachorrillo seguía con vida. Tenía un mosquete en la mano mientras que su espada, que colgaba de cadenas de plata, permanecía en su vaina. Llevaba puesto un bicornio con su ala ribeteada de plata, y por debajo de éste su rostro parecía muy joven y, según pensaba Welch, arrogante. «Maldito cachorrillo», pensó Welch, y el maldito cachorrillo gritó a sus hombres que dispararan y la pequeña descarga llovió sobre los marines; después los hombres del teniente Dennis dispararon desde el norte y ese fuego desde el flanco hizo que el cachorrillo y sus casacas rojas retrocedieran aún más por el claro. Dejaron cadáveres a sus espaldas, pero el arrogante y joven oficial seguía con vida. Detuvo a sus casacas rojas en los árboles más alejados y les gritó que mataran a los americanos, y con aquello Welch ya tuvo bastante. Desenvainó su pesado sable de abordaje de su sencilla vaina de cuero. La hoja se sentía bien en su mano. Vio que los casacas rojas estaban recargando, rasgando los cartuchos mientras las culatas de sus mosquetes estaban apoyadas en el suelo. Otro casaca roja fue derribado y su sangre salpicó los impolutos calzones blancos del joven oficial, cuyos hombres, al estar todavía recargando, estaban ahora indefensos.

—¡Usen las bayonetas —gritó Welch— y carguen!

Welch encabezó la carga a través del claro. Haría trizas al cachorrillo. Masacraría a aquellos condenados imbéciles, capturaría los cañones que tenían detrás y después conduciría a sus asesinos de casaca verde por la cresta de Majabigwaduice para ir a tomar el fuerte. Los marines habían alcanzado la cima del cantil y, para el capitán John Welch, eso sólo podía significar que la batalla estaba ganada.

*

El general McLean se había convencido de que el ataque rebelde llegaría por el paso, así que el ataque contra el cantil al amanecer le sorprendió. Al principio le agradó aquella elección de los rebeldes, pues calculaba que el piquete de Archibald Campbell era lo bastante pesado como para infligir verdadero daño a los atacantes, pero la brevedad de la lucha le indicó lo poco que había conseguido Campbell. McLean no podía ver el combate desde Fort George porque la niebla ocultaba la cresta, pero su oído le decía todo lo que necesitaba saber y el corazón le dio un vuelco, porque había preparado el fuerte para recibir un ataque desde el norte. Pero el ataque llegaba por el oeste y la intensidad de fuego de los mosquetes indicó a McLean que los atacantes venían con una fuerza sobrecogedora. Ahora la niebla se disipaba rápidamente, fundiéndose en volutas de neblina que llegaban como humo de disparos por los montículos de la cresta. Una vez que los rebeldes ganaran la cima del cantil, y el oído de McLean le indicaba que aquello ya estaba sucediendo, y una vez que llegaran al borde del bosque en aquella elevación del oeste, verían que Fort George sólo era un nombre y que aún no era una fortificación. Sólo había dos cañones apuntando hacia el cantil, como obstáculo su terraplén era un mal chiste y el *abatis* era una frágil barricada para proteger el trabajo no terminado. Seguramente los rebeldes capturarían el fuerte y Francis McLean lo lamentaría.

—Las peripecias de la guerra —dijo.

—¿McLean? —preguntó el teniente coronel Campbell, oficial al mando de los *highlanders*.

La mayor parte del regimiento de Campbell, aquellos que no estaban en la línea de piquetes, se encontraba ahora detrás del terraplén. Sus dos estandartes estaban en el centro de su línea y McLean sintió un escalofrío de pena ante la idea de que aquellas orgullosas banderas fuesen a convertirse en trofeos para los rebeldes.

—¿Dijo usted algo, McLean? —preguntó Campbell.

—Nada, coronel, nada —respondió McLean, mirando hacia el oeste entre la niebla que se disipaba.

Cruzó el terraplén y caminó hacia el *abatis* porque quería estar más cerca de la lucha. El ruido crepitante de los mosquetes aún crecía y se apagaba, haciendo el mismo sonido que los espinos secos al arder y chisporrotear. Envió a uno de sus edecanes a llamar al piquete del mayor Dunlop, que había estado vigilando el istmo

—¡... y dígame al mayor Dunlop que necesito la compañía del teniente Caffrae! ¡Deprisa!

Se apoyó en su vara de espino y al volverse vio que los hombres del capitán Fielding ya habían trasladado un cañón de doce libras desde la esquina noreste del fuerte hasta el bastión noroeste. Bien, pensó, pero dudaba de que ahora cualquier esfuerzo fuese a ser suficiente. Volvió a mirar la elevación desde donde niebla y humareda se filtraban entre los árboles, y desde donde el sonido de los mosquetes

volvía a aumentar y donde los casacas rojas estaban apareciendo en la línea de árboles más alejados. «Así que ese piquete —se dijo apesadumbrado— no ha retrasado mucho al enemigo». Vio a los hombres disparar, vio caer a un hombre y después los casacas rojas atravesaban en desbandada la tierra desbrozada, corriendo entre los tocones recién cortados mientras huían de un enemigo cuyas casacas lo volvían invisible entre los árboles distantes. La única evidencia de los rebeldes era el humo de sus mosquetes, que aparecía y se desvanecía en la brisa ligera de la mañana.

Había un pequeño hueco en el *abatis*, dejado allí a propósito para que los defensores pudiesen franquear la maraña de ramas, y los casacas rojas que huían entraron por ese hueco hasta donde los encontró McLean.

—En formación —fue su saludo. Los hombres lo miraban con expresión aturdida—. Formen por compañías —ordenó—. ¿Sargento? ¡Organice esas filas!

Los fugitivos formaron en tres filas y detrás de ellos, relevados de su posición de piquete en el terreno con vistas al paso, llegó la compañía del mayor Dunlop y del teniente Caffrae.

—Espere un momento, mayor —le dijo McLean a Dunlop—. ¡Capitán Campbell! —gritó, indicando con la vara que se refería a Archibald Campbell, que se había retirado tan precipitadamente como sus hombres.

Campbell, nervioso y descompuesto, se revolvía delante de McLean.

—¿Señor?

—¿Le obligaron a retirarse? —preguntó McLean.

—Había cientos de ellos, señor —respondió Campbell, sin mirar a los ojos de McLean—. ¡Cientos!

—¿Y dónde está el teniente Moore?

—Prisionero, señor —dijo Campbell después de una pausa. Su mirada se encontró con la de McLean y enseguida miró hacia otro lado—. O algo peor, señor.

—Entonces, ¿a qué vienen esos disparos? —preguntó McLean.

Campbell se giró y miró los árboles lejanos de donde seguía saliendo el sonido de los mosquetes.

—No lo sé, señor —dijo el *highlander*, apesadumbrado.

McLean se volvió hacia el mayor Dunlop.

—Lo más rápido que pueda —le dijo—, llévese la compañía de Caffrae y avancen a paso ligero, a ver si pueden encontrar al joven Moore. No se enfrenten a tantos rebeldes, simplemente vaya a ver si encuentran a Moore.

El mayor Dunlop, comandante temporal del 82.º, era un oficial de brío y capacidad extraordinarios, así que no perdió tiempo. Gritó las órdenes y su compañía, con sus mosquetes apuntando hacia el sendero, salió hacia el oeste. Habría sido un suicidio avanzar por la parte despejada de la cresta directos hacia los rebeldes, que ahora se estaban reuniendo al filo de los árboles, así que la compañía usó el terreno más bajo que daba al puerto, donde quedaban ocultos por las casas desperdigadas y los pequeños campos donde el maíz ya era más alto que un hombre. McLean los vio

desaparecer, oyó que la lucha continuaba y rezó porque Moore sobreviviera. El general consideraba que el joven John Moore prometía, aunque ésa no era razón suficiente para rescatarlo, como tampoco era razón suficiente que Moore fuese amigo del patrón del regimiento, el duque de Hamilton, aunque quizá lo fuera el hecho de que Moore había sido encomendado a McLean. McLean no lo abandonaría, como tampoco lo haría con ningún hombre puesto a su cargo, y por eso había enviado hacia el peligro a Dunlop y una única compañía. Era su deber.

*

Solomon Lovell desembarcó en la estrecha playa una hora después de que los marines del capitán Welch hubiesen sido la cabeza de lanza del ataque americano. El general llegó con el teniente coronel Revere y sus ochenta hombres de artillería, quienes aquel día estaban armados con mosquetes y servirían como fuerza de reserva para los novecientos cincuenta hombres que estaban en tierra, la mayoría de los cuales ya habían llegado a la cima del cantil. Unos pocos no lo habían conseguido y sus cuerpos yacían en la abrupta pendiente, mientras que otros, los heridos, habían sido llevados de vuelta a la playa, donde Eliphalet Downer, cirujano general de la Milicia de Massachusetts, estaba organizando su tratamiento y evacuación. Lovell se acuclilló al lado de un hombre con un vendaje sobre los ojos.

—¿Soldado? —dijo Lovell—. Soy el general Lovell.

—Los derrotamos, señor.

—¡Por supuesto que lo hicimos! ¿Le duele, soldado?

—Estoy ciego, señor —respondió el hombre. Una bala de mosquete había lanzado cortantes astillas de haya en sus ojos.

—Pero verá su país en libertad —dijo Lovell—, se lo prometo.

—¿Y cómo daré de comer a mi familia? —preguntó el hombre—. ¡Soy granjero!

—Todo irá bien —le tranquilizó Lovell, dándole unas palmaditas en el hombro—. Su país se ocupará de usted. —Se irguió, escuchando el repiqueteo irregular de los mosquetes en lo alto del cantil, indicativo de que aún debían de quedar casacas rojas luchando en las alturas—. Necesitaremos traer artillería a tierra, coronel —le dijo a Revere.

—En cuanto nos dispense, general —replicó Revere. Había un deje de resentimiento en su voz, como si pensara que fuese humillante para sus hombres llevar mosquetes en vez de ocuparse de los cañones—. En cuanto nos dispense usted —volvió a decir, aunque esta vez más voluntarioso.

—Veamos primero lo que hemos conseguido —dijo Lovell. Volvió a dar unas palmaditas en el hombro al soldado ciego y empezó a subir por el cantil, ayudándose con los plantones—. Será un trabajo difícil subir un cañón por esta pendiente, coronel.

—Nos las arreglaremos —dijo Revere confiado. Subir artillería pesada por la

abrupta pared de un acantilado era un problema práctico y al teniente coronel Revere le gustaba superar desafíos de tal calibre.

—Nunca le felicité por el éxito de sus artilleros en Cross Island —añadió Lovell—. ¡Hizo usted daño a los barcos enemigos! Espléndido logro, coronel.

—Sólo cumplí con mi deber, general —dijo Revere, satisfecho sin embargo por el cumplido—. ¡Matamos a algunos malditos britanos! —prosiguió alegremente—. ¡Siempre he soñado con matar a esas condenadas bestias!

—¡E hizo que los barcos enemigos retrocedieran! Así que ahora no hay nada que impida que nuestra flota entre en el puerto.

—Nada en absoluto, general —admitió Revere.

El estrépito de los mosquetes seguía sonando a la derecha de Lovell, prueba de que aún quedaban algunos casacas rojas en las tierras por encima de la bahía, pero estaba claro que la mayor parte de las fuerzas del enemigo se había retirado porque, cuando Lovell alcanzó la parte más fácil de la pendiente, en la parte alta del cantil, se encontró con milicianos sonrientes que le aclamaron.

—¡Los vencimos, señor!

—Por supuesto que los vencimos —dijo Lovell sonriendo—, y todos ustedes —alzó la voz y levantó los brazos en un gesto de bendición—, ¡todos ustedes tienen mi agradecimiento y mis felicitaciones por esta magnífica hazaña!

Los bosques de lo alto del cantil estaban ahora en manos rebeldes, todos ellos excepto unos pocos pinos por encima de la Cabeza de Dyce, lejos, a la derecha del general, donde aún resonaban los mosquetes. La milicia de Lovell se había hecho fuerte en los bosques. Había trepado por la escarpada pendiente y habían sufrido bajas, pero con sus disparos habían expulsado a los británicos del cantil, forzándolos a retirarse otra vez al fuerte. Los hombres parecían estar felices. Hablaban entusiasmados, volvían a contar los incidentes de la lucha en lo alto de la pendiente; Lovell disfrutaba de su alegría.

—¡Bien hecho! —Exclamaba una y otra vez.

Se acercó al lindero del bosque y allí, delante de él, estaba el enemigo. La niebla ya había desaparecido y pudo ver hasta el último detalle del fuerte que se alzaba a poco más de medio kilómetro hacia el este. El enemigo había levantado un parapeto de ramas entre los bosques y el fuerte, pero desde su posición elevada Lovell podía ver con facilidad por encima de aquella endeble barricada y pudo ver que Fort George no era en absoluto una fortaleza, sino que más bien parecía una cicatriz de tierra en el suelo de la cresta. El terraplén más cercano estaba lleno hasta arriba de casacas rojas, pero aun así se sintió aliviado. El fuerte, que en la imaginación de Lovell había sido una desalentadora perspectiva de muros de piedra y terraplenes cortados a pico, resultaba ahora ser un simple arañazo en la tierra.

El coronel McCobb, de la milicia del condado de Lincoln, saludó al general con buen ánimo.

—¡Buena mañana de trabajo, señor!

—¡Digna de los libros de historia, McCobb! ¡Sin duda, digna de los libros de historia! —exclamó Lovell—. Pero aún no está todo hecho. Creo yo que deberíamos seguir adelante, ¿no le parece?

—¿Y por qué no, señor? —respondió McCobb.

Solomon Lovell sintió que el corazón le daba un vuelco. Apenas se atrevía a creer la velocidad y el alcance de la victoria matinal, pero al ver a aquellos lejanos casacas rojas tras el bajo terraplén se dijo que la victoria aún no era completa. Tuvo una visión de los mosquetes de los casacas rojas descargando ráfagas contra sus hombres.

—¿Está por aquí el general Wadsworth?

—Estaba, señor.

McCobb le contó que Wadsworth había estado en el lindero del bosque, desde donde había animado al coronel McCobb y al coronel Mitchell a que hicieran avanzar a sus hombres por el claro, pero los dos coroneles habían alegado que necesitaban tiempo para reorganizar sus tropas. Las unidades se habían desperdigado al subir por la pendiente y la necesidad de trasladar a los heridos a la playa significaba que la mayor parte de las compañías tendrían escasez de hombres. Además, la captura de los bosques ya les parecía un victoria en sí misma y los hombres querían saborear su triunfo antes de proseguir su avance hacia Fort George. Peleg Wadsworth les había pedido que se dieran prisa, pero después se había distraído con los disparos que aún llenaban la arboleda con su humo cerca de la Cabeza de Dyce.

—Creo que se fue hacia la derecha —añadió McCobb—, hacia donde están los infantes de marina.

—¿Los marines siguen luchando aún? —preguntó Lovell a McCobb.

—Todavía hay unos cabrones testarudos resistiendo allí —dijo McCobb.

Lovell dudó, pero la vista de las banderas enemigas transformó su indecisión en confianza.

—¡Avanzaremos hasta la victoria! —anunció risueño. Quería añadir aquellas arrogantes banderas enemigas a sus trofeos—. Formen una línea con sus mejores muchachos —le dijo a McCobb; luego tiró de la manga del coronel cuando otra duda apareció en su mente—. ¿Ha disparado el enemigo contra ustedes? Con cañones, quiero decir.

—Ni una bala, general.

—¡Bien, pues saque a sus hombres de los bosques! ¡Dícales que para cenar comeremos rosbif británico!

Los disparos de mosquetes de la Cabeza de Dyce se intensificaron de pronto en una crepitación furiosa y concentrada, y después, igual de repentinamente, quedaron en silencio. Lovell miró fijamente hacia la humareda, única prueba visible de que se estaba librando una batalla entre aquellos árboles.

—Deberíamos avisar a los marines de que estamos avanzando —dijo—. ¿Mayor Brown? ¿Le llevaría usted este mensaje al capitán Welch? Dígale que avance con nosotros en cuanto esté preparado.

—Lo haré, señor.

El mayor Gawen Brown, el segundo de los mayores de la brigada de Lovell, marchó hacia el sur. Lovell no podía dejar de sonreír. ¡La Milicia de Massachusetts había tomado el cantil! Habían subido por la escarpadura, habían luchado contra los soldados del ejército británico y habían vencido.

—¡Creo que al fin y al cabo —le dijo al teniente coronel Revere— quizá no vamos a necesitar su cañón! Si es que podemos sacar al enemigo de su construcción con la infantería.

—Aun así, me gustaría tener una oportunidad de machacarlos —dijo Revere. Estaba mirando el fuerte y no le impresionaba lo que veía. Las cortinas de la empalizada eran bajas y los bastiones que las flanqueaban no estaban terminados; calculó que su artillería podría reducir aquel ridículo remedo de fuerte a un borrón de tierra sanguinolenta.

—Su afán acrecienta su mérito —dijo Lovell—, es cierto, coronel.

Detrás de él, los sargentos y oficiales de la milicia estaban sacando a sus hombres de entre los árboles y gritándoles que formaran filas en terreno abierto. La banderas de Massachusetts y la de los Estados Unidos de América ondeaban por encima de ellos y había llegado el momento del ataque decisivo.

*

El teniente Moore oyó gritar la orden de carga y vio a los hombres de uniforme verde saliendo en tromba de entre los árboles; fue consciente de los mosquetes que llamearon de improvisado desde su izquierda y el caos del momento le sobrecogió. En su cabeza sólo había terror. Abrió la boca para gritar una orden, pero no le venían las palabras, y un rebelde inmensamente alto, con su casaca verde cruzada por una bandolera blanca y una larga trenza moviéndose detrás de su cogote, empuñando en su mano derecha un sable de abordaje que reflejaba el sol de la mañana, corría directo hacia él. John Moore, casi sin pensarlo, levantó el mosquete que había rescatado del soldado McPhail y su dedo buscó el gatillo, y entonces se dio cuenta de que ni siquiera había cargado o amartillado el mosquete; pero era demasiado tarde para eso, porque el enorme rebelde estaba casi encima de él y el rostro de aquel hombre era una mueca salvajemente aterradora de odio; con un estremecimiento, Moore apretó el gatillo de todas formas y el mosquete disparó.

Había sido amartillado y cargado y Moore no se había dado cuenta.

La bala alcanzó al rebelde debajo del mentón, ascendió atravesándole la boca y salió a través de su cráneo, levantando su sombrero en el aire. La onda de choque de la bala, comprimida por el cráneo, hizo que uno de los ojos se saliese de su órbita. Un chorro de sangre provocó una neblina de diminutas gotas rojas cuando el rebelde, muerto al instante, cayó de rodillas hacia delante. El sable resbaló hasta el suelo y los brazos inertes del hombre se envolvieron alrededor de la cintura de Moore y después

bajaron deslizándose lentamente hasta sus pies. Moore, horrorizado, vio que de la trenza goteaba sangre.

—Por el amor de Dios, joven Moore, ¿es que quiere ganar esta maldita guerra sin ayuda de nadie? —Era el mayor Dunlop quien saludaba así al joven teniente.

Los hombres de Dunlop habían disparado una descarga cerrada desde los árboles a la izquierda de Moore, y aquella repentina detonación había servido para hacer que los marines, superados en número por el momento, regresaran a la arboleda. Moore no podía hablar. Una bala de mosquete alcanzó los faldones de su casaca. Él seguía mirando al rebelde muerto, cuya cabeza era una masa de sangre, cabello empapado y esquirlas de hueso.

—Vamos, hombre —Dunlop tomó a Moore por el codo—, salgamos corriendo de aquí.

La compañía se retiraba llevándose consigo a los hombres de Moore que habían sobrevivido. Se retiraron por el terreno bajo más cercano al puerto, mientras los marines americanos capturaban los tres cañones navales abandonados en la Cabeza de Dyce. La batería rebelde estaba disparando desde Cross Island, descargando sin cesar balas rasas sobre las naves del capitán Mowat. El borde del cantil estaba infestado de rebeldes y los casacas rojas ya no tenían otro sitio al que ir, aparte del inacabado Fort George.

Y el capitán Welch estaba muerto.

*

Tardaron un rato en hacer salir a la milicia de entre los árboles, pero poco a poco fueron formando una línea. Era una formación irregular que se extendía a lo largo de la elevación, con los marines a la derecha, los indios a la izquierda y las banderas en el centro. Los hombres de Paul Revere, la reserva de Lovell, formaban en tres filas detrás de las dos banderas, una de ellas con las orgullosas barras y estrellas de los Estados Unidos y la otra con el pino de la Milicia de Massachusetts.

—Qué trabajo tan magnífico para una sola mañana —saludó Lovell a Peleg Wadsworth.

—Le felicito, señor.

—Y yo se lo agradezco, Wadsworth, ¡muchas gracias! Pero ahora seguimos hacia la victoria, ¿no?

—Hacia la victoria, señor —dijo Wadsworth. Decidió que no le hablaría a Lovell de la muerte del capitán Welch, al menos hasta que la batalla hubiese terminado y la victoria estuviese asegurada.

—¡Dios nos ha otorgado la victoria! —anunció el reverendo Jonathan Murray. Se había reunido con Lovell en la cima y, además de su brazada de pistolas, llevaba una Biblia. Sostuvo el libro en alto—. ¡Dios nos promete que «Como viento de oriente los dispersaré»!

—Amén —dijo Lovell.

Israel Trask tocaba su pífano detrás de los marines, mientras tres tamborileros y otros dos pifanos tocaban la *Marcha de los bribones* junto a las dos banderas. El pecho de Lovell estaba henchido de orgullo. Desenvainó su espada, miró en dirección al enemigo y apuntó hacia delante con la hoja.

—¡Hacia la victoria!

*

A menos de un kilómetro, dentro del fuerte, el general McLean veía cómo los rebeldes formaban en el lindero del bosque. Había visto a los hombres del mayor Dunlop subiendo hacia la batería de la Cabeza de Dyce y, con ayuda de un catalejo, había visto que el joven Moore y sus hombres habían sido rescatados. Ahora esos casacas rojas estaban regresando al fuerte a través del terreno más bajo que daba al puerto, mientras que los restantes piquetes que habían estado vigilando el paso estaban todos dentro de Fort George, donde las tropas de McLean permanecían formadas en tres filas detrás del terraplén oeste. Su tarea consistía en defender aquel murete con descargas cerradas. McLean, que seguía observando cómo crecía la línea rebelde, aún creía que se enfrentaba a miles, y no a cientos, de infantes enemigos, y ahora aparecían más rebeldes por el norte, asomando entre los árboles de encima del paso. Entonces, ¿le atacarían por los dos lados? Miró hacia el puerto y vio, para su sorpresa, que los navíos enemigos no habían hecho ningún movimiento agresivo, pero ¿por qué habrían de hacerlo? El fuerte iba a caer igualmente sin su intervención. McLean subió renqueando al inacabado terraplén oeste.

—¡Capitán Fielding!

—¿Señor? —El comandante de artillería inglés se apresuró a reunirse con McLean.

—¿Qué le parece si les enviamos un par de cañonazos?

—Podríamos esperar a que avancen, señor —sugirió Fielding.

—Creo que podríamos agasajarles ahora, capitán —insistió McLean.

—Están demasiado lejos para los botes o la metralla, señor.

—Pues que sean balas rasas —propuso McLean. Había fatiga en su voz. Sabía lo que iba a suceder ahora. Los rebeldes avanzarían y sería tal la longitud de su línea que inevitablemente tendrían que envolver tres lados de su fuerte a medio construir. Sufrirían algunas bajas en el *abatis*, que estaba bien dentro del campo de tiro de los botes de metralla que el capitán Mowat había enviado a tierra, pero los escasos cañones de que disponía Fielding sólo podrían causar un daño limitado y posiblemente los rebeldes se apresurarían para tomar la baja empalizada. Entonces llegaría el caos, el pánico y las bayonetas. Sus hombres mantendrían las posiciones, de eso McLean estaba seguro, pero las mantendrían y morirían.

La batalla estaba perdida. Ahora sólo el honor dictaba que demostrara cierta

resistencia antes de rendir el fuerte. Nadie lo culparía de su pérdida, no, desde luego, cuando le superaban en tal número, pero sería despreciado por todo el mundo si cedía sin mostrar algo de desafío, así que McLean había decidido ya cómo iba a proceder. Dispararía balas rasas y seguiría disparando mientras los rebeldes comenzaban su avance, y después, antes de que estuvieran dentro del alcance de la mortal metralla del capitán Fielding, arriaría la bandera. Era triste, pensó, pero al rendirse salvaría a sus hombres de una masacre.

McLean caminó hasta el asta de la bandera en el bastión suroeste. Había ordenado a sus edecanes que colocaran una mesa bajo el alto mástil, pero su leve cojera y su tullido brazo derecho dificultaban el esfuerzo de subirse a la mesa.

—¿Le echo una mano, señor? —preguntó el sargento Lawrence.

—Gracias, sargento.

—¿Quiere ver lo bien que nuestros cañones parten en dos a esos rebeldes, señor? —preguntó el sargento alegremente, después de haber ayudado a McLean a subir a la mesa.

—Oh, ya sé que sus muchachos pueden defendernos —mintió McLean. Permaneció en pie sobre la mesa y se preguntó por qué no habían venido gaiteros con los dos regimientos. Le hizo gracia que se le hubiera ocurrido un pensamiento tan extraño en un momento como aquél—. Echo de menos las gaitas —dijo.

—¿Las gaitas, señor? —preguntó Lawrence.

—¡Pues claro! La música de la guerra.

—Donde se ponga una buena banda inglesa, señor...

McLean sonrió. Su poco digna posición sobre la mesa le proporcionaba una vista excelente del terreno por el que los rebeldes debían avanzar. Buscó en uno de los bolsillos de su casaca roja y sacó un cortaplumas plegado.

—Sargento, ¿sería tan amable de abrirme esto?

—¿Va a clavárselo a un rebelde, señor? —preguntó Lawrence mientras abría la hoja—. Yo creo que con su espada haría más daño.

McLean recogió la navaja. La mano de su lisiado brazo derecho era demasiado débil como para aflojar la driza que sujetaba la bandera, así que mantuvo el corto filo en su mano izquierda preparado para cortar la cuerda cuando llegara el momento.

El capitán Fielding se acercó al bastión, donde insistió en atender el cañón de doce libras él mismo.

—¿Cuál es la carga? —preguntó a Lawrence.

—Un cuarto de carga, señor —respondió Lawrence—, tres libras.

Fielding asintió e hizo unos cálculos mentales. El arma estaba fría, lo que significaba que el proyectil perdería parte de su poder, así que elevó el cañón una pizca y después usó el pie de cabra para apuntar el cañón a un grupo de hombres que se encontraban cerca de las brillantes banderas rebeldes. Convencido de que su dirección y su elevación eran correctas, dio un paso atrás e hizo un gesto al sargento Lawrence.

—Adelante, sargento —dijo.

Lawrence cebó el cañón, ordenó al personal que se tapara los oídos y se hizo a un lado; después acercó una llama al fogón del arma. El cañón rugió, una humareda envolvió el bastión y la bala voló.

Voló por encima del *abatis* y por encima de los destrozados montículos, y comenzó a perder altura mientras el suelo parecía elevarse para encontrarse con la bala. A Peleg Wadsworth, que estaba a la izquierda de Lovell, la bala se le apareció como una estría de color plomizo en el cielo. Era un rastro gris, como una marca de lápiz contra el repentino humo blanco de pólvora que oscurecía el fuerte, y entonces la línea se desvaneció y la bala cayó. Golpeó a un miliciano en el pecho, dispersando esquirlas de costillas, sangre y carne en una explosión carnicera, y lo atravesó, salpicando sangre a su paso, para partir a otro hombre por la ingle, proyectando al aire más sangre y carne, y después la bala aún golpeó el suelo, rebotó y decapitó a uno de los artilleros de Revere antes de desaparecer con un estruendo en el bosque de detrás.

Solomon Lovell estaba a dos pasos del primer hombre al que había destrozado el proyectil. Una astilla de hueso golpeó al general en el hombro y un fibroso pedazo de carne ensangrentada le humedeció el rostro, y justo en ese momento la *North*, la balandra más cercana al fuerte, disparó desde su costado contra los infantes de marina, que estaban a la derecha de las líneas de Lovell, y el retumbo del cañonazo inundó el cielo de Majabigwaduce mientras el segundo cañón del capitán Fielding disparaba. Esa segunda bala chocó con un tocón de árbol delante de los hombres del coronel McCobb, y lo golpeó con tal violencia que casi lo arrancó de cuajo al reventarlo en astillas que cayeron sobre la primera fila de McCobb. Un hombre gritó de dolor.

Los hombres del sargento Lawrence, bien instruidos y experimentados, habían limpiado y recargado el primer cañón, y ahora estaban volviendo a alinearlos en la baja tronera para que Lawrence pudiera dispararlo por segunda vez. La bala tocó el suelo a sólo unos pasos de Lovell y rebotó inofensiva por encima de su cabeza, aunque no sin antes derramar una granizada de tierra sobre los hombres del general.

El soldado cuya entrepierna había sido desmenuzada por el primer disparo aún estaba vivo, pero, con el vientre reventado, sus entrañas estaban desparramadas por el suelo y respiraba con espasmos desesperados. Lovell, paralizado, observaba con el rostro blanco mientras un flujo de sangre escandalosamente espesa chorreaba del tronco eviscerado del soldado. El herido emitía un ruido penoso y el teniente coronel Revere, cuyo uniforme había quedado empapado en sangre, miraba pálido, con los ojos desorbitados, inmóvil. Wadsworth se fijó en las agujas de pino pegadas al revoltijo de intestinos que reposaba en el suelo. El hombre consiguió erguir la cabeza y miró suplicante a Wadsworth, y Wadsworth se movió involuntariamente hacia él, preguntándose qué demonios podía hacer o decir, cuando, con otro chorreón de sangre de sus arruinadas entrañas, la cabeza del hombre cayó hacia atrás.

—Oh, Dios mío —se quejó Lovell sin dirigirse a nadie en particular.

—Que Dios dé reposo a su alma —dijo el reverendo Jonathan Murray, con una voz más tensa que de costumbre.

Wadsworth examinó el rostro del hombre muerto. Nada se movía en él excepto una mosca que pululaba por la mejilla mal afeitada. Detrás de Wadsworth un hombre vomitó. Él se volvió para estudiar el fuerte; allí aún se veía el humo del cañón.

—Deberíamos avanzar, señor —le dijo a Lovell, y se sorprendió al poder hablar, y más aún al sonar tan indiferente. Lovell no parecía haberle oído—. ¡Deberíamos avanzar, señor! —repitió Wadsworth en voz más alta.

Solomon Lovell estaba mirando el fuerte, donde otra nube de humo salió expulsada desde un bastión inacabado. El proyectil pasó silbando a la izquierda del general y chocó con un árbol detrás de la milicia.

—¿Coronel Revere? —preguntó Lovell, mirando todavía hacia el fuerte.

—¿General? —respondió Revere.

—¿Su artillería puede reducir el fuerte?

—Quizá sí —respondió Revere, aunque sin rastro de su confianza habitual—. Quizá —volvió a decir, incapaz de apartar la mirada del desastre ensangrentado que yacía en el suelo.

—Entonces daremos esa oportunidad a sus cañones —dijo Lovell—. Que los hombres se refugien tras los árboles.

—Pero ahora es el momento de avanzar... —empezó a protestar Wadsworth.

—¡No puedo avanzar contra esos cañones! —interrumpió Lovell con estridencia. Parpadeó, sorprendido por su propio tono de voz—. No puedo —empezó a decir de nuevo, y después pareció olvidar lo que se disponía a decir—. Reduciremos su empalizada con la artillería —decidió con determinación, y después frunció el ceño cuando otro cañón británico enviaba una bala hacia lo alto de la cresta—. El enemigo podría contraatacar —siguió diciendo con una nota de pánico en la voz—, así que debemos estar preparados para rechazarlos. ¡A los árboles! —Se volvió y señaló los densos bosques con su espada—. ¡Caven trincheras! Aquí y en la primera línea de árboles. También quiero terraplenes. —Quedó en silencio mientras veía cómo se retiraban sus hombres, y después condujo a su personal bajo la cubierta de los altos árboles.

*

El brigadier general McLean observaba atónito cómo se dispersaba el enemigo. ¿Acaso era un truco? Hacía un momento había centenares de hombres formados en filas; después, de repente, se habían retirado todos entre los árboles. Observó y esperó, pero mientras pasaba el tiempo se dio cuenta de que los rebeldes se habían internado de verdad en los bosques y no daban señales de querer reemprender su ataque. Dejó escapar una honda exhalación, soltó la driza de la bandera y volvió a

guardarse el cortaplumas abierto en el bolsillo.

—¡Coronel Campbell! —gritó—. ¡Prepare tres compañías! ¡Dispóngalas en partidas de fajina para elevar la empalizada!

—¡Sí, señor! —gritó Campbell en respuesta.

Fort George viviría aún un par de horas.

De un despacho del brigadier general Lovell a Jeremiah Powell, presidente de la Junta del Consejo de Estado de la Bahía de Massachusetts, con fecha de 28 de julio de 1779:

Esta mañana he llevado a buen término mi desembarco en la Cabeza SO de la Península que tiene treinta metros de altura casi en perpendicular y muy espesamente poblada por Maleza y árboles, los hombres ascendieron con entusiasmo por el Precipicio y tres un enfrentamiento muy rápido los pusimos en fuga, dejaron en los Bosques a unos cuantos muertos y heridos e hicimos un par de Prisioneros nuestras bajas son de unos treinta muertos y heridos, estamos a cien varas del fuerte principal del Enemigo sobre una franja de Terreno Elevado, y con esperanzas de tener pronto la Satisfacción de informarle de la Captura de todo su Ejército, ruego haga usted el favor de disculpar que no sea más concreto, como podrá Juzgar por mi situación.

Su más Obediente y Humilde Siervo

Del diario del brigadier general Solomon Lovell. Miércoles, 28 de julio de 1779:

Cuando regresé a la Playa quedé admirado al ver que el Precipicio que habíamos ascendido, pues no había sido capaz de examinarlo con detenimiento en el momento de la Batalla, es desde la parte en la que desembarcamos de al menos noventa metros, y casi perpendicular y los hombres se vieron obligados a subir agarrándose a ramas y a árboles. No creo que se haya hecho un desembarco semejante desde Wolfe.

De la carta del coronel John Brewer a David Perham, escrita en 1779 y publicada en el *Bangor Whig and Courier* el 13 de agosto de 1846:

El general [McLean] me recibió muy cortésmente, y dijo... «No estaba en situación de defenderme, sólo quise dispararles uno o dos cañonazos, para no ser tenido por un cobarde, y después habría rendido mi bandera, cosa que estuve a punto de hacer durante un tiempo, pues no quería desperdiciar las vidas de mis hombres por nada».

CAPÍTULO VIII

El capitán de infantería de marina Thomas Carnes y treinta hombres habían estado en el flanco derecho de los marines que habían abierto el camino cantil arriba. La ruta de Carnes había seguido la parte más empinada de la pendiente del cantil y sus hombres no alcanzaron la cima hasta después de que Welch recibiese el disparo y después del violento contraataque de una compañía de casacas rojas que, tras una descarga cerrada, se habían retirado con la misma celeridad con que habían llegado. El capitán Davis había tomado la Cabeza de Dyce bajo su mando y su problema más acuciente era ahora la atención a los marines heridos.

—Necesitan atención médica —le dijo a Carnes.

—El cirujano más próximo estará aún en la playa —repuso Carnes.

—Maldita sea, maldita sea... —Davis parecía agobiado—. ¿Pueden sus hombres bajarlos a la playa? Y también necesitamos cartuchos.

Carnes se llevó a sus treinta hombres de regreso a la playa. Escoltaban a dos prisioneros y, como transportaban a ocho de sus propios heridos y no querían causarles más dolor, descendieron el cantil muy lenta y cuidadosamente. Los heridos fueron tendidos sobre los guijarros, junto a los otros hombres que esperaban a los cirujanos. Después Carnes llevó a los dos cautivos a donde estaban los otros seis prisioneros bajo vigilancia de la milicia, junto al gran peñasco de granito.

—¿Qué pasará con nosotros, señor? —preguntó uno de los prisioneros; el acento escocés de aquel hombre le resultó tan extraño que Carnes tuvo que hacerle repetir la pregunta dos veces antes de entenderla.

—Cuidarán de ustedes —dijo—, y es probable que mucho mejor de lo que ustedes me cuidaron a mí —añadió en tono gélido. Carnes había caído prisionero dos años antes y había pasado seis meses en Nueva York antes de que lo canjearan.

La estrecha franja de playa estaba llena. El doctor Downer, reconocible por su delantal empapado en sangre y un viejo sombrero de paja, estaba usando una sonda para encontrar una bala de mosquete en la nalga de un miliciano. Dos ayudantes del cirujano mantenían al herido boca abajo, mientras el reverendo Murray, arrodillado junto a un moribundo, sostenía su mano y recitaba el salmo veintitrés. Los marineros iban desembarcando cajas de munición para mosquete y aquellos heridos que no requerían atención inmediata esperaban con paciencia. Un buen número de milicianos, demasiados a decir de Carnes, parecían no tener propósito concreto en la playa, pero haraganeaban por allí sentados. Algunos incluso habían logrado encender hogueras con madera traída por el mar, y un par de ellas estaban demasiado cerca de las cajas de cartuchos recién desembarcadas, apiladas más arriba de la marca de marea alta. Esa munición pertenecía a la milicia, y Carnes sospechaba que los milicianos no serían generosos con él si les solicitaba cartuchos de repuesto.

—¿Sargento Sykes?

—¿Señor?

—¿Cuántos ladrones hay en nuestra partida?

—Hasta el último hombre, señor. Son marines.

—Dos o tres de esas cajas nos serían de mucha utilidad.

—Sí que lo serían, señor.

—Pues, adelante, sargento.

—¿Qué está pasando por ahí arriba, capitán? —le preguntó Eliphalet Downer a unos pasos de distancia—. Encontré la bala —dijo a sus asistentes, mientras tomaba un par de pinzas cubiertas de sangre seca—, así que agárrenlo con fuerza. Estese quieto, hombre, que no se va a morir. Sólo tiene una bala británica incrustada en su americano trasero. ¿Contraatacaron los casacas rojas?

—Aún no, doctor —respondió Carnes.

—¿Pero lo harán?

—Eso es lo que piensa el general.

Su conversación fue interrumpida por un grito sofocado del herido y después por la explosión amortiguada de un cañón británico que disparaba desde el lejano fuerte. Cuando Carnes había bajado el cantil para dejar a los heridos en la playa, todas las fuerzas americanas se habían replegado bajo los árboles, pero los artilleros británicos aún seguían con su desgano cañoneo, presumiblemente para mantener a los americanos a raya.

—Entonces, ¿qué pasará ahora? —preguntó Eliphalet Downer; luego gruñó mientras introducía las pinzas a la fuerza por la estrecha herida—. Límpieme esa sangre.

—El general Lovell ha solicitado apoyo de la artillería —explicó Carnes—, así que supongo que aplastaremos a esos mierdas antes de atacar.

—¡Ya tengo la bala! —exclamó Downer al notar que las puntas de sus pinzas primero arañaban y después se cerraban en torno a la bala de mosquete.

—Se ha desmayado, señor —dijo un ayudante.

—Un tipo delicado. Aquí está. —La extracción de la bala provocó un borbotón de sangre que el ayudante restañó con un paño de hilo mientras Downer pasaba al siguiente herido—. Sierra para huesos y cuchillo —ordenó Downer, tras echar un vistazo a la pierna destrozada del paciente—. ¡Buenos días, coronel! —Esto último iba dirigido al teniente coronel Revere, que acababa de aparecer en la atestada playa con tres de sus artilleros—. He oído que va a llevar sus armas allá arriba —dijo Downer con alegría, mientras se arrodillaba junto al hombre herido.

Al parecer la pregunta sorprendió a Revere, quizá porque pensaba que no era asunto de Downer, pero aun así asintió.

—Sí, doctor, el general quiere que empecemos unas baterías.

—Espero que eso no signifique más trabajo hoy para nosotros —dijo Downer—, si es que sus cañones consiguen mantener a esos condenados bien lejos.

—Lo conseguirán, doctor, no se inquiete —dijo Revere, y después caminó hacia su gabarra blanca, que esperaba a un par de pasos de la pedregosa playa—. Esperen

aquí —gritó a sus hombres—. Estaré de vuelta después del desayuno.

Carnes no estaba seguro de haber oído bien aquellas últimas palabras.

—¿Señor? —Tuvo que repetir la palabra para llamar la atención de Revere—: ¿Señor? Si necesita ayuda para subir los cañones por la pendiente, mis marines son buenos y están preparados.

Revere se detuvo junto a la gabarra para lanzar una mirada de sospecha a Carnes.

—No necesitamos ayuda —respondió bruscamente—, tenemos suficientes hombres. —No conocía a Carnes y no tenía ni idea de que el oficial de marines había sido artillero en el ejército del general Washington. Pasó por encima de la regala de la gabarra—. Volvemos al *Samuel* —ordenó a la tripulación.

El general quería artillería en lo alto del cantil, pero el coronel Revere quería un desayuno caliente. Así que el general tendría que esperar.

*

El teniente John Moore acompañó a sus dos hombres heridos al establo del doctor Calef, que ahora servía de hospital para la guarnición. Intentó reconfortar a los dos hombres, pero sintió que sus palabras eran inapropiadas y al final entró en el huertecillo de afuera, donde, abrumado por el remordimiento, se sentó en el montón de leña. Tenía escalofríos. Mantuvo estirada su mano izquierda y vio que temblaba, y se mordió el labio porque sintió que estaba a punto de llorar y no quería hacerlo, no donde la gente pudiera verlo; para distraerse, miró hacia el puerto, al lugar desde donde los barcos de Mowat estaban disparando contra la batería rebelde de Cross Island.

Alguien salió de la casa y, sin decir palabra, le ofreció una taza de té. Levantó la vista y vio que era Bethany Fletcher; bastó verla para que se le saltaran las lágrimas que con tanta fuerza había estado intentando reprimir. Cayeron por sus mejillas. Intentó levantarse para darle la bienvenida, pero temblaba demasiado y no lo consiguió. Se sorbió la nariz y cogió la taza de té.

—Gracias —dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Los rebeldes nos han derrotado —respondió Moore desesperanzado.

—No han tomado el fuerte —observó Beth.

—No. Todavía no. —Moore agarró la taza con ambas manos.

La humareda de los cañones se extendía por el puerto como la niebla y aún más humo descendía lentamente desde el fuerte, donde los cañones del capitán Fielding disparaban contra los árboles más alejados. Los rebeldes, a pesar de haber capturado el terreno elevado, no daban señal alguna de tener intención de atacar el fuerte, aunque Moore sospechaba que estaban organizando ese ataque guarecidos en los bosques.

—He fracasado —dijo con amargura.

—¿Ha fracasado?

—Debería haberme retirado, pero me quedé. Maté a seis de mis hombres. — Moore bebió un poco de té, que estaba muy dulce—. Quería vencer —prosiguió— y por eso me quedé.

Beth no dijo nada. Llevaba puesto un delantal de tela manchado de sangre y Moore se estremeció al acordarse de la muerte del sargento McClure; después recordó al alto americano con casaca verde cargando a través del claro. Aún podía ver el sable de abordaje de aquel hombre reflejando la temprana luz del día, sus dientes apretados, la intensidad del odio en el rostro de aquel rebelde, la determinación de matar, y Moore recordó también su propio pánico y la pura suerte que le había salvado la vida. Se forzó a beber más té.

—¿Por qué llevan bandoleras blancas? —preguntó.

—¿Bandoleras blancas? —Beth estaba desconcertada.

—A duras penas se les puede ver entre los árboles, excepto porque visten correaes blancos y eso los hace visibles —dijo Moore—. Bandoleras negras —insistió—, tendrían que ser negras. —Y tuvo una visión repentina de la boca del sargento McClure salpicando sangre—. Yo los maté —dijo—, por egoísta...

—Era su primera lucha —le interrumpió Beth compadeciéndole.

Había resultado todo muy distinto a lo que Moore hubiese esperado. Durante años, había tenido en mente una imagen de casacas rojas formados en tres filas, con sus banderas brillando sobre ellos, y el enemigo dispuesto de manera similar y las bandas tocando mientras los mosquetes intercambiaban sus ráfagas. La caballería siempre resplandecía por su elegancia, decorando sus soñados campos de gloria; pero, en vez de eso, la primera batalla de Moore había consistido en una caótica derrota en bosques oscuros. El enemigo estaba entre los árboles y sus hombres, formando una hilera roja, habían sido un blanco fácil para aquellos soldados de casacas verdes.

—Pero ¿por qué esas bandoleras blancas? —volvió a preguntar.

—¿Hubo muchos muertos? —preguntó Beth.

—Seis de mis hombres —respondió Moore con gesto sombrío. Recordaba el hedor a mierda del cadáver de McPhail y cerró los ojos como si así pudiera emborronar ese recuerdo.

—¿Y entre los rebeldes? —preguntó Beth ansiosa.

—Algunos, sí, no lo sé. —Moore estaban demasiado reconcentrado en la culpa como para percibir la ansiedad en la voz de Bethany—. El resto del piquete salió corriendo, pero deben de haber matado a alguno...

—Y, ¿ahora qué?

Moore terminó su té. No estaba mirando a Beth, sino los barcos del puerto, y le dio la impresión de que la *Albany* vibraba cuando disparaba sus cañones. —Lo hicimos todo mal —dijo, arrugando el entrecejo—. Debiéramos haber llevado a la mayor parte del piquete a la playa y dispararles mientras remaban hacia la orilla, y

después poner más hombres en medio de la pendiente. ¡Podríamos haberlos derrotado! —Dejó la taza sobre los troncos y vio que su mano ya no estaba temblando. Se puso en pie—. Lo siento, señorita Fletcher, no le he dado las gracias por el té.

—Sí lo hizo, teniente —dijo Beth—. El doctor Calef me dijo que se lo trajera —añadió.

—Muy amable de su parte. ¿Está usted ayudándole?

—Todo el mundo está ayudando —explicó Beth, refiriéndose a las mujeres de Majabigwaduce. Miró a Moore y vio sangre en sus elegantes ropas a medida. Parecía tan joven, pensó, como un niño con una espada larga.

—Debo regresar al fuerte —dijo Moore—. Gracias por el té. —Su trabajo, recordó él, era quemar los juramentos antes de que los rebeldes los descubrieran. Y los rebeldes estaban al caer, de eso estaba seguro, y para lo único para lo que él era bueno era para quemar papeles, porque había fracasado. Había matado a seis de sus hombres al tomar la decisión incorrecta y John Moore estaba seguro de que el general McLean no le permitiría volver a dirigir más hombres hacia sus tumbas.

Caminó de vuelta al fuerte, donde la bandera aún ondeaba. De repente el puerto se convirtió en un pandemonio de ruido cuando más cañones llenaron la cuenca de aguas poco profundas de humo, y cuando Moore llegó a la entrada del fuerte, vio el porqué. Tres naves enemigas navegaban a toda vela directas hacia el puerto.

Se acercaban para terminar la faena.

*

El comodoro Saltonstall había prometido atacar los barcos enemigos con su artillería, así que había dispuesto la *Warren* para entrar en acción. La niebla había impedido un enfrentamiento con las luces del amanecer, y una vez que la niebla se levantó hubo un nuevo retraso porque el *Charming Sally*, una de las naves corsarias que apoyarían a la *Warren*, tenía un ancla enganchada; por fin el capitán Holmes solucionó el problema enganchando una boya al cable del ancla y lanzándola por la borda, y así las tres embarcaciones zarparon lentamente hacia el este con viento fresco. El comodoro planeaba entrar en la bocana del puerto y desde allí usar la poderosa artillería del costado de la fragata para castigar las tres balandras enemigas. A bordo de éstas, los cañones británicos más pesados eran de nueve libras, mientras que la *Warren* contaba con armas de doce y dieciocho libras, cañones que destrozarían la madera y la carne del enemigo. Nada le hubiera gustado más al comodoro que usar aquellos grandes cañones contra los treinta y dos insolentes que se habían atrevido a enviarle una carta que, si bien con las palabras más corteses, le acusaba implícitamente de cobardía. ¡Cómo se habían atrevido! Se estremeció al refrenar su ira cuando se acordó de la carta. Había veces, pensó el comodoro, en que la noción de que todos los hombres habían sido creados iguales no conducía más que

a la insolencia.

Se volvió para mirar si el *Black Prince* y el *Charming Sally* seguían a su fragata. La batería de Cross Island ya estaba disparando contra las tres balandras británicas que ahora formaban su barricada en el centro del puerto. Había agua a ambos extremos de la línea británica, pero los grandes barcos de transporte habían sido fondeados para bloquear esos canales superficiales. No es que Saltonstall tuviese intención de atravesar o flanquear los barcos de Mowat; simplemente, quería mantener a los marines reales a bordo de las balandras enemigas mientras Lovell asaltaba el fuerte.

La brisa era suave. Saltonstall había ordenado que se izaran velas de batalla, lo que quería decir que sus dos velas principales, la mayor y el trinquete, estaban medio apagadas para que no bloquearan la vista hacia delante. Había mantenido apagada la trinetilla por la misma razón, así que la *Warren* navegaba con petifoque, foque y gavias. Avanzaba despacio, acercándose cada vez más a la angosta entrada entre Cross Island y la Cabeza de Dyce, que ahora estaba en poder de los americanos. Saltonstall podía ver las casacas verdes de sus marines en lo alto. Estaban observando a la *Warren* y era evidente que la aclamaban, porque saludaban con sus sombreros en dirección a la fragata.

Las tres balandras británicas estuvieron disparando contra la batería rebelde de Cross Island hasta que vieron las flojas gavias de las naves rebeldes, y entonces detuvieron sus cañonazos de inmediato para poder recolocar sus cañones apuntando a la boca del puerto. Cada cañón se cargó con doble carga para que se dispararan dos balas por cada cañón desde el costado de la primera balandra. La *Warren*, que era con mucho el buque de guerra más grande del río Penobscot, resultaba imponente mientras penetraba en la angostura de la entrada. En la cubierta de popa de la *Albany*, el capitán Mowat se sorprendió de que sólo se acercaran tres naves, aunque era muy consciente de que aquellos tres barcos eran más que suficientes. Sin embargo, reconoció, si él hubiese estado al mando de la flota rebelde habría enviado todo barco del que dispusiera en un ataque irresistible y sobrecogedor. Apuntó su catalejo hacia la *Warren* y se dio cuenta de que no había infantería de marina en su castillo de proa, lo que indicaba que la fragata no tenía intención de abordar sus balandras. ¿Y si los marines estuvieran escondidos? El tajamar de la fragata se veía inmenso en su catalejo. Plegó la lente e hizo un gesto a su teniente primero.

—Pueden abrir fuego —dijo Mowat.

Las tres balandras de Mowat contaban veintiocho cañones entre sus costados, una mezcla de armas de nueve y seis libras, y cada uno de ellos disparó dos balas contra la *Warren*. El ruido de los cañones llenó el ancho cauce de la bahía de Penobscot mientras la batería de la Media Luna, que había sido excavada en la pendiente del puerto que estaba al oeste del fuerte, añadió sus cuatro cañones de doce libras. Todos aquellos proyectiles iban dirigidos hacia la proa de la *Warren*, y la fragata tembló bajo tantos golpes.

—¡Devuelva usted el fuego, señor Fenwick! —gritó Saltonstall a su teniente primero; Fenwick dio la orden, pero los únicos cañones que podía usar la *Warren* eran los de proa, de nueve libras, que dispararon juntos para envolver su bauprés en una nube de humo. La proa de la *Warren* estaba siendo dañada por las balas rasas y los impactos enviaban ondas de choque a lo largo del casco. Había un hombre gritando en el castillo de proa, algo que irritaba a Saltonstall.

Su nave aminoraba la marcha de manera palpable bajo los constantes golpes. Dudley Saltonstall, en pie cerca del impenetrable timonel, podía oír madera astillándose. No era un hombre imaginativo, pero de repente se le ocurrió que un cañoneo tan dañino y concentrado era la expresión de la ira británica contra los rebeldes que habían capturado la parte más alta de su península. Derrotados en tierra, se estaban vengando a cañonazos, cañonazos bien apuntados, enérgicos y eficientes, y Saltonstall se enfureció al pensar que tan excelente nave fuera su víctima. Una bala de doce libras, disparada desde la orilla del puerto, golpeó un cañón de nueve libras de proa, rompió las sogas de su braguero, destrozó uno de sus muñones y mató a dos tripulantes dejando en cubierta unas salpicaduras de sangre de seis metros. Un pedazo de intestino quedó como una cuerda sucia en medio del asqueroso charco de sangre. El cañón se bamboleaba en su peana. Uno de los hombres había perdido la mitad del cráneo, el otro había sido destripado por el proyectil, que había perdido su impulso y descansaba junto a la pasarela de estribor.

—¡Frieguen la cubierta! —gritó Saltonstall—. ¡A toda prisa!

Un teniente ordenó a un marinero que juntara unos cubos de agua, pero antes de que pudieran baldear la mancha de sangre de las pulidas tablas, el comodoro volvió a gritar:

—¡Ignoren la orden!

El señor Fenwick, teniente primero, miró fijamente a Saltonstall. El comodoro era célebre por mantener su barco siempre inmaculadamente limpio, ¿y había revocado la orden de fregar la cubierta?

—¿Señor? —preguntó Fenwick desconcertado.

—Déjelo —insistió Saltonstall. En su rostro se veía una media sonrisa. Había tenido una idea y le gustaba—. Tiren esa porquería por la borda —dijo señalando los intestinos desparramados—, pero dejen la sangre.

Una bala de doce libras chocó contra el palo mayor con fuerza suficiente como para hacer que la lona de la gavia temblara. Saltonstall estudió el mástil, preguntándose si caería, pero el gran palo aguantó.

—Llame al carpintero, señor Coningsby —ordenó.

—Voy, señor —respondió el guardiamarina Fanning, resignado a que lo llamaran Coningsby.

—Quiero un informe sobre el palo mayor. ¡No se quede ahí plantado! ¡Dese prisa!

Fanning corrió a una escalerilla para buscar al carpintero del barco, quien, según

sospechaba el guardiamarina, estaría en alguna parte inspeccionando los daños que había recibido la proa de la *Warren*, que era donde la mayoría de los cañonazos enemigos estaban golpeando a la fragata. Una bala de nueve libras seccionó los obenques de la verga de cebadera, de forma que quedó oscilando sobre el agua, aunque por suerte la propia vela de cebadera no se plegó sobre el palo y así la lona no podía arrastrarse por el agua y aminorar aún más la marcha de la *Warren*. El botalón de foque fue cortado y lo que quedaba del bauprés estaba sujeto sólo por un obenque, y además los cañones seguían alcanzando su blanco. El teniente Fenwick tenía a seis hombres recuperando la verga de cebadera y de pronto uno de ellos se volvió con gesto de estupefacción y sin el brazo izquierdo, tan sólo un muñón deshilachado del que chorreaba sangre.

—Háganle un torniquete —ordenó, maravillado por lo calmada que sonaba su voz, pero antes de que nadie pudiera ayudarle, el herido cayó de costado al agua y otro cañonazo de seis libras se incrustó en una tronera, levantando largas astillas afiladas que saltaron por toda la cubierta. El barco volvía a estremecerse y la sangre rezumaba por las juntas de las planchas de cubierta. Un proyectil golpeó la línea de flotación, provocando una lluvia de fría agua marina en el castillo de proa; fue entonces cuando Fenwick se dio cuenta de que la *Warren* estaba arrumbando; arrumbaba muy despacio, demorando su proa sobre estribor para que su costado de babor quedara enfrentado al enemigo. Los marines aclamaban ahora a la fragata desde la Cabeza de Dyce, pero aquello fue de poco consuelo cuando dos cañonazos penetraron en su casco. Una de las grandes bombas de achique ya estaba en funcionamiento y sus operadores accionaban sus largas palancas para que el agua saltara gorgoteando y sin parar por encima de la regala de la *Warren*. En algún lugar del barco gimoteaba un hombre, pero Fenwick no podía verlo.

—Tire eso por la borda —ordenó señalando el brazo seccionado.

La fragata viraba con una lentitud desesperante, pero por fin sus cuadernas quedaron orientadas hacia el lado sur del puerto y su poderoso costado podría responder a los cañonazos británicos. El comodoro ordenó que las grandes armas de la fragata abrieran fuego tan pronto como el lento viraje puso la batería de la Media Luna a tiro de su costado; el estruendo de la andanada engulló el universo mientras ésta rugía hacia el emplazamiento británico. La nube de humo se hinchó hasta alcanzar la verga mayor. Los cañones retrocedieron y por un instante sus cureñas se despegaron de la cubierta hasta que los bragueros se tensaron. El agua siseaba al transformarse en vapor cuando los artilleros refrescaron los cañones. Un proyectil de doce libras pasó volando sobre el castillo de popa sin hacer más daño, milagrosamente, que destrozarse en miles de pedazos.

—¡Fuego al arrumbar! —gritó Saltonstall, para que sus cañoneros disparasen en cuanto el barco hubiese virado lo suficiente como para colocar sus cañones en línea con las balandras enemigas, aunque era tal la humareda que envolvía a los artilleros que apenas podían ver al enemigo, que a su vez estaba cegado por el humo de sus

propias detonaciones, renovado constantemente mientras las llamaradas se encendían dentro de la nube para disparar más proyectiles contra la fragata.

—¡Dice el carpintero que echará un vistazo al palo mayor en cuanto pueda, señor!

—El guardiamarina Fanning tuvo que gritar para hacerse oír entre los cañonazos.

—¿En cuanto pueda? —repitió Saltonstall enojado.

—Las cuadernas están perforadas, señor, dice que las está parcheando.

Saltonstall refunfuñó y una bala de seis libras, disparada desde la *Albany*, hizo caer a Fanning, al golpearle en la entrepierna. Un hueso blanco como el marfil asomaba entre los restos informes de su cadera. Estaba mirando a Saltonstall con los dientes apretados, gritando, y su sangre pegajosa había manchado la rueda del timón.

—¡Madre —gimoteaba Fanning—, madre!

—Por el amor de Dios —masculló Saltonstall.

—¡Vosotros dos! —ordenó el timonel a dos tripulantes que estaban acuclillados junto a la barandilla de babor—. Llévense al muchacho abajo.

—Madre —lloraba Fanning—, madre. —Levantó una mano y se agarró a la parte baja de la rueda—. ¡Ay, madre!

—¡Fuego! —ordenó Saltonstall a sus artilleros, no porque necesitaran la orden, sino porque no quería oír los patéticos lamentos del muchacho, que, por suerte y de golpe, disminuyeron hasta apagarse.

—Está muerto —dijo uno de los tripulantes—, pobre cabroncete.

—¡Vigile su lengua! —le espetó Saltonstall—. Y llévase al señor Coningsby.

—Lléváoslo. —El timonel señaló a Fanning, pues se dio cuenta de que la orden del comodoro había confundido a los marineros. Se agachó y soltó la mano del muerto de la rueda.

Los cañones de la *Warren* ya estaban disparando a las balandras enemigas, pero la tripulación de la fragata estaba verde. Pocos de aquellos hombres eran marineros regulares, la mayoría habían sido enrolados a la fuerza en los muelles de Boston y manejaban los cañones con mucha mayor lentitud que los bien instruidos británicos. El fuego de la fragata hacía más daño porque sus cañones eran de mayor calibre, pero por cada disparo que hacía, la *Warren* recibía seis. Otro proyectil alcanzó el bauprés, convirtiéndolo casi en dos largos pedazos, y después uno de doce libras golpeó de nuevo el palo mayor y el largo mástil osciló peligrosamente antes de que los obenques lo afirmaran.

—¡Desfoguen la gavia del palo mayor! —ordenó Saltonstall al teniente segundo.

Necesitaba reducir la presión en el mástil dañado o caería por la borda convirtiendo la fragata en una ruina flotante a merced de las andanadas británicas. Vio en el horizonte que desde el fuerte salía un chorro de humo y después aparecía una rasgadura en su juanete de proa.

—¡Apoquen los trinquetes! ¡Señor Fenwick! —ordenó Saltonstall con una bocina. Los focos y la trinetilla harían pedazos el bauprés dañado si no eran apocados. Un disparo de la batería de la Media Luna chocó con fuerza contra el

casco, haciendo retemblar los obenques.

Las dos naves corsarias no habían seguido a la *Warren* hasta la entrada del puerto, sino que se habían quedado justo delante de la entrada y disparaban desde detrás de la fragata contra las lejanas balandras. Así pues, la *Warren* estaba sufriendo casi todas las descargas británicas y Saltonstall sabía que no tenía sentido permanecer allí para ser reducido a astillas.

—¡Señor Fenwick! ¡Boten dos chalupas! ¡Que remolquen la quilla en redondo!

—¡Sí, señor!

—Bastante hemos entretenido ya a sus marines —murmuró Saltonstall.

Ése había sido el acuerdo, que sus barcos amenazaran la línea británica para así mantener a los marines reales alejados del fuerte, que, supuso Saltonstall, el general Lovell estaría atacando en ese mismo momento. Hacia mediodía habría acabado todo, calculó, y no valía la pena asumir ni una baja más, así que se retiraba. Necesitaba hacer virar la fragata en aquel angosto espacio, y como el viento era intermitente, hizo que los hombres remolcaran la *Warren* por la proa en redondo. Los cañonazos británicos levantaban grandes salpicaduras de agua cerca de los esforzados remeros, pero ninguno de los proyectiles golpeó las chalupas, que por fin consiguieron orientar la *Warren* hacia el oeste. Saltonstall no se atrevía a izar el foque, el petifoque o la trinetilla porque incluso aquel viento suave ejercería presión suficiente en aquellas velas como para reducir a astillas su maltrecho bauprés, así que confió en que las chalupas remolcaran la fragata a lugar seguro. Los hombres recogieron sus remos y, lentamente, bajo el persistente castigo de las balas rasas británicas, la *Warren* fue avanzando hacia la amplia bahía.

Saltonstall oyó una ovación que llegaba de las tres balandras británicas. El comodoro hizo una mueca de desprecio. Aquellos imbéciles pensaban que habían derrotado a su poderosa fragata, pero él nunca había planeado enfrentarse a ellos de cerca, sólo quería mantener esos infantes de marina a bordo mientras Lovell asaltaba el fuerte. Un último proyectil se hundió en el agua bañando el alcázar, y después la *Warren* fue remolcada hacia el norte a sotavento de la Cabeza de Dyce, saliendo así de la vista de su insolente enemigo. Soltaron las dos anclas de proa, los remeros de las chalupas descansaron, trincaron los cañones y llegó el momento de hacer reparaciones.

*

Peleg Wadsworth se agachó delante del *highlander* capturado, que estaba sentado contra el tronco maltratado por las balas de un haya. Habían encontrado al prisionero escondido en una espesa mata de arbustos, quizá con la esperanza de escabullirse de vuelta a Fort George, pero debía de haber encontrado difícil toda vía de escape, pues había recibido un balazo. La bala le había destrozado la carne, pero no había tocado hueso y el doctor de la milicia del condado de Lincoln consideraba que aquel hombre

viviría si la herida no se gangrenaba.

—Tiene que cuidar que la herida esté vendada —dijo Wadsworth—, y mantenga húmedo el vendaje. ¿Lo ha entendido?

El hombre asintió. Era un joven alto, de unos dieciocho o diecinueve años, piel blanca, ojos oscuros y expresión de desconcierto, como si no entendiese en absoluto la mala pasada que le había jugado el destino. Su mirada iba de Wadsworth a James Fletcher y después volvía a Wadsworth otra vez. Le habían quitado su casaca roja y no llevaba puesto nada más que una camisa y su *kilt*.

—¿De dónde es usted, soldado?

El hombre respondió, pero su acento era tan marcado que Wadsworth no entendió el nombre ni siquiera cuando se lo repitió.

—Serás atendido de manera correcta —le aseguró Wadsworth—. En algún momento serás llevado a Boston.

El hombre volvió a hablar, aunque era imposible saber qué decía.

—Cuando termine la guerra —prosiguió lentamente Wadsworth, como si estuviese hablando con alguien que no entendiera el inglés. Dio por sentado que el escocés sí lo entendía, pero no estaba seguro—. Cuando termine la guerra volverás a casa. A menos, claro está, que decidas quedarte aquí. América da la bienvenida a los hombres de buena voluntad.

James Fletcher le ofreció al prisionero una cantimplora, que el escocés agarró y de la que bebió con ansia. Sus labios estaban teñidos por la pólvora de los cartuchos que había mordido durante la lucha, y rasgar esos cartuchos con los dientes dejaba la boca de un hombre seca como el polvo. Devolvió la cantimplora e hizo una pregunta que ni Fletcher ni Wadsworth pudieron comprender o contestar.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Wadsworth.

El prisionero respondió poniéndose en pie, aunque hizo un gesto de dolor cuando recayó algo de peso en su maltrecha pierna izquierda.

—Ayúdele a bajar a la playa —ordenó Wadsworth a Fletcher—, y después reúnanse conmigo aquí arriba.

Era mediodía. El humo se extendía por toda la parte superior del cantil donde los hombres habían encendido hogueras para preparar el té. Los cañones británicos seguían disparando desde el fuerte, pero el ritmo de sus cañonazos era ahora mucho más lento. Wadsworth calculaba que pasaban al menos diez minutos entre cada disparo, y ninguno hacía ningún daño porque los rebeldes se mantenían entre los árboles, fuera del campo de visión, lo que indicaba que el enemigo no tenía nada a lo que apuntar y sus descargas, supuso Wadsworth, constituían sólo un mensaje de desafío.

Se dirigió hacia el sur, donde los marines controlaban la Cabeza de Dyce. El cañoneo del puerto había cesado, dejando retazos de humareda a la deriva sobre las olas que reflejaban el sol. La *Warren*, con las cuadernas dañadas por los cañonazos, buscaba refugio al oeste del cantil, donde los tres cañones capturados a los británicos

apuntaban ahora hacia el fuerte bajo mando del teniente William Dennis.

Dennis sonrió al ver aparecer a su antiguo maestro.

—Me alegra verlo ileso, señor —saludó a Wadsworth.

—Igual que yo de verlo a usted, teniente —le correspondió Wadsworth—. ¿Está pensando en usar esos cañones?

—Ya me gustaría —respondió Dennis, y señaló a un foso calcinado por el fuego—. Detonaron su polvorín improvisado, señor. Tendrían que haber clavado los cañones, pero no lo hicieron. Así que hemos pedido más sacos de pólvora.

—Lamento lo del capitán Welch —dijo Wadsworth.

—Casi no lo puedo creer —replicó Dennis con voz perpleja.

—No llegué a conocerlo bien. ¡Casi nada, en realidad! Pero inspiraba confianza.

—Lo considerábamos indestructible —dijo Dennis; después hizo un gesto inseguro hacia el oeste—. Los hombres quieren enterrarlo aquí arriba, señor, donde dirigió el combate.

Wadsworth miró hacia donde señalaba Dennis y vio un cuerpo amortajado con dos mantas. Entendió que debía de ser el cadáver de Welch.

—Me parece apropiado —convino.

—Cuando tomemos el fuerte, señor —dijo Dennis—, debería ser llamado Fort Welch.

—Tengo la sospecha —replicó Wadsworth fríamente— de que en realidad tendremos que llamarlo Fort Lovell.

Dennis sonrió por el tono de voz de Wadsworth, al tiempo que rebuscaba en el bolsillo de sus faldones.

—El libro que iba a darle, señor —dijo, tendiéndole el volumen de Cesare Beccaria.

Wadsworth estaba a punto de darle las gracias cuando vio que la cubierta del libro estaba agujereada y que las páginas habían sido arrugadas hasta formar un retorcido barullo.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿Un balazo? —Ahora el libro era ilegible, nada más que papel arrugado.

—Y no lo había terminado —se lamentó Dennis, intentando separar las páginas.

—¿Un balazo?

—Sí, señor. Pero ni me rozó, lo que creo que es un buen presagio.

—Rezo porque así sea.

—Le buscaré otro ejemplar —dijo Dennis, y después llamó a un marine delgado con cara de matón que estaba a unos pasos de allí—. ¡Sargento Sykes! ¿No decía usted que mis libros sólo eran buenos para encender hogueras?

—Cierto, señor —dijo Sykes—, eso dije.

—¡Pues ahí tiene! —Dennis le lanzó el libro al sargento—. ¡Yesca!

Sykes sonrió.

—Es lo mejor que se puede hacer con un libro —dijo; luego miró a Peleg

Wadsworth—. ¿Vamos a atacar el fuerte, general?

—Estoy seguro de que sí —respondió Wadsworth.

Había animado a Lovell a que ordenara el ataque a última hora del día, cuando el sol poniente cegara los ojos de los defensores del fuerte, pero hasta ahora Lovell no se había comprometido a nada. Lovell quería estar seguro de que las líneas americanas estuvieran seguras frente a cualquier contraataque británico antes de lanzar sus tropas contra el fuerte, así que había ordenado a la fuerza rebelde que cavara trincheras y levantara parapetos de tierra en el lindero del bosque. Los marines habían ignorado la orden.

—¿No se suponía que tendrían que estar excavando una trinchera aquí? —preguntó Wadsworth.

—Con Dios allí arriba, señor —dijo Dennis—, no necesitamos trincheras. ¡Estamos aquí para atacarles!

Wadsworth compartía aquella opinión, pero difícilmente podría expresar que estaba de acuerdo sin parecer desleal para con Lovell. En vez de hacerlo, tomó prestado el catalejo de Dennis y lo utilizó para examinar el pequeño emplazamiento de artillería británica que era ahora la posición enemiga más cercana. No podía ver la batería claramente porque estaba medio oculta por un maizal, pero pudo ver bastante. El terraplén era un semicírculo a poca distancia cuesta arriba desde el puerto y a medio camino entre los marines y el fuerte. Los cañones de la batería apuntaban al suroeste, hacia la entrada del puerto, pero Wadsworth supuso que podrían reorientarlos fácilmente para apuntar hacia el oeste y disparar así contra cualquier infantería que atacara desde la Cabeza de Dyce.

—¿Cree usted que esos cañones son una amenaza, señor? —preguntó Dennis, al ver hacia dónde estaba mirando Wadsworth.

—Podrían serlo —respondió Wadsworth.

—Podemos acercarnos —dijo Dennis con confianza—. Entre el maíz no pueden vernos. Cincuenta hombres podrían tomar fácilmente esa batería.

—Quizá no necesitemos capturarla —replicó Wadsworth. Había movido la lente para estudiar el fuerte. Las empalizadas eran tan bajas que los casacas rojas de detrás quedaban expuestos de cintura para arriba, aunque mientras observaba pudo ver a unos hombres levantando un tronco inmenso para hacer más alta la empalizada. Entonces su visión quedó anulada por una mancha blanca, y al bajar el catalejo vio que un cañón había disparado; pero esta vez el humo del cañonazo estaba elevándose en el centro de la cortina de la empalizada oeste del fuerte y hasta ese momento todo el humo había aparecido en los bastiones de ambos extremos de aquel lienzo de empalizada—. ¿Eso es un nuevo cañón?

—Tiene que serlo —respondió Dennis.

Wadsworth no era hombre dado a maldecir, pero se sintió tentado a hacerlo. Lovell estaba fortificándose en la cima y los británicos, aprovechando ese precioso obsequio de tiempo, elevaban las murallas del fuerte y emplazaban más cañones

sobre los terraplenes; cada hora que pasaba haría más difícil atacar el fuerte.

—Confío en que usted y sus marines permanezcan aquí —le dijo a Dennis— y se unan al ataque.

—Eso espero, señor, pero es decisión del comodoro.

—Supongo que así es —convino Wadsworth.

—Se aventuró hasta la mitad de la entrada —contó Dennis—, machacó al enemigo durante media hora y después se alejó. —Parecía decepcionado, como si hubiese esperado más del buque insignia de los rebeldes. Echó un vistazo a las naves británicas, que acababan de empezar a cañonear de nuevo la batería rebelde de Cross Island—. Necesitamos artillería pesada aquí arriba —concluyó.

—Si tomamos el fuerte —dijo Wadsworth, y deseó haber dicho «cuando» en lugar de «si»—, no vamos a necesitar más baterías.

Una vez que los americanos hubiesen capturado el fuerte, las tres balandras británicas estarían condenadas. Y el fuerte era patético, un rasguño en la tierra, ni siquiera estaba construida la mitad aún, pero Solomon Lovell, después de su triunfo tomando el terreno elevado, había decidido cavar defensas en vez de lanzar el asalto. Wadsworth le devolvió la lente a Dennis y marchó hacia el norte al encuentro de Lovell. Tenían que atacar, pensaba, tenían que atacar.

*

No hubo ataque. El largo día estival pasó. Los rebeldes levantaron sus parapetos, los cañones británicos destrozaron los árboles y el general Lovell ordenó que se desbrozara un terreno en lo alto del cantil para que fuera su cuartel general. El teniente coronel Revere, pulcro con su camisa limpia, descubrió una ruta más fácil desde la playa, una que subía describiendo una curva por el extremo norte del cantil, y sus artilleros talaron árboles para despejar una pista. Al anoecer habían subido cuatro cañones a la cima, pero era demasiado tarde para emplazar las armas, así que las dejaron bajo los árboles. Los mosquitos se cebaron con las tropas, que, al carecer de tiendas, durmieron al raso. Algunos hicieron unos toscos refugios con ramas.

Cayó la noche. El último cañonazo británico del día iluminó la parte despejada de la cresta con la luz rojiza de su llamarada y arrojó largas sombras oscuras desde los tocones. El humo del arma flotó hacia el noreste. Después cayó un inquietante silencio sobre Majabigwaduce.

—Mañana —el general Lovell hablaba junto a una hoguera en su recién desbrozado cuartel general— lanzaremos un gran ataque.

—Bien —dijo Wadsworth con firmeza.

—¿Esto es ternera? —preguntó Lovell, mientras revolvía con su cuchara en un plato de peltre.

—Cerdo en salazón, señor —contestó Filmer, el sirviente del general.

—Pues está muy bueno —dijo Lovell en un tono ligeramente dubitativo—.

¿Comerá usted un poco, Wadsworth?

—Los marines fueron tan amables como para darme algo de carne de ternera británica, señor.

—Qué consideración la de nuestros enemigos al alimentarnos —dijo Lovell en tono chistoso. Observó cómo Wadsworth, que estaba sentado junto al fuego, se quitaba su casaca del Ejército Continental y sacaba aguja, hilo y un botón que evidentemente se le había caído—. ¿No tiene a alguien que se encargue de ese tipo de cosas?

—Me gusta ocuparme de mis cosas, señor —respondió Wadsworth. Chupó el extremo del hilo y consiguió enhebrarlo por el ojo de la aguja—. Creo que el coronel Revere hizo bien arreglando ese nuevo camino que sube al cantil.

—¡Que si hizo bien! —exclamó Lovell entusiasmado—. Me hubiera gustado decírselo yo mismo, pero al parecer regresó al *Samuel* al anochecer.

Wadsworth empezó a coser el botón, y aquella sencilla tarea le trajo el recuerdo de su esposa, Elizabeth. Fue una imagen de ella zurciendo calcetines junto al fuego de la tarde, con la cesta de sus labores sobre la amplia solera del hogar; de pronto Wadsworth la echó de menos tan profundamente que se le humedecieron los ojos.

—Espero que el coronel Revere traiga unos obuses —dijo, con la esperanza de que ninguno de los que estaban a su alrededor hubiese visto el fulgor en sus ojos. A diferencia de los cañones, los obuses lanzaban sus proyectiles en altos arcos, de forma que los artilleros podrían disparar con seguridad por encima de las cabezas de las tropas atacantes.

—Sólo tenemos un obús —dijo el mayor Todd.

—Pues lo necesitaremos para el ataque de mañana —insistió Wadsworth.

—Estoy seguro de que el coronel sabe lo que hace —dijo Lovell apurado—, pero no habrá ningún ataque a menos que reciba garantías del comodoro Saltonstall de que nuestras gallardas naves avanzarán por la boca del puerto.

Una breve ráfaga de viento hizo que el humo de la leña se arremolinara en torno al rostro de Wadsworth. Pestañeó y después frunció el ceño hacia el general por encima de las danzantes llamas de la hoguera.

—¿No habrá ataque, señor? —preguntó.

—No, a menos que la flota ataque al mismo tiempo —replicó Lovell.

—¿De verdad necesitamos que lo hagan, señor? —preguntó Wadsworth—. Si atacamos por tierra, no veo en qué interferirían con nosotros los barcos enemigos. Siempre que mantengamos a nuestras tropas fuera de la ladera sur y alejadas de sus costados.

—Quiero que los marines británicos se queden a bordo de sus barcos —replicó Lovell cortante.

—Me han dicho que la *Warren* ha sufrido daños —dijo Wadsworth. Le consternaba que Lovell exigiera un ataque simultáneo. ¡No había ninguna necesidad! Todo lo que los rebeldes tenían que hacer era atacar por tierra y el fuerte caería con

seguridad, con marines británicos o sin ellos.

—Tenemos muchos barcos —ladró Lovell, zanjando el tema—. Y quiero que nuestros barcos y nuestros hombres, nuestros marineros y nuestros soldados, codo con codo, avancen implacables para ganarse sus laureles. —Sonrió—. Estoy seguro de que el comodoro estará dispuesto.

Al día siguiente.

*

El jueves trajo un cielo despejado y un ligero viento sur que rizaba la bahía. Unas chalupas llevaron a los capitanes de todos los buques de guerra a la *Warren*, donde el comodoro Saltonstall les dio la bienvenida con una cortesía exagerada y fuera de lo habitual. Había dado órdenes de que todos los capitanes invitados subieran a bordo de la *Warren* por la pasarela de estribor porque desde esa entrada tendrían una buena vista de la cubierta embadurnada en sangre y de la carlinga del palo mayor, destrozada por los cañonazos. Quería que los capitanes que le visitaran fueran conscientes del daño que el enemigo podía infligir a sus propios barcos, ninguno de los cuales era tan grande o poderoso como la *Warren*.

En cuanto hubieron visto los desperfectos fueron escoltados al camarote de Saltonstall, donde se habían dispuesto en la larga mesa vasos y botellas de ron. El comodoro invitó a los capitanes a sentarse y disfrutó del evidente malestar que muchos de ellos sintieron ante la desacostumbrada elegancia del mobiliario. La mesa era de arce pulido y de noche era iluminada con velas de esperma de ballena que ahora estaban apagadas en unos elaborados candelabros de plata. Dos de las ventanas del espejo de popa habían sido destrozadas por una bala rasa británica y Saltonstall había dejado a propósito los cristales rotos y los marcos astillados como recordatorio para los capitanes de lo que sus propios barcos podrían sufrir si insistían en atacar.

—Debemos felicitar al ejército —dijo Saltonstall al dar comienzo a la junta de guerra— por su éxito de ayer al expulsar al enemigo del cantil, aunque lamento profundamente que el capitán Welch muriese en ese triunfo.

Un par de hombres murmuraron sus expresiones de pésame, pero la mayoría miró a Saltonstall con recelo. Tenía fama de ser un hombre altanero y distante, y todos ellos le habían enviado una carta reprendiéndole por no haber llevado a cabo su ataque contra las naves de Mowat; y aun así, ahora estaba siendo aparentemente afable.

—Disfrutemos del ron —propuso, haciendo un gesto despreocupado hacia las oscuras botellas— proporcionado por nuestros enemigos. Fue requisado a un mercante cerca de Nantucket.

—Nunca es demasiado temprano para una copita —dijo Nathaniel West, del *Black Prince*, y se sirvió una generosa copa—. A su salud, comodoro.

—Aprecio su gesto —dijo Saltonstall suavemente— igual que apreciaría su

consejo. —Hizo un gesto con la mano para indicar que quería conocer la opinión de todos los hombres—. Nuestro ejército —empezó— domina ahora el fuerte y puede atacar cuando y como quiera. Una vez que el fuerte haya caído, como debe ser, la posición del enemigo en el puerto es indefendible. Sus naves tendrán o bien que zarpar hacia nuestros cañones, o bien rendirse.

—O hundirse ellos mismos —intervino James Johnston, del *Pallas*.

—O hundirse ellos mismos —aceptó Saltonstall—. Ahora, ya sé que existe la opinión de que deberíamos adelantarnos a esa elección entrando en el puerto y atacando directamente al enemigo. Es lo apropiado de esa acción lo que me gustaría debatir.

Hubo una pausa y se hizo un embarazoso silencio en el camarote, pues todos los hombres allí presentes recordaban la carta que habían firmado de común acuerdo. La carta censuraba a Saltonstall por no haber entrado en el puerto y haber provocado una acción generalizada contra las tres balandras, acción que seguramente habría resultado en una victoria americana. Saltonstall dejó que la incomodidad perdurara durante un tiempo molesto; después sonrió.

—Permítanme que les plantee las circunstancias, caballeros. El enemigo tiene tres naves armadas formadas en una línea frente a la entrada del puerto. Por lo tanto, cualquier barco que entre en el puerto será barrido por la combinación de sus costados. Además, el enemigo cuenta con una gran batería en el fuerte y una segunda batería en la pendiente que baja desde el fuerte. Esos cañones en conjunto jugarán como quieran con cualquier barco atacante. No creo que sea necesario decirles que las primeras naves sufrirán daños considerables y soportarán penosas bajas bajo el cañoneo enemigo.

—Igual que usted ayer, señor —añadió con lealtad el capitán Philip Brown, del *Diligent*, de la Marina Continental.

—Igual que nosotros ayer —convino Saltonstall.

—Pero el enemigo también sufrirá daños —dijo John Cathcart, del *Tyrannicide*.

—El enemigo sufrirá también —concordó Saltonstall—, pero ¿acaso no estamos convencidos de que el enemigo ya está condenado de todas formas? Nuestra infantería está posicionada para asaltar el fuerte y, cuando el fuerte se rinda, así deberán hacerlo los barcos. Por otra parte... —El silencio enfatizó lo que estaba a punto de decir—, la derrota de las naves no obliga de ninguna manera a que el fuerte se rinda. ¿Me he expresado bien? Si se toma el fuerte, las naves están perdidas. Si se toman las naves, el fuerte sobrevive. Nuestra tarea aquí es expulsar a las tropas británicas y para este fin el fuerte debe ser tomado. Las naves enemigas, caballeros, son tan dependientes del fuerte como lo son los casacas rojas.

Ninguno de los hombres que estaban a la mesa podía ser tachado de cobarde, pero la mitad de ellos tenían sus negocios y sus negocios eran el corso y la mercancía^[2]. Nueve de los capitanes sentados a la mesa o bien eran propietarios del barco que capitaneaban, o bien poseían una alta participación en la propiedad del barco, y un

corsario no sacaba beneficios combatiendo buques de guerra enemigos. Los corsarios perseguían navíos mercantes con armamento ligero. Si una nave con patente de corso se perdía, la inversión de su dueño se perdía con ella, y aquellos capitanes, sopesando las posibilidades de sufrir muchas bajas y daños considerables en sus navíos, empezaron a entender la prudencia de la sugerencia de Saltonstall. Todos ellos habían visto la cubierta ensangrentada y el palo mayor astillado de la *Warren*, y temían vérselas peores con sus carísimas naves. Así que, ¿por qué no dejar que fuese el ejército quien capturase el fuerte? De todas formas, era tan bueno como capturarlo ellos, y el comodoro tenía toda la razón en que los barcos británicos no tendrían más elección que rendirse una vez cayera el fuerte.

El teniente George Little, de la Marina de Massachusetts, fue más impetuoso:

—Esto no tiene que ver con el fuerte —insistió—, tiene que ver con matar a esos cabrones y quedarnos con sus barcos.

—Barcos que, al final, serán nuestros —replicó Saltonstall, que milagrosamente controlaba su temperamento— cuando el fuerte caiga.

—Y debe caer —dijo Philip Brown.

—Y debe caer —repitió Saltonstall. Se obligó a mirar los enfurecidos ojos de Little—. Suponga que veinte de sus hombres mueren en un ataque a los barcos, y después de la batalla el fuerte aún sobrevive. ¿Por qué fin, entonces, murieron sus hombres?

—Vinimos aquí para matar al enemigo —dijo Little.

—Vinimos aquí para derrotar al enemigo —le corrigió Saltonstall, y un murmullo de aprobación recorrió el camarote. El comodoro percibió el estado de ánimo reinante y tomó una página del libro del general Lovell—. Todos ustedes expresaron sus sentimientos hacia mí en una carta —dijo— y yo aprecio el afán que demostraba esa carta, pero sugeriría humildemente... —Se detuvo sorprendido él mismo de haber usado la palabra «humildemente»— que la carta fuese enviada con una evaluación completa de las circunstancias tácticas a las que nos enfrentamos. Así que permítanme que someta a voto una moción. Considerando las posiciones del enemigo, ¿no sería más sensato permitir que el ejército lleve a buen término su triunfo sin arriesgar nuestros barcos en lo que sin duda sería un ataque irrelevante para el propósito que persigue la expedición?

Los capitanes allí reunidos dudaron, pero uno a uno los dueños de barcos corsarios votaron contra todo ataque por la entrada del puerto y, una vez que esos hombres soltaron su carta, el resto los siguió; todos, excepto George Little, que ni siquiera votó en contra, pues se quedó mirando la mesa con el ceño fruncido.

—Se lo agradezco, caballeros —dijo Saltonstall, ocultando su satisfacción. Aquellos hombres habían cometido la temeridad de escribirle una carta que sugería tácitamente su cobardía, y ahora, enfrentados a los hechos de la situación, habían votado por mayoría aplastante contra los mismos sentimientos que expresaba su carta. El comodoro los despreciaba—. Informaré al general Lovell —anunció

Saltonstall— de la decisión del consejo.

Así que los buques de guerra no atacarían.

El general Lovell estaba excavando trincheras en los bosques para repeler un ataque británico.

Y el general McLean estaba reforzando su fuerte.

*

El capitán Welch fue enterrado en la Cabeza de Dyce cerca de donde había muerto. Los marines cavaron la fosa. Ya habían enterrado a seis de sus compañeros más abajo, donde el suelo era más fácil de cavar, y al principio habían puesto el cadáver de Welch en esa fosa común, pero un sargento había ordenado que se sacara el cuerpo del capitán de allí antes de tapar el sepulcro con tierra.

—Él tomó el terreno alto —dijo el sargento—, y debe ser suyo para siempre.

Así que, con mucho esfuerzo, se cavó otra fosa en el rocoso promontorio. Peleg Wadsworth llegó para ver cómo bajaban el cadáver al agujero, y le acompañaba el reverendo Murray, que pronunció un par de sombrías palabras a la luz gris del alba. Un sable de abordaje y una pistola se arrojaron sobre el cadáver amortajado con mantas.

—Para que así pueda matar a esos malditos casacas rojas en el infierno —explicó el sargento Sykes.

El reverendo Murray sonrió con aplomo y Wadsworth asintió conforme. Amontonaron rocas sobre la tumba del capitán para que los animales carroñeros no lo arrastraran fuera del terreno que él había capturado.

Una vez terminada la breve ceremonia, Wadsworth caminó hasta la linde del bosque y miró el fuerte. El teniente Dennis le siguió.

—Hoy la muralla es más alta —dijo.

—Lo es.

—Pero aún podemos escalarla —añadió el aguerrido Dennis.

Wadsworth usó un pequeño catalejo para examinar el trabajo de los británicos. Los casacas rojas estaban ahondando el foso oeste que quedaba frente a las líneas americanas y usaban la tierra extraída para aumentar la altura de la muralla, pero la muralla más lejana, el terraplén del este, era aún poco más que un araño en el suelo.

—Si pudiéramos llegar detrás de ellos... —caviló Wadsworth en voz alta.

—Pero si podemos... —dijo Dennis.

—¿Eso cree?

Un atronador cañonazo sofocó la respuesta del teniente de marines. La batería semicircular de los británicos en la cuesta más baja del puerto había disparado sus cañones por encima del puerto hacia Cross Island. No se había apagado aún el sonido cuando las tres balandras enemigas comenzaron a disparar.

—¿Estará atacando el comodoro? —preguntó Wadsworth.

Los dos hombres se movieron hacia la parte sur de la cresta y vieron que dos buques corsarios estaban disparando desde la entrada del puerto, aunque ninguno de los dos barcos hacía intento alguno de cruzar el estrecho espacio. Disparaban a distancia y las tres balandras devolvían el fuego.

—Prácticas de tiro —dijo con desprecio Dennis.

—¿Y cree usted que podemos llegar detrás del fuerte? —preguntó Wadsworth.

—Capturando esa batería, señor —respondió Dennis, señalando el semicírculo de tierra que protegía los cañones británicos—. En cuanto sea nuestra, podemos avanzar por la línea de costa. ¡Hay mucha cobertura!

La ruta que recorría la orilla del puerto pasaba junto a maizales, pilas de leña, casas y establos; todo aquello podría ocultar a los hombres de los cañones del fuerte y de los costados de las balandras.

—El joven Fletcher nos guiaría —dijo Wadsworth. James Fletcher había rescatado su barca de pesca, la *Felicity*, y la estaba usando para llevar a los heridos al hospital que los rebeldes habían establecido en Wasaumkeag Point, en la orilla más remota de la bahía—. Pero todavía pienso que un ataque directo sería lo mejor —añadió Wadsworth.

—¿Directo al fuerte, señor?

—¿Por qué no? Ataquemos antes de que levanten más la muralla más cercana. — Un cañón disparó hacia el norte con un estruendo repentino, cercano y demoledor. Era un dieciocho libras del Regimiento de Artillería de Massachusetts y disparaba desde la arboleda del promontorio contra los casacas rojas que estaban trabajando para levantar aquella cortina de la muralla del fuerte. El sonido de la descarga animó a Wadsworth—. Ahora no necesitaremos llegar detrás de ellos —le dijo a Dennis—. ¡La artillería del coronel Revere reducirá ese terraplén a la nada!

—¿Entonces atacamos por el promontorio? —preguntó Dennis.

—Es el camino más sencillo —respondió Wadsworth—, y he aprendido que la sencillez es buena.

—El capitán Welch estaría de acuerdo, señor.

—Pues es lo que recomendaré —dijo Wadsworth.

Estaban muy cerca, el fuerte aún no estaba terminado y lo único que necesitaban hacer era atacar.

*

—Odio Nueva York —dijo *sir* George Collier. Consideraba Nueva York una pocilga, un fétido, superpoblado, maleducado, pestilente y húmedo infierno en la tierra—. Simplemente, deberíamos dejárselo a los condenados rebeldes —gruñó—, dejar que esos cabrones se cuezan allí.

—Por favor, estese quieto, *sir* George —dijo el doctor.

—¡Oh, por los clavos de Cristo, hombre! ¡Empiece de una vez! Yo pensaba que

Lisboa era el infierno en la tierra y resulta que es un maldito paraíso comparado con esta asquerosa y puñetera ciudad.

—¿Me permite que le sangre el muslo? —preguntó el doctor.

—Es peor incluso que Bristol —refunfuñó *sir* George.

El almirante *sir* George Collier era un hombrecillo irascible y desagradable que estaba al mando de la flota británica en la costa americana. Estaba enfermo, razón por la que estaba en Nueva York, y el doctor estaban intentando atenuar la fiebre mediante una sangría. Estaba empleando el instrumental médico más novedoso y avanzado de Londres, un escarificador, que ahora estaba amortillando para que sus veinticuatro cuchillas de acero rectificado se retrajeran suavemente dentro de su brillante estuche.

—¿Está usted preparado, *sir* George?

—No me fastidie, hombre. Hágalo ya.

—Notará una ligera sensación desagradable, *sir* George —anunció el doctor, ocultando su placer ante aquella idea; después apoyó la caja metálica contra el escuálido muslo del paciente y apretó el gatillo. Las cuchillas impulsadas por el resorte salieron por sus rendijas para perforar la piel de *sir* George y empezó un flujo de sangre que el doctor restañó con un paño de Turquía—. Desearía ver más sangre, *sir* George —dijo el doctor.

—No sea estúpido, hombre. Si me está dejando seco.

—Debería envolverse con franela, *sir* George.

—¿Con este calor del demonio? —El rostro zorruno de *sir* George estaba perlado de sudor. El invierno en Nueva York era brutalmente frío, el verano era un húmedo infierno y entremedias era simplemente insoportable. En la pared de su despacho, cerca de un grabado de su casa en Inglaterra, había un cartel enmarcado anunciando que en el teatro de Drury Lane, en Londres, se estaba presentando «*Selima y Azor*, una Delectación Musical en Cinco Actos escrita por *sir* George Collier». Londres, pensó, ¡eso sí que era una ciudad! Teatro decente, putas bien vestidas, clubes elegantes y sin aquella condenada humedad. El dueño de un teatro en Nueva York había pensado en complacer a *sir* George ofreciéndole presentar *Selima y Azor* en su escenario, pero *sir* George lo había prohibido. ¿Oír sus canciones asesinadas por los maullidos de los americanos? Sólo de pensarlo sentía asco.

—¡Pase! —gritó en respuesta a un golpecito en la puerta.

Un teniente naval entró en la habitación. El recién llegado se estremeció al ver el goteo de sangre en el muslo desnudo de *sir* George; apartó la vista y permaneció de pie justo al lado de la puerta.

—¿Y bien, Forrester? —gruñó *sir* George.

—Lamento informarle, señor, de que la *Iris* no está lista para zarpar —dijo el teniente Forrester.

—¿Sus cubiertas de cobre^[3]?

—Sí, señor —respondió Forrester, aliviado de que sus malas noticias no hubiesen

sido recibidas con furia.

—Es lástima —refunfuñó *sir George*.

La *Iris* era una elegante fragata con treinta y dos cañones que *sir George* había capturado hacía dos años. Antes de eso, el navío había sido llamado *Hancock* y era americano, pero aunque la Marina Real solía conservar los nombres de los buques de guerra capturados, *sir George* se hubiera dejado maldecir y condenar al infierno de Nueva York por toda la eternidad antes que permitir que un navío británico llevara el nombre de algún asqueroso traidor rebelde, así que la *Hancock* había sido rebautizada en honor a una espléndida actriz de Londres.

—Con unas piernas tan largas como una vela de cebadera —dijo *sir George* melancólico.

—¿Señor? —preguntó el teniente Forrester.

—Ocúpese de sus puñeteros asuntos.

—Sí. Sí, señor.

—¿Dice usted que es el cobre?

—Por lo menos dos semanas de trabajo, señor.

Sir George resopló.

—¿La *Blonde*?

—Preparada, señor.

—¿La *Virginia*?

—Con tripulación completa y en condiciones de navegar, señor.

—Ponga por escrito las órdenes —dijo *sir George*. La *Blonde* y la *Virginia* eran también fragatas de treinta y dos cañones y la *Blonde*, por suerte, acababa de regresar del río Penobscot, lo que significaba que el capitán Barkley conocía las aguas—. ¿La *Greyhound*? ¿La *Camille*? ¿La *Galatea*?

—La *Greyhound* está aprovisionándose, *sir George*. La *Galatea* y la *Camille* necesitan tripulantes.

—Quiero que las tres estén dispuestas para zarpar en dos días. Envíe a los del enrolamiento forzoso.

—Sí, señor.

La *Greyhound* contaba con veintiocho cañones, mientras que la *Camille* y la *Galatea* eran fragatas más pequeñas con sólo veinte cañones cada una.

—Y el *Otter* —dijo *sir George*— para enviar despachos.

El *Otter* era un velero de catorce cañones.

—Sí, señor.

Sir George vigilaba cómo le vendaba el doctor el muslo.

—Y el *Raisnable* —dijo, sonriendo con gesto lobuno.

—¿El *Raisnable*, *sir George*? —preguntó Forrester desconcertado.

—¡Ya me ha oído! Dígale al capitán Evans que lo tenga preparado para hacerse a la mar en dos días. Y dígale que irá bajo mi bandera.

El *Raisnable* era un barco francés capturado y era además un auténtico buque de

guerra adecuado para permanecer en primera línea de batalla. Llevaba a bordo sesenta y cuatro cañones, los más pesados de ellos de treinta y dos libras, y los rebeldes no tenían nada a flote que pudiera igualar al *Raisable*, ni siquiera aunque fuese el más pequeño de los navíos de línea de la Marina Real.

—¿Va a hacerse a la mar, *sir* George? —preguntó el doctor, nervioso.

—Voy a hacerme a la mar.

—Pero ¡en su estado de salud!

—Oh, deje de cotorrear, pedazo de imbécil. ¿Cómo va a poder ser malo para mí? Si hasta el mar Muerto es más saludable que Nueva York.

Sir George iba a hacerse a la mar e iba a llevarse siete barcos dirigidos por un inmenso navío de batalla de casco reforzado que podía sacar del agua a cualquier buque de guerra rebelde con sólo uno de sus costados.

Y la flota zarparía hacia el este. Hacia el río Penobscot y la bahía de Penobscot y Majabigwaduce.

Extractos de las órdenes del brigadier general Solomon Lovell a sus tropas, Penobscot, 30 de julio de 1779:

El General está muy alarmado por la pérdida y el Comportamiento de desordenada negligencia en el Campamento [...] Y pues los Hechos de Armas con ayuda de Dios dependen principalmente de una buena Subordinación el General espera que todo Oficial y Soldado al que al menos le quede una Chispa de honor se esforzará para hacer que sus Ordenes se Ejecuten y que el Coronel Revere y los Cuerpos bajo su Mando acampen en Tierra con el Ejército en un futuro, con la intención no sólo de fortalecer las Líneas sino también para manejar los Cañones.

Extractos de una carta enviada por el general George Washington al Consejo de Massachusetts, 3 de agosto de 1779:

Cuartel General, West Point.

Acabo de recibir una Carta de Lord Stirling destacado en las Jerseys fechada ayer [...] por la que parece que los Buques de Guerra de Nueva York se han hecho a la mar. Pensé que era mi deber comunicar esta Inteligencia de que las Embarcaciones empleadas en esta expedición a Penobscot podrían ser puestas en Guardia, pues es bastante probable que esos Barcos puedan estar destinados contra ellos y si fueren sorprendidos las consecuencias serían desagradables. Tengo el honor de ser con muy grande respeto y estima, Caballero, Su Más Obediente Servidor

George Washington

De la declaración de John Lymburner al juez de paz Joseph Hibbert, 12 de mayo de 1788:

[Fui] hecho prisionero por los americanos en el Sitio de Penobscot, y permanecí en confinamiento absoluto... fuimos tratados con mucha severidad por adherirnos a las tropas británicas, llamados Tories y Refugiados, fuimos amenazados con la horca en cuanto hubieron tomado Fort George.

CAPÍTULO IX

—¿Dónde demonios está Revere? —preguntó Lovell. Había hecho esa pregunta una docena de veces durante los dos días posteriores a la captura de la cresta de Majabigwaduce, y en todas ellas había un tono de creciente irritación en su voz, por lo general tranquila—. ¿Ha asistido a una sola junta de guerra?

—Le gusta dormir a bordo del *Samuel* —explicó William Todd.

—¿Dormir? ¡Pero si estamos en pleno día! —Era una exageración, pues apenas hacía un par de minutos que el sol había iluminado la niebla por el este.

—Creo —dijo Todd con cautela— que encuentra sus aposentos a bordo del *Samuel* más adecuados para su comodidad. —Estaba limpiándose los anteojos en el faldón de su gabán y su cara parecía extrañamente vulnerable sin ellos.

—No estamos aquí por la comodidad —asintió Lovell.

—Desde luego que no, señor —dijo Todd.

—¿Y sus hombres?

—Duermen también en el *Samuel*, señor —respondió Todd, colocándose con cuidado las patillas de los anteojos sobre las orejas.

—¡Esto no puede ser —explotó Lovell—, esto no puede ser!

—No puede ser, general —asintió Todd, y después titubeó.

La niebla desdibujaba las copas de los árboles e incapacitaba tanto a los artilleros de Cross Island como a los que se encontraban a bordo de los barcos británicos, de modo que una especie de calma envolvía Majabigwaduce. El humo ascendía entre los árboles desde los fuegos del campamento, donde las tropas hervían el agua para el té.

—Si da usted su aprobación, señor —dijo Todd muy prudente, al ver cómo caminaba Lovell de un lado a otro por delante del tosco refugio hecho con ramas y tepe que constituía su dormitorio—, ¿podría anunciar la ausencia del coronel Revere en las órdenes del día?

—¿Que si puede anunciarla? —preguntó tajante Lovell. Detuvo su caminata y se volvió para mirar fijamente al mayor—. ¿Anunciarla?

—¿Podría usted hacer el requerimiento en las órdenes diarias de que el coronel y sus hombres deben dormir en tierra? —sugirió Todd. Tenía dudas de que Lovell aceptara, porque una orden semejante sería reconocida por todo el ejército como una reprimenda muy pública.

—Una muy buena idea —dijo Lovell—, una idea excelente. Hágalo. ¡Y redacte también un borrador de carta para el coronel!

Antes de que Lovell pudiera cambiar de idea, Peleg Wadsworth apareció en el claro. El general más joven vestía un sobretodo abotonado para protegerse del frescor del alba.

—¡Buenos días! —saludó a Lovell y a Todd lleno de alegría.

—Ese abrigo no le sienta bien, general —observó el mayor Todd, divirtiéndose de lo lindo.

—Perteneció a mi padre, mayor. Era un hombre corpulento.

—¿Sabía usted que Revere duerme a bordo de su barco? —quiso saber Lovell, indignado.

—Lo sabía, señor —respondió Wadsworth—, pensé que contaba con su permiso.

—Pues no es así. ¡No estamos aquí en un crucero de placer! ¿Quiere té? —Lovell le señaló la hoguera donde su sirviente se agachaba junto a un puchero—. El agua ya debe de estar hirviendo.

—Le agradecería que habláramos primero, señor.

—Por supuesto, por supuesto. ¿En privado?

—Si es usted tan amable, señor —dijo Wadsworth, y los dos generales se alejaron unos pasos hacia el oeste, hasta donde los árboles raleaban y desde donde podían mirar sobre las aguas encantadas por la niebla de la bahía de Penobscot.

Los masteleros de los barcos de transporte asomaban por encima de la capa más densa y baja de la niebla, como astillas en un montón de nieve.

—¿Qué ocurriría si todos nosotros durmiésemos a bordo de nuestros barcos, eh? —preguntó Lovell, todavía indignado.

—Ya le mencioné el tema al coronel Revere —dijo Wadsworth.

—¿Se lo dijo?

—Ayer, señor. Le dije que debía trasladar su alojamiento a tierra firme.

—¿Y su respuesta fue?

La furia, pensó Wadsworth. Revere había respondido como un hombre insultado.

«Los cañones no pueden disparar de noche —le había espetado a Wadsworth—, entonces, ¿para qué tener a los artilleros aquí de noche? ¡Sé muy bien cómo dirigir mi regimiento!». Wadsworth se mordió la lengua por haber dejado que saliera el tema, pero en este momento tenía mayores preocupaciones.

—El coronel no estuvo de acuerdo conmigo, señor —se limitó a decir, en tono inexpresivo—, pero quisiera hablarle de otro asunto.

—Desde luego que sí, cualquier cosa que tenga en mente —Lovell frunció el entrecejo mirando los masteleros—. ¡Durmiendo a bordo de su barco...!

Wadsworth miró hacia el sur, donde ahora la niebla fluía como un gran río de blancura entre las colinas que bordeaban el río Penobscot.

—Si el enemigo enviara refuerzos, señor... —empezó a decir.

—Vendrán río arriba, eso seguro —interrumpió Lovell, siguiendo la mirada de Wadsworth.

—Y descubrirán nuestra flota, señor —continuó Wadsworth.

—Por supuesto que lo harán, sí —dijo Lovell, como si de un debate sin importancia se tratara.

—Señor —esta vez Wadsworth se apresuró—. Si el enemigo viene en gran número, se lanzarán contra nuestra flota como lobos sobre un rebaño. ¿Podría recomendar que tomáramos alguna precaución?

—Una precaución... —repitió Lovell como si la palabra no le resultara familiar.

—Permítame que explore río arriba, señor —propuso Wadsworth, señalando hacia el norte, donde el río Penobscot desembocaba en la amplia bahía—. Déjeme encontrar y fortificar algún sitio al que podamos retirarnos si llega el enemigo. El joven Fletcher conoce la parte superior del río. Dice que se estrecha, señor, y culebrea entre orillas elevadas. Si fuera necesario, señor, podríamos llevar la ñola río arriba y fondearla tras un cantil. Unos cañones emplazados en el meandro del río controlarían cualquier persecución enemiga.

—¿Encontrar y fortificar, eh? —dijo Lovell, más para ganar tiempo que como respuesta coherente. Se volvió y miró hacia la niebla del norte—. ¿Y levantaría usted un puente?

—En cualquier caso, sí emplazaría unos cañones, señor.

—¿En unos terraplenes?

—Las baterías deben ser defendibles. Seguramente el enemigo traerá tropas.

—Si es que vienen —dijo Lovell con reservas.

—Lo sensato, señor, es prepararse para la menos deseable de las contingencias.

Lovell hizo una mueca, después apoyó una mano paternal en el hombro de Wadsworth.

—Se preocupa usted demasiado, Wadsworth. ¡Y eso es bueno! Deberíamos preocuparnos de todas las contingencias —asintió con sabiduría—. Pero le aseguro que capturaremos el fuerte mucho antes de que lleguen más casacas rojas —vio que Wadsworth estaba a punto de hablar, así que le atajó—: ¡Necesitaría usted brazos para levantar un emplazamiento y no podemos permitirnos un destacamento de hombres para construir un fuerte que probablemente no utilizaremos nunca! Vamos a necesitar a todos los hombres de que dispongamos para atacar en cuanto el comodoro acceda a entrar en el puerto.

—Si es que accede —concluyó secamente Wadsworth.

—Oh, sí que lo hará, estoy seguro de que sí. ¿Lo ha visto? ¡El enemigo se ha visto forzado a retroceder otra vez! ¡Ahora sólo es cuestión de tiempo!

—¿Retroceder?

—Eso dicen los centinelas —dijo Lovell exultante—, y es cierto.

Los tres barcos de Mowat, bajo el fuego constante de la batería del coronel Revere en Cross Island, se habían retirado más hacia el este durante la noche. Sus masteleros, de los que pendían banderas británicas, era todo lo que se veía y los centinelas de la Cabeza de Dyce calculaban que ahora esos masteleros estaban a más de kilómetro y medio de la entrada al puerto.

—El comodoro ya no tiene que abrirse camino luchando para entrar en el puerto —añadió Lovell alegremente—, porque les hemos forzado a retroceder. ¡Por Dios que lo hemos hecho! ¡Ahora casi todo el puerto nos pertenece!

—Pero incluso aunque el comodoro no entre en el puerto, señor... —empezó a decir Wadsworth.

—¡Oh, ya sé! —interrumpió el hombre mayor—. Cree usted que podemos tomar

el fuerte sin ayuda de la marina, pero no podemos, Wadsworth, no podemos...

Lovell repetía todos sus viejos argumentos, cómo los barcos británicos bombardearían a las tropas atacantes y cómo los marines británicos reforzarían la guarnición, y Wadsworth asentía educadamente aunque no creía en nada de lo que estaba oyendo. Observó el serio rostro de Lovell.

Ahora aquel hombre era ilustre, terrateniente, edil, sacristán y legislador, pero la parte de maestro que había en Wadsworth intentaba imaginar a Solomon Lovell como un chiquillo, y la imagen que surgía era la de un muchacho grandote y patoso que intentaba realmente ser de ayuda, pero sin saltarse nunca las reglas. Lovell estaba declarando su creencia de que los hombres del brigadier McLean superaban en número a los suyos.

—Oh, me doy cuenta de que no está de acuerdo conmigo, Wadsworth —dijo Lovell—, pero ustedes los jóvenes pueden ser muy cabezotas. De verdad que nos enfrentamos a un enemigo malévolo y poderoso, ¡y para superarlo debemos uncir juntos todos nuestros bueyes!

—Debemos atacar, señor —dijo Wadsworth enérgico.

Lovell soltó una carcajada, aunque sin mucho humor.

—¡Primero me dice usted que nos preparemos para la derrota, y al momento siguiente quiere usted que ataque!

—Una cosa sucederá sin la otra, señor.

Lovell frunció el ceño mientras cavilaba sobre lo que Wadsworth quería decir; después sacudió la cabeza con desdén.

—¡Venceremos! —exclamó, y luego describió su gran plan según el cual los barcos del comodoro debían entrar majestuosos en el puerto, con sus cañones atronando, al tiempo que por la cresta el ejército rebelde marchaba sobre un fuerte castigado por las andanadas de los barcos—. Simplemente, imagínese —dijo entusiasmado—, ¡todos nuestros buques de guerra bombardeando el fuerte! ¡Por Dios, sólo tendremos que pasearnos por esos terraplenes!

—Preferiría que atacásemos mañana al amanecer —insistió Wadsworth—, con la niebla. Podemos acercarnos al enemigo amparados por la niebla, señor, y atacar por sorpresa.

—El comodoro no puede navegar con niebla —replicó Lovell displicente—. ¡Es imposible!

Wadsworth miró hacia el este. La niebla parecía haberse espesado tanto que sólo eran visibles los mástiles de un navío, y tenía que ser un navío porque había tres mástiles, cada uno cruzado por su juanete. Tres cruces. Wadsworth pensó que no sería importante, tanto si el comodoro atacaba como si no; o más bien pensó que no debería de importar, porque Lovell tenía hombres suficientes para atacar el fuerte tanto si el comodoro atacaba como si no. Era como el ajedrez, pensó Wadsworth, y tuvo una visión repentina de su mujer sonriendo mientras se comía su torre con su alfil. El fuerte era el rey, y lo único que tenía que hacer Lovell era mover una pieza

para darle jaque mate, pero el general y Saltonstall insistían en seguir un plan más complejo. Querían alfiles y caballos zigzagueando por todo el tablero y Wadsworth sabía que nunca podría convencer a ninguno de los dos hombres para que tomaran el camino más sencillo. Así que habría que hacer que sus complicados movimientos funcionaran, y habría que hacer que funcionaran pronto, antes de que los británicos pusieran nuevas piezas sobre el tablero.

—¿Ha accedido el comodoro a entrar en el puerto? —le preguntó a Lovell.

—No ha accedido exactamente —respondió éste, un tanto incómodo—, todavía no.

—Pero ¿cree usted que lo hará, señor?

—Estoy seguro —dijo Lovell—; con tiempo, lo hará.

Tiempo era precisamente lo que les faltaba a los rebeldes, o eso creía Wadsworth.

—Si controlamos la entrada al puerto... —empezó a decir, y fue interrumpido otra vez por Lovell.

—Es por esa condenada batería de la costa —insistió el general, y Wadsworth supo que se estaba refiriendo a la plataforma semicircular que los británicos habían levantado para cubrir la entrada del puerto. Esa batería era ahora el puesto enemigo más cercano.

—Entonces, si la batería fuese capturada, señor —sugirió Wadsworth—, ¿el comodoro aprovecharía esa ventaja?

—Yo esperarí que sí —respondió Lovell.

—Pues, podría preparar un plan para capturarla, señor —sugirió Wadsworth.

Lovell miró a Wadsworth como si aquel hombre más joven que él le hubiese propuesto un milagro.

—¿Lo haría usted? —preguntó el general, inmensamente complacido—. ¡Pues hágalo! Entonces podemos avanzar juntos. Soldado y marinero, marines y milicianos, ¡juntos! ¿Cuándo podría tener ese plan? ¿Quizás a mediodía?

—Estoy seguro de que puedo hacerlo, señor.

—Entonces propondré su plan en el consejo de esta tarde —dijo Lovell— y animaré a todos los presentes a votar a favor. Dios mío, si capturamos esa batería, el comodoro... —Lovell se calló lo que quiera que fuese a decir porque hubo un abrupto estrépito de mosquetes. Creció en intensidad y fue contestado con un cañonazo—. ¿Qué demonios están haciendo ahora esos rufianes? —preguntó Lovell en tono quejumbroso, y salió corriendo hacia el este para enterarse. Wadsworth le siguió.

Mientras, los disparos hacían añicos la mañana.

*

—No puede darle usted ningún descanso al enemigo —había dicho el brigadier McLean.

Al escocés le había sorprendido que los rebeldes no hubieran asaltado el fuerte y se sorprendió aún más cuando se hizo evidente que el general Lovell estaba excavando defensas en el promontorio. McLean conocía ahora el nombre de su oponente, informado por un desertor americano que se había arrastrado de noche por la cresta y había llamado a voces a los centinelas del *abatis*. McLean había interrogado a aquel hombre, que, intentando ayudar, había expresado su creencia de que Lovell había traído a la península una tropa de dos mil hombres.

—Puede que incluso más, señor —dijo.

—O unos pocos menos —replicó McLean.

—Sí, señor —había dicho el miserable infeliz—, pero parecían bastantes más en Townsend, señor. —Eso no era de ayuda en absoluto. El desertor era un hombre de unos cuarenta años que declaraba haber sido alistado por la fuerza en las filas de la milicia y no deseaba combatir—. Sólo quiero irme a casa, señor —dijo lastimero.

—Igual que todos nosotros —le había dicho McLean, y puso al hombre a trabajar en la cocina del hospital.

Los cañones rebeldes habían abierto fuego el día anterior después de la pérdida del promontorio. El ritmo de disparos no era alto y muchas de las balas se desperdiciaron, pero el fuerte era un blanco grande y estaba cerca, de ahí que los grandes proyectiles de dieciocho libras destrozaran el nuevo terraplén, esparciendo tierra y maderos. El nuevo almacén fue alcanzado repetidas veces hasta que su tejado a dos aguas fue casi demolido por completo, pero hasta ahora ningún disparo había conseguido golpear ninguno de los cañones de McLean. Ya había seis montados en la muralla oeste y el capitán Fielding mantenía un cañoneo constante contra el lejano lindero del bosque. Los rebeldes, en lugar de montar sus cañones en el límite del bosque, los habían emplazado dentro, bajo la cubierta de los árboles, y después habían despejado corredores para dar a los cañones espacio de disparo.

—Quizá no consiga alcanzarles muchas veces —le había dicho McLean a Fielding—, pero los mantendrá inquietos y nos ocultará a nosotros con la humareda.

No bastaba con inquietar al enemigo, McLean sabía que tenía que desequilibrarlos, así que ordenó al teniente Caffrae que reuniera a los hombres más veloces en una compañía de escaramuza.

Caffrae era un joven sensato e inteligente y le gustaron sus nuevas órdenes. Añadió un par de tamborileros a su unidad y cuatro tocadores de pífano, y la compañía sacó ventaja de la niebla, o más bien de los árboles del norte de la península, para aproximarse a las líneas enemigas. Una vez allí, la pequeña banda tocó *Yankee-Doodle*, una melodía que por alguna razón enfurecía a los rebeldes. Los hombres de la avanzadilla gritaron órdenes a soldados imaginarios y dispararon contra las trincheras rebeldes, y cuando aparecía una gran partida de enemigos para plantar cara a la compañía de Caffrae, éste se ponía a cubierto para reaparecer después en algún otro lado para burlarse y volver a disparar. Caffrae, ascendido temporalmente a capitán, bailaba delante de los hombres de Lovell. Les provocaba,

les desafiaba. A veces acudía de noche para interrumpir el sueño de los rebeldes. Los hombres de Lovell no iban a tener descanso ni comodidad, sino que estaban constantemente abrumados y alarmados.

—Déjeme ir a mí, señor —suplicaba el teniente Moore a McLean.

—Ya irá usted, John, ya irá —prometía McLean.

Caffrae estaba en el terreno que quedaba entre las líneas, y sus hombres acababan de disparar una descarga para animar la mañana. Los pífanos de la avanzadilla estaban tocando su burlona melodía, que siempre provocaba una salvaje respuesta de mosquetes sin apuntar desde los árboles donde se refugiaban los rebeldes. McLean miraba hacia el oeste intentando descubrir la posición de Caffrae entre los retazos de niebla que poco a poco se disipaban en el promontorio, pero en su lugar vio que los campos de fuego de la artillería rebelde se llenaron de humo de pronto, cuando los cañones enemigos comenzaron sus descargas diarias. Los primeros disparos se quedaron cortos, pues se hundieron en la cresta levantando terrones y pedazos de madera.

El fuego rebelde era una molestia, pero McLean estaba agradecido de que no fuera más que eso. Si el escocés hubiese estado al mando de los sitiadores, habría ordenado que sus artilleros concentraran las balas en un punto de las defensas y, cuando ese punto hubiese sido destruido a conciencia, que apuntaran ligeramente a la izquierda o a la derecha para así demoler el fuerte por completo. En vez de hacer eso, los artilleros enemigos disparaban contra lo que les apeteciera, o más bien apuntaban hacia el fuerte en general, y para McLean era una tarea bastante simple reparar cualquier daño que hicieran sus balas en la cortina oeste de la muralla y en los bastiones que la flanqueaban. Sin embargo, si bien el cañoneo no estaba siendo tan destructivo como se había temido, sí estaba erosionando la confianza de sus hombres.

Los centinelas tenían que hacer guardia asomando la cabeza por encima del parapeto si querían vigilar al enemigo y, el primer día del bombardeo rebelde, uno de los centinelas había sido alcanzado por una bala de cañón que había convertido su cabeza en una papilla de sangre, hueso y sesos. Después la bala había golpeado los restos del gablete del almacén para terminar, aún emplastada con cabellos ensangrentados, junto a una barrica de agua. Otros hombres habían sido heridos, la mayoría por piedras o astillas arrancadas del terraplén por un proyectil. Además, los rebeldes estaban usando un obús, arma a la que McLean temía más que a su mayor cañón, pero los artilleros eran inexpertos y el obús soltaba su carga explosiva al azar a lo largo del promontorio.

—Tengo una tarea para usted, teniente —anunció McLean a Moore.

—Por supuesto, señor.

—Venga conmigo —dijo McLean, y caminó hacia las puertas del fuerte, clavando a cada paso su vara de espino en la tierra. Sabía que el comienzo de los cañonazos rebeldes del día pondría nerviosos a sus hombres y quería disipar sus temores—. ¡Capitán Fielding!

—¿Señor? —respondió el artillero inglés.

—¡Retrase sus cañones un ratito!

—Eso haré, señor.

McLean salió del fuerte, después condujo a Moore hacia el oeste y el norte hasta que estuvieron a unos veinte pasos delante del foso del fuerte y a plena vista de las líneas rebeldes. —Nuestra tarea es simplemente quedarnos aquí, teniente— explicó McLean.

Moore parecía divertirse.

—¿Sólo eso, señor?

—Para demostrar a los hombres que no tenemos nada que temer.

—Ah, bien, ¿y si nos matan, señor?

—Entonces tendrán algo que temer —replicó McLean. Sonrió—. Pero esto es gran parte de la responsabilidad de un oficial, teniente.

—¿Morir a la vista de todos, señor?

—Servir de ejemplo —dijo McLean—. Quiero que nuestros hombres vean que ni usted ni yo tememos los cañonazos —se volvió y miró hacia los distantes árboles—. En el nombre de Dios, ¿por qué no nos atacan?

—¿Quizá deberíamos atacarlos nosotros, señor? —sugirió Moore.

McLean sonrió.

—Estoy pensado que tal vez podríamos hacerlo —dijo lentamente—, pero ¿con qué finalidad?

—¿Para derrotarlos, señor?

—Eso ya se lo están haciendo ellos mismos, teniente.

—Tarde o temprano se darán cuenta de eso, señor, ¿no cree?

—Sí, se darán cuenta. Y cuando se den cuenta de que nos superan por mucho en número, vendrán como un enjambre por esa zona —señaló la cresta con el bastón—, pero ahora tenemos emplazados unos cuantos buenos cañones y la muralla es más alta y se encontrarán con que somos un hueso aún más duro de roer. —El brigadier aún estaba convencido de que los rebeldes sumaban al menos tres mil hombres. ¿Por qué si no habrían necesitado tantos barcos de transporte?—. Pero necesitan hacerlo rápido, teniente, porque tengo la esperanza de ya que hay refuerzos en camino. —Le pasó a Moore el bastón de espino—. ¿Me hace el favor de sujetarlo? —preguntó, y después se sacó un yesquero y una pipa de barro llena de tabaco del bolsillo.

Moore, que sabía que la mano derecha del general entorpecía sus movimientos, tomó el yesquero y encendió una llama en la tela carbonizada. McLean se inclinó hacia delante para encender la pipa y después recogió la cajita de yesca y se la guardó.

—Gracias, John —dijo, fumando satisfecho mientras una bala de cañón aplastaba el suelo a unos quince pasos y rebotaba para pasar por encima del fuerte—. Y me atrevería a decir que les atacaremos —McLean seguía sus pensamientos de hacía un momento—, pero por ahora no tengo en mente hacerlo. Luchar entre los árboles

podría volverse muy confuso, y una vez que se den cuenta de cuán pocos somos, probablemente se reúnan y contraataquen. Todo podría convertirse en un desastre lamentable. No, por ahora es mejor que mueran bajo las armas del capitán Fielding, ¿eh? Y todo día que pasa, teniente, vale mil hombres para nosotros. El foso se hace más profundo y la muralla más alta. ¿Lo ve? —Se había girado para mirar un buey que arrastraba otro tronco de roble cuesta arriba desde el pueblo. El gran tronco se emplearía para elevar la muralla oeste.

McLean se volvió mientras un renovado *crescendo* de mosquetes resonaba desde donde el capitán Caffrae estaba revolviendo el nido de las avispas.

—Por favor, déjeme acompañar a Caffrae, señor —volvió a suplicar Moore.

—Él sabe cuándo retirarse, teniente —dijo McLean con severidad.

A Moore le escoció aquella suave reprimenda.

—Lo siento, señor.

—No, no, usted aprendió su lección. Y demostró verdadero instinto, eso tengo que reconocerlo. El trabajo de un soldado es luchar, con ayuda de Dios, y usted luchó bien. Así que, está bien, le dejaré ir, ¡pero Caffrae le dará las órdenes!

—Por supuesto que sí, señor. Y, señor... —Fuera lo que fuera lo que Moore estuviese a punto de decir no lo expresó, porque un golpe repentino lo arrojó hacia atrás. La sensación era como si le hubiesen dado un puñetazo en el vientre. Trastabilló medio paso e instintivamente se llevó una mano al sitio donde había notado el golpe, pero descubrió que no había herida y que el uniforme también estaba intacto—. ¿Qué...? —empezó a decir Moore. Se dio cuenta de que le pitaban los oídos por el gigantesco estruendo, pero no sabía qué era lo que lo había provocado.

—No se mueva —dijo McLean— y ponga un gesto alegre.

Moore se obligó a sonreír.

—¿Eso fue un cañonazo?

—Sí que lo fue —dijo McLean—, y pasó entre nosotros. —Miró hacia el fuerte, donde el buey estaba bramando.

La bala rasa, que había volado limpiamente entre los dos casacas rojas, había golpeado la grupa del buey. El animal caído sangraba y bramaba en la pista, a sólo unos pasos de la entrada de Fort George. Un centinela salió corriendo por la puerta, amartilló su mosquete y disparó justo por encima de los ojos al animal, que se estremeció y después quedó quieto.

—¡Carne fresca! —exclamó McLean.

—Por Dios —dijo Moore.

—Ha bailado usted con la muerte, señor Moore —bromeó McLean—, pero creo que nació con buena estrella.

—Usted también, señor.

—Ahora aguardaremos cuatro cañonazos más —dijo McLean.

—¿Cuatro, señor?

—Tiene cuatro cañones apuntados contra nosotros —explicó McLean—, dos de

dieciocho libras, uno de doce —hizo una pausa cuando un cañón rebelde disparó— y un obús. —El proyectil pasó retumbando muy por encima de ellos para caer en algún lugar lejano hacia el este—. Así que es muy probable que el cuarto disparo, John, lo hagan los mismos caballeros que no nos mataron por muy poco y me gustaría ver si vuelven a dispararnos.

—Una curiosidad muy comprensible, señor —dijo Moore, haciendo reír al brigadier.

El obús hizo el siguiente disparo, y su proyectil aterrizó a poca distancia del fuerte, donde se quedó con su mecha humeante hasta que explotó inofensivo. El de doce libras golpeó el bastión suroeste y después el de dieciocho libras, que había estado muy cerca de matar a McLean y a Moore, volvió a disparar. La bala rozó el *abatis* muy al norte del general, rebotó cerca del foso y voló por encima de los terraplenes para aterrizar sobre un abeto en la propiedad del doctor Calef.

—Ya lo ve usted —dijo McLean—, disparan sin apuntar.

No hay ninguna coherencia en sus objetivos. ¡Capitán Fielding!

—¿Señor?

—¡Puede volver a responder al enemigo! —gritó McLean, mientras conducía a Moore hacia la trasera del fuerte.

Los cañones británicos abrieron fuego. Durante todo el día las artillerías enfrentadas se batieron, el capitán Caffrae incordió al enemigo, los terraplenes de Fort George se hicieron más altos y el general Lovell esperó al comodoro Saltonstall.

*

Peleg Wadsworth quería una fuerza de infantes de marina, marineros y milicianos para su asalto a la batería de la Media Luna. Había decidido atacar al abrigo de la oscuridad y hacerlo esa misma noche. Los rebeldes ya habían capturado las baterías británicas de Cross Island y la Cabeza de Dyce, ahora tomarían la última posición defensiva británica apartada del fuerte y, una vez que fuera tomada, sólo quedaría por conquistar el fuerte.

—Lo que usted no entiende —le había dicho el comodoro Saltonstall a Wadsworth— es que el fuerte es una posición formidable.

En busca de la ayuda de los marines, Wadsworth había acudido aquella tarde a la *Warren*, donde descubrió a Saltonstall examinando cuatro aros de hierro que se habían colocado alrededor del dañado palo mayor de la fragata. El comodoro había recibido a Wadsworth con un gruñido y después le había invitado al alcázar.

—Supongo que quiere usted a mis marines otra vez —dijo el comodoro.

—Así es, señor. El consejo del ejército votó a favor de que se lance un ataque esta noche, señor, y para que se requiera la asistencia de su infantería de marina.

—Puede contar con Carnes, Dennis y cincuenta hombres —propuso Saltonstall con brío, como si al acceder tan rápidamente pudiera librarse de la compañía de

Wadsworth.

—Y también estaría muy agradecido por su consejo, comodoro —añadió Wadsworth.

—Mi consejo, ¿eh? —Saltonstall parecía recelar, pero su tono de voz se había suavizado. Miró cauteloso a Wadsworth, pero el rostro del joven general era tan franco y honrado que el comodoro decidió que no había segundas intenciones en su solicitud—. Bien, los consejos son gratis —dijo con su pesado sentido del humor.

—El general Lovell está convencido de que el fuerte no caerá mientras los barcos enemigos resistan —expuso Wadsworth.

—¿Y no es usted de esa opinión? —aventuró Saltonstall con perspicacia.

—Soy el asistente del general Lovell, señor —respondió Wadsworth con tacto.

—Comprendo.

—¿Los barcos enemigos pueden ser tomados, señor? —preguntó Wadsworth, soltando a bocajarro el asunto en cuestión.

—¡Oh, sí, pueden ser tomados! —exclamó Saltonstall desdeñoso. Desconcertó a Wadsworth mirando justo por encima de la oreja izquierda del brigadier en vez de mirarlo a los ojos—. Por supuesto que pueden ser tomados.

—Entonces...

—Pero ¿a qué precio, Wadsworth? ¡Dígame usted! ¿A qué precio?

—Quizás usted debe decírmelo, señor.

Saltonstall se dignó en mirar directamente a Wadsworth por un momento, como si estuviera decidiendo si responder a un hombre semejante no sería desperdiciar una respuesta. Evidentemente, decidió que no, porque suspiró con pesadez, como si estuviera cansado de explicar lo que era obvio.

—El viento sopla del suroeste —empezó, volviendo a mirar por encima de Wadsworth—, lo que significa que podemos entrar en el puerto pero no podemos salir de él. Una vez dentro del puerto, estaremos bajo la artillería del enemigo. Esos cañones, Wadsworth, como quizás haya observado, son manejados con eficiencia —hizo una pausa, tentado a hacer una comparación con la artillería de la milicia, pero consiguió reprimir semejante comentario—. El puerto es angosto —prosiguió—, lo que nos obliga a entrar en fila, que a su vez implica que el barco que vaya a la cabeza debe resistir, sin poder evitarlo, fuertes daños por el fuego del enemigo —hizo un gesto enérgico hacia las cuadernas de la *Warren*, que aún mostraban huellas de precipitadas reparaciones en su bauprés y su castillo de proa—. Una vez dentro, no tenemos espacio para maniobrar, así que tendremos que echar anclas para mantener nuestra posición frente a los barcos enemigos. O bien eso, o bien seguir directos hacia ellos y abordarlos. Y mientras tanto, Wadsworth, estaremos todo el rato bajo los cañones del fuerte, y lo que usted no entiende es que el fuerte es una posición formidable.

Wadsworth se preguntaba si debía discutir, pero decidió que una discusión sólo empujaría a Saltonstall a la testarudez.

—Parece que lo que está usted diciendo, señor —dijo—, es que los barcos no caerán hasta que el fuerte sea tomado.

—¡Precisamente eso! —Saltonstall parecía aliviado, como si Wadsworth fuese un alumno con pocas luces que por fin entendía el más simple de los enunciados.

—En tanto que el general Lovell está convencido de que el fuerte no puede ser tomado a menos que los barcos enemigos sean destruidos.

—El general Lovell está en su derecho de tener su propia opinión —replicó con altivez Saltonstall.

—Si conseguimos capturar la última batería costera del enemigo —sugirió Wadsworth—, ¿facilitaría eso su tarea, señor?

—¿Mi tarea?

—La de capturar los barcos enemigos, señor.

—Mi tarea, Wadsworth, es dar apoyo a sus fuerzas en la captura del fuerte.

—Gracias, señor —dijo Wadsworth, ocultando su exasperación—, pero ¿podría asegurarle al general Lovell que atacará usted sus barcos si organizamos un asalto al fuerte?

—Eso presuponiendo que ya habrán anulado ustedes la batería costera del enemigo.

—Así es, señor.

—Un ataque conjunto, ¿eh? —Saltonstall aún parecía albergar dudas, pero tras una breve vacilación, asintió cuidadoso—. Consideraría la idea de un ataque conjunto —concedió a regañadientes—, pero usted se estará dando cuenta, o eso confío, de que la posición de los barcos de Mowat se vuelve indefendible una vez que el fuerte haya sido tomado.

—Sí, señor.

—Al tiempo que la posición de McLean sigue siendo formidable tanto si los barcos han sido tomados como si no.

—También lo entiendo, señor.

Saltonstall se volvió para echar un vistazo a la media cubierta de la *Warren*, pero no vio nada susceptible de queja.

—El Congreso, Wadsworth, ha gastado un dinero público precioso construyendo una docena de fragatas.

—Así es, señor —dijo Wadsworth, preguntándose qué tenía aquello que ver con el fuerte de la península de Majabigwadu.

—La *Washington*, la *Effingham*, la *Congress* y la *Montgomery* han sido todas hundidas, Wadsworth. Se han perdido.

—Lamentablemente es así, señor —convino Wadsworth. Las cuatro fragatas habían sido destruidas para evitar su captura.

—La *Virginia*, capturada —prosiguió Saltonstall implacable—, la *Hancock*, capturada. La *Raleigh*, capturada. La *Randolph*, hundida. ¿Quiere usted que añada la *Warren* a esa penosa lista?

—Por supuesto que no, señor —respondió Wadsworth. Levantó la vista a la bandera con la serpiente bordada que ondeaba en la popa de la *Warren*. Llevaba el orgulloso lema «No me pises», pero ¿cómo podrían los británicos intentarlo siquiera si la única ambición de la serpiente era evitar la batalla?

—Capture la batería de la orilla —dijo Saltonstall en su tono de voz más señorial—, y la flota reconsiderará sus posibilidades.

—Gracias, señor —dijo Wadsworth.

Se mantuvo en silencio mientras remaba hacia tierra desde la fragata. Saltonstall tenía razón, Wadsworth no estaba de acuerdo con Lovell. Wadsworth sabía que el fuerte era el rey en el tablero de ajedrez de Majabigwaduce, y los tres barcos británicos eran sólo peones. Tomando el fuerte, los peones se rendirían, pero tomando los peones el rey sobreviviría, aunque era tan difícil convencer a Lovell de atacar el fuerte como convencer a Saltonstall de que aprovechara el viento suroeste y destruyera las tres balandras de Mowat. Así que ahora habría que atacar la batería con la esperanza de que un asalto con éxito empujaría a los dos comandantes a una audacia mayor.

Quedaba poco tiempo y éste no se detenía, así que Peleg Wadsworth decidió atacar esa misma noche. A oscuras.

*

James Fletcher barloventeó hacia el sur con la *Felicity* desde Wasaumkeag Point, donde los rebeldes se habían apoderado de los edificios restantes de Fort Pownall, una deteriorada fortaleza de madera y tierra construida unos treinta años antes para detener los ataques de saqueadores franceses río arriba. No había refugio adecuado para los heridos en lo alto de Majabigwaduce, así que la casa y los almacenes del viejo fuerte eran ahora el hospital de los rebeldes. Wasaumkeag Point estaba en la orilla más lejana de la bahía de Penobscot, justo al sur de donde el río dejaba de ser un canal angosto y de rauda caudal que corría entre altas orillas boscosas. Cuando Wadsworth no lo necesitaba, James usaba la *Felicity* para trasladar heridos al hospital y ahora estaba haciendo todo lo que podía para volver deprisa, ansioso por reunirse con Wadsworth antes del ocaso y del ataque contra la batería británica.

La deriva de la *Felicity* resultaba frustrante. Hacía progresos bastante buenos con cada bordada de estribor, pero resultaba inevitable que el viento acercara la pequeña embarcación más y más cada vez hacia la orilla este, y entonces James tenía que aguantar una larga bordada de babor que, con la subida de la marea, parecía alejarlo cada vez más del cantil de Majabigwaduce, bajo el cual pretendía fondear la *Felicity*. Pero James estaba acostumbrado al viento suroeste.

«No puedes meterle prisa al viento —decía su padre— y no puedes hacer que cambie de idea, así que no tiene sentido enfadarse por eso». James se preguntaba qué habría pensado su padre de la rebelión. Nada bueno, suponía. Su padre, así como

muchos de los que vivían cerca del río, habían estado orgullosos de ser ingleses. No importaba en absoluto que los Fletcher hubiesen vivido en Massachusetts durante cerca de un centenar de años, ellos seguían siendo ingleses. Un viejo grabado del rey Carlos I que ya amarilleaba estaba colgado en la casa de troncos desde la infancia de James, y ahora estaba clavado encima de la cama de su madre. El rey parecía arrogante, aunque por otro lado triste, como si supiese que algún día una rebelión lo derrocaría y lo llevaría al tajo del verdugo. Según había oído contar James, en Boston había una taberna llamada La Cabeza de Cromwell con el letrero sobre la puerta tan bajo que todo el mundo tenía que inclinar la cabeza ante el regicida al entrar. Esa historia había enfadado a su padre.

De una bordada, entró con la *Felicity* en la ensenada justo al norte del cantil. Ahora el ruido de los cañonazos entre el fuerte y las líneas rebeldes era más alto, y la humareda de los cañones flotaba como una nube sobre la península. Volvía a barloventear a babor, pero sería una bordada corta y sabía que llegaría a la orilla antes de que cayera la noche. Pasó bajo la popa de la *Industry*, una balandra de transporte, y saludó a su capitán, Will Young, quien le gritó alguna observación bienintencionada que se perdió debido al estruendo de los cañones.

James barloventó para pegarse al flanco de la *Industry*, donde estaba amarrada una chalupa. Había tres hombres en la embarcación, mientras que por encima de ellos, en la regala de la balandra, dos hombres amenazaban al trío con mosquetes. Entonces, con un sobresalto, James reconoció a los tres cautivos: Archibald Haney, John Lymburner y William Greenlaw, todos de Majabigwaduce. Haney y Lymburner habían sido amigos de su padre, mientras que Will Greenlaw había acompañado a menudo a James en sus viajes de pesca río abajo y le había hecho la corte a Beth alguna que otra vez, aunque nunca con éxito. Los tres hombres eran *lories*, lealistas, y ahora evidentemente eran prisioneros. James dejó sueltas las velas para que la *Felicity* redujera velocidad y así abarloar.

—¿Qué demonios estás haciendo tú con estos malnacidos? —gritó Archibald Haney. Haney era como un tío para James.

Antes de que James pudiera decir una sola palabra en respuesta, apareció un marinero en la regala por encima de la chalupa. Llevaba un balde de madera.

—¡Eh, *tories*! —gritó el marinero; después le dio la vuelta al balde para dejar caer una cascada de orines y excrementos sobre la cabeza de los prisioneros. Los dos guardias no paraban de reír.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —gritó James.

El marinero le dio una respuesta y se alejó.

—Nos dejan aquí una hora al día —dijo Will Greenlaw, abatido—, y nos echan sus porquerías por encima.

La marea se estaba llevando la *Felicity* hacia el norte y James tensó el foque para ponerla en movimiento.

—Lo siento —gritó.

—¡Más lo sentirás cuando el rey pregunte quién se mantuvo leal! —gritó enfadado Archibald Haney.

—¡Los ingleses tratan mucho peor a nuestros prisioneros! —gritó Will Young desde la popa de la *Industry*.

James se vio obligado a barloventear de nuevo a babor y el viento lo alejó de la balandra. Archibald Haney gritó algo más, pero las palabras se las llevó la brisa; todas menos una: traidor.

James dio otra bordada y llevó la barca hacia la playa. Echó el ancla, arrió su vela mayor y metió los trinquetes; después llamó a una gabarra que pasaba por allí para que lo llevara a tierra. ¿Traidor, rebelde, *tory*, lealista? Si su padre estuviera aún vivo, se preguntó, ¿se atrevería a ser un rebelde?

Subió por el cantil, recogió el mosquete de su cobijo y marchó hacia la Cabeza de Dyce para encontrar a Peleg Wadsworth. El sol ya estaba bajo y arrojaba largas sombras sobre el promontorio y sobre la zona de mareas del puerto. Los hombres de Wadsworth estaban congregándose en una arboleda donde no podían ser vistos desde el fuerte.

—Parece usted pensativo, joven James —observó Wadsworth a modo de saludo.

—Estoy bien, señor —respondió James.

Wadsworth lo miró con más detenimiento.

—¿Qué sucede?

—¿Sabe usted lo que les están haciendo a los prisioneros? —preguntó James, y entonces le soltó toda la historia—. Son vecinos míos, señor —añadió—, y me llamaron traidor.

Wadsworth había estado escuchando con paciencia.

—Esto es la guerra, James —dijo con delicadeza—, y despierta pasiones que ni siquiera sabíamos que sentíamos.

—¡Son buena gente, señor!

—Y si los liberáramos —replicó Wadsworth—, trabajarían para nuestro enemigo.

—Lo harían, sí —admitió James.

—Pero no es razón para maltratarlos —dijo Wadsworth con firmeza—. Hablaré con el general, lo prometo. —Aunque sabía bastante bien que cualquier protesta que él hiciera no cambiaría nada. Los hombres estaban frustrados. Querían que la expedición acabara. Querían regresar a casa—. Y usted no es un traidor, James —intentó tranquilizarlo.

—¿No? Mi padre diría que lo soy.

—Su padre era británico —dijo Wadsworth—, y usted y yo nacimos siendo británicos, pero ahora todo eso ha cambiado. Somos americanos —pronunció esa palabra como si aún no estuviese acostumbrado a ella, pero sintiendo una oleada de orgullo por ello. Y esta noche, pensó, los americanos darían un pequeño paso hacia su libertad. Atacarían la batería. A oscuras.

*

Los indios se unieron a la milicia de Wadsworth tras la puesta de sol. Aparecieron silenciosamente y, como siempre, a Wadsworth su presencia le resultó inquietante. No podía quitarse de encima la impresión de que aquellos guerreros de tez morena le juzgaban y le encontraban incapaz, pero se esforzó por ofrecerles una sonrisa de bienvenida en la noche oscura.

—Me alegro de que estén aquí —le dijo a Johnny Feathers, en apariencia el líder de los indios.

Feathers, que había recibido su nombre de John Preble, negociador para el Estado con la tribu Penobscot, ni respondió ni llegó siquiera a devolver el saludo. Feathers y sus hombres, de los que esa noche había llevado a dieciséis, se acuclillaron en el lindero del bosque y rasparon los filos de sus hachas con piedras de afilar. *Tomahawks*^[4], supuso Wadsworth. Se preguntó si estarían borrachos. La orden del general de que no se proporcionara licor a los indios había tenido escaso éxito, pero de momento Wadsworth podía asegurar que aquellos hombres estaban sobrios como sacristanes. No es que le importara, borrachos o sobrios los indios se contaban entre sus mejores guerreros, aunque Solomon Lovell era más escéptico acerca de sus lealtades.

—Querrán algo a cambio de ayudarnos —le había dicho a Wadsworth—, no sólo *wampum*. Probablemente armas, y sabe Dios qué harán más adelante con ellas.

—¿Cazar, por ejemplo?

—¿Cazar qué?

En cualquier caso, allí estaban los indios. Los dieciséis guerreros tenían mosquetes, pero todos habían elegido llevar *tomahawks* como su arma principal. La milicia y los marines llevaban mosquetes con bayonetas caladas.

—No quiero que nadie dispare antes de tiempo —dijo Wadsworth a sus milicianos y vio, a la débil luz de la pálida luna, una mirada de incompreensión en demasiados rostros—. No amartillen sus mosquetes hasta que no necesiten disparar —les explicó—. Y tú —señaló a un chiquillo armado con una bayoneta envainada y un enorme tambor—, ¡mantén tu tambor en silencio hasta que hayamos ganado!

—Sí, señor.

Wadsworth se acercó al chiquillo, que apenas debía de tener once o doce años.

—¿Cómo te llamas, chico?

—John, señor.

—¿John qué más?

—John Liberty, señor. —John Liberty aún tenía voz de niño. Era flaco como un palillo, todo huesos y unos ojos enormes, pero eran ojos brillantes y su espalda estaba bien derecha.

—Es un buen nombre —sentenció Wadsworth—, libertad y Liberty. Dime, John

Liberty, ¿tienes letras?

—¿Letras, señor?

—¿Sabes leer o escribir?

El chico se volvió esquivo.

—Se leer unas pocas, señor.

—Entonces, cuando todo esto acabe —dijo Wadsworth—, tendremos que enseñarte las demás, ¿eh?

—Sí, señor —respondió Liberty sin mucho entusiasmo.

—Nos trae suerte, general —intervino un veterano. Puso una mano protectora en el hombro del chiquillo—. No podemos perder si John Liberty está con nosotros, señor.

—¿Dónde están tus padres, John? —preguntó Wadsworth.

—Muertos los dos —respondió el hombre mayor—, y yo soy su abuelo.

—¡Quiero quedarme con la compañía, señor! —exclamó John Liberty ansioso. Había adivinado que Wadsworth se estaba planteando ordenarle que se quedara atrás.

—Cuidaremos de él, señor —dijo el abuelo—, siempre lo hacemos.

—Pues mantén tu tambor en silencio hasta que los hayamos derrotado, John Liberty —insistió Wadsworth, y dio una palmadita en la cabeza del chico—. Después de eso puedes despertar a los muertos si quieres.

Wadsworth contaba con tres centenares de milicianos, o, mejor dicho, doscientos noventa y nueve milicianos y un pequeño tamborilero. Saltonstall había cumplido su palabra y había enviado cincuenta marines, añadiendo una veintena de marineros de la *Warren*, que iban armados con sables y picas de abordaje y mosquetes.

—La tripulación también quiere luchar. —Así explicó Carnes la presencia de los marineros.

—Son muy bienvenidos —había dicho Wadsworth.

—¡Y lucharán! —dijo Carnes entusiasmado—. Son como demonios.

Los marineros estaban a la derecha. En el centro estaban los milicianos y los indios, y el capitán Carnes y sus marines, a la izquierda. El teniente Dennis era el segundo al mando de los marines. Estaban todos agrupados en el límite del bosque junto a la Cabeza de Dyce, cerca de la tumba del capitán Welch, y hacia el este el suelo descendía en una suave pendiente hacia la batería de la Media Luna. Wadsworth podía ver el parapeto enemigo a la escasa luz de la luna, aunque si la oscuridad hubiera sido total su posición habría sido traicionada por las dos pequeñas fogatas que ardían detrás del campamento. El fuerte era una oscura silueta en el horizonte.

Nada más pasar la batería enemiga estaban las casas del extremo oeste del pueblo. La más cercana, empuñada por un inmenso establo, quedaba a sólo unos pasos de los cañones británicos.

—Ésa es la casa de Jacob Dyce —le contó James Fletcher a Wadsworth—, un holandés.

—¿No le gustan los británicos?

—Oh, a Jacob le encantan los británicos. Es probable incluso que el viejo Jacob nos dispare.

—Confiemos en que esté durmiendo —dijo Wadsworth, y también confiaba en que todos los enemigos estuviesen durmiendo.

Había pasado la medianoche, ya era domingo, y a la luz de la luna la península se veía negra y plateada. Finas volutas de humo se elevaban de las chimeneas y las fogatas de la batería. En la lejanía las balandras británicas eran negras en contraste con el agua y no había ninguna luz a bordo.

Dos de los barcos de transporte habían sido arrastrados hasta la punta más al este de Majabigwaduce, mientras que la tercera había sido añadida a la línea de balandras porque, en su nueva posición, los ingleses estaban intentando bloquear un espacio más amplio de agua. El barco de transporte, que estaba anclado en el extremo sur de la línea, parecía mucho mayor que las tres balandras, pero Carnes, que había usado un catalejo para examinar la embarcación a la luz del día, pensaba que sólo montaba seis pequeños cañones.

—Parece grande y amenazante —decía ahora, mientras estudiaba los barcos enemigos en la oscuridad—, pero es endeble.

—Como el fuerte —apuntó el teniente Dennis.

—El fuerte se vuelve más formidable cada día —replicó Wadsworth—, razón por la que debemos darnos prisa.

Se había quedado estupefacto cuando, en la junta de guerra de la tarde, el general Lovell le había dado vueltas a la idea de obligar a los británicos a salir de Fort George por el hambre. El sentir general del consejo había sido contrario a tal plan, convencidos por la insistencia de Wadsworth en que posiblemente los británicos estuviesen preparando una tropa de refuerzo para la guarnición sitiada, pero Lovell, Wadsworth lo sabía bien, no renunciaría a la idea con tanta facilidad. Eso hacía que la acción de aquella noche fuese crucial. Una victoria clara ayudaría a persuadir a Lovell de que sus tropas podían derrotar a los casacas rojas, y Wadsworth, al mirar a los marines, no tenía ninguna duda al respecto. Los hombres de uniforme verde parecían adustos, duros y aterradores mientras esperaban. Con tropas semejantes, pensó Wadsworth, un hombre podría conquistar el mundo.

La milicia no daba tanto miedo. Algunos parecían entusiasmados, pero la mayoría estaba temerosa y unos pocos rezaban arrodillados, aunque el coronel McCobb, con su mostacho blanco destacando en su rostro moreno, tenía confianza en sus hombres.

—Lo harán bien —le dijo a Wadsworth—. ¿Cuántos enemigos calcula usted?

—No más de sesenta. O al menos no podremos ver más de sesenta.

—Les daremos una buena tunda sin mancharnos siquiera las manos —replicó McCobb alegremente.

Wadsworth dio una palmada para volver a llamar la atención de los milicianos.

—Cuando dé la orden —empezó a explicar a los hombres acuclillados en el límite

del bosque—, avanzamos en línea. ¡No corremos, caminamos! Cuando llegemos cerca del enemigo, daré la orden de cargar y entonces corremos derechos a sus defensas. —Wadsworth consideró que sonaba bastante confiado, pero le resultaba poco natural y le asaltó la idea de que sólo estaba jugando a ser soldado. Elizabeth y sus hijos estarían durmiendo. Desenvainó su espada—. ¡En pie! —Deseó que el enemigo también estuviera durmiendo, mientras esperaba que se formara la línea—. ¡Por América! —gritó—. ¡Y por la libertad, adelante!

A lo largo del lindero del bosque los hombres salieron a la luz de la luna. Wadsworth miró a izquierda y derecha y le sorprendió lo visibles que resultaban. La luz plateada se reflejaba en las bayonetas e iluminaba las bandoleras blancas de los marines. La larga línea bajó por la pendiente en irregular formación, atravesando campos de pasto y junto a algún que otro árbol. El enemigo permanecía en silencio. El brillo de las fogatas ubicaba la batería. Los cañones estaban apuntados hacia la entrada del puerto, pero ¿cuánto tardarían los británicos en volverlos hacia los patriotas que se acercaban? ¿O acaso los artilleros estaban dormidos como troncos? Los pensamientos de Wadsworth avanzaban desbocados y él sabía que era debido al nerviosismo. Notaba el estómago vacío y revuelto. Apretó su espada mientras miraba hacia el fuerte, que resultaba inmenso desde su posición más baja. Ésta era la razón por la que debían atacar, pensó Wadsworth. Lovell debería tener a todos los hombres bajo su mando atacando el fuerte, un ataque escandaloso en la oscuridad y todo el asunto terminaría. Pero en vez de hacer eso, estaban atacando la batería y quizás esto acelerase el final de la campaña. Una vez que la batería fuese tomada, los americanos podrían montar sus propios cañones en la orilla norte del puerto y bombardear los barcos, y una vez que los barcos estuviesen fuera de combate, Lovell no tendría ninguna excusa para no atacar el fuerte.

Wadsworth saltó una pequeña zanja. Podía oír las olas rompiendo entre guijarros a su derecha. La larga línea de atacantes estaba ahora muy desordenada, y se acordó de los niños en el campo comunal de su ciudad y de cómo había tratado de ensayar maniobras para que formaran una línea a partir de una columna. ¿Quizá deberían haber avanzado en columna? El emplazamiento de cañones estaba ya a sólo doscientos metros, así que era demasiado tarde para intentar cambiar de formación.

James Fletcher caminaba junto a Wadsworth, empuñando su mosquete con fuerza.

—Están durmiendo, señor —dijo Fletcher con voz tensa.

—Eso espero —respondió Wadsworth.

Entonces la noche explotó.

El primer cañón fue disparado desde el fuerte. La llamarada saltó y se elevó hacia el cielo nocturno, y su refulgente destello iluminó incluso la orilla sur del puerto antes de que la humareda de la pólvora enturbiase la silueta del fuerte. La bala aterrizó en algún lugar a la derecha de Wadsworth, rebotó y cayó en las praderas de al lado, y después dos cañones más rompieron la noche, y Wadsworth se oyó a sí mismo gritando:

—¡Carguen! ¡Carguen!

Delante de él apareció una llamarada, después quedó deslumbrado cuando oyó el sonido de otro cañón y el silbido de un bote de metralla. Alguien gritó. Otros hombres lanzaban gritos de entusiasmo y corrían. Wadsworth tropezó en el irregular terreno. Los marines eran formas oscuras a su izquierda. Otra bala rasa machacó la hierba, rebotó y salió volando. Una cuchillada de luz salió de un mosquete enemigo desde el emplazamiento de cañones, después atronó otro cañón y alrededor de Wadsworth todo se llenó de metralla. James Fletcher estaba con él, pero cuando Wadsworth miró a izquierda y derecha vio a muy pocos milicianos. ¿Dónde se habían metido? Más mosquetes escupieron llamaradas, humo y metal desde la batería. Había hombres de pie en el parapeto, hombres que se desvanecían tras una profusión de humo mientras aún más mosquetes seguían rasgando la oscuridad. Los marines estaban ahora delante de Wadsworth, corriendo y gritando, y los marineros llegaban desde la playa; la batería estaba ya cerca, muy cerca. Wadsworth no tenía aliento para gritar, pero sus atacantes no necesitaban órdenes. Los indios le adelantaron y un cañón disparó desde el emplazamiento y el sonido ensordeció a Wadsworth, golpeó el aire a su alrededor, le mareó, lo envolvió en el hedor a huevo podrido del humo de pólvora, que era espeso como niebla, y oyó los gritos justo delante y el choque de los sables; una orden en forma de grito que fue silenciada de golpe, y después estaba en el parapeto y vio cómo un cañón humeante escupía justo hacia su derecha cuando Fletcher le empujó hacia delante.

El trabajo del diablo se estaba haciendo dentro del emplazamiento, donde marines, indios y marineros masacraban a los casacas rojas. Un cañón disparó desde el fuerte, pero la bala pasó demasiado alta y se hundió inofensiva en el puerto. El teniente Dennis había clavado su espada a un sargento británico, que estaba inclinado con la hoja atrapada en su carne. Un marine golpeó a aquel hombre en la cabeza con la culata de su mosquete. Los indios lanzaban un grito agudo mientras mataban. Wadsworth vio salir a chorros sangre brillante como una llama de mosquete de un cráneo abierto por un tomahawk. Wadsworth se volvió hacia un oficial británico cuyo rostro era una mueca de terror y le lanzó una estocada al casaca roja; la hoja silbó en el aire vacío cuando un infante de marina hundió su bayoneta en el bajo vientre del hombre y empujó el filo hacia arriba, levantando del suelo al casaca roja mientras un indio hincaba su hacha en la columna del oficial. Otro casaca roja estaba retrocediendo hacia las fogatas con las manos en alto, pero un marine le disparó de todas formas, y después machacó la cara del hombre con la culata de su mosquete. El resto de los británicos salían corriendo. ¡Salían corriendo! Se perdieron en los maizales de Jacob Dyce, huyendo cuesta arriba hacia el fuerte.

—¡Tomen prisioneros! —gritó Wadsworth.

No había necesidad de más matanza. El emplazamiento de los cañones había sido tomado y, con una ardorosa alegría, Wadsworth comprendió que la batería estaba demasiado baja como para ser bombardeada por la artillería del fuerte. Los cañones

lo estaban intentando, pero los proyectiles pasaban justo por encima de ellos para hundirse inútilmente en el puerto. —¡Oigamos ahora tu tambor, John Liberty!— gritó Wadsworth—. ¡Ya puedes redoblar ese tambor tan alto como quieras!

John Liberty, de doce años, había sido golpeado hasta la muerte por la culata recubierta de latón de un casaca roja.

—Oh, Dios mío —exclamó Wadsworth mirando aquel cuerpecillo. A la luz de la luna, el cráneo ensangrentado parecía negro—. Nunca debí haber dejado que viniera —dijo, y sintió una lágrima en el ojo.

—Fue ese cabronazo —escupió un marine, señalando el cuerpo convulso de un casaca roja que había intentado rendirse y había recibido un disparo antes de que un marine le desfigurara el rostro a golpes—. Vi cómo ese cabrón le pegaba al chaval. — El marine se acercó al casaca roja caído y le dio una patada en la tripa—. Cabrón de mierda.

Wadsworth se agachó junto a Liberty y puso un dedo en su cuello, pero no había pulso. Levantó la vista hacia James Fletcher.

—Corra al promontorio —le ordenó— y comuníqueme al general Lovell que hemos tomado posesión de la batería —extendió enseguida un brazo para detener a Fletcher.

Wadsworth estaba mirando hacia el oeste, hacia los barcos británicos. Las oscuras siluetas parecían estar más cerca. —Dígale al general que necesitamos traer nuestros cañones aquí —añadió. Wadsworth había capturado los cañones británicos, pero eran más pequeños de lo que había esperado. Los cañones de doce libras debían de haber sido devueltos al fuerte y los habían reemplazado por otros de seis libras—. Dígale al general que necesitamos un par de los de dieciocho libras —dijo—, y dígale también que necesitamos tenerlos aquí al amanecer.

—Sí, señor —respondió Fletcher, y salió corriendo de vuelta a la cresta.

Wadsworth, al verlo marchar, vio milicianos remoloneando por la larga pendiente que llevaba a la Cabeza de Dyce. Demasiados milicianos. Por lo menos la mitad se había negado a atacar, aterrorizados, era evidente, por el cañoneo británico. Algunos habían seguido avanzando y ahora estaban en la batería, vigilando a los quince prisioneros que eran registrados, pero la mayoría se había alejado a la carrera y Wadsworth hervía de ira. Los infantes de marina, los indios y los marineros habían hecho el trabajo de la noche, mientras que la mayoría de los milicianos habían retrocedido aterrados. John Liberty había sido más valiente que todos sus camaradas y ahora el chico tenía el cráneo destrozado como prueba de ello.

—Enhorabuena, señor. —El teniente Dennis sonreía a Wadsworth.

—Lo consiguieron usted y sus marines —dijo Wadsworth, mirando aún a la milicia.

—Derrotamos a sus marines, señor —replicó Dennis risueño. Los Marines Reales protegían el emplazamiento de los cañones. Dennis advirtió el descontento de Wadsworth y vio hacia dónde estaba mirando el general—. No son militares, señor —dijo en tono comprensivo, señalando con un gesto a los milicianos que se habían

negado a atacar.

La mayoría de aquellos rezagados caminaban ahora hacia la batería, empujados por sus oficiales.

—Pero ¡sí que son soldados! —exclamó con amargura Wadsworth—. ¡Todos lo somos!

—Desean sólo volver a sus granjas y con sus familias —dijo Dennis.

—Entonces, ¿cómo vamos a tomar el fuerte? —preguntó Wadsworth.

—Tienen que estar inspirados, señor —respondió Dennis.

—¡Inspirados! —Wadsworth rió, aunque no porque estuviera divirtiéndose.

—Le seguirán a usted, señor.

—¿Igual que lo han hecho esta noche?

—La próxima vez les soltará usted una buena arenga, señor —dijo Dennis, y Wadsworth captó el gentil reproche de su antiguo alumno. Dennis tenía razón, pensó. Debería haberles dado un empujón de ánimo, debería haber recordado a la milicia por qué luchaban, pero entonces un extraño sonido como de desgarró interrumpió sus cavilaciones, y al volverse vio a un indio agachado junto a un cadáver. El soldado muerto había sido despojado de su casaca roja y ahora le estaban arrancando la cabellera. El indio había cortado la piel por la coronilla y ahora la desprendía tirando del pelo. El hombre sintió la mirada de Wadsworth y se volvió, y sus ojos y dientes brillaban a la luz de la luna. A otros cuatro cadáveres ya les habían arrancado la cabellera. Los marines estaban registrando los alojamientos en busca de tabaco y comida. Los milicianos se limitaban a mirar.

El coronel McCobb estaba arengando a los trescientos hombres, diciéndoles que debieran haberse comportado mejor. Un marine golpeaba la parte superior de dos barriles que había al fondo del emplazamiento y Wadsworth se preguntó qué contendrían, pero un perro que ladraba con fiereza en el lado sur de la batería le distrajo. Un marinero trató de calmar al perro, pero éste le mordió y un marine disparó sin más al animal. Otro marinero soltó una carcajada.

Aquél fue el último disparo de la noche. La neblina se espesaba sobre el puerto. James Fletcher regresó a la batería capturada justo antes del alba para anunciar que el general Lovell quería a Wadsworth de vuelta en el promontorio.

—¿Va a enviar los cañones? —preguntó Wadsworth.

—Creo que quiere que lo arregle usted, señor.

Lo que significaba que Lovell pretendía que Wadsworth lidiara con el teniente coronel Revere. Los marineros ya habían regresado a sus barcos y el capitán Carnes había recibido órdenes de regresar con sus marines lo antes posible, pero a Wadsworth le incomodaba dejar a la milicia a cargo de la batería y Carnes accedió a que una docena de marines permaneciera allí a las órdenes del teniente Dennis.

—Dejaré a un buen sargento con el joven Dennis —le aseguró Carnes.

—¿Lo necesita?

—Todos lo necesitamos, señor —dijo Carnes, y gritó al sargento Sykes que

escogiera una docena de buenos hombres.

El coronel McCobb estaba oficialmente al mando de la batería.

—Podría empezar levantando un parapeto —le sugirió Wadsworth. El parapeto semicircular que había miraba hacia la entrada del puerto y Wadsworth quería un parapeto de cara al fuerte—. Traeré los cañones en cuanto pueda —dijo.

—Estaré esperando, señor —prometió McCobb.

Ahora trescientos hombres protegían la batería recién capturada que podría usarse para destruir los barcos. Después Lovell podría atacar el fuerte. Y entonces los británicos se habrían marchado.

*

El brigadier McLean apareció con su gorro de dormir. Vestía su uniforme y encima un sobretodo gris, pero no había tenido tiempo de arreglarse el cabello, así que llevaba puesto un gorro rojo con una larga borla azul. Se acercó al bastión suroeste de Fort George y bajó la vista hacia el lugar donde el emplazamiento de la Media Luna quedaba medio oculto por los maizales.

—Estamos desperdiciando nuestra munición —le dijo a Fielding, a quien también había despertado el repentino estruendo de los disparos.

—¡Alto el fuego! —gritó Fielding.

Un sargento de artillería había visto a los rebeldes bajar desde la Cabeza de Dyce para atacar y había decidido abrir fuego.

—Dele a ese hombre una ración extra de ron —dijo McLean— y mi agradecimiento.

Los artilleros lo habían hecho bien, pensó McLean, aunque sus esfuerzos no habían salvado la batería de la Media Luna. Los marines reales y los artilleros expulsados del emplazamiento estaban repartidos por el fuerte y contaban su historia de unos rebeldes saltando en masa por encima de los parapetos. Aseguraban que había centenares de atacantes y los defensores eran sólo cincuenta.

—Té —dijo McLean.

—¿Té?

—Deberían hacer algo de té —McLean indicó con un gesto a los derrotados.

¿Centenares?, se preguntó. Quizá doscientos. Los centinelas de los terraplenes de Fort George habían tenido una perspectiva clara de los atacantes y los más fiables calculaban que habían visto doscientos o trescientos rebeldes, muchos de los cuales no habían llegado al blanco de su ataque. Ahora la niebla creciente ocultaba el terreno de abajo.

—¿Me mandó llamar, señor?

El capitán Iain Campbell, uno de los mejores oficiales del 74.º, se reunió con el brigadier en el terraplén.

—Buenos días, Campbell.

—Buenos días, señor.

—Sólo que no es un buen día —dijo McLean—. Nuestro enemigo ha demostrado que tiene iniciativa.

—Eso oí, señor —Iain Campbell se había vestido a toda prisa y uno de los botones de su casaca estaba desabrochado.

—¿Ha capturado alguna vez un emplazamiento enemigo, Campbell?

—No, señor.

—A menos que sus hombres sean muy disciplinados, suele conducir a la desorganización —explicó McLean—, lo que me hace pensar que nuestro enemigo está bastante desorganizado ahora mismo.

—Sí, señor —dijo el *highlander*, que sonrió al entender lo que insinuaba el brigadier.

—Y al capitán Mowat no le gusta que el enemigo tenga en su poder la batería de la Media Luna, no le gusta en absoluto.

—Y tenemos que ayudar a la Marina Real, señor —añadió Campbell, que aún sonreía.

—Eso es, es nuestro deber por la gracia de Dios. Así que llévese a sus mejores hombres ahí abajo, capitán —indicó McLean—, y espante a esos sinvergüenzas, ¿quiere?

Cincuenta marines habían sido sorprendidos y expulsados de la batería de la Media Luna, así que McLean enviaría a cincuenta escoceses para recuperarla.

McLean se marchó a que le arreglaran el pelo.

Extracto de una carta del brigadier general Solomon Lovell a Jeremiah Powell, presidente de la Junta del Consejo de Estado de la Bahía de Massachusetts, 1 de agosto de 1779:

... que con las Tropas que ahora constituyen mi Ejército no es practicable conseguir una Conquista en un asalto y no es probable sin cierto tiempo para reducirlos mediante asedio regular. Para Llevar a cabo lo Primero debo solicitar un par de tropas regulares disciplinadas y Quinientas Granadas de mano [...] al menos cuatro Morteros de Nueve Pulgadas o lo más parecido que admita su capacidad Logística con amplio suministro de Projectiles.

Extracto de una carta de la Junta de Guerra a la Junta del Consejo de Massachusetts, 3 de agosto de 1779:

La Junta de Guerra anuncia a sus Excelencias que por el enorme gasto en que ha incurrido la expedición a Penobscot se encuentra tan falta de Dinero que está pasando los mayores apuros en la ejecución de los asuntos Comunes de su Mandato, y ahora les han sido reclamado el pago de 100 000 £ debidas a las personas

enviadas como aprovisionamiento adelantado a dicha expedición. La actual escasez de pan en los almacenes públicos tanto del estado como continentales es alarmante y debe ser atendida so pena de fatales consecuencias...

Extracto de una carta de Samuel Savage, presidente de la Junta de Guerra, Boston, al mayor general Nathaniel Gates, 3 de agosto de 1779:

Dicen los informes que nuestras Fuerzas de Penobscot, tras una muy vigorosa resistencia, han obligado al Enemigo a rendir sus Fuerzas Navales y de Tierra, como Prisioneros de Guerra, y que este glorioso acontecimiento tuvo lugar el Domingo pasado.

CAPÍTULO X

El sol aún no había salido cuando Peleg Wadsworth despertó al teniente coronel Revere, quien, tras haber recibido orden de pernoctar en tierra, había levantado las tiendas capturadas en Cross Island y las había convertido en su nuevo alojamiento. Eran las únicas tiendas del ejército de Lovell y había hombres que se preguntaban por qué no se las habían ofrecido al general.

—Acabo de irme a dormir —refunfuñó Revere, mientras apartaba la portezuela de la tienda a un lado. Como la gran mayoría del ejército, había visto los fogonazos de los disparos por la noche.

—La batería enemiga ha sido tomada, coronel —informó Wadsworth.

—Ya lo he visto. Muy gratificante —Revere se puso una manta de lana encima de los hombros—. ¡Friar!

Un hombre salió gateando de dentro de un refugio de tepe y palos.

—¿Señor?

—Atice el fuego, hombre, que hace frío.

—Sí, señor.

—Muy gratificante —insistió Revere, volviendo a mirar a Wadsworth.

—Estamos cavando trincheras alrededor de la batería —explicó Wadsworth—, y necesitamos tener allí nuestros cañones más pesados.

—Los cañones más pesados —repitió Revere como el eco—. Y prepare algo de té, Friar.

—Té, señor, sí, señor.

—Los cañones más pesados —dijo de nuevo Revere—. ¿Se refiere usted a los dieciochos?

—Tenemos seis de ellos, ¿no es cierto?

—Así es.

—La nueva batería está cerca de los barcos enemigos. Quiero que los machaquen, coronel.

—Es lo que todos queremos —convino Revere.

Se acercó a la hoguera del campamento que, recién atizada, llameaba brillante. Él temblaba. Debía de ser pleno verano, pero en el este de Massachusetts las noches podían ser sorprendentemente frías. Se quedó junto a la hoguera, que iluminaba su rostro embotado.

—Andamos cortos de balas rasas de dieciocho libras —dijo luego—, a menos que el comodoro pueda aportar algunas.

—Estoy seguro de que lo hará —replicó Wadsworth—. La munición es para disparar a los barcos enemigos, así que es posible que no se niegue.

—Posible —dijo Revere claramente divertido, después sacudió la cabeza como si estuviese despejando su mente de algún pensamiento no bienvenido. —¿Tiene usted hijos, general?

La pregunta pilló desprevenido a Wadsworth.

—Sí —respondió después de una pausa—, tengo tres. Y muy pronto llegará otro.

—Echo de menos a mis chicos —confesó Revere enternecido—. Teteras y hebillas —dijo con pesar.

—¿Teteras y hebillas? —preguntó Wadsworth, sin saber si se trataba de los apodos de los hijos de Revere.

—Así es como se gana la vida un hombre, general. Teteras y hebillas, jarras para la nata y cubiertos —Revere sonrió y luego apartó de su mente los recuerdos del hogar—. Entonces —suspiró—, ¿quiere llevarse dos de los dieciochos de nuestras líneas?

—Si son los más cercanos, sí. Una vez que los barcos estén hundidos, se pueden devolver a su sitio.

Revere hizo una mueca.

—Si pongo dos dieciochos allí abajo —dijo—, a los británicos no les va a gustar. ¿Cómo defenderemos los cañones?

Era una buena pregunta. El brigadier McLean difícilmente se quedaría parado mientras dos cañones de dieciocho libras reducían a astillas las tres balandras.

—El coronel McCobb tiene trescientos hombres en la batería —le dijo a Revere—, y estarán allí hasta que los barcos sean destruidos.

—Trescientos hombres —dijo Revere dubitativo.

—Y puede usted colocar un cañón más pequeño para su defensa —propuso Wadsworth—. A estas alturas las trincheras deberían estar bastante avanzadas. Creo que la batería es segura.

—Podría bajar los cañones aprovechando la niebla —sugirió Revere.

El ambiente estaba húmedo y unos retazos de niebla empezaban a aparecer entre los árboles.

—Pues, adelante —concluyó Wadsworth con brío.

Si los cañones pudiesen estar emplazados a mediodía, los barcos enemigos estarían severamente dañados al anochecer. La distancia no era mucha y las balas de dieciocho libras golpearían con fuerza devastadora. Con los barcos hundidos el puerto pertenecería a los patriotas, y después de eso Lovell no tendría excusas para no arrasarlo. Por primera vez desde que los rebeldes habían tomado el promontorio de Majabigwaduce, Wadsworth se sentía optimista.

«Lo conseguiremos —pensó—. Tumbaremos la bandera enemiga. Venceremos».

Y entonces los mosquetes empezaron a sonar.

*

El capitán Iain Campbell bajó al pueblo con sus cincuenta *highlanders*, luego siguió una pista para carros hacia el oeste hasta que la compañía alcanzó la linde de las tierras de Jacob Dyce. Una lucecita titilaba tras los postigos del holandés, prueba

de que estaba despierto.

Los *highlanders* se agacharon junto al maíz y Campbell permaneció en pie entre ellos.

—¿Me oyen todos bien? —les preguntó—, tengo algo que decirles.

Estaban escuchándole. Eran jóvenes, la mayoría no había cumplido aún los veinte años, y confiaban en Iain Campbell porque era un caballero y un buen oficial. Muchos de aquellos hombres habían crecido en las tierras del padre del capitán Campbell, el terrateniente, y la mayoría de ellos llevaba el mismo apellido. Algunos, de hecho, eran medio hermanos del capitán, aunque aquello no era una verdad admitida por ambas partes. Sus padres les habían contado que los Campbell de Ballaculish eran buena gente y que el terrateniente era un hombre duro, pero justo.

La mayoría había conocido a Iain Campbell desde antes de que se hiciera un hombre, y daban por sentado que lo conocerían hasta que siguieran su ataúd a la iglesia. Un día, Iain Campbell viviría en la gran casa familiar y esos hombres y sus hijos se quitarían el sombrero ante él y le suplicarían su ayuda cuando tuviesen problemas. Contarían a sus hijos que Iain Campbell era un hombre duro, pero justo, y contarían eso no porque él fuese su terrateniente, sino porque recordarían una noche en que el capitán Campbell arrojó los mismos riesgos que les había pedido que asumieran ellos. Era un hombre privilegiado y un hombre valiente; y un muy buen oficial.

—Los rebeldes capturaron anoche la batería de la Media Luna —empezó Campbell hablando despacio y con intensidad—. Están allí ahora, y nosotros vamos a recuperarla. Hablé con algunos de los hombres a los que desalojaron y ellos oyeron a los rebeldes gritarse unos a otros. Se aprendieron el nombre del líder rebelde, su oficial. Es un MacDonald.

La compañía, aún en cuclillas, hizo un ruido parecido a un leve gruñido. Iain Campbell podría haberles soltado un buen discurso para animarles, un discurso sobre sangre y truenos y «luchen por su rey», y aunque se le hubiese concedido la lengua de un ángel y la elocuencia de un diablo, ese discurso no habría funcionado tan bien como el nombre MacDonald.

Se había inventado la existencia de ese MacDonald, por supuesto. No tenía ni idea de quién dirigía a los rebeldes, pero sí sabía que los Campbell odiaban a los MacDonald y que los MacDonald temían a los Campbell, y al contar a sus hombres que un MacDonald era su enemigo había encendido en ellos una furia ancestral. Ya no era una guerra para suprimir la rebelión, era una antigua enemistad de sangre.

—Vamos a ir atravesando el maizal —prosiguió el capitán Campbell—, formaremos en línea al otro lado y ustedes cargarán con sus bayonetas. Iremos deprisa. Venceremos.

No dijo nada más, excepto para dar las órdenes necesarias; después guió a sus cincuenta hombres a través del campo de maíz que ya llegaba a más altura que la boina puesta en la cabeza de un *highlander*. La niebla se iba extendiendo desde el

agua, espesándose sobre la batería y ocultando las formas oscuras de los *highlanders*.

Detrás de Campbell, el cielo se iba encendiendo con una luz de un gris lobuno, pero los altos tallos del maíz cubrían con su sombra a sus hombres mientras iban formando la línea. Sus mosquetes estaban cargados, pero no amartillados. Se oyó un roce de metal sobre metal cuando los hombres encajaron y giraron las bayonetas en las bocas de las armas. Las bayonetas eran hojas de casi cuarenta y cinco centímetros, todas afiladas a mala conciencia. La batería estaba a sólo un centenar de pasos, pero los rebeldes aún no habían visto a los soldados que vestían *kilts*. Iain Campbell desenvainó su espada escocesa y sonrió en la semioscuridad.

—Enseñemos al clan MacDonald quién manda aquí —dijo a sus hombres—. Matememos a esos cabrones.

Cargaron.

Eran *highlanders* de la bronca costa occidental de Escocia. Llevaban la guerra en la sangre, habían mamado historias de batallas con la leche materna, y ahora, o eso creían, un MacDonald estaba esperándoles, así que cargaron con todo el ímpetu de su clan. Vociferaban al cargar, corrían para ser los primeros en enfrentarse al enemigo y tenían de su parte la ventaja de la sorpresa.

Aun así, Iain Campbell no pudo dar crédito a la rapidez con que el enemigo se vino abajo. A medida que se acercaba a la batería y podía ver más a través de la oscura niebla, se sintió alarmado por un momento porque parecía haber cientos de rebeldes, eran con mucho más numerosos que su compañía, y pensó que era un lugar ridículo donde morir. La mayoría de los rebeldes se arremolinaban en la propia batería, que estaba tan atestada como una reunión metodista. Tan sólo unos veinte hombres estaban trabajando en las trincheras y era evidente que no habían dispuesto centinelas o, si es que habían emplazado piquetes, esos centinelas estaban dormidos. Unos rostros estupefactos se volvieron hacia los alborotados *highlanders*. Demasiados rostros, pensó Campbell. Habría una placa de mármol en la iglesia con su nombre y la fecha de aquel día, y un elogioso epitafio, pero después aquella visión se desvaneció porque el enemigo ya estaba corriendo.

—¡Mátenlos! —Se oyó gritar a sí mismo Campbell—. ¡Mátenlos! —El grito hizo que más enemigos todavía huyesen hacia el oeste. Tiraban sus picos y sus palas, trepaban por el terraplén que daba al oeste y corrían. Unos pocos, muy pocos, dispararon contra los *highlanders* que se aproximaban, pero la mayoría olvidó que tenían mosquetes y se limitó a abandonar la batería para correr hacia terreno elevado.

Había un grupo de hombres vestidos con uniformes oscuros con cinturones blancos; esos hombres no corrieron. Intentaron formar una línea, levantaron sus mosquetes y dispararon una apresurada descarga sobre los hombres de Campbell mientras los *highlanders* saltaban un intento de foso recién excavado. Iain Campbell sintió que una bala pasaba muy cerca de su mejilla; entonces cargó con su pesada hoja contra un mosquete humeante, apartándolo mientras retiraba la espada para acuchillar rápido y por lo bajo. El acero se hundió en tela, piel, carne y músculo, y

después sus Campbell estaban a su alrededor, gritando con odio y clavando sus bayonetas, y el enemigo, superado en número, se vino abajo.

—¡Dispárenles una ráfaga! —gritó Campbell. Retorció su espada en el vientre del enemigo y con el puño izquierdo golpeó su rostro. El cabo Campbell añadió su bayoneta y el enemigo cayó a tierra. El capitán Campbell apartó el mosquete de manos del enemigo con una patada y sacó su espada de la carne contraída. Los estallidos de los mosquetes arrojaron una luz descarnada sobre la sangre, el caos y la furia de los Campbell.

Un solo americano intentó enfrentarse a sus hombres. Lanzó una estocada con su espada a Campbell, pero el hijo del terrateniente había aprendido a fintar en la Academia del mayor Teague, en el mercado de Edimburgo, y desvió el golpe sin esfuerzo, lanzó un revés, giró la muñeca y hundió la hoja en el pecho del oficial americano. Notó que la espada raspaba una costilla, hizo una mueca y la clavó con más fuerza. El hombre se atragantó, gimió, escupió sangre y se desplomó.

—¡Dispárenles otra descarga! —gritó Campbell de nuevo. Apenas había necesitado pensar para derrotar al oficial rebelde, había sido todo instintivo. Arrancó su espada y vio cómo un sargento americano con casaca verde trastabillaba y caía. El sargento no estaba herido, pero un *highlander* le había golpeado en un lado de la cabeza con la culata del mosquete y estaba medio atontado—. ¡Quítele su mosquete! —gritó Campbell fríamente—. ¡No lo mate! ¡Tómelo prisionero!

—Podría ser un MacDonald —dijo un soldado Campbell, preparado para enterrar su bayoneta en el vientre del sargento.

—¡Tómelo prisionero! —le espetó Campbell. Se volvió y miró hacia el promontorio, donde el amanecer ya estaba iluminando la cuesta, pero la niebla ocultaba a los rebeldes fugados. Los mosquetes escoceses escupieron humo, apuñalaron la niebla con sus llamas y dispararon sus balas cuesta arriba hacia el lugar por el que se retiraban los americanos—. ¡Sargento McKellan! —gritó Campbell—. ¡Despliegue un piquete! ¡A toda prisa!

—¿Está usted seguro de que este cabronazo no es un MacDonald? —preguntó el soldado que estaba en pie junto al aturdido sargento rebelde.

—Se llama Sykes —dijo una voz, y Campbell se volvió para ver que era el oficial rebelde herido el que había hablado. El hombre se había incorporado sobre un codo. Su rostro, muy pálido a la triste luz del amanecer, estaba manchado por la sangre que había chorreado de su boca. Miró hacia el sargento de casaca verde—. No se llama MacDonald —consiguió decir—, se llama Sykes.

A Campbell le impresionó que el joven oficial, pese a su pecho herido, intentara salvar la vida de su sargento. Ese sargento estaba ahora sentado, vigilado por Jamie Campbell, el hijo menor del herrero de Ballaculish. El oficial herido escupió más sangre.

—Se llama Sykes —alcanzó a decir otra vez—, y éstos estaban borrachos. Campbell se agachó junto al oficial herido.

—¿Quiénes estaban borrachos? —preguntó.

—Encontraron unos barriles de ron —dijo el hombre— y no pude detenerlos. La milicia...

Los *highlanders* seguían disparando contra algo que no veían, acelerando la retirada de los rebeldes que ahora se habían desvanecido en la niebla que se extendía inexorable hacia la parte alta de la pendiente.

—Se lo advertí a McCobb —prosiguió el oficial herido—, pero dijo que se habían ganado el ron.

—Descanse —le recomendó Campbell al hombre.

Había dos grandes barricas al fondo de la batería y era evidente que habían estado llenas de ron de la marina y los rebeldes habían celebrado en exceso su victoria. Campbell encontró un morral abandonado y lo puso bajo la cabeza del oficial herido.

—Descanse —volvió a decir—. ¿Cómo se llama?

—Teniente Dennis.

La sangre de la casaca de Dennis parecía negra y Campbell ni siquiera hubiera sabido que era sangre hasta que reflejó la débil luz.

—¿Es usted marine?

—Sí —Dennis se atragantó con la palabra y la sangre desbordó sus labios y corrió por su mejilla. Le costaba respirar—. Cambiamos los centinelas —dijo, y se estremeció por un dolor repentino. Quería explicar que la derrota no era culpa suya, que sus infantes de marina habían hecho su trabajo, pero el piquete de la milicia que había relevado a los marines de guardia había fracasado.

—No hable —dijo Campbell.

Vio la espada caída al lado e introdujo la hoja en la vaina de Dennis. A los oficiales capturados se les permitía conservar sus espadas y Campbell consideró que el teniente Dennis lo merecía como recompensa por su bravura. Dio una palmadita en el hombro empapado en sangre de Dennis y se enderezó. Robbie Campbell, cabo y casi tan tarambana como su padre, que era un pastor borracho, había encontrado un tambor decorado con un águila y la palabra LIBERTY, y estaba tocándolo con los puños y dando brincos como buen cabeza hueca.

—¡Basta de ruido, Robbie Campbell! —gritó Campbell, y fue recompensado con silencio. El cadáver del pequeño tamborilero yacía junto a una fosa recién excavada—. ¡Jamie Campbell! Usted y su hermano, hagan una camilla. ¡Dos mosquetes, dos casacas! —La manera más rápida de improvisar una camilla era meter dos mosquetes por las mangas de dos casacas—. Llévense al teniente Dennis al hospital.

—¿Matamos a los MacDonald, señor?

—Los McDonald huyeron —dijo Campbell desdeñoso.

—¡Qué cabrones! —exclamó un soldado con enojo y, al volverse, Campbell vio las cabezas ensangrentadas de los marines reales muertos, con sus cabelleras cortadas y desgarradas—. Malditos paganos y sangrientos cabrones olvidados por Dios —gruñó aquel hombre.

—Llévese al teniente Dennis a los cirujanos —ordenó Campbell— y a los prisioneros al fuerte. —Encontró un trapo en un rincón de la batería y limpió la larga hoja de su espada.

La luz ya era casi completa. Empezó a caer una lluvia pesada que barrió los desechos de la batería y diluyó la sangre.

La batería de la Media Luna había vuelto a manos británicas, y en el promontorio Peleg Wadsworth se desesperaba.

*

—¡Son patriotas! —se quejó el general Lovell—. ¡Tienen que luchar por su libertad!

—Son granjeros —adujo Wadsworth con cansancio—, y carpinteros, y labradores; son hombres que no se alistaron por voluntad propia en el Ejército Continental, y la mitad de ellos no quieren luchar de ninguna manera. Fueron obligados a luchar por las cuadrillas de alistamiento obligatorio.

—La Milicia de Massachusetts —dijo Lovell con voz dolida. Estaba de pie a cubierto de una vela colgada y asegurada entre dos árboles para formar la tienda del cuartel general. La lluvia repiqueteaba en la lona y siseaba en la hoguera que había fuera de la tienda.

—No son la misma milicia que combatió en Lexington —dijo Wadsworth—, o que irrumpió en Breed's Hill. Ahora todos aquellos hombres están en el ejército —o en sus tumbas, pensó—, y ahí están los abandonos.

—Anoche desertaron otros dieciocho —se lamentó Lovell desesperanzado.

Había desplegado un piquete en el paso, pero aquella posición servía de poco para evitar que los hombres se escabulleran en la oscuridad. Suponía que algunos habían pasado al bando británico, pero la mayoría se marchó hacia el norte internándose entre los salvajes bosques con la esperanza de encontrar el camino hasta casa. Los que habían sido capturados fueron condenados a la cuna, un castigo brutal en el que el condenado era sentado a horcajadas sobre una viga afilada con mosquetes atados a las piernas, pero evidentemente el castigo no era lo bastante brutal, porque los milicianos seguían desertando.

—Estoy avergonzado —confesó Lovell.

—Todavía tenemos hombres suficientes para asaltar el fuerte —dijo Wadsworth, aun sin creerse del todo sus palabras.

De todas formas, Lovell las pasó por alto.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó desamparado.

A Wadsworth le dieron ganas de golpear al general. Quizá les dirigiese él, pensó, quizá estuviera al mando, pero en honor a la verdad, y Peleg Wadsworth era un hombre dado a ser honesto consigo mismo, pensaba que Lovell tampoco estaba demostrando ser un gran líder. Suspiró. La niebla del amanecer se había aclarado para

revelar que los británicos habían abandonado la recapturada batería de la Media Luna dejando el emplazamiento vacío, y había algo insultante en aquel abandono. Parecía que estaban diciéndoles que podían recuperar la batería cuando quisieran, aunque Lovell no mostraba deseos de aceptar el desafío.

—No podemos mantener la batería —dijo el general con desesperación.

—Por supuesto que podemos, señor —insistió Wadsworth.

—¡Ya ha visto usted lo sucedido! ¡Salieron corriendo! ¡Esos villanos huyeron! ¿Quiere usted que ataque el fuerte con semejantes hombres?

—Creo que debemos hacerlo, señor —dijo Wadsworth, pero Lovell no replicó nada en respuesta. La lluvia estaba arreciando y obligó a Wadsworth a levantar la voz—. Y, señor —continuó—, al menos nos hemos librado de la batería enemiga. ¿Podría el comodoro entrar en el puerto esta noche?

—Debería hacerlo —respondió Lovell en un tono que sugería que las ranas deberían criar pelo y volar alrededor del promontorio de Majabigwaduce—. Pero, me temo... —empezó a decir y se detuvo.

—¿Qué teme, señor?

—Necesitamos tropas disciplinadas, Wadsworth. Necesitamos a los hombres del general Washington.

Wadsworth se sintió por fin aliviado, pero no dejó traslucir su reacción. Sabía lo duro que había sido para Lovell admitirlo. Lovell quería que la gloria de la expedición brillara sobre Massachusetts, pero ahora el general tendría que compartir el renombre con los otros estados rebeldes convocando a las tropas del Ejército Continental. Ese ejército lo formaban soldados de verdad, hombres disciplinados, instruidos.

—Un solo regimiento sería suficiente —dijo Lovell.

—Permítanme llevar la petición a Boston —sugirió el reverendo Jonathan Murray.

—¿Lo haría usted? —preguntó Lovell ansioso. Estaba más que cansado de la pía confianza del reverendo Murray. Quizá Dios deseara que los americanos conquistaran aquello, pero hasta el momento ni siquiera el Altísimo había conseguido hacer que los barcos del comodoro pasaran de la Cabeza de Dyce. El clérigo no era un hombre militar, pero tenía poder de persuasión y seguramente Boston escucharía sus súplicas—. ¿Qué les dirá?

—Que el enemigo es demasiado poderoso —respondió Murray— y que nuestros hombres, pese a su afán y su amor a la libertad, carecen sin embargo de disciplina para derribar las murallas de Jericó.

—Y pida morteros —añadió Wadsworth.

—¿Morteros? —preguntó Lovell.

—No tenemos trompetas —dijo Wadsworth—, pero podemos hacer que lluevan fuego y azufre sobre sus cabezas.

—Sí, morteros —dijo Lovell. Para un asedio, un mortero era incluso más letal

que un obús y, de todas formas, Lovell sólo poseía un obús. Los morteros dispararían sus proyectiles hacia el cielo de manera que después caerían verticalmente en el fuerte y, puesto que la empalizada del fuerte era cada vez más alta, esas mismas murallas contendrían las explosiones y extenderían la muerte entre los casacas rojas —. Escribiré la carta —dijo Lovell con gesto lúgubre.

Los rebeldes necesitaban refuerzos.

*

Al día siguiente, Peleg Wadsworth ató un gran retazo de tela blanca a un palo largo y caminó hacia el fuerte enemigo. Los cañones del coronel Revere ya habían quedado silenciados y, poco después, los cañones británicos también se callaron.

Wadsworth fue solo. Le había pedido a James Fletcher que lo acompañara, pero Fletcher le había rogado que no le obligara a hacerlo.

—Me conocen, señor.

—¿Y a usted le cae bien alguno de ellos?

—Sí, señor.

—Pues quédese aquí —le había dicho Wadsworth, y ahora bajaba la suave pendiente de la cresta entre tocones de árbol machacados y vio a dos oficiales de casacas rojas saliendo del fuerte y acercándose a él. Pensó que no querrían que se acercase demasiado para que no viera el estado de la empalizada del fuerte, pero estaba claro que se equivocaba, porque los dos hombres le esperaron dentro del *abatis*. Al parecer, no les importaba que echara un buen vistazo a los terraplenes. Esos terraplenes sufrían el constante bombardeo de los cañones de Revere, aunque, a ojos de Wadsworth, parecían notablemente intactos. Quizá fuera ésa la razón por la que a los oficiales británicos no les importaba que viera las murallas. Se estaban burlando de él.

Había llovido otra vez esa mañana. La lluvia había cesado, pero el viento soplaba húmedo y las nubes aún eran bajas y amenazantes. El tiempo húmedo había mojado a los hombres acampados en el promontorio, había empapado los cartuchos almacenados y aumentó la aflicción de los milicianos. Algunos hombres habían chistado a Lovell cuando el general acompañaba a Wadsworth hasta el lindero del bosque y Lovell había hecho como que no oía el ruido.

El *abatis* había sido castigado por los cañones y no era difícil abrirse paso entre la maraña de ramas. Wadsworth se sentía estúpido sujetando la bandera de tregua por encima de su cabeza, así que la bajó al acercarse a los dos oficiales enemigos. A uno de ellos, el más bajo, le asomaba cabello canoso por debajo del bicornio. Se apoyaba en un bastón y sonrió cuando Wadsworth se aproximó.

—Buenos días —saludó cordial.

—Buenos días —respondió Wadsworth.

—Aunque no es que sea una buena mañana, ¿verdad? —añadió el hombre.

Sujetaba su brazo derecho de manera extraña—. Es una mañana fría y húmeda. ¡Desapacible! Soy el brigadier general McLean, ¿y usted es...?

—Brigadier general Wadsworth —se presentó Wadsworth, y se sintió del todo engañoso al pronunciar su rango.

—Permítame que le presente al teniente Moore, general —dijo McLean, señalando al apuesto joven que le acompañaba.

—Señor —Moore saludó a Wadsworth poniéndose firme un instante e inclinando la cabeza.

—Teniente —Wadsworth agradeció la cortesía.

—El teniente Moore insiste en hacerme compañía por si acaso intenta usted matarme —explicó McLean.

—¿Bajo una bandera de tregua? —preguntó Wadsworth con severidad.

—Perdóneme, general —dijo McLean—, es una broma. No creería que fuese usted capaz de tal perfidia. ¿Podría preguntarle qué le trae a vernos?

—Hay un joven —empezó Wadsworth—, un oficial de marines llamado Dennis. Tengo relación con su familia —hizo una pausa—. Le enseñé sus primeras letras. Creo que es su prisionero.

—Creo que sí —respondió McLean en tono gentil.

—Y he oído que ayer fue herido. Tenía la esperanza... —Wadsworth se detuvo porque había estado a punto de llamar «señor» a McLean, pero consiguió refrenar tan estúpido impulso justo a tiempo—. Tenía la esperanza de que usted podría informarme de su situación.

—Por supuesto —dijo McLean y se volvió hacia Moore—. Teniente, sea tan amable de ir corriendo al hospital, ¿quiere?

Moore se marchó y McLean indicó dos tocones de árbol con un gesto.

—Podríamos ponernos más cómodos mientras tanto —propuso—. Confío en que me perdonará que no le invite al interior del fuerte.

—Nunca esperaría tal cosa —dijo Wadsworth.

—Entonces, por favor, siéntese —le invitó McLean, y él mismo lo hizo—. Hábleme del joven Dennis.

Wadsworth se sentó en el tocón de al lado. Al principio habló con torpeza, se limitó a contar cómo había conocido a la familia Dennis, pero su voz se fue templando a medida que hablaba del carácter animado y honesto de William Dennis.

—Siempre fue un chico excelente —dijo Wadsworth—, y se ha convertido en un hombre excelente. Un joven bueno —enfaticó el «bueno»—, y espera convertirse en abogado cuando todo esto termine.

—Sí, he oído que existen los abogados honestos —bromeó McLean con una sonrisa.

—Él será un abogado honesto —sentenció Wadsworth.

—Entonces hará mucho bien al mundo —dijo McLean—. ¿Y usted, general? ¿Puedo suponer que es usted maestro de escuela?

—Sí, soy maestro.

—Entonces usted ya ha hecho mucho bien al mundo... —dijo McLean—. En cuanto a mí, me alisté para ser soldado hace cuarenta años, y veinte batallas después sigo estando aquí.

—¿No hace ningún bien por el mundo? —Wadsworth no pudo resistirse a hacer semejante pregunta, pero McLean no se ofendió.

—Estuve al mando de las tropas del rey de Portugal —explicó, sonriendo— y todos los años había una procesión el día de Todos los Santos. ¡Era magnífica! ¡Con camellos y caballos! Bueno, dos camellos, y eran unas pobres bestias sarnosas —hizo una pausa mientras recordaba—. Luego siempre había boñigas en la plaza que tenía que cruzar el rey para llegar a la catedral, así que se designaba un grupo de hombres y mujeres para que la limpiaran con escobas y palas. Barrían las boñigas. Ése es el trabajo de un soldado, general, barrer las boñigas que dejan los políticos.

—¿Y es eso lo que están haciendo aquí?

—Por supuesto que sí —respondió McLean. Había sacado una pipa de barro de uno de los bolsillos de su casaca y se la puso entre los dientes. Sujetó con dificultad en su lisiada mano derecha un yesquero y golpeó el pedernal con el eslabón en la izquierda. El hilo empezó a arder y McLean encendió la pipa; después cerró el yesquero para apagar la llama—. Su gente —dijo cuando la pipa ya tiraba— tiene un desacuerdo con mi gente, y usted o yo, general, bien podríamos llegar a un acuerdo parlamentando, pero nuestros amos y señores no consiguen llegar a un acuerdo, así que usted y yo debemos resolver sus desacuerdos de una manera diferente.

—No —dijo Wadsworth—. Para mí, general, usted es el camello, no quien barre.

McLean se rió al oír aquello.

—Soy bastante sarnoso, bien lo sabe Dios. Pero no, general, yo he dejado esta boñiga; aun así, soy leal a mi rey y ésta es su tierra, y él quiere que la conserve para él.

—El rey podría haberla conservado él mismo —dijo Wadsworth— si hubiese elegido otra forma de gobierno que no fuese la tiranía.

—¡Oh, sí, menudo tirano! —exclamó McLean, aún divertido—. Sus líderes son hombres ricos, ¿no es así? Terratenientes, ¿verdad? ¿Y quizá comerciantes? ¿Abogados? Ésta es una rebelión dirigida por los ricos. Qué extraño que esos hombres prosperaran bajo la tiranía...

—La libertad no es el derecho a prosperar —replicó Wadsworth—, sino el derecho de tomar decisiones que afectan a nuestro propio destino.

—Pero ¿una tiranía les permitiría prosperar?

—Ustedes han restringido nuestro comercio y nos han impuesto tributos sin nuestro consentimiento —dijo Wadsworth, deseando no haber sonado tan pedagógico.

—¡Ah! ¿Así que nuestra tiranía reside en no permitir que se enriquezcan ustedes aún más?

—No todos nosotros somos hombres ricos —replicó Wadsworth acaloradamente—, y como bien sabe usted, general, la tiranía es la negación de la libertad.

—Bien, bien..., ¿y cuántos esclavos tienen ustedes? —preguntó McLean.

Wadsworth se sintió tentado de responder que la pregunta era una pulla barata, pero aquello le dolió.

—Ninguno —respondió con rigidez—. La tenencia de negros no es común en Massachusetts. —Se sentía extremadamente incómodo. Sabía que no había discutido bien, pero su enemigo le había pillado desprevenido. Había imaginado que sería un oficial británico pomposo y altanero, y en vez de eso se había encontrado con un hombre cortés, lo bastante mayor como para ser su padre, que parecía sentirse muy relajado en un encuentro tan poco natural.

—Bueno, aquí estamos nosotros dos —dijo McLean alegremente—, un tirano y su oprimida víctima, hablando juntos —señaló con la boquilla de su pipa hacia el fuerte, por donde John Moore había pasado en su camino al hospital—. El joven Moore lee su historia. También él es un joven excelente. Le gusta la historia, y aquí está, aquí estamos los dos, escribiendo un nuevo capítulo. A veces desearía poder echar un vistazo al futuro y leer el capítulo que estamos escribiendo.

—Quizá no le gustara —dijo Wadsworth.

—Tengo la certeza de que a uno de nosotros no le gustará —replicó McLean.

La conversación decayó. McLean siguió con su pipa y Wadsworth miró fijamente los cercanos terraplenes. Podía ver las estacas del foso y, encima de ellas, la tierra y el muro de troncos que ahora se alzaba a más altura que la de un hombre. Nadie saltaría ya los terraplenes, haría falta escalar la empalizada y luchar mientras tanto. Sería un trabajo duro y sangriento, e incluso se preguntaba si el Ejército Continental sería capaz de hacerlo. Podrían hacerlo si se abría una brecha en la empalizada, y Wadsworth la examinó buscando pruebas de que los cañones de Revere estaban haciendo algún efecto; sin embargo, aparte del tejado del almacén dentro del fuerte, había pocas señales del cañoneo. En algunos lugares la muralla había sido golpeada por balas rasas, pero todos esos sitios habían sido reparados. «Morteros —pensó—, morteros. Necesitamos convertir el interior del fuerte en un caldero de metal chirriante y llamas abrasadoras». La cortina de la empalizada entre los bastiones que sobresalían en las esquinas estaba llena de casacas rojas que a su vez examinaban a Wadsworth, intrigados por la cercanía de un rebelde. Wadsworth intentó contar a los hombres, pero había demasiados.

—Mantengo ocultos a la mayoría de mis hombres —interrumpió su examen McLean.

Wadsworth se sintió culpable, lo que era ridículo porque era su deber observar al enemigo. De hecho, el general Lovell sólo había accedido a su investigación sobre el destino del teniente Dennis porque le ofrecía a Wadsworth una oportunidad de estudiar las defensas enemigas.

—Nosotros también mantenemos escondidos a la mayoría de los nuestros —dijo

Wadsworth.

—Muy sensato por su parte —convino McLean—. Veo por su uniforme que sirvió usted en el ejército del señor Washington.

—Fui ayudante del general, sí —dijo Wadsworth, ofendido por la costumbre británica de referirse a George Washington como «señor».

—Un hombre formidable —dijo McLean—. Lamento que el joven Moore esté tardando tanto. —Wadsworth no respondió nada y el escocés sonrió con sarcasmo—. Hoy estuvo usted muy cerca de matarlo.

—¿Al teniente Moore?

—Se empeña en hacer la guerra sin ayuda de nadie, lo que supongo que es un buen defecto en un joven oficial, pero estoy profundamente agradecido de que sobreviviera. Es una gran promesa.

—¿Como soldado?

—Como hombre y como soldado. Igual que su teniente Dennis, es un buen joven. Si yo tuviera un hijo, general, desearía que fuera *como* Moore. ¿Tiene usted hijos?

—Dos chicos y una chica; y otro a punto de llegar.

McLean notó la calidez en la voz de Wadsworth.

—Es usted un hombre afortunado, general.

—Eso creo.

McLean le dio una calada a la pipa y después sopló al aire húmedo una columna de humo.

—Si me permite usted un rezo de enemigo, general, permítame que rece porque se reúna con su familia.

—Gracias.

—Claro está —añadió McLean, ya sin broma— que podría usted llevar a cabo ese encuentro retirándose ahora.

—Tenemos órdenes de capturarlos primero a ustedes —replicó Wadsworth *con* cierto tono de diversión en la voz.

—No rezaré por eso —dijo McLean.

—Creo que debiéramos haberlo intentado hace una semana —se lamentó Wadsworth, apesadumbrado, e inmediatamente deseó no haber pronunciado esas palabras.

McLean no dijo nada, simplemente inclinó la cabeza, un pequeño gesto que podría interpretarse como asentimiento.

—Pero lo intentaremos otra vez —concluyó Wadsworth.

—Debe cumplir usted con su deber, general, claro que debe hacerlo —dijo McLean, y después se volvió porque Wadsworth había mirado hacia la esquina suroeste del fuerte.

John Moore había aparecido allí y ahora caminaba hacia ellos con una espada envainada en una mano. El teniente le miró a Wadsworth, después se agachó y susurró al oído de McLean, y el general se estremeció y cerró los ojos por un

momento.

—Lo siento, general Wadsworth —dijo—, pero el teniente Dennis murió esta mañana. Puede estar seguro de que recibió el mejor tratamiento que le pudimos ofrecer, pero, por desgracia, los cuidados no fueron suficientes. —McLean se levantó al termina la frase.

Wadsworth se levantó también. Miró el rostro serio de McLean y después, para su vergüenza, unas lágrimas corrieron por sus mejillas. Se dio la vuelta abruptamente.

—No hay nada de qué avergonzarse —lo tranquilizó McLean.

—Era un hombre excelente —dijo Wadsworth, y supo que no estaba llorando por la muerte de Dennis, sino por el derroche y la indecisión de aquella campaña. Respiró hondo, se recompuso y se volvió hacia McLean—. Por favor, agradézcale a su doctor todo lo que ha hecho.

—Eso haré —dijo McLean— y, por favor, tenga confianza en que le daremos al teniente Dennis cristiana sepultura.

—Entiérrenlo con su uniforme, por favor.

—Eso haremos, por supuesto —prometió McLean. Tomó la espada envainada de manos de Moore—. Supongo que trajo usted esto porque pertenecía al teniente, ¿no? —le preguntó a Moore.

—Sí, señor.

McLean le tendió la espada a Wadsworth.

—Tal vez quiera usted devolverle esto a su familia, general, y puede decirles de parte de su enemigo que murió luchando como un héroe. Pueden estar orgullosos de él.

—Así lo haré —dijo Wadsworth, tomando la espada—. Le agradezco que accediera a mi petición —le dijo a McLean.

—He disfrutado con la mayor parte de nuestra conversación —dijo McLean, y extendió una mano hacia el *abatis* como si fuera un anfitrión conduciendo a un honorable invitado hacia la puerta—. Lamento de veras lo de su teniente Dennis —dijo, mientras caminaba hacia el oeste junto al americano, mucho más alto que él—. Quizás algún día, general, usted y yo podamos sentarnos en paz a hablar de estas cosas.

—Me gustaría.

—También a mí —dijo McLean, deteniéndose a pocos pasos del *abatis*. Sonrió maliciosamente—. Y, por favor, dele recuerdos de mi parte al joven James Fletcher.

—Fletcher —se sorprendió Wadsworth, como si el nombre fuese algo nuevo para él.

—Tenemos catalejos, general —dijo McLean con un gesto divertido—. Lamento que escogiera esas lealtades. Lo lamento mucho, pero dígame que su hermana está bien y que los tiranos les proporcionan raciones a ella y a su madre. —Le tendió la mano—. No reanudaremos nuestras prácticas de artillería hasta que no esté usted entre los árboles —le aseguró.

Wadsworth dudó y después estrechó la mano que le ofrecía.

—Gracias, general —dijo, y después empezó a recorrer el largo y solitario camino de vuelta por la parte alta de la cresta.

McLean se quedó en el *abatis*, vigilando el solitario paseo de Wadsworth.

—Parece un hombre bastante decente —dijo cuando el americano rebelde ya no podía oírlo.

—Es un rebelde —dijo Moore a modo de reproche.

—Y si usted o yo hubiésemos nacido aquí —replicó McLean—, muy probablemente también seríamos rebeldes.

—¡Señor! —John Moore parecía escandalizado.

McLean soltó una carcajada.

—Pero nacimos al otro lado del mar, y no han pasado tantos años desde que teníamos nuestros propios rebeldes en Escocia. Me ha caído bien. —Seguía mirando a Wadsworth—. Es un hombre que lleva su honestidad como bandera, pero por suerte para usted y para mí no es un soldado. Es un maestro de escuela y eso nos hace afortunados frente a nuestros enemigos. Ahora, volvamos ahí dentro antes de que vuelvan a empezar a dispararnos.

*

Ese mismo día al anochecer, el teniente Dennis fue enterrado con su uniforme verde. Cuatro *highlanders* dispararon una descarga cerrada bajo la mortecina luz, y luego se clavó una cruz de madera en la tierra. El nombre de Dennis fue marcado con carbón en la cruz, pero dos días después un cabo arrancó la cruz para leña. Y el asedio continuó.

*

Los tres casacas rojas salieron a escondidas de las tiendas del campamento a media tarde, el mismo día que el oficial enemigo se había acercado al fuerte bajo una bandera de tregua. No tenían ni idea de por qué había venido el rebelde y tampoco les importaba. Les importaban más los centinelas desplegados para evitar que los hombres se escabulleran del campamento hacia los bosques, aunque era bastante fácil sortear el piquete y los tres hombres desaparecieron entre los árboles y después giraron en dirección oeste, hacia el enemigo.

Dos de ellos eran unos hermanos apellidados Campbell y el tercero era un Mackenzie. Todos vestían el *kilt* oscuro de Argyle y llevaban sus mosquetes. A su izquierda los cañones estaban disparando, con su sonido, esporádico, repentino, de percusión, que era ya para ellos cotidiano.

—Por ahí abajo —indicó Jamie Campbell, señalando, y los tres siguieron una pista desdibujada que bajaba la pendiente entre los árboles. Los tres sonreían, nerviosos. Hacía un día gris y la llovizna caía desde el suroeste.

El sendero llevaba al istmo pantanoso que conectaba la península de Majabigwaduce con el continente. Jamie, el mayor de los hermanos y líder reconocido del trío, no quería llegar al istmo, más bien estaba esperando abrirse camino por la cuesta arbolada justo por encima del marjal. Los rebeldes patrullaban por aquella zona. Él los había visto por allí. A veces la compañía del capitán Caffrae se acercaba al mismo terreno y tendía una emboscada a alguna patrulla rebelde, o más bien se burlaba de los americanos con música de pífanos y abucheos. Aquella tarde, sin embargo, el bosque que se cernía sobre el marjal parecía vacío. Los tres se acuclillaron entre los arbustos y observaron las líneas enemigas que estaban al oeste. A su derecha los árboles raleaban, mientras que delante había un pequeño claro en el que burbujeaba un manantial.

—Aquí no hay ni una maldita alma —gruñó Mackenzie.

—Suelen venir por aquí —aseguró Jamie. Tenía diecinueve años, ojos oscuros, cabello moreno y rostro de cazador atento—. Vigila la cuesta —le dijo a su hermano—, no queremos que el condenado Caffrae nos encuentre.

Aguardaron. Los pájaros, acostumbrados ya al cañoneo tanto como al ir y venir de tropas, cantaban con aspereza en los árboles. Un animalillo, con un extraño pelaje rayado, atravesó el claro volando. Jamie Campbell acarició la culata de su mosquete. Amaba su mosquete. Cuidaba la culata con aceite y betún para que la madera estuviese suave como la seda, y el tacto de las oscuras curvas del arma le trajeron a la mente a la viuda del sargento en Halifax. Sonrió.

—¡Allí! —murmuró su hermano Robbie.

Cuatro rebeldes habían aparecido en el extremo más lejano del claro. Vestían apagadas casacas pardas, pantalones de tela escocesa y sombreros, e iban engalanados con cinturones, morrales y vainas de bayoneta. Tres de los hombres llevaban dos cubos cada uno, y el cuarto tenía un mosquete en las manos. Avanzaron arrastrando los pies hasta el manantial, donde se agacharon para llenar los cubos.

—¡Ahora! —ordenó Jamie, y dispararon los tres mosquetes. Uno de los hombres que estaban junto al manantial cayó hacia un lado, y su sangre brilló roja bajo la lluvia gris. El cuarto rebelde disparó hacia el humo entre los árboles, pero Mackenzie y los hermanos Campbell ya estaban corriendo, gritando y dando brincos.

Era un deporte. El general lo había prohibido, y había amenazado con un castigo severo a todo hombre que abandonara las filas sin permiso para disparar al enemigo, pero los jóvenes escoceses amaban el riesgo. Si los rebeldes no iban a por ellos, entonces ellos irían a por los rebeldes, quisiera lo que quisiera el general. Ahora todo lo que necesitaban era volver sanos y salvos a las tiendas sin que los descubrieran.

Después, al día siguiente, lo harían otra vez.

*

Samuel Adams llegó al cuartel general del comandante general Horatio Gates en

Rhode Island (Providence) a última hora de la tarde. Nubes hinchadas se iban acumulando y hacia el oeste ya resonaban los truenos. Hacía calor y el ambiente estaba húmedo, y Adams fue conducido a una salita donde, pese a las ventanas abiertas, ni una pizca de viento proporcionaba alivio. Se enjugó el rostro con un gran pañuelo a lunares.

—¿Le apetecería un té, señor? —le ofreció un pálido teniente con uniforme del Ejército Continental.

—Cerveza —dijo Samuel Adams con firmeza.

—¿Cerveza, señor?

—Cerveza —insistió Samuel Adams con más firmeza aún.

—El general Gates estará con usted enseguida, señor —dijo el teniente con frialdad y, según sospechaba Adams, inexactitud; después desapareció en las regiones profundas de la casa.

Le sirvieron la cerveza. Estaba amarga, pero se dejaba beber. Los truenos retumbaban con más fuerza, aunque no llovía y seguía sin soplar ni una gota de viento a través de los marcos de las ventanas abiertas. Adams se preguntaba si no estaría oyendo los cañones del asedio machacando a los británicos en Newport, pero todos los informes aseguraban que los intentos de expulsar aquella guarnición habían resultado inútiles, y un momento después un lejano destello de luz le confirmó que eran de hecho truenos. Un perro aulló y se oyó la voz enfadada de una mujer. Samuel Adams cerró los ojos y se adormiló.

Fue despertado por el sonido de unas botas claveteadas sobre el suelo de madera de la entrada. Se enderezó en su silla cuando el comandante general Horatio Gates entró en la salita.

—¿Ha cabalgado usted desde Boston, señor Adams? —preguntó el general a modo de saludo.

—Así es.

A pesar del calor, Gates llevaba puesto un sobretodo que ahora le lanzó al teniente.

—Té —dijo—, té, té, té.

—Muy bien, excelencia —dijo el teniente.

—¡Y té para el señor Adams!

—¡Cerveza! —gritó Adams para corregirle, pero el teniente ya se había marchado.

Gates desenganchó la espada envainada que llevaba sobre su uniforme del Ejército Continental y la dejó con un golpe sobre una mesa cubierta de papeles.

—¿Cómo van las cosas por Boston, Adams?

—Hacemos lo que nos manda el Señor —respondió Adams en tono delicado, aunque Gates no percibió el doble sentido ni la ironía.

El general era un hombre alto, un par de años menor que Samuel Adams, quien, tras su larga cabalgada por el camino de posta de Boston, notaba el peso de todos y

cada uno de sus cincuenta y siete años. Gates echó una mirada hostil a los papeles que había debajo de su espada. Adams pensó que era un oficial muy dado a las miradas hostiles. El general tenía una mandíbula muy marcada y llevaba una peluca empolvada que no era lo bastante grande como para ocultar su cabello gris. El sudor se le escurría por debajo de la peluca.

—¿Y cómo se las arregla en esta hermosa isla? —preguntó Adams.

—¿Isla? —preguntó Gates, lanzando una mirada de recelo a su visitante—. Ah, Rhode Island. Maldito nombre estúpido. Es todo culpa de los franceses, Adams, los franceses. Si los puñeteros franceses hubieran cumplido su palabra, ya habríamos expulsado al enemigo de Newport. Pero los franceses, malditos sean sus ojos, no quieren traer sus barcos. Son unos condenados huelepedos, hasta el último de ellos.

—Aun así, son nuestros valiosos aliados.

—También los hijoputas de los españoles —dijo Gates con desprecio.

—Igual que los hijoputas de los españoles, ciertamente —concedió Adams.

—Huelepedos y papistas —exclamó Gates—, ¿qué clase de aliados son éstos, eh?

Se sentó frente a Adams, con sus piernas embutidas en botas altas estiradas encima de una alfombra desteñida. Había barro y bosta de caballo incrustados en las suelas. Juntó los dedos y miró fijamente a su visitante.

—¿Qué le trae a Providence? —preguntó—. No, no me lo diga todavía. En la mesa. Sírvanos —las últimas cuatro palabras iban dirigidas al pálido teniente, que colocó una bandeja sobre la mesa y después, en un incómodo silencio, sirvió dos tazas de té—. Puede retirarse —le dijo Gates al desventurado teniente—. Un hombre no puede vivir sin té —afirmó dirigiéndose a Adams.

—¿Una bendición del Imperio británico? —sugirió Adams con malicia.

—Truenos —dijo Gates, destacando un estrépito que sonó alto y cercano—, pero no llegarán aquí. Morirán con el día. —Bebió su té a sorbos—. ¿Se oye hablar mucho de Filadelfia?

—Poca cosa que no se pueda leer en las noticias impresas.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Gates—, perdiendo el tiempo, vacilando y ahogándonos en un vaso. Necesitamos mucha más energía, Adams.

—Estoy seguro de que su excelencia tiene razón —convino Adams, tomando el tratamiento de la forma honorífica que había empleado el teniente para dirigirse a Gates.

El mote más conocido de Gates era «Abuelita», aunque Adams pensaba que era demasiado amable para un hombre tan quisquilloso y susceptible con su dignidad. Abuelita había nacido y se había criado en Inglaterra y había servido en el ejército británico durante muchos años, antes de que la escasez de dinero, los lentos ascensos y una esposa ambiciosa lo llevaran a establecerse en Virginia. Su capacidad fuera de duda como administrador le habían supuesto un alto rango en el Ejército Continental, pero no era un secreto que Horatio Gates consideraba que su rango debería ser aún más elevado. Despreciaba abiertamente al general Washington, pues creía que la

victoria sólo llegaría cuando el comandante general Horatio Gates recibiese el mando de todos los ejércitos patrióticos.

—¿Y qué sugiere su excelencia para nuestra campaña? —preguntó Adams.

—Bien, no está nada bien esperar sentados sobre nuestros culos gordos mientras vigilamos al enemigo en Nueva York —respondió Gates enérgico—, ¡pero nada bien!

Adams hizo un movimiento con las manos que podía interpretarse como que estaba de acuerdo. Cuando volvió a colocar sus manos en el regazo, vio que le temblaban ligeramente los dedos. Aquello no se pasaba. La edad, supuso, y suspiró por dentro.

—El Congreso tiene que recobrar la cordura —declaró Gates.

—El Congreso, desde luego, presta cuidadosa atención a los sentimientos de Massachusetts —dijo Adams, agitando una zanahoria gorda y jugosa delante de la codiciosa boca de Gates.

El general pretendía que Massachusetts exigiera la destitución de George Washington y el nombramiento de Horatio Gates como comandante del Ejército Continental.

—¿Está usted de acuerdo conmigo? —preguntó Gates.

—¿Cómo podría estar en desacuerdo con un hombre de su experiencia militar, general?

Gates oyó lo que quería oír en aquella respuesta. Se puso en pie y se sirvió más té.

—Entonces, ¿el Estado de Massachusetts quiere mi ayuda? —preguntó.

—Y yo aún no he expuesto mi propósito —dijo Adams con fingida admiración.

—No es difícil de imaginar, ¿no cree? Envió usted a sus bujarrones a la bahía de Penobscot y no pueden terminar el trabajo. —Volvió un rostro burlón hacia Adams—. Sam Savage me escribió para contarme que los británicos se habían rendido. No es verdad, ¿eh?

—Por desgracia, no es verdad —respondió Adams con un suspiro—. Al parecer, la guarnición es un hueso más difícil de roer de lo que imaginábamos.

—McLean, ¿verdad? Un hombre competente. No brillante, pero competente. ¿Le apetece más té?

—Tengo bastante de este delicioso té —dijo Adams, tocando con un dedo su taza llena.

—Envió usted a su milicia. ¿Cuántos?

—El general Lovell dirige alrededor de un millar de hombres.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Tropas regulares.

—¡Ajá! Quiere soldados de verdad, ¿no? —Gates se bebió su segunda taza de té, se sirvió una tercera y después volvió a sentarse—. ¿Quién paga todo esto?

—Massachusetts —dijo Adams.

Sólo Dios sabía la fortuna que ya había gastado Massachusetts en la expedición, pero parecía que ahora se gastaría otra fortuna y él rezaba para que el brigadier

general McLean tuviese escondido un inmenso cofre del tesoro en su fuerte de juguete, porque si no la deuda del Estado sería abrumadora.

—Raciones, transporte —insistía Gates—, ¡tendrán que pagarlos!

—Por descontado.

—Y, ¿cómo transportarán a mis tropas hasta el río Penobscot?

—Hay embarcaciones en Boston —respondió Adams.

—Tendría que habérmelo pedido hace un mes —dijo Gates.

—Ciertos, tendríamos que haberlo hecho.

—Pero supongo que Massachusetts quería todo el mérito de la batalla, ¿eh?

Adams inclinó levemente la cabeza para indicar su asentimiento e intentó imaginar a aquel inglés irascible, suspicaz y resentido al mando del Ejército Continental; se sintió profundamente agradecido a George Washington.

—¡Teniente! —Ladró Gates.

El pálido teniente apareció en la puerta.

—¿Excelencia?

—Mis felicitaciones para el coronel Jackson. Sus hombres marcharán a Boston en cuanto amanezca. Marcharán con armas, munición y la ración de un día. El resto de las órdenes le llegarán esta noche. Dígale al coronel que escriba una lista detallada, y subraye eso, detallada, de todos los gastos. En marcha.

El teniente salió.

—No es bueno perder el tiempo —le dijo Gates a Adams—. Henry Jackson es un buen hombre y su regimiento es tan bueno como cualquier otro que yo haya visto. Pondrán fin a las chorradas de McLean.

—Es usted muy amable, general —dijo Adams.

—No soy amable en absoluto, soy eficiente. ¡Tenemos una guerra que ganar! No es bueno enviar a huelepedos y bujarrones a hacer el trabajo de un soldado. ¿Me hará el honor de cenar conmigo?

Samuel Adams se estremeció ante la perspectiva, pero la libertad tenía un precio.

—Será un evidente privilegio, excelencia —dijo.

Al fin y al cabo, un regimiento de soldados americanos bien instruidos iba a salir para la bahía de Penobscot.

Carta del brigadier general Lovell al comodoro Saltonstall, 5 de agosto de 1779:

He procedido como he Podido con el presente plan y lo he encontrado inefectivo para el propósito de expulsar o destruir los Barcos debo por lo tanto requerir la garantía por su parte de que enviará usted sus Barcos río arriba para destruirlos o no para que así pueda Yo maniobrar en conformidad.

De las Actas de la Junta de Guerra del brigadier general Lovell,

Majabigwaduce, 11 de agosto de 1779:

Gran carencia de Disciplina y Subordinación muchos de los Oficiales son excesivamente blandos en su Deber, los Soldados reacios al Servicio y el bosque en el que acampamos tan denso que en caso de alarma o cualquier ocasión especial cerca de una cuarta parte del Ejército se quita de en medio y se esconde.

Del diario del sargento Lawrence, Artillería Real, Fort George, Majabigwaduce, 5 y 12 de agosto de 1779:

El General quedó muy sorprendido al ver que tantos Hombres abandonaban hoy el Fuerte para disparar al Enemigo sin permiso. Les asegura que cualquiera que sea encontrado Culpable de esto otra vez será castigado con mucha severidad por desobedecer órdenes.

CAPÍTULO XI

El miércoles 11 de agosto empezó con una densa niebla y el aire quieto. Pequeñas olas rompían perezosas en la orilla del puerto donde chillaba una gaviota solitaria. Peleg Wadsworth, que estaba en la Cabeza de Dyce, no podía ver el fuerte enemigo ni sus barcos. La niebla arropaba el mundo. Ningún cañón disparaba porque la blancura ocultaba los objetivos a los rebeldes y a los hombres del rey por igual.

El coronel Samuel McCobb había llevado a doscientos hombres de la milicia del condado de Lincoln al prado que se extendía bajo la Cabeza de Dyce. Eran los mismos hombres que habían huido de la batería de la Media Luna y ahora esperaban al general Lovell, que había decidido enviarlos de vuelta a la batería.

—Si cae usted de un caballo —le había preguntado Lovell a Peleg Wadsworth la noche anterior—, ¿qué hace?

—¿Volver a subirme a la silla?

—Ésa es mi opinión, esa misma —había declarado Lovell. Al parecer, el general, que un par de días antes había estado desesperado, había vuelto a subir a su silla de montar: la confianza—. ¡Se sacude usted el polvo —había dicho Lovell— y vuelve a subir otra vez! Nuestros muchachos necesitan que les demuestren que pueden derrotar al enemigo.

James Fletcher estaba esperando con Peleg Wadsworth. Fletcher guiaría a los hombres de McCobb hasta el maizal de Jacob Dyce, que estaba a un centenar de pasos subiendo desde la batería abandonada. Allí la milicia se escondería. Era una trampa ideada por Lovell, que estaba seguro de que McLean no sería capaz de resistir el cebo. Wadsworth había apremiado a Lovell para asaltar directamente el fuerte, pero el general insistía en que los hombres de McCobb necesitaban recuperar la moral.

—Necesitan una victoria, Wadsworth —había declarado Lovell.

—Es cierto, señor.

—Tal y como están las cosas —había admitido Lovell con cruda honestidad—, no estamos preparados para asaltar el fuerte; pero si la milicia recupera su confianza, si se enardece su fervor patriótico, creo que no hay nada que no podamos conseguir.

Peleg Wadsworth esperaba que aquello fuera cierto. Había llegado una carta de Boston advirtiéndoles de que una flota de buques de guerra británicos había zarpado del puerto de Nueva York y se presumía, aunque nadie podía darlo por seguro, que el destino de la flota era la bahía de Penobscot. Disponían de poco tiempo. Era posible que la flota enemiga estuviese navegando a algún otro sitio, a Halifax o quizá hacia abajo, a las Carolinas, pero a Wadsworth le preocupaba que cualquier día podían aparecer unas velas por el río Penobscot delante de las islas de mar adentro. Había hombres que ya estaban aconsejando el abandono del asedio, pero Lovell era reacio a plantearse la derrota; en vez de eso, quería que su milicia consiguiera una pequeña victoria que les conduciría al mayor de los triunfos.

Así que aquella emboscada ya había sido planificada. McCobb iba a bajar con sus

hombres hasta la protección brindada por el maizal, desde donde enviaría una pequeña patrulla para ocupar la batería desierta. Esos hombres llevarían picos y palas para que pareciera que estaban construyendo un nuevo parapeto de cara a los británicos, desafío con el que Lovell confiaba provocar una respuesta de Fort George. McLean enviaría hombres para hacer huir a la pequeña patrulla y entonces la emboscada caería sobre ellos. Mientras los británicos atacaban a los hombres que levantaban el parapeto, los hombres de McCobb saldrían en tromba del maizal y atacarían el flanco enemigo.

—Les dispararán una descarga cerrada —Lovell había dado ánimos a McCobb la noche anterior—, y después los rechazan a punta de bayoneta. ¡Balas y bayonetas! Eso servirá.

El general Lovell aparecía ahora entre la niebla del amanecer.

—¡Buenos días, coronel! —gritó de buen humor el general.

—Buenos días, señor —respondió McCobb.

—¡Buenos días, buenos días, buenos días! —gritó Lovell a los hombres allí reunidos. La mayoría de ellos no le hicieron ni caso. Uno o dos le devolvieron el saludo, aunque ninguno de ellos con entusiasmo—. ¿Están sus hombres de buen ánimo? —preguntó el general a McCobb.

—Preparados y con muchas ganas de empezar el día, señor —respondió McCobb, aunque en realidad sus hombres estaban mal equipados, mohínos y sin ganas de nada. Los días de acampada en los bosques los habían llenado de mugre y la lluvia había podrido el cuero de sus zapatos, aunque sus armas sí estaban bastante limpias. McCobb había pasado revista a las armas, comprobando los pedernales, sacando las bayonetas de sus fundas o pasando un dedo por el interior de los cañones para asegurarse de que no había residuos de pólvora pegados al metal—. Harán que nos sintamos orgullosos, señor —añadió McCobb.

—¡Esperemos que el enemigo cumpla su parte! —declaró Lovell. Miró hacia arriba—. ¿Se está aclarando la niebla?

—Un poco —respondió Wadsworth.

—Entonces deben marcharse, coronel —dijo Lovell—, pero ¿me permite decir primero una o dos palabras a sus hombres?

Lovell quería inspirarlos. Sabía que los ánimos estaban peligrosamente bajos, recibía informes diarios sobre hombres desertando de las filas o escondiéndose en los bosques para eludir sus responsabilidades, así que se plantó delante de los hombres de McCobb y les dijo que eran americanos, que sus hijos y los hijos de sus hijos querían oír hablar de sus proezas, que regresarían a sus hogares con las sienes ceñidas de laurel. Algunos hombres asentían mientras él hablaba, pero la mayoría escuchaba con rostro inexpresivo mientras Lovell avanzaba hacia el momento culminante que tan cuidadosamente había preparado.

—Hagamos que después las eras digan —declaró con la floritura de un orador— que allí permanecieron con ánimo, que lucharon, y que algunos cayeron luchando, ¡y

los demás regresaron victoriosos, firmes, invencibles!

Terminó abruptamente, como si esperase una aclamación, pero los hombres sólo lo miraban con miradas vacías, y Lovell, desconcertado, hizo un gesto para que McCobb se los llevara pendiente abajo. Wadsworth los vio pasar. Un hombre había atado las suelas de sus botas a la cubierta con cordel. Otro cojeaba. Unos pocos iban descalzos, otros tenían el cabello gris y otros más parecían absurdamente jóvenes. Deseó que a Lovell se le hubiera ocurrido pedir a Saltonstall una compañía de marines, pero en los últimos días el general y el comodoro apenas se hablaban. Se comunicaban mediante tensas cartas, pues el comodoro insistía en que los barcos no podrían ser atacados mientras el fuerte existiese, y el general estaba seguro de que el fuerte era inexpugnable en tanto que los barcos británicos estuviesen a flote.

—Creo que iban muy bien —le dijo Lovell a Wadsworth—, ¿no cree?

—¿Y su discurso, señor? Fue conmovedor.

—Sólo era un recordatorio de su responsabilidad y nuestro destino —dijo Lovell. Se quedó mirando a los últimos milicianos que desaparecían en la niebla—. Cuando el día se aclare —prosiguió—, ¿podría usted encargarse de eso de las nuevas baterías?

—Sí, señor —dijo Wadsworth sin entusiasmo.

Lovell quería que Wadsworth estableciese nuevos emplazamientos de artillería que pudiesen bombardear los barcos británicos. Esas nuevas baterías, insistía ahora Lovell, eran la clave de la victoria del ejército, pero Wadsworth le encontraba poco sentido a semejante idea. Levantar más baterías supondría que algunos cañones dejarían de hacer su trabajo primario de cañonear el fuerte y, además, los artilleros ya habían advertido a Lovell de que se estaban quedando cortos de munición. La de doce libras casi se había acabado por completo y los cañones de dieciocho libras contaban con menos de doscientos proyectiles entre todos. Se estaba culpando al coronel Revere de aquella escasez de pólvora y proyectiles, pero, para ser justos, todo el mundo había esperado que los británicos fuesen derrotados una semana después de la llegada de la flota, y ahora el ejército llevaba casi tres semanas acampado delante de Fort George. Incluso había carencia de cartuchos para mosquetes, porque la munición sobrante no había sido bien protegida de la lluvia. El general McLean, pensaba Wadsworth con amargura, nunca hubiera permitido que sus cartuchos se deteriorasen. El encuentro con el escocés le había producido cierta inquietud. Resultaba extraño sentir tanta afinidad con un enemigo y el sencillo alarde de confianza de McLean estaba royendo las esperanzas de Wadsworth.

Lovell ya había oído hablar de la falta de entusiasmo por boca de Wadsworth.

—Tenemos que librarnos nosotros mismos de esos barcos —dijo enérgico.

Los masteleros de los cuatro barcos británicos ya eran visibles por encima de la niebla, y Wadsworth miraba instintivamente hacia el sur, por donde temía ver llegar los refuerzos enemigos, pero la amplia perspectiva del mar que se tenía desde Penobscot estaba cubierta por la niebla.

—Si podemos establecer esas nuevas baterías —prosiguió Lovell, aún con el mismo tono con el que hablaría en un mitin electoral en vez de confiar en su asistente—, podemos hacer tanto daño al enemigo que el comodoro sentirá que es seguro entrar en el puerto.

De repente Wadsworth tuvo tentaciones de asesinarlo. La responsabilidad de la captura del fuerte no era de Saltonstall, sino de Lovell, y Lovell no estaba haciendo nada para cumplir su obligación.

La sensación de violencia le resultaba tan extraña a Peleg Wadsworth que, por un momento, no dijo nada.

—Señor —intervino por fin, dominando la necesidad de ser cortante—, los barcos son incapaces...

—¡Los barcos son la clave! —contradijo Lovell a Wadsworth, antes de que la objeción fuese siquiera enunciada—. ¿Cómo iba a hacer avanzar a mis hombres si hay barcos en uno de sus flancos? —Fácilmente, pensó Wadsworth, pero sabía que no llegaría a ninguna parte al decirlo—. Y si el comodoro no me libra de los barcos —prosiguió Lovell—, tendremos que ocuparnos nosotros mismos de este asunto. Más baterías, Wadsworth, más baterías —apuntó con un dedo a su ayudante—. Ésa es su tarea de hoy, general, construirme emplazamientos para cañones.

Wadsworth no dudaba que Lovell haría lo que fuera con tal de no asaltar el fuerte. Mordisquearía los bordes, pero nunca mordería el centro. El hombre mayor temía fracasar en la gran empresa, así que buscaba éxitos más pequeños, y al hacerlo se arriesgaba a la derrota si los refuerzos británicos llegaban antes de que apareciesen nuevas tropas americanas. Sin embargo, se podía convencer a Lovell de que fuera audaz, así que Wadsworth esperó a que la niebla se disipase y después bajó a la playa, donde descubrió al capitán de marines Carnes junto a dos enormes cajones. Los cañones del promontorio habían empezado a disparar y Wadsworth podía oír el sonido más lejano de los cañones británicos respondiendo al fuego.

—Munición de doce libras —Carnes recibió a Wadsworth con alegría, mientras señalaba los dos cajones—, cortesía de la *Warren*.

—Lo necesitamos —dijo Wadsworth—, gracias.

Carnes indicó con la cabeza su barca varada.

—Mis muchachos están llevando a las baterías las primeras cajas, y yo estoy vigilando las demás para asegurarme de que ningún corsario granuja las roba. —Dio un puntapié a los guijarros—. Oí que sus milicianos planean sorprender al enemigo.

—Espero que no se lo haya oído el enemigo —dijo Wadsworth.

—El enemigo probablemente se conforma con no hacer nada —bromeó Carnes—, mientras nosotros golpeteamos con los dedos.

—Hacemos más que eso —dijo Wadsworth, molesto por la crítica indirecta, con la que, si era honesto, tendría que estar de acuerdo.

—Deberíamos estar atacando el fuerte —se limitó a decir Carnes.

—Deberíamos, sí.

Carnes le lanzó al general una mirada maliciosa.

—¿Y cree usted que la milicia puede hacerlo, señor?

—Si se les dice que el camino más rápido para volver a casa es a través del fuerte, sí. Pero me gustaría que unos marines se pusieran al frente de la acción.

Carnes sonrió al oírlo.

—Y a mí me gustaría que su artillería concentrara su fuego.

Wadsworth se acordó de su examen de cerca a la empalizada oeste de Fort George y supo que el marine tenía razón. Lo que era aún peor, Carnes había sido oficial de artillería del Ejército Continental, así que sabía de qué estaba hablando.

—¿Ha hablado de esto con el coronel Revere? —preguntó.

—No se puede hablar con el coronel Revere, señor —respondió Carnes con amargura.

—Quizá deberíamos hablar los dos con él —dijo Wadsworth, pese a lo mucho que temía semejante conversación. El teniente coronel Revere reaccionaba a las críticas con beligerancia, aunque si había que emplear la munición restante con prudencia, entonces los cañones tendrían que ser apuntados con destreza. Wadsworth sintió una punzada de culpa por su participación en el nombramiento de Revere para la expedición, pero después reprimió sus atribulados pensamientos. Ya había demasiada culpa repartida por toda la expedición. El ejército culpaba a la marina, la marina hacía burla del ejército y casi todo el mundo estaba quejándose de la artillería.

—Podemos hablar con él —convino Carnes—, pero, con el debido respeto, señor, haría usted mejor en reemplazarlo.

—Seguramente no —dijo Wadsworth, tratando de desviar la condescendencia que sabía que estaba llegando.

—Vigila los disparos a cien pasos de sus cañones —explicó Carnes—, y considera que un disparo es bueno si consigue golpear el fuerte. ¡No le he visto corregir la puntería ni una sola vez! Le dije que tendría que estar machacando el mismo tramo de empalizada con todos los malditos cánones que tiene, pero él sólo me dijo que dejara de ser impertinente.

—Puede ser quisquilloso —dijo Wadsworth comprensivo.

—No tiene esperanza —replicó Carnes con crudeza.

—Lo dudo. —Wadsworth se mantenía leal—. Detesta a los británicos.

—Entonces debería saber bien cómo matarlos —dijo Carnes vengativo—, pero he oído que vota a favor de abandonar el asedio en sus consejos de guerra.

—También lo hace su hermano —dijo Wadsworth con una sonrisa.

Carnes sonrió de oreja a oreja.

—¡John se arriesga a perder su barco, general! No está haciendo ningún dinero anclado en este río. Quiere hacerse a la mar con el *Hector* para no perder ni un carguero británico. ¿Qué pierde el coronel Revere quedándose? —No se quedó a esperar una respuesta, sino que hizo un gesto hacia el fondeadero donde la gabarra pintada de blanco de Castle Island acababa de apartarse del *Samuel*—. Y hablando

del rey de Roma —dijo en tono severo. El teniente coronel Revere tendría que haber obedecido la orden de dormir en tierra, pero aún seguía visitando el *Samuel* dos o tres veces al día y ahora, evidentemente, los remeros lo llevaban a tierra después de una de esas visitas—. Va al *Samuel* a desayunar —dijo Carnes.

Wadsworth permaneció en silencio.

—Después otra vez para comer —continuó Carnes, despiadado.

Wadsworth seguía sin decir nada.

—Y normalmente también a cenar —concluyó Carnes.

—Necesito una barca —dijo Wadsworth con brusquedad, intentando librarse de más críticas—, y estoy seguro de que el coronel aceptará.

Solía haber media docena de barcas en la playa, con sus tripulantes adormilados por encima de la línea de mareas, pero ahora en la playa sólo estaba la que había traído a Carnes y la munición, y sus remeros estaban llevando esa munición a lo alto del cantil, así que Wadsworth caminó hacia el lugar donde la gabarra de Revere tocaría tierra.

—¡Buenos días, coronel! —gritó mientras Revere se acercaba—. ¡Ya tiene usted munición de doce libras fresca!

—¿McCobb se ha ido? —Fue la respuesta de Revere.

—Se ha marchado, sí, hace una hora y media.

—Deberíamos haber enviado un cuatro libras con él —dijo Revere.

Su gabarra varó en los guijarros y él se puso de pie sobre los bancos de los remeros.

—Ya es demasiado tarde, me temo —dijo Wadsworth, y estiró un brazo para ayudar a Revere mientras éste saltaba por encima de las cuadernas de la gabarra. Revere ignoró el gesto—. ¿Ahora va a quedarse en tierra un rato? —preguntó Wadsworth.

—Por supuesto —respondió Revere—, tengo trabajo aquí.

—Entonces, ¿sería usted tan amable de permitirme usar su barca? Necesito visitar Cross Island.

Revere se ofendió con la pregunta.

—¡Esta gabarra es para artillería! —exclamó con indignación—. No puede ser usada por otras personas.

Wadsworth apenas podía creer lo que oía.

—¿No puede permitir que se use una hora o poco más?

—Ni un minuto —contestó como un navajazo Revere—. Que tenga usted un buen día.

Wadsworth vio cómo se alejaba el coronel.

—¡Si esta guerra continúa otros veinte años —dijo, expresando por fin su amargura—, no serviré un día más con ese hombre!

—Mi tripulación volverá enseguida —dijo el capitán Carnes. Estaba sonriendo, pues había oído el comentario de Wadsworth—. Puede usar mi barca. ¿Adónde

vamos?

—Al canal que hay al sur de Cross Island.

Los marines de Carnes llevaron a Wadsworth y al capitán hacia el sur, al canal de detrás de Cross Island. Aquella isla formaba parte de una sarta de rocas e isletas que rodeaban una ensenada al sur del puerto de Majabigwaduce. Un estrecho istmo separaba la ensenada del puerto, y Wadsworth desembarcó en su franja de playa pedregosa, donde desplegó el tosco mapa que le había dibujado James Fletcher. Pasó el dedo sobre las plácidas aguas del puerto interior de Majabigwaduce hasta llegar a la orilla este, densamente arbolada.

—Un hombre llamado Haney cultiva esas tierras —le explicó a Carnes—, y el general Lovell quiere una batería allí.

Una batería en las tierras de Haney dispararía contra los barcos británicos desde el este. Wadsworth subió a uno de los escarpados montículos que salpicaban el istmo y, una vez arriba, usó el poderoso catalejo del capitán Carnes para observar al enemigo. La embarcación más cercana era el transporte *Saint Helena*, que en comparación hacía que las balandras pareciesen enanas, si bien aquellos tres barcos, aun siendo más pequeños, estaban más poderosamente armados. Las troneras que apuntaban al este estaban cerradas, pero Wadsworth supuso que no había cañones ocultos tras aquellos tablonces de madera. Los rebeldes habían visto a marineros británicos llevando cañones a tierra, y el veredicto había sido que el capitán Mowat había ofrecido las armas de babor de sus barcos para la defensa del fuerte. Si Wadsworth necesitaba cualquier confirmación de esa sospecha, la consiguió al ver que las balandras estaban un poco inclinadas hacia estribor. Le prestó el catalejo a Carnes y le pidió que examinara las naves.

—Tiene razón, señor —dijo el marine—, están escoradas.

—¿Puede ser que sólo haya cañones en un lado?

—Eso explicaría la escora.

Así que unos cañones emplazados en las tierras de Haney no tendrían oposición, al menos hasta que Mowat se las arreglase para mover armas desde los costados que daban al oeste. Con unos cañones en las tierras de Haney, los rebeldes estarían a menos de un kilómetro de las balandras; distancia a la que un dieciocho libras podía ser letal.

—Pero ¿cómo llevamos hombres y cañones hasta allí? —se preguntó Wadsworth en voz alta.

—Por el mismo camino por el que vinimos —dijo Carnes—. Cruzamos las barcas a pie por esta franja de tierra y volvemos a botarlas al otro lado.

Wadsworth sintió un enfado sordo ante el puro derroche del esfuerzo. Serían necesarios cien hombres y dos días para levantar una batería en tierras de Haney y, después, ¿qué? Incluso si los barcos británicos eran hundidos o tomados, ¿acaso eso facilitaría en algo la captura del fuerte? Lo cierto era que entonces los barcos americanos podrían entrar con seguridad en el puerto y sus cañones podrían disparar

hacia el fuerte desde abajo, pero ¿qué daño podrían hacer desde sus costados a una empalizada que estaba tan por encima de ellos?

Wadsworth dirigió el catalejo hacia Fort George. Al principio orientó mal las lentes y se sorprendió de que el fuerte pareciese tan pequeño, pero entonces apartó el ojo del catalejo y vio que estaban construyendo un nuevo fuerte; lo que miraba era esa segunda construcción. El nuevo fuerte, mucho más pequeño que Fort George, se levantaba en la cresta hacia el este del mayor. Volvió a apuntar con el catalejo y vio a oficiales con el uniforme azul de marina, mientras que los hombres que cavaban no llevaban ningún tipo de uniforme.

—Marineros —anunció en voz alta.

—¿Marineros?

—Están construyendo un nuevo reducto. ¿Por qué?

—Están construyendo un refugio —dijo Carnes.

—¿Un refugio?

—Si sus barcos son derrotados, las tripulaciones irán a tierra. Es ahí a donde irán.

—¿Y por qué no ir al fuerte principal?

—Porque McLean quiere tener un hornabeque —dijo Carnes—. Mire el fuerte, señor.

Wadsworth orientó el catalejo hacia el oeste. Árboles y casas se deslizaron borrosas por la lente, y entonces detuvo el catalejo para examinar Fort George.

—Bendito sea —dijo.

Estaba mirando la empalizada este del fuerte, que quedaba oculta a cualquiera que estuviese en el promontorio del oeste. Y esa cortina de la empalizada estaba aún sin acabar. Todavía era baja. Wadsworth no vio ningún cañón por allí, sólo un montículo superficial de tierra que, según supuso, tendría delante un foso, pero lo importante, lo que hizo que sus esperanzas aumentaran y su corazón se desbocase, era que la empalizada era lo bastante baja como para poder ser superada con facilidad. Bajó la lente para examinar el pueblo, con sus campos de maíz, sus arriates, sus establos y sus huertas. Si pudiera llegar a esa parte baja, podría ocultar a sus hombres de los barcos y del fuerte. Podrían reunirse sin ser vistos y después atacar aquella débil empalizada. La insolente bandera que ondeaba sobre el fuerte aún podía ser arriada.

—McLean sabe que es vulnerable desde el este —dijo Carnes—, y ese nuevo reducto le protege. Pondrá un cañón allí.

—O lo hará cuando esté terminado —dijo Wadsworth, y estaba claro que al nuevo reducto le faltaba tiempo para estar concluido. «Deberíamos atacar por el este», pensó, porque era donde los británicos eran débiles.

Wadsworth orientó el catalejo hacia la Cabeza de Dyce, pero los barcos británicos obstaculizaban su campo de visión y no pudo ver nada de la emboscada, si es que por fin se había puesto en marcha. No se veía humo de pólvora en el cielo sobre la batería abandonada. Wadsworth movió el catalejo otra vez hacia la derecha para examinar la parte este de la península de Majabigwaduce. Estaba mirando hacia el terreno al norte

de la península. Estuvo mirando un buen rato, y después le devolvió la lente a Carnes.

—Mire allí —señaló—. Hay un prado en la ribera. Se puede ver una casa justo por encima. Es la única casa que veo por allí.

Carnes ajustó la lente.

—Ya la veo.

—La casa pertenece a un hombre llamado Westcot. El general Lovell quiere otra batería allí arriba, pero ¿cree que sus cañones alcanzarán los barcos británicos?

—Los de dieciocho libras sí —dijo Carnes—, pero es demasiado lejos para los más pequeños. Unos dos kilómetros y medio, así que necesitarán los de dieciocho libras.

—El general Lovell insiste en que los barcos deben ser destruidos —explicó Wadsworth—, y la única manera en que podemos hacerlo es hundiéndolos a cañonazos.

—O entrando con nuestros barcos —dijo Carnes.

—¿Cree que eso ocurrirá?

Carnes sonrió.

—El comodoro está tan por encima de mí, señor, que nunca he oído una palabra de lo que él dice. Pero si debilitan ustedes los barcos británicos, creo que al final entrará en el puerto. —Movi6 el catalejo para inspeccionar las balandras—. Esa balandra que está más cerca de la orilla no ha dejado de bombear agua de su sentina desde el día que llegamos. Ésa se hundirá en un periquete.

—Entonces construiremos las baterías —dijo Wadsworth—, y espero que podamos acribillarlas a cañonazos.

—El general Lovell tiene razón en una cosa, señor —observó Carnes—. Necesitan librarse de los barcos.

—Pero los barcos se rendirán si capturamos el fuerte —dijo Wadsworth.

—Lo harán, sin duda —replicó Carnes—, pero si llega una flota británica de refresco, señor, querremos que todos nuestros barcos estén en el puerto.

Las tornas entonces volverían a cambiar y serían los británicos los que tendrían que avanzar bajo fuego de artillería para atacar el puerto, pero sólo si el puerto perteneciese a los rebeldes, y la única manera de que los americanos pudiesen capturar el puerto era arrasando el fuerte.

Era todo así de simple, pensó Wadsworth, muy simple, y aun así Lovell y el comodoro lo estaban complicando todo.

Wadsworth y Carnes volvieron a la playa del cantil de Majabigwaduce. Mientras la barca se abría paso entre los buques de guerra fondeados, Wadsworth miraba hacia el sur, al mar abierto; sería del sur de donde llegarían los refuerzos, ya fueran británicos o americanos.

Y el río estaba vacío.

*

—Yo creo... —McLean estaba mirando hacia el sur con un catalejo—, creo que es mi amigo, el brigadier Wadsworth. —Estaba mirando a dos hombres, uno con casaca verde, que estaban en la orilla al sur del puerto—. Dudo mucho que estén tomando el aire. ¿Cree usted que están planteándose construir nuevas baterías?

—Sería algo sensato por su parte, señor —contestó el teniente Moore.

—Seguro que Mowat los ha visto, pero se lo haré saber. —McLean bajó el catalejo y se volvió hacia el oeste—. Si esos tunantes se atreven a construir una batería a la orilla del puerto, les haremos bailar de lo lindo. ¿Qué están haciendo esos granujas? —Dirigió el catalejo hacia la abandonada batería de la Media Luna, donde una veintena de rebeldes parecían estar cavando un foso. Resultaba difícil verlo, porque la casa, el establo y el maizal de Jacob Dyce ocultaban parte de la vista.

—¿Puedo, señor? —preguntó Moore, estirando una mano hacia el catalejo.

—Por supuesto. Sus ojos son más jóvenes que los míos.

Moore miró a los hombres.

—No es que se estén esforzando mucho, señor —dijo, después de observarlos un rato. Seis hombres estaban cavando y los otros remoloneaban entre los escombros de la batería.

—Pero ¿qué están haciendo?

—¿Preparando la batería para defenderla, señor?

—Pero si quieren hacer eso —preguntó McLean—, ¿por qué no enviar a un centenar de hombres? ¡O doscientos! ¡O trescientos! Levantarían un muro enseguida. ¿Por qué enviar tan pocos hombres?

Moore no contestó porque no sabía qué responder. McLean volvió a coger el catalejo y usó el hombro del teniente como punto de apoyo. Echó un rápido vistazo a la indolente partida de fajina, y después subió el catalejo para mirar hacia los árboles de la Cabeza de Dyce.

—Ah —dijo después de un rato.

—¿Ah, señor?

—Hay un grupo de hombres en el promontorio. No suelen estar ahí. Vigilan y esperan. —Plegó los tubos del catalejo—. Creo, teniente, que el enemigo nos ha tendido una trampa.

Moore sonrió.

—¿De verdad, señor?

—¿Qué están mirando esos tipos? ¡No es posible que estén ahí mirando cómo cavan una zanja! —McLean frunció el ceño cuando miró hacia el oeste. Una bala de cañón rebelde pasó volando por encima de sus cabezas. El ruido del cañoneo era ya tan habitual que apenas se dio cuenta de ello, pero prestó cuidadosa atención al efecto que producía el fuego rebelde, aunque su mayor parte resultaba inofensivo y a McLean le hacía gracia que al capitán Fielding le ofendiera tanto. Como hombre de artillería, el capitán inglés esperaba más de los artilleros enemigos, aunque McLean estaba encantado de que los artilleros rebeldes fuesen tan derrochadores. Si hubiesen

empleado un minuto más nivelando cada cañón, a estas alturas habrían podido demoler la mayor parte de la empalizada oeste de Fort George, pero al parecer se contentaban con disparar a ciegas. Entonces, ¿qué estaban haciendo aquellos hombres en la Cabeza de Dyce? No hacían más que mirar hacia el fuerte, pero ¿qué pretendían ver? ¿Y por qué había tan pocos hombres en la batería de la Media Luna?—. Están ahí para hacernos salir —decidió McLean.

—¿Los zapadores?

—Quieren que les atacemos —dijo McLean—, pero ¿para qué querrían hacer eso?

—¿Porque tienen más hombres por allí?

McLean asintió. Consideraba que la mitad del arte de la guerra consistía en leer la mente del enemigo, una habilidad que ahora estaba bien arraigada en el escocés. Había luchado en Flandes y en Portugal, se había pasado toda una vida estudiando a sus enemigos y aprendiendo a traducir hasta sus más pequeños movimientos, y para convertir lo que veía en el conocimiento de que muy a menudo aquellos movimientos estaban calculados para engañar. Al principio, cuando habían llegado los rebeldes, McLean se había sentido confundido por aquellos enemigos. Habían estado muy cerca de capturar el fuerte, después habían decidido mantener un asedio en vez de lanzar un ataque, y a él le había intrigado el razonamiento que ocultaba aquella táctica, pero ahora estaba casi seguro de que no existía tal razonamiento en absoluto. Su enemigo sólo era precavido, y la mejor manera para mantenerlo precavido era dañarlo.

—Hemos sido invitados a bailar una melodía rebelde, teniente.

—¿Y declinamos ese honor, señor?

—¡Oh, por Dios, no, no! ¡En absoluto! —exclamó McLean, que se estaba divirtiendo—. En algún lugar ahí abajo hay una fuerza enemiga mucho mayor. ¡Creo que tendremos baile con ellos!

—Si lo hacemos, señor, puede que...

—¿Quiere usted bailar? —interrumpió McLean a Moore—. Por supuesto, teniente. —Había llegado el momento de soltar la correa de Moore, decidió el general.

El joven aún se echaba la culpa, y con razón, de su valiente estupidez el día que los rebeldes habían capturado el promontorio, pero era el momento de ofrecer a Moore su redención por aquel error.

—Irá usted con el capitán Caffrae —dijo McLean—, y bailará usted.

*

El comodoro Saltonstall se responsabilizaría de la construcción de una batería en tierras de Haney si el general Lovell estaba preparado para enviar un par de cañones de dieciocho libras al nuevo emplazamiento. Saltonstall no se comunicó directamente

con Lovell, sino que envió con la oferta a Hoysteed Hacker, capitán de la *Providente*. En respuesta al comodoro, se llevó el consentimiento de Lovell, y así aquella misma tarde ocho chalupas dejaron atrás los buques de guerra anclados y bogaron hacia el sur de Cross Island para varar en el angosto istmo. Las barcas llevaban una tripulación de unos cien marineros equipados con picos y palas, que transportaron, junto con los botes, a través del estrecho paso de tierra. Después volvieron a botar las chalupas y cruzaron remando el lado este del puerto de Majabigwaduce. Los guiaba el comodoro Saltonstall, que quería ocuparse de la ubicación de la batería en persona.

Descubrió el sitio perfecto para la batería, un cabo bajo que apuntaba con un dedo directamente a las naves británicas y con espacio suficiente para que dos cañones descargaran su fuego contra las balandras enemigas.

—Caven aquí —ordenó.

Levantaría un muro defensivo en torno al cabo. Sabía que al final Mowat movería los cañones por las cubiertas de las balandras para devolver el fuego, así que el muro tenía que ser lo bastante alto y robusto como para proteger a los artilleros.

Era evidente que Mowat estaba ocupado, porque Saltonstall podía ver barcas moviéndose constantemente entre las balandras y la orilla. Estaban construyendo un nuevo fortín al este de Fort George y Saltonstall sospechaba que estaba allí para añadir capacidad de disparo a las defensas del puerto.

—Si metemos nuestros barcos aquí —le dijo a su teniente primero—, nos hundirán a cañonazos.

—Lo harán, señor —convino el leal teniente Fenwick.

Saltonstall señaló el nuevo reducto que estaban construyendo los británicos.

—Están colocando más cañones allí arriba. No pueden esperar a tener nuestros barcos bajo sus cañones. Es una trampa mortal.

—A menos que Lovell capture el fuerte, señor.

—¿Que capture el fuerte? —dijo Saltonstall en tono mordaz—. Ése no sería capaz de capturar ni unas gotas de meado con un orinal. Ese tipo es un maldito granjero.

—¿Qué están haciendo? —Fenwick apuntaba a las balandras británicas de las que cuatro chalupas, cada una de ellas llena de marines reales de casaca roja, remaban al noreste hacia el río Majabigwaduce.

—No vienen hacia aquí —dijo Saltonstall.

—¿Destacaremos infantería de marina aquí, señor? —preguntó Fenwick.

—Tenemos que hacerlo.

La nueva batería estaba aislada y si los británicos tenían intención de atacar, lo harían con facilidad. Sin embargo, los cañones no tendrían que estar allí mucho tiempo. Siempre que el fuego rebelde se había intensificado, los barcos rebeldes habían cambiado su posición y Saltonstall estaba convencido de que una batería allí, en las tierras de Haney, y otra al norte harían que Mowat cambiara su presente posición. O bien el escocés se llevaría sus balandras hacia el norte por el estrecho paso del río Majabigwaduce, o bien buscarían refugio en los tramos más meridionales

del puerto, pero desde cualquiera de estos dos lugares sería incapaz de apoyar al fuerte con su artillería y, una vez que las balandras hubiesen sido alejadas, Saltonstall podría plantearse meter sus barcos en el puerto y emplear sus cañones para bombardear el fuerte de la cresta. Pero sólo si Lovell atacaba al mismo tiempo. Observó a los marines reales mientras remaban con firmeza río Majabigwaduce arriba. ¿Irían quizás a buscar comida?, se preguntó. Las barcas desaparecieron tras un remoto punto en tierra.

Los marineros estaban pasando un mal rato porque el suelo era muy fino. El comodoro, que se sentía inquieto y aburrido por el tedioso trabajo, dejó al teniente Fenwick la supervisión de los zapadores mientras subía por un sendero hacia una granja. También la granja era miserable, poco más que una cabaña de troncos cubierta de líquenes con una chimenea de piedra sin cantar, un establo desvencijado, unos campos de maíz y un pasto pedregoso con dos vacas escuálidas, todo ello arrancado al bosque. La pila de troncos era mayor que la casa y el montón de estiércol aún mayor. De la chimenea salía humo, indicando que había alguien en casa, pero a Saltonstall no le apetecía enredarse en una conversación con ningún mugriento paisano, así que evitó la casa, prefiriendo caminar por el margen del pasto y subir hacia la cima de la colina que había al este de la casa, desde donde pensaba que tendría una buena vista del nuevo fuerte del enemigo.

Sabía que Solomon Lovell estaba echándole la culpa por no atacar los barcos británicos, y Saltonstall despreciaba a Lovell por eso. Aquel hombre era un granjero de Massachusetts, no un soldado, no tenía idea ninguna de asuntos navales. A Solomon Lovell todo le parecía demasiado fácil. Los barcos americanos podían cruzar con audacia la entrada del puerto y usar los cañones de sus bordas para destruir los barcos enemigos, pero Saltonstall sabía lo que ocurriría si intentaba llevar a cabo esa maniobra. El viento y la marea arrastrarían lentamente a la *Warren*, y sus cuadernas estarían expuestas a todos los cañones de Mowat, y la artillería del fuerte descargaría con fuerza sobre su casco; para cuando cambiara las velas para que el viento moviera su propia borda para hacerles frente, los imbornales estarían chorreando sangre. Entonces, eso era cierto, podría someter a cañonazos una de las balandras, y los barcos rebeldes más grandes estarían allí para ayudar, pero aunque todos los barcos británicos fuesen capturados, el fuerte aún seguiría bombardeando desde las alturas. Y con balas al rojo. McLean no era un estúpido, y a estas alturas seguramente ya habría construido un horno para calentar las balas al rojo, y esos proyectiles, incrustados en el maderamen de una fragata, podían provocar un incendio que alcanzara su santabárbara y entonces la *Warren* explotaría, diseminando su preciosa madera por todo el puerto.

Así que Saltonstall no tenía en mente atacar, no a menos que el fuerte estuviera distraído con un asalto por tierra al mismo tiempo, y el general Lovell no parecía mostrar apetito para una operación semejante. No era algo extraño, pensó el comodoro, porque en su opinión la milicia de Lovell era poco más que gentuza

armada. Quizá si llegaran auténticos soldados, el asalto sería posible, pero hasta que no ocurriera un milagro así, Saltonstall mantendría su preciosa flota bien lejos del alcance de los cañones enemigos. En ese momento el comodoro había alcanzado la cima de la baja colina, donde sacó un catalejo del bolsillo de su faldón. Quería contar los cañones de Fort George y buscar la delatora refracción del calor proveniente de un horno para balas.

Apoyó el catalejo contra un abeto. Tardó un momento en enfocar con las lentes, pero después vio a unos casacas rojas que abandonaban el fuerte y bajaban en desorden hacia el pueblo. Movi6 el catalejo hacia arriba para enfocar el fuerte. Las lentes eran potentes y le ofrecieron a Saltonstall una vista en primer plano de un cañ6n disparando. Vio la cureña saltar y después recular, vio la erupci6n de humo y vio c6mo los artilleros que estaban cerca del arma la preparaban para la siguiente descarga. Esper6 a que el sonido le alcanzara.

Y en vez de eso oy6 ruido de mosquetería.

*

Los hombres del capitán Caffrae no habían salido juntos del fuerte. En vez de eso, habían bajado al pueblo en avanzadillas para que ningún rebelde que los observase desde las alturas del oeste pudiera advertir que la compańía se estaba desplegando.

Caffrae los congreg6 junto a la casa de Perkins, donde la reci6n nacida Temperance estaba llorando. Pas6 revista a las armas, orden6 a los dos tamborileros y a los tres pífanos que mantuvieran sus instrumentos en silencio, y después condujo la compańía hacia el oeste. Se mantuvieron en aquellos caminos ocultos para el promontorio y así llegaron a la casa de Aaron Banks, donde un enorme establo les ofrecía refugio.

—Entre con un piquete en el maizal —orden6 Caffrae al teniente Moore—, ¡y no quiero heroísmos, seńor Moore!

—Estamos aquÍ s6lo para vigilar —dijo John Moore.

—Para vigilar —confirm6 Caffrae—, y para rezar si quiere, pero no con los ojos cerrados.

Moore se llev6 seis hombres. Dejaron atrás el establo y atravesaron un pequeńo plantío de nabos junto a la casa. Las dos preciosas hijas de Aaron Banks, Olive y Esther, miraban con los ojos muy abiertos desde una ventana y Moore, al verlas, se llev6 un dedo a los labios. Olive sonri6 y Esther asinti6.

El piquete se escondi6 entre el maíz.

—Nada de fumar —indic6 Moore a sus hombres, porque no quería que las deladoras volutas del humo de pipa revelaran su presencia. Los hombres se agacharon y avanzaron, haciendo todo lo que podían para no mover los altos tallos. Cuando llegaron a la linde oeste del campo, se detuvieron. Su trabajo era observar cualquier movimiento rebelde que pudiera amenazar a los hombres de Caffrae, aunque por

ahora los rebeldes no daban señales de actividad. Moore podía ver claramente a los dieciséis milicianos de la batería de la Media Luna. Cualquier entusiasmo que hubiesen mostrado al cavar las trincheras se había disipado ya, y ahora el grupo estaba sentado dentro de los viejos parapetos. Un par de ellos dormían como troncos.

A la izquierda de Moore estaba la casa de Jacob Dyce, mientras que a su derecha, a unos cien pasos cuesta arriba, estaba el maizal del holandés. Frente a él la larga pendiente subía hacia el lejano cantil. Había hombres en la parte más alta, esperando, era evidente, para no perderse cualquier drama que pudiera producirse en la batería. Los cañones rebeldes estaban escondidos entre los árboles, más allá de la línea de horizonte, pero su estruendo enmudecía la tarde y su humareda blanqueaba el cielo.

Después de un rato, Jacob Dyce salió de su casa. Era un rechoncho hombre de mediana edad con barba de profeta. Trabajaba despacio, acercándose poco a poco al campo de maíz de su vecino.

—Los canallas están en mi maíz —dijo de repente, sin levantar la vista de su tarea. Se agachó para arrancar unos hierbajos—. Muchos canallas allí escondidos. ¿Me oye? —Aún no había mirado hacia Moore y sus hombres.

—Le oigo —dijo Moore en voz baja—, ¿cuántos?

—Un montón —respondió el holandés. Dio unos golpes salvajes con el filo de su azada—. ¡Un montón! ¡Son *de duivelsgebroid*! —Lanzó una rápida mirada hacia donde Moore estaba escondido—. ¡*De duivelsgebroid*! —dijo otra vez, y después se fue sin prisa ninguna hacia su casa.

Moore envió al cabo MacRae, un hombre de confianza, a informar a Caffrae de que la estirpe del diablo estaba escondida colina arriba. Moore observó cuidadoso el campo de maíz del holandés y creyó ver que los tallos se movían, pero no podía estar seguro. El propio Caffrae llegó junto a Moore y estudió el sembrado.

—Esos cabrones quieren atacarnos por el flanco —gruñó.

—Si avanzamos —dijo Moore.

—Oh, pero debemos avanzar —replicó Caffrae con gesto astuto—, ¿por qué íbamos a estar aquí si no?

—Podría haber trescientos hombres ahí escondidos —advirtió Moore.

—Probablemente no haya más de un centenar de tipos que necesitan una buena tunda.

Ésa era la táctica del brigadier McLean. Dondequiera que los rebeldes intentaran una maniobra, había que golpearlos con fuerza para que su moral decayera aún más. McLean sabía que la mayoría de sus oponentes eran milicianos y había remarcado ese hecho a sus oficiales.

«Ustedes son profesionales, son soldados —decía a menudo—, y ellos no. ¡Consigan que se asusten de ustedes! Considérenlos partisanos». En Gran Bretaña llamaban partisanos a los soldados civiles, aficionados entusiastas que, según lo veía McLean, simplemente jugaban a ser soldados.

—Quizá los marines estén con ellos —advirtió ahora Moore.

—Pues los machacaremos también —dijo Caffrae confiado—, o, mejor aún, lo hará usted.

—¿Lo haré yo?

—Yo traeré a la compañía y usted la dirigirá. Avance sobre la batería, pero vigilando su flanco derecho. Si están ahí, van a cargar contra ustedes, así que gire cuando ellos estén a punto, dispáreles una descarga y contraataque.

El corazón de Moore dio un vuelco. Sabía que McLean le habría sugerido a Caffrae que le permitiera comandar la compañía, y sabía también que ésta era su oportunidad de redimirse. Si lo hacía bien, le serían perdonadas sus faltas del día que los rebeldes habían desembarcado.

—Hagámoslo con mucho ruido —propuso Caffrae—, con tambores y alaridos. Que se enteren de quiénes son los gallos en este montón de estiércol.

¿Acaso podía algo salir mal? Moore supuso que sería un desastre si el enemigo estuviera formado por un par de cientos de hombres, pero lo que McLean estaba buscando eran pruebas del sentido común de Moore. Su trabajo era aplastar al enemigo, no ganar la guerra.

—Tambores y alaridos —dijo.

—Y bayonetas —añadió Caffrae con una sonrisa—. Y disfrute usted, teniente. Yo le traeré los perros y usted levante la presa.

Era hora de bailar.

*

Los mosquetes habían sonado cerca, tan cerca que Saltonstall se sobresaltó sin querer. Casi se le cayó el catalejo. Al pie de la colina, entre él y las aguas del puerto, había casacas rojas; corrían en orden abierto. Era evidente que habían disparado una descarga, porque había humo detrás de ellos. No se habían detenido a recargar, pero ahora avanzaban en la misma dirección en que habían disparado para cargar con sus bayonetas, y Saltonstall comprendió que aquellos hombres tenían que ser los marines reales que había visto desaparecer río Majabigwaduce arriba. Entonces pensó que debían de estar buscando comida más al norte, pero en vez de eso habían desembarcado en la ribera este del río para después abrirse camino a través de los bosques hacia el sur, y ahora estaban cargando contra los hombres que habían estado levantando la batería en las tierras de Haney. Estaban enardecidos. La luz del sol se reflejaba en sus largas bayonetas. Saltonstall vislumbró a sus hombres corriendo hacia el sur; después el más próximo de los marines británicos vio al comodoro en lo alto de la colina y media docena de ellos se volvieron hacia él. Un mosquete disparó y la bala golpeó entre las hojas.

Saltonstall salió corriendo. Corrió hacia el este bajando la colina, saltando las partes más empinadas, tropezando con arbustos, avanzando tan deprisa como podía; un sobresaltado ciervo de cola blanca saltó delante de él, asustado por los gritos y los

disparos; Saltonstall atravesó un arroyo a trompicones, atajó hacia el sur y siguió corriendo hasta que encontró una zona de maleza espesa. Notaba una punzada en su costado izquierdo, estaba jadeando, y se metió encogido entre el oscuro follaje e intentó calmarse.

Sus perseguidores estaban en silencio. O quizás hubiesen abandonado la caza. Sonaron más mosquetes, sus claros estallidos eran un ruido inconfundible, pero ahora parecían haberse alejado, como un perverso contrapunto al ritmo grave de los grandes cañones más allá del puerto.

Saltonstall no se atrevió a moverse hasta que la luz se extinguió. Después, cruzando una nube de mosquitos, se abrió camino hacia el oeste con precaución. Avanzó muy despacio, siempre alerta al enemigo, aunque cuando llegó a la orilla del puerto vio que todos los casacas rojas se habían marchado.

Y también se habían ido sus chalupas. Podía verlas. Todas habían sido capturadas y llevadas a las embarcaciones enemigas. Los británicos ni siquiera se habían molestado en destruir los nuevos terraplenes de la batería que los hombres de Saltonstall habían levantado. Sabían que podrían recapturarla cuando quisieran, y dejar intacto el parapeto era una invitación a los rebeldes para que volvieran y de nuevo fueran perseguidos.

Ahora Saltonstall estaba aislado. El puerto lleno de enemigos estaba entre él y su flota, y no vendría nadie a rescatarlo. No le quedaba otra opción que caminar. Recordaba el mapa de su camarote a bordo de la *Warren* y sabía que, si seguía la ribera del puerto, al final regresaría al río Penobscot. ¿Nueve kilómetros? Quizá diez, y la luz casi había desaparecido por completo; los mosquitos se estaban dando un festín y el comodoro no estaba contento.

Empezó a caminar.

*

Hacia el norte, más allá del paso, Peleg Wadsworth había encontrado unos pastos elevados en la granja de Westcot. No necesitaría construir ningún parapeto para defender la elevación, porque estaba bordeada por una abrupta pendiente que era defensa suficiente. Cincuenta milicianos, aguijoneados y dirigidos por el capitán de infantería de marina Carnes, habían cargado uno de los cañones de dieciocho libras del coronel Revere a bordo de una chalupa, que después habían llevado hacia el norte a golpe de remo. El cañón fue desembarcado y después lo arrastraron más de un kilómetro a través de bosques hasta llegar a la granja. Hubo unos momentos de inquietud cuando, poco después de que Wadsworth y Carnes descubrieran el sitio, cuatro barcas llenas de marines británicos habían bogado río Majabigwaduce arriba y Wadsworth temió que desembarcaran cerca, pero en vez de hacerlo, se habían movido hacia la otra orilla del río, donde no suponían amenaza ninguna para el gran cañón, que por fin llegó a rastras hasta el campo de pasto. Los milicianos habían

llevado treinta descargas para el arma, que Carnes ordenó mientras la luz se iba apagando.

—El cañón está frío —dijo a los artilleros—, así que disparará un poco bajo.

A los inexpertos ojos de Wadsworth, la distancia parecía excesiva. Enfrente tenía una extensión de aguas poco profundas y más allá, las bajas tierras pantanosas de una punta de la península de Majabigwaduce. Apuntaron el cañón por encima de esa punta de tierra hacia los barcos británicos, apenas visibles en el puerto. Carnes estaba situado en el centro, en la *Albany*, aunque Wadsworth dudaba de que pudiera estar tan seguro de alcanzar algún barco a semejante distancia.

Peleg Wadsworth caminó un buen rato hacia el este hasta que estuvo lo bastante lejos del gran cañón como para estar seguro de que su humo no le impediría ver su efecto. De nuevo le había pedido al capitán Carnes su buen catalejo, y ahora se sentó en el húmedo suelo y apoyó los codos en las rodillas para mantener estables las lentes. Vio un gran grupo de barcas vacías amarradas a la *Albany* y, más arriba, un marinero inclinado sobre la regala. La balandra se mecía cada vez que uno de sus cañones disparaba a la batería de Cross Island, que aún acosaba a los barcos con su cañoneo. El sonido crepitante de los mosquetes resonó a lo lejos, pero Wadsworth resistió la tentación de mover el catalejo. Si era la emboscada de Lovell, quedaría oculta por su cercanía a la cresta. Así que siguió mirando la embarcación enemiga.

Carnes pasó un buen rato apuntando el cañón, pero por fin quedó satisfecho. Había traído estaquillas de madera y colocó tres en la hierba, una junto a cada rueda y la tercera cerca de la cola de pato del cañón.

—Si está correctamente apuntado —dijo a su equipo—, esas estaquillas nos guiarán para recolocarlos. Si está mal, sabremos dónde empezar a hacer nuestras correcciones.

Indicó a los artilleros que retrocedieran y se taparan los oídos. Sopló en la punta del botafuego para avivar la mecha encendida y después lo bajó hasta tocar la caña llena de pólvora del oído del arma.

El cañón reculó. Su estruendo retumbó en el cielo. El humo salió proyectado más allá de la elevación para extenderse sobre las aguas más cercanas. Una llamarada se encendió y se extinguió dentro de la humareda. El ruido fue tan repentino y estrepitoso que Wadsworth dio un respingo y, por un momento, perdió de vista el objetivo; luego estabilizó el catalejo y encontró la *Albany* y vio a un marinero fumando en pipa junto a la regala; y entonces, para su sorpresa y disfrute, vio que el marinero saltaba hacia atrás cuando un flamante boquete de madera recién destrozada aparecía en el casco de la balandra justo encima de la línea de flotación.

—¡Golpe directo! —gritó—. ¡Capitán! ¡Bien hecho! ¡Golpe directo!

—¡Recarguen y disparen! —gritó Carnes.

Era un marine. No fallaba.

*

Solomon Lovell pensó que su cuidadosa emboscada había fallado. Esperó y esperó, y la mañana cedió terreno a la tarde, y la tarde fue fundiéndose con el anochecer, y los británicos seguían sin haberse enfrentado a los hombres que habían ocupado la batería desierta cercana a la orilla del puerto. Un pequeño grupo de gente se había reunido en la ladera oeste de la Cabeza de Dyce, muchos de ellos patrones de los barcos fondeados que habían oído que los británicos estaban a punto de recibir una buena zurra y se habían acercado a tierra para disfrutar del espectáculo. El comodoro Saltonstall no estaba presente, seguramente habría ido a preparar la nueva batería en la parte más remota del puerto y Peleg Wadsworth estaba ocupándose de lo mismo al noreste del paso.

—¡Nuevas baterías! —exclamó un Lovell exultante dirigiéndose al mayor Todd—. ¡Y hoy una victoria! Mañana estaremos en una posición excelente.

Todd miró hacia el sur, por donde podían aparecer nuevos barcos, pero no se veía nada en la parte del río que daba al mar.

—El general Wadsworth pidió un cañón de dieciocho libras —le dijo a Lovell—. Ya debería haberle llegado.

—¿Ya? —preguntó Lovell encantado. Sentía que toda la expedición había dado un paso adelante y las esperanzas se renovaban—. Ahora sólo necesitamos que McLean se trague nuestro cebo —añadió Lovell *con nerviosismo*.

Bajó la vista a la batería donde se suponía que los milicianos tenían que fingir que levantaban un terraplén defensivo, aunque en realidad estaban sentados tomando el sol del ocaso.

—No se tragará el cebo si estamos todos aquí mirando —dijo una voz áspera.

Al volverse, Lovell vio que el coronel Revere había venido al cantil.

—Coronel —le saludó con precaución.

—Tiene aquí a una muchedumbre papando moscas igual que hacen los señoritingos de Boston en la Noche del Papa —se quejó Revere. Ignoró deliberadamente a Todd.

—Esperemos que la destrucción iguale a la de la Noche del Papa —respondió genialmente Lovell.

Cada 5 de noviembre, los ciudadanos de Boston hacían unas grandes efigies del Papa que después desfilaban por las calles. Los seguidores de las efigies rivales peleaban unos contra otros en una tremenda bronca que dejaba huesos rotos y cabezas ensangrentadas, y al final las efigies se quemaban por la noche mientras los que antes eran enemigos bebían en compañía hasta perder el sentido.

—McLean no es imbécil —dijo Revere—. ¡Sabrá que pasa algo, con esta multitud aquí arriba!

Lovell temía que su comandante de artillería tuviese razón; de hecho, ya se le había ocurrido a él que la presencia de tantos espectadores pudiese sugerir a los británicos que sucedía algo fuera de lo normal, pero quería que esos hombres fuesen testigos del triunfo de la emboscada. Necesitaba que corriese la voz, por el ejército y

la marina, de que los casacas rojas de McLean podían ser denotados. Los hombres parecían haber olvidado ya la gran victoria de la toma del cantil, y toda la expedición se había atascado en el barro del pesimismo y era necesario que se lo sacudieran para entusiasmarse de nuevo.

—Así que McLean no es tonto, ¿verdad? —dijo Todd en tono cáustico.

Al pie de la pendiente, entre un establo y un campo de maíz, habían aparecido los casacas rojas.

Solomon Lovell tuvo su emboscada.

*

—¡Son todos suyos, señor Moore! —gritó el capitán Caffrae.

Cincuenta hombres, dos tamborileros y tres pífanos eran ahora responsabilidad de Moore. La compañía había formado justo al norte de la casa de Jacob Dyce. Formaban en tres filas con los músicos detrás. Antes de hacer salir a sus hombres de su escondite, Caffrae les había ordenado cargar los mosquetes y calar las bayonetas.

—¡Que se oiga el himno de granaderos británicos! —exclamó Moore—. ¡Con fuerza, ar!

Los tambores dieron un redoble, los pífanos cogieron el ritmo y arrancó la vivaz melodía.

—¡Nadie disparará hasta que yo dé la orden! —gritó Moore a la compañía.

Recorrió la corta hilera de frente y cuando se volvió vio que los rebeldes de la batería de la Media Luna se habían puesto en pie. Desenvainó su espada y el corazón le dio un vuelco al oír el chirrido de la larga hoja al deslizarse por la vaina. Estaba nervioso y excitado, asustado y eufórico. El capitán Caffrae se había situado junto a los músicos, dispuesto a retomar el mando de la compañía sin dudarle si Moore hiciese algo incorrecto. O si muriese, pensó Moore, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. De repente sintió una urgente necesidad de orinar. «Ay, Dios —pensó—, no permitas que me moje los calzones». Caminó hacia el lado derecho de la compañía.

—Vamos a expulsar de ahí a esos patanes —dijo, intentando parecer relajado. Ocupó su posición a la derecha y levantó el filo de la espada por encima del hombro—. ¡Compañía, al frente! ¡Derecha! ¡Marchen!

Los pífanos tocaron, los tambores redoblaron y los casacas rojas avanzaron a paso ligero, aplastando las judías recién plantadas del sembrado de Jacob Dyce. La hilera frontal mantenía bajos sus mosquetes y sus bayonetas formaban una línea de brillante acero engrasado. Los cañones atronaban arriba en la cresta y otros hacían resonar sus disparos al otro lado del puerto, pero ahora esos conflictos parecían muy lejanos. Moore evitaba a propósito mirar hacia su derecha porque no quería dar a los rebeldes allí escondidos ninguna pista de que sabía de su presencia. Caminaba hacia la batería de la Media Luna y el puñado de rebeldes que estaban allí lo vieron venir. Uno

levantó un mosquete y disparó, y la bala, que iba alta, se perdió.

—¡No disparen! —gritó Moore a sus hombres—. ¡Los sacaremos de ahí con las bayonetas!

Los escasos rebeldes de la batería retrocedieron. La compañía que avanzaba era superior en número y sus órdenes eran atraer a los casacas rojas hasta que pudieran ser atrapados por los doscientos hombres que McCobb tenía escondidos entre el maíz, así que se retiraron por encima del parapeto semicircular hacia la cuesta que había más allá.

—¡Adelante! —gritó Moore.

No pudo resistirse a echar un vistazo a su derecha, pero en aquel terreno más alto no se movía nada. ¿Acaso los rebeldes habían abandonado la idea de la emboscada? Quizás el holandés se hubiese equivocado y no había rebeldes escondidos en el maizal. Bramó un cañón en la cima de la cresta formando una repentina nube de humo sobre la que revoloteaban gaviotas blancas como recortes de papel en una tormenta. La mente de Moore revoloteaba como las gaviotas. ¿Y si había doscientos rebeldes? ¿O trescientos? ¿Y si estaban allí aquellos marines de casaca verde?

Entonces se oyó un grito a la derecha, el maíz caía al ser pisoteado, hubo más gritos y el teniente Moore sintió una extraña calma al ver que se cumplía lo previsto.

—Compañía, ¡atención! —Se oyó decir a sí mismo—. ¡Alto! —Dio la espalda al enemigo para mirar a sus casacas rojas. Habían mantenido sus posiciones y las filas estaban en orden y cerradas—. ¡Atención! —ordenó en voz alta—. ¡Frente a la derecha! ¡Media vuelta!

Permaneció inmóvil mientras las tres cortas filas giraban como una puerta hasta que quedaron de cara al norte. Moore se volvió para mirar la pendiente donde, saliendo de entre las altas cañas del maíz, estaba apareciendo una horda de enemigos. «Dios mío —pensó Moore—, pero si había muchos más de los que esperaba».

—¡Quiero oír los tambores y los pífanos! —gritó—. ¡Compañía, atención! ¡Derecha! ¡Marchen!

«Directos a por ellos», pensó. Sin dudarlo. Si dudaba, los enemigos olerían su miedo y eso les daría coraje. Así que marcharon con las bayonetas preparadas y con el himno de granaderos británicos llenando el aire con su desafío. El enemigo no estaba en orden, era sólo una masa de hombres saliendo de entre el maíz y demasiado lejos como para que una descarga cerrada tuviera ningún efecto. Moore se limitó a marchar cuesta arriba hacia ellos y en su mente se encendió la idea de que el enemigo era demasiado numeroso y su deber ahora era retirarse. ¿Era eso lo que quería McLean? Caffrae no le daba ningún consejo. El enemigo había empezado a disparar sus mosquetes, pero aún había demasiada distancia. Una bala se incrustó en la tierra junto a Moore y otra pasó silbando cerca de su cabeza. Un rebelde disparó su baqueta por error, y el largo palo hizo unos círculos en el aire antes de caer sobre la hierba. El enemigo quedaba medio oculto por nubecillas de humo de pólvora que flotaban sobre el maíz pisoteado, pero Moore podía advertir su desorganización. Los rebeldes

miraban a izquierda y derecha, intentando ver qué hacían sus camaradas antes de obedecer los gritos agudos de sus oficiales. Un hombre tenía una larga melena blanca que le llegaba casi a la cintura, otro tenía la barba blanca y había algunos que parecían niños sacados de la escuela a los que hubieran entregado un mosquete. Era evidente que estaban nerviosos.

De pronto Moore comprendió que la disciplina de sus hombres era un arma en sí misma. Los rebeldes, cansados y hambrientos tras un largo día en el campo de maíz, estaban aterrorizados. Ellos no veían a cincuenta jóvenes igual de nerviosos que ellos, veían una máquina de matar con casaca roja. Veían aplomo. Y aunque habían salido en bloque del maizal, no habían cargado cuesta abajo, y ahora oficiales y sargentos les reprendían para que volvieran a ponerse en formación. Habían cometido un error, pensó Moore. Tendrían que haber atacado. Pero era él quien estaba atacando y ellos estaban a la defensiva, y había llegado el momento de asustarles aún más. Sin acercarse demasiado, pensó Moore. Decidió que no iba a esperar a que el enemigo estuviera bien dentro del campo de tiro de los mosquetes. Si se acercaba demasiado, el enemigo podía darse cuenta de lo fácil que sería arrollar a sus cincuenta hombres. Así que, cuando calculaba que estaban a unos ochenta pasos de los rebeldes, dio la orden de parar.

—Primera fila, ¡de rodillas! —gritó Moore.

Un hombre de la retaguardia cayó hacia atrás con el rostro teñido de rojo en la mejilla, donde le había alcanzado una bala de mosquete.

—¡Cierren filas! —gritó Caffrae.

—¡Compañía! —Moore alargó la última sílaba. Estaba mirando al enemigo—. ¡Apunten! —Los hombres apuntaron sus mosquetes. Las armas temblaban ligeramente porque los hombres no estaban acostumbrados a apuntar con las pesadas bayonetas encajadas bajo los cañones—. ¡Fuego! —gritó Moore.

Los mosquetes escupieron fuego y humo. Los tacos, disparados desde las ánimas, empezaron pequeños fuegos en la hierba. La descarga chocó contra los rebeldes y el maíz.

—¡Compañía, prepárense para marchar a paso ligero! —Moore no desperdiciaría el tiempo recargando—. ¡Marchen!

Había cuerpos en la linde del maizal. Sangre al atardecer. Un hombre volvía a entrar arrastrándose entre los altos tallos, dejando un rastro de sangre en la hierba. La humareda era densa como la niebla.

—¡Bayonetas! —gritó Moore. No era una orden, pues sus hombres ya habían calado las bayonetas, sino más bien una palabra para desquiciar a un enemigo ya aterrorizado—. ¡Escocia siempre! —gritó.

Sus hombres aclamaron y atravesaron corriendo los restos de humo de su propia pólvora. Marchaban enardecidos por tambores, bravuconería y orgullo, y los rebeldes se pusieron a correr. La milicia enemiga volvía corriendo al cantil. Todos ellos, como si fueran corredores en una competición. Algunos hasta tiraban sus mosquetes para

poder correr más deprisa. Sus escoceses vociferaban, perdían cohesión, y Moore quería que mantuvieran la disciplina.

—¡Compañía, atención! —gritó—. ¡Alto! —Su áspera orden frenó a los casacas rojas—. ¡Sargento Mackenzie! Haga el favor de organizar las filas. ¡Intenten al menos parecer soldados de su majestad, en vez de parecer los reales pelagatos de su majestad! —La voz de Moore sonaba severa, pero se estaba riendo. No podía evitarlo.

Sus hombres también se reían. Sabían que lo habían hecho bien y los más experimentados de entre ellos eran conscientes de que habían sido bien comandados. Moore esperó a que las filas estuviesen bien formadas.

—¡Compañía, atención! —gritó—. ¡A la izquierda, media vuelta, ar!

Los escoceses aún se reían cuando marcharon de cara a los espectadores que miraban desde la Cabeza de Dyce. Desde Fort George llegó el sonido distante de las ovaciones. La pendiente que Moore tenía enfrente estaba llena de rebeldes que corrían, cojeaban o se alejaban caminando. Los muertos o heridos rebeldes, cuatro hombres, yacían despatarrados en la hierba. Moore apoyó la punta de su espada en su funda y la envainó. Miró pendiente arriba. «Cabrones, queréis nuestro fuerte, ¿eh? —pensó—, pues tendréis que venir a por él y arrebatárnoslo». —Enhorabuena, Moore — dijo Caffrae, pero por primera vez el cortés Moore no ofreció una respuesta educada. Tenía una urgente necesidad de algo más, así que se fue hasta el límite del maizal del holandés, desabrochó la bragueta de sus calzones y orinó durante un buen rato.

La compañía soltó una risotada y Moore se sintió más feliz que lo que nunca se había sentido. Era un soldado.

Extractos de la proclama del general Solomon Lovell a sus tropas, 12 de agosto de 1779:

Ahora tenemos que completar una Parte de nuestra Empresa, en la que si tenemos éxito, y confío en que así debe ser, al contar con superioridad numérica y tener esa Característica Liberal de los «Hijos de la Libertad y la Virtud» que vuelvo a repetir, tendremos que cabalgar triunfantes sobre el cruel y diabólico Torrente de Esclavitud, y los Monstruos serán enviados a remachar sus Cadenas [...] ¿Hay algún hombre capaz de llevar las Armas en este campamento? ¿Alguien escondería su Rostro el día de la Batalla? ¿Hay algún americano con este Carácter? ¿Hay algún hombre tan carente de Honor? [...] Que cada hombre permanezca junto a su Oficial, y cada Oficial, animado, avance hacia el Objetivo a la vista, sólo entonces intimidaremos al jactancioso Enemigo, que quiso intimidarnos con un pequeño Desfile; entonces provocaremos Terror al Orgullo de Gran Bretaña.

De un despacho al comodoro Saltonstall desde el Departamento de la Marina Continental, 12 de agosto de 1779:

Nuestros Temores sobre el peligro que corren siempre han provenido de un posible Refuerzo al Enemigo. No puede usted esperar permanecer mucho más sin uno [...] Por lo tanto se nos ha ordenado que en cuanto reciba usted esto tome las Medidas Más Efectivas para la Captura o Destrucción de los Barcos Enemigos y con la mayor premura que la naturaleza y Situación de las cosas permita.

De un Decreto del Consejo, Boston, 8 de agosto de 1779:

Se ordena que los Sres. Thomas Cushing y Samuel Adams formen una Comisión encargada de contactar con el Capitán de la Fragata francesa para saber si estaría dispuesto a dirigirse a Penobscot con su Nave con el propósito de reforzar la flota americana, pues reportaron haber contactado con Su Excelencia el Chevalier de la Luzerne quien les informó de que hablaría con el Capitán de dicha Fragata y si fuera posible, le convencería para navegar a Penobscot.

De un informe recibido en Boston, 9 de agosto de 1779:

Gilbert Richmond primer Oficial, de la Argo —declara que el día 6 de los corrientes, frente a la costa de Marthas Vineyard— se encontró con ocho velas de Navíos —supuestamente de guerra— virando al SE en vista del mal tiempo en los bajíos al S de Nantucket —El Comodoro llevaba una luz de popa. El informante cree — que estaban a unas 40 millas al S del extremo O de Vineyard.

CAPÍTULO XII

Y, de repente, había esperanza.

Tras la decepción del día anterior, después de la ignominiosa huida de la milicia ante una fuerza enemiga de apenas un cuarto de su tamaño, de pronto cundió un nuevo espíritu, una segunda oportunidad, la expectación de la victoria.

La causa fue Hoysteed Hacker. El capitán Hacker era el capitán de navío que había capturado el *Diligent*; había remado a tierra con la primera luz del día y subió hasta el claro del bosque que hacía las veces de cuartel general de Lovell.

—El comodoro se ha esfumado —informó a Lovell, que estaba desayunando en una mesa de caballetes.

—¿Que se ha esfumado? —Lovell levantó la vista hacia el capitán de navío—. ¿Qué quiere decir? ¿Esfumado?

—Se ha marchado —respondió Hacker con su voz inexpresiva y profunda—, se ha esfumado. Estaba con los marineros que fueron atacados ayer, y supongo que fue capturado. —Hacker hizo una pausa—. Quizá lo hayan matado. —Encogió los hombros como si no le importase ni mucho ni poco.

—Siéntese, capitán. ¿Ha desayunado algo?

—He desayunado.

—Tome un poco de té, al menos. Wadsworth, ¿ha oído esta noticia?

—Acabo de oírla, señor.

—Siéntese —dijo Lovell—. ¿Filmer? Una taza para el capitán Hacker.

Wadsworth y Todd compartían el banco frente a Lovell. Hacker se sentó junto al general, que miraba al gran e impasible oficial naval como si fuera Gabriel trayendo noticias del cielo. La niebla se movía entre los altos árboles.

—Por Dios —Lovell, por fin, entendió la noticia—, entonces, ¿el comodoro ha sido capturado...? —No parecía preocuparle mucho.

—O ha muerto —dijo Hacker.

—¿Eso le convierte a usted en el oficial naval sénior? —preguntó Lovell.

—Así es, señor.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Wadsworth, y escuchó mientras Hacker describía el ataque insospechado de los marines británicos que habían perseguido a los hombres de la batería de tierras de Haney hacia el sur. El comodoro había quedado aislado del resto, que había conseguido llegar a salvo a la orilla sur del río, en Cross Island—. Entonces, ¿no hubo bajas? —preguntó Wadsworth.

—Ninguna, señor, excepto quizás el comodoro. Podría haber resultado herido.

—O peor aún —dijo Lovell, y después añadió apresuradamente—, recemos a Dios porque no haya sido así.

—Recemos a Dios —dijo Hacker igual de obediente.

Lovell sintió un escalofrío mientras mordía un poco de bizcocho.

—Entonces, usted —preguntó—, ¿usted está ahora al mando de la flota?

—Eso creo, señor.

—¿Ha tomado el mando de la *Warren*? —preguntó Wadsworth.

—No formalmente, señor, no; pero ahora soy el oficial naval sénior, así que me mudaré a la *Warren* esta misma mañana.

—Bien, pues si está usted al mando de la flota —dijo Lovell con gravedad—, debo hacerle una petición.

—¿Señor? —preguntó Hacker.

—Debo pedirle, capitán, que ataque las naves enemigas.

—Para eso he venido aquí —dijo Hacker sin alterarse.

—Ah, ¿sí? —Lovell parecía sorprendido.

—Me parece, señor, que deberíamos atacar pronto. Hoy mismo. —Hacker sacó un trozo de papel arrugado del bolsillo y lo extendió sobre la mesa—. ¿Puedo sugerir un modo de llevar a cabo la acción, señor?

—Por favor —lo invitó Lovell.

El papel era un mapa del puerto dibujado a lápiz en el que estaban marcados los cuatro barcos del enemigo, aunque Hacker había puesto una cruz sobre el casco del *Saint Helena*, el transporte situado en el extremo sur de la línea de Mowat. El barco sólo estaba allí para impedir que los americanos rebasaran el flanco de Mowat y su armamento de seis pequeños cañones era demasiado ligero para ser motivo de preocupación.

—Tenemos que atacar tres objetivos —dijo Hacker—, así que propongo atacar la *Albany* con la *Warren*. —Dio unos golpecitos en el mapa, señalando el central de los tres buques de guerra de Mowat—. Contaré con el apoyo del *General Putnam* y el *Hampden*. Anclarán delante de la *North* y la *Nautilus*, y las cañonearán. El *General Putnam* y el *Hampden* recibirán fuertes daños, señor, es inevitable, pero creo que la *Warren* aplastará la *Albany* bastante deprisa y entonces podemos usar nuestros cañones pesados para forzar la rendición de los otros dos buques —Hacker hablaba con un tono inexpresivo que daba la impresión de una mente lenta, impresión que, Wadsworth se dio cuenta enseguida, estaba lejos de la realidad. Hacker había dedicado a aquel problema una buena cantidad de impresionante reflexión—. Ahora, señor —prosiguió el capitán—, la preocupación del comodoro era siempre el fuerte y sus cañones. Desde arriba pueden bombardear nuestros barcos y, por lo que sabemos, puede que tengan balas al rojo, señor.

—¿Al rojo? —preguntó Lovell.

—No es una idea agradable, señor —dijo Hacker—. Si una bala al rojo se incrusta en el maderamen de un barco, señor, puede provocar un incendio. Barcos y fuego no son los mejores amigos, así que quiero mantener los disparos enemigos lejos de los primeros barcos todo el tiempo que sea posible. Estoy proponiendo que la *Sally*, el *Vengeance*, el *Black Prince*, el *Hector*, el *Monmouth*, el *Sky Rocket* y el *Hunter* entren detrás de nosotros en el puerto y hagan una línea de batalla aquí —indicó una línea de puntos que había trazado en paralelo a la orilla norte del puerto—.

Pueden disparar hacia el fuerte, señor. Harán muy poco daño, pero deberían distraer a los artilleros enemigos, señor, y alejar su fuego de la *Warren*, el *General Putnam* y el *Hampden*.

—¿Es esto viable? —preguntó Lovell, que a duras penas se atrevía a creer lo que estaba oyendo.

—La marea de esta tarde es adecuada —respondió Hacker en tono de total seguridad—. Calculo que nos llevará una hora y media tener los tres primeros barcos en posición y una hora de dura faena destruir sus balandras. Pero me preocupa que tengamos la mejor parte de nuestra flota en el puerto, señor, e incluso después de que hayamos tomado las naves enemigas seguiremos estando bajo la artillería de su fuerte.

—Así que quiere que atacemos el fuerte —adivinó Wadsworth.

—Creo que es lo recomendable, señor —dijo Hacker respetuosamente—, y cuento con dejar en tierra un centenar de marines, señor, para apoyar su esfuerzo. ¿Podría sugerir que ellos ocupen el terreno más bajo con algunos hombres de su milicia? —Puso un dedo ancho y manchado de brea en el mapa, señalando la tierra entre el fuerte y los barcos británicos.

—¿Por qué esa zona? —preguntó Lovell.

—Para prevenir que los marines enemigos vengan a tierra desde los barcos derrotados —explicó Hacker—, y si nuestros marines asaltan el fuerte desde el sur, señor, entonces el resto de sus tropas pueden atacar desde el oeste.

—¡Sí —dijo Peleg Wadsworth entusiasmado—, sí!

Lovell permanecía en silencio. La niebla era demasiado espesa como para permitir que cualquier artillero disparara con acierto, por eso los cañones de ambos bandos estallan en silencio. Se oyó el grito de una gaviota. Lovell estaba recordando la vergüenza del día anterior, la visión de la milicia de McCobb huyendo. Se estremeció al recordarlo.

—Esta vez será diferente —dijo Wadsworth. Había estado observando el semblante de Lovell y adivinó los pensamientos del general.

—¿De qué manera? —preguntó Lovell.

—Nunca hemos empleado a todos nuestros hombres en un ataque al fuerte, señor —dijo Wadsworth—. Sólo hemos atacado al enemigo por partes. ¡Esta vez usaremos toda nuestra fuerza! ¿Cuántos cañones entrarán en el puerto? —Esta pregunta iba dirigida a Hoysteed Hacker.

—Estos barcos —Hacker los señaló en su mapa con su dedo embreado— llevarán cerca de doscientos cañones, señor, así que digamos un centenar de ellos por costado.

—Cien cañones, señor —le dijo Wadsworth a Lovell—. ¡Un centenar de cañones en el puerto! Sólo con el ruido distraerán al enemigo. Y los marines, señor, abriendo la comitiva. ¡Marcharemos con mil hombres contra el enemigo, todos a la vez!

—Eso debería terminar con este asunto —dijo Hacker en el mismo tono que habría usado para describir la desarboladura de un mástil o el desplazamiento de una

tonelada de lastre.

—Cien marines —insistió Lovell en un tono lastimero, que dejaba claro que hubiera preferido tener en tierra a todos los marines.

—Necesito a mis hombres para abordar los barcos enemigos —explicó Hacker.

—Por supuesto, por supuesto —concedió Lovell.

—Pero los marines están suplicando una buena lucha —gruñó Hacker—. No pueden esperar para probarse a sí mismos. Y en cuanto los barcos enemigos sean destruidos o tomados, señor, ordenaré que el resto de los marines y cada marinero del que pueda prescindir se unan a su ataque.

—Barcos y hombres, señor —dijo Wadsworth— luchando como uno solo.

La mirada de Lovell se movió insegura entre Wadsworth y Hacker.

—¿Y cree usted que se puede hacer? —preguntó al capitán de navío.

—En cuanto suba la marea —dijo Hacker—, que será esta tarde.

—¡Entonces, hagámoslo! —Decidió Lovell. Plantó los dos puños en la mesa—. ¡Terminemos el trabajo! ¡Consigamos nuestra victoria!

—¿Señor? ¿Capitán Hacker, señor? —Un guardiamarina apareció en el límite del claro—. ¿Señor?

—¡Chico! —saludó Hacker al jadeante muchacho—. ¿Qué pasa?

—El comodoro Saltonstall le envía saludos, señor, y dice que vuelva usted a la *Providence*, señor.

Los hombres de la mesa miraron todos al muchacho.

—¿El comodoro Saltonstall? —Fue Lovell quien rompió al fin el silencio.

—Fue descubierto esta mañana, señor.

—¿Descubierto? —preguntó Lovell con voz de falsete.

—¡En la orilla del río, señor! —Al parecer el guardiamarina creía haber traído buenas noticias—. Está sano y salvo a bordo de la *Warren*, señor.

—Dígale... —empezó Lovell, pero después no se le ocurrió qué podía decirle a Saltonstall.

—¿Señor?

—Nada, chico, nada.

Hoysteed Hacker arrugó lentamente el mapa dibujado a mano y lo lanzó a la hoguera. El primer cañón del nuevo día disparó.

*

El teniente John Moore, pagador del 82.º Regimiento de infantería de Su Majestad, llamó nervioso a la puerta de la casa. Un gato lo observaba desde el montón de leña. Tres pollos, encerrados con cuidado en un corralito de mimbres, cacareaban. En el jardín de la casa de al lado, la más cercana al puerto, una mujer sacudía una alfombra colgada de una cuerda que estaba suspendida entre dos árboles. Lo miró con tanto recelo como el gato. Moore saludó a la mujer levantándose el

sombrero, pero ella dio la espalda a su cortesía y sacudió el polvo de la alfombra aún con más brío. Un cañón disparó desde el fuerte y su sonido quedó amortiguado por los árboles que rodeaban las pequeñas casas de troncos.

Bethany Fletcher abrió la puerta. Vestía un gastado vestido marrón bajo un delantal en el que se estaba secando las manos, que estaban rojas de lavar la ropa. Su cabello estaba desaliñado y John Moore pensó que era hermosa.

—Teniente —se sorprendió, entornando los ojos debido a la luz del día.

—Señorita Fletcher —dijo Moore, inclinándose y quitándose el sombrero.

—¿Trae usted noticias? —preguntó Beth, que de pronto estaba ansiosa.

—No —respondió Moore—, ninguna noticia. Le he traído esto. —Le tendió una cesta—. Es del general McLean, con sus saludos. —La cesta contenía un jamón, una bolsita de sal y una botella de vino.

—¿Por qué? —preguntó Beth sin coger el regalo.

—El general le tiene cariño —dijo Moore. Había descubierto su coraje enfrentándose a un grupo de rebeldes cuatro veces mayor que el de los hombres que dirigía, pero no tenía el coraje necesario para decir «y yo también»—. Sabe que la vida es dura para su madre y usted, señorita Fletcher —le explicó—, en particular desde que su hermano está ausente.

—Sí —dijo Beth, pero aun así no tomó el regalo que le presentaban. Nunca había rechazado las raciones más simples que ofrecía la guarnición a los habitantes de Majabigwaduce de harina, carne en salazón, guisantes secos, arroz y cerveza de abeto, pero la generosidad de McLean le avergonzaba. Se alejó un par de pasos de la casa para que su vecina pudiese verla claramente. No quería dar pábulo a ningún cotilleo.

—El vino es de Oporto —dijo Moore—. ¿Ha probado alguna vez el vino de Oporto?

—No —respondió Beth confundida.

—Es más fuerte que el clarete —dijo Moore—, y más dulce. Al general le gusta mucho. Sirvió en Portugal y adquirió el gusto por este vino, del que se dice que es tónico. Mi padre es doctor y receta oporto a menudo. ¿Puedo dejarlo aquí? —Moore dejó la cesta en el umbral de la casa.

Dentro, por una puerta abierta hacia el interior, entrevió a la madre de Beth. Su rostro estaba demacrado, inmóvil y blanco, su boca abierta era oscura, y su cabello reposaba en desorden sobre la almohada. Parecía un cadáver y Moore giró apresuradamente.

—Ahí —dijo, pues no se le ocurría nada más.

Beth sacudió la cabeza.

—No puedo aceptar el regalo, teniente —dijo.

—Por supuesto que puede, señorita Fletcher —replicó Moore con una sonrisa.

—El general no... —empezó a decir Beth; después, evidentemente, pensó mejor lo que fuera que había estado a punto de decir y se contuvo. Apartó un rizo

extraviado de su melena y se lo metió debajo del gorro. Miraba a todas partes menos a Moore.

—El general McLean se sentirá dolido si rechaza usted su regalo —dijo Moore.

—Le estoy agradecida —dijo Beth—, pero... —Volvió a quedarse en silencio. Sacó un dedal del bolsillo de su delantal y le dio vueltas con los dedos. Se encogió de hombros—. Pero... —empezó de nuevo, aún sin mirar a Moore.

—Pero su hermano está con los rebeldes —concluyó Moore.

Ella volvió sus ojos hacia él, y aquellos ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. Ojos azules, advirtió Moore, ojos azules de una extraordinaria vitalidad.

—¿El general lo sabe? —preguntó.

—¿Que su hermano está con los rebeldes? Sí, por supuesto que lo sabe —respondió Moore con una sonrisa tranquilizadora. Se agachó y recogió el dedal, que se le había caído a Beth de las manos.

Se lo acercó, pero Beth no hizo ningún movimiento para recuperarlo, así que él, con mucha parsimonia, lo colocó en la cesta. Beth se volvió para mirar el puerto entre los árboles. La niebla se había disipado y las aguas de Majabigwaduce titilaban bajo el sol de verano. Permaneció en silencio. —Señorita Fletcher...— empezó a decir Moore.

—¡No! —le interrumpió ella—. No, no puedo aceptarlo.

—Es un regalo —insistió Moore—, nada más y nada menos.

Beth se mordió el labio y después se volvió desafiante hacia el oficial casaca roja.

—Yo quise que James se uniera a los rebeldes —dijo—, ¡yo le animé! ¡Llevé información sobre sus cañones y hombres al capitán Brewer! ¡Le traicioné a usted! ¿Cree usted que el general me ofrecería un regalo si supiera que hice todo eso? ¿De veras lo cree?

—Sí —contestó Moore.

Aquella respuesta le sorprendió. Pareció derrumbarse y se acercó al montón de leña, donde se sentó y acarició al gato con aire ausente.

—No sabía qué pensar cuando todos ustedes vinieron aquí —dijo—. Al principio era excitante —hizo una pausa, pensativa—. Era algo nuevo y diferente, pero después había aquí demasiados uniformes. Ésta es nuestra tierra, no la de ustedes. Ustedes nos quitaron nuestra tierra —lo miró por primera vez desde que se había sentado—. Ustedes nos quitaron nuestra tierra —repitió.

—Lo siento —dijo Moore, sin saber qué más decir.

Ella asintió.

—Acepte el regalo —insistió Moore—, por favor.

—¿Por qué?

—Porque el general es un hombre decente, señorita Fletcher. Porque se los ofrece como signo de amistad. Porque quiere que usted sepa que puede confiar en su protección sean cuales sean sus ideas. Porque no quiero cargar la cesta de vuelta al fuerte...

Beth sonrió con aquella última razón y Moore se quedó esperando. Podría haber añadido que le había dado el regalo porque McLean era tan vulnerable como cualquier otro hombre a una chica de hermoso cabello con una sonrisa encantadora, pero en vez de hacerlo simplemente se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Por favor, acéptelo —dijo Moore.

Beth volvió a asentir, luego se enjugó los ojos con una punta del delantal.

—Dele las gracias al general de mi parte.

—Lo haré.

Ella se levantó y fue hasta la puerta, donde se volvió.

—Adiós, teniente —se despidió, y después levantó la cesta y desapareció dentro de la casa.

—Adiós, señorita Fletcher —dijo Moore a la puerta cerrada.

Caminó lentamente hacia el fuerte con una sensación de derrota.

*

Los tres barcos se dejaron arrastrar por el viento, meciéndose sobre las largas olas, con el mar rompiendo espumoso en sus tajamares; sus velas estaban tensas y el viento soplaba con fuerza en sus popas. A lo lejos, a babor, estaba Cape Anne, donde el oleaje se agitaba en los rompientes.

—Debemos ceñirnos a la costa —le dijo el capitán Abraham Burroughs al coronel Henry Jackson.

—¿Por qué?

—Porque esos cabrones están por ahí, en algún sitio —respondió el capitán, indicando hacia estribor, donde el banco de niebla se había retirado hacia el sureste para quedarse como una larga nube parda sobre el océano sin fin—. Si nos encontramos con una fragata británica, coronel, ya puede ir diciéndole adiós a su regimiento. Si veo por ahí una fragata, voy a puerto. —Señaló con la mano los otros dos barcos—. No somos hombres de guerra, somos tres transportes.

Sin embargo, los tres barcos de transporte llevaban al regimiento de Henry Jackson, un regimiento tan bueno como cualquier otro, y estaban a medio camino de Majabigwadu.

En la lejana niebla, en mar abierto, en un lugar donde no había señales, un barco de pesca de Cape Cod vigilaba a otros barcos que emergían de la blancura. Los pescadores temían que los grandes navíos los capturaran, o que como mínimo les robaran la pesca, pero ninguno de los barcos británicos se molestó siquiera en mirar la vela cangreja del barquito de pesca. Una a una, las grandes naves pasaron a su lado, con la brillante pintura de sus mascarones y los dorados de sus popas apagados por la niebla. Todos ellos llevaban estandartes azules.

A la cabeza iba el *Raisnable*, seguido por cinco fragatas: la *Virginia*, la *Blonde*,

la *Greyhound*, la *Galatea* y la *Camille*. El último de la flota de refuerzo, el diminuto velero *Otter*, había perdido contacto y estaba en algún lugar hacia el sureste, pero su ausencia apenas disminuía la fuerza bruta de los buques de guerra de *sir George Collier*. Los pescadores observaban en silencio mientras el navío de abruptas cuadernas y sus cinco fragatas pasaban como fantasmas. Podían oler la fetidez de la flota y el hedor de cientos de hombres hacinados en los cascos atestados de cañones. Ciento noventa y seis cañones, algunos de ellos destructores de barcos de treinta y dos libras, iban de camino a Majabigwaduce.

—Hijos de grandísimas y condenadas putas —escupió el capitán de la nave pesquera, cuando la dorada galería de popa de la *Camille* fue tragada por la niebla.

El océano volvió a quedar vacío.

*

Los rebeldes llevaban diecinueve días en la bahía de Penobscot, y dieciséis de ellos en posesión del promontorio. Habían tenido más de veinte consejos de guerra, unos sólo para los capitanes de navío, otros para los oficiales sénior del ejército y unos pocos para todos. Se había votado, se habían presentado mociones y el enemigo aún no había sido ni capturado ni muerto.

La resurrección y vuelta del comodoro había dejado los ánimos de Lovell por los suelos. Últimamente Saltonstall y él sólo se habían comunicado por carta, pero Lovell consideró de su responsabilidad visitar la *Warren* y felicitar a Saltonstall por haber sobrevivido, aunque el comodoro, cuyo rostro alargado estaba manchado de rojo por las picaduras de mosquito, no parecía sentir ningún tipo de agradecimiento por la preocupación del general.

—La divina providencia le ha salvado a usted de ser capturado o algo peor —dijo Lovell con torpeza.

Saltonstall gruñó.

Nervioso, Lovell abordó el asunto de la entrada en el puerto.

—El capitán Hacker tenía la esperanza... —empezó a decir.

—Estoy al corriente de las ideas de Hacker —le interrumpió Saltonstall.

—Piensa que la maniobra es viable —dijo Lovell.

—Puede pensar lo que le venga en gana —replicó Saltonstall encendiéndose—, pero yo no voy a meter mis barcos en ese maldito agujero.

—Y a menos que los barcos sean capturados —prosiguió Lovell de todas formas—, no creo que el fuerte pueda ser atacado con ninguna esperanza de éxito.

—Puede usted estar seguro de una cosa, general —dijo Saltonstall—, y es que mis barcos no se arriesgarán a entrar en el puerto mientras el fuerte siga en manos enemigas.

Las miradas de los dos hombres se encontraron de frente. Los cañones estaban funcionando de nuevo, aunque el ritmo de disparo de los rebeldes era mucho menor

ahora debido a la escasez de munición. Había una humareda de pólvora en Cross Island, en las alturas de Majabigwaduce y en la ensenada al norte de la península. Incluso había humo en la parte baja, cerca de la batería de la Media Luna. Lovell, enfadado porque la casa y el establo de Banks hubiesen servido de cobertura para las tropas escocesas que habían expulsado a sus hombres de manera tan ignominiosa, había ordenado que se incendiaran los edificios a modo de castigo.

—Y también la casa del holandés —había insistido.

Cuarenta hombres habían bajado del promontorio con las primeras luces del día y habían prendido fuego a casas y establos. Ellos no se habían quedado, pues temían un contraataque de los hombres de McLean, se limitaron a encender los fuegos y retirarse.

—Informaré de mi situación a los oficiales —dijo ahora Lovell con tirantez—, y discutiremos la viabilidad de un ataque contra el fuerte. Le haré llegar su decisión enseguida.

Saltonstall asintió.

—Mis saludos, general.

Aquella tarde Lovell fue al *Hazard*, uno de los barcos pertenecientes a la Marina de Massachusetts, y desde allí convocó a sus mayores de brigada, a los comandantes de la milicia, al coronel Revere y al general Wadsworth. La junta de guerra se celebraría en el comfortable camarote de popa del velero, donde no habría cerca soldados holgazanes que pudiesen oír las discusiones. El capitán John Williams, oficial al mando del *Hazard*, había sido invitado a asistir como gesto de cortesía y Lovell le pidió que explicara la reticencia de la marina a entrar en el puerto.

—No todo el mundo es reacio —dijo Williams, pensando en su propio teniente primero, George Little, que estaba dispuesto a amotinarse si así podía llevar el diminuto velero al puerto y enfrentarlo a los británicos—. Pero el comodoro está adoptando una actitud sensata.

—¿En qué sentido? —preguntó Wadsworth.

—Entrar allí con un barco es bastante fácil —dijo Williams—, pero será un asunto de mil demonios sacarlo de allí después.

—El objetivo —señaló Wadsworth tranquilamente— es permanecer en el puerto. Ocuparlo.

—Lo que implica que ustedes tienen que destruir esos cañones del fuerte —dijo Williams—, y hay otra cosa. La flota se está quedando corta de hombres.

—¡Pero si enrolamos hombres en Boston! —se quejó Lovell.

—Y están desertando, señor —replicó Williams—. ¿Y los capitanes corsarios? Tampoco están contentos. Cada día que pasan aquí es un día en el que no pueden hacer capturas en el mar. Están hablando de marcharse.

—¿Por qué trajimos todos estos barcos? —preguntó Wadsworth. Le había hecho la pregunta a Williams, que, simplemente, se encogió de hombros—. Trajimos una flota de buques de guerra, ¿y no los usamos? —preguntó Wadsworth más acalorado.

—Esa pregunta debe hacérsela al comodoro —dijo Williams, sin alterar la voz.

Se hizo el silencio, roto sólo por el incesante matraqueo de la bomba de achique del *Hazard*. Los daños que había sufrido el velero cuando el teniente Little había pasado demasiado cerca de las balandras de Mowat aún no estaban bien reparados. Iba a necesitar ir al dique seco para que se reemplazaran las planchas dañadas, las calafatearan y las ajustaran, pero la bomba lo mantenía a flote con facilidad.

—Luego debemos capturar el fuerte —concluyó Peleg Wadsworth, rompiendo el lúgubre silencio, y después no hizo caso del coro de voces que se quejaban de que tal hazaña era imposible—. Tenemos que llevar hombres a la parte de atrás del fuerte —explicó— y asaltarlo desde el sur y el este. Allí la empalizada está sin acabar y el terraplén del este, por lo que pude ver, no tiene artillería.

—Sus hombres no atacarán —dijo Revere mofándose. Desde hacía una semana, en cada junta de guerra el teniente coronel Revere insistía en abandonar el asedio, y ahora lo recalcó—. ¡Los hombres no se enfrentarán al enemigo! Ya lo vimos ayer. ¡Tres cuarta partes de los cartuchos de mosquete se han malgastado y la mitad de los hombres están escondidos en el bosque!

—Entonces, ¿huirá usted? —preguntó Wadsworth.

—¡Nadie me acusa a mí de huir!

—¡Pues, maldita sea, quédese y luche! —La furia de Wadsworth por fin había explotado, y bastó con que usara aquella expresión blasfema para que se hiciera el silencio en todo el camarote—. ¡Maldita sea! —gritó aquellas palabras y golpeó con tanta fuerza la mesa del capitán Williams que un candelabro de peltre se cayó. Los hombres lo miraban atónitos, y Wadsworth se quedó sorprendido por su repentina vehemencia y su rudo lenguaje—. ¿Para qué estamos aquí? —exigió—. ¡No estamos para construir baterías o disparar a barcos! ¡Estamos aquí para capturar su fuerte!

—Pero... —empezó Lovell.

—¡Solicitemos marines al comodoro —Wadsworth hizo caso omiso de su comandante en jefe—, reunamos a todos los hombres y ataquemos!

Recorrió el camarote de un vistazo y vio escepticismo en demasiados rostros. Quienes estaban a favor de abandonar la expedición, encabezados por el coronel Revere, eran más fervientes en su punto de vista, mientras quienes aún querían proseguir el asedio eran como mucho poco entusiastas.

—El comodoro —continuó Wadsworth— no tiene intención de entrar en el puerto mientras haya cañones que amenacen sus barcos. Pues garanticémosle que silenciaremos esos cañones. ¡Llevaremos hombres a la parte de atrás del emplazamiento enemigo y atacaremos! Y el comodoro nos apoyará.

—El comodoro... —comenzó a decir Lovell.

Wadsworth volvió a interrumpirle.

—Nunca hemos ofrecido al comodoro nuestro apoyo incondicional —dijo categórico—. Le hemos pedido que destruya los barcos antes de que ataquemos y él nos ha pedido que destruyamos el fuerte antes de que ataque él. Pues, ¿por qué no

llegar a un acuerdo? Atacamos todos. ¡Si él sabe que nuestra fuerza de tierra está atacando, no le quedará más elección que apoyarnos!

—Quizá lleguen las tropas regulares —intervino McCobb.

—El *Diligent* no ha dado señales —añadió Lovell.

El *Diligent*, el rápido velero de la Marina Continental capturado a los británicos, había sido destacado en la desembocadura del río Penobscot para que, sirviendo de vigilante, pudiera avisar si se aproximaba alguna embarcación, pero su capitán, Philip Brown, no había enviado ningún mensaje, lo que sugería a Lovell que cualquier refuerzo, para cualquiera de los dos bandos, estaba al menos a un día de distancia.

—No podemos esperar a ver si Boston nos envía tropas —insistió Wadsworth—, y además ¡también los refuerzos británicos pueden llegar! Nos enviaron aquí para hacer una tarea, así que, por el amor de Dios, ¡hagámosla! Y hagámosla ahora, antes de que el enemigo se refuerce.

—Dudo mucho que podamos hacerlo ahora —dijo Lovell—. ¿Mañana, quizá?

—¡Pues mañana! —gritó Wadsworth exasperado—. ¡Pero hagámoslo! ¡Hagamos lo que vinimos a hacer aquí, lo que nuestro país espera de nosotros! ¡Hagámoslo!

Se hizo un silencio que Lovell, tras recorrer el camarote con una mirada vivaz, rompió finalmente.

—Tenemos algo que discutir —dijo.

—Pues no lo discutamos —replicó Wadsworth tajante—, tomemos una decisión.

Lovell pareció sobresaltarse ante la contundencia de su asistente. Por un momento, dio la impresión de que iba a intentar recuperar el mando del camarote, pero el semblante de Wadsworth era adusto y Lovell accedió a la demanda.

—Muy bien —dijo fríamente—, tomaremos una decisión. Todos aquellos que están a favor de la propuesta del general Wadsworth, ¿podrían indicarlo ahora, por favor?

La mano de Wadsworth salió disparada. Lovell dudó y después levantó la mano. Otros hombres siguieron a Lovell, incluso aquellos que normalmente apoyaban el final del asedio. Todos menos uno.

—¿Y quiénes se oponen? —preguntó Lovell.

El teniente coronel Revere levantó la mano.

—Declaro la moción aprobada —dijo Lovell— y solicitaremos al comodoro que nos apoye en el ataque de mañana.

Al día siguiente sería viernes 13 de agosto.

*

El viernes trece amaneció claro. Soplaba un viento suave y no había niebla, lo que hizo que la batería de Cross Island abriese fuego con la primera luz del día, igual que hizo el lejano cañón de dieciocho libras de la orilla norte más allá de la península. Las balas golpearon con fuerza los cascos de las balandras británicas.

El capitán Mowat se había resignado al bombardeo. Había movido sus barcos dos veces, pero ya no había otro fondeadero al que poder retirarse, a menos que se llevara sus embarcaciones bien lejos del fuerte. Las bombas de achique de las tres balandras funcionaban sin descanso, accionadas por marineros que cantaban mientras subían y bajaban las largas palancas. El carpintero de la *Albany* estaba parcheando el casco como mejor sabía, pero los grandes proyectiles de dieciocho libras arrancaban las planchas de roble con una fuerza salvaje.

—La mantendré a flote, señor —prometió el carpintero a Mowat al amanecer.

Había taponado tres horribles boquetes en la línea de flotación de la balandra, pero una reparación adecuada tendría que esperar hasta que la nave pudiera ser remolcada a tierra o a un dique seco.

—Por fortuna, todavía están tirando por lo alto —dijo Mowat.

—Pues recemos para que sigan así, señor.

—¡Espero que esté usted rezando! —dijo Mowat.

—Día y noche, señor, día y noche. —El carpintero era metodista y llevaba siempre una sobada copia de la Biblia en su delantal. Frunció el ceño cuando una bala rebelde chocó contra el coronamiento e hizo llover astillas por toda la cubierta de popa—. Arreglaré la obra muerta cuando hayamos terminado con las tracas más bajas, señor.

—La obra muerta puede esperar —convino Mowat.

No le preocupaba el mal aspecto del barco siempre que se mantuviera a flote y pudiera transportar su artillería. De momento, sus cañones permanecían en silencio. Mowat consideraba que poco daño podían hacer sus armas a la batería de Cross Island, y ninguno de sus cañones tenía potencia suficiente como para alcanzar la nueva batería del norte, así que no malgastaba pólvora y proyectiles en los rebeldes. Arriba, en el fuerte, uno de los cañones de doce libras del capitán Fielding descargaba sus disparos contra Cross Island, fuego que sólo servía para mantener a los rebeldes bien escondidos entre los árboles.

Una ráfaga de mosquetes sonó en tierra. En los últimos días, ese sonido había sido constante, pues los hombres de McLean se infiltraban en el bosque por la zona del paso o bien recorrían los sembrados y los establos en busca de patrullas rebeldes. Lo hacían sin haber recibido órdenes, y McLean, aunque aprobaba los sentimientos que llevaban a esa caza de rebeldes, había ordenado que cesaran. Mowat supuso que la racha de disparos provenía de la Compañía Ligera del capitán Caffrae, que seguía forzando escaramuzas en las líneas enemigas.

—¡Ah de la cubierta! —gritó un vigía desde el trinquete—. ¡Se acerca un nadador!

—¿Algún hombre ha caído al agua? —preguntó Mowat al oficial de guardia.

—No, señor.

Mowat avanzó para ver a un hombre que nadaba hacia la *Albany* desde la dirección de la bocana del puerto. Parecía exhausto. Dio un par de brazadas y después

flotó antes de volver a intentar nadar otra vez; Mowat ordenó al contra maestre que le echara un cabo. El hombre tardó un tiempo en encontrar la cuerda y luego fue izado por el costado de la balandra y arrastrado a cubierta. Era un marinero con una larga trenza que le colgaba por la espalda desnuda y tatuajes de ballenas y anclas repartidos por su pecho y antebrazos. Permaneció en pie goteando y después, fatigado y temblando, se sentó en una de las cureñas de los cañones de nueve libras.

—¿Cómo se llama, marinero? —preguntó Mowat.

—Freeman, señor, Malachi Freeman.

—Tráiganle una manta y un poco de té —ordenó Mowat—. Y échense un trago de ron al té. ¿De dónde es usted, Freeman?

—De Nantucket, señor.

—Bonito lugar —dijo Mowat—. ¿Y qué le trajo aquí?

—Me enrolaron, señor. Me enrolaron por la fuerza en Boston.

—¿A bordo de qué nave?

—La *Warren*, señor.

Freeman era un hombre joven, apenas veinte años según juzgó Mowat, y había nadado desde la *Warren* en la oscuridad de la noche. Había alcanzado la playa de debajo de la Cabeza de Dyce, donde había estado temblando y esperando a que las barcas de guardia se retiraran al alba. Entonces, había nadado hacia las balandras.

—¿Qué es usted, Freeman? —preguntó Mowat. Vio que las manos de Freeman estaban teñidas de negro de subir continuamente por cabos embreados—. ¿Gaviero?

—Sí, señor, hace cuatro años.

—Su majestad siempre aprecia a un buen gaviero —dijo Mowat—. ¿Quiere usted servir a su majestad?

—Sí, señor.

—Le tomaremos juramento —dijo Mowat; esperó hasta que al desertor le envolvieron una manta alrededor de los hombros y le pusieron en las manos una lata de té caliente aderezado con ron—. Bébase eso primero.

—Vienen a por usted, señor —explicó Freeman, a quien le castañeteaban los dientes.

—¿Que vienen a por mí?

—El comodoro, señor. Será hoy, señor. Nos lo dijeron anoche. Y está empavesando las cuadernas de la *Warren*, señor.

—¿Que la está empavesando?

—Están reforzando las cuadernas, señor, y poniendo tres capas de troncos en el castillo de proa, señor, para proteger a los marines.

Mowat miró a aquel hombre tembloroso. Coqueteó con la idea de que los rebeldes hubieran enviado a Freeman a propósito con información engañosa, pero aquello tenía poco sentido. Si Saltonstall pretendiera engañar a Mowat seguramente habría fingido estar retirándose y no atacando. ¿Así que los rebeldes avanzaban por fin? Mowat miró hacia el oeste, donde podía vislumbrar los buques de guerra

anclados más allá de la Cabeza de Dyce. —¿Cuántos barcos vendrán?— preguntó.

—No lo sé, señor.

—Supongo que no —dijo Mowat.

Caminó hasta los obenques del palo mayor y apoyó su catalejo en uno de los flechastes. Pudo ver claramente hombres trabajando en las cuadernas de la *Warren*. Parecían estar tendiendo nuevos cabos en el bauprés, mientras otros estaban izando troncos de una gabarra. Entonces, ¿por fin iban a avanzar?

—No será hasta que suba la marea por la tarde —le dijo a su teniente primero.

—Eso nos da la mayor parte del día para prepararnos, señor.

—Así es. —Mowat plegó el catalejo y levantó la vista al cielo—. ¿Barómetro? —preguntó.

—Sigue bajando, señor.

—Eso es que también viene mal tiempo, entonces —dijo Mowat. El cielo ahora estaba transparente, pero pensó que habría nubes, niebla y lluvia antes del anochecer, momento en el que, eso lo sabía bien, o estaría muerto o capturado. No se hacía ilusiones. Quizá su pequeña flotilla consiguiera causar gravosos daños a los barcos americanos, pero no podría derrotarlos. Una vez que la *Warren* volviese su costado hacia las balandras, podría atacarlas con cañones que eran el doble de pesados que la artillería británica. La derrota sería inevitable. La *Warren* saldría dañada, pero la *Albany* moriría. Eso era inevitable, así que todo cuanto podía esperar Mowat era herir de muerte a la *Warren*, y luego poner a sus hombres a salvo en tierra, donde podrían ayudar a McLean a defender el fuerte—. Todos los marines tienen que regresar a bordo —le dijo a su teniente primero—, y todos los cañones se cargarán con doble proyectil. Dígale al cirujano que afile sus puñeteros cuchillos. Bajaremos la cabeza gruñendo, pero por Dios que se van a enterar de que han estado luchando contra la Marina Real.

Después le envió un mensaje a McLean.

Los rebeldes avanzaban.

*

Peleg Wadsworth solicitó voluntarios. La milicia, eso era cierto, había resultado decepcionante y, aparte del primer día en tierra, cuando habían trepado por el cantil para expulsar el poderoso piquete enemigo, no habían demostrado espíritu combativo. Pero eso no quería decir que no hubiese hombres valientes entre ellos, y Wadsworth sólo quería a los valientes. Caminó por los bosques y habló con grupos de hombres, habló con los piquetes que vigilaban los emplazamientos de las lindes del bosque y les contó a todos ellos lo que planeaba.

—Avanzaremos por la línea de costa del puerto —les decía—, y una vez que estemos detrás del enemigo, entre él y sus barcos, lanzaremos un ataque. Necesito hombres dispuestos a participar en ese ataque, hombres dispuestos a subir la colina

conmigo y arrasar las defensas del enemigo. Necesito hombres valientes.

Cuatrocientos cuarenta y cuatro hombres se presentaron voluntarios. Se reunieron entre los árboles en lo alto de la Cabeza de Dyce, donde esperaban el teniente Downs y cincuenta marines, y donde Wadsworth repartía los voluntarios de la milicia entre cuatro compañías. Los bravos indios formaron su propia y pequeña compañía. Era a primeras horas de la tarde. El día había amanecido claro, pero ahora el cielo se encapotaba y una niebla tardía llegaba desde mar adentro.

—La niebla nos ayudará a ocultarnos —comentó Wadsworth.

—Entonces es que Dios es americano —bromeó el teniente Downs, haciendo sonreír a Wadsworth; después el teniente de marines miró más allá de Wadsworth—. Viene el general Lovell, señor —dijo en voz baja.

Wadsworth se volvió para mirar a Solomon Lovell y al mayor Todd, que se acercaban. ¿Traían malas noticias? ¿Acaso el comodoro Saltonstall había cambiado de idea?

—Señor —saludó precavido al general.

Lovell estaba pálido y ojeroso.

—He decidido —empezó lentamente— que debería ir con ustedes.

Wadsworth dudó. Confiaba en dirigir él el ataque y que Lovell hiciera un avance separado con el resto de hombres por la parte superior de la cresta, pero había algo en la expresión de Lovell que le instaba a aceptar la decisión de aquel hombre. Lovell quería estar en el asalto porque necesitaba demostrarse a sí mismo que había hecho todo lo que había podido. O quizá, pensó Wadsworth con menos generosidad, Lovell había puesto su mirada en la posteridad y sabía que la fama se concentraría en el hombre que dirigiese el ataque triunfal contra Fort George.

—Por supuesto, señor —dijo.

Lovell parecía hundido.

—Acabo de ordenar que retiren los grandes cañones del promontorio —anunció, haciendo un gesto hacia los bosques del norte, donde se había emplazado la artillería de Revere.

—Que ha ordenado... —empezó a decir Wadsworth estupefacto.

—No hay munición —le interrumpió Lovell, desesperanzado.

Wadsworth estuvo a punto de decirle que les podían suministrar más munición, si no desde Boston, quizá desde la santabárbara de la *Warren*, y entonces comprendió por qué Lovell había dado la orden, aparentemente derrotista, de retirar los cañones. Había sido porque el general había entendido por fin que era la última oportunidad de los rebeldes. Si este ataque fallaba, ninguna otra cosa funcionaría; al menos, no hasta que llegaran los refuerzos americanos y, hasta ese día, ya no habría más necesidad de artillería pesada.

—El coronel McCobb y el coronel Mitchell dirigirán el ataque por lo alto de la cresta —prosiguió Lovell.

Ni Lovell ni Wadsworth esperaban mucho de ese segundo ataque, en el que

participarían los hombres que no habían sido voluntarios, aunque su presencia visible sobre la cresta mantendría a algunos defensores británicos en el lado oeste del fuerte, y ésa era la razón por la que se planeó el segundo ataque.

—Es un honor que esté usted aquí, señor —dijo Wadsworth con generosidad.

—No interferiré en su despliegue —prometió Lovell.

Wadsworth sonrió.

—Ahora dependemos todos de la piedad de Dios, señor.

Y si Dios era piadoso, los rebeldes bajarían por la larga pendiente a plena vista del fuerte y bajo el fuego de sus cañones. Pasarían junto a las ruinas humeantes de las casas y establos incendiados, luego se abrirían camino por maizales y huertos, y a través de los pequeños patios donde crecían verduras. Una vez a cubierto en el pueblo, avanzarían hasta un grupo de casas que se levantaban entre el fuerte y los barcos británicos, y allí Wadsworth esperaría hasta que el ataque del comodoro distrajera a los defensores enemigos y llenara el puerto de estruendo, humo y llamas.

Con los marines y los indios sumados a su fuerza, Wadsworth comandaba ahora a quinientos hombres. Los mejores hombres. ¿Suficientes? McLean tenía al menos setecientos en el fuerte, pero las tropas dirigidas por el coronel McCobb y el coronel Mitchell harían que algunos de esos casacas rojas mirasen hacia el oeste, y una vez que los barcos británicos fuesen tomados o hundidos, el resto de la infantería de marina americana saltaría a tierra. Los números estarían muy igualados, pensaba Wadsworth, y después decidió que no podría ganar esta batalla con un ejercicio de cálculo mental. Podía planear sus movimientos hasta la orilla del puerto, pero después de eso el diablo lanzaría sus dados y todo sería humo y llamas, gritos y acero, un caos de ira y terror, ¿y qué utilidad tendrían las matemáticas entonces? Si los nietos de Wadsworth llegaban a saber de este día y de esta victoria, tendrían que aprender acerca del coraje y de hombres logrando una gran hazaña. Y si la hazaña no llegaba a ser grande, sería al menos memorable. Así que en algún punto tenía que dejar a un lado los cálculos y dejarse llevar por la furia y la determinación. No era un camino fácil. Tanto Lovell como Saltonstall habían rehuido la lucha porque buscaban una solución segura, y una respuesta tan sencilla no existía. La expedición sólo triunfaría cuando se sobrepusiera a la prudencia y desafiara a sus hombres para que realizaran grandes hazañas. Entonces, sí, pensó, quinientos hombres serían suficientes; era todo lo que tenía para hacer esto, y esto tenía que hacerse en el nombre de la libertad americana.

—¿James? —Hablabas con Fletcher—. Adelante.

Cuarenta de los voluntarios tiraban de unas maromas atadas a dos de los cañones de cuatro libras que, hasta entonces, apenas habían sido usados. Eran demasiado pequeños para resultar efectivos a menos que se emplearan a corta distancia, pero un día como aquél podían contribuir a vencer en la batalla. El teniente Marett, uno de los oficiales de Revere, estaba al mando de las dos piezas de artillería, que contaban con buenas reservas de balas rasas, aunque, antes de regresar al *General Putnam*, el

capitán Carnes había insistido en que los dos pequeños cañones fuesen usados también con botes de metralla. Él mismo había fabricado los proyectiles recogiendo piedras de la playa, que los marineros del *General Putnam* habían metido en bastos sacos de lona de vela. Los sacos se podían atacar encima de una bala rasa para que, cuando los cañones disparasen, las piedras se diseminaran como mortales perdigones. El teniente Marett se había puesto nervioso al protestar porque las piedras arruinarían las ánimas de los cañones, pero se había callado ante la ceñuda mirada de Carnes.

—Malditas sean las ánimas —había dicho Carnes—, lo que importa es la ruina que van a provocar a los británicos.

Los primeros retazos de bruma subían rizándose por la pendiente cuando los hombres bajaban hacia la orilla. Marchaban en formación abierta, apresurándose en cruzar las praderas y pasar a través de las arboledas. Un cañonazo disparado desde Fort George abrió una cicatriz en la hierba. Hubo un segundo disparo, después un tercero, pero todas las balas rebotaban inofensivas en el suelo. Era un buen presagio, pensó Wadsworth, y le sorprendió estar buscando presagios. Había estado rezando al amanecer. Le gustaba pensar que para ellos fe y oración eran suficientes, y que ahora él estaba en manos de Dios, pero se dio cuenta de que en todo fenómeno buscaba indicios del futuro éxito del ataque. Aunque sus cañones alcanzaban la orilla del puerto, las balandras británicas no disparaban, y con seguridad eso se debía a la mano de la providencia. El humo de las casas incendiadas ascendía en dirección a Fort George y, aunque la mente racional de Wadsworth le indicaba que sólo era debido al persistente viento del suroeste, quería considerarlo una señal de que Dios deseaba cegar y ahogar al enemigo. Vio a seis de los indios agazapados junto al maizal, donde había ordenado que se reunieran los hombres. Formaban un círculo, con sus oscuras cabezas bien juntas, y se preguntó a qué dios estarían rezándole. Se acordó de un hombre llamado Eliphalet Jenkins, que había fundado una misión para la tribu Wampanoag y cuyo cuerpo, destripado a cuchilladas y blanqueado por el mar, había llegado a la orilla en Fairhaven. ¿Por qué recordaba ahora aquel viejo cuento? Entonces pensó en la historia que le había contado James Fletcher sobre un hombre y un chico, ingleses ambos, que muchos años atrás habían sido castrados y después quemados vivos por los indios de Majabigwaduce. ¿Era eso otro presagio?

Los dos cañones llegaron en buen estado. Cada uno estaba enganchado a un armón que transportaba sus municiones y en el más cercano de los dos carros alguien había pintado: «Libertad o Muerte». Eso era fácil de decir, pensó Wadsworth, pero ahora era la muerte lo que parecía más inminente. Inminente e inmanente. Las palabras bullían en su cabeza. ¿Por qué no disparaban las balandras enemigas? ¿Estaban durmiendo? Un proyectil del fuerte aterrizó en las ascuas de la casa de Jacob Dyce y estalló inofensivo con una explosión amortiguada e impotente y una erupción de cenizas y pavesas. Inminente, inmanente e impotente. Por alguna razón, Wadsworth pensaba en un texto que había sido la base del sermón que el reverendo Jonathan Murray había predicado el primer domingo posterior al desembarco de la

expedición, «donde su gusano no muere y su fuego no se extingue». El gusano, dijo Murray, era el mal de la tiranía británica y el fuego, la ira justificada de los hombres que luchaban por la libertad. Pero ¿por qué habían quemado sus casas, se preguntó Wadsworth, y cuántos de los hombres de Majabigwaduce que se habían enfurecido por aquel incendio provocado formaban parte de la defensa de las empalizadas del fuerte?

—El gusano se arrugará —había prometido Murray—, ¡se arrugará y siseará mientras arde! —Aunque las Escrituras, pensó Wadsworth, no prometían ese castigo, sólo que el gusano no moriría. ¿Acaso era eso otro presagio?

—¿Seguimos adelante, señor? —preguntó Fletcher.

—Sí, sí.

—Parece que esté usted soñando, señor —dijo Fletcher, sonriendo.

—Me preguntaba cuántos civiles estarán ayudando a la guarnición.

—Oh, habrá algunos —respondió Fletcher sin darle mayor importancia—. El viejo Jacob seguro, pero no sabe disparar derecho. El doctor Calef, desde luego.

—Conocí a Calef en Boston —dijo Wadsworth.

—No es mal tipo. Un poco pomposo. Pero él estará allí como doctor, no como soldado.

—Sigamos —dijo Wadsworth, y ahora todo le parecía irreal.

Los barcos seguían sin abrir fuego y el cañoneo desde el fuerte quedó en silencio porque los americanos estaban en la parte baja y protegidos de la artillería de la empalizada sur del fuerte por un collado que avanzaba en paralelo a la cresta. Además, quedaban ocultos por casas, campos de maíz y árboles. En los patios había lirios floridos. Una mujer se daba prisa en recoger la colada tendida a secar porque el cielo seguía oscureciéndose y amenazaba con llover. Los marines, en una doble fila, avanzaban por la izquierda, preparados para volverse y hacer frente a cualquier avance que hiciese la guarnición del fuerte, pero McLean no envió ninguna. Un perro encadenado ladró al paso de los soldados hasta que una mujer le gritó que se callara. Wadsworth levantó la vista hacia su izquierda, pero lo único que podía ver del fuerte era la bandera ondeando perezosa en lo alto de su asta. Cruzó el camino recién hecho que llevaba de la playa a la puerta del fuerte. «Si yo fuera McLean —pensó Wadsworth—, enviaría unos hombres aquí abajo para luchar»; pero el escocés no hacía nada de eso, ni tampoco Mowat disparaba desde sus barcos, aunque debía de estar viendo a los rebeldes avanzar en formación por el asentamiento.

—No va a malgastar munición en nosotros —sugirió el teniente Downs cuando Wadsworth expresó su sorpresa por el silencio de los barcos británicos.

—¿Porque no podemos hacerle daño?

—Porque ha puesto doble carga en sus cañones para dar la bienvenida a nuestros barcos. Eso es lo único que le preocupa ahora, señor, los barcos.

—Pero no puede saber que planean atacarle —apuntó Wadsworth.

—Si vio cómo reforzábamos nuestro castillo de proa —dijo Downs—, lo habrá

deducido.

¿Y si los barcos no se presentaban? Saltonstall había aceptado lanzar el ataque muy a regañadientes, ¿y si cambiaba de idea? Los hombres de Wadsworth estaban ahora en línea con los barcos, lo que quería decir que estaban entre Mowat y McLean, y Wadsworth podía ver los uniformes rojos de los Marines Reales en la cubierta de la *North*. La niebla se iba espesando y cayó una primera racha de lluvia.

Entonces una chica rubia salió corriendo de una casa para abrazar a James Fletcher, y Wadsworth supo que habían llegado. Ordenó que los dos cañones apuntaran al puerto, pues su tarea era abrir fuego si algún marine se acercaba desde los barcos. El resto de sus hombres se escondió en patios y huertos. Estaban a quinientos metros del bastión sureste del fuerte y ocultos por un gran maizal. Estaban en su puesto. Estaban preparados. Si McLean podía verlos, no parecía estar inquieto, porque ninguno de los cañones del fuerte disparaba, al mismo tiempo que ahora los costados de la balandras apuntaban bien lejos de los rebeldes. «Iremos cuesta arriba desde aquí», pensó Wadsworth. A través del maizal, por terreno abierto, sobre el foso y por encima de la empalizada; y así hasta la victoria, parecía fácil, pero habría cañonazos y metralla, gritos y sangre, humo y ráfagas de mosquetes, muerte retorciéndose en agonía, hombres chillando, acero penetrando en vísceras, calzones llenos de excrementos y la risa del diablo mientras lanzaba sus dados.

—Saben que estamos aquí.

Solomon Lovell no había hablado desde que dejaron el promontorio, pero ahora, mientras miraba la bandera que ondeaba sobre el fuerte, sonaba nervioso.

—Lo saben —dijo Wadsworth—. ¡Capitán Burke!

William Burke, patrón del corsario *Sky Rocket*, había venido con los soldados y ahora su tarea consistía en regresar y contarle al comodoro Saltonstall que la fuerza de asalto estaba en posición. Saltonstall había insistido en que fuese un marino quien le llevara noticias, insistencia que a Wadsworth le hizo gracia, porque sugería que el oficial naval no confiaba en el ejército.

—¿Está usted satisfecho con nuestra posición, señor Burke? —preguntó Wadsworth.

—Muy satisfecho, general.

—Pues dígame al comodoro que atacaremos en cuanto él abra fuego.

—Sí, señor —dijo Burke, y marchó hacia el oeste escoltado por cuatro milicianos.

Una gabarra lo esperaba debajo de la Cabeza de Dyce. Pasaría una hora, calculó Wadsworth, antes de que el mensaje llegara a su destinatario. La lluvia arreciaba. Niebla y lluvia en viernes 13, pero al menos Wadsworth confiaba en que, antes o después, los barcos llegarían.

Y, con la buena ayuda de Dios, el fuerte caería.

*

—No haremos nada, por supuesto —anunció McLean.

—¿Nada? —preguntó John Moore.

—Podríamos tomar un almuerzo tardío, ¿no cree? Me han dicho que hay sopa de rabo de buey.

Moore miró hacia abajo desde el bastión sureste del fuerte. Los rebeldes, por lo menos unos cuatrocientos de ellos, estaban escondidos en algún lugar cerca de la casa de los Fletcher.

—Podríamos enviar dos compañías para ponerlos en fuga, señor —sugirió el teniente.

—Tienen una compañía de infantes de marina —dijo McLean—, ya lo ha visto usted.

—Pues cuatro compañías, señor.

—Que es exactamente lo que quieren que hagamos —replicó McLean. El agua de lluvia goteaba desde los picos de su bicornio—. Quieren que debilitemos la guarnición.

—¿Porque van a atacar desde el terreno elevado?

—Debo asumirlo así —dijo McLean—. Me gusta la sopa de rabo de buey, sobre todo aderezada con un poquito de jerez. —McLean bajó con cautela el breve tramo de escalera del bastión, apoyándose en su bastón de espino—. Estará usted a las órdenes del capitán Caffrae —le dijo a Moore—, pero recuerde su otra tarea en caso de que los rebeldes entren en el fuerte.

—¿Destruir los juramentos, señor?

—Exactamente eso —respondió McLean—, pero le aseguro que no entrarán.

—¿No? —preguntó Moore con un sonrisa.

—Nuestros enemigos han cometido un error —dijo McLean— y han dividido sus fuerzas; me atrevo a suponer que ninguno de sus contingentes tiene la fuerza precisa para atravesar nuestras defensas —sacudió la cabeza—. Me encanta cuando el enemigo hace mi trabajo. No son soldados, John, no son soldados, pero eso no quiere decir que la lucha vaya a ser fácil. Tienen una causa y están dispuestos a morir por ella. Venceremos nosotros, pero será un trabajo duro.

El brigadier sabía que había llegado el momento crítico y se sentía agradecido de que hubiera tardado tanto en llegar. El mensaje del capitán Mowat decía que los barcos rebeldes habían decidido por fin entrar en el puerto, y McLean ya sabía que el ataque naval iría acompañado de un asalto por tierra. Esperaba que el cuerpo principal de los rebeldes llegara por la cresta, así que había desplegado a la mayoría de sus hombres en el lado oeste del fuerte, mientras que tres compañías del 82.º estaban situadas para defenderse del ataque de los hombres que habían bordeado la costa para esconderse en el terreno más bajo. Esas tres compañías estaban reforzadas con un cañón naval ya cargado con botes de metralla que podían convertir el foso frente a la baja empalizada del este en una escurridiza trinchera llena de sangre.

McLean sabía que en una o dos horas Majabigwaduce estaría sitiado por el ruido, por la humareda de la artillería y por la molestia del fuego de los mosquetes. Las balandras de Mowat presentarían una defensa inquebrantable, pero seguramente serían destruidas o capturadas, y eso era triste, aunque su pérdida no significara derrota. El asunto importante era conservar el fuerte y McLean estaba decidido a hacerlo, por lo que, aunque sus oficiales estuvieran ansiosos por salir y atacar a los enemigos ocultos, él mantendría a sus casacas rojas dentro de las murallas de Fort George y dejaría que los rebeldes viniesen a morir bajo sus disparos y sus bayonetas.

Ésa era la razón por la que había construido Fort George, para matar a los enemigos del rey; y ahora esos enemigos iban a ayudarlo. Así que esperó.

*

Empezó a llover más fuerte, una lluvia continua que caía a cántaros casi verticalmente porque la brisa era muy débil. La niebla se movía en bandas, se espesaba unas veces, después se disipaba y otras veces tramos completos del río quedaban limpios de niebla para revelar las revueltas aguas grisáceas picoteadas por la lluvia. Las gotas que caían de las velas y los aparejos oscurecían las cubiertas de los barcos.

—¿Confía usted en el ejército, señor Burke? —preguntó Saltonstall.

—Están en posición, comodoro, y preparados para marchar. Sí, señor, confío en ellos.

—Entonces supongo que les complaceremos.

Cinco barcos rebeldes zarparían hacia el puerto de Majabigwaduce. El *General Putnam* encabezaría el ataque, seguido de cerca por la *Warren* y el barco de New Hampshire, el *Hampden*. El *Charming Sally* y el *Black Prince* vendrían detrás de aquellos tres primeros barcos.

Había sido idea de Saltonstall enviar primero al *General Putnam*. Era una nave grande y de buena factura, que armaba una veintena de cañones de nueve libras, y sus órdenes eran avanzar directamente hacia la línea de Mowat y después virar a barlovento para anclar enfrente de la balandra que estaba más al sur, la *Nautilus*. Una vez anclado, el *General Putnam* machacaría a la *Nautilus* con su artillería mientras la *Warren*, con cañones mucho más grandes, se colocaría en línea frente al buque insignia británico, la *Albany*. El *Hampden*, con su mezcla de cañones de nueve y seis libras, se encargaría entonces de la *North* al mismo tiempo que los dos barcos restantes empleaban su cañonería en golpear el fuerte.

—Nos quiere muertos —comentó Thomas Reardon, teniente primero del *General Putnam*.

—Pero es lógico que nos envíe en primer lugar —dijo con gravedad Daniel Waters, el patrón.

—¿Para matarnos?

—La *Warren* es nuestro barco más poderoso. No tiene sentido dejar que la bombardeen casi hasta la muerte antes de que abra fuego.

—Entonces ¿cree usted que es mejor que nos bombardeen casi hasta la muerte a nosotros?

—Sí —contestó Waters—, porque ése es nuestro deber. Manos al cabrestante.

—Lo hace para salvar su pellejo, ése es el único sentido que tiene esto.

—¡Ya basta! ¡Cabrestante!

Los cabrestantes chirriaron mientras se izaban las anclas. Se alzaron primero los juanetes, salpicando las cubiertas, sobre las que habían tirado arena para dar a los artilleros un apoyo firme en las planchas cuando se volvieran escurridizas por la sangre. Los cañones se cargaron con doble proyectil. Las tres primeras naves llevaban todas marines cuyos mosquetes hostigarían a los artilleros enemigos.

Las tripulaciones de las otras embarcaciones lanzaron vítores cuando los cinco barcos atacantes se pusieron en movimiento. El comodoro Saltonstall observó con aprobación cómo su petifoque se izaba y se ceñía para hacer que la *Warren* se apartara del viento, después el foque y la trinquetilla se izaron y se acortaron con firmeza. Los juanetes se hincharon con el vientecillo y el teniente Fenwick ordenó que se soltaran las demás gavias. Los hombres soltaron las jarcias, corrieron a lo largo de las vergas y lidiaron con las relingas endurecidas por la lluvia para soltar las grandes velas, que dejaron escapar más litros de agua de lluvia que había quedado atrapada entre los pliegues de la lona.

—¡Ténsenlas bien! —gritó Fenwick.

La *Warren* se puso en movimiento. Incluso se escoró un poco debido al viento racheado. A popa, en la verga de sobremesana ondeaba la enseña de la serpiente, mientras que las barras y las estrellas estaban desplegadas en el palo mayor; los orgullosos colores brillaban entre la monótona lluvia y los retazos de bruma. Israel Trask, el joven pífano, tocaba en el castillo de proa. Empezó con la *Marcha de los bribones* porque era una tonada garbosa, una melodía para hacer que los hombres bailaran o lucharan. Los artilleros llevaban pañuelos atados sobre las orejas para atenuar el sonido del cañón, y la mayoría, aunque el día era fresco, iban desnudos de cintura para arriba. Si eran heridos, no querían que una bala de mosquete o una astilla les metiera tela entre la carne, pues todo hombre sabía que eso era una invitación a la gangrena. Bajo la lluvia, el cañón estaba negro. A Saltonstall le gustaba que su barco estuviese impecable, pero esta vez había permitido a los cañoneros que garrapatearan con tiza sus cañones. «Muerte a los reyes», decía uno; «Libertad para siempre» estaba escrito en otro, mientras que un tercero, de forma harto misteriosa, sólo decía «Maldito sea el Papa», sentimiento que parecía irrelevante para el asunto del día, pero encajaba tan bien con los prejuicios del propio comodoro que éste había permitido mantener esa leyenda.

—Un punto a estribor —le dijo Saltonstall al timonel.

—Sí, señor, que sea un punto a estribor —repitió el timonel, y no hizo ninguna

rectificación. Sabía lo que estaba haciendo y sabía también que el comodoro estaba nervioso, y los oficiales nerviosos tienden a dar órdenes innecesarias. El timonel mantendría a la *Warren* detrás del *General Putnam*, muy cerca, tan cerca que el botalón de foque de la fragata casi tocaba la bandera del barco más pequeño.

La entrada al puerto estaba ahora a unos quinientos metros. Los hombres les saludaban desde lo alto de la Cabeza de Dyce. Otros hombres los contemplaban desde Cross Island, donde ondeaba la bandera americana. Ningún cañón disparaba. Un jirón de niebla flotaba en el centro del puerto, ocultando parcialmente los barcos británicos. El fuerte aún no era visible. Hacía un poco de viento, lo justo para que los barcos tomaran velocidad y en el tajamar de la *Warren* el mar hiciera un ligero sonido de chapoteo. «Dos nudos, puede que dos y medio —pensó Saltonstall—, y una milla náutica antes de acercarse al timón para acoderar la fragata enfrente de la *Albany*». El castillo de proa de la *Warren* tenía un aspecto horrendo porque los marines habían levantado barricadas de troncos para protegerse del fuego enemigo. Y ese fuego empezaría en cuanto la fragata rebasara la Cabeza de Dyce, pero en su mayor parte iría dirigido contra el *General Putnam* y durante media milla náutica el *General Putnam* tendría que aguantarlo sin tener capacidad para responder. A dos nudos, cubrirían esa milla náutica en quince minutos. Cada cañón británico dispararía seis o siete proyectiles en ese tiempo. Así que al menos trescientos disparos caerían sobre las cuadernas del *General Putnam*, que el capitán Waters había reforzado con pesados maderos. Saltonstall sabía que algunos hombres lo despreciaban por permitir que el *General Putnam* se llevara semejante paliza, pero ¿qué sentido tenía sacrificar el mayor barco de la flota? La *Warren* era la reina de aquella bahía, la única fragata y el único barco con cañones de dieciocho libras, y sería una estupidez dejar que el enemigo la mutilara con trescientos cañonazos antes de que fuera capaz de utilizar su aterrador costado.

¿Y qué bien haría este ataque de todas maneras? Saltonstall sintió una punzada de enojo porque alguien le hubiese pedido hacer esto. ¡Lovell tendría que haber atacado y tomado el fuerte hacía cuarenta días! La Marina Continental estaba teniendo que hacer el trabajo de la Milicia de Massachusetts, y Lovell, condenado, debía de haberse quejado a sus superiores de Boston, que habían convencido a la Junta de Marina para enviar una reprimenda a Saltonstall. ¿Y qué sabrían ellos? ¡No estaban allí! La tarea era capturar el fuerte, no hundir tres balandras que, una vez tomado el fuerte, estarían igualmente condenadas. Pero buenos marines y tripulantes tenían que morir porque Lovell era un idiota nervioso.

—No sirve ni para trabajar de mamporrero —refunfuñó Saltonstall.

—¿Señor? —preguntó el timonel.

—Nada —soltó el comodoro.

—¡Tres marcas! —gritó un marinero desde el espolón, lanzando una sondaleza plomada para averiguar la profundidad.

—Tenemos bastante agua, señor —dijo el timonel halagüeño—. Lo recuerdo de la

última vez que metimos aquí las narices.

—Silencio, malditos sean sus ojos —le espetó Saltonstall.

—Pues silencio se ha dicho, señor.

Ahora el *General Putnam* estaba casi en línea con la Cabeza de Dyce. El viento decaía, aunque los barcos seguían su rumbo. A bordo de las naves británicas los artilleros estarían agachándose detrás de sus cañones para comprobar que estaban apuntados correctamente.

—¡Comodoro, señor! —gritó el guardiamarina Ferraby desde el coronamiento.

—¿Qué sucede?

—Señal del *Diligent*, señor. Velas extrañas a la vista.

Saltonstall se dio la vuelta. A lo lejos, en el sur, justo emergiendo de una franja de niebla que medio ocultaba Long Island, estaba su barco de guardia, el *Diligent*, con banderas de señales en un penol. —Pregunte cuántas velas— ordenó.

—Dice que tres barcos, señor.

—¿Por qué demonios no me dijo eso la primera vez, maldito botarate? ¿Qué barcos son?

—No lo sabe, señor.

—¡Pues envíele orden de que lo averigüe! —Ladró Saltonstall; después agarró la bocina de su gancho en la bitácora. Se llevó la bocina a la boca—. ¡Vire por redondo! —gritó, y después se volvió hacia el guardiamarina de las señales—. ¡Señor Ferraby, maldito botarate, haga señas a los otros barcos atacantes para que regresen al fondeadero!

—¿Nos volvemos, señor? —Se vio forzado a preguntar el teniente Fenwick.

—No sea también usted un condenado estúpido. ¡Por supuesto que nos volvemos! ¡No haremos nada hasta que no sepamos quiénes son esos extraños!

El ataque fue suspendido. Los barcos rebeldes viraron en redondo, con sus velas agitándose como monstruosas alas mojadas. Tres barcos extraños estaban a la vista, lo que significaba que habían llegado refuerzos.

Pero ¿refuerzos para quién?

De la declaración del teniente George Little a la Comisión de Investigación de Massachusetts, jurada el 25 de septiembre de 1779:

Por orden del Capt Williams fui con 50 Hombres a Bordo del Hamden para tripularla como se suponía para garantizar el Ataque al Enemigo Casi al Mismo tiempo el Comodoro con sus Barcas Empleadas para Traer Troncos para Construir un Parapeto en su Castillo de proa. A menudo he escuchao al Capt Williams decir que desde el primer Consejo de guerra que el Comodoro siempre está predicando por el Terror que le da entrar en el Puerto para Atacar los Varcos Enimigos.

Del despacho del brigadier general Solomon Lovell a Jeremiah Powell, presidente de la Junta del Consejo de Estado de la bahía de Massachusetts, con fecha de 13 de agosto de 1779:

Recibí su misiva del 6 de agosto en la que dice querer información sobre el Estado del ejército bajo mi Mando [...] La Situación de mi Ejército en el momento presente no puedo más que decir que es muy crítica [...] Muchos de mis Oficiales y Soldados están descontentos con el Servicio aunque hay algunos que merecen el mayor prestigio por su Alacridad y conducta Marcial [...] Adjuntas envío las Actas de cinco Consejos de Guerra, para que así pueda Usted Juzgar mi Situación cuando el Barco más importante de la Flota y casi todos los Barcos con patente de corso se oponen al Asedio.

CAPÍTULO XIII

Un infante de marina disparó su mosquete desde el coronamiento de la *North* a un grupo de americanos que se habían reunido en la parte alta de la playa. La bala pasó silbando cerca de sus cabezas para acabar incrustada en el tronco de un abeto. Ninguno de los americanos pareció percatarse de ello, pues siguieron mirando fijamente hacia la entrada del puerto. Un sargento de marines gritó al soldado que ahorrara munición.

—Es demasiada distancia, cabrón de mierda.

—Sólo estaba saludándoles, sargento.

—Pronto estarán saludándote ellos a ti.

El capitán Selby, oficial al mando de la *North*, estaba vigilando el acercamiento de los barcos rebeldes. Su vista quedaba medio velada por jirones de niebla y ráfagas de lluvia, pero reconoció el significado de las velas mayores recogidas. Los rebeldes querían tener una vista clara por proa, estaban preparados para presentar batalla. Caminó por la cubierta de la balandra hablando con sus artilleros.

—Golpeen con fuerza, muchachos. Que cada disparo haga diana. Disparen a su línea de flotación. ¡Hundan a esos cabrones antes de que puedan abordarnos! ¡Ésa es la manera de derrotarlos! —Selby dudaba de que las tres balandras pudieran hundir un buque de guerra enemigo, al menos no hasta que los rebeldes abriesen fuego. Resultaba asombroso cuántos daños podía soportar un barco antes de empezar a hundirse, pero su deber era inspirar confianza. Podía ver cinco barcos enemigos aproximándose a la entrada del puerto y todos ellos parecían mayores que su balandra. Supuso que el enemigo intentaría abordar y capturar la *North*, así que preparó picas, hachas y sables de abordaje con los que su tripulación pudiese rechazar a los atacantes.

Se detuvo en la proa de la *North* junto a un gran pie de carnero que sujetaba una de las guindalezas de cuarenta y cinco centímetros para mantener unidos su balandra a la *Albany*. Podía ver al capitán Mowat en la popa de la *Albany*, pero resistió la tentación de ponerse a charlar de un barco a otro. Un violinista tocaba a bordo de la balandra de Mowat y la tripulación estaba cantando, y sus propios hombres se unieron a la canción.

*Ea, marinos británicos, los del jaleo sin cancha,
por toda la mar salada vagabundos con ahínco
hasta poder sondear el viejo canal de la Mancha,
de Ushant a las Sorlingas las leguas son treinta y cinco.*

«¿Eran treinta y cinco leguas?», se preguntó. Recordaba la última vez que había zarpado hacia el norte desde Ushant: el mar era un monstruo gris y la galerna del Atlántico cantaba en los obenques. Le habían parecido más de treinta y cinco leguas.

Miró al enemigo y se distrajo convirtiendo treinta y cinco leguas en millas náuticas. Los números bailaban en su cabeza y se obligó a concentrarse. Un poco por debajo de noventa y una millas náuticas y un cuarto, lo que se dice una fácil singladura para una balandra de guerra con viento fresco y el casco limpio. ¿Llegaría a ver Ushant otra vez? ¿O moriría allí, en aquel puerto amortajado por la niebla, empapado por la lluvia y dejado de la mano de Dios en una costa rebelde? Seguía vigilando al enemigo. Al frente venía un barco de excelente casco oscuro, y detrás de él, muy cerca, estaba la gran mole de altísimos mástiles de la *Warren*. Pensar en los grandes cañones de aquella fragata hizo que Selby sintiera de repente un vacío en el estómago y, para disfrazar su nerviosismo, apuntó su catalejo hacia los barcos que se aproximaban. Vio marines con casacas verdes en las cofas de combate y pensó en las balas de mosquete que iban a llover sobre su cubierta, y entonces, de manera inexplicable, vio que algunas de las velas del enemigo se agitaban y empezaban a apartarse de su vista. Bajó el catalejo sin dejar de mirar.

—Bendito Dios —dijo.

La fragata americana viraba en redondo. ¿Habría perdido su timón? Asombrado, Selby no quitaba ojo y luego vio que todos los barcos rebeldes seguían el ejemplo de la fragata. Estaban abatiéndose y las velas flamearon cuando los tripulantes apocaron trapo.

—No irán a abrir fuego desde ahí... —se preguntó en voz alta.

Siguió observando al tiempo que esperaba ver desaparecer el casco del primer barco en una repentina nube de humo de pólvora, pero no ocurrió nada parecido. La nave sólo viró lentamente y prosiguió su marcha.

—¡Esos cabrones están alejándose! —gritó Henry Mowat desde la *Albany*. En las balandras, los cánticos decayeron y se apagaron mientras los hombres veían que el enemigo daba la vuelta—. ¡No tienen agallas para luchar! —gritó Mowat.

—Bendito Dios —dijo Selby estupefacto. Su catalejo le mostró el nombre de la popa del barco que dirigía el ataque, y que ahora era la última embarcación de la retirada del enemigo—. *General Putnam* —leyó en voz alta—, ¿y quién demonios es el general Putnam? —preguntó.

Fuera quien fuese, ahora el barco bautizado en honor al general Putnam se alejaba del puerto, al igual que la fragata rebelde y los otros tres barcos. Se abatían todos hacia la marea ascendiente para regresar a su fondeadero.

—Bien, maldita sea —dijo Selby, plegando su catalejo.

A bordo de la *North* y de la *Albany*, y en la cubierta enarenada de la *Nautilus*, los marineros lanzaban vítores. Su enemigo estaba huyendo sin haber hecho un solo disparo. Mowat, que solía mostrarse adusto y serio, estaba riendo. Y el capitán Selby ordenó que se sirviera de inmediato una ración extra de ron. Al parecer, vería Ushant una vez más.

*

Los americanos de la playa eran los generales Lovell y Wadsworth, el teniente Downs, de los Marines Continentales, y los cuatro mayores que iban a dirigir las compañías de la milicia colina arriba. Pero ahora estaba claro que no habría ningún ataque, porque los barcos del comodoro Saltonstall se estaban alejando. El general Lovell miraba con la boca abierta mientras los barcos viraban lentamente en redondo delante de la entrada al puerto.

—No —protestó ante nadie en particular.

Wadsworth no dijo nada. Se quedó mirando por su catalejo.

—¡Ha dado la vuelta! —exclamó Lovell como si no pudiera dar crédito a lo que estaba viendo.

—Ataquemos ahora, señor —apremió Downs.

—¿Ahora? —preguntó Lovell, perplejo.

—Los británicos estarán vigilando la bocana del puerto —dijo Downs.

—No —se quejó Lovell—, no, no, no... —Parecía derrotado.

—¡Ataquemos, por favor! —suplicó Downs. Desplazó la mirada de Lovell a Wadsworth—. ¡Vengamos al capitán Welch, ataquemos!

—No —Peleg Wadsworth apoyaba la decisión de Lovell. Cerró el catalejo y miró a la boca del puerto con gesto sombrío. Podía oír las ovaciones de las tripulaciones a bordo de las balandras.

—Señor... —empezó a rogar Downs.

—Necesitamos que ataquen todos los hombres —explicó Wadsworth—, necesitamos hombres atacando por la cresta y necesitamos cañonazos desde el puerto. —La señal para que el coronel Mitchell y el coronel McCobb comenzaran su avance era la vista de los barcos americanos enfrentándose a los británicos y parecía que aquella señal no se iba a dar por ahora—. Si atacamos nosotros solos, capitán —prosiguió Wadsworth—, McLean puede concentrar toda su fuerza al completo contra nosotros.

Habría un tiempo para el heroísmo, un tiempo para los golpes desesperados que inscribiría la gloria refulgente en una nueva página de la historia americana, pero no era éste el tiempo. Atacar en este momento sería matar hombres para nada y darle a McLean otra victoria.

—Tenemos que retirarnos al promontorio —dijo Lovell.

—Tenemos que retirarnos —repitió Wadsworth como su eco.

Empezó a llover aún con más fuerza.

*

Tardaron unas dos horas en llevar a los hombres y los dos cañones de cuatro libras de regreso al promontorio, y para entonces ya había caído la noche. La lluvia persistía. Lovell se refugió en la tienda de lona que había reemplazado su anterior cobijo.

—¡Tiene que haber alguna explicación! —se quejó, pero no habían llegado noticias de la flota.

Saltonstall había avanzado hacia el enemigo y después, en el último momento, había dado la vuelta. Había rumores de que desde el río se habían avistado barcos desconocidos mar adentro, pero nadie había confirmado la información. Lovell confiaba en recibir una explicación, pero el comodoro no despachó ninguna, así que enviaron al mayor Todd en busca de una respuesta. Botaron una lancha desde el transporte más cercano y Todd fue transportado por remeros hacia el sur, donde las lámparas de los buques de guerra atravesaban brillantes la húmeda oscuridad.

—¡Ah de la *Warren*! —gritó el timonel desde la lancha, que abarloó con un golpe en el casco de la fragata. Unas manos aparecieron por encima de la borda para ayudar al mayor Todd a subir a bordo.

—Espérenme aquí —ordenó Todd a la tripulación de la lancha.

Después siguió al teniente Fenwick por la cubierta de la fragata, pasó junto a los grandes cañones, que aún llevaban sus inscripciones en tiza, y entró en el camarote del comodoro. El gabán y el sombrero de Todd estaban goteando, y sus botas chapoteaban sobre la alfombra ajedrezada de lona.

—Mayor Todd —fue el saludo de Saltonstall a la llegada de Todd. El comodoro estaba sentado a su mesa con un vaso de vino. Cuatro velas de esperma de ballena sobre delicadas palmatorias de plata iluminaban el libro que estaba leyendo.

—El general Lovell le envía saludos, señor —Todd empezó con aquella mentira diplomática—, y pregunta por qué no se llevó a cabo el ataque.

Evidentemente, Saltonstall lo consideró una pregunta brusca en exceso, porque echó su cabeza hacia atrás desafiante.

—Ya envié un mensaje —dijo, mirando hacia los paneles de la puerta justo por encima del hombro de Todd.

—Lamento decir que no llegó ninguno, señor.

Saltonstall marcó la página del libro con una tira de seda; luego volvió a centrar su atención en la puerta del camarote.

—Se avistaron barcos desconocidos —dijo—. No creo que quieran ustedes que me enfrente al enemigo con barcos extraños en mi retaguardia.

—¿Barcos, señor? —preguntó Todd, con la esperanza de que fueran los refuerzos de Boston. Quería ver un regimiento de soldados entrenados con sus banderas ondeando y redobles de tambores, un regimiento que pudiese asaltar el fuerte y barrerlo del territorio de Massachusetts.

—Barcos enemigos —dijo Saltonstall en tono funesto.

Hubo un breve silencio. La lluvia repicaba en la cubierta de arriba y un cronómetro hacía un tic-tac casi indistinguible dentro de su caja.

—¿Barcos enemigos? —repitió débilmente Todd.

—Tres fragatas en vanguardia —prosiguió Saltonstall implacable—, y detrás viene un navío de línea con dos fragatas más. —Volvió a prestar atención a su libro,

quitándole el marcapáginas de seda.

—¿Está usted seguro? —preguntó Todd.

Saltonstall le dedicó una mirada de lástima.

—El capitán Brown, del *Diligent*, es capaz de reconocer los colores enemigos, mayor.

—Entonces, ¿qué...? —Comenzó Todd, pero luego pensó que no tenía sentido preguntarle al comodoro qué sucedería ahora.

—Nos retiramos, por supuesto —Saltonstall había adivinado la pregunta inacabada—. No tenemos otra elección, mayor. El enemigo ha fondeado para pasar la noche, pero ¿y por la mañana? Por la mañana tendremos que remontar el río para buscar una posición defendible.

—Sí, señor —Todd dudaba—. Me perdonará usted, señor, pero debo informar al general Lovell.

—Sí, hágalo. Buenas noches —le despidió Saltonstall, al tiempo que pasaba página.

Todd fue transportado a la playa. Subió la resbaladiza cuesta dando tumbos en la oscuridad, y se cayó dos veces, de forma que cuando se presentó en la improvisada tienda de Lovell estaba tan mojado como embarrado. Su semblante le transmitió a Lovell las noticias, noticias que Todd relató de todas formas. La lluvia repiqueteaba en la lona y siseaba en la hoguera del exterior mientras el mayor hablaba de la flota británica recién llegada que estaba anclada al sur.

—Parece ser que han acudido en gran número, señor —dijo Todd—, y el comodoro cree que debemos retirarnos.

—Retirarnos —suspiró Lovell con un gesto sombrío.

—Por la mañana —dijo Todd—, si hay viento suficiente, el enemigo vendrá hacia aquí, señor.

—¿Una flota?

—Cinco fragatas y un navío de línea, señor.

—Dios bendito.

—Parece ser que nos ha abandonado, señor.

Lovell parecía haber recibido una bofetada, pero de repente se enderezó.

—¡Todos los hombres, todos los cañones, todos los mosquetes, todas las tiendas, hasta la última miga de suministros, todo! ¡Embarcamos esta noche! Avise al general Wadsworth y al coronel Revere. Dígales que no dejaremos nada al enemigo. Ordene que se evacúen los cañones de Cross Island. ¿Me ha oído? ¡No le dejaremos nada al enemigo! ¡Nada!

Había un ejército que salvar.

*

Llovía. Era una noche sin viento, así que la lluvia caía con fuerza y derecha,

convirtiendo la tosca pista zigzagueante del extremo norte del cantil en una rampa de barro. No había luz de luna, pero el coronel Revere tuvo la idea de encender fogatas al filo de la pista, y gracias a su luz se pudieron bajar los suministros a la playa, donde otros fuegos iluminaban las lanchas varadas en los guijarros.

Los cañones tenían que ser bajados a pulso por la pista. Se necesitaban cincuenta hombres para cada cañón de dieciocho libras. Unos tiraban de sogas para evitar que las armas se escaparan, mientras otros dirigían las inmensas ruedas de los arzones para bajar los cañones a la playa, donde unas gabarras esperaban para llevar la artillería de vuelta al *Samuel*. Desde los barcos llegaban luces que brillaban entre la humedad. La lluvia caía con ímpetu. Tiendas, cartuchos de mosquetes, barriles de harina, cajones de velas, picos, palas, armas, todo era transportado a la playa, donde los marineros cargaban sus embarcaciones y remaban hacia los transportes.

Peleg Wadsworth andaba dando tumbos entre los oscuros y húmedos árboles para asegurarse de que se llevaban todo. Portaba una linterna, pero su luz brillaba débilmente. Resbaló y cayó en una trinchera abandonada en el lindero del bosque. Recogió la linterna, que milagrosamente no se había apagado, y miró la oscuridad que rodeaba Fort George hacia el este. Un par de diminutos rayos de luz, difuminados por la lluvia, salían de las casas más abajo del fuerte, pero las defensas de McLean eran invisibles hasta que un cañón disparó y su llamarada repentina encendió toda la cresta antes de apagarse. El proyectil chocó contra los árboles. Los británicos disparaban un par de cañonazos cada noche, no con la esperanza de matar rebeldes, sino más bien para interrumpir su sueño.

—¿General? ¿General? —Era la voz de James Fletcher.

—Aquí estoy, James.

—El general Lovell quiere saber si se han retirado los cañones de Cross Island, señor.

—Le dije a Revere que se encargara de eso —respondió Wadsworth. ¿Por qué Lovell no le preguntaba directamente a Revere? Fue recorriendo la trinchera por dentro y se dio cuenta de que estaba vacía—. Ayúdeme, James —dijo, levantando un brazo.

Volvieron caminando entre los árboles. Se estaban llevando la mesa del general Lovell y unos hombres estaban desmontando el refugio en el que Wadsworth había dormido tantas noches. Dos milicianos echaban la hojarasca y las ramas en una de las hogueras del campamento, que se avivó deslumbrante entre una erupción de humo. Todos los fuegos del campamento estaban siendo avivados para que los británicos no se dieran cuenta de que los rebeldes se retiraban.

La lluvia amainó hacia el alba. De alguna manera, a pesar de la oscuridad y el mal tiempo, los rebeldes se las habían arreglado para rescatar todo lo que había en el promontorio, aunque hubo un conato de alarma cuando McCobb se dio cuenta de que el cañón de doce libras de la milicia del condado de Lincoln aún estaba en la Cabeza de Dyce. Enviaron hombres para recuperarlo mientras Wadsworth bajaba

cuidadosamente la pista resbaladiza por la lluvia.

—No les dejamos nada —le dijo el mayor Todd ya en la playa.

Wadsworth asintió agotado. Había sido un logro impresionante, lo sabía, pero no podía evitar preguntarse por el entusiasmo que habían demostrado los hombres para rescatar armas y suministros de la expedición, un entusiasmo que no había sido tan evidente cuando se les había ordenado que lucharan.

—¿Ha visto usted el cofre de las soldadas? —preguntó Todd nervioso.

—¿No estaba en la tienda del general?

—Supongo que debe de estar con la tienda —dijo Todd.

La lluvia paró de golpear y un amanecer gris y acuoso encendió el cielo por el este.

—Es hora de irse —dijo Wadsworth. Pero ¿adónde? Miró hacia el sur, pero el trozo de mar que se veía desde la bahía de Penobscot quedaba oculto por la bruma que escondía los barcos enemigos. Una gabarra esperó para llevarse el cañón de doce libras olvidado, y sólo quedaba otra barca en la playa para llevar a Todd y a Wadsworth a bordo de la *Sally*—. Es hora de irse —volvió a decir Wadsworth. Subió a la barca y dejó Majabigwaduce en manos de los británicos.

*

Ningún cañón disparó al amanecer. La lluvia de la noche había cesado, las nubes se habían retirado, el cielo estaba límpido, el aire quieto y no había niebla oscureciendo la cresta de Majabigwaduce. Sin embargo, ningún cañón disparaba desde las baterías rebeldes y ni siquiera se oía el más mínimo ruido de los piquetes rebeldes limpiando la pólvora humedecida por la noche en sus mosquetes. El brigadier McLean examinaba el promontorio a través de su catalejo. Cada poco tiempo, orientaba su lente hacia el sur, pero la bruma velaba aún la parte baja del río y era imposible saber qué barcos permanecían allí. La guarnición había visto aparecer unos barcos extraños al anochecer, pero nadie estaba seguro de si eran británicos o americanos. McLean volvió a mirar los bosques.

—Están muy tranquilos —dijo.

—Quizá se han largado —sugirió el teniente coronel Campbell, comandante en jefe del 74.º.

—¿Y si esos barcos son nuestros?

—Entonces nuestros enemigos tendrán el rabo entre las piernas —dijo Campbell— y estarán correteando por las colinas.

—Madre mía, puede que tenga usted razón. —McLean bajó el catalejo—. ¿Teniente Moore?

—¿Señor?

—Salude de mi parte al capitán Caffrae y dígame que haga el favor de llevarse a su compañía a un paseo de reconocimiento de las líneas enemigas.

—Sí, señor, ¿y, señor?

—Sí, puede usted acompañarle, teniente —dijo McLean.

Los cincuenta hombres salieron en fila del *abatis* y fueron hacia el oeste por la cresta, manteniéndose cerca del lado norte, donde los árboles estaban oscurecidos por la tromba de agua del día anterior. A su izquierda quedaban los tocones de los pinos caídos, muchos chamuscados por los cañonazos que habían quedado cortos. Hacia la mitad del camino entre el fuerte y las trincheras rebeldes, Caffrae introdujo a la compañía entre los árboles. Ahora avanzaban con cautela, todavía en dirección oeste, pero despacio, siempre alerta por si había piquetes rebeldes entre la vegetación. Moore deseó llevar una casaca verde como los marines enemigos. Se detuvo una vez, con el corazón desbocado, por un ruido inesperado a su derecha, pero sólo era una ardilla subiendo por un tronco.

—Creo que se han marchado —dijo Caffrae en voz baja.

—O quizás están siendo ingeniosos —sugirió Moore.

—¿Ingeniosos?

—Atrayéndonos a una emboscada.

—Ya nos enteraremos, ¿no le parece? —dijo Caffrae. Intentó mirar más adelante. Aquellos bosques habían sido su campo de juego cuando venía a alarmar a los rebeldes, pero raras veces había avanzado tanto por la cresta. Escuchó, pero no se oía nada—. Si nos quedamos, no le pondremos salsa al asado, ¿verdad? —bromeó—. Pues, adelante.

Siguieron caminando entre los árboles, aún a paso de caracol. Caffrae giró a la izquierda para poder ver el terreno clareado y se dio cuenta de que habían avanzado mucho más allá de las primeras trincheras rebeldes, y esas trincheras estaban vacías. Si se tratase de una emboscada, a estas alturas seguramente ya habrían caído sobre ellos.

—Se han marchado —dijo, intentando convencerse a sí mismo.

Ahora aceleraron el ritmo, avanzando a tramos de diez o quince pasos cada vez; después llegaron a un claro que evidentemente había sido el campamento rebelde. Troncos cortados rodeaban las cenizas húmedas de las hogueras, toscos refugios de ramas y hierba se alzaban a los bordes del claro y el foso de una letrina llenaba el bosque de detrás con su hedor. Los hombres inspeccionaron los refugios, pero no encontraron nada; después siguieron a Caffrae por una roza que llevaba al río. Moore vio un trozo de papel enganchado en la maleza y lo pescó con su espada. El papel estaba húmedo y se deshacía, pero pudo ver que alguien había escrito a lápiz el nombre de una chica. Adelaide Rebecah. El nombre había sido escrito una y otra vez por una mano rotunda e infantil. Adelaide Rebecah.

—¿Algo interesante? —preguntó Caffrae.

—Sólo un amor mal escrito —respondió Moore antes de tirar el papel.

Junto al camino, entre dos de los campamentos, había una hilera de tumbas, cada una marcada con una cruz de madera y cubierta de piedras para impedir que los animales sacaran arrastrando los cadáveres. Había nombres escritos con carbón sobre

las cruces. Isaac Fulsome, Nehemiah Eldredge, Thomas Snow, John Reardon. Diecisiete nombres en diecisiete cruces. Alguien había escrito las palabras «Por la Libertad» detrás del nombre de Thomas Snow, aunque se había quedado corto de espacio y la «d» final estaba torpemente escrita en una esquina del travesaño de la cruz.

—¡Señor! —gritó el sargento Logie—. ¡Señor! —Caffrae corrió junto al sargento—. Escuche, señor —dijo Logie.

Por un momento lo único que Caffrae pudo oír fue el agua goteando desde las hojas y el leve susurro de las suaves olas en la playa del cantil, pero después le pareció oír voces. Así que los rebeldes no se habían marchado. Las voces parecían provenir del pie del cantil y Caffrae condujo a sus hombres en esa dirección para descubrir un camino abierto en la abrupta pendiente. El camino estaba lleno de marcas de ruedas porque así había sido como habían subido los cañones al promontorio y como los habían bajado después, y aún había un cañón en la playa. Al llegar al borde del cantil, Caffrae vio una barca varada y a unos hombres tirando del cañón con esfuerzo al final del camino.

—Nos haremos con ese cañón, muchachos —dijo—, así que ¡adelante!

Una docena de rebeldes arrastraba el arma de doce libras por la playa, pero los surcos del camino estaban llenos de agua y el cañón era pesado, y además los hombres estaban cansados. Entonces oyeron ruido por encima de ellos y vieron las casacas rojas destacando entre los árboles.

—¡Suelten el cañón! —ordenó el oficial de los rebeldes.

Se reunieron alrededor del cañón, levantaron la pesada pieza metálica fuera de su armón y cruzaron la playa a trompicones con su carga. Los casacas rojas corrían dando voces. Los rebeldes casi llenaron de agua su lancha cuando lanzaron el cañón a popa, pero la embarcación permaneció a flote. Saltaron a bordo y los marineros empezaban a remar cuando el primer escocés pisó la playa. Un rebelde tropezó al intentar desembarancar la lancha. Perdió pie y cayó a plomo en el agua justo cuando los remos se hundían y alejaban la embarcación de la orilla. Sus compañeros tendieron los brazos hacia él mientras él intentaba vadear y alcanzar la lancha que se alejaba, pero la distancia era mucha y una voz con acento escocés le ordenó que volviera a la playa. Era prisionero, pero el cañón se había salvado. La lancha se alejó aún más de la tierra cuando los restantes hombres de Caffrae irrumpieron en la playa, donde uno de ellos, un cabo, levantó el mosquete.

—¡No! —gritó Caffrae—. ¡Deje que se vayan!

No fue piedad, sino precaución, porque algunos de los barcos de transporte llevaban pequeños cañones y la playa quedaba dentro del campo de tiro. Disparar un mosquete era invitar a que respondieran con un cañón lleno de metralla. El mosquete bajó.

Moore se detuvo junto al armón abandonado. Delante de él estaban la bahía de Penobscot y la flota rebelde. No había viento, por lo que la flota aún estaba anclada.

El sol ya se había levantado por el horizonte y hacía un día claro como el cristal. La bruma del alba se había disipado, así que ahora Moore pudo ver la segunda flota, más pequeña, hacia el sur, a lo lejos, y en el corazón de aquella pequeña flota había un gran navío, un navío con dos cubiertas de cañones, un barco mucho mayor que cualquiera de los que poseían los rebeldes, y por el tamaño del barco Moore comprendió que la Marina Real había llegado.

Los rebeldes se marchaban de Majabigwadu.

*

Peleg Wadsworth había rogado muchas veces al general Lovell que se prepararan justo para aquella emergencia. Quería llevar hombres río arriba y encontrar un punto en tierra donde se pudiesen emplazar baterías y después, si los británicos enviaban una flota, los rebeldes podrían retirarse tras sus nuevas defensas y disparar contra los barcos perseguidores con su artillería, pero Lovell había rechazado todas y cada una de sus peticiones.

Ahora Lovell quería exactamente lo que Wadsworth le había pedido tantas veces. James Fletcher fue convocado a bordo de la cubierta de popa de la *Sally* y le preguntaron qué había río arriba.

—Hay unos diez u once kilómetros de bahía, general —le dijo Fletcher a Lovell—, y a continuación un río angosto. Hay unos treinta kilómetros navegables, pero después no se puede seguir.

—¿Y ese río tiene meandros a lo largo de esos treinta kilómetros? —preguntó Lovell.

—En algunos sitios, sí —respondió James—. Hay algunos canales rectos y hay giros tan retorcidos como la cola de Satanás.

—¿Las orillas son altas?

—En todo ese tramo, señor.

—Entonces, nuestro objetivo es encontrar un recodo en el río que podamos fortificar —dijo Lovell.

La flota rebelde podría refugiarse río arriba pasado el recodo, y todos los cañones que pudieran ser llevados a tierra se emplazarían en las elevadas orillas para destrozar los barcos de los británicos. De este modo la flota se salvaría y el ejército estaría protegido. Lovell sonrió arrepentido a Wadsworth.

—No me lo eche en cara, Wadsworth —dijo—. Ya sé que usted lo vio venir.

—Quisiera que no hubiese sido así, señor.

—Pero todo irá bien —le tranquilizó Lovell con absoluta confianza—. Con un poco de energía y dedicación nos salvaremos.

Poco se podía hacer mientras no hubiese viento para mover los barcos. Con todo, Lovell estaba satisfecho del trabajo de la noche. Todo lo que se podía haber salvado del promontorio, excepto un armón de artillería, había sido embarcado, y ese logro,

en una noche de lluvia y caos, era algo extraordinario. Era un buen presagio para la supervivencia del ejército.

—¡Tenemos toda nuestra cañonería —exclamó con énfasis Lovell—, a todos nuestros hombres y todos nuestros suministros!

—Casi todos nuestros cañones —corrigió el mayor Todd al general.

—¿Casi? —preguntó Lovell indignado.

—No se recuperaron los cañones de Cross Island —informó el mayor Todd.

—¡Que no se recuperaron! ¡Pero si di órdenes expresas de que debían ser retirados!

—El coronel Revere alegó que estaba demasiado ocupado, señor.

Lovell miró al mayor.

—¿Ocupado?

—El coronel Revere también alegó, señor —continuó Todd, deleitándose en la descripción de los defectos de su enemigo—, que sus órdenes ya no se aplicaban a él.

Lovell miró fijamente a su mayor de brigada.

—¿Que dijo qué?

—Aseguró que el asedio había sido abandonado, señor, y que por lo tanto él ya no estaba obligado a cumplir sus órdenes.

—¿Que no está obligado a cumplir mis órdenes? —preguntó Lovell sin conseguir creérselo.

—Eso es lo que alegó, señor —respondió Todd fríamente—. Así que me temo que esos cañones se han perdido, señor, a menos que tengamos tiempo de recuperarlos esta mañana. También lamento decirle, señor, que el cofre de las soldadas ha desaparecido.

—Ya aparecerá —dijo Lovell sin darle importancia, pues aún estaba digiriendo la descarada insolencia del teniente coronel Revere. ¿Que no estaba obligado a cumplir órdenes? ¿Quién se creía Revere que era?

—Necesitamos el cofre de las soldadas —insistió Todd.

—Aparecerá, estoy seguro —dijo Lovell irritado. Había sido un caos moverse en la oscuridad y había sido inevitable que algunas cosas hubiesen acabado en el barco de transporte equivocado, pero todo eso se podía resolver una vez que se descubriera y fortificara un fondeadero seguro—. Primero tenemos que recuperar esos cañones de Cross Island —insistió Lovell—. No dejaré nada a los británicos. ¿Me oye? ¡Nada!

No tenían tiempo ya para rescatar los cañones. Las primeras bocanadas de viento acababan de empezar a alborotar la bahía y la flota británica ya estaba levando anclas y soltando trapo. La flota rebelde tenía que moverse y una a una las anclas fueron izadas, las velas alzadas y los barcos, con ayuda de la marea alta, se retiraron hacia el norte. El viento era débil y caprichoso, apenas suficiente para mover la flota, así que algunos de los barcos más pequeños usaron sus largos remos de fresno para ayudarse en el avance, mientras que otros eran remolcados por gabarras.

La batería de Cross Island fue abandonada, pero todo lo demás se había salvado.

Todos los cañones rebeldes y sus suministros habían sido transportados por el barro de la pista en la lluviosa oscuridad, después llevados a fuerza de remo a bordo de los barcos de transporte y ahora esos barcos viraban hacia el norte, hacia los meandros del río y la seguridad.

Y detrás de ellos, entre los barcos de transporte y la flotilla de *sir* George Collier, los buques de guerra rebeldes se separaron para la acción y se repartieron lentamente por la bahía. Si los transportes eran el rebaño, entonces los buques de Saltonstall eran los mastines.

Se acercaban los lobos.

*

Los casacas rojas se congregaron en la Cabeza de Dyce para ver cómo se desarrollaba el espectáculo. El atento sirviente del brigadier McLean había llevado un tajuelo de ordeño hasta el cantil, y McLean le dio las gracias y se sentó para atender la inminente batalla. Sería una vista privilegiada de una escena poco común, pensó McLean. Diecisiete buques de guerra rebeldes esperaban a seis navíos de la Marina Real. Tres fragatas británicas abrían la marcha, mientras que la gran embarcación de doble cubierta y las otras dos fragatas avanzaban más despacio.

—Creo que ésa es la *Blonde* —dijo McLean, mirando la fragata más cercana con su catalejo—. ¡Pero si es nuestro viejo amigo el capitán Barkley!

A la derecha de McLean los diecinueve transportes rebeldes navegaban palmo a palmo hacia el norte. Desde aquella distancia, sus velas parecían colgar flácidas e impotentes, pero minuto a minuto se alejaban cada vez más.

La *Blonde* disparó sus cañones de proa. Para quienes observaban desde la orilla, parecía que su bauprés hubiera sido borrado por una creciente humareda. Un momento después el sonido de los dos cañones alcanzó el cantil. Un par de blancos surtidores aparecieron donde las balas se habían sumergido, a muy poca distancia de la *Warren*, que estaba en el centro de la línea rebelde. El humo se disipaba y flotaba sobre las naves británicas.

—¡Miren eso! —exclamó el teniente coronel Campbell.

Estaba señalando hacia la boca del puerto, donde habían aparecido las tres balandras de Mowat. Estaban virando sobre el ancla en el puerto para navegar de ceñida.

Desde que había oído que los rebeldes abandonaban el asedio, Mowat había estado recuperando sus cañones navales de los emplazamientos en tierra. Sus hombres habían trabajado duro y a toda prisa, desesperados por unirse al combate prometido en la bahía, y ahora, con sus bandas de babor ya restauradas, las tres balandras emprendían el camino para unirse a la flotilla de *sir* George. Unas gabarras se turnaban para alejar las anclas de las proas de las balandras, después soltaban las anclas y remolcaban las balandras hacia delante sobre el cabo del ancla mientras

tiraban de una segunda ancla más hacia delante para el siguiente tramo de avance. Salían del puerto virando sobre las anclas; y las bombas de achique de la *North* seguían borboteando y escupiendo; los tres barcos mostraban daños en sus cascos por los continuos bombardeos rebeldes, pero sus cañones estaban cargados y sus fatigadas tripulaciones ansiaban luchar.

La *Blonde* disparó de nuevo y una vez más las balas se hundieron a poca distancia de los barcos rebeldes.

—Dicen —apuntó McLean— que disparar los cañones levanta viento.

—Yo creía que era justo al contrario —replicó Campbell—, que los cañonazos calman el viento.

—Bueno, será una cosa o la otra —dijo McLean con alegría—, ¿o quizá ninguna de las dos? Pero recuerdo que fue un experto marino quien me lo aseguró. —Y quizá disparando los dos cañones de proa de la *HMS Blonde* hubiese levantado un vientecillo, porque los barcos británicos parecían estar aumentando su velocidad mientras se acercaban a la flota rebelde—. Va a ser un trabajo sangriento —dijo McLean.

Las tres fragatas más adelantadas eran superadas en mucho por el número de cañones rebeldes, aunque el *Raisable* no estaba mucho más atrás y sus inmensos cañones eran más que suficientes para sacar del agua a todos los buques de guerra rebeldes de un solo bandazo. Hasta la *Warren*, con sus cañones de dieciocho libras, no sería competencia para los cañones de treinta y dos libras de sus dos cubiertas.

—¡Mire usted —prosiguió McLean— que los marineros nos cuentan cosas extrañas! Tuve un capitán, cuando estuve en Portugal, que juraba y perjuraba que el mundo era plano. ¡Decía que había visto los arco iris por los bordes!

—El tipo que nos llevó a Halifax —dijo Campbell— nos contaba cuentos de sirenas. Decía que formaban rebaños como las ovejas y que los mares del sur están llenos de tetas y aletas de un horizonte al otro.

—¿De verdad? —preguntó ansioso el mayor Dunlop.

—¡Eso era lo que decía! ¡Tetas y aletas!

—Ay, mi madre —dijo McLean—, ya veo que tengo que navegar al sur. —Se enderezó en el tajuelo mientras examinaba las tres balandras—. ¡Oh, bien hecho, Mowat! —exclamó entusiasmado.

Las tres balandras habían empleado laboriosamente sus anclas para impulsarse fuera del puerto y ahora soltaban sus velas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el mayor Dunlop. Su pregunta había sido provocada por una sarta de brillantes banderines de señales que habían aparecido en la mesana de la *Warren*. Los banderines no significaban nada para los que observaban desde el cantil, a quienes ahora se habían unido la mayoría de los habitantes de Majabigwaduce, movidos por la curiosidad de observar un acontecimiento que seguramente daría fama a su pueblo.

—Los está llevando a la batalla, supongo —sugirió Campbell.

—Supongo que debe de ser eso —asintió McLean, aunque no veía qué otra cosa podían hacer los rebeldes aparte de lo que ya estaban haciendo.

Los diecisiete barcos del comodoro Saltonstall habían formado una línea con todas sus bandas apuntando a los barcos que venían, y eso daba a los rebeldes una tremenda ventaja. Podían disparar y disparar, con la tranquilidad de saber que sólo podrían devolverles el fuego los cañones de proa de las tres fragatas de delante. «La Marina Real —pensó el brigadier— tendrá que asumir dolorosas bajas antes de que el poderoso navío de dos cubiertas pueda demoler el desafío americano». Sin embargo, los americanos no estaban desafiando a nadie.

—¿Qué demonios? —preguntó McLean.

—Bendito sea —dijo Campbell, igual de sorprendido.

Porque el significado de la señal de Saltonstall fue de pronto evidente. No habría batalla, al menos no por parte del comodoro, porque uno por uno los barcos rebeldes estaban virando. Habían tendido sus velas y ahora corrían con el vientecillo. Corrían hacia el norte. Se alejaban a refugiarse en los meandros del río.

Seis barcos y tres balandras perseguían a treinta y siete embarcaciones.

Todos se alejaban deprisa.

*

Tres barcos rebeldes decidieron intentar llegar a mar abierto. El *Hampden*, con sus veinte cañones, era el más grande, mientras que el *Hunter* contaba con dieciocho cañones y el *Defence* sólo con catorce. Las órdenes del comodoro exigían que cada uno hiciera lo que pudiese para eludir al enemigo, así que los tres barcos viraron hacia el oeste por la bahía, con la intención de tomar el canal menos habitual hacia el oeste pasada Long Island y así seguir río abajo hasta el océano, que quedaba a veintiséis millas náuticas hacia el sur. El *Hunter* era un barco nuevo y tenía la reputación de ser el más rápido de la costa, mientras que Nathan Brown, su capitán, era un hombre astuto que sabía cómo aprovechar hasta la última gota de velocidad del casco de su barco. Corría un viento suave pero precioso, ni de cerca tanto como le hubiera gustado a Brown, pero aun así se notaba que su esbelto casco se movía más rápido que el *Hampden*, que, al ser mayor, tendría que haber sido la embarcación más veloz.

Unos banderines de señales ondearon en un penol a bordo del *Raisnable*. Por un momento fue difícil decir qué anunciaban aquellos banderines, porque no parecía haber cambios en la flota británica, pero entonces Brown vio que las dos fragatas de la retaguardia viraban lentamente hacia el oeste.

—Esos cabrones quieren echar una carrera —dijo.

Fue una carrera desigual. Quizá los dos pequeños barcos rebeldes fuesen naves rápidas y ligeras, pero tenían la desventaja de navegar de ceñida y las dos fragatas cortaron fácilmente el paso por el que los rebeldes tenían que virar. Dos cañonazos

disparados desde la *Galatea* fueron advertencia suficiente. Fueron disparos hechos a larga distancia y ambos rebasaron las cuadernas del *Defence*, pero su mensaje fue bastante claro. Intenten navegar por el hueco y sus barquitos recibirán los cañonazos de las bandas de dos fragatas, y para escapar pasando de largo aquellas fragatas los rebeldes necesitaban virar por el canal donde las fragatas esperaban. Se verían forzados a navegar a tiro de pistola de ellas y John Edmunds, el capitán del *Defence*, imaginó sus dos mástiles cayendo, su cubierta pringosa de sangre y su casco estremeciéndose bajo sus duros y despiadados disparos. Sus cañones eran simples cuatro libras y ¿qué podían hacer unos cuatro libras contra toda el costado de una fragata? Hubiera hecho el mismo daño arrojándole migas de pan al enemigo.

—Prefiero condenarme antes que dejar que esos cabrones me quiten mi barco — dijo.

Sabía que su intentona de salir navegando con el *Defence* eludiendo a las dos fragatas había fracasado, así que dejó que la proa del velero cayera a sotavento y después lo condujo, a toda vela, directamente a la orilla oeste de Penobscot.

—¡Joshua! —gritó a su oficial primero—. ¡Vamos a quemarlo! ¡Abre los barriles de pólvora!

El *Defence* encalló. Sus mástiles se inclinaron hacia proa cuando el casco rechinó sobre la playa de guijarros. Edmunds pensó que seguramente los mástiles caerían, pero los estáis de popa resistieron y las velas se sacudieron en las vergas. Edmunds retiró la bandera de popa y la dobló. Su tripulación esparcía pólvora y derramaba aceite por las cubiertas.

—A tierra, muchachos —gritó Edmunds, y pasó junto a sus ya inútiles cañones para detenerse en la proa. Sentía ganas de llorar. El *Defence* era su barco del alma, cuyo hogar era el mar abierto donde se había ganado su reputación dando caza a obesos mercaderes británicos para enriquecer a sus dueños, pero ahora estaba atrapado en una salida al mar bloqueada y era el momento de decir adiós.

Frotó eslabón y pedernal y dejó caer la tela carbonizada prendida sobre un reguero de pólvora. Después saltó por la borda y cayó a la playa. Cuando se volvió para ver arder su barco tenía los ojos llenos de lágrimas. Pasó un rato largo. Primero hubo más humo que fuego, pero después las llamas lamieron los aparejos embreados y ardieron las velas; los mástiles y las vergas fueron perfilados por el fuego de forma que el *Defence* parecía la embarcación del mismísimo diablo, un velero de aparejo de llamas, un desafiante barco de guerra navegando hacia el infierno.

—Dios maldiga a esos cabrones —dijo Edmunds con el corazón destrozado—, ¡a esos malditos cabrones hijos de puta!

El *Hunter* buscó cobijo en una angosta ensenada. Nathan Brown, su patrón, lo encalló con cuidado en el escaso espacio y ordenó que se echara un ancla mientras recogían trapo. Una vez que el barco estuvo asegurado, dijo a sus tripulantes que buscaran un refugio en tierra. Quizás el *Hunter* fuese una nave veloz, pero ni siquiera él podría rebasar las bandas de las dos fragatas enemigas y sus cañones de cuatro

libras no eran rival para la artillería británica, aunque Nathan Brown no se convencía de la necesidad de quemar la nave. Habría sido como asesinar a su esposa. El *Hunter* tenía magia en su maderamen, era rápido y ligero, un barco encantado, y Nathan Brown tenía la esperanza de que los británicos lo pasaran por alto. Rezó para que sus perseguidores siguieran navegando hacia el norte y para que, una vez hubieran pasado los navíos de la Marina Real, él pudiera desembarrancar el *Hunter* de la estrecha ensenada y zarpar de regreso a Boston, pero su esperanza se desvaneció enseguida cuando vio que dos lanchas atestadas de marineros salían de las fragatas británicas.

Brown había ordenado que sus hombres desembarcaran por si acaso los británicos intentaban destruir el *Hunter* a cañonazos, pero ahora parecía que el enemigo tenía la intención de capturarlo en lugar de destruirlo. Las abarrotadas lanchas estaban cada vez más cerca. Casi la mitad de la tripulación del *Hunter*, unos ciento treinta hombres, estaba armada con mosquetes, así que empezaron a disparar mientras las lanchas se acercaban a la nave varada. El agua salpicaba a los remeros por las balas, y al menos un marinero británico fue alcanzado y los remos de la lancha se trabaron por un instante, pero después las lanchas desaparecieron detrás del casco del *Hunter*.

Un momento después los marineros enemigos estaban a bordo del barco y ataron cabos de remolque a su popa. La traicionera marea lo apartó de la orilla y una bandera extranjera, la bandera más odiada, apareció en lo alto de su verga de sobremesana mientras era remolcada hacia el río. Ahora el *Hunter* era un barco de su majestad.

Justo hacia el sur, oculto a la vista de la tripulación de Brown por un saliente de tierra arbolada, la pólvora de la santabárbara del *Defence* explotaba, proyectando una oscura humareda sobre la tierra y una lluvia de maderas en llamas que cayó a la bahía y siseó, dando origen a pequeños incendios en tierra.

El *Hampden* era el mayor de los tres barcos que intentaron llegar al mar. Viendo el destino del *Hunter* y el *Defence*, su capitán, Titus Salter, viró en redondo para volver a la seguridad de los meandros del río. El *Hampden* había sido un préstamo del Estado de New Hampshire y era un buen barco, bien tripulado y con equipamiento caro, aunque no era una embarcación veloz y al final de la tarde la *Blonde* consiguió acercarse a ella y abrió fuego. Titus Salter viró el *Hampden* para que los diez cañones de su banda de estribor quedaran frente al enemigo y devolvió los cañonazos. Seis cañones de nueve libras y cuatro de seis descargaron sobre la *Blonde*, que era mucho mayor, y ésta respondió con sus cañones de doce y dieciocho libras. Después de la *Blonde* llegó la *Virginia* y añadió su fuego. Los cañones escupieron por encima de la bahía mientras la densa humareda ascendía para envolver los aparejos más bajos. Los hombres sudaban y tiraban de los cañones, después los refrescaron, los cargaron y los devolvieron a su posición, y luego tocaron sus fogones con los botafuegos y los grandes cañones retrocedieron y las balas rasas atravesaron sin piedad el casco del *Hampden*. Los proyectiles destrozaron las tracas y

clavaron astillas mortalmente afiladas en los cuerpos de los tripulantes. La sangre goteaba por las juntas de las tablas de cubierta. Las balas encadenadas surcaban el humo cortando obenques, estáis y cables. Las velas se retorcían y rasgaban cuando las palanquetas destrozaban sus lonas. El trinquete fue el primero, pues cayó sobre la proa del *Hampden* cubriendo con las velas rasgadas el cañón de proa, pero la bandera estadounidense ondeaba todavía y los cañones británicos seguían bombardeando el barco. Las fragatas se aproximaron más a su indefensa presa. Su poderosa artillería se concentró en el casco rebelde y la humareda de sus cañones de dieciocho libras envolvió al *Hampden*. El fuego rebelde se fue haciendo cada vez más lento porque los hombres caían muertos o heridos. Un costillar, machacado por un proyectil de dieciocho libras, yacía en medio de cubierta. Junto a los imbornales había una mano seccionada. Un mozo de camarote intentaba no llorar mientras un marinero apretaba un torniquete alrededor de su destrozado y sanguinolento muslo. El resto de su pierna estaba a unos tres metros de él, reducido a pulpa por veinte libras de bala rasa. Otra bala de dieciocho libras chocó contra un cañón de nueve y el sonido, similar al de una gran campana, se oyó en el remoto cantil de Majabigwaduce; el cañón fue arrancado de su plataforma y cayó sobre un artillero, que quedó tendido gritando, con las dos piernas aplastadas, y otro proyectil atravesó la regala y golpeó el palo mayor, que primero se tambaleó y luego cayó hacia popa, entre chasquidos y crujidos, partiendo estáis y obenques, mientras los hombres gritaban avisos; y los incansables proyectiles seguían llegando.

Quince minutos después de que la *Blonde* hubiera empezado el combate, Titus Salter comprendió que era suficiente. Arrió su bandera y los cañones se callaron, mientras la nube de humo flotaba sobre las aguas centelleantes por el sol y una tripulación triunfante salió de la *Blonde* para abordar el *Hampden*.

Los restos de la flota rebelde seguían navegando hacia el norte.

Hacia las estrecheces del río.

*

Los rebeldes no habían ocupado ningún edificio en Majabigwaduce y el doctor Eliphalet Downer, cirujano general de la expedición, se había quejado por tener que alojar a hombres malheridos en improvisados refugios construidos con ramas y lona de velas, así que los rebeldes habían establecido su hospital en lo que quedaba de los edificios de Fort Pownall, en Wasaumkeag Point, a unos ocho kilómetros río arriba y en la orilla opuesta a Majabigwaduce. Ahora, mientras los cañones disparaban sin cesar a través de la bahía, Peleg Wadsworth se llevó a cuarenta hombres para evacuar a los pacientes a la balandra *Sparrow*, que esperaba justo en la orilla. Los hombres, la mayoría de ellos con muñones vendados, o bien caminaban o bien eran transportados en parihuelas hechas con remos y casacas. El doctor Downer se quedó cerca de Wadsworth y observó cómo las distantes fragatas cañoneaban al *Hampden*.

—Y, ahora, ¿qué? —preguntó desolado.

—Iremos río arriba —respondió Wadsworth.

—¿A los bosques?

—Llévese el *Sparrow* lo más al norte que pueda —dijo Wadsworth—, y encuentre una casa adecuada para su hospital.

—Esos preparativos habría que haberlos hecho hace dos semanas —dijo Downer con enojo.

—Estoy de acuerdo —replicó Wadsworth. Él había intentado convencer a Lovell de que tomaran esas medidas, pero el general consideraba derrotista cualquier preparativo para una retirada—. Pero no se hicieron —prosiguió con firmeza—, así que ahora todos debemos hacerlo lo mejor que podamos. —Se volvió y señaló los pequeños pastos—. Habrá que matar esas vacas o espantarlas —añadió.

—Me aseguraré de que así sea —dijo Downer. Las vacas estaban allí para dar leche fresca a los pacientes, pero Wadsworth no quería dejar nada que pudiese ser útil al enemigo—. Así pues, me convierto en vaquero y matarife —se quejó con sarcasmo y amargura Downer—, después busco una casa río arriba ¿y espero a que me encuentren los británicos?

—Mi intención es levantar un fortín —explicó Wadsworth pacientemente—, para así mantener al enemigo en la parte baja del río.

—Si tienen ustedes tanto éxito en eso como lo han tenido en todo lo demás las últimas tres semanas —replicó Downer a modo de revancha—, sería mejor que nos pegáramos todos un tiro.

—Limítese a obedecer las órdenes, doctor —dijo Wadsworth en tono irritado. Había dormido un par de horas mientras la *Sally* navegaba hacia el norte, pero estaba cansado—. Lo siento —se disculpó.

—Lo veré río arriba —dijo Downer, y su tono de voz indicó que se arrepentía de las palabras que había dicho antes—. Váyase y haga su trabajo, general.

Los barcos de transporte estaban ahora en la parte norte de la bahía. La mayoría había permanecido anclada durante la marea baja y en ese momento aprovechaban la marea de la tarde y el vientecillo para avanzar hacia el estrechamiento del río. James Fletcher había explicado que la entrada al estrechamiento estaba marcada por un obstáculo, el escollo de Odom, que estaba en pleno centro de la corriente. Existían canales navegables a ambos lados de la roca, pero el propio escollo era un peligro para los barcos.

—Destrozaré el fondo de cualquier barco —le había dicho James a Wadsworth— y los británicos no intentarán rebasarlo a oscuras. Nadie podría intentar rebasar el escollo de Odom a oscuras.

Wadsworth estaba en la lancha de la *Sally*, en la que unos remeros los llevaban a Fletcher y a él hacia el norte desde Wasaumkeag Point. Los remeros estaban en silencio, igual que los cañones de las fragatas enemigas, lo que significaba que el *Hampden* había caído. Wadsworth se volvió para echar un vistazo. Era un anochecer

de verano y él estaba en medio de la mayor flota que los rebeldes hubieran reunido nunca, una flota inmensa, con sus velas reflejando con gran belleza la puesta de sol; y toda ella huía de la pequeña flotilla británica. Los barcos rebeldes se congregaban todos cerca del escollo. Las fragatas británicas disparaban de vez en cuando desde sus proas, y las balas se zambullían entre salpicaduras cerca de los barcos más atrasados. «Los lobos estaban reuniendo el rebaño —pensó Wadsworth con amargura—, y la *Warren*, más alta y más hermosa que todas las naves que la rodean, corre como las demás cuando su tarea, seguramente, sería virar en redondo y abrirse camino hacia la leyenda a base de cañonazos». —Allí está el *Samuel*, señor— James Fletcher señaló el velero, que casi había alcanzado la entrada al estrechamiento.

—Acérquenme al *Samuel* —ordenó Wadsworth al contramaestre de la lancha.

El velero remolcaba tanto la barcaza de Revere como una gabarra de fondo plano. Wadsworth se puso de pie y formó una bocina con las manos cuando su lancha se acercó al *Samuel*.

—¿Está el coronel Revere a bordo?

—Aquí estoy —respondió una voz profunda.

—Siga remando —le dijo Wadsworth al contramaestre, y después volvió a poner las manos en forma de bocina—. ¡Ponga un cañón en la gabarra, coronel!

—¿Que quiere qué?

Wadsworth marcó más las palabras.

—¡Que ponga un cañón en la gabarra! ¡Buscaré un sitio donde emplazarlo! —Revere gritó algo en respuesta, pero las palabras no llegaron a Wadsworth—. ¿Me ha oído, coronel? —gritó.

—¡Le he oído!

—¡Ponga un cañón en la gabarra! ¡Necesitaremos tener cañones en tierra cuando encontremos un lugar que defender!

De nuevo la respuesta de Revere fue incomprensible, pero ahora la lancha había adelantado al *Samuel* y Wadsworth confiaba en que Revere hubiese oído sus órdenes. Se sentó y vio cómo rompía el agua sobre el escollo allí donde las orillas del río, abruptas y cubiertas de árboles, se acercaban de golpe. La marea empezaba a bajar y las colinas robaban al suave viento gran parte de su poder. Una goleta y un barco habían fondeado sanos y salvos más allá del escollo y detrás de ellos muchos de los otros barcos eran remolcados por hombres cansados a bordo de lanchas.

—Lo que haremos —Wadsworth hablaba tanto para sí como para los hombres de su barca— será descubrir un lugar que podamos defender.

Le habían dicho que el río estaba lleno de meandros e imaginaba que habría un recodo brusco donde poder emplazar sus cañones en una orilla río arriba. Empezaría con uno de los cañones de Revere, porque una vez que estuviese en su sitio marcaría la nueva posición rebelde y al mismo tiempo que los barcos remontaban el río, podían dejar allí cañones, hombres y munición para que así por la mañana Wadsworth pudiese estar al mando de una batería considerable apuntando justo río abajo. Los

británicos que se acercaran se verían forzados a navegar directos hacia la artillería. El río era demasiado estrecho como para permitirles virar en redondo para usar las armas de sus costados, por lo que, o bien tendrían que navegar a través del furioso cañoneo, o bien, lo que era mucho más probable, anclarían y evitarían así el enfrentamiento que se les presentaba. La flota rebelde podría refugiarse tras el nuevo fortín mientras que el ejército acamparía en tierra y recuperaría su disciplina. Podrían abrir un camino hacia el oeste a través de los bosques para que pudieran llegar nuevos hombres, nueva munición y nuevos cañones, y reemprender así el asalto a Majabigwaduce.

Cuando era niño, Wadsworth amaba la historia de Robert Bruce, el gran héroe escocés que había sido derrotado por sus enemigos ingleses y que había huido a una cueva donde vio que una araña intentaba tejer su red. La araña fracasaba una y otra vez, pero volvía a intentarlo de nuevo hasta que por fin tuvo éxito, y la persistencia de aquella araña había inspirado a Bruce a intentarlo de nuevo y así consiguió su gran victoria. Ahora los rebeldes debían jugar a ser arañas e intentarlo otra vez, y seguir intentándolo hasta que al final los británicos se marcharan de Massachusetts.

Sin embargo, mientras la tripulación remaba río arriba con firmeza, Wadsworth tuvo la impresión de que el río apenas tenía curvas. Una isla, Orphan, dividía el río en dos canales y el escollo de Odom estaba en la rama navegable del oeste. La marea alta ayudaba a los remeros. Ahora se habían alejado bastante de los barcos, remontando durante una agradable tarde de verano un río revuelto y silencioso bordeado por árboles altos y oscuros.

—¿Dónde están esos meandros cerrados? —preguntó un Wadsworth nervioso a James Fletcher.

—Más arriba —dijo James Fletcher.

Las palas de los remos se hundían, empujaban y emergían goteando, y entonces, de repente, allí estaba el sitio perfecto. Delante de Wadsworth el río torcía abruptamente hacia el este, formando un codo en ángulo recto, y la pendiente que había sobre el meandro era lo bastante empinada como para detener cualquier ataque, pero no tan abrupta como para que no se pudiesen colocar cañones allí.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó Wadsworth.

Fletcher se encogió de hombros.

—¿La curva del río?

—Tendrá un nombre —dijo Wadsworth con vehemencia—, un nombre para los libros de historia. La curva de la Araña.

—¿De la araña?

—Es una vieja historia —dijo Wadsworth, pero no entró en detalles. Había encontrado el lugar para defender su posición, y ahora debía reunir tropas, armas y resolución—. Remen río abajo —ordenó a la tripulación.

Peleg Wadsworth se disponía a contraatacar.

*

Los buques de guerra rebeldes eran más rápidos que los transportes, y poco a poco adelantaron a los barcos más lentos, y, tras pasar junto al escollo de Odom, entraron en el estrechamiento del río. Todas las naves de guerra y casi la mitad de los transportes lograron pasar aquel cuello de botella, pero unos diez barcos más lentos aún estaban aislados en la bahía, donde la marea se retiraba, el viento decaía y el enemigo se acercaba. Cualquier marino sabía que hacía más viento en lo alto de un mástil que en la parte baja, y los mástiles de los navíos británicos eran más altos que los palos de los transportes, y las fragatas navegaban con las velas de sus juanetes hinchadas, aprovechando todo el beneficio de la ligera brisa que soplaba aquella límpida tarde. El sol estaba ya tan bajo que los cascos de las fragatas avanzaban ensombrecidos, pero sus altas velas reflejaban el deslumbrante sol. Navegaban hacia el norte, cada vez más cerca de los transportes llenos de hombres, armas y suministros, y destacando entre ellas estaba el inmenso *Raisnable*, el rey del río, con su poderosa artillería.

A muy poca distancia del escollo de Odom, en la orilla oeste, había una ensenada. La llamaban Mill Cove porque se había construido un aserradero en la desembocadura de un arroyo que desaguaba en la ensenada, aunque hacía mucho tiempo que el aserradero ya no estaba y sólo quedaba de él un esqueleto de vigas y una chimenea de piedra cubierta de enredaderas^[5].

La docena de transportes, casi detenidos y cada vez más amenazados por las fragatas, viraron hacia la ensenada. Avanzaban a remolque, pero ahora la corriente del río superaba la bajada de la marea y no podían abrirse camino por los estrechos canales a ambos lados del escollo, así que cruzaron la corriente hacia las aguas poco profundas de Mill Cove y aprovecharon el poco viento restante para hacer encallar sus proas. Los hombres saltaban por encima de las regalas. Llevando sus mosquetes y sus petates, vadearon hasta la orilla, se reunieron desconsolados junto a las ruinas del aserradero y vieron cómo ardían sus barcos.

Uno a uno, los transportes fueron pasto de las llamas. Todas aquellas naves eran valiosas. Los armadores de Massachusetts eran famosos por su destreza y se decía que un barco construido en Nueva Inglaterra podía superar cualquier embarcación construida en el Viejo Mundo y a los británicos les encantaba capturarlos. Los llevaban a Canadá, o quizá de vuelta a Gran Bretaña, los barcos se vendían en subastas y el dinero de la presa se repartía entre los marineros de los barcos que los habían capturado. Los buques de guerra podían ser comprados por el Almirantazgo, mientras que la fragata *Hancock* había sido comprada, así que el *Hampden* terminaría sus días como el *HMS Hampden*, y el *HMS Hunter* aprovecharía su velocidad de Nueva Inglaterra y sus cañones de Nueva Inglaterra para capturar contrabandistas en el canal de la Mancha.

Pero ahora los capitanes de los transportes americanos estaban negando a sus enemigos una victoria similar. No rendirían sus barcos a un tribunal de presas británico. Para evitar que eso sucediera, quemaron los transportes y las orillas de Mill Cove se encendieron con la luz de las llamas. Dos de los cascos incendiados salieron flotando hacia el centro del río. Sus velas, aparejos y mástiles ardían. Un palo mayor se derrumbó entre volutas ardientes de brillante fuego, y las chispas estallaban al anochecer mientras jarcias, velas y palos caían en cascada sobre el río.

El fuego hizo lo que la *Warren* y los otros buques de guerra no habían conseguido hacer, detuvo a los británicos. Ningún capitán acercaría su nave a un casco en llamas. Las velas, los aparejos embreados y los cascos de madera eran peligrosamente inflamables y una chispa transportada por el viento podía convertir uno de los orgullosos barcos de su majestad en una ruina carbonizada, por lo que la flota británica soltó anclas mientras el último viento de la tarde moría.

Río arriba, pasado el escollo de Odom, el resto de la flota rebelde se esforzó por seguir hacia el norte hasta que la corriente y la mortecina luz les obligó a fondear. En Mill Cove, cientos de hombres, sin órdenes ni oficiales seguros de lo que tenían que hacer, empezaron a caminar hacia el oeste. Tendrían que atravesar un territorio salvaje para llegar a sus remotos hogares.

Mientras, en Fort George, el brigadier general Francis McLean levantó un vaso y sonrió a los invitados que se habían reunido alrededor de su mesa.

—Brindo por la Marina Real, caballeros —dijo, y sus oficiales se levantaron, alzaron sus vasos de vino y repitieron el brindis del brigadier.

—¡Por la Marina Real!

De una carta del general Artemas Ward, comandante de la Milicia de Massachusetts, al coronel John Ward, 8 de septiembre de 1779:

El comandante de la flota ha sido excomulgado con campana, libro y vela...

El Teniente-Coronel Paul Revere está ahora bajo arresto por desobedecer órdenes y comportamiento poco marcial con tendencia a la cobardía.

Del diario del brigadier general Solomon Lovell, 14 de agosto de 1779:

Como llegaban los Barcos británicos los Soldados se vieron obligados a allegarse a la Orilla, y prender fuego a sus Barcos, intentar dar una descripción de este terrible Día está fuera de mi Alcance sería un Asunto apropiado para que alguna pluma magistral lo describiera con sus verdaderos colores, ver cuatro Barcos persiguiendo los diecisiete Velámenes de Naves Armadas nueve de las cuales eran robustos Navíos, los Transportes incendiados, Hombres Aguerridos saltando por los aires, Provisiones de todo tipo, y todo tipo de Suministros en la Orilla (al menos en pequeñas Cantidades) todos revueltos, y tantísima confusión como se puede llegar a

concebir.

Extracto de la carta del brigadier general Francis McLean a lord George Germaine, secretario de Estado de Su Majestad para las Colonias Americanas, agosto de 1779:

Sólo me resta procurar que se haga justicia al entusiasmo y el espíritu con el que todas las filas de nuestra pequeña guarnición soportaron la excesiva fatiga necesaria para mantener nuestra posición defendible. El trabajo se desarrolló bajo el fuego del enemigo con un ánimo que habría igualado al de los más antiguos soldados; desde el momento en que el enemigo abrió sus trincheras, los ánimos de los hombres crecían día a día, de forma que nuestra principal dificultad radicaba en contenerlos.

CAPÍTULO XIV

Peleg Wadsworth durmió en tierra, o mejor dicho estuvo tumbado en la orilla del río, aunque debió de cabecear, porque dos veces se despertó sobresaltado por sus vivaces sueños. En uno, era arrinconado por un minotauro con la cabeza de Solomon Lovell coronada por un par de cuernos de pesadilla de los que goteaba sangre. Al final se sentó con la espalda apoyada en un tronco y se echó una manta sobre los hombros, para mirar el oscuro río, que fluía lento y silencioso hacia el mar. A su izquierda, en dirección al mar, el cielo estaba encendido y él sabía que esa luz roja la proyectaban los barcos que aún ardían en Mill Cove. Parecía un amanecer furioso y le produjo una inmensa lasitud, así que cerró los ojos y suplicó a Dios que le diera la fuerza necesaria para hacer lo que fuera preciso. Aún había una flota y un ejército que rescatar, y un enemigo al que tenían que desafiar, así que mucho antes de que rompiera la aurora despertó a James Fletcher y a sus otros acompañantes. Ahora esos acompañantes eran Johnny Feathers y siete de sus indios, que tenían dos canoas de corteza de abedul. Las canoas surcaban las aguas con mucha más facilidad que las pesadas lanchas y los indios habían accedido de buena gana a dejar que Wadsworth las usara en su intento de organizar una defensa.

—Tenemos que ir río abajo —le dijo a Feathers.

La marea estaba subiendo otra vez y los barcos la aprovechaban para huir río arriba. Sus gavias estaban desplegadas a pesar de que ningún viento impulsaba las naves, que o bien flotaban corriente arriba sobre la marea o bien eran remolcadas por lanchas. Las canoas pasaron junto a seis embarcaciones y Wadsworth gritó a cada tripulación que llevaran el barco pasado el sitio donde el río giraba abruptamente hacia el este y después fondearan.

—Allí podemos defender el río —gritó, y a veces algún capitán respondía animado, pero casi siempre las hoscas tripulaciones recibían sus órdenes en silencio.

Wadsworth se encontró la *Warren* embancada donde el río se ensanchaba ligeramente haciendo que pareciera un lago. Otros tres buques de guerra estaban anclados cerca. Era evidente que la fragata esperaba la subida de la marea para flotar libremente del banco de fango.

—¿Quiere subir a bordo? —le preguntó Johnny Feathers.

—No.

Wadsworth no tenía estómago para una confrontación con el comodoro Saltonstall, que, según sospechaba, sería infructuosa. Saltonstall ya sabía cuál era su deber, pero Wadsworth consideraba que recordarle ese deber sólo provocaría desdén y ofuscación. Si había que salvar la flota y el ejército, tendrían que hacerlo otros hombres, y Wadsworth estaba buscando el medio para llevar a buen término esa salvación.

Lo encontró a quinientos metros de la *Warren*, donde el *Samuel*, el velero que llevaba la artillería de la expedición, estaba siendo remolcado hacia el norte por dos

lanchas. La canoa de Wadsworth se acercó al velero y él subió por encima de la regala del *Samuel*.

—¿Está aquí el coronel Revere?

—Se fue en su barcaza, señor —respondió un marinero.

—Espero que eso sea una buena noticia —dijo Wadsworth, y caminó hacia la popa, donde el capitán James Brown estaba de pie junto al timón—. ¿Embarcó el coronel Revere algún cañón en la gabarra? —le preguntó a Brown.

—No —respondió cortante Brown, señalando la media cubierta del barco, donde estaban los cañones colocados unos junto a otros.

—Entonces, ¿dónde está?

—Que me parta un rayo si lo sé. Recogió su equipaje y se marchó.

—¿Recogió su equipaje? —preguntó Wadsworth.

—Hasta el último cajón y fardo.

—¿Y sus hombres?

—Unos están aquí, otros se fueron con él.

—Dios mío —dijo Wadsworth.

Estuvo un momento sin saber qué hacer. El *Samuel* remontaba muy despacio la corriente. El río era tan angosto en esa parte que a veces las ramas de los árboles arañaban las vergas más bajas del velero. Wadsworth confiaba en que aquel cañón de Revere, colocado en la curva de la Araña, sería un hito para el resto de la flota y el primero de muchos que podrían detener a sus perseguidores británicos. —Seguirá usted remontando el río, ¿no?— le sugirió a Brown.

El capitán del *Samuel* soltó un amargado intento de carcajada.

—¿Qué otra cosa me sugiere que haga, general?

—A dieciséis kilómetros corriente arriba —explicó Wadsworth—, el río tuerce de golpe hacia la derecha. Necesito los cañones allí.

—Tendremos suerte si logramos recorrer tres kilómetros antes de que cambie la marea —dijo Brown—, o antes de que los condenados ingleses nos alcancen.

—¿Dónde está el coronel Revere? —exigió Wadsworth, y el capitán se encogió de hombros en respuesta. No había pasado junto a la barcaza blanca de Revere al descender el río, lo que significaba que el coronel y sus artilleros tendrían que haber bajado más por el río, y aquello le daba a Wadsworth una chispa de esperanza. ¿Habría decidido Revere fortificar algún lugar a orillas del Penobscot? ¿Estaría justo ahora buscando un sitio desde el que una batería podría golpear los barcos británicos? — ¿Le dio a usted alguna instrucción para la cañonería?

—Pidió su desayuno.

—¡Los cañones, hombre! ¿Qué quiere que se haga con los cañones?

Brown giró la cabeza lentamente, lanzó un salivazo de tabaco hacia un imbornal de babor y después volvió a mirar a Wadsworth.

—No lo dijo —respondió finalmente Brown.

Wadsworth regresó a la canoa. ¡Necesitaba a Revere! Necesitaba la artillería.

Quería una batería de cañones de dieciocho libras, los más grandes del ejército rebelde, y quería munición de la *Warren*, y quería también ver balas destrozando las cuadernas de las fragatas británicas. Por un instante pensó en volver a la *Warren*, que también tenía los grandes cañones que necesitaba, pero primero, decidió, descubriría qué intenciones tenía el coronel Revere.

—Hacia allá, por favor —le dijo a Feathers, mientras señalaba corriente abajo. Después iría a la *Warren* y exigiría que Saltonstall le diera a la artillería todos los proyectiles de dieciocho que necesitaran.

El sol, con su luz clara y vigorizante, ya había salido, el río centelleaba y el cielo sólo estaba manchado por la columna de humo de los barcos que aún ardían al sur del escollo de Odom. A quinientos metros del *Samuel* había todo un grupo de barcos fondeados, tanto transportes como buques de guerra, arracimados caóticamente donde el río se dividía cerca de la punta norte de la isla de Orphan. En la orilla este, un poco más arriba de la isla, había una pequeña población de la mitad de tamaño que Majabigwaduce.

—¿Qué es ese sitio? —voceó Wadsworth a James Fletcher, que iba en la segunda canoa.

—La plantación de Buck —respondió gritando James.

Wadsworth hizo un gesto para que los indios dejaran de remar. El río se curvaba allí y Wadsworth se preguntó por qué no había escogido esa zona como lugar para la defensa. Ciertamente, la curva no era tan pronunciada como el giro abrupto río arriba, pero a la luz de primera hora de la mañana aquel meandro parecía bastante agudo y en la orilla oeste, la opuesta a la plantación de Buck, había una alta escarpadura en torno a la que el *Penobscot* se curvaba. Necesitaba un lugar en la orilla oeste para que pudieran llegar suministros desde Boston en vez de transportarlos en barca por el río, y la escarpadura parecía un sitio bastante adecuado. Ya había hombres en tierra al pie de la escarpadura y había bastantes cañones a bordo de los barcos más cercanos. Todo lo que Wadsworth necesitaba estaba allí, así que señaló la reducida playa en la base de la elevación.

—Llévenme a tierra allí, por favor —dijo, y luego llamó a James Fletcher otra vez—. Tiene que volver usted río arriba y encontrar el *Samuel* —gritó—. Dígale al capitán Brown que lo traiga de vuelta río abajo. Dígale que necesito los cañones aquí.

—Sí, señor.

—Y después de eso vaya a la *Warren*. Dígale al comodoro que estoy levantando una batería aquí —señaló la escarpadura del oeste—, y dígale que estoy esperando que su barco se una a nosotros. ¡Dígale que necesitamos su munición de dieciocho libras!

—No le gustará que le diga eso.

—¡Dígaselo de todas formas! —gritó Wadsworth. La canoa varó en la playa y Wadsworth saltó a tierra—. Espérenme aquí, por favor —les dijo a los indios y a continuación atravesó la playa en dirección a los hombres que, desconsolados,

estaban sentados en la línea de marea alta.

—¡Oficiales! —gritó—. ¡Sargentos! ¡Vengan! ¡Oficiales! ¡Sargentos! ¡Vengan aquí!

Peleg Wadsworth sacaría el orden de aquel caos. Porque todavía seguía combatiendo.

*

El teniente Fenwick estaba obedeciendo las órdenes del comodoro Saltonstall, aunque con pesar en el corazón. La santabárbara principal de la *Warren* había sido vaciada a medias, y las cargas de pólvora estaban siendo repartidas entre la sentina y la cubierta principal. Había un montón creciente de sacos de pólvora sobre las piedras del lastre al pie del palo mayor en la oscuridad de la sentina, otro bajo el castillo de proa y un tercero bajo el camarote de Saltonstall. En cubierta había pilas de sacos alrededor de cada mástil. Las blancas mechas de combustión lenta se iban tendiendo al lado de cada montón, y las serpenteantes cuerdas de lona se encontraban en una maraña en la cubierta del castillo de proa.

—Lo que de ningún modo podemos permitir —le decía Saltonstall a Fenwick— es que el enemigo capture el barco.

—Por supuesto que no, señor.

—No permitiré que en mi barco ondeen los colores británicos.

—Por supuesto que no, señor —volvió a decir Fenwick—, pero ¿no podríamos seguir río arriba, señor? —añadió nervioso.

—Estamos encallados —dijo Saltonstall con sarcasmo.

—La marea está subiendo, señor —adujo Fenwick. Esperó, pero Saltonstall no hizo ningún comentario—. Y están los barcos franceses, señor.

—¿Están los barcos franceses, teniente? —preguntó Saltonstall en tono cáustico.

—Puede aparecer una flotilla francesa, señor.

—¿Está usted al tanto de los movimientos de la flota francesa, teniente?

—No, señor —respondió Fenwick, apocado.

—Pues obedezca amablemente mis órdenes y prepare el barco para su destrucción.

—Sí, señor.

Saltonstall caminó hasta el coronamiento. A aquella hora temprana, la luz era transparente y el aire estaba en calma. La lenta subida de la marea gorgoteaba en la línea de flotación de la *Warren*. Estuvo mirando río abajo, hacia el punto en el que un grupo de barcos estaba concentrado al pie de una escarpadura. Dos balandras se servían de la marea para remontar el río, pero al parecer la mayoría de las embarcaciones había decidido permanecer junto a aquel precipicio, por donde lanchas y gabarras desembarcaban suministros para la orilla oeste. Los barcos británicos no estaban a la vista y se presumía que estaban aún al otro lado del escollo de Odom,

donde el humo seguía empañando el cielo. La humareda ascendía en línea recta, pero Saltonstall sabía que en cuanto la columna de humo fuese barrida por el viento, balandras y fragatas enemigas empezarían a remontar la corriente.

Había sido un desastre, pensó enfurecido. Desde el principio hasta el fin, un maldito desastre, y a ojos del comodoro los únicos triunfos los había conseguido la Marina Continental. Habían sido los marines quienes habían capturado Cross Island y quienes habían encabezado la lucha para subir el cantil de la Cabeza de Dyce, y después de eso Lovell había temblequeado como un conejillo enfermo y había exigido que Saltonstall cargara sobre sus espaldas todo el peso del combate.

—Y si hubiéramos capturado las balandras, ¿qué? —preguntó el comodoro enojado.

—¿Señor? —preguntó un marinero que lo había oído.

—No estoy hablando con usted, maldita sea su sombra.

—Sí, señor.

¿Acaso Lovell habría capturado el fuerte si las balandras hubiesen sido capturadas? Saltonstall conocía la respuesta a esa pregunta. Lovell hubiera encontrado otro obstáculo para rehuir la lucha. Habría lloriqueado y gimoteado, y sin dar un paso. Habría exigido una batería en la luna. Habría cavado más trincheras. Menudo desastre.

La *Warren* vibraba a medida que la marea la iba levantando. Subía unos centímetros, volvía a asentarse y luego se estremecía una vez más. En un momento su proa avanzaría río arriba y tiraría del cable de su ancla. El teniente Fenwick miró esperanzado al comodoro, pero Saltonstall lo ignoró. Fenwick era un buen oficial, pero comprendía muy poco de lo que se estaban jugando allí. La *Warren* era una valiosa pieza de equipamiento, una fragata bien construida y bien armada, y a los británicos les encantaría colgar su maldita bandera de su popa e incluirla en su flota, pero Saltonstall hubiera preferido ser condenado al círculo más profundo del infierno antes que permitir que eso sucediera. Ésa era la razón por la que Saltonstall había evitado entrar en combate el día anterior. Oh, podría haber sacrificado a la *Warren* y la mayoría de los otros barcos de guerra rebeldes para dar más tiempo a que los transportes escaparan del enemigo, pero al hacer ese sacrificio podían haber sido abordados y entonces la *Warren* se habría convertido en fragata de su majestad. Y estaba muy bien que Fenwick sugiriese navegar río arriba, pero la *Warren* tenía el mayor calado de toda la flota y no llegaría muy lejos antes de embarrancar de nuevo, y los británicos, al verlo, harían todo lo que pudiesen para capturarla.

—¡Se acerca un bote, señor! —gritó un contramaestre desde la media cubierta de la *Warren*.

Saltonstall resopló y se dio por enterado. Fue a esperar junto a la rueda del timón mientras la barca avanzaba con la marea. Echó un vistazo a la *Pidgeon*, una goleta de transporte que era remolcada corriente arriba, y se dio cuenta de que la corriente del río chocaba contra la marea y estaba haciendo pasar un mal rato a los remeros.

Después el bote golpeó el casco de la fragata y un hombre subió a cubierta y corrió a popa hacia el comodoro.

—Teniente Little, señor —se presentó a sí mismo—, teniente primero del *Hazard*.

—Ya sé quién es usted, teniente —dijo fríamente Saltonstall. En opinión del comodoro, Little era un provocador, un provocador impetuoso y poco reflexivo de la presunta Marina de Massachusetts, que, por lo que atañía al comodoro, no era nada más que una marina de pacotilla—. ¿Dónde está el *Hazard*? —preguntó Saltonstall.

—Río arriba, señor. Estaba echándole una mano al *Sky Rocket*, señor. —El *Sky Rocket*, un elegante barco corsario de dieciséis cañones, estaba varado junto a la escarpadura y esperaba a que subiera la marea—. El capitán Burke le envía saludos, señor —dijo Little.

—Pues dele usted los míos, teniente.

Little echó un vistazo a la cubierta. Vio los sacos de pólvora, las mechas y los combustibles apilados alrededor de los mástiles. Después volvió a mirar al impecable comodoro con sus brillantes botas de caña alta, sus calzones blancos, su chaleco azul, su levita azul y su limpio bicornio con brillante cadeneta de oro.

—El capitán Burke quiere órdenes, señor —dijo Little con voz seca.

—Se le ordena al capitán Burke que impida que su barco caiga en manos enemigas —respondió Saltonstall.

Little se estremeció y después se volvió tan de repente que Saltonstall se llevó una mano instintivamente a la empuñadura de su espada, pero el teniente tan sólo apuntó al lugar donde el río se curvaba bajo la escarpadura.

—¡Es ahí donde debería estar usted, señor!

—¿Se supone que ahora me dará usted órdenes, teniente? —La voz de Saltonstall sonó gélida.

—¡Ni siquiera ha disparado un cañón! —protestó Little.

—Teniente Little... —empezó a decir Fenwick.

—El teniente Little regresa a su barco —interrumpió Saltonstall a Fenwick—. Que tenga un buen día, teniente.

—¡Maldito sea! —gritó Little, y los marineros dejaron de trabajar para enterarse de lo que estaba sucediendo—. ¡Lleve su barco al meandro! —le espetó, señalando aún el lugar en que el río torcía alrededor de la elevación del oeste—. Ánclelo a proa y a popa. ¡Ponga cabos elásticos en sus anclas para que su banda apunte corriente abajo y luce contra esos cabrones!

—Teniente... —Comenzó Saltonstall.

—¡Por el amor de Dios, luce! —Little, oficial de la Marina de Massachusetts, estaba gritándole al comodoro a la cara, salpicándolo con su saliva—. ¡Desplace todos sus dieciochos a un lado! ¡Hagamos daño a esos cabronazos!

La cara de Little estaba sólo a cinco centímetros de Saltonstall cuando le gritó las últimas cinco palabras. Ni Saltonstall ni Fenwick dijeron nada. Fenwick agarró débilmente a Little por el brazo y Saltonstall sólo hizo un gesto de asco, como si de

pronto hubiese aparecido un excremento en medio de su sacra e inmaculada cubierta.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Little, esforzándose por controlar su ira—. ¡Después de la curva el río se estrecha, señor! ¡Un barco no puede virar en ese canal tan estrecho! Los británicos se verán forzados a avanzar en fila de a uno, con sus proas apuntando a nuestros cañones, y no podrán devolvernos los disparos. ¡No podrán disparar! ¡No podrán traer sus grandes navíos aquí arriba, tendrán que enviar fragatas, y si ponemos cañones allí, podemos masacrar a esos malnacidos!

—Le agradezco la sugerencia, teniente —dijo Saltonstall con profundo desdén.

—¡Oh, cobarde de mierda! —le espetó Little.

—¡Teniente! —Fenwick apretó el brazo de Little—. ¡No sabe con quién está usted hablando!

Little se soltó la mano del teniente de una sacudida.

—¡Sé muy bien a quién le estoy hablando —dijo con desprecio—, y sé dónde estoy, y también sé muy bien dónde está el puñetero enemigo! ¡No puede quemar el barco sin presentar batalla! ¡Démelo a mí! ¡Yo haré que combata como es debido!

—Buenos días, teniente —dijo Saltonstall inmutable.

Fenwick había hecho gestos a dos tripulantes que ahora estaban amenazantemente cerca del enfurecido Little. James Fletcher había subido a bordo durante la discusión.

—¡Salga de mi barco! —le gruñó Saltonstall a Fletcher, y luego se volvió hacia Little—. ¡Aquí mando yo! ¡En este barco cumple usted mis órdenes! Y mis órdenes son que se largue antes de que haga que lo encadenen.

—Venga a tierra —invitó Little al comodoro—, venga a tierra, maldito gallina, y le daré una paliza. De hombre a hombre, y el ganador se queda este barco.

—Quítenmelo de delante —dijo Saltonstall.

Little fue arrastrado hasta la regala. Se volvió una vez y escupió a Saltonstall, y luego le hicieron bajar a su lancha a empujones.

La *Warren* se tambaleó y quedó liberada del banco de arena. Un soplo de viento tocó la mejilla del comodoro Saltonstall e hizo ondear la insignia de la serpiente en la popa de la fragata. En el despejado cielo, el humo se movió y empezó a flotar hacia el noroeste.

Llegaban los británicos.

*

A la playa de debajo de la escarpadura habían llegado hombres de los transportes que estaban anclados o varados en el río. Ahora estaban sentados en la playa, desconsolados y sin líderes.

—¿Cuáles son sus órdenes? —preguntó Wadsworth a un sargento.

—No tengo ninguna, señor.

—¡Nos vamos a casa! —gritó un hombre enfadado.

—¿Y cómo? —quiso saber Wadsworth.

El hombre había levantado un petate cosido en lona de vela.

—Como podemos. A pie, supongo. ¿A cuánta distancia estamos?

—Más de trescientos kilómetros. Y usted no se va a casa, todavía no — Wadsworth se volvió hacia el sargento—. Haga que sus hombres formen, aún tenemos un combate que librar.

Wadsworth caminó por la playa gritando a oficiales y sargentos que reunieran a sus hombres. Si se podía detener a los británicos en aquel recodo, entonces habría una buena oportunidad de reorganizar al ejército río arriba. Se podían cortar árboles, levantar un campamento y emplazar cañones para detener cualquier asalto británico. Lo único que se necesitaba era una defensa firme en aquella mañana tan soleada. Mientras recorría la orilla corriente abajo, Wadsworth vio que el río se estrechaba en un valle que corría casi derecho hacia el sur hasta el escollo de Odom, a unos seis kilómetros de allí. El propio río medía unos trescientos pasos de anchura, pero era una medida engañosa, porque la parte navegable era mucho más angosta y los barcos británicos tendrían que arrastrarse por ese canal en fila de a uno, de forma que las vulnerables proas de los primeros barcos estarían apuntadas directamente a la escarpadura. ¡Cuatro cañones bastarían para hacer todo el trabajo! Ordenó a los capitanes de la milicia que despejaran un saliente en la pendiente de la escarpadura y, cuando se quejaron de que no tenían hachas o palas, les espetó que buscaran una barca y revisaran los barcos de transporte para encontrar las herramientas necesarias.

—¡Trabajen un poco! ¿O es que quieren irse a casa y contar a sus hijos que huyeron de los británicos? ¿Alguien ha visto al coronel Revere?

—Se fue río abajo, señor —respondió un hosco capitán de milicia.

—¿Río abajo?

El capitán señaló el largo y estrecho valle donde el último barco americano, una goleta, intentaba alcanzar al resto de la flota que aún estaba reunida cerca de la escarpadura. Su gran vela de mesana estaba ceñida a babor para atrapar el vientecillo que por fin empezaba a soplar por rachas sobre la superficie del río. Cuatro de los tripulantes de la goleta estaban empleando larguísimos remos para intentar acelerar su avance, pero los remos se hundían en el agua y su impulso era patéticamente lento. Después Wadsworth vio por qué estaban usando los largos remos. Detrás de la goleta había un barco mucho mayor, un barco con más velas y mástiles más altos, un barco que de repente disparó sus cañones de proa para llenar el valle de humo y del eco de sus dos cañonazos. Las balas no habían sido apuntadas a la goleta, sino a ambos lados de su casco como señal de que debía arriar su insignia y dejar que sus perseguidores británicos la capturaran como trofeo.

Wadsworth corrió hacia la playa. Había hombres en la proa de la goleta haciendo señales como locos. No tenían chalupas ni barcas de ningún tipo, y querían que los rescataran, y allí, a menos de cincuenta pasos, estaba la barcaza blanca de Revere con su propia tripulación de remeros. Remontaba el río delante de la goleta, prueba de que Revere había ido corriente abajo, quizá con la esperanza de escapar pasando

junto a los barcos británicos, pero, al descubrir la inutilidad de tal esperanza, había sido obligado a volver hacia el norte. Wadsworth pudo ver al propio teniente coronel Revere en la bancada de la barcaza, así que se detuvo al borde del agua y usó sus manos como bocina.

—¡Coronel Revere!

Revere indicó con la mano que había oído el saludo.

Wadsworth señaló la goleta que ya había reconocido como la *Nancy*.

—¡La tripulación de la *Nancy* necesita rescate! ¡Acerque su barcaza y recójalos!

Revere se giró en su banco para mirar a la *Nancy*, y después se volvió hacia Wadsworth.

—¡Ahora no tiene usted ningún derecho para darme órdenes, general! —gritó Revere, luego dijo algo a su tripulación, que siguió remando corriente arriba, alejándose de la ya condenada *Nancy*.

Wadsworth se preguntó si no le habría entendido.

—¡Coronel Revere! —le gritó lenta y claramente para que no pudiese haber malentendidos—. ¡Acerque su barcaza a la *Nancy* y recoja a sus tripulantes! —La goleta no tenía mucha tripulación y en la barcaza había espacio suficiente para sus marineros.

—Estuve bajo su mando mientras duró el asedio —gritó en respuesta Revere—, pero el asedio acabó y con eso terminó su autoridad.

Por un segundo, Wadsworth no pudo creer lo que acababa de oír. Miró fijamente al fornido coronel y después se apoderaron de él la rabia y la indignación.

—¡Por el amor de Dios, hombre, son americanos! ¡Vaya a rescatarlos!

—Tengo mi equipaje aquí —respondió Revere gritando, y señaló una pila de cajas cubiertas por una lona—. ¡No estoy dispuesto a arriesgar mi equipaje! Que tenga un buen día, Wadsworth.

—Usted... —empezó Wadsworth, pero estaba demasiado furioso para terminar.

Se dio la vuelta y caminó por la playa para mantenerse a la altura de la barcaza.

—¡Le estoy dando una orden! —le gritó a Revere. Los hombres de la playa observaban y escuchaban—. ¡Rescate a esa tripulación!

La fragata británica que iba detrás de la *Nancy* disparó sus cañones de proa otra vez y las balas pasaron rozando el casco, levantando grandes surtidores de agua del río.

—¿No lo ve? —gritó Revere cuando el eco de los cañonazos se había apagado—. ¡No puedo arriesgar mi equipaje!

—¡Le prometo que lo arrestaré, coronel! —gritó a su vez Wadsworth descontrolado—. ¡A menos que obedezca mis órdenes!

—¡Ya no puede darme órdenes! —dijo Revere, casi alegrándose—. Todo está más que acabado. ¡Buen día, general!

—¡Quiero sus cañones en la escarpadura de ahí delante!

Revere hizo un gesto desdeñoso con la mano hacia Wadsworth.

—Sigan remando —ordenó a sus hombres.

—¡Haré que lo arresten! —vociferó Wadsworth.

La gabarra siguió alejándose, el equipaje del teniente coronel Revere estaba a salvo.

*

La *Galatea* iba a la cabeza de las fragatas británicas. En su proa había un mascarón de Galatea, con su piel pintada tan blanca como el mármol en el que la mítica estatua había sido tallada. En el mito, ella había cobrado vida del mármol y ahora remontaba el río, desnuda excepto por un retazo de seda que le cubría las caderas, y su desafiante cabeza estaba levantada para mirar hacia delante con unos ojos azules sobrecogedores. La fragata navegaba sólo con sus gavias y sus juanetes, y las altas velas atrapaban hasta el viento más suave que llegara desde el sur. Delante de ella reinaba el caos, y la *Galatea* hacía que el caos empeorase. La goleta *Nancy* había sido abandonada, pero una tripulación británica aseguró la embarcación y usó las anclas de la goleta para arrastrarla hacia la orilla este del río, para que la *Galatea* y la *Camille*, que seguía a la *Galatea*, pudieran pasar. La ninfa y sus ojos azules se desvanecieron tras una súbita profusión de humo cuando los dos largos cañones de nueve libras de proa dispararon desde la fragata. Las balas saltaron sobre el agua hacia la masa de barcos rebeldes. Los marines de casaca roja esperaron en el castillo de proa a que la humareda del cañoneo se disipase, y luego empezaron a disparar con sus mosquetes a los hombres de la orilla oeste del río. Disparaban a mucha distancia y ninguna de las balas llegaba a su objetivo, pero la playa se vació enseguida, pues los hombres buscaron refugio entre los árboles.

Y entonces hubo más humo, mucho más humo. No procedía de los cañones británicos, sino de los fuegos a bordo de los barcos rebeldes. Los capitanes golpeaban eslabón y pedernal y encendían sus mechas, o si no prendían fuego en la yesca formada por los materiales inflamables apilados bajo las cubiertas y alrededor de los mástiles. Unas barcas se alejaban hacia la orilla mientras el humo empezaba a salir por las escotillas.

La *Galatea* y la *Camille* echaron las dos sus anclas de popa y achicaron sus gavias. Ningún barco se arriesgaría a entrar navegando en un infierno. Al fuego le encantaba la madera, la brea y la lona, y todo marinero temía mucho más al fuego que lo que temía al mar, así que las dos fragatas se detuvieron en el río, elevándose suavemente con la subida de la marea, y sus tripulantes vieron cómo el enemigo se destruía a sí mismo.

Los orgullosos barcos ardían. Ardían los esbeltos buques corsarios y los pesados transportes. La humareda se espesaba convirtiéndose en una densa nube, oscura como el plomo, que bullía en el cielo de verano, y entre el humo había salvajes lenguas de fuego que saltaban y se extendían. Cuando el hambriento fuego encontraba nueva

madera, a veces explotaba y la luz resplandecía sobre el agua y nuevas llamas aparecían en las jarcias. Los aparejos ardían, y todo barco velero, balandra y goleta se perfilaba contra el fuego hasta que un mástil se quemaba y después, muy despacio, un enrejado de llamas caía, lanzando chispas hacia arriba mientras las vergas y los cabos se arqueaban hacia atrás, el río siseaba y de él emanaba vapor mientras el mástil se hundía.

El *Sky Rocket*, un corsario de dieciséis cañones, estaba varado justo más allá de la escarpadura y, con las prisas para evacuar la elevación, había embarcado los restos de municiones de las abandonadas baterías rebeldes. Su bodega estaba llena de pólvora, y cuando el fuego encontró la pólvora el *Sky Rocket* explotó. La fuerza de la onda expansiva estremeció el humo de los otros barcos incendiados, lanzó maderas y velas ardiendo por los aires donde, como cohetes, volaron dejando una miríada de rastros de humo curvándose hacia lo lejos por encima del río. El ruido fue físico, una pulsación de sonido que se oyó en Fort George, y después explotaron más santabárbaras, como siguiendo el ejemplo del *Sky Rocket*; los cascos se tambalearon, el vapor se mezcló con la agitada humareda y las ratas gritaron en las infectas sentinas mientras el fuego arrollador rugía como una caldera fuera de control.

En tierra, los hombres lloraban por sus barcos perdidos y el calor abrasador de la explosión tocó los rostros de los marineros que, asombrados, miraban desde la cubierta del castillo de proa de la *Galatea*. Velas ardientes, con sus drizas calcinadas, caían sobre las cubiertas incendiadas y otros cascos se tambalearon cuando el fuego alcanzó más pólvora y reventó los barcos de madera en pedazos. Los cables de las anclas se partían y los barcos de fuego se movían a la deriva, sus cascos chocaban, sus llamas se mezclaban y crecían, el humo se hacía más espeso y se elevaba aún más arriba. Algunos barcos habían dejado sus cañones cargados y ahora esos cañones disparaban contra la flota incendiada. Los cañones atravesaban las cubiertas en llamas. La caldera rugía, los cañones disparaban y el río siseaba al mismo tiempo que los restos se hundían en el agua ennegrecida de cenizas donde aún flotaban restos carbonizados.

Más allá de la escarpadura, aún anclada aunque estuviera ya bien a flote, estaba la *Warren*, abandonada. Era mayor que la *Galatea* o la *Camille*. Tenía treinta y dos cañones frente a los veinte de cada una de ellas, aunque no había ninguna ninfa desnuda protegiendo su proa. Había sido construida en Providence, Rhode Island, y fue bautizada así en honor a Joseph Warren, el doctor de Boston que había desencadenado la rebelión al enviar unos jinetes para que avisaran en Lexington y en Concord de la llegada de fuerzas británicas. Warren había sido un patriota y una inspiración. Fue nombrado general de la milicia rebelde, pero, como su nombramiento no había llegado, luchó como soldado en Bunker Hill y allí había muerto, así que el nombre de la fragata era un tributo a él, y, desde que la botaron, había capturado diez ricos barcos mercantes británicos. Era una máquina letal con un armamento pesado para los parámetros de otras fragatas, y sus grandes cañones de

dieciocho libras eran mayores que cualquier otro cañón que hubiese a bordo de las fragatas británicas.

Sin embargo, ahora, mientras los últimos hombres de su tripulación remaban a tierra, la *Warren* ardía. Dudley Saltonstall no miró atrás para ver el humo y, una vez en tierra, se internó directamente en los bosques para que los árboles ocultaran la vista de la fragata incendiada, de las llamas extendiéndose deprisa por sus aparejos, de las velas recogidas estallando entre llamaradas, de las chispas elevándose y cayendo.

Los barcos ardían a lo largo del río. No quedaba ninguno.

Peleg Wadsworth observaba en silencio. Los cañones que tendrían que haber mantenido a raya a los británicos se estaban hundiendo en el lecho del río y los hombres que tendrían que haber atacado y combatido estaban dispersos y sin líder. El pánico había estallado antes de que Wadsworth pudiera infundirles las ansias de resistir, y ahora la gran flota estaba ardiendo y el ejército se había desvanecido.

—Y, ahora, ¿qué? —preguntó James Fletcher.

El humo cubría el cielo como una mortaja.

—¿Recuerda usted la historia de Sidraaq, Misak y Abednego? —le preguntó Wadsworth—. De la Biblia.

James no se esperaba esa respuesta y se quedó sin palabras por un instante, luego asintió.

—Madre nos contaba ese cuento, señor —dijo—. ¿No eran esos hombres los que fueron arrojados al fuego?

—Y todos los hombres del rey los miraban y vieron que no sufrían daño en aquella caldera encendida —dijo Wadsworth, recordando el sermón que había oído en la iglesia del Cristo de Boston el día anterior a que la flota zarpara—. Las Escrituras nos dicen que el fuego no tenía poder sobre aquellos hombres —hizo una pausa mientras veía arder la fragata—. No tenía poder —volvió a decir, y pensó en su querida esposa y en el chico cuyo nacimiento esperaban; entonces sonrió de pronto James—. Ahora, venga —dijo—, usted y yo tenemos trabajo que hacer.

La pólvora que quedaba en la santabárbara de la *Warren* explotó. El palo mayor voló hacia arriba, despidiendo humo, chispas y fuego, el casco estalló por sus juntas iluminadas por las llamas, el súbito flogonazo iluminó el agitado río con su luz roja y la fragata desapareció. Todo había terminado.

De un decreto ley, Boston, fechado el 6 de septiembre de 1779:

Por tanto, se Ordena por la presente que el teniente coronel Paul Revere sea conducido Inmediatamente a Entregar el Mando de Castle Island y las demás Fortalezas del Puerto de Boston al capitán Pérez Cushing, y abandone el Castillo y las Fortalezas antedichas y regrese a su morada habitual en Boston y allí

permanezca hasta que el objeto de la queja pueda ser debidamente investigado...

De una petición de Richard Sykes a la Cámara de Representantes de Massachusetts, 28 de septiembre de 1779:

Su Demandante era [...] un Sargento de Marines a bordo de la Embarcación General Putnam cuando se hizo un ataque a uno de los reductos [...] su Demandante fue hecho Prisionero y fue trasladado de Penobscot a Nueva York en el Reasonable Man of War se le arrebató toda su ropa [...] Su Demandante ruega a sus Señorías le permitan recibir el Pago por las ropas que perdió... a saber, dos Camisas de Hilo tres Pares de Medias un par de Calzones de Piel de Ciervo un par de Calzones de Tela un Sombrero un Petate un Pañuelo un par de Zapatos.

Nota histórica

La expedición de Penobscot, de julio a agosto de 1779, es un hecho real y he intentado, dentro de las limitaciones de la ficción, describir lo que sucedió. La ocupación de Majabigwaduce pretendía establecer una provincia británica que sería llamada Nueva Irlanda y serviría como base naval y como refugio para los lealistas que huyesen de la persecución rebelde. El gobierno de Massachusetts decidió «capturar, matar o destruir» a los invasores, y para eso puso en marcha la expedición que a menudo se describe como el peor desastre naval de la historia de los Estados Unidos antes de Pearl Harbor. La flota que zarpó hacia el río Penobscot fue la mayor que reunieron los rebeldes durante la Guerra de Independencia. Las listas de barcos de varias fuentes difieren en los detalles, y asumo que dos o tres barcos de transporte tenían que haber partido antes de la llegada de *sir* George Collier, pero el grueso de la flota estaba presente, lo que lo convirtió en un terrible desastre tanto para la Marina Continental como para Massachusetts. El velero *Pallas*, de catorce cañones, había sido enviado a patrullar más allá de la desembocadura del río Penobscot, por lo que estaba ausente cuando llegaron los barcos de refuerzo de *sir* George Collier, y sólo este barco sobrevivió a la debacle. Dos barcos americanos, el *Hunter* y el *Hampden*, fueron capturados (algunas fuentes añaden la goleta *Nancy* y otros nueve transportes) y el resto de los barcos fueron incendiados. El doctor John Calef, desde su posición oficial de funcionario del Consejo de Penobscot (nombrado por los británicos), redactó una lista de treinta y siete barcos rebeldes capturados o quemados, lo que a grandes rasgos parece correcto.

La culpa del desastre había sido casi unánimemente cargada en los hombros del comodoro Dudley Saltonstall. Saltonstall no fue un héroe en Penobscot, pero desde luego no es suya toda la responsabilidad del fracaso de la expedición. Saltonstall fue juzgado por una corte marcial (aunque no existen registros del proceso, por lo que quizá nunca fue convocada), y fue expulsado de la Marina Continental. El otro único hombre que fue juzgado en corte marcial por su conducta en Majabigwaduce fue el teniente coronel Paul Revere.

Es una coincidencia extraordinaria que dos hombres presentes en Majabigwaduce en el verano de 1779 llegaran a ser asunto de famosos poemas. Paul Revere fue homenajeado por Longfellow, y es la presencia de Revere en Majabigwaduce lo que da a la expedición gran parte de su interés. Pocos hombres son tan reverenciados como héroes de la Revolución Americana. Hay una espléndida estatua ecuestre de Revere en Boston y, al menos en Nueva Inglaterra, es considerado el más destacado patriota de la región y un héroe revolucionario, aunque no debe su extraordinaria fama a sus acciones de Majabigwaduce, ni siquiera a su cabalgada a medianoche, sino al poema de Henry Longfellow, que fue publicado en la revista *The Atlantic Monthly* en 1861.

*Escuchad, hijos míos, y oiréis hablar
de la cabalgada a medianoche de Paul Revere.*

Los estadounidenses han estado oyendo hablar de la cabalgada a medianoche desde siempre, la mayoría ignorantes de que el poema hace caso omiso de los verdaderos hechos y atribuye a Revere el heroísmo de otros hombres. Esto fue deliberado: al escribir nada más estallar la Guerra Civil Americana, Longfellow se esforzaba en crear una leyenda patriótica, no en contar una historia cierta. Revere sí cabalgó para avisar en Concord y en Lexington de que los soldados británicos marchaban desde Boston, pero no completó su misión. Muchos otros hombres cabalaron aquella noche y han sido olvidados, mientras que Paul Revere, únicamente gracias a Henry Longfellow, se adentra galopando en la posteridad como patriota y rebelde imperecedero. Antes de que el poema se publicara, Revere era recordado como un héroe folclórico regional, uno entre muchos de los que habían estado activos en la causa patriótica, pero en 1861 entró en la leyenda. Fue desde luego un apasionado patriota, y fue enérgico en su oposición a los británicos mucho antes del comienzo de la revolución, pero la única vez que Revere llegó a luchar contra los británicos fue en Majabigwaduce, y allí, en palabras del general Artemas Ward, demostró un «comportamiento poco marcial con tendencia a la cobardía». El general estaba citando al capitán de marines Thomas Carnes, que observó de cerca a Revere durante la expedición, y Carnes, como muchos otros expedicionarios, creía que el comportamiento de Revere allí fue ignominioso. La reputación actual de Revere habría confundido, y en muchos casos repugnado, a sus contemporáneos.

Un segundo hombre de los de Majabigwaduce iba a tener un famoso poema escrito en su honor. Este hombre murió en La Coruña, y el poeta irlandés Charles Wolfe comenzó su tributo de esta forma:

*No se oyó un tambor, ni una nota funeral,
mientras corríamos con su cuerpo a la muralla;
ni un soldado disparó su salva de despedida
sobre la tumba donde nuestro héroe yació.
Lo enterramos a oscuras nada más morir la noche,
levantando el suelo con nuestras bayonetas...*

El poema, por supuesto, es *El entierro de sir John Moore después de La Coruña*. El teniente John Moore siguió revolucionando el ejército británico y es quien forjó la célebre División Ligera, un arma que usó Wellington con efectos devastadores contra los franceses en las Guerras Napoleónicas. El teniente general *sir John Moore* murió en 1809 derrotando al mariscal Soult en La Coruña, el teniente John Moore había entrado en combate por primera vez en la costa envuelta en niebla de Massachusetts. Moore dejó un breve relato de su servicio en Majabigwaduce, pero he inventado

muchas cosas para él. Su extraordinaria destreza para cargar y disparar un mosquete cinco veces en un minuto está registrada, y estuvo al mando del piquete más cercano a la Cabeza de Dyce la mañana del exitoso ataque americano. El teniente Moore, él solo entre todos los oficiales de los piquetes, intentó frenar el ataque y perdió a una cuarta parte de sus hombres. Dudo de que Moore matara al capitán Welch (aunque Moore tenía un mosquete y tuvo que haber estado muy cerca de Welch cuando el capitán de marines murió), pero es cierto que fue una mala suerte para Moore estar enfrente de los marines americanos, que eran, con mucho, las tropas más efectivas del bando rebelde. Aquellos primeros marines vestían casacas verdes y resulta tentador, aunque no se ha demostrado, pensar que aquellos uniformes influyeron en la adopción de las casacas verdes para los regimientos 60.^a y 95.^a de Fusileros, regimientos que Moore promovió y que tan bien sirvieron a Gran Bretaña en las largas guerras contra Francia. La muerte de Welch en el promontorio fue uno de los golpes de mala suerte que acuciaron a la expedición. John Welch fue un hombre extraordinario que había escapado del cautiverio en Inglaterra y consiguió cruzar el Atlántico para unirse a la rebelión.

Peleg Wadsworth, en su larga declaración ante la Comisión de Investigación oficial, ofreció tres razones del desastre: «Lo tardío de nuestra Llegada ante el enemigo, la Pequeñez de nuestras Fuerzas Terrestres, y la Torpeza continua del Comandante de la Flota». La historia se ha afirmado en la tercera razón y se ha hecho que el comodoro Dudley Saltonstall cargue con toda la culpa. Fue expulsado de la Marina Continental y se ha llegado a sugerir, sin un ápice de evidencia que lo sustente, que era un traidor a sueldo de los británicos. No fue un traidor y parece atroz destacar su desempeño como razón primordial del fracaso de la expedición. En 2002, la Naval Institute Press (Annapolis, Maryland) publicó el excelente libro de George E. Buker *The Penobscot Expedition*. George Buker sirvió como oficial de marina y su libro es una entusiasta defensa de un camarada oficial de marina. La principal acusación contra el comodoro era que se negó a entrar con sus barcos en el puerto de Majabigwaduce para eliminar así las tres balandras del capitán Mowat, y la descripción del puerto por parte de Saltonstall, «ese condenado agujero», se cita a menudo como la razón de su negativa. George Buker se emplea a fondo para demostrar las dificultades a las que Saltonstall se enfrentó. La fuerza naval británica podía ser ridícula en comparación con el poderío naval rebelde, pero dominaban una posición considerablemente fuerte y cualquier ataque que pasara de la Cabeza de Dyce habría metido a los americanos en un caldero de cañonazos del que hubiera sido casi imposible escapar sin la poco probable ayuda de un viento del este (que, por supuesto, habría evitado que entraran). George Buker es persuasivo, excepto al afirmar que Nelson se enfrentó a una situación a grandes rasgos similar en la bahía de Abukir (y contra un enemigo más fuerte que él) y él entró navegando en la bahía y venció, y seguramente John Paul Jones (que había servido bajo el mando de Saltonstall y no sentía respeto por aquel hombre) habría entrado en el puerto para

hundir las balandras de Mowat. Es de una grosera injusticia condenar a un hombre por no ser Nelson o John Paul Jones, aunque, pese a los argumentos de George Buker, todavía es difícil creer que cualquier comandante naval, dada la vasta preponderancia de su flota sobre el enemigo, rehusara enfrentarse a ese enemigo. Los treinta y dos oficiales de navío que firmaron la carta colectiva instando a Saltonstall a que atacara no pensarían realmente que las circunstancias fuesen tan graves como para que el ataque no fuese viable. Los barcos de Saltonstall habrían sufrido daños, pero habrían vencido. Las tres balandras británicas habrían sido capturadas o hundidas, y, después, ¿qué?

Esta pregunta nunca ha sido contestada, y Massachusetts no tenía interés en responderla. El libro de George Buker lleva el subtítulo *Commodore Saltonstall and the Massachusetts Conspiracy of 1779* (El comodoro Saltonstall y la conspiración de Massachusetts de 1779), y su argumento principal es que el gobierno de Massachusetts conspiró para atribuir toda la culpa a Saltonstall, y obtuvo un éxito extraordinario en ese objetivo. La expedición fue una iniciativa de Massachusetts, emprendida sin consultar con el Congreso Continental, y casi en su totalidad sufragada por el Estado. Massachusetts aseguró todos los barcos con patente de corso, abasteció a la milicia, proporcionó armas, munición y provisiones, y perdió hasta el último penique. En 1779 aún se usaba moneda británica en Massachusetts y se relató en la investigación oficial que las pérdidas alcanzaban 1.588.668 libras (¡y diez peniques!) y probablemente la cifra real estuviera mucho más cerca de los dos millones de libras. Calcular la equivalencia de sumas históricas de dinero para presentar valores actuales es una tarea difícil y dudosa, pero la estimación más prudente de esa pérdida, en dólares estadounidenses de 2010, habla de cerca de 300.000.000 de dólares. De hecho, esta inmensa suma llevó al Estado a la bancarrota. Sin embargo, Massachusetts tuvo suerte. La *Warren* estaba en el puerto de Boston cuando llegaron las noticias de la incursión británica y estaba justificado el uso de aquel poderoso buque de guerra, así como el de las otras dos embarcaciones de la Marina Continental que estaban en Boston, así que se solicitó y recibió permiso para movilizarlos de parte de la Junta de Marina Continental. Esto quiere decir que una pequeña porción de las fuerzas derrotadas habían sido federales y, si se podía culpar a aquel componente federal, entonces los otros estados tendrían que recompensar a Massachusetts por la pérdida. Aquello requería, a su vez, que Saltonstall fuese descrito como el villano del drama. Massachusetts argumentó que había sido el comportamiento de Saltonstall lo que había arruinado toda la expedición y, apoyándose en pruebas falaces (en concreto de Solomon Lovell), fue ése el argumento que se impuso. Pasaron muchos años, pero en 1793 el Gobierno Federal de los Estados Unidos de América reembolsó generosamente la pérdida financiera a Massachusetts. Así que la atribución de toda la culpa a Saltonstall se hizo por motivos políticos y con éxito, mientras que los contribuyentes estadounidenses acabaron pagando los errores de Massachusetts.

Pero ¿por qué no atacó Saltonstall? No dejó ningún escrito, y si la corte marcial llegó a tener lugar en algún momento, los registros se han perdido, así que no contamos con ningún testimonio suyo. Desde luego, no era cobardía lo que contuvo su mano, porque durante la guerra demostró su coraje en otros lugares, y no hay evidencias para afirmar que estuviera a sueldo de los británicos. Mi propia hipótesis es que Saltonstall no deseaba sacrificar a sus hombres ni, muy posiblemente, una de las pocas fragatas que le quedaban a la Marina Continental en una operación que, aunque resultara un éxito, no haría que la expedición avanzara hacia su objetivo. Sí, ciertamente, pudo haber tomado las tres balandras, pero ¿acaso Lovell habría equiparado su logro en tierra? Sospecho que Saltonstall consideraba que la Milicia de Massachusetts era ineficaz, consideración de la que obtuvo abundantes pruebas, y que la destrucción de las balandras era irrelevante para el propósito de la expedición, que era la captura de Fort George. Con las balandras capturadas o hundidas, el fuerte habría sobrevivido, si bien es cierto que en una situación menos ventajosa, mientras que la captura del fuerte condenaba sin remedio a las balandras. Saltonstall lo entendió así. Y esto no exonera al comodoro. Era un hombre difícil e irritable y estaba obcecado en sus relaciones con Lovell, y fracasó miserablemente en intentar detener o siquiera aminorar la persecución británica durante la retirada río arriba, pero no fue él quien arruinó la expedición. Fue Lovell.

Solomon Lovell ha sido exculpado del fracaso de la expedición, si bien fue él quien no lanzó el ataque contra Fort George, que el día del desembarco de las tropas era apenas defendible. Parece bastante cierto que McLean estaba muy dispuesto a rendirse para no provocar una espantosa lucha cuerpo a cuerpo sobre sus inadecuadas empalizadas (en aquel momento, McLean aún creía, probablemente basándose en el número de barcos de transporte rebeldes, que los superaban en número al menos por cuatro a uno). Pero Lovell se contuvo. Y siguió conteniéndose. Rechazó la sugerencia de Peleg Wadsworth, sumamente sensata, de que los rebeldes debían preparar una fortificación río arriba a la que poder retirarse en caso de que los británicos enviaran refuerzos. No hizo siquiera un intento de asaltar el fuerte, y en vez de eso convocaba interminables juntas de guerra (en las que se tomaban decisiones por votación) e insistía, en un tono cada vez más irascible, en que Saltonstall atacase las balandras antes de que la milicia hiciese movimientos contra el fuerte. Es evidente que la Milicia de Massachusetts estaba formada por pésimos soldados, aunque eso también fue responsabilidad de Lovell. Necesitaban disciplina, una moral alta y liderazgo. No recibieron ninguna de estas cosas, así que acamparon penosamente en el promontorio hasta que llegó la orden de retirada. Lo cierto es que una vez que las murallas de Fort George fueron suficientemente altas, las posibilidades de que Lovell tomara la construcción eran casi inexistentes, pues no tenía bastantes hombres y su artillería no había conseguido abrir una brecha a través de las empalizadas, pero habría tenido todas las esperanzas de un asalto victorioso durante la primera semana de asedio. Mi hipótesis es que Dudley Saltonstall entendió a la perfección que destruir las balandras

no conduciría a la captura del fuerte, y que por lo tanto cualquier ataque contra los barcos británicos tendría como resultado innecesarias bajas navales. Finalmente, se convenció de entrar en el puerto el viernes 13 de agosto, pero abandonó el ataque por la llegada de la flota de reemplazo de *sir* George Collier. El abortado ataque por mar y tierra bien pudo haber eliminado las balandras de Mowat, pero seguramente las fuerzas de Lovell habrían sido diezmadas por los defensores del fuerte. Todo ocurrió un poco demasiado tarde, fue un fiasco causado por el liderazgo desastroso y la falta de decisión.

Los británicos, por otra parte, estaban muy bien dirigidos por dos profesionales que confiaban el uno en el otro y cooperaban a fondo. Las tácticas de McLean, ir fortaleciendo Fort George al tiempo que la Compañía Ligera de Caffrae irritaba con constancia a sus sitiadores, funcionaron a la perfección. Mowat aportó cañones y armas siempre que fueron necesarios. Al fin y al cabo, los británicos sólo tenían que sobrevivir hasta que llegaran refuerzos, y tuvieron la fortuna de que *sir* George Collier (que realmente escribió el musical presentado en el teatro de Drury Lane) llegara al río Penobscot antes que el regimiento del Ejército Continental de Henry Jackson. El brigadier general Francis McLean era un militar muy competente e, incluso para la estimación de sus enemigos, un hombre muy bueno, y prestó un buen servicio a su rey en Majabigwaduce. Una vez que concluyó todo el asunto, McLean hizo un especial esfuerzo para asegurarse de que los rebeldes heridos, aislados en la remota parte alta del río, recibieran suministros médicos e hizo que un barco los devolviera a Boston. Existen informes rebeldes de encuentros con McLean y en todos ellos es descrito como un hombre humano, generoso y decente. Los dos regimientos que estaban a sus órdenes en Majabigwaduce eran igual de inexpertos que la milicia a la que se enfrentaban, y aun así los jóvenes escoceses recibieron liderazgo, inspiración y ejemplo. Peleg Wadsworth no se encontró con Francis McLean durante el asedio, así que su conversación es totalmente ficticia, aunque su causa, el hecho de que el teniente Dennis fuese herido y capturado, fue bastante real. Fue el capitán Thomas, capitán del barco corsario *Vengeance*, y el secretario de Lovell, John Marston, quienes se acercaron al fuerte con una bandera de tregua para enterarse del triste destino de Dennis, pero quise que McLean y Wadsworth se conociesen, así que alteré en este punto los hechos.

Cambié todo lo menos posible. Por lo que sé, a Peleg Wadsworth no se le pidió que investigara los cargos de malversación contra Revere, acusación que se diluyó en el desastre mayor de Penobscot. Abrevié algunos acontecimientos del asedio. El brigadier McLean pasó unos días explorando la bahía de Penobscot antes de decidirse por Majabigwaduce como ubicación para su fuerte, exploración que pasé por alto. Hubo dos intentos de tender emboscadas a los británicos en la batería de la Media Luna, ambos desastrosos, pero para la ficción uno solo parecía suficiente, y no tengo pruebas de que John Moore estuviera involucrado en ninguna de las acciones. La inmolación final de la flota rebelde se prolongó durante tres días, que yo reduje a dos.

El total de bajas producidas en Penobscot es difícil de establecer. En su diario, Lovell calcula que los rebeldes sólo perdieron catorce hombres y que hubo veinte heridos en el asalto al cantil, mientras que Peleg Wadsworth, en su memoria escrita de esta misma acción, estima el número de rebeldes muertos y heridos en un centenar. Los datos de la milicia no resultan útiles. Los hombres de Lovell contaron con el refuerzo de algunos voluntarios locales (aunque Lovell percibió cierto rechazo general entre la milicia del valle de Penobscot a alzarse en armas contra los británicos), de forma que la víspera de la llegada de *sir* George Collier el ejército rebelde contaba con novecientos veintitrés hombres aptos para el servicio frente a los ochocientos setenta y tres de tres semanas antes, y eso a pesar de las bajas en combate y el ritmo de las desertiones, desgraciadamente alto. Las mejores pruebas sugieren que las bajas totales de los británicos fueron de veinticinco muertos, entre treinta y cuarenta heridos graves y veintiséis hombres hechos prisioneros. Las bajas rebeldes son mucho más difíciles de estimar, pero una fuente contemporánea afirma que menos de ciento cincuenta muertos y heridos, aunque otra, sumando los hombres que no sobrevivieron a la larga marcha de vuelta a casa a través de un territorio de espesos bosques, llega a elevarlas a cuatrocientas setenta y cuatro bajas totales. Mi propia conclusión es que las bajas rebeldes fueron cerca del doble de las cifras británicas. Puede que sea una estimación a la baja, pero a pesar del desastre que fue para los rebeldes, lo cierto es que gracias a Dios la Expedición a Penobscot no se convirtió en un baño de sangre.

El furioso enfrentamiento entre el teniente George Little y Saltonstall al final de la expedición está documentado por fuentes de la época, al igual que el encononazo de Peleg Wadsworth con Paul Revere durante la retirada río arriba. Cuando se le pidió que rescatara a la tripulación de la goleta, Revere se negó por el motivo personal de que no quería arriesgarse a que los británicos capturaran su equipaje y por los motivos más generales de que, al haber concluido el asedio, ya no estaba obligado a obedecer las órdenes de sus oficiales superiores. Hay fuentes que afirman que desembarcó su equipaje y después envió su gabarra de vuelta a la tripulación de la goleta. Bien pudiera ser que esto sea cierto, así como que la tripulación fuera rescatada incluso a pesar de que la propia goleta probablemente se convirtiese en trofeo para los británicos, pero después Revere abandonó el río sin órdenes y, dejando atrás a la mayoría de sus hombres, se encaminó hacia Boston. Una vez en casa, fue suspendido de su mando del Regimiento de Artillería, condenado a arresto domiciliario y, finalmente, juzgado en una corte marcial. Peleg Wadsworth había amenazado a Revere con arrestarlo, y fue la truculenta insolencia de Revere el día que Wadsworth le ordenó rescatar a la tripulación de la goleta lo que iba a causarle mayores problemas a Revere, aunque otros cargos más graves fueron presentados contra él por el mayor de brigada William Todd y por el capitán de marines Thomas Carnes. Aquellos cargos fueron estudiados por la Comisión de Investigación establecida por la Corte General de Massachusetts, que se convocó para descubrir las

razones del fracaso de la expedición.

Todd y Revere, tal como sugiere la novela, tenían una larga historia de animadversiones que desde luego tiñó las acusaciones de Todd. El mayor de brigada Todd alegó que Revere se ausentaba con frecuencia de las filas americanas, cargo que es sostenido por otros testigos y por la orden general de Lovell del 30 de junio de 1779 (citada al principio del noveno capítulo), y mencionó varias veces en que Revere había desobedecido órdenes, específicamente durante la retirada. Thomas Carnes corroboró algunas de esas quejas. A diferencia de Todd, no conozco razones por las que Carnes habría albergado aversión por Revere, aunque puede resultar significativo que Carnes hubiese sido oficial en la artillería de Gridley, y Richard Gridley, fundador del regimiento y oficial al mando, había discutido con Revere sobre asuntos masónicos. Carnes se quejó de que, cuando los americanos desembarcaron, se suponía que Revere tenía que estar dirigiendo a sus artilleros como cuerpo de reserva de la infantería, pero en vez de hacerlo se volvió al *Samuel* para desayunar. Las acusaciones básicas de Carnes, sin embargo, afectaban a la capacidad de Revere como artillero, aspecto sobre el que Carnes estaba expertamente formado como para comentarlo. Revere, dijo Carnes, no estuvo presente para supervisar la construcción de las baterías y no dio a sus artilleros instrucciones ni supervisión apropiada. En interrogatorio, Carnes, experto artillero, afirmó que resultaba sorprendente que Revere «hiciera unos disparos tan malos y no supiera más de artillería». Fue la declaración escrita de Carnes la que acusaba a Revere de «tendencia a la cobardía». Wadsworth testificó que Revere se ausentaba con frecuencia de las líneas rebeldes y describió la negativa de Revere a obedecer sus órdenes durante la retirada final. Wadsworth también comentó que, cuando se le ofrecía una oportunidad de votar sobre si prolongar o no el asedio, siempre elegía en contra de continuar. Esto no es prueba de cobardía, pero las actas de aquellas juntas sí revelan que Revere era con mucho el hombre que exigía con más vehemencia el abandono del asedio.

La Comisión de Investigación publicó su fallo en octubre de 1779. Concluyó que el comodoro Saltonstall era el culpable absoluto del fracaso de la expedición y disculpaba específicamente a los generales Lovell y Wadsworth, aunque, a pesar de todas las pruebas, no hacía ningún juicio sobre el comportamiento de Paul Revere. George Buker argumenta de manera convincente que el comité no quería diluir su absurda acusación de que la Marina Continental, en la persona de Dudley Saltonstall, era la única responsable del desastre.

Revere quedó descontento. No había sido condenado, pero tampoco se había restablecido su buen nombre y en Boston proliferaban los rumores sobre su comportamiento «poco marcial». Exigió ser juzgado en una corte marcial. Tengo la impresión de que Revere fue un hombre difícil. Uno de sus biógrafos más condescendientes admite que había «rasgos de la personalidad» de Revere que debilitaban sus oportunidades de conseguir un nombramiento en el Ejército

Continental. Era pendenciero, excesivamente susceptible acerca de su propia reputación y dado a buscar pelea con cualquiera que lo criticara. Tuvo una rencilla personal con John Hancock, quien, inspeccionando Castle Island durante la presencia de Revere en Penobscot, se atrevió a señalar fallos en sus defensas. La Corte General, sin embargo, no le concedió su corte marcial, pero en su lugar volvió a convocar la Comisión de Investigación, que ahora fue encargada de investigar el comportamiento de Revere, y un elemento de prueba crucial fue el diario que al parecer Revere había escrito en Majabigwaduce y que, de forma poco sorprendente, lo hacía parecer un modelo de diligencia militar. No tengo pruebas de que este diario fuese confeccionado para la investigación, pero parece muy probable. Revere también presentó muchos testigos para contrarrestar los cargos contra él y su vigorosa defensa tuvo muy buenos resultados, pues cuando el comité concluyó en noviembre de 1779, descargó a Revere de la acusación de cobardía, aunque le reprendió suavemente por abandonar Penobscot sin que se le hubiese ordenado y por «discutir las órdenes del brigadier general Wadsworth respecto a la barca». La única defensa de Revere contra esta segunda acusación era que había malinterpretado las órdenes de Wadsworth.

Con todo, aunque se había limpiado su nombre de la acusación de cobardía, Revere seguía estando insatisfecho y una vez más solicitó una corte marcial. La corte se reunió finalmente en 1782 y Revere consiguió por fin lo que quería, la exculpación. Sospecho que la gente estaba harta de todo el asunto y que, en febrero de 1782, cuatro meses después del gran triunfo rebelde en Yorktown, nadie deseaba recordar el infeliz episodio de la expedición a Penobscot, así que, aunque la corte marcial reprendió levemente a Revere por negarse a rescatar a la tripulación de la goleta, lo absolvieron «con los mismos Honores que los otros Oficiales», lo que, dadas las circunstancias, era de hecho un elogio muy vago. La controversia sobre el comportamiento de Revere en Majabigwaduce persistió en un amargo intercambio de cartas en la prensa de Boston, pero estaba ya muy olvidado en 1861, cuando Revere fue elevado de repente al estatus heroico que disfruta hoy en día. Otras ofensas, como el retraso de Revere al zarpar la flota, su mezquino rechazo a que cualquier otra persona usara la gabarra de Castle Island y su fracaso al no retirar los cañones de Cross Island quedan todas probadas por varias fuentes.

Dudley Saltonstall fue expulsado de la marina, pero fue capaz de invertir en una nave corsaria, la *Minerva*, con la que en 1781 capturó uno de los trofeos más ricos de toda la Guerra Revolucionaria. Tras la guerra, Saltonstall fue dueño de cargueros mercantes, algunos de ellos usados para transportar esclavos, y murió a la edad de cincuenta y ocho años en 1796. Paul Revere tuvo también bastante éxito después de la guerra, pues abrió una fundición y se convirtió en un prominente industrial de Boston. Murió en 1818 a los ochenta y tres años. La carrera política de Solomon Lovell no se vio afectada por el desastre de Penobscot. Siguió siendo edil en Weymouth (Massachusetts), representante de la Corte General y ayudó a idear la nueva constitución del Estado. Murió a los sesenta y nueve años en 1801. Un

memorialista escribió que Solomon Lovell fue «estimado y honrado... respetado y de confianza para los consejos del Estado... su nombre ha pasado a las generaciones posteriores». Mejor juicio es seguramente el que hizo un joven marine en Majabigwaduce, que escribió: «El señor Lovell habría hecho mucho mejor y tendría un aspecto mucho más respetable en el asiento de un diácono de una iglesia rural que a la cabeza de un ejército americano».

El capitán Henry Mowat permaneció en la Marina Real y su último cargo fue al mando de una fragata en la que murió, probablemente de un ataque al corazón, ante la costa de Virginia en 1798. Está enterrado en el patio de la iglesia de St John, en Hampton (Virginia). El brigadier general Francis McLean regresó a su puesto en Halifax (Nueva Escocia), donde murió a la edad de sesenta y tres años sólo dos años después de su exitosa defensa de Fort George. John Moore trascendió en fama a su antiguo comandante y ahora es recordado como uno de los mejores y más humanos generales que nunca han servido en el ejército británico. Murió a los cuarenta y ocho años en La Coruña justo como había luchado en Majabigwaduce, dirigiendo desde el frente.

En 1780, un año después de la expedición, Peleg Wadsworth fue enviado de nuevo al Massachusetts oriental como comandante de la milicia de la región de Penobscot. La guarnición británica de Fort George supo de su presencia y envió una avanzadilla que, tras una breve lucha en la que Wadsworth fue herido, lo capturaron. Wadsworth fue aprisionado en Fort George, donde su esposa, a quien se permitía visitar a su marido, se enteró de un plan para trasladar a Wadsworth a una prisión en Gran Bretaña. Wadsworth y un segundo prisionero, el mayor Burton, planearon y ejecutaron una osada huida que fue un éxito absoluto, y hoy la bahía al norte de Castine (como se conoce ahora Majabigwaduce) y al oeste del paso se llama Wadsworth Cove por el lugar en el que los dos fugitivos encontraron una barca. Peleg Wadsworth permaneció en la región este de Massachusetts. Después de la guerra abrió una ferretería y construyó una casa en Portland que aún se puede ver (igual que se puede ver la casa de Paul Revere en Boston), y prestó servicio en el Senado de Massachusetts y como representante del condado de Maine en el Congreso de los Estados Unidos. Se hizo granjero en Hiram y fue líder del movimiento para convertir Maine en un Estado separado, ambición que se cumplió en 1820. Su esposa Elizabeth y Peleg tuvieron diez hijos, y murió en 1829, a la edad de ochenta y un años. George Washington tuvo a Peleg Wadsworth en la más alta estima y una de las reliquias atesoradas por la familia Wadsworth era un mechón del cabello de Washington, obsequio del primer presidente. Peleg Wadsworth fue, así lo considero, un verdadero héroe y un gran hombre.

Los británicos se quedaron en Majabigwaduce; de hecho, fue el último puesto británico en los Estados Unidos que se evacuó. Muchos de los lealistas se mudaron a Nueva Escocia cuando los británicos se marcharon; algunos se llevaron sus casas con ellos, aunque curiosamente unos cuantos soldados británicos, incluido el sargento

Lawrence, de la Artillería Real, se asentaron en Majabigwaduce después de la guerra y, por lo que se dice, fueron bien acogidos. La mayoría de los cañones hundidos de la flota rebelde fueron recuperados y puestos al servicio de los británicos, lo que explica por qué hay cañones conmemorativos con el sello del Estado de Massachusetts en lugares tan remotos como Australia. Después, en la guerra de 1812, los británicos regresaron y capturaron de nuevo Majabigwaduce y de nuevo guarnicionaron el fuerte, donde permanecieron hasta el final de la guerra. Fue durante esta segunda ocupación cuando se reforzaron las murallas del fuerte con mampostería y el Canal Británico, que ahora es una zanja pantanosa, se excavó como obra defensiva atravesando el paso. Fort George aún existe y ahora es monumento nacional. Está en una elevación de terreno sobre la Maine Maritime Academy en Castine, y es un lugar apacible y hermoso. Los terraplenes están en su mayor parte cubiertos por la hierba y hay una leyenda en Castine que dice que en las noches tranquilas se puede oír al fantasma de un tamborilero redoblando su tambor en el viejo fuerte. Una versión afirma que el fantasma es un chico británico que quedó inadvertidamente encerrado en un polvorín cuando la guarnición se retiró en 1784, otras dicen que es un muchacho americano que murió en la lucha de 1779. Las referencias más tempranas que he podido descubrir están en las memorias de William Hutchings, donde asegura que el chico, un tamborilero rebelde, murió en la batería de la Media Luna. Hay un sendero que sube y baja en zigzag el cantil de Cabeza de Dice (que es como se llama hoy en día Cabeza de Dyce), dando al visitante una oportunidad de admirar la hazaña de aquellos americanos que, el 28 de julio de 1779, asaltaron y ganaron aquella posición. El gran peñasco de la playa se llama Trask's Rock (la roca de Trask) por el pífano que tocaba allí durante el asalto. Castine prosperó durante el siglo XIX, en gran parte gracias al negocio maderero, y hoy es una ciudad portuaria pintoresca y tranquila, muy consciente de su fascinante historia. Durante una de mis visitas me contaron que Paul Revere había robado el cofre de las soldadas, acusación que no está fundada en ninguna prueba directa, pero indicativa del desprecio que algunas personas de esta parte de Nueva Inglaterra sienten por un hombre al que se reverencia en otras partes de la región.

*

Las citas que encabezan cada capítulo se han reproducido en lo posible con la grafía y las mayúsculas originales. Tomé la mayoría de estas citas de la *Documentary History of the State of Maine*, volúmenes XVI y XVII, publicados por la Sociedad Histórica de Maine en 1910 y 1913 respectivamente. Ambas recopilaciones de documentos contemporáneos fueron de enorme valía, al igual que el libro de C. B. Kevitt, *General Solomon Lovell and The Penobscot Expedition*, publicado en 1976, que contiene un relato de la expedición junto con una selección de fuentes originales. También me resultaron muy útiles el diario de la expedición de Solomon

Lovell, publicado por la Sociedad Histórica de Weymouth en 1881, y *The Penobscot Expedition*, de John E. Cayford, del que se hizo una publicación privada en 1976. Ya he mencionado el valiosísimo libro de George Buker, *The Penobscot Expedition*, que argumenta convincentemente que las investigaciones sobre el desastre fueron parte de una exitosa conspiración por parte del Estado de Massachusetts para atribuir la culpa y la responsabilidad financiera al Gobierno Federal. Sin duda, la descripción más vivaz e interesante de toda la expedición se encuentra en el libro de Charles Bracelen Flood, *Rise and Fight Again*, publicado por Dodd Mead and Company en 1976, que trata de cuatro ejemplos de fracasos rebeldes en el camino hacia la independencia. El fascinante libro de David Hackett Fisher, *Paul Revere's Ride* (Oxford University Press, 1994), no trata la expedición de 1779 pero es una excelente guía para los acontecimientos que condujeron a la revolución y el influyente papel de Paul Revere en aquel período. Los lectores que sientan curiosidad sobre el origen del poema de Longfellow (que Fisher describe como «grosera, sistemática y deliberadamente inexacto») y las reacciones que suscitó, encontrarán inestimable su ensayo titulado «Historiography» (impreso en la parte final del libro). La mejor biografía de Revere es *A True Republican, the Life of Paul Revere*, de Jayne E. Triber, publicado por la Universidad de Massachusetts (Amherst, 1998). El famoso *Life of Colonel Paul Revere*, de Elbridge Goss, publicado en 1891, presenta escasos detalles biográficos, pero trata por extenso la expedición a Penobscot. Es muy necesaria una nueva biografía de sir John Moore, pero encontré una fuente útil en la biografía en dos volúmenes de su hermano, *The Life of Lieutenant-General Sir John Moore, K. B.*, de James Carrick Moore, publicada por John Murray (Londres, 1834). Descubrí más detalles sobre el Majabigwaduce del siglo XVIII en la espléndida *History of Castine, Penobscot and Brookville*, de George Wheeler, publicada en 1875, y en los boletines del Museo Wilson, publicados por la Sociedad Científica de Castine. El museo Wilson, en la calle Perkins, de Castine, bien merece una visita, así como, por supuesto, el propio Castine. Debo dar las gracias a Rosemary Begley y los otros ciudadanos de Castine que se tomaron la molestia de guiarme por su ciudad y su historia; a Garry Gates, de mi ciudad, Chatham (Massachusetts), por dibujar el mapa de Majabigwaduce; a Shannon Eldredge, que peinó un sobrecogedor número de cuadernos de bitácora, cartas y diarios para conseguir una valiosísima cronología; a Patrick Mercer, miembro del Parlamento (y talentoso autor de novela histórica), por su generoso asesoramiento sobre la instrucción en el siglo XVIII, y más que nada a mi esposa, Judy, que aguantó mi obsesión por Penobscot con su gentileza habitual.

Una nota final, y es algo que me llama la atención como la suprema ironía de la Expedición a Penobscot: Peleg Wadsworth, que prometió hacer que arrestaran a Paul Revere y a quien sin duda enfurecía el comportamiento de Revere en Majabigwaduce, fue el abuelo materno de Henry Wadsworth Longfellow, el hombre que sin ayuda de nadie hizo famoso a Revere. Zilpha, la hija de Wadsworth, que hace una fugaz aparición al principio de este libro, fue la madre del poeta. Peleg

Wadsworth habría quedado consternado, pero, como seguramente él mismo sabía mejor que la mayoría de los hombres, la historia es una musa veleidosa y la fama es su injusta hija.



BERNARD CORNWELL (Londres, Gran Bretaña 1944). Perdió a sus padres (un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico) a muy corta edad, siendo adoptado por una familia de Essex, miembro de una estricta secta protestante. Después de graduarse en la Universidad de Londres, trabajó para la cadena de televisión de la «BBC» durante siete años, principalmente como realizador del programa «Nationwide». Posteriormente se hizo cargo del departamento de actualidad de la «BBC» en Irlanda del Norte, y en 1978 pasó a dirigir el programa «Thames at Six», para la «Thames Television» trasladándose luego a Estados Unidos. Según Cornwell la decisión de escribir no responde a un sueño personal, sino a cuestiones financieras, ya que al estar desprovisto de una tarjeta de residente, eran pocas las alternativas que tenía para conseguir ingresos de forma legal en un territorio extranjero.

En junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.

Prolífico autor, toda su obra se desarrolla dentro del género de la ficción histórica. Sus novelas se agrupan en sagas, de diversas épocas y lugares, y su lectura resulta muy entretenida, ya que dosifica hábilmente todos los ingredientes propios de este género, estando por otra parte muy bien documentadas. Su serie dedicada a Richard Sharpe le ha convertido en uno de los escritores más leídos y de mayor éxito en el género de la novela histórica de aventuras, condición que volvió a poner de manifiesto con la trilogía formada por *Arqueros del Rey* (2000), *La batalla del Grial* (2002) y *El sitio de Calais* (2003) o la tetralogía sobre Starbuck, situada en la guerra

civil americana, de la que las primeras entregas han sido *Rebelde* (1993) y *Copperhead* (1994). También son buena muestra de su talento las novelas *Stonehenge* (1999), *El ladrón de la horca* (2001) o *Azincourt* (2008), así como las *Crónicas del Señor de la Guerra: El rey del invierno* (1995), *El enemigo de Dios* (1996) y *Excalibur* (1997). El ciclo sobre la confluencia de sajones, vikingos y normandos se inició con *Northumbria, El último reino* (2004), *Svein, el del caballo blanco* (2005), *Los señores del Norte* (2006), *La canción de la espada* (2007), *La tierra en llamas* (2009) y *Muerte de Reyes* (2011).

NOTAS

[1] Sarta de abalorios de conchas, sagrado para algunos pueblos amerindios, que llegó a utilizarse para firmar acuerdos con los europeos. (*N. del T.*). <<

[2] Los navíos con patente de corso podían ser «armados en corso», para dedicarse únicamente a atacar los intereses comerciales de naciones enemigas, o «armados en corso y mercancía», para, además de lo anterior, dedicarse también al comercio. (*N. del T.*). <<

[3] Forro de planchas de cobre con que se recubría la carena de los barcos para proteger el casco de los parásitos marinos. (*N. del T.*) <<

[4] Hacha de combate propia de algunos pueblos nativos de Norteamérica. (*N. del T.*).

<<

[5] Mill Cove, es decir, «ensenada del molino». (*N. del T.*). <<